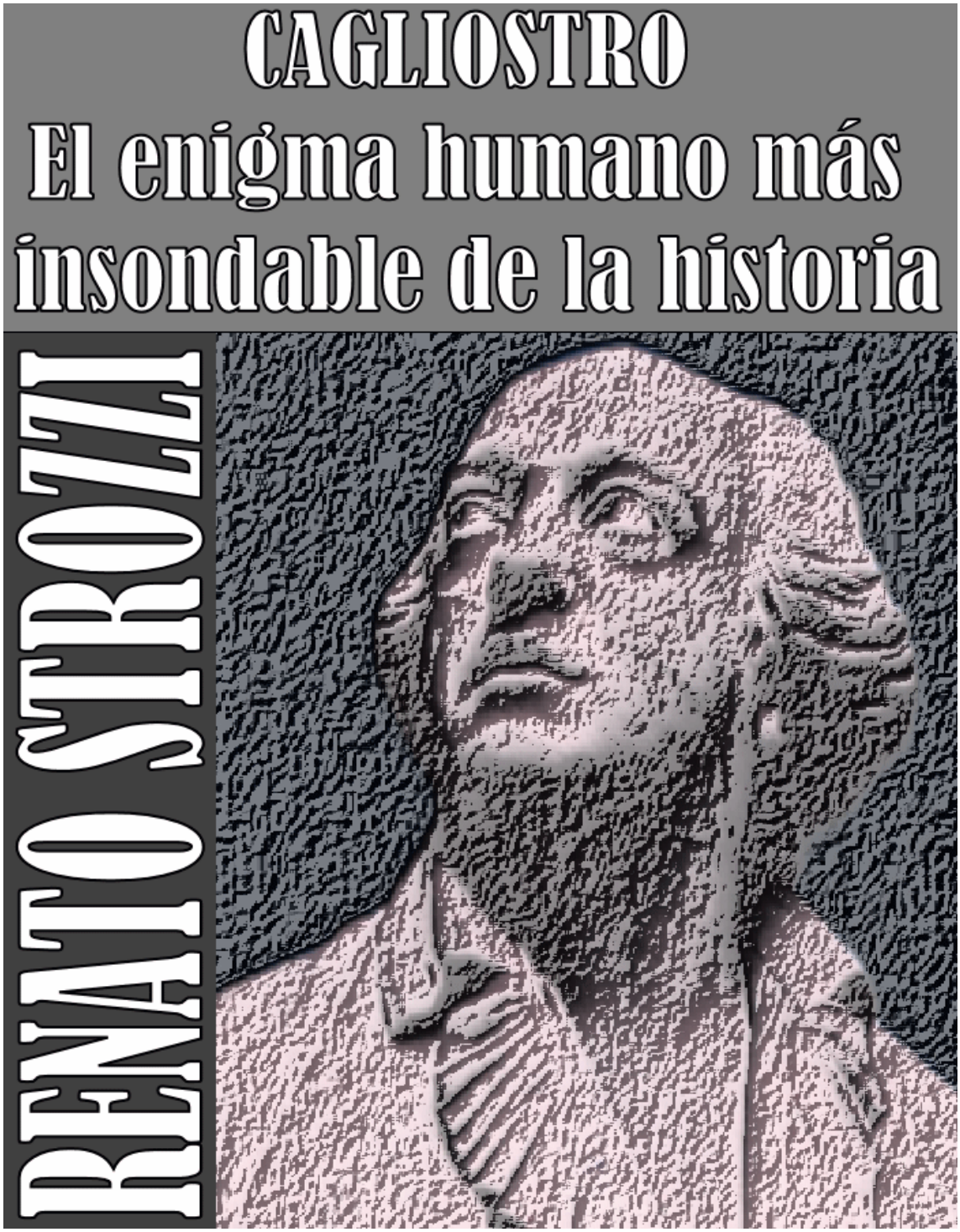
# CAGLIOSTRO

El enigma humano más insondable de la historia.

RENATO STROZZI




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

***Capítulo 1.***

***LA VISION DE ZÍNGARO***

El paisaje es sencillamente incomparable.

La vista se pierde sobre la inmensidad y se confunde con todos los matices del verde. Es una fiesta para los ojos contemplar tan enorme profusión de flores sobre las terrazas. Plenitud, lujuria de plantas y flores por doquier. Como dijo el poeta, aquí lo que no es verde es piedra. Hay deleite de blancos purísimos, de rosas, de granates, de violetas, de azulados. Por doquier se ven canteros y setos con colores y matices que parecen imposibles. No lejos, en la falda del monte Tauro, almendros, naranjos, limoneros, castaños y olivos, con el soberbio marco de eucaliptus, pinos, abetos, cubren todo el espacio.

Esto es Taormina, en la costa oriental de Sicilia.

Y tal es el paisaje que se ofrece a la vista del viajero cuando se detiene unos momentos en alguna soleada terraza a contemplar esta maravilla, en tanto lo envuelve un silencio quebrado solamente por el eco lejano y apagado de una música de violín que la suave brisa trae. Entonces, no poco impresionado, el viajero contempla el espectáculo más difícil de igualar en cuanto a su conjunto de belleza. A la derecha se alza la figura imponente y majestuosa del Etna, lanzando por la insondable boca de su cráter llamas de fuego que se alzan caprichosas en múltiples formas y en arabescos de chispas y de estrellas. Abajo, manso y sereno, como dormido en la noche, el mar Jónico, surcado por barcas de pescadores afanosos de recoger su cosecha de pulpos en las aguas azules. A la izquierda, envuelta en celajes dorados y de sombras milenarias, los restos del antiguo Teatro Griego, restos que amparan el espíritu de Esquilo y de Eurípides, cuyas tragedias cobraron vida en su escenario. Más allá, en la falda del monte Tauro, la cinta plateada de un sendero que desde las playas va ascendiendo en el zigzag envolvente de sus vueltas. Más cerca, sobre las terrazas que parecen repisas de la montaña, escondida entre sus grandes pliegues, la población de Taormina, con sus casas de piedra levantadas por magos y sostenidas milagrosamente a través de los siglos.

Frente a este esplendor, el viajero se siente como ausente, en una embriaguez espiritual que se acentúa a cada instante, mientras con exquisitez de sibarita bebe la imponderable belleza del espectáculo, de este íntimo abrazo entre la costa polícroma de las abruptas y rocosas pendientes y el mar de colores cambiantes, que se han dado una cita amorosa allí, bajo la sabia paternidad y la complacencia del padre Etna, que se alza imponente con su penacho de humo gris rojizo.

El joven de la mirada perdida en el vasto y colorido paisaje salió bruscamente de su reflexiva contemplación al oír de nuevo la voz áspera y con acentuación foránea de Syrisko, el viejo zíngaro.

-A través del velo de todas las alegorías hieráticas y místicas de los antiguos dogmas, a través de las tinieblas y de las bizarras pruebas de todas las iniciaciones, bajo el sello de todas las escrituras sagradas, en las ruinas de Nínive o de Tebas, sobre las carcomidas piedras de los antiguos templos y sobre la ennegrecida faz de las esfinges de Asiria o de Egipto, en las monstruosas o maravillosas pinturas que traducen para los creyentes las páginas sagradas de los Vedas, en los extraños emblemas de nuestros antiguos libros de alquimia, en las ceremonias de recepción practicadas por todas las sociedades secretas, se encuentran las huellas de una misma doctrina, cuidadosamente mantenida en secreto en todas partes. Esta filosofía oculta ha sido la madre de todas las religiones, la llave de todos los misterios divinos, la soberana absoluta en todas las épocas, puesto que estaba reservada exclusivamente a la educación de los grandes sacerdotes y de los reyes... -Una breve pero tensa pausa rubricó esta al parecer extraña exposición. Luego, dando un tono paternal a sus palabras, Syrisko agregó-

Esa maravillosa ciencia, hijo mío, estará a tu alcance si, como afirmas, sientes predilección por desentrañar los arcanos de Delfos y de la Esfinge.

-¿Predilección?... Es mucho más que eso, Syrisko. Desde muy niño sentí una extraña pasión por todo lo misterioso y no había nada, ni reproches ni castigos, que impidiera mi presencia en ciertas ceremonias secretas en las que participaban mi abuela y mi madre. Esta pasión y luego mi afán por conocer los secretos que la naturaleza encierra en el mágico mundo de la flora, indujeron a mi padre, erróneamente, a suponer que yo sería un buen prelado...

-Tal vez estás predestinado, entonces, a ser un Adepto,

-¿Tú no lo sabes?

-¡Plugiera a los dioses concederme tal sabiduría!... -exclamó el gitano, con genuino sentimiento de aflicción-. Pero no, yo nací solamente para llevar una vida errante con mi tribu, fingiendo decir la buenaventura y realizando, para asombro de las gentes sencillas, algunos trucos de prestidigitación... La ciencia oculta de que te hablo es más, inmensamente más, que eso.

-¿Y cómo puedo llegar a ser un Adepto?

-Perseverando, buscando afanosamente y sin descanso, con sacrificio, el modo de entrar en lo que los antiguos llamaban *sanctun regnum,* el Reino de la Magia... Sí, es posible que hayas nacido para el sacerdocio, pero el sacerdocio de la magia está oculto para el mortal común. Sólo los que han develado la gran verdad pueden pretender ingresar en él; sólo renunciando a los prejuicios y a las pasiones mundanas se está en condiciones de ser un iniciado. Luego vendrá la agotadora y a veces desilusionante e interminable época del aprendizaje. Para llegar a ser Adepto hará falta voluntad, dedicación, sacrificio, renunciación a las cosas más bellas y agradables del mundo exterior... Harán falta también probada inteligencia, discreción, audacia. Sólo así será posible alcanzar la ciencia y el poder de un mago, es decir, podrá llegar a ser el soberano pontífice de la naturaleza...

-¡Soberano pontífice de la naturaleza!... Es decir, ¡el amo de] mundo!

La frase encierra un sentido cuya magnitud aterra y al mismo tiempo atrae, como un abismo sin fondo. Giuseppe Balsamo, que así se llama el joven, eleva sus ojos al cielo azul; parece transfigurado. Sin ser apuesto es de atrayente figura, más bien corpulento que delgado, de complexión oscura. Pero en su continente se advierte, instintivamente, ese singular encanto o atracción que algunas personas ejercen sobre otras. Tal vez el efecto esté en la penetrante mirada de sus ojos negros, de pobladas cejas y pestañas sedosas y revueltas. La nariz es de neto perfil romano; sus labios son sensuales y están bien dibujados, con un color carmesí que recuerda el de las guindas. Lo único que desentona en él es su pobre vestimenta. Tanto la chaqueta corta, como los calzones que terminan a la rodilla y los zapatos, demuestran un largo y buen uso; el gorro negro que cubre a medias sus cabellos negros y revueltos, ha perdido tiempo ha su color de origen. Pero a pesar de ello, subsiste la atracción de este mozo, en el que se adivina no sólo su fuerza física sino que se intuye esa otra fuerza infinitamente superior: la anímica.

-¡Oh, si fuera posible! -murmuró para sí.

-Aquél que aspira a ser sabio y a conocer el gran enigma de la naturaleza, debe ser el heredero y el expoliador de la esfinge -continuó Syrisko, el viejo zíngaro, con voz grave-. Debe tener la cabeza humana para poseer la palabra, las alas del águila para conquistar las alturas, las nalgas del toro para labrar las profundidades, y las garras del león para abrirse camino a derecha e izquierda, adelante y atrás.

-¡Sí, sí!... ¡Yo quiero serlo!

-Bien, acaso estás llamado a ser el rey del aire, del agua, de la tierra y del fuego, pero para reinar en esos cuatro animales del simbolismo, es preciso vencerlos y encadenarlos... ¿Crees poder lograrlo, Giuseppe?

-¡Lo lograré! -exclamó el joven, con pasión-. ¡Oh, Syrisko, dime tan sólo cómo puedo alcanzar esa ventura y me verás subir a la cima de la montaña más alta para tocar el cielo con mis manos, o descenderé a los infiernos, si es preciso, en busca de ese poder!

-Bien, te lo diré... Pero antes habrás de responder a una pregunta. ¿Amas de verdad a mi hija?

Para responder a tal cuestión, era necesario retroceder un poco en el tiempo y eso es lo que Giuseppe hizo en unos instantes de concentración mental. Aquí estaba él, Giuseppe Balsamo, hijo de una modesta familia de Palermo, en medio de una tribu de gitanos. ¿Cómo habla tenido lugar este fenómeno? Del modo más sencillo. Los padres del muchacho, profundamente devotos como son todos los sicilianos, habían creído en una revelación divina cuando su primogénito dio pruebas de sus naturales inquietudes hacia el estudio de ciertos misterios de la naturaleza y lo entregaron a la tutela y la educación religiosa de un buen sacerdote. Y, en efecto, de los diez a los quince años, Giuseppe dio claras muestras de su inclinación sacerdotal, por lo cual el padre Mancini recomendó con muy buenos conceptos su ingreso en el Convento de la Caridad, de Caltagirone. Cubierto con las ropas talares de un novicio y sin descuidar sus principales estudios, Giuseppe demostró singular interés por conocer los recónditos secretos de la herboristería y de la alquimia. E indudablemente hubiera logrado grandes adelantos en tales ciencias a no ocurrir un incidente que echó por tierra sus mejores esperanzas.

Cierta noche permaneció en el laboratorio de alquimia más tiempo de lo recomendado, absorto como estaba, haciendo algunos experimentos. Cuando se dio cuenta de la hora, no poco alarmado y temiendo una sanción ejemplar, procuró llegar a su celda sin ser visto y por patios y pasajes oscuros. Cual no sería su sorpresa al ir a salir de pronto a una grande e iluminada sala, donde se hallaban reunidos los principales del convento. El hecho, ciertamente, no habría configurado un escándalo, a no ser por la circunstancia de que el abad y sus adláteres bebían y comían opíparamente y, lo que era peor, en compañía femenina *non sancta.*

El haber sido descubierto y la sanción que se le impuso de permanecer encerrado en una celda a pan y agua durante cuarenta días no hubieran bastado quizá a quebrar su fe religiosa; pero se le hizo odiosa la idea de que varones y soldados valientes de la fe se rindieran con tanta facilidad a las dulces tentaciones de los súcubos infernales. Si estas cosas ocurrían dentro de la grey católica, ¿qué cabía esperar de las licenciosas huestes laicas? Bien es cierto que el pobre Giuseppe ignoraba que tales desenfrenos eran comunes en aquellos tiempos y que la ola de sensualidad que se extendiera por Europa y el mundo luego de nacer en las cortes de los reyes y emperadores, había alcanzado los retirados claustros de los más alejados conventos, como lo señala la historia. Y Caltagirone no era una excepción.

Pero la credulidad y la juventud de Giuseppe se vieron muy alteradas por este suceso, de tal modo que renunció no solamente al sagrado uniforme sino también a su poco edificante encierro. Poco después, más flaco que un perro sin dueño y cubierto por harapos, ganó los caminos en su propósito de alcanzar la añorada capital donde viera la luz primera. Sus buenos propósitos se vieron bien pronto quebrados, sin embargo, luego de sufrir una serie de calamidades Los caminos y las poblaciones donde era forzoso llegar en procura de sustento, se hallaban colmados de vagabundos, de gentes de mal vivir y aún de bandidos y de rameras, cuyo primordial afán consistía en procurarse dinero a cualquier costo, incluso el asesinato de pacíficos viajeros. Hizo la desgracia que Giuseppe se uniera a una pareja de jóvenes de su mismo sexo, que resultaron ser un par de pillos de tomo y lomo. En uno de tantos caminos se tropezaron los tres con un aldeano que regresaba de una feria en un borrico. Los dos truhanes

cayeron sobre el labriego y ante la vista horrorizada del ex novicio lo molieron a palos y terminaron cosiéndolo a puñaladas. Se adueñaron luego del borrico y de la magra bolsa del pobre hombre y huyeron, no sin antes tener la delicadeza de recomendar a su amigo que los imitara, pues los corchetes no tardarían en ir en pos de ellos.

Atravesando montes y valles, Giuseppe intentó poner distancia entre el horror y él; pero luego de tres días de vagar sin rumbo, temeroso de acercarse a ningún poblado, llegó al fin a una población de cierta importancia. Entró en ella al oscurecer y ya cruzaba la plaza del lugar, en dirección a la posada, donde tenía pensado pedir pan y techo a cambio de trabajo, cuando se dio de cara con dos figuras que colgaban del cuello de un poste atravesado. ¡Y con el espanto que es de imaginar reconoció en aquellas macabras figuras a sus dos compañeros de viaje!

Nuevamente a ganar montes y valles en una ciega huida. A media noche cayó extenuado en medio de un bosque, muerto de cansancio, de hambre y de sed. Siguió huyendo apenas el nuevo día asomó con todo su esplendor a través del denso follaje circundante. Y lo hizo durante todo el día y parte de la noche siguiente, sin más alivio que algunos tragos de agua que bebió en un murmurante y cristalino arroyo. La misma perspectiva se presentó al día siguiente, y al otro... hasta que perdió por completo la noción de realidad.

Cuando recobró los sentidos se admiró no poco de encontrarse en brazos de una bella joven que le hacía sorber un caldo tibio y fragante. Se admiró, asimismo, de lo estrecho de aquella habitación, en la que no cabían sino dos lechos cruzados y algunos trastos. La belleza y simpatía de la muchacha compensaban en mucho, sin embargo, la precariedad del ambiente.

-Yo me llamo Zobeida -le dijo la joven, en un tono musical de voz, al verlo despertar-. ¿Y tú, cómo te llamas?

Giuseppe se lo dijo y mientras sorbía el caldo, en el cual nadaban algunos trocitos de pan frito en grasa de cordero, escuchó el resto de la historia. Se hallaba en medio de una tribu de gitanos que se dirigía a Taormina, en la costa del mar Jónico. Este era el carromato del viejo Syrisko; ella, Zobeida, era la hija de Syrisko, y la que lo había encontrado tendido en el bosque, mientras buscaba setas. En cierto modo, el joven vagabundo era propiedad de Zobeida, puesto que ella lo había encontrado. Así lo entendieron Syrisko -que resultó ser un simpático viejo de grandes patillas, ducho en el arte de decir el porvenir y otros juegos, aunque su predilección era tocar el violín, en el que se lo reconocía como a un verdadero maestro- y el resto de la tribu, incluyendo a Matyko, el jefe, y a su hijo, Lykios, un robusto mocetón de faz cetrina.

Tardó algún tiempo Giuseppe en restablecerse y regañar su fortaleza. La mayor parte del día lo pasaba tendido en cama, en el carromato, en compañía de Zobeida, que también parecía disfrutar de aquella juvenil amistad. Para entretenerlo, Zobeida le enseñó algunos trucos y juegos de prestidigitación, a leer las manos. Tanto interés demostró Giuseppe por aprender que luego Syrisko asumió el papel de maestro. Tal parecía que por las venas de Giuseppe corría sangre de zíngaros, por la rapidez con que aprendía. El joven ex novicio poseía innatas condiciones para desarrollar una segunda naturaleza; su afán de aprender, por otra parte, era tal, que no decaía en ningún momento su entusiasmo a pesar de que debía repetir hasta el cansancio algunos juegos de manos con los naipes y los dados. Podía sacar del mazo cualquier carta a su elección o arrojar un determinado número con los dados y cuantas veces quisiera. Pero donde su actuación arrancó exclamaciones de asombro de los mismos gitanos fue cuando demostró su habilidad para predecir el futuro leyendo las líneas de las manos. En este fenómeno, era indudable, entraba en acción una predisposición natural hacia la videncia.

-Es curioso -solía comentar con Zobeida-, toda vez que estudio una mano, de pronto dejo de verla y en su lugar se me refleja alguna escena en la cual figura la persona que me consulta...

Preciso es señalar que Giuseppe, transcurridos unos seis meses de su permanencia en la tribu, no sólo tenía un aspecto y un aire de verdadero zíngaro, sino que su traza y su vestimenta confundían a los mismos gitanos. Dotado de clara inteligencia, conocía también los secretos de su lenguaje, de modo que su identificación con los gitanos resultaba completa. Para compensar la ayuda recibida, Giuseppe jugaba en las tabernas de los pueblos que visitaban, obteniendo siempre jugosas ganancias. Sólo en contadas ocasiones se atrevía a predecir el porvenir, pero cuando lo hacía sus afirmaciones resultaban asombrosas por lo certeras. Giuseppe completó su aprendizaje recurriendo a las enseñanzas de otros gitanos de tanta edad y experiencia como el mismo Syrisko. Un día, alrededor de ocho meses después que Giuseppe ingresara a la tribu de Malyko, el padre de Zobeida tuvo hartos motivos para sorprenderse.

Regresaba al campamento luego de una pequeña excursión por los alrededores, cuando al pasar junto al pequeño corral de chivos oyó que uno de los animales le decía:

- ¡Eh, viejo Syrisko!... ¿Dónde vas, tan preocupado?... ¿Has perdido tu destartalado violín?

Syrisko se detuvo en seco y luego, temiendo ser presa de la broma de un gnomo, se volvió con lentitud. No, no había persona visible alguna. Sólo un viejo chivo, atado a una rama, lo miraba con picardía, ladeando la barbada cabeza en tanto masticaba a dos carrillos. EH sudor empezó a correr por la espalda del zíngaro, quien decidió alejarse de aquel animal que sin duda estaba embrujado.

-¡Eh, viejo gandul!... ¿Qué modales son ésos?... ¿No respondes cuando te hablan?

¡Sí, ya no cabía duda, quien hablaba era el chivo!

Syrisko no esperó a más para echarse a correr cuan largo le daban las piernas, balanceándose pesadamente, de tal modo que provocó la risa del chivo... que no era el chivo. Porque detrás del matorral, sin poderse contener de la risa, asomó Giuseppe. ¡El ex novicio acababa de dar una excelente prueba de sus progresos como ventrílocuo!

-¡Ah, bribón, yo te voy a dar! -bufó Syrisko, sacudiendo sus canosas patillas, encendido como un pavo en celo.

Pero Syrisko terminó por reírse también cuando Giuseppe le contó el incidente a la bella Zobeida.

Zobeida, que tenía un año menos que Giuseppe, es decir, diecisiete años, era considerada no sólo la chica más hermosa de la tribu sino de toda la raza de gitanos. En verdad, la perfecta belleza de su rostro de líneas suaves, de grandes ojos negros, de labios de grana perfectamente delineados, sus cabellos largos e intensamente negros, se veía acentuada por su exótico atuendo. Nadie sabía llevar con más gracia el pañuelo de color en la cabeza, aquellos aros en media luna, |j la blusa abullonada y de encajes finísimos, las largas y amplias polleras policromas. Cuando Zobeida sonreía, lo que hacía a menudo, mostraba una doble hilera de dientes de idéntica simetría y blancos como perlas. Terminaban por subyugar su aire ingenuo y su gracia natural.

Como es dable suponer, desde un principio' se estableció entre ambos jóvenes una corriente de mutua simpatía que, con el tiempo se convirtió en afecto. De ahí a un amor natural y espontáneo como el crecimiento de una hermosa flor, no medió ni siquiera el grueso de un cabello. Por el tiempo en que se inicia la acción de nuestro relato, entre Giuseppe y Zobeida existía un nexo amoroso de singular intensidad. Ambos jóvenes vivían extasiados, pendientes uno del otro e irradiaban enorme felicidad en toda oportunidad -que ellos hacían frecuentes- que estaban juntos, ya compartiendo la pobre existencia en el carromato, ya recorriendo los campos de ensueño que servían de escenario a esos purísimos amores, o durante las marchas por senderos y caminos arbolados y en gradientes, teniendo al mar Jónico

y al cielo azul como incomparable telón de fondo.

-Dime la verdad, Giuseppe, ¿amas a Zobeida?

-Sí, la amo... Tanto o más que a mi vida, tanto o más que a esta ciencia cuyos arcanos trato de develar -respondió el joven Balsamo, rompiendo aquella breve pausa.

-Si la amas como dices, ¿estás pronto a casarte con ella?

-¡Nada deseo más ardientemente y sólo el pensamiento de ser rechazado por usted, por no ser de vuestra misma raza, impidió que formulara mis deseos!

-Lo más bello que encuentro en la deliciosa juventud es su indecisión en medio de su osadía -dijo Syrisko reflexivamente-. Zobeida te ama también, según me lo ha confesado con lágrimas en los ojos, pero temía que tú no le correspondieras... Ahora ya no habrá impedimentos ni zozobras, excepto...

-¿Excepto qué?

-El rencor tiene un nombre: Lykios...

-¡Lykios!... ¿Qué tiene que ver el hijo del jefe con nosotros?

-Mucho... -El viejo zíngaro hizo una pausa, que por alguna razón que desconocía Giuseppe, se hizo tensa, amenazante-. Matyko es de mi propia sangre y cuando nació Lykios nos juramentamos para que, según la tradición de nuestra raza, si yo llegaba a tener una hija, ella sería la esposa de Lykios...

Giuseppe siguió escuchando con suma atención. Pero aunque se hallaba acostumbrado a las excentricidades de aquella raza, no pudo dejar de impresionarse con el relato. Syrisko, efectivamente, llegó a tener una hija, cuya madre murió al nacer ella. Esta circunstancia le hizo volcar todo su afecto en la criatura, a la que dedicó su vida, rehusando volver a casarse. La misma razón le instó a negarse a aceptar la boda que reclamaba Matyko, la cual, de acuerdo con las costumbres de los gitanos, debía realizarse en plena infancia de los prometidos. Esta negativa hizo un tanto tirantes las relaciones entre los dos primos, pero el verdadero problema surgió cuando Lykios cumplió dieciocho años y Zobeida tenía quince. El rudo y poco agraciado doncel acosó a la muchacha y le confesó su amor, siendo rechazado con la mayor energía. Zobeida se enteró entonces que se hallaba comprometida con el hijo del jefe y le gustara o no tendrían que dar cumplimiento a esa promesa. Syrisko no sabía qué hacer y procuró dar largas al asunto, en la esperanza de que un milagro los sacara del brete en que se hallaban metidos. Un tiempo después, Matyko y su hijo volvieron a la carga, reclamando sus inalienables derechos.

Syrisko consultó a Zobeida y aun le rogó que aceptara, pues no tenían otra alternativa, excepto ser arrojados de la tribu y recibir el castigo reservado a los tránsfugas. Zobeida volvió a negarse, afirmando que prefería morir a unirse a un hombre por el cual no sentía ningún afecto. Pero Syrisko no llevó esta respuesta a su primo, sino que pidió un nuevo plazo arguyendo que su hija no se hallaba aún preparada para un cambio de estado.

-Estaban así las cosas cuando apareciste tú en la vida de Zobeida, muchacho -siguió diciendo el viejo zíngaro-. Desde entonces todo ha cambiado... ¿Es necesario decirte que no sólo Matyko y su hijo, sino toda la tribu nos miran con malos ojos? Para ellos estamos quebrantando una vieja ley tribal y ese delito no se perdona ni siquiera a quienes, como nosotros, descendemos de una casta de reyes...

-¿Quiere decir... que jamás podré unirme a mi amada Zobeida? -Había desesperación, incluso llanto, en la voz del joven ex novicio.

-Eso depende del grado de tu amor y de tu resolución de hacer tuya a Zobeida...

-¡Daría la vida por ella!

En tal caso, llegada era la hora de la prueba, siguió diciendo Syrisko. Según la ley de los gitanos, quienquiera pretendiese a una joven gitana ya comprometida con otro, debía exponer su demanda ante el consejo de ancianos y ellos resolverían el caso. Los juicios eran breves en medio de su solemnidad y la tradición decía que sólo se tomaban en cuenta los hechos. El jefe de la tribu presidía el consejo; su recomendación era escuchada a veces, pero generalmente se resolvía por medio de la votación. Las diferencias de este tipo se liquidaban, por lo común, mediante un duelo.

-Como puedes imaginar, siendo Matykos el jefe y el juez, dictará las condiciones más difíciles para ti...

-Dije que daría la vida por Zobeida y lo repito -señaló Giuseppe con torva determinación siciliana, uniendo el entrecejo-. No retrocederé ante ninguna amenaza o peligro...

Una exclamación, un breve y argentino grito de alegría, mejor dicho, lo interrumpió, en tanto una grácil y colorida figura emergía de unos matorrales cercanos y con los brazos abiertos corría hacia el joven.

-¡Giuseppe!... ¡Amor mío, qué dichosa me hacen tus palabras!

-¡Zobeida!

El viejo zíngaro, no poco emocionado y feliz al comprobar cuánto era el amor que unía a los dos jóvenes, se retiró discretamente, dejándolos en libertad de expresar sus sentimientos. Luego, con paso ágil y resuelto se encaminó hacia el campamento.

Acaso su determinación se viera disminuida de haber visto a la figura de hombre que, escondida detrás de un peñasco, observaba con fiera expresión de odio la escena de amor que protagonizaban los jóvenes enamorados. La mirada de basilisco trasuntaba un encono terrible que sólo podría ahogar un río de sangre...

* * *

Cuando Zobeida y el joven Balsamo regresaron al campamento al caer de la tarde, en tanto el magnífico escenario de Taormina y sus bellos alrededores se cubrían de velos azulados, encontraron no poca agitación en él. Por algunas frases escuchadas al pasar pudieron enterarse de lo sucedido. Syrisko había visitado la tienda de Matykos y en ella había tenido lugar una airada y por momentos tormentosa conversación. Los gritos, las amenazas y advertencias habían menudeado de una y otra parte y finalmente el viejo zíngaro dejó a su pariente lleno de indignación y cólera. Momentos después, Matykos convocó a una reunión tribal, la que debía celebrarse en las primeras horas de la noche.

Syrisko estaba de malísimo humor cuando los dos jóvenes entraron en el carromato. Pero la vista de su hermosa hija bastó para suavizar su temperamento y aun le permitió sonreír. Luego apoyó una mano en el hombro de Giuseppe y le dijo:

-No sé qué saldrá de esto, hijo mío, pero debes estar preparado a lo peor... ¿Conoces el manejo del cuchillo? ¿NO?... Entonces, ven. Voy a darte algunas lecciones y enseñarte algunos trucos...

Giuseppe asintió en silencio, en tanto Zobeida se quedaba pendiente con el alma en un hilo.

La reunión del consejo había sido convocada para las tres horas después de la entrada del sol. A esa hora, silenciosamente fueron llegando los ancianos de la tribu. Frente a la tienda del jefe había sido encendida una gran hoguera y los ancianos fueron tomando su lugar alrededor de ella. Cuando se hubo complementado el número de doce -entre ellos estaba Syrisko-, Matykos se dignó dejar su tienda y fue a ocupar el sitial de honor. A su derecha se hallaba el padre de Zobeida. Era tangible el rencor que separaba a los dos hombres a pesar de su proximidad.

El primero en hablar, luego de una larga y preparatoria pausa, fue Matykos. Expuso las razones de aquella convocatoria y habló de la tradición tribal y del respeto a los compromisos solemnes y juramentados. Dijo que en la tribu, sólo en muy contadas ocasiones se habían ventilado casos denigrantes como el presente, en que se ponía en evidencia la mala fe y la indignidad de un integrante de la tribu, que no respetaba su palabra y que llegaba al extremo de intentar romper un sagrado compromiso. Concluyó pidiendo que la insólita petición del forastero fuera rechazada de plano y que se lo condenara a abandonar la tribu en aquel preciso momento.

-¡De no escucharse mi recomendación, pido que se fije la hora del amanecer para el juicio de Dios, en las condiciones más severas!

Ciertamente, era solemne el acto en sí, pero adquiría mayor solemnidad debido al escenario donde se realizaba. En la plaza, delimitada por algunas tiendas y los carromatos puestos en círculo, se hallaba formada una multitud de hombres, mujeres y niños. La fuerte y ondulante claridad de la gran hoguera demarcaba con brochazos anaranjados los rostros tensos, las miradas brillantes, las figuras coloridas, los dibujados y complicados jeroglíficos de los carromatos y de las tiendas. Más atrás también brillaban las copas de los árboles y luego todo desaparecía en la irrealidad de las colinas y montes oscuros, sobre cuyas cimas parpadeaban las estrellas.

Sin dejarse arrastrar por el tono altanero e hiriente de Matykos, el padre de Zobeida respondió con mesura, señalando que el ejercer un cargo de responsabilidad demandaba ecuanimidad, bondad, comprensión, criterio justo. Esa había sido siempre la tradición. Dejarse llevar por la pasión o el odio o parcializarse en una causa, inhabilitaban para asumir una delicada misión. Nadie podía ser juez y parte en una cosa, sin que el concepto de justicia se viese comprometido. Al oír esto, Matykos se enfureció y trató de entrar en una polémica personal, pero las voces de los ancianos de la tribu le hicieron desistir de su propósito y Syrisko pudo concluir su exposición. En términos que denotaban sus conocimientos y su cultura, habló del amor y enalteció con adecuadas palabras este hermoso sentimiento humano, del que sólo podían hacer gala las personas de nobles pensamientos y poseedoras de cualidades de bondad y ternura. Los que pueden amar poseen alma tierna y los que solamente se dejan llevar de la pasión demuestran un alma vulgar. El alma tierna, muy lejos pie conseguir nada por la fuerza, se resigna a recibir lo que la caridad de la persona amada pueda brindarle. El amor es un sentimiento que n*o* se puede imponer por el juicio ni por la fuerza. Nada, ni siquiera leyes humanas podían delimitar los naturales transportes del ser. Por lo tanto, si bien reconocía haber celebrado un compromiso con Matykos, mucho antes de que naciera su hija, conscientemente no podía obligar a Zobeida a aceptar a un joven por el cual no sentía ningún afecto, corriendo el peligro de destruir su vida, pues ella en verdad amaba al joven forastero al cual salvara de morir y por su parte era amada hasta el punto del sacrificio. Por todo ello solicitaba el consejo que accediese a la ardiente súplica de dos jóvenes enamorados, permitiéndoles contraer matrimonio según la usanza de la raza. Un largo silencio se hizo luego de la exposición de Syrisko. Alguien avivó el fuego de la hoguera y un enorme y dorado chisporroteo se elevó a los cielos, como un homenaje al dios Eros. Pero, pasados unos momentos se quebró el hechizo invocado y se oyeron las opiniones de los ancianos apoyando uno u otro de los puntos de Vista expuestos, Finalmente, luego de una larga y a veces

acalorada deliberación, se resolvió someter la cuestión al "juicio de Dios". Los dos pretendientes sostendrían un duelo y aquél que saliera con sus pies del escenario del duelo sería el poseedor de la mano de la bella Zobeida. El duelo tendría lugar al amanecer, en aquel mismo escenario, y las armas serían el cuchillo y el garrote.

-¡No es lo justo! -bramó Matykos alzando belicosamente su barba grisácea y blandiendo el puño-. ¡Pero acato el fallo y pido que el duelo sea a muerte!

-¡Será a muerte! -hizo eco una voz gruesa, potente-. ¡Nadie podrá evitarlo!

Todos se dieron vuelta, a tiempo para ver al robusto, airado y nada agraciado Lykios, en cuyo cinto, amenazadoramente, asomaba el tallado mango de un enorme cuchillo. Las mujeres y los niños se apartaron de él con precipitación. Lykios constituía en este momento la representación de la violencia y del odio.

* * *

Zobeida sollozaba quedamente en su lecho mientras se oían los ronquidos del autor de sus días. En el compartimiento vecino, Giuseppe Balsamo también se hallaba entregado al descanso. Su agotamiento debía ser extremo, porque su primer sueño era también profundo, ruidoso. ¡Oh, los hombres!... ¿Cómo podía dormir Giuseppe teniendo sobre su cabeza un enorme cuchillo? Zobeida no hallaba paz ni sosiego pensando en lo que habría de ocurrir al salir el sol. Sus pensamientos, por cierto, no eran nada tranquilizadores. Giuseppe, no le cabía ninguna duda de ello, sería destrozado por Lykios, como una liebre lo es por el podenco enfurecido. ¿Qué sabía él de juegos mortales con cuchillos y garrotes? Esto sin tomar en cuenta que Lykios era más ágil, más robusto y más diestro que su amado. No, no cabía ninguna alternativa o esperanza... ¡Y Giuseppe dormía a rienda suelta y sin presentir el peligro!

De pronto, Zobeida interrumpió el hilo nada tranquilizador de sus pensamientos. Su padre había dejado de roncar y luego de una pausa emitió un gemido, en tanto se agitaba con creciente violencia. Los gemidos también aumentaron y en cierto momento se le oyó pronunciar claramente los nombres de Zobeida y de Giuseppe. Un grito intenso, ronco, coronó aquella pesadilla y Syrisko se sentó de golpe en su duro lecho. El agonizante destello de la hoguera exterior mostró el sudor brilloso que cubría su rostro. En la penumbra reinante, los ojos afiebrados buscaron la figura del ser amado extendida al otro extremo del carromato. La presencia de la joven pareció tranquilizarlo, pues luego de contemplarla lanzó un suspiro de alivio y se limpió el rostro. Entonces, sin imaginar que Zobeida estaba despierta y observando sus movimientos, se incorporó a medias y a gatas traspuso el umbral acortinado del próximo compartimiento, en uno de cuyos rincones dormía Giuseppe, como hemos dicho, cual si se hallara en plena paz conventual.

-¡Giuseppe, despierta! -se le oyó decir en voz baja, mientras sacudía al ex novicio.

Un gruñido, una pausa y luego la voz ronca de Giuseppe preguntando qué diablos ocurría. Syrisko le recomendó silencio y a renglón seguido espetó:

-Escucha atentamente, muchacho, pues en ello te va la vida... Acabo de tener una visión, un sueño premonitorio o como quieras llamarlo... Sé que ocurrirá una desgracia... Tú y Zobeida estaréis en gravísimo peligro... Vi sangre, ríos de sangre por doquier... Es evidente que Matykos y su hijo no se resignarán a perder a mi hija y en consecuencia están preparando un golpe alevoso en la sombra...

-¿Y qué sugiere debemos hacer?

-¡Huir!... ¡Ahora, en este mismo instante!... -El apremio y temblor de la voz hacían comprender que el padre de Zobeida tomaba bien en serio la visión tenida-. Despertaré a la muchacha y celebraremos la boda aquí mismo. Luego os podréis ir... Yo me quedaré para hacer frente a Matykos y su cólera...

-¡Oh, no! -intentó protestar Giuseppe-. Yo no soy de los que huyen al peligro y Zobeida me odiaría si...

-¡Harás lo que te digo o perderás a Zobeida, elige! -bramó Syrisko roncamente-. ¡Si no huyes ahora, jamás se realizará la boda, pues será exponerla a una cruel venganza!

-En tal caso... Pero aceptaré siempre que ella esté de acuerdo -repuso Giuseppe, no muy convencido, sin embargo.

No fue necesario que Syrisko fuera a despertar a su hija. Zobeida estuvo junto a los dos hombres. En sus grandes y hermosos ojos negros brillaba el fuego de una luz interior que reflejaba un súbito y enorme temor.

-¡Giuseppe! -instó, arrodillándose junto a su amado-. ¡Debemos hacer lo que papá dice!... ¡Jamás se ha equivocado en sus vaticinios!... ¿Comprendes? Por mi parte, presiento que graves peligros amenazan nuestra felicidad...

-No puedo negarme a súplica tan gentil -dijo Giuseppe, acariciando la mejilla de la joven-, y mucho menos a la hermosa perspectiva de ser tu esposo... -Lanzó una alegre aunque apagada carcajada-. ¡Así sea contrariando a Lucifer y su legión de demonios! ...

Zobeida le puso rápidamente los dedos en los labios, imponiéndole silencio.

-Es de mal agüero mencionar a Satanás antes de una boda -le dijo. Volviéndose a su padre, agregó-: Si hemos de irnos, que sea cuanto antes, padre.

Antes Giuseppe habrá de escucharme... ¿Recuerdas, hijo mío, lo que hablamos respecto al *sanctum regnum?...* Pues si aún deseas ingresar a él...

-¡Lo deseo con tanto afán y ardor como desposar a Zobeida! -exclamó el joven Balsamo, sinceramente emocionado.

-...Entonces procurarás llegar a Alejandría. Una vez allí frecuentarás algún centro, escuela o logia ocultista, donde preguntarás por Althotas. Será lo que está escrito... Es un hombre muy viejo, pero si ha de ser tu maestro, lo hallarás aún con vida. Lo demás corre por tu cuenta... Ahora, a lo nuestro. ¿Dónde está esa botella de vino añejo que hemos reservado para esta ocasión, Zobeida?

Zobeida, alegremente y con ágiles movimientos se deslizó por el carromato y regresó a los pocos instantes trayendo una pequeña fuente de barro y una botella de vino, cubierta de polvo y telarañas.

Syrisko procedió a abrir la botella, otorgando a sus movimientos una dignidad ceremonial. La ocasión lo reclamaba. Mientras tanto, Zobeida, que encendiera una bujía, se vistió y acicaló como para un día de fiesta. Sí, ésta era su fiesta, la más importante de su vida. Era de lamentar que no pudiera ser una fiesta de bodas completa, con participación de toda la tribu, con música de violines y de panderetas, regalada con deliciosos y tradicionales bocadillos y vino regado a conciencia. Pero los gitanos son fatalistas por antonomasia y en el hecho de la precipitación e improvisación de la boda encontraron Syrisko y su hija un simbolismo que sólo podía tomarse como índice de futura e inconmovible felicidad.

-Unan las manos... así -instruyó Syrisko, haciendo que las dos manos derechas se unieran por las palmas, de modo que las muñecas venían a unirse en la parte superior y los dedos juntos caían sobre la escudilla de terracota.

Acto seguido, Syrisko extrajo de la cintura un cuchillo largo y de hoja ligeramente curvada, muy parecido al *chris* hindú, de empuñadura damasquinada. Luego de preguntar a los jóvenes si deseaban sincera y verdaderamente unirse en matrimonio, y luego de recibir la unísona respuesta, con la punta de aquél hizo una pequeña incisión en ambas muñecas, hasta que un grueso hilo de sangre corrió por ellas, afluyendo después en una corriente más gruesa que se deslizó por los dedos y en gruesas gotas cayó sobre la escudilla de vino, mezclándose con el añejo zumo de uvas de Corinto. El vino clarete adquirió entonces un hermoso color rubí y una densidad que hizo apetecible el posar los labios en los bordes. Así lo hicieron ambos jóvenes, a una muda señal del padre, y arrodillados como estaban en el piso, entre ambos sostuvieron la escudilla y bebieron de su contenido hasta que no quedó una sola gota.

La voz de Syrisko llegó entonces extraña, lejana como truenos que explotaron en las bocas de nieve de altísimas cumbres:

-Sólo la muerte podrá separar lo que Adonai ha unido en la oche de la raza... Id por el mundo y comprad la felicidad con [alegría en la pesadumbre y con valor en el desfallecimiento... Id san paz y gozad de la ventura del pan y del lecho compartidos...

Los dos jóvenes lanzaron un grito de alegría y soltando la escudilla, que se hizo añicos en el piso, se abrazaron y besaron gozosamente. El viejo zíngaro se limpió los ojos con el dorso de su mano Arrugada y pecosa. Sin embargo, dominando su emoción se acercó tk ellos, los abrazó y besó. A continuación deslizó un pequeño bolsillo que contenía tintineantes monedas en la mano de Giuseppe, mientras decía con gravedad:

-Y ahora, marchaos... Si queréis vivir largo tiempo y en paz, Cuando asome el sol debéis estar bien lejos de aquí.

-¡Padre, ven con nosotros!... ¡Matykos puede convertirte en ¡planeo de su encono! -suplicó Zobeida.

-No, yo no puedo abandonar la tribu... Pero no temas. Soy tan estimado y poderoso como el mismo jefe y él se guardará de prenderme de palabra o de obra... ¡Vamos, idos ya!

Era inútil insistir y así lo comprendieron los dos jóvenes. Zobeida tomó entonces un atadillo de ropas, que Giuseppe sujetó al extremo de un nudoso garrote. Se disponían ya a salir cuando, en un repentino ademán, Syrisko le extendió a su flamante yerno el cuchillo que usara en la tocante ceremonia.

-Toma... Yo lo heredé de mi padre y él del suyo. Preservó mi mía muchas veces. Aspiro a que tú no tengas que usarlo nunca... Ahora, a lo vuestro y que los dioses os amparen.

Un último beso, el postrer abrazo, y luego la fugaz huida buscando la protección de las sombras. En una rápida evocación hacia el recuerdo, atrás fueron quedando hogueras ya consumidas, tiendas adormecidas, carromatos de aspecto cansino y polvoriento, jadeantes, tomados de las manos, los corazones palpitantes de emoción y de fatiga, los dos jóvenes subieron por la accidentada pendiente, rechazando el ofrecimiento del suave y zigzagueante sendero. una y otra vez se detenían entre los árboles o junto a un peñasco para mirar hacia atrás. El campamento parecía ahora una pequeña mancha en claroscuro y...

De pronto un grito de alarma hendió el silencio de la noche. La gruesa, ronca, inconfundible voz, señaló a quien la emitió: Syrisko. Respondió otro grito, de furor, de frustración, de odio reconcentrado. La voz era igualmente inconfundible. Quien blasfemaba no era otro que Lykios, el rudo y fornido hijo del jefe gitano.

En contados instantes más el solitario paraje, la pequeña pradera, la boscosa colina, se poblaron de ruidos cada vez más inquietantes, de lucha, del jadeo de los hombres, del entrechocar de los aceros. Zobeida lanzó un grito de profunda angustia.

-¡Padre!...

La apelación tocó una fibra Intima y sensible de Giuseppe Balsamo. Este soltó la mano de su amada y en un brusco ademán dejó caer el atadillo, quedándose con el garrote.

-¡Espérame y, por tu vida, no te muevas de aquí! -ordenó el ex novicio, con desconocida energía en su tono.

Y sin esperar la respuesta de Zobeida, Giuseppe se lanzó de nuevo pendiente abajo, como un alud, evitando en la incierta claridad de chocar con árboles o rocas. Estaba por llegar a la base de la colina, cuando se oyó un doble grito, uno <ie dolor y agonía, y otro de triunfo, de cruel regocijo. Balsamo dejó escapar a su vez un ronco gemido, puesto que el timbre de aquellas voces le había dicho del desenlace de la tragedia que tuviera lugar allí.

El grito de agonía había sido prorrumpido por Syrisko, en tanto que el otro, indudablemente, había sido proferido por Lykios triunfante. Pero el dolor y aun la repentina desesperación que se apoderaron del esposo de Zobeida no le impidieron seguir su carrera y, en pocos momentos más, enfrentar al cruel sujeto.

Lykios, a la usanza gitana, iba armado de un largo cuchillo en la diestra y un garrote en la siniestra. Yaciente a sus pies se encontraba el padre de Zobeida. No tenía cerca de él nada más que un inofensivo palo con el que en vano había tratado de impedir que el hijo del odio saliera en persecución de la ingrata.

-¡Ah, eres tú!... -exclamó Lykios, al reconocer a Giuseppe, en tono gozoso, anticipando un nuevo y fácil triunfo.

El ex novicio no respondió. Se podía decir que lo había paralizado el miedo, la vista de la muerte agazapada a sus pies. Ríos de sangre... Sí, había sido la visión que tuviera -el viejo zíngaro. No había dicho, sin embargo, que parte de esa sangre sería la suya... Y lo que paralizaba a Giuseppe no era el temor al daño físico ni a la aplastante presencia de Lykios, sino la tremenda, la terrible significación de la advertencia de Syrisko. La visión evocada contenía un profundo y oculto sentido ante el cual el pobre ex novicio se detenía perplejo y tembloroso...

-¡Ardo en ansias de correr a los brazos de mi amor! -exclamó de pronto Lykios, lanzándose a un ciego ataque-. ¡Muere, pues!...

Y la feroz cuchillada buscó afanosamente el cuerpo todavía tembloroso de Giuseppe Balsamo, mientras un grito de mujer, de espanto y desesperación, hendía de nuevo la serenidad de la noche.

***Capítulo 2.***

***LA LOGIA DE KHNUM***

El eco de aquel grito y el choque y el estallido de los aceros se desvanecieron en la noche poblada antinaturalmente del destello de renacientes fogatas. La dispersión de fugaces chispas que por momentos confundían su brillo con el de las estrellas probaba el singular y nocturno duelo entre el amor y el odio, entre la esperanza y la desilusión, entre la vida y la muerte. El duelo se hallaba circunscrito por un escenario sombrío que aplastaba con su presencia, con la proximidad de colinas boscosas que se estrechaban sobre los hombres, cual para recordarles la instantaneidad de sus afanes frente a la realidad y eternidad de la naturaleza. Los mustios árboles de miembros retorcidos monstruosamente venían a convertirse de este modo en

mudos testigos de la necia iracundia de pigmeos con pretensiones de reyes de la creación. Y pronto el campamento gitano, las colinas, los bosquecillos vecinos, se poblaron de discordantes ruidos, del entrechocar furioso de los aceros, de las exclamaciones y los gritos de aliento de hombres, mujeres y niños que acudían corriendo al lugar del abortado duelo. Hasta los pacíficos animales habitantes de este aislado y silencioso mundo, bruscamente despertados a la insania de los racionales, dejaron oír sus voces de protesta en un desconcierto de chillidos, graznidos y rugidos de todo calibre.

Con ritmo creciente seguía el furioso entrechocar de los aceros, complementado por las voces humanas de aliento o desaliento. Los gitanos también asomaban su odio o su temor en el linde de los bosquecillos circundantes. El campamento gitano habla despertado al alboroto y acudía en masa a presenciar el duelo. Las voces, los gritos, connotaban la pasión que los dictaba. A veces se oían súplicas para que cesara la lucha, para evitar más derramamiento de sangre. Pero se escuchaban también imprecaciones y aun maldiciones expresadas con el fuego de las razas bárbaras y en el lenguaje ininteligible del "padrecito" Faraón. Era ostensible el ominoso sentido de esta conducta. Ahora había sangre de por medio entre el amor y el odio. Un sacrificado reclamaba venganza para resucitar y estar siempre presente en la memoria de los vivos... En una palabra, Osiris, dios de la muerte, y Tifón, dios de la violencia, debían recibir el holocausto de sangre y de vidas humanas para que cesara aquel loco exterminio que ambos reclamaban.

-¡Eso es, hijo!... ¡Duro con él!... ¡Demuéstrale que desciendes de Bramhin, el Exterminador! -gritaba Matykos, enardecido, blandiendo un puño.

-¡Anubis te proteja, hijo del noble Syrisko! -gritaban otros-. ¡Que tu mano no tiemble en la hora de la venganza!

De nuevo se escuchó un grito de angustia, de profundo temor, que acalló el furor destellante de los aceros. Zobeida, arrodillada junto al cadáver de su padre, juntaba las manos en una impetración a lo desconocido y trémulos y pálidos los labios, con azorada mirada contemplaba a los duelistas. Su corazón parecía paralizado ante la presencia alada y gélida del espíritu de la muerte.

El grito de su amada obró más en el ánimo de Giuseppe Balsamo que las voces de aliento de los amigos y partidarios del desdichado Syrisko o las imprecaciones de sus enemigos. Hasta ese momento, luego de escapar por un pelo a la furiosa primera embestida de Lykios, el inexperto y antiguo novicio se había defendido por instinto, retrocediendo continuamente y deteniendo con su nudoso garrote las entradas a fondo del hijo de Matykos.

Pero el grito de temor de Zobeida obró en él como una advertencia y a la vez como una incitación. En el mismo instante recordó el abrumado joven las pocas aunque efectivas lecciones que le diera su maestro y amigo pocas horas antes. En ese preciso momento cambió el curso del duelo. Giuseppe dejó de retroceder. No satisfecho con ello, realizó un cambio que desconcertó por completo a Lykios y le hizo detener su ciego impulso.

Para confundir a su adversario y siguiendo las instrucciones que le diera Syrisko, Giuseppe llevó el cuchillo a la mano izquierda y retuvo el garrote con la derecha. La táctica, aunque sencilla, dio el resultado apetecido, o sea, el de anonadar al adversario. Para anular la maniobra, Lykios habría tenido que hacer lo mismo, pero como no era zurdo, siguió sosteniendo el cuchillo con la derecha y amagando golpear con la izquierda.

Pronto se hizo notoria la ventaja que ahora llevaba Giuseppe. Cuando su adversario, colérico, envió una cuchillada a fondo, un severo y duro garrotazo en el antebrazo lo paralizó por completo, mientras en su rostro se pintaba un gesto de dolor. Matykos, fuera de sí, iba de un lado a otro, dando órdenes y diciendo a su hijo lo que debía hacer. Finalmente, indeciso,

Lykios optó por cambiar también de mano el cuchillo.

Le tocó el turno a Giuseppe de lanzar una carcajada de insana alegría. Ahora estaba cierto de haber desconcertado por completo al matador del buen Syrisko. Garrote y cuchillo volaron por los aires, cambiando al unísono de mano. Aquél era un bonito y efectivo juego de manos. Sin saber qué otro paso dar y sin tiempo para cambiar, Lykios amagó otra cuchillada, pero el garrote de Giuseppe entró de nuevo en función y esta vez fue el brazo izquierdo de su enemigo el que recibió el fuerte y doloroso impacto que lo dejó inerte por unos momentos.

Lykios, mordiéndose los labios para no expresar su dolor, cambió el cuchillo a la derecha... mientras el ex novicio realizaba la misma maniobra, pero a la inversa. A lo anterior siguió una serie de fintas y amagos, sin que ninguno de los adversarios se animara a entrar a fondo.

-¿Qué esperas ahora, imbécil?... ¡Ataca! ¡Ataca!

Lykios lanzó una rápida y furtiva mirada al autor de sus días, resentido por aquella absurda orden. Matykos, por su parte, lo miró. Estaba desconcertado. Su expresión decía que él no había abierto los labios. ¿Quién, entonces...?

-¡Vamos!... ¡Ataca, imbécil, ataca!

La fría y colérica orden enfureció y encegueció a Lykios. Se volvió de nuevo hacia Matykos, como responsabilizándolo de lo que decía y en el mismo segundo estiró su brazo, buscando con el extremo del cuchillo el corazón de su odiado rival.

Esta vez el garrote de Giuseppe trabajó con sorpresiva y mayor efectividad. Logrado el propósito de engañar a Lykios con ese truco de ventriloquia, no golpeó en el brazo armado de cuchillo, como esperaba el matador de Syrisko sino que, realizando una oblicua parábola, el nudoso extremo fue a golpear en la sien del burdo y apasionado hijo del jefe gitano.

El golpe, sin embargo, no alcanzó a derribar o desmayar a Lykios, sino solamente a aturdirlo. Pero éste era, precisamente, el objeto perseguido por Giuseppe. Sin vacilar un segundo más, convencido de que aquel duelo no debía terminar sino con la muerte de uno de ellos, al bajar el garrote apartó con él el brazo armado del cuchillo y se tiró a fondo con el suyo y... ¡la refulgente hoja desapareció en la oscura masa casi hasta el mango!

Lykios se desplomó como una masa inerte, .partido aquel esforzado y apasionado corazón.

Un profundo, tenso y amenazante silencio siguió al ahogado gemido de agonía y a la pesada caída del cuerpo. Después de contemplar consternados el cadáver del matador de Syrisko, los presentes volcaron sus miradas hacia el jefe. De la actitud y de la palabra de éste dependía el destino y aun la vida de "Balsamo. Y cuando Matykos, arrastrado por la desesperación y un odio creciente, iba a pro-

nunciar la condena, uno de los testigos de aquel drama, el viejo Sammon, amigo y compañero de correrías que fuera de Syrisko, se adelantó y con voz ronca y de emocionado acento, dijo:

-Se ha cumplido el juicio de Dios, hijo mío... El que a cuchillo mata, a cuchillo morirá...

Matykos miró al viejo gitano con expresión extraña.

-Eso es... murmuró-. El que a cuchillo mata... -No llegó, sin embargo a concluir la frase. Lanzando un ronco y desgarrante gemido, cayó de rodillas junto al cuerpo inerte de su hijo.

-Podéis iros en paz -siguió diciendo Sammon, apoyando una mano en el hombro de Giuseppe y mirando a Zobeida-. Nosotros nos haremos cargo de Syrisko...

Había un determinado sentido en la voz del gitano. Zobeida lanzó nuevos sollozos y parecía no hallarse dispuesta a abandonar al autor de sus días; pero quedarse significaba perder

también a Giuseppe. Así lo comprendió y luego de asentir en silencio, dejó que su flamante esposo la tomara de un brazo y recogiendo su atadillo se alejara con ella, pendiente arriba.

Momentos después, la noche se los había tragado; por un largo rato más se oyeron los roncos gemidos de Matykos, pero ellos cesaron al fin y un tenso silencio cubrió el campamento gitano, sobre el cual cayera la oscuridad como un bálsamo para aliviar el dolor y el temor.

* * *

El mar besa las dilatadas riberas de Catania, la resucitada. Catania besa las faldas del Etna, el verdugo. Víctima y ejecutor se complementan en el paisaje y así como el azul intenso del mar conjuga con el color parduzco o grisáceo de la montaña de lava, ciudad y volcán forman un núcleo indivisible, sugestivo en su fealdad e incongruencia. Según se tiene memoria, Catania fue destruida siete veces por las erupciones y desprendimientos del Etna. El iracundo padre Etna es para la ciudad una permanente amenaza, motivo de constante zozobra. La muerte y el dolor crepitan en las entrañas del monstruoso padre y por las noches su furia se eleva en forma de columnas de fuego y humo, como si fuera un juego de magia. Pero, con ser razón de tantas penas y de dolor, nadie odia al Etna, como nadie odia en verdad al padre. Por el contrario, muchos sienten el orgullo de su presencia y los más viven de su generoso concurso.

Un bullente y animoso gentío se reúne diariamente en torno al puerto de Catania, donde la vida es más rumorosa y agitada y donde se ha centralizado la actividad comercial. El puerto es pequeño y de poco calado, pero es ideal para embarcaciones de cabotaje y de pesca. Sólo ocasionalmente se advierte la proximidad de algún velero de importancia en aguas afuera del puerto. Los sicilianos son gentes sencillas, conservadoras, que viven aferradas a grandezas de un pasado esplendoroso. Catania y Siracusa eran importantes puertos en tiempos de la Roma imperial. Ahora languidecen bajo esas gloriosas reminiscencias, pero ello basta para hinchar de orgullo a sus habitantes.

Ha sido en Catania donde los dos jóvenes esposos llegaron a cobijar las exteriorizaciones de su amor. Giuseppe Balsamo y Zobeida, en cuyas pupilas se reflejan a veces las dolorosas incidencias de su alejamiento de la tribu gitana, procuraban pasar desapercibidos en medio de aquella agitación pueblerina. Para no denunciar su origen, habían cambiado de vestimenta. Giuseppe volvió a ser un joven siciliano como cualquier otro y con su ayuda y aleccionamiento, Zabeida adquirió también los aires de una joven palermitana de modesta prosapia.

Giuseppe había elegido Catania como punto de partida para llegar a su próxima meta: Alejandría. Pero lo que el joven ex novicio ignoraba era que allí recalaban muy de cuando en cuando barcos capaces de realizar la travesía del Mediterráneo. Hacía dos meses que se encontraban aquí y aún no habían tenido oportunidad de ver uno. Mientras tanto, alojados en una pobre posada del puerto, debían compartir su existencia con gentes de incierta procedencia y de dudosa conducta. A su alrededor se escuchaban voces extrañas, dialectos desconocidos, pronunciados por hombres de las más raras cataduras y vestimentas. Durante el día, esas gentes se reunían en el mercado del puerto, donde se ofrecían a la venta los más curiosos productos, tanto de la industria como de la artesanía de pueblos ignotos escondidos en los pliegues de las montañas y los valles de las mil y una islas diseminadas en los mares Jónico y Egeo. Por las noches, esos mismos mercaderes se reunían en las tabernas del puerto a celebrar las transacciones de la jornada con desmedidas libaciones del vino siciliano, denso y rojo como la sangre. Música de flautas, laudes, mandolinas y guitarras animaban esas reuniones, en las cuales mujeres de vida airada se convertían por unas horas en las reinas

nictálopes, con el beneplático y el provecho de los honrados taberneros.

Tanto Zobeida como Giuseppe, por ser jóvenes, tenían un ánimo predispuesto a la acción y la aventura. Durante los primeros días de su permanencia en Catania y mientras podían disfrutar de la posesión de aquellas relucientes monedas de oro, obsequio del infortunado Syrisko, intentaron participar en la vida que allí se llevaba. Pero la intentona quedó en eso, nada más; ellos no eran mercaderes y no tenían nada que ofrecer en venta ni nada que comprar. En lo que respecta a la dudosa vida nocturna, era todavía más difícil participar en ella, a menos de renunciar a ciertos privilegios, cosa a la que no estaban dispuestos Giuseppe y menos Zobeida. Finalmente, luego de un enojoso incidente ocurrido con unos borrachos, que vieron en la belleza de la joven gitana un aliciente a sus oscuras pasiones, oportunidad en que volvió a entrar en juego el garrote de Giuseppe, Zobeida decidió no salir por las noches.

Pero la espera se tornó difícil y aun angustiosa. Las reservas de dinero se agotaban rápidamente. Llegado sería el momento en que tendrían que pagar su pasaje en barco. ¿Cómo hacerlo si gastaban todo su pequeño capital? Giuseppe se dijo que era necesario obtener dinero. No obstante, no sería necesario retornar a las prácticas gitanas de decir la buenaventura y otras de no siempre buen resultado. El ex novicio creyó hallar la respuesta en su habilidad innata para el juego de manos con cartas y dados.

Por fin, luego de unos días de práctica y de intenso adiestramiento recordando las instrucciones del inolvidable Syrisko, con el agregado de algunos ingeniosos trucos que sabía Zobeida, nuestro joven se lanzó a la vida nocturna, descubriendo con beneplácito que el lucro constituía el *leit motiv* en la vida de aquellas gentes aventureras y que el juego era para ellas tan substancial como el respirar.

La cosa, sin embargo, no resultó tan sencilla como parecía a primera vista. Entre quienes se dedicaban al negocio del juego había verdaderos artistas, escamoteadores habilísimos cuyas manos se movían con mayor rapidez que la vista. Las monedas de oro, de plata, desaparecían con extraordinaria facilidad en sus bolsillos de boca siempre abierta. Sus movimientos eran hechizo, sus voces, sugestión. Mucho debió aprender de ellos Giuseppe antes de lanzarse por su cuenta en aquella peligrosa pendiente, bien que su experiencia le costó horas de pesar e incertidumbre ante la pérdida irreparable de preciosas monedas de oro.

Pero la letra entra con sangre, dice un antiguo adagio latino. De la prueba de suficiencia salió Giuseppe fortalecido. Para aparentar una edad que aún no tenía, se dejó crecer la barba y munido de su cuchillo corvo y de su garrote, que usaba como bastón, se entremezcló con aquellas muchedumbres e hizo lo suyo. Empleaba una sola moneda de oro como cebo. Sus ágiles dedos hacían el resto. Ya fuese con los dados, o con los naipes, siempre se daba un número ganador. A veces, para no provocar sospechas o riñas que podían ser fatales, debía dejar parte de sus ganancias, pero el resultado final era el que contaba. Cuando llegaban los primeros resplandores del nuevo día y era preciso abandonar aquellos tugurios donde el juego, el amor clandestino y Baco hacían de las suyas, Giuseppe se iba con su faltriquera casi llena de monedas de oro y de plata con distinto cuño. Pronto su figura se hizo familiar en aquel ambiente; pronto llegó a reconocérsele un lugar donde trabajar sin interferencias ni competencias ruinosas. El precio de este privilegio era dejar una parte de sus beneficios en el mostrador del tabernero.

Así y todo, lo que Giuseppe obtenía al cabo de dos meses de actividad hubiera bastado para llevar una cómoda y regalada vida.

Pero Zobeida prefería no abandonar las apariencias. Criada en un ambiente de austeridad y de privaciones, guardaba todo el dinero que traía su esposo. Su vestir era casi pobre, y su sustento el imprescindible para no morir de inanición. Se disculpaba diciendo que llegar a Alejandría no sería cosa sencilla. Su ingreso a una de las escuelas esotéricas demandaría, por

otra parte, un respaldo en metálico para mucho tiempo. Giuseppe debió reconocer la razón de estas observaciones.

Giuseppe, entregado de lleno a esta nueva y casi agradable existencia, había olvidado casi por completo el motivo de su permanencia en Catania, cuando una tarde entró en su habitación Zobeida, agitada, el rostro demudado y pálido. Su marido dormía a pierna suelta sus desvelos nocturnos.

-¡Giuseppe!... ¡Despierta!... ¡Tenemos que irnos!... ¿Lo oyes? ¡Tenemos que irnos!

Había tanta urgencia y alarma en el tono, que Giuseppe se despertó sobresaltado. Zobeida le dio cuenta, en rápidos términos de lo que ocurría. Terminaba de ver a Gemito, un gitano, primo de Lykios... ¿Casualidad, coincidencia?... ¡De ninguna manera! Bien conocían ella y su padre, Syrisko, la naturaleza pasional y vengativa de la progenie de Matykos. Gemito era conocido por su falta de escrúpulos, por su crueldad.

-¡Ha venido en pos de nosotros y se encuentra aquí para cumplir una venganza! -terminó diciendo Zobeida, verdaderamente asustada.

-¿Te vio y reconoció él? -preguntó Giuseppe, ya completamente despabilado.

No cabía duda de ello, aunque fingió no haberla visto, informó la joven. Posiblemente los venía siguiendo desde hacía algunos días, confiado en encontrar una oportunidad propicia para consumar el acto de venganza. Giuseppe terminó por reconocer que los temores de su mujer eran fundados. Y aunque no lo fuesen, debía admitir que la espera en Catania no tenía razón de ser. Aquí nunca llegaría un barco con destino a Egipto.

-Iremos, pues, a Siracusa -declaró Balsamo, mientras se vestía apresuradamente-. Tú paga el hospedaje y reúne tus cosas, que nos marchamos ahora mismo.

Así lo hicieron aquel mismo atardecer, valiéndose de una embarcación de cabotaje. Estuvieron bien seguros de no haber sido seguidos, pues ellos eran los únicos pasajeros. Llegados a Siracusa alrededor de medianoche, tuvieron la grata sorpresa de encontrar un barco mercante a punto de levar anclas. Su destino, ¡Alejandría! Presa de enorme contento, Giuseppe abrazó y besó a Zobeida varias veces. A no haber sido por ella, quizá nunca hubieran conseguido embarcar.

El ex novicio tuvo una oportunidad más de apreciar las cualidades de su joven esposa, pues de no ahorrar ella con suficiente anticipación, probable era que no pudieran pagar los pasajes. Pero todas estas dificultades fueron superadas y al fin, al salir el sol del nuevo día, se encontraron navegando por aguas del Mediterráneo en un barco de tres mástiles, de bandera árabe y de nombre tan exótico como la vestimenta y las costumbres de su tripulación: *Al Zafit.*

No se produjeron durante el viaje otras incidencias que un amago de tormenta en mitad del trayecto. Zobeida fue quien sufrió más las alternativas de este viaje y debió permanecer acostada en cubierta la mayor parte de los cuatro días de travesía.

Por fin se avistó en lontananza una franja oscura que anunció la proximidad de tierra y poco después, en efecto, Giuseppe Balsamo contemplaba extasiado la todavía lejana estructura del famoso Faro de Alejandría. Una emoción incontenible lo dominaba. Allí, en aquella famosa y milenaria ciudad lo estaba esperando su destino. ¿Qué le deparaba?

No pudo o no supo contestar a este interrogante. Por alguna razón que escapaba a su conocimiento, sintió temor de expresar su pensamiento. Algo en él, algo como una voz interior, le advertía que las cosas aquí no le saldrían tan fácilmente como era de suponer o

esperar, dada la pacífica naturaleza de sus ambiciones.

* * *

Toda la grandeza del milenario Egipto, con su significación de pirámides y esfinges, con sus fabulosos templos y sus monumentos graníticos, se alzaba frente a ellos. La voz de Selenio, el maestro, pareció surgir de las reminiscencias del pasado cuando dijo con voz que los años y las tempestades de la vida hicieran ronca y grave:

-Nectanebo II era el Faraón de Egipto cuando los persas lo destronaron y ocuparon el país, en el año 342 A.C. Desterrado, Nectanebo fue a vivir de incógnito en Macedonia, donde ejerció la Magia. Con ayuda de ella, llegó a seducir a Olimpias, la madre de Alejandro el Grande, a quien le hizo creer que era el dios Amón. La tradición esotérica dice que de esa unión ilícita entre Olimpias y Nectanebo nació Alejandro y que éste, al llegar a la pubertad, recibió información sobre su origen divino. Ello le instó al joven Alejandro intentar posteriormente la conquista de Egipto y para perpetuar su hazaña fundó esta ciudad, Alejandría, que ahora ves extendida a tus pies...

Y Selenio, el maestro, extendió su brazo dibujando un semicírculo dentro del cual quedó el gran perímetro de la ciudad. Giuseppe Balsamo tuvo unos instantes la impresión de encontrarse en aquellos días evocados por el maestro y creyó ver al gran. Alejandro partiendo del puerto de Canope, en el ángulo oeste del delta egipcio y rodear la extensa laguna de Marcotis, separada del mar por una faja de rocas y arenas de cerca de mil quinientos metros de anchura. Con una idea definida sobre la construcción de una importante ciudad que perpetuara su nombre, Alejandro hizo venir al gran arquitecto macedonio, Dinócrates, al que confió el trabajo. El ancho brazo de tierra que se introducía en el mar y se conocía con el nombre de Faros serviría de rompeolas entre el puerto y el mar, teniendo al lago de por medio. En el promontorio rocoso más importante de la costa firme hizo levantar el palacio real -el Lochias-. Desde dicho palacio haría cruzar una ancha avenida que corriera de norte a sur; otra de iguales dimensiones la cruzaría de este a oeste, en una extensión no menor de tres kilómetros... Las casas a construirse estarían precedidas de pórticos que proporcionarían camino sombreado a los peatones. Foros, templos, teatros, biblioteca, gimnasios, grandes monumentos, palacios, grandes residencias... He ahí el conglomerado que la genial visión del gran Alejandro creó para las generaciones futuras y que ahora él, Giuseppe Balsamo, oscuro joven siciliano, contemplaba con singular complacencia y no poca excitación.

Pero el paisaje ciudadano que, en compañía del maestro Selenio contemplaba desde la histórica Faros, se complementaba, necesariamente, con la idea de la ciudad o capital del mundo magista u ocultista. Alejandría era -había sido desde sus más remotos orígenes- la capital donde existían más escuelas esotéricas que en ninguna otra parte del globo, incluyendo la India antigua, Grecia y otros países igualmente famosos como cunas de la ciencia de predicción. Esta influencia se debía, sin duda, a la predilección de Alejandro y otros grandes hombres de la antigüedad por consultar frecuentemente a los oráculos antes de emprender no ya una campaña militar sino para realizar pequeñas y aun intrascendentes tareas de gobierno e incluso en las relaciones de familia. Los famosos oráculos de Delfos, Dodona, Tebas, Abas y otros, se hallaban dirigidos por sacerdotes egresados de las escuelas ocultistas de Alejandría, principalmente. Balsamo conocía perfectamente estos antecedentes, que se los explicara el viejo Syrisko, y de ahí nacía no sólo su interés por conocer los aspectos puramente exotéricos de la gran ciudad, sino su sagrada e impenetrable intimidad.

Llegados que fueran a Alejandría, la pareja compuesta por Zobeida y Giuseppe se había

ocupado, en primer término, en hallar un alojamiento adecuado, en un barrio tranquilo. Alejandría era una ciudad cosmopolita y se hallaba compuesta de extensos y bien poblados barrios griegos, latinos, judíos, mahometanos y muchos más, A fin de evitar un fácil encuentro -para el caso de que los siguieran basta allí-, resolvieron esconder su identidad en el barrio griego,

Allí conoció Giuseppe al anciano y reputado maestro griego, Selenio. Gustosamente accedió el magista griego a introducirlo en el misterioso mundo que tanto parecía interesar al joven.

Pero el viejo y experimentado maestro no obraba a la ligera. Había prometido a Giuseppe recomendar su admisión en alguna de las Escuelas o Logias magistas, pero había agregado que sería necesario dar tiempo al tiempo. Era evidente que deseaba auscultar previamente el genuino interés y el verdadero sentimiento del joven siciliano por aquellas enseñanzas. Durante las primeras semanas, pues se convirtió en su maestro y guía en las recorridas por la ciudad. No pasaron nunca junto a un monumento o un famoso lugar sin que Selenio le diera una clase magistral sobre sus orígenes y su simbolismo. Esta conducta agotó no poco la paciencia del impetuoso siciliano, pero reprimió sus ansias de saber y aun demostró verdadera complacencia por esta introducción tan necesaria al conocimiento que deseaba adquirir.

Al fin, tres semanas después de su arribo a Alejandría, Selenio le hizo a Giuseppe el esperado anuncio. Había visitado a los Maestros o Adeptos de la Logia de Khnum, explicando los antecedentes de] futuro iniciado y su enorme interés por convertirse en un Adepto.

Selenio, el viejo magista griego, como muchos otros magos o adivinos, ocultaba sus verdaderas actividades tras de otra más humilde y popular. Su oficio era el de sastre remendón y en su casa, en un local a la calle, atendía a una numerosa clientela. Sus consultantes eran en general personas de modesta posición, la mayoría helénicos, pero a veces, recomendados por otros, atendía a personas de alguna posición, pertenecientes a otros grupos raciales, como funcionarios egipcios o mercaderes judíos. Selenio vestía a la usanza antigua de los griegos y sobre un quitón plegado llevaba el himatión, echado sobre el hombro izquierdo, lo que le otorgaba señorío. Sobre la blanca cabeza y dejando que los cabellos desbordaran libremente la escasa prenda, usaba un gorro de fieltro negro. Selenio era de regular estatura, delgado; en sus ojos oscuros brillaba el fuego de los que han logrado trascender lo meramente humano.

-Ingresarás, pues, en la Logia de Khnum; pero debo advertirte que tu admisión ha sido aceptada bajo la sugestión de un nombre, Althotas, el Eterno.

-¡Oh, maestro!... ¿Dónde está él?... ¿Puedo verlo, hablar con él? -demandó Giuseppe, sin ocultar su ansiedad.

-Sí, lo verás y hablarás con él llegada que sea la hora del rojo crepúsculo siguiente al día de sol esplendente...

Giuseppe quedó confuso. ¿Cuándo sería ese día? Pero Selenio no agregó una palabra más y el joven siciliano se quedó en la ignorancia. Sin embargo, su desilusión quedó bien pronto olvidada ante la perspectiva de su ingreso a la logia. Era necesario un adiestramiento previo para pasar las pruebas de ingreso, requisito sin el 'cual sería imposible convertirse algún día en un eficiente Adepto. Selenio se encargó de inculcarle las primeras enseñanzas y quedó no poco sorprendido al descubrir que el joven no solamente estaba poseído de una extraordinaria ansiedad por aprender sino que su entusiasmo no decaía un instante, por engorrosas, pesadas o fastidiosas que fuesen dichas pruebas. En una palabra, en Giuseppe Balsamo había genuina estirpe de magista. Y eso allanaba considerablemente el difícil y aun espinoso sendero oculto que debe recorrer todo iniciado si quiere llegar a ser un verdadero Adepto.

Llegó al fin el día señalado para su presentación en la sala de las Sombras de la Logia. La logia en cuestión centraba sus actividades en torno a un templo, dedicado al dios egipcio

Khnum. Exteriormente era eso, un templo, al cual concurrían los fieles a distintas horas del día y aún de la noche. Pero sólo los iniciados y sus maestros, los sacerdotes o Adeptos, conocían la entrada secreta que había al fondo del templo, detrás del grandioso y ornado altar de Khnum. Entre las divinidades egipcias, Khnum es un dios de la región de las cataratas, adorado en forma de carnero, macho cabrío o de un hombre con cabeza de carnero. Dios de la fecundidad y de la creación, simbolizaba el Nilo descendiendo del cielo para fecundar ¡ i la tierra. En su sentido esotérico, Khnum interviene en la formación del iniciado en Magia Oculta.

Todo esto lo supo Giuseppe Balsamo al ser introducido en la Sala de las Sombras o de la Ignorancia, un recinto efectivamente oscuro en cuyo centro, en un pequeño estrado alumbrado por una débil lámpara de aceite, permaneció de pie, en actitud humilde, la cabeza descubierta, mientras sus maestros hablaban y lo introducían en los grandes misterios, sin dejarse ver. Sometido luego a una severísima examinación, que pudo pasar gracias a las enseñanzas de Syrisko y de Selenio, Giuseppe fue finalmente admitido como discípulo. Antes de ello, sin embargo, debieron transcurrir ocho días en completo aislamiento y oscuridad, sin probar un mendrugo ni una (gota de agua. La prueba exigía un completo olvido o renunciamiento a las cosas agradables de la existencia; los iniciados debían olvidar también que en el mundo tenían padres, hermanos, novias o esposas.

Todo esto, sin embargo, sólo configuraba el aspecto personal de la cuestión. En habiendo voluntad y genuino interés y entusiasmo, se podían vencer las flaquezas de la carne, las necesidades físicas. La cuestión varió un tanto cuando, de un modo imprevisto, se lo introdujo en la realización de algunas ceremonias secretas cuya mera visión bastaba a erizar los cabellos del hombre más templado. La evocación de los muertos y la efectiva aparición de elementos malignos, no fueron, ciertamente, las únicas pruebas por las que debió pasar sin mostrar el menor signo de debilidad o de miedo. Muchas otras exigencias debió satisfacer sin que de sus labios escapara la menor queja, el más mínimo reproche por este tratamiento, a veces innecesariamente cruel, al que fue sometido durante esos ocho días infernales, durante los cuales varias veces creyó que había llegado el final de su existencia. Tan intenso fue el rigor de aquellas pruebas que durante esos días y noches de espanto apenas pudo concentrar sus pensamientos en su amada Zobeida, sólo para decirse que, probablemente, jamás la volvería a ver.

Mas llegó el momento, de una manera totalmente inadvertida, en que regresó al mundo. Eso ocurrió una noche en que, siguiendo a un ser sobrenatural se encontró, de buenas a primeras, en una solitaria y desierta calle. Debieron transcurrir varios momentos antes de que se diera cuenta de que había venido a salir a un callejón situado detrás del templo de Khnum.

Poco después, Zobeida lanzaba histéricos gritos de alegría al recibirlo en la pobre habitación que compartían desde que llegaran a Alejandría. Exhausto, demacrado, los ojos afiebrados, la mirada perdida, muerto de hambre y de sed, por cierto, Giuseppe parecía un resucitado. Sólo la fe que ella tenía depositada en él había impedido que huyera, temiendo que le hubiera ocurrido algo, porque es preciso decir que la ausencia de su esposo se había producido de un modo totalmente inesperado y sin que Giuseppe tuviera tiempo de hacerle saber lo que ocurría.

Pero la amargura y aun la desesperación del alejamiento se vieron compensadas con largueza por el reencuentro. Dos largos días requirió Giuseppe para reponerse, durante los cuales la buena y cariñosa Zobeida se desvivió para agradarle en todo. Menos en una cosa: en dejar de preguntarle dónde había estado y qué había hecho. Fiel a las recomendaciones esenciales de la logia, Giuseppe no podía decir una sola palabra al respecto, so pena de quebrar, para siempre, el encantamiento y el misterio de la iniciación. Esto es lo que Giuseppe procuró hacer comprender a su joven esposa y lo que consiguió al fin, aunque no sin verdaderos esfuerzos.

-Debes acostumbrarte a esto, esposa, adorada mía -le dijo finalmente-. A partir de ahora, mis desapariciones serán frecuentes, prolongadas... Mas no abrigues temor alguno respecto a mí. ¡Jamás estaré más protegido que en el interior del templo!

Transcurrió el tiempo y, en efecto, las imprevistas ausencias de Giuseppe se sucedieron, aunque por lo general ahora no pasaban de dos o tres días sin que él reapareciera, agotado, hambriento y sediento, rendido de sueño. Zobeida se acostumbró a no hacer preguntas. Lo importante era el cambio, visible, que se estaba operando en Giuseppe. En pocos meses ya no parecía el mismo de antes. Más aplomado, más reservado cada vez, aun estando presente parecía ausente y sólo en determinados momentos volvía a ser tan cariñoso con ella como antes. Que los conocimientos que iba adquiriendo eran de singular importancia, lo demostraba la expresión de su mirada. Sus ojos parecían mirar hacia adentro, no al mundo exterior que lo rodeaba. Su voz se hizo profunda, grave, y sus palabras denotaban la esencia del nuevo conocimiento, pues Zobeida debía hacer esfuerzos para comprenderlo.

Y que la mutación no era producto de su mente lo supo Zobeida cuando Giuseppe empezó a llenar la casa con cosas extrañas y que ella jamás había visto. El joven siciliano destinó una habitación para realizar algunas prácticas con esos objetos, la cual cerraba celosamente cuando salía y a la cual había prohibido a Zobeida siquiera que se asomara. De vez en cuando él le pedía dinero y cuando regresaba venía trayendo alguna de esas cosas. El espíritu ahorrativo de Zobeida permitía que ahora, al cabo de casi un año de permanencia en Alejandría, dispusieran de un poco de dinero del acumulado en Catania.

Pero transcurridos pocos meses más, el dinero se agotó y Zobeida se vio enfrentada con el problema de pedir a Giuseppe que distrajera un poco sus trabajos de capacitación magista y se ocupara del mantenimiento de su hogar, mucho más ahora que... Pero la noble Zobeida optó por callar. Después de todo, la tarea en la cual se hallaba comprometido Giuseppe era de enorme trascendencia para su futuro. Tan pronto como él se recibiera de Adepto y fuese poseedor de los secretos del Bien y del Mal, llevarían sin duda una vida de príncipes y jamás volverían a conocer necesidades... Con esta idea en la mente, fácil resultó para ella volver a las antiguas prácticas gitanas de decir la buenaventura en las calles. Vestida como solía hacerlo en Sicilia o Calabria, salía al caer de la tarde y en un par de horas reunía el suficiente dinero para hacer frente a los gastos del día siguiente. De este modo Giuseppe podía seguir entregado a sus estudios sin verse inquietado por los minúsculos problemas del diario vivir.

Transcurrieron varios meses más y así se completaron los dos años de estudio. Giuseppe Balsamo había probado ser un alumno capaz, voluntarioso y de gran capacidad para este aprendizaje y en los dos años consiguió adelantar cinco. Sin embargo, aún le faltaban dos años más para completar el ciclo de siete necesarios. Confiaba, no obstante, en adelantar algo más. A la inversa de lo que hacían otros, que sólo realizaban prácticas estando en la escuela de la Logia, Giuseppe había montado en su casa un verdadero *sancto sanctorum* ocultista. Encerrado en aquella habitación, se entregaba no solamente a experiencias magistas, sino a experimentaciones de alquimia. Luego llevaba a sus maestros los resultados o las observaciones de aquéllas, recibiendo el beneplácito por su empeño y dedicación. Zobeida se había acostumbrado a esta situación y ya no molestaba a su esposo con demandas acerca de sus ocupaciones ocultas.

Así llegó la nueva estación del estío, cuando todo el linde del desierto pareció encenderse con el calor que derretía rocas y arenas y secaba las pródigas márgenes del padre Nilo. Al anochecer de un día de julio, Selenio salió al paso de su discípulo predilecto y le dijo:

-Prepárate, hijo mío... Llegada es la hora del crepúsculo rojo. Althotas, el Eterno, ha preguntado por ti.

-¡Loado sea Khnum! -murmuró Giuseppe, uniendo las manos e inclinando la cabeza.

El anhelado encuentro, pensó el joven siciliano, tendría lugar seguramente al término de esta nueva sesión de entrenamiento que venía a cumplir en la Logia de Khnum. Luego maestro y discípulo desaparecieron en el dédalo de corredores y pasajes secretos y subterráneos del templo.

Por supuesto, Giuseppe ignoraba el número de horas o de días que no volvería a ver a Zobeida. Tampoco se había despedido de ella. Cuando dejara al fin la habitación reservada a sus experiencias, al declinar el día, su esposa no se encontraba en la casa. Pero esto ocurrió muchísimas otras veces y ya no era motivo de preocupación. En consecuencia, Giuseppe Balsamo hizo su entrada en la escuela y mediante un simple esfuerzo de concentración mental consiguió que la bella imagen de su esposa desapareciera.

En el preciso instante en que Giuseppe se hundía voluntariamente en ese fantasmagórico submundo magista, la joven que él arrojara de su mente con tal resolución entraba precipitadamente en la casa que ambos ocupaban, en el barrio griego.

-¡Giuseppe!... ¡Giuseppe!...

Su voz se perdió en ecos de silencio que las crecientes sombras envolvían con cuidado maternal. Zobeida lanzó un gemido de angustia y en tanto repetía el nombre amado, corrió hacia la habitación prohibida. La sacudió con toda la fuerza de su desesperación; en vano, porque se alcanzaba a ver el cerrojo exterior.

-¡Giuseppe!... ¡Oh, Madonna mía!... -Se apoyó en la puerta cerrada a la esperanza, desfalleciente, sin aliento-. ¡Giuseppe!... ¿Dónde estás? -sollozó-. ¡Giuseppe!

En aquel momento se oyó un ruido apagado. La joven se dio vuelta con presteza. En la penumbra reinante se alcanzó a ver el rostro contorsionado por el miedo. Apoyada de espaldas en la puerta, las uñas crispadas sobre la dura madera, alzó la cabeza y la boca entreabierta, retorcida, empezó a emitir gemidos ahogados, de profundo pánico.

En la puerta de entrada, que ella se olvidara de cerrar en su precipitación, asomaba una figura de hombre, de un gitano, a juzgar por su vestimenta: chaqueta y calzones cortos, ajustados, y sombrero negro, aludo. El individuo en cuestión era alto, delgado, de movimientos felinos, silenciosos. Gemito era su nombre; Zobeida lo conocía bien... ¡y bien sabía a lo que venía!

-¡Giuseppe! -volvió a llamar ella, como para desalentar al intruso con ese nombre.

Pero el intruso se echó a reír con una risa apagada, siniestra. Esa risa disipó todas las esperanzas de la bella joven. Sin dejar de nombrar al amado, se precipitó hacia las otras dependencias de la casa, hasta que llegó al humilde dormitorio. Guiada por el instinto, buscó en un rincón. Allí tenía que estar, el cuchillo corvo que fuera de su padre... pero no estaba. ¿Dónde...? El miedo cerval que la poseía le impedía concentrar su mente en el problema. ¿Dónde...? Los pasos, lentos, ahogados, seguros, volvieron a oírse detrás de ella. Se dio vuelta lanzando un grito y saltó sobre el lecho en el preciso instante en que un brazo se estiraba hacia ella y cortaba el aire a su alrededor...

No quedaba sino un recurso: huir. Volver a ganar la calle. Saltó del lecho e intentó correr en aquella dirección, pero Gemito no le dejó ir muy lejos. Con la ligereza de un leopardo cayó sobre ella y la derribó y juntos rodaron por el piso. Un brazo fuerte, de músculos de acero la retuvo por el cuello, mientras con la mano libre ponía en juego un trozo de cuerda que tenía un grueso nudo en el medio. Zobeida pataleó, lanzó gritos estrangulados, agitó los brazos, el cuerpo para escapar a la presión de hierro... ¡y de pronto sus manos se aferraron de algo duro y frío y cortante!

¡El cuchillo corvo de Giuseppe, olvidado en un inesperado rincón! Asirlo y lanzar la cuchillada cuando el nudo se ajustaba en la tersura y perfección de su cuello, fue todo uno.

Gemito emitió un ahogado grito de iracundia y dolor. La cuchillada le produjo un profundo tajo en la pierna derecha, pero no bastó a impedir que consumara su intento. Presa de súbita furia, sosteniendo la cuerda con la mano izquierda, con la derecha desarmó a la pobre muchacha, y con el mismo movimiento, tan rápido fue, le hundió el cuchillo en el seno erguido y todavía palpitante. Zobeida se estremeció y... eso fue todo.

Gemito se incorporó lentamente, reprimiendo un gesto de dolor. La herida era dolorosa en extremo y sangraba profusamente. Con un brusco ademán arrancó un trozo de la pollera de colores de su víctima y se vendó con él. Realizado esto, empezó a buscar por la habitación. No encontró nada que tuviera un valor extraordinario, ni joyas ni dinero. La víctima llevaba sobre sí un bolsillo de cuero conteniendo una moneda de plata y algunas otras de cobre. Eso, el par de aros de oro en media luna y el anillo que le regalara Giuseppe en Catania, era todo su tesoro.

Gamito se adueñó del mismo y luego, sigilosamente, hizo abandono de la casa de la muerte, que fuera de la felicidad, y confundiéndose con la noche desapareció en su seno.

El crepúsculo rojo que sucediera al día de sol esplendente se había trocado en reino de sombras.

En sombras que pronto serían de locura.

Porque nada hay que lleve tan de cierto a la insania como la desesperación que no conoce consuelo.

## *Capítulo III*

## *LA PIEDRA FILOSOFAL*

En las rocas del desierto estaba escrito el nombre del inconsolable.

Y su grito de dolor trascendió las sombras y el silencio de la noche y se extendió por las dunas, se arrastró junto a las pirámides, a las esfinges de piedra, implorando en vano piedad o venganza.

Así conoció Giuseppe Balsamo lo que era dolor y desesperación. Reteniendo entre sus brazos, durante dos días y sus noches, el cuerpo inerte de la amada, sin que sus lágrimas consiguieran ablandar la rigidez de la muerte.

Y cuando gentes extrañas asomaron su piedad, condolidos de oír los gemidos del desconsuelo y desprendieron el cadáver de sus brazos, el hombre del rostro pálido y demacrado, de la mirada perdida se revolcó en el suelo como poseído del demonio y durante horas enteras estuvo apostrofando a los hombres, clamando venganza al cielo y maldiciendo su infortunio.

Hasta que su voz y sus lágrimas se extinguieron, completamente agotadas.

Hasta que la piedad y la bondad murieron en su corazón, estranguladas por las crueles garras del rencor y el odio.

Porque es fácil ser bondadoso cuando el corazón rebosa felicidad y en el alma hay contentamiento.

El odio ciego y cruel anida con facilidad en el corazón del desposeído de alegría, de amor o de fortuna.

La mente del que sufre es receptáculo de las ideas horribles ante las cuales huyen con espanto los que no conocen la maldad y la impiedad de los hombres.

Una mano piadosa apartó las gruesas colgaduras de sombras y dejó que la radiante claridad del sol egipcio inundara aquellos aposentos donde la más horrible desesperación reemplazara a la belleza radiante y voluptuosa de la joven inmolada por la *vendetta.* Selenio dijo, al cabo de cinco días de inútil espera:

-Ven conmigo, hijo mío... Althotas te espera.

-Odio a Althotas y no quiero verlo... Te odio a ti, maestro, y odio también la Logia, y su templo. Y a Khnum, el dios impotente. Me odio a mí mismo y conmigo a toda la humanidad...

-Odiar es vivir y tú vives, Giuseppe, eso es todo.

-Todo era para mí lo que ya no es.

-La muerte no existe, hijo mío. Ven y Althotas te enseñará a cruzar la frontera de lo desconocido...

Los hombres sabios conocen el secreto de decir las palabras más convenientes en cada oportunidad o situación. Selenio, el pobre sastre remendón, supo decirlas en aquella ocasión. "La muerte no existe"... Luego, ¡Zobeida estaba viva!

Giuseppe Balsamo venció su inercia suicida y tomándose de aquella mano generosa se incorporó. Tambaleante dio algunos pasos. Al hacerlo reconoció el escenario que lo rodeaba y el recuerdo llevó nuevas lágrimas a los ojos. Pero la esperanza venció al desaliento y el joven iniciado dejó la morada del luto y partió hacia el templo de Luz, guiado por su anciano y bondadoso maestro.

Una vez más quedaron atrás nave, pasajes, corredores, escaleras. Giuseppe estaba desorientado. El no conocía esta parte del templo; nada sabía de estos aposentos que surgían de las sombras como al conjuro mágico del Gran Adepto, radiantes de claridad, de riqueza en la ornamentación, fragantes de incienso, de mirra, del humo de hierbas aromáticas, de perfumes sagrados. Allí no había puertas ni ventanas, ni claraboyas, y sin embargo la luz no dejaba sombras. Y en el centro del espacioso y acortinado aposento, sobre un estrado, un solio tan lleno de jeroglíficos y tan viejo como las mismas pirámides. El solio estuvo vacío hasta que alguien lo ocupó.

Y ese alguien tenía las vestiduras resplandecientes, el rostro resplandeciente, los ojos resplandecientes... Toda su persona irradiaba aquella luz fosforescente que parecía no venir de ninguna parte. Era como un halo gigantesco, como un aura que surgía de la misma figura y trasuntaba Ja túnica larga y dorada, ricamente bordada, el manto de albura inmaculada, el gorro en punta que parecía tachonado de estrellas.

Irresistiblemente, Giuseppe cayó de rodillas.

-¡Salve a ti, oh, divino Maestro!

-Salve a ti, el Elegido... Ven, acércate y siéntate a mi diestra. Hablar habernos.

¡La voz y el rostro de Selenio!

Giuseppe iba a lanzar la exclamación dictada por el asombro, pero el Maestro extendió su diestra, hizo el silencio y preparó al discípulo para que sus oídos oyeran y sus ojos vieran.

-Mi nombre es Althotas y provengo de la noche de los tiempos, porque mi misión es la de educar a los elegidos... Prosternados como

tú he visto a los que luego fueron grandes Adeptos. Sus nombres refulgen con luz propia en el mundo irreal de la verdad... Salomón, Pitágoras, Ezequiel, Isaías, San Juan, Paracelso, Alberto el Grande, Apolonio de Tyana, Lulio, Cornelio Agrippa, la noble y bella Hipatia... entre centenares y aun miles de otros nombres ilustres procedentes de todos los confines del mundo... Soy la Tradición Magista, la Revelación Personificada, el Conocimiento Oculto, la Antítesis del Fanatismo... Soy el Poseedor de los secretos de la Filosofía Oculta, Aquél que se posa en la clave de la bóveda, de todo el edificio de las Ciencias Ocultas... La Esfinge y la Phytia hablan por mí y tengo mis santuarios en Delfos, Dodona, Menfis y Tebas, en Siria y Persia, en la India y en la China...

-¡Salve a Ti, Maestro!... ¡Salve a Ti, que te has dignado posar tus ojos en mi miseria!

- ¡Alza la frente, hijo mío, porque eres uno de los Elegidos!... Tu presencia aquí, en el mundo, no es casual ni fruto del enardecimiento de la sangre... No has venido al templo de Khnum empujado por los vientos encontrados de las pasiones humanas sino porque se debe cumplir una ley fatal... Alégrate, hijo mío e hincha tu pecho de orgullo. ¡Eres uno de los elegidos de los dioses y debes cumplir una elevada misión en la tierra!

-¡Oh, Padre, tus palabras suenan a música divina pero mis oídos están hartos de los gemidos de la muerte y del dolor!

-¡Desdichado el Sansón de la Cabala que se deja dormir por Dalila!... ¿No sabes que el amor está prohibido al magista, al menos como embriaguez o pasión?... ¡El Hércules de la Ciencia Suprema que cambia su cetro real por el huso de Onfalia, sentirá bien pronto las venganzas de Deyanira y no le quedará más que la hoguera aei monte Oeta para escapar a los devoradores tormentos de la túnica de Neso!

-Yo no amaba con los sentidos sino con el alma, Maestro... Es la mía la que siente la ausencia.

-Nada es imposible para el magista y bien sabes que *ella* no ha muerto... En tus manos está realizar el prodigio y eso lo sabes por experiencia...

-Mi fe vacila en este instante crucial, Maestro... El pesar obnubila mi mente, la desesperación cubre mi corazón de velos de luto y mis lágrimas no alcanzan a apagar el fuego de odio y venganza que arde en mí...

-¡Cúmplase tu destino! -exclamó Althotas, lanzando un suspiro-. Por un instante pensé liberarte de las consecuencias de tu humano desfallecimiento, pero tu misma desazón es una revelación para mí y nada puedo hacer para torcer el curso de tu sino... ¡Escrito está que ames con pasión y que siguiendo los impulsos de tu razón no totalmente esclarecida llegues a la Gran Meta que te ha

sido señalada, pero no por el recto sendero sino a través de un camino tortuoso y plagado de sufrimientos, pesares y arrepentimientos!... ¡Cúmplase, pues, lo que está decretado en las estrellas!

- ¡Maestro, Maestro!... ¡Por piedad!... ¡Sabes que un solo afán hace latir mi corazón en este instante!... ¡Maestro! -suplicó Giuseppe, sollozante, desfalleciente, hundiendo el rostro anegado en lágrimas a los pies del Gran Adepto.

-Lo siento, hijo mío... Quisiera darte valor y conocimiento, pero no puedo adelantar la hora de tu revelación. Eres tú mismo quien debe lograrlo, y para ello será necesario que venzas las flaquezas de la razón y robustezcas tu entendimiento con la fuerza del Saber...

Althotas calló e inútil fue que el joven siciliano rogara y suplicara hasta el cansancio. Cuando Giuseppe alzó al fin el rostro, descubrió que estaba solo, en un aposento sumido en una rojiza penumbra. Rendido por la fatiga, sin dejar de gemir, se dobló sobre sí mismo, esperando que

la muerte lo liberara. Pero en lugar de ella vino su hermano, el Sueño, el cual, compadecido, extendió sobre la mísera figura humana el manto del momentáneo olvido.

* * *

Transcurrió el tiempo.

Superado con no pocas dificultades aquel período de desfallecimiento, Giuseppe Balsamo continuó su aprendizaje y adiestramiento. Pero la adorada imagen no se borró en ningún instante de su mente. Por el contrario, ella daba razón de ser, finalidad, meta, destino, a sus renovados afanes de conocimiento esotérico. En el cuadro imaginario que se representaba de ella siempre había una palabra escrita al pie, en letras rojas: *vendetta.*

Buen cuidado tenía, sin embargo, de no dejar traslucir sus temerosos pensamientos. Desde aquella memorable noche no había vuelto a ver a Althotas, pero intuía su presencia. Continuaba recibiendo sus enseñanzas en forma indirecta: cuando escuchaba las voces de sus maestros, éstos ocultaban siempre su identidad entre las sombras del hemiciclo donde él rendía examen.

Fuese por el afán de la venganza o arrastrado por la ambición de convertirse pronto en un hombre poderoso, Balsamo superó, repetimos, su estado anímico y gracias a ello pudo vencer también las naturales vallas de un aprendizaje tan complicado y que demandaba tantos sacrificios. Pero, como no podía menos de ocurrir, llegó el día en que el júbilo del triunfo inundó e iluminó su ser.

Este día, sin embargo, quedaría eternamente grabado en el calendario de su vida por otra razón más.

Hacía ocho días que Giuseppe no abandonaba el templo, sometido a una férrea disciplina del cuerpo y la mente que lo capacitara

para rendir la prueba máxima del examen final. En la posición de la flor de Loto permaneció aquellos ocho días, en riguroso ayuno, concentrada la mente en el tema de su tesis. Y finalizaba el día cuando una figura familiar se apareció ante él. Era su Maestro, Althotas.

-Albricias, hijo mío -le dijo el Gran Adepto, con voz que parecía el soplo del viento sobre las arenas del desierto-: hete aquí que has llegado al final del difícil sendero... ¿Has elegido ya el tema de tu examinación final?... No me lo digas; lo sé. Sé también lo que piensas y la naturaleza del pensamiento tenaz que acicatea tu joven existencia... ¡Cúmplase tu destino!... Recordarás que te dije esta misma frase hace un año. Y en aquella memorable ocasión agregué: "¡Escrito está que ames con pasión y que siguiendo los impulsos de tu apasionado ser llegues a la Meta que te ha sido señalada, pero no por el Recto Sendero sino a través de un camino tortuoso y plagado de sufrimientos...

-"...pesares y arrepentimientos!"... Sí, Maestro, tus palabras están grabadas a fuego en mi mente... Y, créeme, quisiera hacer algo para escapar a destino tan terrible.

-No puedes hacerlo... ni yo puedo ayudarte. Debe cumplirse, inexorablemente, lo que ha sido decretado. Ningún poder puede alzarse contra ello, ni torcerlo... Está escrito que sea de esta manera y no de otra en que tú, oh, Elegido de los dioses, realices la obra para la cual has venido al mundo... Lo siento por ti, por las lágrimas de fuego y de sangre que habrás de derramar a lo largo de ese camino, pero me consuelo sabiendo que tu obra habrá merecido ese sacrificio.

-Maestro, ilumina mi ser con una sola palabra y estoico, sin queja, recibiré lo que haya de venir, sea de bueno o de malo para mi cuerpo o mi espíritu... ¿Qué será de mí al final de la gran jornada?

-Lo siento, pero no puedo revelártelo, pues la revelación pudiera tentarte... Mas sabe una cosa solamente: sea lo que fuere lo que venga para ti al final de la gran jornada, gustoso yo me pondría en tu lugar... Ahora, hijo mío, sígueme. Ha llegado la hora de que materialices la prueba de la Evocación, que tanto anhelas...

Una ola de intensa emoción inundó al joven Balsamo y le dio el valor y la fuerza necesarios para continuar hasta el fin su intenso aprendizaje.

¡Evocar a la muerta Zobeida, a la amada inmóvil, había sido la idea sustancial que le permitiera llegar al término del penoso camino que estuviera a punto de abandonar tantas veces!

* * *

El escenario era sencillamente impresionante, grandioso, y condecía con la máxima realización magista.

Imaginad un espacioso aposento circular, de techo abovedado. En la parte central, sobre un estrado igualmente circular, se veía una especie de altar recubierto con mármol blanco y rodeado de una cadena de hierro imantado. Fuera del estrado se podían ver cuatro grandes y cóncavos espejos. Una luz difusa alumbraba el escenario central, en tanto que el resto de la espaciosa estancia estaba sumido en sombras. Entre las sombras, como hijos de la oscuridad, se adivinaba antes que veía la presencia de numerosos testigos. Balsamo sabía esto. El también había sido espectador en más de una ocasión. Ahora era actor principal, único.

En la parte central del mármol blanco se veía grabado y dorado en gran tamaño el signo del pentagrámaton, o sea la estrella mágica de cinco puntas con todos sus jeroglíficos y signos adicionales. Sobre el pentagrámaton estaba una lámpara de tres brazos triples, construida de cuatro metales, oro, plata, cobre y hierro y llevaba grabados numerosos signos y dibujos de significación esotérica y que sólo los adeptos conocían. Las nueve mechas, tres en cada brazo y tres en la parte media superior, se hallaban encendidas. Cerca de la lámpara se podía ver, sobre el lado izquierdo del operador, una enorme copa o recipiente de aceite, que llevaba grabada el signo de Salomón. Dicha copa estaba encerrada en un armazón cuadrangular de madera, giratorio, para permitir que el operador pudiera dirigir su luz a voluntad en el momento crucial de la evocación. Sobre el lado derecho de la lámpara y apoyada en ella, se veía otro de los sagrados instrumentos del magista, la espada, que en la ocasión, por la naturaleza de la ceremonia a cumplir, reemplazaba a la varita mágica. Esta espada era de acero puro, hecho en forma de cruz en el pomo y teniendo dos medias lunas contrapuestas por guarda. El pomo estaba revestido de oro y sobre el mismo se veían grabadas numerosas palabras en jeroglíficos. Finalmente, al pie del altar había extendida una blanca piel de cordero, sobre la cual también se reproducía la estrella de cinco puntas. En los extremos del altar, finalmente se podía ver, en uno un incensario de cobre con lefia de aliso y de laurel, y en el otro un braserillo con incienso y mirra.

El operador magista pudo ver reproducida su exótica figura, deformada por la concavidad, en los cuatro espejos que lo rodeaban. Balsamo se vestía con una larga túnica blanca, muy parecida al alba de los oficiantes católicos; como tocado llevaba una corona de hojas de verbena entrelazadas por una cadenilla de oro. Sosteniendo el Ritual Sagrado con la mano izquierda, con la derecha avivó el fuego de los braserillos y vació en ellos los perfumes indicados.

Una inmensa nube de humo blanco se extendió y cubrió el altar, al magista y cuanto instrumento tenía a su alcance. Una voz irreal,

indefinible, con sonoridad de ultratumba, que no procedía de ninguna parte y sin embargo se percibía con claridad, se oyó entonces:

-Evocador, mortal audaz, vence el temblor de tu carne débil y culpable, y responde: ¿A quién con tal temeridad invocas?

-Deseo invocar el cuerpo astral de la que en vida se llamó Zobeida -respondió el siciliano, dominando, efectivamente, su temblor.

-¿Por qué?

-La luz astral es el seductor universal figurado por la serpiente del Génesis. Este agente sutil, esa fuerza ciega y subordinada a todas las voluntades, sea para el bien o para el mal, ese *circulus* siempre renaciente de una vida indomada, que proporciona vértigo a los imprudentes y guía la acción de los sabios, se ha depositado en mí, para bien o para mal, y por veces ilumina las tinieblas de que me siento rodeado como cubre de sombras cuando la radiante luz me baña... Es su fuego lo que me abrasa y el que alumbra mi sendero.

-Está bien, iniciado, prosigue, pero ten en cuenta que para domar a la serpiente, es decir, para dominar el círculo de luz astral, es preciso ser fuerte, valiente y visionario... Domina, no te rindas; tu voluntad no sea el juguete de otros, mas haz tuya la voluntad ajena... Cuando el mago ha llegado a la máxima lucidez, comunica y dirige a voluntad vibraciones 'magnéticas en toda la masa de luz astral, cuyas corrientes dirige con la varita o con la espada. Sé el amo, no el esclavo... Prosigue.

Balsamo arrojó más incienso a los braserillos y en tanto una nueva y aún más espesa nube blanca cubría todo el escenario, tomó un trozo de cal solidificada y consagrada y marcó un gran círculo en el piso a su alrededor. Las ramitas y los perfumes de los braserillos produjeron una llama parpadeante bajo cuyo influjo los objetos y aun el mismo magista parecieron vacilar en el fondo antinatural de los espejos. Giuseppe tuvo la impresión de que el piso temblaba bajo sus pies y que se oía un ruido sordo, lejano, como el que precede a los terremotos. Pudo percibir también, claramente, el furioso latir de su corazón y un extraño zumbido en los oídos. Temió desmayarse y crispó su mano sobre el pomo de la espada, con fuerza, en tanto obrando por instinto señalaba con la punta la estrella del altar.

"Durante el acto de la evocación -dice el Ritual-, es frecuente que el operador se vea rodeado de elementales, o sea, de seres que han muerto en forma violenta luego de llevar una vida llena de pecado y de crímenes... Si la voluntad del magista vacila, uno de esos cuerpos infernales puede introducirse en el suyo y entonces sobrevendrá la locura, tanto cierto como la noche sigue al día..."

El efecto de la espada sobre el pentagrámaton fue casi instantáneo; cesaron los ruidos, aquellos soplos de viento cálido y mal oliente que parecían emerger de una tumba recién abierta y ... ¡entonces una pequeña figura blanca como el humo que rodeaba el altar empezó a dibujarse en el fondo de los espejos!

-¡Zobeida! -gimió Balsamo, al borde del colapso.

La figura se movía, ondulante, subiendo y bajando en el aire, informe al principio, luego más precisa. Pero de repente desapareció. "¡Zobeida!", llamó el joven iniciado, tres veces, con voz apenas audible y angustiada. La figura volvió a insinuarse en el espejo situado detrás del altar y no así en los otros. Luego, ondulante, como si caminara en el aire, avanzó hacia el invocador. Giuseppe ahogó el grito que pugnaba por escapar de todo su ser. ¡Zobeida!...

Sí, era ella. Podía ver su rostro, pálido, los labios sin color, los ojos profundamente hundidos en las cuencas y sin luz, las mejillas marchitas como pergamino viejo, los cabellos blancos, como jirones de nubes... Balsamo experimentó una sensación de frío tan extraordinario que le hizo temblar hasta la médula. Abrió la boca para interpelar a la aparición, pero sólo consiguió emitir sonidos inarticulados. Entonces, súbitamente, soltó el llanto. Un llanto amargo, cálido y espeso, como gotas de sangre. Debía desahogar su inmenso caudal de amargura y desesperación, o moriría ahogado por él.

De pronto la voz llegó a él. No era, sin embargo, una voz corriente; en verdad, podía decirse que sin trascender la materialidad llegaba hasta él, hasta su entendimiento, sin necesidad de un conducto físico. Y la voz dijo:

-Reprime tu congoja, Giuseppe, amado mío. No permitas que los espasmos del llanto te impidan oírme... Tu llanto no tiene razón de ser. Yo sólo fui un hito en el camino de tu existencia, una piedra, un arbusto, una flor, si prefieres, que se queda atrás y que se olvida... Mi compañía tuvo trascendencia para ti en tanto debí llevarte de la mano hacia el Sendero de Luz... Ahora te encuentras en él, plenamente, solo, y escrito está que sigas solo, hasta el fin... Solo estarás aunque te veas rodeado de seres maravillosos por su belleza y riqueza que te harán olvidarme, pero solamente por un instante en la eternidad, porque volveremos a encontrarnos... Sí, aquí mismo, en cuanto hayas cubierto el áspero camino de alegres frustraciones y dolorosas realizaciones que te espera. Hasta entonces, amado mío...

Presa de una súbita y extrema debilidad, Giuseppe cayó de rodillas, gimiente, en tanto la adorada imagen se desdibujaba lentamente en el espejo de la imaginación y las palabras sin voz quedaban flotando en el aire, como aquellos jirones deshilachados de humo. En todo el ámbito circundante se oyó entonces una música extraña, apagada, imprecisable, como el sonido armonioso que produce el mar en los oídos y en la mente del pescador de perlas sumergido a veinte brazas.

El joven siciliano consiguió vencer su desfallecimiento y aunque de rodillas, mantuvo la verticalidad. Se alegró de haberlo logrado, porque en aquel momento sintió la proximidad de alguien que le puso paternalmente las manos en los hombros todavía estremecidos y le decía:

-¡Albricias, hijo mío!... ¡Lo has logrado y todos hemos sido testigos de tu hazaña!

Giuseppe alzó el rostro anegado y abrió los ojos. La gran estancia se hallaba ahora totalmente inundada de una luz fosforescente qu9 no conocía sombras. Cerca de él, con el rostro resplandeciente, Althotas lo contemplaba sonriendo con gravedad, con la expresión satisfecha de un padre orgulloso de su hijo.

El anciano maestro sostenía ahora en sus manos una mitra de siete puntas, profusamente adornada y grabada con extraños signos y dibujos, la cual colocó sobre la cabeza del nuevo Adepto, mientras le decía:

-Los hados quieren que sea yo quien orle tu cabeza con el galardón reservado a los más destacados Adeptos... El septenario luminoso, síntesis del conocimiento y la sabiduría, ilumina tu mente y da configuración a los siete rostros... ¡Oh, espíritu de los espíritus! ...¡Oh, alma eterna de las almas!... ¡Oh, hálito imperecedero de la vida, suspiro creador, boca que aspira y respira las existencias de todos los seres, otorga a tu elegido el don inmarcesible de los siete dones!... ¡Y tú, que llamaraste Atanor, recibe el poderoso don de los siete dones y

conviértete en taumaturgo, astrólogo, alquimista, terapeuta, vidente, magnetizador y psicólogo, para que esparzas sobre el mundo doliente los beneficios de la sabiduría que te han otorgado los dioses!... *Exorciso igitur te, creature aeris, per Pentagrammaton et in nomine Tetragrammaton, in quibus sunt voluntas firma et fides recta. Fiat, Amen.*

Prosternado a los pies del maestro, Giuseppe Balsamo recibió, no poco conmovido, aquel título y el símbolo del poder adquirido, suma de cinco largos años de estudios, sacrificios y renunciaciones dolorosas. Luego Althotas lo ayudó a ponerse de pie y lo besó en ambas mejillas, mientras llegaba al climax la música sin instrumentos de las Ondinas del espacio.

*Vendetta...* La Palabra surgió de pronto, delante de sus ojos, destilando sangre.

-Oh, espíritu de sabiduría, cuyo hálito de conocimiento se ha insuflado en mí; tú, a quien he de agradecer el septenario del poder que se me ha conferido, tú, que posees las llaves que abren el cielo y permiten el acceso a las cavernas subterráneas de la tierra, dime, i estoy libre?... ¿Puedo ejercer mi mandato?

-Aún no es llegado el momento, hijo mío... Has caminado un penoso y larguísimo trecho, pero tu meta está todavía a distancia. Has de surcar las arenas del desierto buscando la tumba sagrada en la cual el Gran Copto depositó la suma de la sabiduría, la piedra filosofal, sin la cual no podrías ejercer el mandato que se te ha impuesto... Ve y descansa. Partiremos dentro de tres días...

* * *

El escenario no podía ser más imponente. La tierra, el desierto, extendidos hasta el infinito en doradas ondulaciones de cumbres refulgentes como el cobre de los petos de los antiguos guerreros egipcios. Dunas que subían y caían en suaves y sin embargo profundas depresiones. En el infinito horizonte, hacia el suroeste, una franja rojiza, sin manchas, alzándose como una amenaza, como un alfanje ensangrentado. Hacia el norte, bien lejos y perdida ya en la bruma calurosa, Alejandría con sus obeliscos y monumentos, su famoso Faro, y más allá, el mar, meciéndose desganadamente bajo la tibia caricia del bondadoso padre Helios, sábana de aguas verdosas inquietas en su afán de capturar el cielo vestido con fugaces y albos mantos y túnicas... Sinfonía de colores en contrastes que sacude la modorra del extranjero integrante de la desértica caravana.

Giuseppe Balsamo, erguido en su incómodo asiento constituido por el acolinado lomo de un hierático y sufrido camélido, no dejaba por ello de apreciar la ruda belleza del severo paisaje, como no dejaba de sufrir la impactación del escenario. Sufriendo sin quejarse los rigores de aquel sol de enero, no dejaba de observar todo a su alrededor. Por momentos tenía la impresión de hallarse en medio de un sueño; a veces, sin embargo, se identificaba con la tierra, con el desierto, con el ambiente. Llevaba ropas nativas, conocía su lengua, había vivido cinco largos años en su medio. No era, pues, totalmente un extraño. A pesar de ello, por ser ésta la primera vez que se aventuraba a internarse en el desierto, tenía la impresión de ser un intruso al cual hasta el más infeliz de los f*ellah* de la pequeña caravana podía contemplar con desprecio por considerarlo un bárbaro... Bárbaros o herejes son para los egipcios todos aquellos que no profesan su fe religiosa.

El camello al cual montaba Balsamo se detuvo un instante en la cima de la próxima duna y el joven adepto se volvió para mirar hacia atrás. Fue como mirar hacia el pasado y en una fugaz visión tuvo las incidencias más notables de su corta pero ya agitada existencia. Palermo, sus padres y hermanos, sus "extrañas" inquietudes, el convento, Zobeida, Syrisko, Matykos,



Librodot

Lykios, Gemito... El bello paisaje de Taormina esfumándose bajo un manto rojo... Y luego Althotas, la Logia de Khnum, la Gran Ceremonia y la mitra de las Siete Puntas y él, Giuseppe Balsamo, el impenitente, convertido en el Hombre de los Siete Rostros...

-La Piedra Filosofal, Atanor... Es imprescindible que conozca este milenario secreto enterrado en la más recóndita base de las Pirámides. Sin ese conocimiento, no podrías realizar tu altísima misión terrenal -había dicho Althotas-. Es necesario, pues, que vayamos en busca de él.

Y allí estaban, en camino hacia la gran incógnita, después de tres días de afanosos preparativos. La transición había resultado brusca, chocante, para su sensibilidad latina. Caras nuevas, gentes de extraño atuendo, animales de carga de ridículo aspecto pero de gran eficiencia en el servicio.

-Este es Mentu, el *fellah* jefe de nuestra caravana -le había dicho el extraño y enigmático Karturio, *su* criado-. Sin su ayuda nunca llegaríamos al oasis de Beken-el-Bulaq...

Karturio... Encaramado en su camello, que volviera a reiniciar su pausada y balanceada marcha, Giuseppe buscó con la mirada a su criado y se preguntó qué y quién era en realidad. A decir verdad, le resultaba tan sorprendente y tan misterioso como este mismo viaje. Recordaba el momento en que lo conociera, en todos sus detalles.

Había ocurrido al día siguiente de su advocación como Adepto. Se encontraba en su celda del templo, entregado a la meditación, cuando apareció Althotas. Venía con Karturio, a quien Giuseppe veía por primera vez. Karturio era un hombre de mediana estatura, de aspecto insignificante, más bien delgado, de semblante oscuro y sin rasgos sobresalientes. Resultaba imposible precisar su edad, que podía frisar entre los treinta o los cuarenta. Un fez de color negro, orlado por una borla roja, ocultaba su cabeza rapada en las sienes. Los ojos, profundamente oscuros, atiababan desde el fondo de lo que parecía ser un pozo de enigmas.

-Hijo mío, la misión que llevas al mundo hace imprescindible que cuentes con el apoyo, la ayuda y el servicio de un hombre absolutamente fiel e insobornable -le había dicho el Gran Adepto-. Para tal misión hemos elegido a uno de los nuestros. Su nombre, Karturio... Desde hoy no se separará de tu lado sino cuando tú se lo indiques, pero aún así, jamás estará lejos.

Y Karturio, el silencioso, se había dejado caer en el piso, con las piernas cruzadas al estilo oriental, esperando que su joven amo se dignara considerar su presencia, mientras Althotas, desaparecía como había venido, sin dejarse sentir.

Balsamo creyó conveniente hace algunas preguntas a *su* criado, pero no obstante que hizo verdaderos esfuerzos por colocarse a la altura de la situación, es decir, en su nuevo papel de amo, no consiguió vencer esa sensación de espontáneo cuanto invencible respeto que lo asaltaba cada vez que le dirigía la palabra. Su agudo instinto y su extraordinario poder de conocedor de la naturaleza humana le hacía ver que aquel hombre no era un mero criado ni mucho menos. Había señorío, don natural de dignidad en él. Su hablar era pausado, su actitud reposada, serena. Daba la impresión de ser una persona que había trascendido y superado todos los afanes de los hombres comunes.

-Provengo de un olvidado y remoto lugar del Alto Egipto -le había dicho-. Conseguí ingresar en la Logia de Khnum, pero mis escasas luces no me permitieron ser nada más que un pobre iniciado... Incapaz de retornar al mundo, donde no sabría qué hacer sin la ayuda de un amo, ingresé al personal de servicio del templo... de donde me acaba de sacar el Gran Sacerdote... ¡Loor a él!

Giuseppe debió satisfacerse con la información. A partir de aquel momento, en efecto, Karturio ya no se separó de él. Pero su presencia resultó muy elocuente por su efectividad en

el servicio. No era necesario que Balsamo formulara las órdenes, Karturio no sólo sabía lo que debía hacer, sino que, anticipándose a los deseos de su joven amo, lo atendía en sus menores necesidades sin que mediara a veces ni siquiera una mirada. Fue Karturio el que dispuso todo lo necesario para la expedición al desierto, el que buscó al guía y los fellah camelleros, el que adquirió provisiones y todo cuanto haría falta. Althotas demostró amplia confianza en su capacidad al dejar que el criado resolviera por sí mismo todos los problemas que podían surgir de una expedición que sin duda era muy importante. Pero el observador joven siciliano advirtió que el Gran Adepto trataba al supuesto criado con una consideración muy superior a su cometido, lo cual no dejaba de sorprender, pues Althotas distinguía con ese tratamiento sólo a contados adeptos o maestros de la Logia.

Y ahora Karturio iba adelante con Mentu, el guía, encaramados ambos en sendos camellos. Luego iba Althotas, cuya decrépita figura desaparecía debajo del blanco albornoz con que se había cubierto, caballero en el único dromedario de la caravana. Giuseppe seguía a su Maestro y detrás de él venían los cuatro, borricos de carga, cada uno conducido de la brida por un fellah. Giuseppe se había preguntado si la presencia de esos egipcios era necesaria. Muy pronto habría de tener la respuesta.

Durante toda aquella jornada la pequeña caravana estuvo recorriendo incansablemente la interminable y ondulada llanura de arenas sin encontrar un refugio, ni siquiera una roca o una solitaria zarza donde refugiarse por unos momentos contra el castigo del sol. Hombres y animales no demostraron en ningún instante el desfallecimiento que a veces dominaba al joven siciliano, nada acostumbrado a esta forma de viajar en una zona tan inhóspita. Al declinar la tarde, sin embargo, las dunas y las arenas cedieron lugar a un suelo rocoso, poblado a trechos por adustos y grises peñascos, sobre los cuales refulgían hirientes los rayos del sol en el ocaso.

La detención del camello de Mentu fue la señal de que se había encontrado un lugar adecuado para armar el campamento nocturno. A unas palabras del guía, los fellah, sin dar muestras de fatiga alguna, armaron en pocos instantes tres tiendas, encendieron una fogata y uno de ellos se puso a la tarea de cocinar, en tanto los otros atendían a los animales. Exhausto y rendido físicamente, Giuseppe solamente esperó a que su cama estuviera armada para arrojarse sobre ella vestido como estaba. No deseaba otra cosa sino dar un descanso y alivio a su maltrecho organismo. Y apenas puso la cabeza sobre la improvisada almohada cuando un intenso sopor lo venció y hundió en el agradable mundo de la irrealidad...

En medio de su sueño tuvo la impresión de que alguien llegaba hasta él y sin pronunciar palabra lo sometía a un vigoroso aunque suave masajeo. La relajación de sus doloridos músculos fue tal que tuvo la impresión, al despertar, que emergía de un baño de agua tibia y espumosa.

Se sorprendió al saber que sólo había descansado una hora, a pesar de lo cual ahora se sentía perfectamente bien. La frugal cena estaba lista y Althotas lo esperaba en su tienda.

Comieron en silencio, atendidos por Karturio. Miel, nueces, queso de cabra, pan de maíz y café, tal fue el menú, al que Giuseppe estaba acostumbrado, pues era el mismo que servían en el templo de Khnum. Luego de la cena y en tanto la figura del Maestro parecía diluirse con las sombras imperantes en la tienda, llegó su voz de grave acento, lejana.

-Henos aquí, sentados sobre las arenas del desierto, contemplando la serena noche que mañana será de tormenta. El vértigo ha cesado pero aún no hemos llegado... El desierto reposa, se agazapa, nos contempla. La luna no resplandece en el cielo, pero las estrellas orientan al viajero extraviado, mientras huyen de las filosas aristas de las rocas... Es la hora de la meditación, de la premonición. ¿No oyes el batir silencioso de las alas de pájaros invisibles que revolotean alrededor de nosotros?... Ellos son portadores del mensaje que venimos a



Librodot

buscar. Cierra los ojos, escucha sus graznidos, descifra su lenguaje y averigua qué dicen. Muestra uno de tus rostros, Atanor, y empápate de sabiduría...

-Trato de hacerlo, Maestro, a toda hora, y aunque me cubro con el manto y escudriño la oscuridad, me resulta imposible determinar el arcano de mi misión... Has dicho, ¡oh, Gran Adepto!, que me está reservada una altísima tarea... ¿Dónde?... ¿Cómo?... ¿Cuándo? La Phytia enmudece y permanece ciega a mis súplicas... Dime, pues, Gran Copto, ¿dónde voy? ¿Cuál es mi destino? ¿Qué es lo que debo hacer?

-Si los hados callan será inútil que les preguntes, Atanor, pues no te responderán... La ignorancia es parte de tu misión. No habrá de revelarse ante ti sino en última instancia el conocimiento de lo oculto...

-¿Y cómo habré de saber, entonces, lo que debo y cómo debo hacer?... ¡En verdad, Adepto alguno recibió misión tan difícil!

-El río no pregunta al cauce dónde va; se deja llevar. No otra será tu tarea: te dejarás arrastrar por las corrientes y cuando como el Nilo desemboques en la gran mar, dejarás igualmente que los vientos de las pasiones humanas te empujen, no importa en qué dirección. .. Cumplirás este mandato y no otra será tu tarea.

-¡Pero, Maestro, las enseñanzas que asimilé dicen que...!

-Olvidarte habrás, por ahora, de las enseñanzas que se te han inculcado... No hagas resistencia a la fuerza que obnubila tu mente y te inclina a la incertidumbre o la desorientación. Esto es parte de la obra, del plan, de la tarea que debes cumplir. Los impulsos, buenos o malos, te irán señalando el camino. No te resistas a ellos en reflexionando que contradicen tus principios... Nada sino eso se te pide y a cambio de ello se te ofrece el máximo premio que un ser viviente puede alcanzar...

-¿En qué consiste? -no pudo menos de preguntar Giuseppe.

-En sentarse, como yo, en la cima del Olimpo, donde serás el arbitro de la conducta de los hombres... Ahora, Atanor, vete a descansar y a prepararte para las arduas tareas que te esperan. La paz sea contigo...

* * *

-¡Plugiera a Alá que nos hallemos en buen refugio cuando se desate el *simún!* -exclamó uno de los fellah, en la madrugada del día siguiente, cuando se disponían a emprender la próxima jornada.

Balsamo miró en la dirección indicada por el camellero y vio que la rojiza franja del día anterior se había agrandado hasta alcanzar una cuarta parte del firmamento, el cual aparecía ahora, hacia la dirección que seguían, como un inmenso y anaranjado manto que se iba extendiendo en su afán de alcanzar al sol que emergía temerosamente al naciente, cual si estuviera convencido de que aquel encuentro con la temible tormenta del desierto no le sería propicio.

Karturio y Mentu dispusieron las medidas de emergencia para el viaje que era necesario realizar a marchas forzadas y sin darse descanso, si querían evitar ser sorprendidos por el simún en medio del desierto. Cada uno de los viajeros recibió su cantimplora llena del precioso líquido y los animales, con excepción de los camellos, bebieron hasta hartarse. Hubo también una doble ración de comestibles para unos y otros, pues no se podía saber si aquel día

tendrían ocasión de alimentarse o no. Luego, siguiendo el mismo orden de marcha del día anterior, la caravana reinició el viaje.

Aquella isla de rocas pronto quedó atrás y Balsamo pudo establecer que su diámetro no debía exceder de más de dos kilómetros, porque pronto volvieron a hundirse en la desesperante monotonía de

las arenas. Soplaba una brisa que todavía recordaba el fresco que hiciera durante la noche, pero a medida que la caravana avanzaba, a paso largo, el vientecillo se hizo cálido, luego caluroso y al final[1] irritante. Breves pero fuertes ráfagas que soplaban del suroeste levantaban nubes de arena destinadas, al parecer, a castigar a los intrusos y disuadirlos de su tentativa.

Al medio día, el joven magista estaba deseando ardientemente que el guía detuviese la marcha. Las ráfagas de viento se hacían por momentos tan fuertes que una verdadera barrera espesa de arena se alzaba frente a ellos, la cual no sólo se hacía difícil pasar, sino que dificultaba en gran manera la respiración. Siguiendo el ejemplo de los indígenas, Giuseppe se cubrió el rostro con un chai de lino y se tapó la cabeza con el capuchón del albornoz, pero el calor sofocante que sintió poco después le hizo desistir del segundo recurso. No tardó en sentirse avergonzado de sus afanes, sin embargo, porque, excepto él, nadie, ni siquiera el anciano Althotas, parecía sufrir mucho con el incómodo viaje. A la sazón, más de la mitad del cielo se había cubierto de aquel opaco color anaranjado. El disco del sol, no cubierto totalmente aún, parecía un pequeño plato de sangre. La contemplación de este sobrecogedor escenario producía una sensación de asfixia que obligaba a llevarse a los labios, frecuentemente, la cantimplora. Sin embargo, Giuseppe venció esta inclinación al advertir que sus compañeros bebían sólo de tarde en tarde; finalmente, lo hizo cuando veía que Mentu le daba el ejemplo.

El joven siciliano no dejaba de admirar, en medio de sus fatigas, el extraño comportamiento de Althotas y de Karturio. Ninguno de ellos parecía sufrir en lo más mínimo las consecuencias de la tormenta. Ni una sola vez vio que el Maestro bebiera o se moviera en su incómoda silla. El dromedario seguía imperturbable hundiendo los remos, infatigablemente, en la profunda arena, balanceándose cómicamente y sacudiendo como a un pelele la sagrada persona del Gran Copto. Este, por su parte, parecía haber abandonado este valle de lágrimas, porque su insensibilidad era completa.

-El Maestro se encuentra bien, señor -respondió Karturio, cuando Giuseppe le dio encuentro y le preguntó al respecto-. Y no conviene que nos detengamos, pues la tormenta aún no se ha desatado y debemos llegar a Beken-el-Bulaq antes de que eso ocurra.

-¿Cuándo supones que nos alcanzará el simún?

-Mentu dice que no será antes de mañana por la tarde.

-¿Y cuándo llegaremos al oasis?

-Mañana al atardecer... o al menos, eso es lo que esperamos.

Balsamo creyó imposible poder resistir más tiempo este tormento combinado y endemoniado del calor, la sed y la asfixia cada vez más extrema que siguió castigándolos por el resto de la jornada. Y fue con indecible alivio que se dejó caer del dócil camello cuando Mentu dio orden de detener la marcha. A la sazón habían llegado a un territorio rocoso, cubierto de abruptas colinas y de espinosas y raquíticas enramadas.

A pesar de la protección que ofrecían las rocosas y estriadas colinas, resultó imposible armar las tiendas, pues las ráfagas de fuego que llegaban desde el desierto amenazaban con llevarse todo. Les resultaba imposible a los hombres mantenerse de pie más de unos minutos, pues el viento era tan fuerte por momentos que los arrojaba al suelo y aun los arrastraba por algunos



Librodot

trechos. Debieron, pues, cubrirse como pudieron y extendidos en el duro lecho buscaron el descanso.

La cosa, sin embargo, no fue tan sencilla. El aullido del viento y la creciente sensación de ahogo se hicieron tan intensos que resultaba difícil sino imposible dormir. Todo el firmamento se hallaba cubierto ahora de aquella rojiza mortaja y aun siendo de noche se tenía la impresión de que un sol desconocido, extraño, antinatural, amenazaba desde algún remoto y escondido refugio.

El reparto de agua y de magras provisiones, al día siguiente, no resultó una tarea fácil. El viento era cada vez más fuerte y sostenido y traía espesas nubes de arena desde el circundante desierto, de manera que resultaba ya imposible respirar y ni siquiera sacar la cabeza.

Giuseppe buscó a Karturio.

-¿Por qué no nos quedamos aquí? -preguntó-. ¿No será peligroso enfrentar al simún en pleno desierto?

-Debemos llegar a Beken-el-Bulaq cuanto antes, señor... El Gran Maestro lo ordena así y yo creo comprender su apremio... No se siente bien. Por otra parte, señor, si nos quedáramos aquí a esperar que pase la tormenta, nuestras posibilidades de salvación se reducirían a la nada... Estas rocosas lomas que nos protegen por ahora habrán desaparecido bajo un mar de arena al llegar la noche.

Las condiciones de marcha de la nueva jornada se hicieron terriblemente penosas al promediar la mañana. Las ráfagas de arena eran ahora tan fuertes que sofrenaban el impulso de los animales. ¡Y aún no se había desatado la tormenta del desierto! Aquello era como atravesar un inmenso e incendiado paraje. El calor era sencillamente insufrible y tan espantosa la sed que ni aun permaneciendo bajo una rumorosa fuente se hubiera conseguido mitigarla.

Sin embargo, la caravana no se detenía. Detenerse era morir. El cielo y la tierra, al llegar el medio día, se hallaban convertidos en una olla de fuego líquido. Se había detenido el viento, pero el calor resultaba tan fuerte que aun aquellas ráfagas enceguecedoras y asfixiantes eran preferibles a esta tortura de achicharrarse en vida. Y cuan críticas eran las condiciones que estaban sobrellevando tan penosamente se comprendió cuando uno de los animales de carga se desplomó sin vida mientras ascendía por la pendiente de una duna. No se pudo hacer otra cosa que abandonarlo cargado como estaba.

-¡Apresuren el paso!... ¡Se acerca el simún!

Fueron voces de advertencia de Mentu que se oyeron a mitad de la tarde, cuando repentinamente volvió a soplar el viento, ahora en forma violenta y continua. El sol desapareció detrás de una rojiza y espesa niebla que fue oscureciendo por momentos. Resultaba imposible determinar las fronteras entre el cielo y la tierra. Todo el universo había desaparecido dentro de aquella inmensa y anaranjada olla donde se fundían las arenas y las rocas.

Mentu, el precavido, alcanzó a tomar la última medida de seguridad: atar a los animales unos detrás de otros, para evitar que se extraviaran durante la tormenta.

-¡Un esfuerzo más! -decía animando a sus hombres-. ¡Si nos apresuramos podemos llegar al oasis antes que el simún!

El instinto de vida que alienta en todo ser de la creación se puso de manifiesto una vez más. Tanto los hombres como los animales se dispusieron a la tenaz y desigual lucha y con renovados bríos emprendieron la marcha del último tramo. Nueva y fresca provisión de agua

obró aquel milagro.

Dos horas más, dos horas, las más terribles de la jornada, debieron transcurrir en lo que parecían vanos esfuerzos por adelantar teniendo en contra al por momentos huracanado viento. Los animales, que debían soportar con la cabeza gacha el furioso embate del remolino de arenas, se dejaban llevar por aquel instinto y pugnaban por dar grupas al viento. Pero ahí estaban los fellah para impedirlo, a costa de intenso castigo con sus varas de junco del Nilo.

Se había acentuado el color sombrío y el anaranjado se convirtió en rojo y éste, gradualmente pasó al violeta, cuando de pronto toda la tierra pareció hundirse irremisiblemente en aquel mar de arena... Luego fuerza resultó confiar la salvación al azar del destino, entregar la vida al instinto del hijo del desierto. El simún se descargó con toda la violencia que hacía temer y bajo aquella tempestad de arena desaparecieron hombres y animales. Para evitar el castigo interminable de la arena que golpeaba el rostro, las manos y toda parte descubierta como pequeñas hojas de cuchillo, a la par que hacía imposible la respiración, los hombres debieron cubrirse con sus mantos, sin dejar un resquicio libre, mientras realizaban verdaderos esfuerzos por conservar la verticalidad a lomo de los pobres cuadrúpedos. Los camellos, aun siendo hijos del desierto y haber sufrido otras tormentas, gemían lastimeramente. Pero la mano férrea del guía no aflojaba las riendas y la sofrenada marcha proseguía, implacablemente, porque detenerse era morir sin apelación.

Imposible decir cuánto tiempo duró aquel tormento. El tiempo parecía haberse detenido y tanto la tierra como el resto del universo

daban la impresión de hallarse inmovilizados en un infierno cósmico donde hasta las estrellas se convertían en brillantes y afilados gránulos de arena. Durante esta terrible tortura, Giuseppe Balsamo sintió una y cien veces la tentación de dejarse caer de su cabalgadura y liberarse así de la pesada carga de la existencia... ¡ Tan insoportable resultó este necio aferrarse a la vida debiendo sufrir la espantosa sed, la asfixia y la ceguera, todo eso en medio de un calor sencillamente infernal!

Pero de pronto, un clamor humano le hizo retornar a la realidad ... Sí, eran voces, muchas voces, entre las que se confundían las de Mentu, de Karturío, de los fellah, con otras desconocidas. Pese a que el simún seguía castigando con violencia, Giuseppe apartó el manto con el cual se cubría y trató de indagar qué estaba ocurriendo. Miró y creyó estar soñando. En medio de la penumbra de fuego que los rodeaba y asfixiaba se alzaban algunas sombras oscuras y altas. Al fondo, desdibujadas por las arenas en remolino, se veían algunas construcciories, una cúpula, una mezquita.

-¡Beken-el-Bulaq!... ¡Beken-el-Bulaq!...

Como entre sueños y a punto de perderse en las agradables sombras de la inconsciencia, Giuseppe Balsamo sintió que lo alzaban en vilo y lo trasportaban. No supo a dónde, por el momento, pero la súbita cesación del huracanado viento y del castigo de las arenas le hizo advertir que lo habían llevado a un seguro refugio. Alcanzó a emitir un gruñido de alivio, de inmenso e inenarrable júbilo y se dejó hundir en el lecho donde lo depositaran.

De pronto, un grito, un alarido, más bien dicho, le obligó a retornar brutalmente a la realidad. Mentu, aquélla era la voz del guía, de Mentu, y a sus gritos se unieron los de Karturio... Aún medio inconsciente, Giuseppe aguzó los oídos. ¿Qué sucedía ahora?...

La respuesta le llegó en la forma de un hondo lamento de agonía que, luego de dominar el fragor de la tormenta exterior, llegó nítidamente a su conciencia.

-¡Oh, Sublime Maestro!... ¡Oh, Señor de Luz y Sabiduría!... ¡Oh, egregio Padre!... ¿Dónde estás?... ¿En qué ignota duna descendiste de tu pedestal para llegar más prontamente junto a

nuestro bien amado Ammon-Ra?... ¡Ciegúenme los dioses eternamente por no haber visto el altar de tu inmolación!... ¡Cúbranse mis oídos de llagas incurables por no haber escuchado tus llamados en el instante del humano desfallecimiento!... ¡Oh!... ¡Oh!...

De esta suerte eran los lamentos que profería el inconsolable Karturio y por el sentido de los mismos Giuseppe cayó en la cuenta de que Althotas, el Gran Adepto, había caído de su cabalgadura en algún lugar del desierto, pereciendo irremediablemente.

## *Capítulo IV*

## *EL SECRETO DE LA ESFINGE*

Aquella noche, mientras continuaba el fragor de la tormenta seca, Giuseppe Balsamo tuvo una visión.

De repente, la celda oscura y silenciosa donde reposaba se inundó de aquella luz fosforescente y resplandeciente que ya había visto en otras ocasiones. Sorprendido y no poco maravillado, se incorporó y entonces lo vio.

A Althotas, el Gran Adepto.

Repetimos, toda su figura resplandecía, más que nunca. Ante su aparición teníase la impresión de la misma presencia del dios Helios. Sin embargo, era advertible un sutil cambio. Althotas parecía más rejuvenecido y saludable; todo él irradiaba un vigor sobrenatural. Su voz, con ser pausada y aun apagada, tenía una firmeza que decayera anteriormente debido al curso de los años.

-¡Oh, Sublime Maestro!... -murmuró el joven Adepto, cayendo de rodillas.

Althotas alzó la mano diestra haciendo el signo esotérico (índice y medio alzados en V y pulgar cruzado sobre anular y meñique) y dijo:

-Los dioses te sean propicios, Atanor, el Elegido... Lo que estaba escrito en el pergamino del firmamento se cumplió en su primera parte. En tus manos está que se cumpla el resto... ¿Comprendes la singular trascendencia de tu cometido, hijo mío?

-No se me escapa, señor, y la enorme responsabilidad me abruma ... Temo ser de pensamiento frágil, de carne débil, un hombre, en fin, con todas las virtudes y los defectos de un mortal común... Ahora mismo, aunque poseo las siete llaves del superior conocimiento y que muchos reyes quisieran tener y aun dieran sus reinos por ello, mi afán se halla centrado sobre una palabra: *vendetta.* Ella me ciega y me impide ser un hombre superior cual se supone debe ser todo Adepto... ¿Cómo pueden haber sido tan ciegos los dioses de elegirme para una principalísima misión?

-No te conduelas de ello, Atanor, *que en tu debilidad se halla tu fuerza...* Ya te dije en otra ocasión: tu misión exige que, por ahora, renuncies a la alta filosofía de tus enseñanzas. Dejaraste llevar, de hoy en adelante, por los impulsos y no por los principios. ¿Ese impulso te empuja hacia la vendetta?... Pues, bien, corre y satisface esa demanda del ser inferior. No te resistas a las exigencias de éste, porque el Yo Superior adopta a veces los disfraces más sorprendentes para probar la fortaleza espiritual de los hombres.

-Comprendo, Maestro, y así lo haré.

-Celebrarlo habremos, Atanor... Ahora, escucha atentamente lo que voy a decirte. Cuando el desierto se haya serenado, irás al templo de este lugar y preguntarás por Gaffarel. Dirasle

solamente esto: *Caput mortuum, imperet Ubi Dominus per vivum et devotum serpentem.*

-¿Y luego, Maestro?

-Harás cumplidamente lo que el sabio te indique... Ahora, Atanor, hijo mío, despidámonos. Yo debo realizar un largo viaje; tú cumplir has tu destino. No volveremos a vernos, por mucho tiempo..., un instante en la eternidad...

Extrañamente, la voz se había ido extinguiendo al mismo tiempo que la figura del Maestro y de súbito, con la última cadencia, la habitación volvió a quedar sumida en la oscuridad.

Lanzando una exclamación, Giuseppe abandonó de un salto su mísero lecho, completamente despabilado. Un leve chispazo rasgó la tenebrosidad y la bujía encendida por Karturio dio sobrenaturales relieves a su rostro pálido y enjuto.

-¿Qué sucede, señor?

Balsamo se dejó caer de. nuevo en el lecho, lanzando un suspiro. Miró a su "criado". ¿Cómo, no lo sabes?, estuvo tentado a preguntarle, pero optó por guardar silencio y darse vuelta.

El débil resplandor de luz desapareció de nuevo.

* * *

La búsqueda de Althotas duró tres días a partir de la hora prima del amanecer, y en ella participaron todos los moradores del oasis.

Resultó tarea sobrehumana, por lo infructuosa. ¿Estaba también escrito que nunca se encontrara la prueba física de la existencia de aquél hombre fabuloso? Sea como fuere, las arenas del convulsionado desierto parecían haber sepultado para siempre su patriarcal figura, simbolizando con ello lo inconmensurable de su obra.

Al cabo de esos tres días y cuando "el desierto se hubo serenado", todos se resignaron a la sublime pérdida y refrenando su lamentación volvieron a sus obligaciones y trabajos. Y entonces Bálsamo pidió una entrevista al sabio Gaffarel, patriarca del oasis de Beken-el-Bulaq.

El oasis, una zona de unos diez kilómetros cuadrados más o menos, constituía una refrescante visión verde luego de la inmensa monotonía del dorado. Allí, en torno a una laguna de regulares proporciones, de aguas azules y límpidas cuyo caudal jamás disminuía, crecían abundantes palmeras, olivos, sicómoros y otros árboles. De unas rocosas y próximas colinas brotaba un manantial de aguas que poseían la maravillosa virtud de ser frías durante el día y tibias en las noches. El lugar, ciertamente, resultaba paradisíaco y el milagro de la naturaleza se hacía más patente considerando los centenares y aun miles de kilómetros del desierto circundante.

El templo consagrado a Ammon-Ra, el dios egipcio, se hallaba parcialmente cubierto por la arboleda. Sin embargo, la cúpula y la torre resultaban grandiosos comparados con la edificación menor diseminada a lo largo y lo ancho del oasis.

El Sumo Sacerdote, Gaffarel, hallábase en el templo cuando el joven adepto fue introducido a su presencia. Hundido en un trono sumido en sombras, la figura del sabio apenas se advertía. Cuando habló, su voz quebrada y temblorosa denunció su extrema edad.

-Conózcote de oídas, Atanor, el Elegido, y créeme, lamento tu presencia en este sagrado

lugar... Leo en tu mente la frase que debes trasmitirme y no es necesario hacerlo, porque escrito está lo que habré de darte, porque yo soy el único depositario en el mundo de la piedra filosofal, el maravilloso instrumento con el que derribarás a un despótico y cruel poder enseñoreado en el corazón de Europa y que sobrevive gracias al aporte de sangre de miles, de millones de desdichados... Créeme, hijo mío, no quisiera para mí tal misión, no por lo difícil o peligrosa, sino por el renunciamiento... El mundo es un campo de batalla en donde la libertad disputa con la fuerza de la inercia oponiendo la fuerza activa. Estás llamado a ser el rey del aire, del agua, de la tierra y del fuego, pero para reinar sobre esos simbolismos es preciso vencerlos y sojuzgarlos... ¡y tu misión es convertirte en esclavo de ellos! Esa es la tragedia que has de vivir... La Esfinge, que no solamente tiene cabeza humana sino senos de mujer, dominará tu existencia, tus pensamientos, y tus actos. Y aunque la inteligencia superior que hay en todo hombre se te rebele, seguirás impasible por tu calvario hasta que suene la hora sublime de tu liberación. Y sólo entonces tornarás a ser quien eres en realidad...

Se produjo una pausa, que Giuseppe, dominado por un temor supersticioso, no se atrevió a quebrantar. Por lo demás, lo que él podía decir no tenía trascendencia, puesto que el Sumo Sacerdote podía leer sin duda sus temerosos pensamientos. Gaffarel le alcanzó entonces un pequeño frasco de vidrio, sellado y lacrado, el cual contenía un finísimo y cristalizado polvo blanco.

-Toma, ésta es la piedra filosofal, la esencia de vida, la corriente vital que corre en el hombre, en los animales, en las plantas, en los minerales, en la tierra y el aire, en el mar y en el cielo, en el universo entero... El Absoluto está en todas partes y todo está en todo. Aquí, sintetizada, se halla la Unidad admirable de las producciones de Osiris-Isis. Aquí tienes unos de los mayores secretos del Santuario, la clave de todo los milagros pasados, presentes y futuros, el Telesma de Hermes, la Serpiente de Moisés, el Aroth de los alquimistas, la Luz astral de los agnósticos... Es la verdadera piedra filosofal y posee tres virtudes: transforma en oro el mercurio y el plomo en fusión; regenera la sangre y las células de los organismos animales, vegetales y minerales; usada con sabiduría, puede precipitar o retardar el desarrollo de la materia en los tres reinos... Para concentrar esta fuerza vital en este pequeño frasco han sido necesarios muchos años e ingentes sacrificios de toda clase. El Gran Adepto, Althotas, venía a buscarla de tiempo en tiempo... Ahora eres tú, Atanor, el depositario del Tesoro. No contiene sino la cantidad indispensable para realizar tu cometido. No te extralimitarás en su uso o tu misión no se cumplirá cabalmente. El cómo, el porqué y el cuándo son dejados a tu arbitrio... Sean para ti las palabras del insigne Pitágoras, que conocía el secreto de la Esfinge: "A fin de que elevándote en el éter radioso, en el seno de los inmortales tú mismo seas un dios"...

Temblaban las manos de Giuseppe Balsamo cuando tomó el frasco que le ofrecía el anciano Gaffarel, ¡aquel objeto de inocente aspecto que lo convertía, a él, pobre mortal, en rey de reyes!

El joven magista, por supuesto, conocía el inmenso valor del Tesoro que se depositaba en. sus manos. El había estudiado alquimia bajo las enseñanzas de Althotas y otros maestros. Ninguno de ellos, sin embargo, poseía lo que se conocía como el Secreto de la Esfinge, o sea, el modo de producir la piedra filosofal. Este conocimiento parecía estar reservado a una o dos eminencias a lo sumo en el mundo esotérico. ¿Era Gaffarel una de ellas?...

De cualquier modo, la posesión de esta invalorable riqueza hacía innecesario el conocimiento de tal secreto, pensó con silencioso júbilo, apretando el frasco contra su pecho. Y ya se disponía a dar las gracias por esta inmensa prueba de confianza que se le dispensaba, cuando el Sacerdote, como si hubiera leído su pensamiento, se adelantó a decirle:

-Recuérdalo en cada minuto de tu existencia, Atanor. No eres el dueño sino el depositario de ese tesoro... Con la misma facilidad con que lo recibes puedes verte privado de él... Y sólo existe un medio por el cual puedes convertirte en dueño absoluto de él: poseyendo el secreto

de la Esfinge...

-¿Podría yo...? -balbuceó Balsamo, en tono incrédulo, maravillado ante la sola idea de ese portento.

-¿Por qué no?... "Lo que está escrito, escrito está, y no hay mortal que pueda torcer el curso de lo fatal ". ¿No has sido elegido para una misión ante la cual vacilarían los Adeptos más capacitados? Señal es de que estás llamado a grandes destinos...

-¡Oh, Señor, Señor!... -gimió Balsamo, arrodillándose y hundiendo el rostro en el piso-. ¿Cómo podría yo, mísero mortal, aspirar a la gloria de ser el intérprete de la voluntad divina?

-Es sencillo: enfrentándote a la Esfinge... Y que hayas sido destinado a develar su incógnita o no, lo sabrás por ella misma...

-*Lo sabrás por ella misma... Lo sabrás por ella misma...*

Estas palabras martillearon la mente de Giuseppe Balsamo durante el resto del día, en la noche y en los días siguientes, mientras su caravana hacía los preparativos de marcha. Fue tal su asombro y confusión que apenas tenía una ligera idea del modo inconsciente en que abandonara el templo, olvidado de la presencia de Gaffarel, del divino Ammon-Ra, incluso del precioso tesoro que aprisionaba con sus manos. Y cuando quiso reparar su falta, yendo a prosternarse de nuevo a los pies del anciano sacerdote para darle las gracias por su generosidad, se le enteró que Gaffarel se hallaba en sagrado retiro y que de él saldría sólo dentro de cuarenta días. Entonces no le quedó dudas de que había sido cortésmente despedido.

-Apresura los preparativos de marcha -le dijo a Karturio-. Nos iremos mañana, al rayar el día, pero no de regreso a Alejandría sino...

-...sino hacia Gizeh, ya lo sé, señor -respondió el enigmático sujeto-. ¿No es allí donde está la Esfinge?

Balsamo quedó de una pieza, pensativo, no poco preocupado. Era imposible decir cuánto conocimiento había acumulado aquel hombre. De pronto, acometido por una idea, le preguntó:

-Karturio, ¿conoces tú a Gaffarel, el Sumo Sacerdote de este templo?

-¡Plugiera a Osiris que así fuera, señor!... Pero téngole en gran estima y admiración. Fue el consejero del cardenal Richelieu cuando el ambicioso príncipe incursionó en los estudios esotéricos__

Giuseppe Balsamo ahogó una exclamación. No era para menos. Si la información era cierta -y no había porqué dudar de que lo fuera-, ¡aquello suponía una edad no menor de doscientos años! Sin embargo, la cifra resultaba pálida frente a la afirmación de Althotas de que había conocido a Pitágoras. Pero el joven siciliano estaba seguro de que la frase había sido simbólica y no se refería a su persona sino a las Ciencias Ocultas, que se practicaban desde tiempos inmemoriales entre los pueblos más adelantados.

-Richelieu, se asegura, estaba enterado de que Gaffarel poseía el secreto de la Esfinge y por eso lo nombró su ayudante -prosiguió Karturio, imperturbable-. Pero el sabio se mantuvo fiel a sus principios y jamás reveló lo que sabía... Hay algo más, como Richelieu murió a la temprana edad de cincuenta y siete años, es de suponer que ni siquiera le hizo conocer los beneficios de su ciencia.

Balsamo contempló a su criado con creciente admiración. ¡Parecía estar mejor versado que él mismo sobre cuestiones atinentes al esoterismo universal!

* * *

La pequeña caravana había vuelto a internarse en el desierto, pero este viaje resultó de placer comparado con el anterior, aunque resultó una etapa más extensa.

Al finalizar el cuarto día avistaron en lontananza los perfiles de la moderna ciudad de El Cairo, extendida sobre la margen derecha del Nilo y envuelta en una dorada bruma. A este otro lado del gran río y algunos pocos kilómetros hacia el sur, se veían aún los restos en extendido emplazamiento de la que fuera poderosa y floreciente Memfis, la capital de los Muros Blancos, fundada durante el imperio de Menes y que alcanzó su mayor esplendor en las dinastías III y IV. Más cerca todavía, destacando el pardusco y el grisáceo de su estructura milenaria contra el azul índigo de su cielo, se podían ver las Pirámides, inmensas moles que aun a la distancia impresionaban por su magnificencia.

Giuseppe Balsamo acuciaba a Mentu y éste a los animales y a los camelleros para que apresuraran el paso. Estaba poseído de un enardecimiento propiamente juvenil. Menfis, las Pirámides, la Esfinge. .. exóticos nombres que bastaban para acuciar el interés de cualquiera, tenían para él una significación particular. El Egipto surgía en estos momentos ante él como un escenario inagotable de delicadas impresiones que sugerían hondas reflexiones y que eran dictadas por aquellos soberbios monumentos trasmitidos con todos sus simbolismos y secretos revelados a medias, para la posteridad.

El joven Adepto conocía, por supuesto, la historia trascendente de las Pirámides, mandadas a construir por los faraones Keops, Kefrén y Micerino, unos tres mil años antes de Cristo. Conocía, igualmente, las medidas, dimensiones y distribución de galerías, la exactitud de la nivelación y el escuadrado, la distribución esencial de los corredores interiores y aun de las galerías secretas. Sabía que esas tumbas estaban construidas con el ostensible fin de proteger las sagradas momias de los faraones de la rapiña de hordas bárbaras que de tanto en tanto asolaban Egipto, lo cual suponía también que estos monumentos del ingenio humano servían de secretos e inviolables escondites para verdaderas montañas de oro, plata, marfiles, piedras preciosas y las muchísimas cosas que componían el Tesoro Imperial...

Sí, sabía eso y mucho más; porque las Pirámides, con sus muros interiores cubiertos de jeroglíficos, no sólo contienen revelaciones que algunos científicos alcanzaron a arrancar, sino otras destinadas a hombres versados en las ciencias ocultas. De un modo ingenioso, sutil y esotérico, Keops, Kefrén y Micerino -o mejor dicho los Sumos Sacerdotes que estaban a su servicio- fijaron sus secretos en esos muros y en otros lugares, valiéndose a veces de signos, de números e incluso de medidas, porque la gran Pirámide de Keops se considera un canon de medidas. Dicha pirámide está situada de tal modo que el meridiano 30 que la cruza divide en dos partes iguales el delta del Nilo y las tierras habitables en todo el planeta, lo que advierte que no sólo se consideró como la unidad de medida divisoria del imperio egipcio, sino de las regiones pobladas de la tierra. El perímetro de los cuatro lados de la base de este monumento, además de indicar la razón matemática que permite efectuar la cuadratura del círculo, proporciona una unidad de medida que si se multiplica por los días del año común da las dimensiones de la arista de la Pirámide, y sumados los metros de esa arista, dan el número de días del año sidéreo, o sea del tiempo que transcurre entre dos pasos consecutivos de la Tierra por el mismo punto de su órbita, lo que quiere decir que, hace cinco mil años los arquitectos egipcios conocían el valor *py* y sabían que el año terrestre es, en realidad, de 365 días, 6 horas, 9 minutos y 24 segundos...

En suma, la criptografía *(cryptos,* escondido; *graphein,* escribir) de las Pirámides y

especialmente la de Keops, contiene conocimientos precisos acerca de los acontecimientos no sólo pasados, sino presentes y futuros, estando determinada la correcta interpretación a un adecuado estudio de la intersección de las galerías y cámaras subterráneas y evidenciadas que sean las medidas de las fechas en el número de pulgadas piramidales que separan esas intersecciones. A todo lo cual será preciso agregar las interpolaciones o esotéricas aclaraciones fijadas en los muros en forma de jeroglíficos y cuya inserción junto a innocuos textos tanto confunde a egiptólogos antiguos y modernos.

Balsamo, repetimos, conocía todo esto. Y sabía también que Adeptos de distintas escuelas esotéricas dedicaban su vida a interpretar correctamente los secretos que tan celosamente guardaban esos monumentos del saber y del ingenio del hombre. Muchos de esos conocimientos así revelados constituían la base de la enseñanza ocultista que se dispensaba a los elegidos en aquellas escuelas.

Se comprenderá, pues, el sentido de la admiración y el respeto con que el joven siciliano contemplaba aquellos monumentos del pasado. Y a medida que la caravana se fue acercando a Giseh, el lugar donde aquéllos están emplazados, su asombro y deleite iban en aumento.

Pero mucho mayor fue su emoción al descubrir, en una depresión de terreno situada al oriente de la Pirámide de Kefrén y a unos seiscientos metros de distancia, entre arenas acumuladas por los simunes del desierto, la Esfinge.

Se acercó a ella con respetuoso temor y pudo al fin, al caer de la tarde, contemplarla en toda su magnífica grandeza. Se imponía el coloso de roca con su bizarra apariencia exterior de león, su cabeza humana y sus senos de mujer, apoyada en el vientre de toro y las patas de león extendidas, la fría mirada de piedra posada con fijeza en el desierto.

El efecto que producía en el ánimo era prodigioso; era como una aparición eterna. Se tenía la impresión de que el fantasma de piedra, construido antes que la Gran Pirámide, escuchaba y miraba. Sus grandes orejas parecían recoger los ruidos del pasado, sus ojos, dirigidos al Levante, parecían escudriñar el porvenir. Su mirada, en suma, tenía una profundidad y una verdad que conmovían y fascinaban. Aquella figura, mitad monumento, mitad montaña, poseía una singular majestad. Ningún otro monumento humano puede simbolizar mejor a la Ciencia Oculta.

Mientras Mentu y Karturio se acercaban a la población de Giseh y se ocupaban de obtener alojamiento y sustento, Giuseppe Balsamo permaneció de pie frente a la Esfinge, contemplándola hasta que la noche cerró sobre el desierto. Pero el efecto resultó aún más sobrecogedor cuando en el naciente asomó un débil destello lunar, que bastó sin embargo a iluminar el telón de fondo contra el cual se destacó la efigie, asumiendo entonces una apariencia sobrenatural.

Puesto en trance y consubstanciado con la mística esencia que parecía desprenderse de la Esfinge, Balsamo no se dirigió al poblado, a pesar de que lo acuciaban el hambre, la sed y el natural deseo de mitigar su fatiga, sino que encaminó sus pasos hacia el Templo, situado al sureste e inmediato a la Esfinge.

El joven Adepto había oído hablar también de aquel templo. Sabía que era una de las obras de la antigüedad egipcia más sometida a controversias de pretendidos egiptólogos, porque éstos no encontraban correspondencia de este templo con las pirámides, ni con las tumbas, ni con los dioses. Y puesto que la misma Esfinge resultaba tan enigmática e indescifrable, tampoco la relacionaban con ella. Sin embargo, entre los ocultistas era voz corriente que entre el llamado *Templo de Granito* y la Esfinge había una estrecha relación, tanto como la que puede existir entre cuerpo y espíritu. Su misma proximidad era una revelación.

Hacia dicho templo encaminó, pues, sus pasos.



Librodot

Todo era silencio y oscuridad en el templo, visto a cierta distancia; pero acercándose surgía de su estructura de granito y alabastro una especie de mortecino resplandor que parecía nacer de la misma piedra.

Guiado por ese débil resplandor, Balsamo subió una breve escalinata y siguiendo después por un corredor estrecho, techado de granito, fue a salir a un espacio abierto, en forma de letra T. Avanzó hacia la cabecera, por entre medio de columnas cuadradas de granito rojo y desembocó en un nuevo corredor techado. Al final del mismo se encontró en lo que indudablemente era la nave principal del templo. Estaba cubierta por una espaciosa bóveda con claraboyas abiertas a través de las cuales se filtraba la luz lunar, la que iba a depositarse en brillantes paneles de alabastro de los muros, proyectando una débil y antinatural claridad.

Excepto cuatro columnas de alabastro que terminaban en capiteles a la altura donde empezaba el techo abovedado, allí no se veía altar, estrado o plataforma alguna. El silencio era impresionante porque lo arrullaba la tibia y suave brisa que soplaba en el desierto circundante.

Cansado y mareado de mirar hacia arriba y de girar sobre si mismo, el joven experimentó súbito e irreprimible cansancio y a pesar suyo dobló las rodillas y se dejó caer en el piso. Una especie de sopor lo dominó y sin resistirse a él y más bien dejándose llevar por este estado ideal para la visión o revelación astral, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando que lo inundara aquel efluvio nocturno que llegaba a raudales junto con la cadenciosa sinfonía de la brisa.

Cuántos minutos fueron necesarios para caer en trance completo, Giuseppe no hubiera podido decirlo. Pero de pronto el torrente musical de la brisa se convirtió en una corriente, suave, rumorosa, de palabras.

-...Sí, yo soy la Esfinge y ya me has contemplado... ¿Pero qué has visto en mí?... Las religiones se suceden sobre la tierra, las edades pasan y las generaciones nuevas creen, en su necio orgullo, que pueden despreciar los conocimientos antiguos... Los templos pueden derruirse o ser derribados; pueden los textos desaparecer junto con sus creadores, pero el conocimiento verdadero, la esencia de la verdad, jamás desaparecerán, porque impresos están en la piedra filosofal... Símbolo de la unidad, resume en sí las formas más dispares. Símbolo de la verdad, muestra la razón de todos los errores; símbolo de lo Absoluto, exhibe el cuaternario misterioso... Loor a ti, el iniciado, el vidente, el elegido de la Suprema Razón. A ti solo pertenece esa facultad que substancia su perfeccionamiento y en el cual las inspiraciones, rápidas como el relámpago, dirigen sus creaciones ... Resume ahora toda la ciencia por los principios. Te ha sido otorgada la gracia divina del conocimiento postrero y has de penetrar en el misterio de la Luz. La analogía es la última palabra.

Hallar la escala exacta de la analogía de la luz te permitirá llegar a la suma y esencia de todos los conocimientos, sintetizada en el círculo-cuadrado mágico... Sigue la iluminación, síguela hasta el fondo de la tierra, y encontrarás que allí te está esperando desde hace milenios. El sabio no lo busca porque ya lo ha hallado, pero tú debes abrir los ojos al Gran Arcano. Y descubrirás que la trasmutación metálica y elixir de Juvencia se operan espiritualmente y materialmente, por la clave positiva de la luz trashumante y de la analogía... El Gran Arcano, universal, ultérrimo y eterno secreto de la alta iniciación, se halla cifrado en las veintidós clavículas mágicas del Tarot, nombre con el cual también se me conoce. La comprensión de este misterio es la clave de todas las ciencias ocultas... Encontrar la piedra filosofal es algo, sin duda. Pero ¿cómo habrás de triturarla, fundirla, gasificarla y pulverizarla?... ¿En qué consiste el poder real que se te ofrece? Todo eso y más está cifrado en el círculo-cuadrado mágico... Con él podrás abrir todas las secretas tumbas del pasado, los arcanos del conocimiento reservado a los grandes Adeptos, podrás hacer hablar a los muertos, rejuvenecer a los viejos, convertir el plomo en oro, el carbón en diamante. En él está concentrado el alfabeto jeroglífico y numeral y manifiestas por medio de caracteres y signos las ideas

universales y absolutas, a las cuales se llega luego de multiplicar los diez números por los cuatro símbolos y su resultado por doce figuras que representan los doce signos del zodíaco más los cuatro genios de los puntos cardinales. Así hallarás el cuaternario simbólico, figurado en los misterios de Delfos, de Menfis y de Tebas... ¡Así me hallarás a mí, la Esfinge!...

Giuseppe Balsamo, en un desesperado esfuerzo subconsciente, conociendo que aquélla era una verdadera revelación, procuró grabar en su mente cada una de las palabras aquéllas, conservando el orden en que fueran pronunciadas.

Y cuando la voz se hizo silencio y oscuridad la luz, sin haber salido del trance, sin abrir los ojos, vio que una débil y parpadeante lucecita, como la de una bujía, emergía del fondo del templo y vacilante se acercaba a él. Se acercó tanto, en efecto, que le pareció que le tocaba, dos o tres veces, retrocediendo luego. Giuseppe fue entonces testigo de su propio desdoblamiento, del milagro de la proyección bilocatoria, es decir, de la separación de su cuerpo astral del cuerpo físico, fenómeno éste muy corriente entre los adeptos y aún algunos iniciados adelantados.

Entonces, mientras el cuerpo físico quedaba postrado y acurrucado bajo la bóveda del templo, el cuerpo astral siguió en pos de aquella lucecita y se introdujo en un angosto corredor que iba a desembocar en una pequeña galería y ésta, a su vez, en una cámara. En el centro de ésta se veía un túmulo de alabastro, de forma cuadrangular. La lucecita parpadeó algunos instantes sobre esta columna y luego desapareció...

-¡Señor!... ¡Señor!...

Giuseppe abrió los ojos. Descubrió que estaba todavía postrado en el mismo lugar del templo donde se dejara caer, abrumado por la fatiga. La única diferencia era que el lugar se hallaba ahora intensamente alumbrado por el hachón que retenía Karturio en su diestra, mientras con la otra mano lo sacudía, al tiempo que lo llamaba en voz alta.

Juntos regresaron al poblado, donde el joven siciliano encontró no sólo agua fresca, sino también una apetitosa comida y un reconfortante lecho. Todo ello, sin embargo, no consiguió borrar las vividas impresiones tenidas durante su visión en el *Templo de Granito y Alabastro...*

* * *

-Todo está ya dispuesto, señor.

Balsamo consideró con no poca sorpresa a Karturio, el criado sin igual, capaz de leer el pensamiento de su amo. En aquel preciso momento, al rayar del nuevo día y en tanto despachaba un frugal desayuno, él había estado pensando en encomendar a Karturio la preparación de una expedición al interior del templo. Estimaba que la tarea no sería tan fácil como presumía. Harían falta picos, palas, cuerdas, linternas sordas, agua, provisiones y, en fin, todas las cosas necesarias en expediciones subterráneas. ¡Y he aquí que Karturio le decía, sin haber él tenido oportunidad de abrir los labios, que todo estaba dispuesto!

Pensando que fuerza sería acostumbrarse a esta singular aunque eficiente forma de servicio, Balsamo concluyó su desayuno y dejó el hospedaje. Afuera en el patio, en efecto, esperaba uno de los borricos cargado de las herramientas y los bártulos necesarios, retenido de la brida por un joven *fellah* de tez oscura y cuerpo musculoso. El escenario, a plena luz del día, resultaba tan imponente que por unos instantes el magista se sintió subyugado por éL El cielo sin nubes se extendía en un azul profundo, sobre el fondo del cual se erguían las estructuras



Librodot

grises y pardas de las pirámides. La Esfinge contemplaba impasible la salida del sol y su hierática figura, los rasgos de su cabeza humana y sus senos de mujer, se delineaban con dorados destellos desafiando la destrucción y la imposición del tiempo.

Echaron a caminar hacia el Templo de Granito y de Alabastro. Amo y criado conjugaban la composición ideal entre exigencia y servicio, pues sin que fuera necesario cambiar palabras entre sí podían entenderse a la perfección. No dejaba Balsamo de apreciar el significado de esto y a decir verdad, en el futuro este entendimiento resultaría de vitalísima importancia.

Momentos después, ambos personajes habían llegado a la entrada del templo. Karturio ordenó al *fellah* que cargara algunos de los objetos traídos y los siguiera. En ese momento el magista llegaba al lugar del templo donde la noche anterior tuviera la visión. Nada parecía haber cambiado, excepto porque ahora había dejado de soplar la brisa y de traer su mensaje cósmico de milenios.

Luego de estudiar los contornos hasta en sus menores detalles, sin descubrir nada digno de mención, Balsamo echó a caminar siguiendo el mismo recorrido que hiciera durante su visión, siguiendo en pos de la irreal lucecita. No tardó en sufrir la primera sorpresa.

El angosto corredor por el cual caminara hasta llegar a una pequeña galería y por ésta a una cámara, terminaba bruscamente, bloqueado por lo que parecía ser una pared de granito. Creyó haberse equivocado y retomó el camino traído, comprobando con el asombro consiguiente que no había otro angosto pasaje más que aquél.

-Esto que parece una pared sólida no es sino argamasa -dijo en aquel momento la inconfundible voz de Karturio, de pie junto a él-. Con ella, hábilmente, se ha intentado detener a los intrusos.

Y a una silenciosa orden, el *fellah* que venía en pos de él empezó a golpear el muro con el pico, demoliendo grandes trozos de un material lo suficientemente duro y resistente como para confundir con el granito. Y debajo asomó, efectivamente, un bloque de piedra, pero el mismo resultó no estar ajustado, por lo cual fue fácil quitarlo del medio, lo que dio lugar a un hueco lo suficientemente grande como para dejar el paso libre a un hombre corpulento.

Al otro lado se extendía, efectivamente, una galería. Pero fue necesario que Karturio entrara primero y alumbrara el lugar con una linterna. Momentos después, Balsamo había llegado a la cámara y contemplaba en silencio el túmulo cuadrado y macizo que se veía en el medio. La parte superior aparecía quebrada y daba la impresión de que, habiendo sido el soporte de algo -un altar, probablemente-, se hubiese quitado el mismo.

El siciliano estaba perplejo. Recordaba perfectamente haber visto que la llamita, antes de extinguirse por completo, había parpadeado encima de la columna cuadrangular. Aquello no debía significar otra cosa que la columna, no obstante su solidez, debía esconder lo que con tanto empeño venía a buscar: el Gran Arcano, el círculo-cuadrado mencionado por la Esfinge.

-Llama al nativo y ordénale destruirlo -ordenó.

-Tal vez no sea necesario hacerlo, señor -respondió el criado-•. Probemos a moverlo nosotros... En el templo de Ptah, en las ruinas de Menfis, unos sacerdotes encontraron una columna cuadrangular como ésta y al moverla...

Karturio se interrumpió, demostrando genuina sorpresa. Mientras decía aquellas palabras, se había abrazado del túmulo y luego

que su amo siguiera su ejemplo, entre ambos hicieron fuerza, primero en un sentido, luego en otro... De pronto se oyó un ruido chirriante pero sordo y entonces una de las grandes baldosas del piso se hundió, dejando al descubierto una oscura entrada. Los dos hombres echaron- un

pie atrás, pues de aquella sombría abertura emergió, como de la boca de un horno, una bocanada de aire caliente y nauseabundo. Los oprimidos pulmones del templo parecieron dar un suspiro de alivio después de siglos de encierro.

Luego de descender alrededor de dos pies debajo del piso, la baldosa se había detenido, convertida en el peldaño superior de una escalera que desaparecía en la tenebrosidad inferior. Tomando la linterna que sostenía Karturio, el siciliano no se detuvo a más y descendió por aquella escalera con cierta precipitación.

La luz, al penetrar en el fúnebre aposento o cámara inferior, hizo brillar con vivo resplandor los pintados y coloridos jeroglíficos grabados a lo largo de los muros. Una figura central, con cabeza de águila, sostenía un disco o globo alado. La atmósfera resultaba pesada y asfixiante, concentrada durante siglos y acaso milenios bajo la caliza incandescente de la montaña. Sin parar mientes en ello ni en la copiosa traspiración que había empezado a molestarlo, Balsamo realizó un rápido examen de aquellos muros, sobre los que se destacaban numerosas figuras emblemáticas, con los colores rojo, amarillo, verde y azul, tan frescos que parecían recién pintados. Debajo de esos dibujos había signos trazados de arriba hacia abajo y separados por rayas, ofreciendo al sabio la interpretación de su misterio.

-"Lo que está arriba es igual a lo de abajo"... -leyó Karturio, con no poca dificultad, señalando la inscripción que se veía al pie del dibujo del águila y el disco.

En la parte inferior había un cocodrilo y una figura arrodillada de mujer con una mitra en la cabeza y la mano derecha señalando el piso. El cocodrilo parecía contemplar una puerta que se veía entre ambos.

-El simbolismo no puede ser más claro -dijo Balsamo, como si hablara consigo mismo-. Es preciso hacer una excavación aquí...

-Quizá no sea necesario, señor -repuso Karturio-. Recordemos que otros nos han precedido en el camino de la luz... ¿Hay por ello signos de violencia? No... Quiere decir que debe haber un...

Y sin concluir la frase empezó a palpar el muro, haciendo presión sobre cada figura y cada signo que se veía, aunque el ambiente se tornaba por momentos más caluroso e irrespirable, cuando abandonando las figuras y los signos superiores, Karturio hizo presión sobre los zócalos inferiores. Un ruido chirriante, un nuevo y mohoso deslizamiento, y esta vez apareció una abertura en el zócalo, a la altura del piso, presentándose a la vista una escalera de mucha pendiente tallada en la roca viva.

-¡Ah! -exclamó Balsamo, tomando aliento, al ver que la excavación se prolongaba más-. ¿Vamos a bajar hasta el fondo de la tierra?

-¿No es admirable? -señaló Karturio reflexivamente-. Quienes construyeron este pasaje han seguido la veta calcárea que profundiza con arreglo a la ley de las ondulaciones geológicas.

Balsamo olvidó su incomodidad para mirar a su criado con renovada sorpresa, pero Karturio se adelantó linterna en mano por la abertura y fuerza resultó seguirle.

A la escalera seguía un nuevo pasadizo con mucho declive. También había dibujos y pinturas en los muros. A continuación y como si ya hubieran llegado al desnivel final, se extendía un corredor horizontal con las mismas características de los anteriores. Este nuevo pasaje era muy extenso y ya estaban llegando al final del mismo, cuando Balsamo comentó:

-Si el sentido de la orientación no me falla, hemos seguido la dirección de la Esfinge y ya debemos estar cerca de su base...

-¡Cuidado, señor!...

Lo que arrancara la súbita exclamación de Karturio era la sorpresiva aparición de la negra boca de un pozo, situado sobre el mismo filo de un muro de roca que cerraba el subterráneo corredor.

Con la precaución necesaria, Karturio ató el extremo de una cuerda a la lámpara y dejó que ésta fuera bajando poco a poco. Dos, tres, cuatro metros... Y de nuevo salía la roca oponiéndose al paso del intruso.

-¡Oh, mis ilustres antepasados eran tan astutos para ocultar las entradas de sus sepulcros sagrados y sus tesoros, que no perdonaban medios para desorientar a los bárbaros rapaces! -dijo Karturio.

-Indudablemente, el pasaje subterráneo no termina aquí... ¿pero dónde continúa?

Palparon la pared de roca que cerraba el pasaje horizontal y comprobaron que no había posibilidad alguna de que fuese una pared movediza. Sólo cabía una posibilidad: que en el pozo se encontrase un nuevo y escondido pasaje. Karturio se ató la cuerda a la cintura y provisto de la linterna inició el descenso, sostenido por Balsamo, explorando y palpando cada palmo de las paredes circulares e irregulares. El procedimiento tampoco dio resultado y momentos después el criado, cubierto de sudor y respirando dificultosamente, estaba de nuevo en el corredor. Su expresión era de desconcierto.

-¡Me resisto a creer que hemos venido aquí por nada! -masculló Balsamo.

Y tomando la linterna retomó el camino seguido, examinando con detención las paredes cubiertas, como hemos dicho, de dibujos, signos y jeroglíficos. Al mismo tiempo palpaba aquellos dibujos, como hiciera Karturio poco antes. Y no habría retrocedido cinco

metros cuando se detuvo lanzando una exclamación. ¡La figura de la mujer y el cocodrilo otra vez!

-De nuevo la frase hermética, señor -dijo la voz jadeante de Karturio junto a él-. "Como es arriba es abajo..." Sí, por aquí debe estar... tiene que estarlo.

Y aunque resulte increíble, allí estaba, en efecto. Bajo la presión de una mano, todo un cuadrado del muro se abrió como la hoja de una puerta, dejando expedita una nueva y secreta entrada. En esta ocasión, sin embargo, el aire corrompido y cálido que como una bocanada de fuego de las entrañas de la tierra salió al encuentro de los intrusos, traía verdaderas reminiscencias de tumba. Venciendo la repugnancia y la sensación de asfixia, Balsamo siguió a su criado, que ya se había introducido por allí, linterna en mano.

El pasaje subterráneo era ahora más angosto; las paredes, de roca pura, sin dibujos ni jeroglíficos, por las cuales se deslizaba una humedad negra y pegajosa y putrefacta. La extensión del mismo, sin embargo, no debía superar los veinte metros y al final se veía una cuadrangular y oscura salida.

Llegados allí, comprobaron que emergía a una espaciosa cámara con alto techo de granito puro. Los dos hombres lanzaron agudas exclamaciones de sorpresa. Las paredes estaban cubiertas de nichos y éstos, a su vez, de sarcófagos. Sin embargo, lo que arrancara aquellas exclamaciones de los dos hombres era la vista de una infinidad de momias diseminadas por el piso, algunas encima de otras, en posiciones distintas. Se tenía la impresión de que, en el apresuramiento de hacerlo, aquellos ataúdes y aun las momias que se veían diseminadas hubieran sido arrojados allí sin ceremonia ni discriminación alguna.

-Estos sarcófagos, estos restos sagrados, pertenecientes sin duda a reyes, príncipes y sumos sacerdotes, debieron ser dejados aquí en custodia, cuando algún peligro de pillaje hizo inestable su seguridad -murmuró Karturio, con voz apesadumbrada.

Balsamo reconoció que había sentido de verdad en sus palabras. La simple examinación de los sarcófagos decía lo cierto de ello. Allí era posible encontrar nombres que fueran famosos en las distintas dinastías faraónicas a partir de la IV, cuando Keops hiciera construir la primera pirámide, empleando en ello treinta años y el concurso de cien mil obreros para cada década, o trescientos mil en total.

De pronto, Giuseppe Balsamo lanzó una exclamación.

¡El círculo-cuadrado!

Sí, no cabía duda; allí estaba, en uno de aquellos sarcófagos, un dibujo realizado en la parte media, a la altura del corazón. El dibujo no podía ser más claro: un cuadrado, dentro del cual era visible el círculo y dentro de él, el pentagrámaton. Complementándolo las cuatro figuras simbólicas de la Esfinge, la mujer, el león, el toro y el águila. En el dibujo, además, en todos los espacios libres, se veían signos y jeroglíficos. Debajo del mismo, un nombre y un jeroglífico. RHO-NATHA.

-"Rho-Natha, Sumo Sacerdote, siendo faraón Sneferu, constructor de la Esfinge" -leyó Karturio, con alguna dificultad.

-Rho-Natha... Rho-Natha... -murmuró Balsamo-, el nombre me resulta familiar... ¿Crees que podemos abrir el sarcófago?

Karturio parecía estar esperando la orden. Se adelantó hacia el nicho y tentó probar abrir la tapa con figura humana. Pero consiguió su objeto sólo después de varias tentativas y cuando debió emplear para ello su cuchillo.

Y entonces apareció a la vista de ellos una momia perfectamente conservada, envuelta en tiras de una tela parecida al lino que con el transcurso de los siglos se había tornado de un color amarillento apagado. Balsamo contempló como fascinado aquella macabra figura

-Ábrelo... -murmuró con voz desconocida, como si estuviera en trance-. Rho-Natha... Ahtan-Ohr... Atanor...

Karturio hizo lo que se le ordenaba. A la primera incursión del cuchillo, sin embargo, la tela se hizo polvo y apareció a la vista el cuerpo oscuro y arrugado de un hombre... Balsamo ahogó un grito. En el pecho de la momia, a la altura del corazón, colgaba una medalla de oro, una exacta reproducción del dibujo exterior. Pendía de una cadena de oro, de apagado y mohoso brillo.

Instantes después, el objeto estaba en las manos temblorosas de Giuseppe Balsamo...

-Rho-Natha... Ahtan-Ohr... Atanor -murmuró, transido de emoción-. Esto es lo que hemos venido a buscar... El Gran Arcano, el Pentagrámaton, la Suma de la Sabiduría... Aquí, en esta medalla, están cifrados todos los conocimientos ocultos, cuya revelación ha sido reservada para los Grandes Adeptos...

- ¡Loor a ti, señor, el Elegido!

-¡El mundo se abre ante mí!... Nada me será oculto a mis ojos ni privado a mi posesión. Todos los tesoros físicos, mentales y espirituales estarán a mi disposición. Los reyes inclinarán su cabeza ante mí... ¡Los hombres más poderosos de la tierra, y las mujeres bellas que los dominan querrán complacientes ser mis esclavos!

- ¡Gloria a ti, señor, el Magnífico!

-Y sobre todo eso tendré facultades de vida o de muerte en los hombres, conoceré los misterios del Misterio y penetraré en los arcanos de la muerte y del más allá... ¡Y entraré en el

Reino de los Cielos y veré, cara a cara, a Dios!

-¡Salve a ti, señor, el Omnipotente!

Balsamo, presa de un júbilo y una emoción que no parecían naturales, con un brillo intenso en los ojos, lanzó una risotada y exclamó:

-Pero antes de todo eso, amigo mío... *¡la vendetta!* ¡En el mundo no alentará un ser humano que me haya herido en mis sentimientos y viva para enorgullecerse de ello!... ¡Nadie podrá herir jamás a Atanor, el Invencible!

Y los ecos de su desafiante y siniestra risa repercutieron con extrañas sonoridades en el soterrado ámbito de aquellas catacumbas.

## *Capítulo V*

## *EL ASOMBRO DE LA PHYTIA*

El escenario de la gran ceremonia de la muerte, sin tener la grandiosidad del Templo de Khnum, donde Giuseppe Balsamo la practicara por primera vez, en ocasión de recibir su definitivo título de Adepto, tenía el sello inconfundible dispuesto por la taumaturgia y se ajustaba no sólo a la tradición esotérica sino a las necesidades de la misma ceremonia en relación a su objetivo de la evocación. El pequeño aposento presentaba, pues, el siguiente aspecto: totalmente oscurecido excepto por el débil resplandor de una pequeña lámpara de aceite, tenía cuatro espejos en los cuatro muros. Cerca de uno de ellos, sobre el lado norte, se alzaba el improvisado altar, una mesa cubierta por un blanco mantel de lino sobre el centro del cual, pintado por la propia mano del oficiador, esto es, de Giuseppe Balsamo, se veía el signo del pentagrámaton, con sus cifras tradicionales. Sobre este altar se veían también la lámpara, el trípode, la espada, los dos braserillos.

El oficiador, cubierto sus hombros con el albo manto de lana de oveja virgen, se hallaba de pie sobre la piel del mismo animal, en el cual también se hallaba reproducido el pentáculo sagrado. Tenía las manos plegadas sobre el pecho, la cabeza gacha, los ojos cerrados, la mente concentrada sobre la figura y los rasgos que podía recordar de la persona a quien iba a evocar.

-Syrisko, tu figura me es familiar y recuerdo perfectamente los rasgos que la muerte no ha conseguido destruir,, puesto que viven en la memoria de quienes te amaron... Centenares y aun miles de cuerpos luminosos te rodean, pero yo te distingo y me acerco a ti. Vuelca hacia mí tu mirada luminosa... Te lo suplico, ven a mí... ven a mí... ¡ven a mí!...

Y al decirlo el joven Adepto arrojó unos polvos compuestos de incienso, mirra, maderas olorosas de oriente y perfumes sagrados, sobre los braserillos y en tanto una densa y fraganciosa nube de humo blanco inundaba el aposento, encendió pausadamente las nueve mechas de los tres brazos de la lámpara, mientras, sin quitar el pensamiento de la figura que estaba evocando, seguía diciendo:

-¡Ven a mí, Syrisko, padre de mi amada, de la que se niega a comparecer ante mi presencia!... Tal vez puedas decirme dónde he de dirigir mis pasos para encontrar lo que busco... Tú sabes a quiénes me refiero. Tú los conoces y en la tumba donde descansan tus restos debiste sacudirte y temblar de santa indignación cuando ellos confabularon para destruir a la carne de tu carne... Sí, es necesario realizar la obra... Debemos vaciar sangre sobre la sangre para que su mancha desaparezca del suelo donde fue volcada... *Vendetta* es la palabra clave y con ella te conjuro, oh, Syrisko!...

Un aire caliente pareció soplar en la cerrada habitación y un ruido sordo, lejano, como el gemir del viento en la estepa, llegó a los oídos del oficiante. Este, reprimiendo su temblor, alzó la mirada y ansiosamente la posó en las ondulantes y fragmentarias nubes de humo blanco que se agitaban delante de los espejos. Con la mano derecha posó la punta de la espada en el pentáculo sagrado.

-¡Apartaos, vosotros, los indeseables!... ¡Huid presto y sepultad vuestros pecados y bajas pasiones en el seno del averno donde debéis estar!... Tú, Syrisko, el noble padre y amigo, ven, acércate, te lo ruego... Decirme habrás, sin término de duda, dónde están ellos los ofensores... Matykos y Gemito... Gemito y Matykos... La mano y el puñal...

Una nueva sensación de aire en el rostro y una figura imprecisa en el espejo... Una nube de humo blanco, deshilachado como una mortaja calavernaria, que se movía y agitaba pausadamente, como si alguien temiera acercarse y luego de hacerlo retrocediera... Un rostro esfumado, una barba entrecana, los ojos hundidos... ¡y la voz sin voz que responde desde el seno de la tierra!

-¡Ay de ti, pobre mortal, que cifras tu grandeza en esa odiosa palabra!... Nada es más lamentable que la idea fatal, pues ella entraña descarrío. Nada es más triste que el hombre en el papel de juez y verdugo. Y nada es más frágil que el hombre poderoso y erróneo...

La obstinación de Balsamo le impidió, sin embargo, captar por el momento el sentido de aquellas palabras que su mente recibía y trasmitía inconscientemente, y como sus labios siguieran repitiendo los nombres de Gemito y de Matykos, de pronto tuvo una revelación. En una especie de ensueño o visión fugaz, alcanzó a ver una tumba cubierta de piedras, en una colina boscosa. En una losa situada a la cabecera de la misma, trazado con rudos rasgos, un nombre, Matykos, 1702-1768... ¡Muerto!, pensó frenéticamente. Y al conjuro del otro nombre, Gemito, la visión cambió rápidamente y en el curso del vuelo de una mosca vio un escenario familiar, las calles estrechas, oscuras y malolientes de Catania, y arrastrándose por ellas, un beodo mutilado y con una sola pierna... ¡La juventud y la fuerza física convertidas en decrepitud y miseria!

Giuseppe Balsamo dobló la cabeza sobre el pecho y cerrando los ojos dejó transcurrir el tiempo en una inmovilidad absoluta, hasta que el frío que empezó a sentir de pronto le hizo advertir que los braserillos se habían apagado y que la luz de la lámpara de aceite agonizaba. Se estiró y lanzó un suspiro. Estaba satisfecho. Había recibido la respuesta que esperaba.

-Conscientemente me he dejado llevar por el primer impulso -se dijo-, y el mismo me reclamaba urgentemente *vendetta...* Ahora ya sé a qué atenerme al respecto. En consecuencia, siguiendo siempre mis primeros impulsos, cumpliré la exhortación de mis maestros y guías, dejando que los mismos hechos guíen mis pasos... ¡Así cumpliré mi misión y el destino con el cual he venido al mundo!

Dicho lo cual, con ánimo más resuelto apagó de un soplo la lam-parita de aceite, dejó los instrumentos de la evocación sobre el improvisado altar e hizo abandono del aposento.

-¡Ahora a correr mundo! -pensó-. Nada sino esto me urge por el momento: poner en práctica mis enseñanzas y prepararme para el momento señalado... ¿Dónde, cuándo?... ¡La Esfinge tiene la respuesta!

* * *

-¿Llamaba el señor?

-Sí, Karturio, quiero hablarte.

La escena tenía lugar a bordo de un barco de regular calado. Un hombre, joven, de atuendo occidental, elegante, la casaca impecable, la peluca empolvada, una mano cruzada sobre el pecho y retenida por el jubón, la otra a la espalda, contemplaba con actitud erguida, desafiante, la proximidad de la costa, que por su conformación singular señalaba la de una isla. El otro individuo vestía a la usanza egipcia, una especie de túnica larga con mangas cortas, conocida como "kala-siris", ajustada en la cintura con una faja ancha y anudada en forma de rosetón. Cubría la cabeza, de sienes afeitadas, un fez con una borla roja.

-¿Sabes dónde estamos por arribar, Karturio?

-Malta, señor, la famosa isla del Mediterráneo.

-Malta, en efecto... "la piedra providencial en medio del lago que permitirá a Cartago apoyar los pies para el gran salto que lo dejará caer sobre la orgullosa Roma", como decían los antiguos. Contémplala, es la tierra de las rosas, el linde entre Oriente y Occidente... Para nosotros es la Isla de la Resolución, porque de ella partiremos como nuevos cruzados de una fe distinta.

-Sí, señor.

-Habremos, pues, de asumir una nueva personalidad, la más adecuada a los ambientes en que habremos de actuar, no en la humilde condición de juglares o trotamundos, sino con la calidad y la riqueza de grandes señores.

-Sí, señor.

-Empezaremos por cambiar de nombres. Yo buscaré uno adecuado para mí... Giuseppe Balsamo... suena a vulgaridad, denuncia su humilde prosapia, nada apropiado, por cierto, para la gran misión a cumplir...

-Sí, señor.

-En cuanto a ti, desde hoy te llamarás Lucas... Un nombre propio para un hombre que, como tú, habrás de ser mi ayuda de cámara, mi confidente, mi consejero y, llegado el momento, mi factótum...

Así empezaron los cambios. Al embarcarse y dejar las costas de Egipto, Balsamo no tenía una idea clara sobre su futura actuación. La idea, por decirlo así, surgió durante la travesía y fue la vista de Malta, la isla de la fe, la que le sugirió, con la rememoración de su pasado, la línea de conducta a seguir. En Malta, donde por fuerza habrían de permanecer unos días, se produciría el gran cambio, el gran salto hacia Occidente. El siguiente puerto de escala sería indiferente; a cualquier parte que llegasen, sería necesario poner en acción el plan de conquista del mundo. Por supuesto, lo fundamental era el dinero, pero esto no era problema para un gran prestidigitador como él... Sí, había pensado fabricar oro, pero había desechado aquel pensamiento a la idea de que la "piedra filosofal" que tenía en su poder serviría solamente para ocasiones excepcionales, como le recomendaran sus maestros. La privación de esa sublime síntesis podría resultar fatal para la causa y su misión.

Por supuesto, no olvidaba la medalla. La llevaba encima -lo haría eternamente- y oculta de una manera ingeniosa. Había ordenado a Karturio que le mandara a hacer una camisa de rústica y pobre tela, para que su posesión no tentara a nadie. Luego, alrededor del cuello cosió la cadena, de modo que quedando cubierta por la tela no se la viera. La medalla siguió un procedimiento similar y el rico objeto desapareció a la vista.

-Esto impedirá que me priven de tal tesoro para el caso nada hipotético de que sufriera un asalto o robo por esos caminos del mundo -le había dicho al egipcio.

Procedió a guardarla de tal manera esperando un momento propicio para intensificar los estudios que hiciera sobre dicha medalla. Luego de retirarla de la tumba faraónica y tan pronto como llegara a El Cairo y se sintiera seguro, habíase encerrado con el propósito de desentrañar su esotérico contenido. La tarea, sin embargo, le resultó ardua y vana, porque no pudo trascender, a pesar de sus esfuerzos, la enseñanza de aquellos jeroglíficos. Bien es cierto que el momento no parecía el más indicado, pues debía hacer frente al porvenir y resolver lo presente. Esto bastaba para distraer su mente e impedir la alta concentración mental que sin duda hacía falta para develar el Gran Arcano. En consecuencia, había resuelto dejar esa tarea para un momento más indicado. Por ahora se contentaría con guardar el precioso objeto y al propio tiempo no hacer uso sino en caso extremo del contenido de aquel frasco.

El desembarco en el puerto de la Valleta y la misma permanencia en Malta, sin embargo, no habría de tener trascendencia alguna. Malta, excepto por algunas singulares antigüedades relacionadas con la fe católica y su tradición histórica, no ofrecía terreno apto para las experiencias de un hombre animado por el afán de hacerse rico, famoso y poderoso. En consecuencia, luego de esos breves días de aburrido y tonto ir de un lado a otro, vio con placer el momento de hacerse de nuevo a la mar. Estaba decidido a no interponerse a las decisiones de su destino. Eso era parte de su misión, le habían dicho. Había, pues, cierto fatalismo en su conducta.

-Tomaremos el primer barco que salga de Malta, no importa el rumbo que siga -le dijo a Karturio.

Karturio o, por mejor decir, Lucas, pues tal es el nombre con el que lo designaremos a partir de ahora, convertido a la sazón en un perfecto criado de bien acomodado señor occidental, llevaba ropas adecuadas a su nombre y posición. Una librea de color, pantalón ajustado en las rodillas, calzas blancas y zapatos negros con grandes hebillas. Sólo el matiz de su rostro parecía desentonar un poco con su atuendo, por ser de un color cobrizo, pero los rasgos podían pasar por itálicos del sur o por griegos. Obedeciendo las órdenes de su amo, Lucas compró los pasajes en un barco pronto a arriar velas, el cual llevaba el destino de Atenas.

-Y bien, iremos a Atenas -fue el resignado comentario de Balsamo-. Así tendremos una oportunidad de conocer el famoso templo de Delfos...

El crucero, realizado en la mejor época del año, no dejó de ofrecer emociones estéticas a granel. El joven siciliano se pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta, solazándose en la contemplación de las verdes islas que por centenas se extendían en la vasta llanura del mar, adormecidas por el calor y envueltas en los frágiles velos de una bruma dorada y brillante. Creta, Cerigo, Milos, Sérifos, Paros, Kythmos, Keos, Andros... Cumbres rocosas, grises y pardas, orladas de coronas de pinos, laureles, olivos. Magnífica combinación de lo estéril con la fecundidad, de lo feo y adusto con lo bello y sonriente de la naturaleza.

Y al final del hermoso crucero de verdor y azur, Atenas... Atenas, la magnífica, la única, síntesis de tragedia y comedia en la historia antigua, cuna de hombres célebres, tumba de héroes, cumbre de acrópolis, de templos, de propileos... Y abajo, extendiéndose en un abstracto conglomerado de vetustos palacios, de mansiones que conocieron otras épocas de esplendor, de casas de terrazas carcomidas por los siglos, de muros manchados por la mano sucia del tiempo.

Cuando Balsamo, luego de arribar a buen puerto y conseguir un adecuado alojamiento, se dio a vagar por ahí, visitando todos los lugares que su interés y su fantasía le dictaban, descubrió que las gentes de la ciudad condecían en un todo con la ciudad del Partenón; se hubiera podido decir que no habían cambiado, en relación a sus gloriosos antepasados, sino en la misma medida que la ciudad actual en relación a la ciudad de Solón, de Pericles o de Platón y Aristóteles. Atenas, la cosmopolita, se aferraba al pasado como un niño a las polleras de su

madre.

El siciliano, sin embargo, escaso interés tenía en conocer a la ciudad cosmopolita, en consecuencia encaminó sus pasos a la Acrópolis o "ciudad alta". Detrás de él, como una sombra, iba Lucas.

"El Templo de las Vírgenes", o Partenón, cuyos frisos y columnas se recortan contra el fondo de un cielo intensamente azul y sin nubes, es lo que desde el primer momento atrajo la atención del viajero, como ocurre en general con todos los que visitan por primera vez la ciudad fundada por Teseo. El Partenón, construido en la parte más alta de la Acrópolis, perdido en la inmensidad de aquel telón de fondo que es el cielo, daba la impresión de ser un ave acurrucada pronto a emprender vuelo. La imaginación, aun sin que uno se lo propusiera, jugaba libremente con los fantasmas evocados y bajo tal influjo Balsamo visitó los famosos lugares adyacentes, el Erecteón, el Templo de la Victoria Áptera, el santuario de Esculapio, el pórtico de Eumenes, los teatros que fueran de Dionisio y de Herodo Ático, luego paseó su soñolienta mirada por las colinas del Areópago, del Pnix, la llamada cárcel de Sócrates, y el Templo de Helefestos. Envuelto en el embrujo del pasado y en el clima de ensoñación helénica, enfrentó el Agora Romana, la Biblioteca de Adriano, la Torre de los Vientos y, finalmente, el Templo de Júpiter Olímpico.

Todo aquello bastaba para satisfacer la ansiedad estética y el afán histórico del más exigente viajero y estudioso, pero Giuseppe Balsamo -su condición de Adepto lo exigía- quería conocer uno de los sitios más célebres de toda la antigüedad: el Templo de Delfos, lugar histórico al que acudían todos los grandes hombres, desde la iniciación de la historia, en demanda de sus siempre certeros oráculos.

Con tal propósito, en la bonita bahía de Turcolimano, sembrada de embarcaciones menores, hallaron una pequeña embarcación a vela que haría escala en Delfi (la antigua Delfos) sobre el golfo de Corinto. Aquélla resultó ser una zona montañosa, con profundos y verdes valles. Delfos se enorgullecía de mostrar los rocosos muñones de un pasado que ninguna gloria presente podía igualar. Sus ruinas se extendían en muchísimas leguas en torno al famoso Monte Parnaso,

que la tradición dice es cuna y residencia de las nueve musas. Luego de extasiarse en la contemplación de las ruinas del Santuario de Atena Pronéa, nuestro joven y su enigmático criado emprendieron la excursión hasta el llamado Templo de Apolo, que se levantaba al pie mismo del Parnaso.

-A este templo era al cual acudían todos los consultantes, desde Teseo a los últimos emperadores romanos -señaló Balsamo, mostrando aquellas ruinas.

-Pero la Phytia no estaba allí, señor -repuso Lucas, señalando a su vez-, sino allá atrás, sobre el abismo.

Balsamo consideró con asombro a su criado. Entre las ruinas y las rocas no se advertía la proximidad de ningún abismo. Además, ¿cómo sabía él...? Se acercó, sin embargo, y, efectivamente, detrás de aquellas ruinas encontró un abismo bastante pronunciado, cortado casi a pico, que iba a caer sobre una perdida hondonada, en el fondo pedregoso del cual corría el seco lecho de un arroyo.

El joven siciliano no tuvo tiempo de satisfacer su curiosidad al respecto. Atraído por el embrujo del abismo, su imaginación voló hacia la escena mil veces repetida de la presencia de regios heraldos que venían a sus consultas, enviados por los hombres más célebres que no realizaban ningún cometido, de índole familiar o política ni emprendían acto bélico, o viaje alguno sin antes saber lo que la célebre pitonisa decía al respecto. La Phytia, que moraba en el Templo de Apolo, era una mujer de más de cincuenta años, la más famosa entre las pitonisas

de Atenas o de algún otro lugar de la Grecia, que ocupaba ese sitial de honor hasta el día de su muerte natural, siendo entonces reemplazada por otra. Los oráculos de la Phytia siempre eran enigmáticos y epigramáticos y muchas veces daban lugar a confusiones y malas interpretaciones. Sólo hombres verdaderamente sabios -como Ciro, Darío, Alejandro y otros- sabían el secreto de interpretar correctamente sus vaticinios y a ello se debe, se dice, el éxito y la celebridad que llegaron a alcanzar.

Hallábase Giuseppe Balsamo reflexionando acerca de esto cuando imprevistamente sintió un ruido detrás de él y a su izquierda. Alarmado, aunque sin saber porqué, se dio vuelta con presteza y... se , quedó mirando, sorprendido, a la mujer que apareciera de pronto, como surgida de la misma montaña.

Si la aparición de esta mujer resultaba sorprendente, más lo era por su aspecto. Iba vestida con una larga y flotante túnica blanca y de la misma tela y color era el manto con el que se envolvía la cabeza y los hombros, dejando sólo al descubierto un rostro oscuro, enjuto, en el fondo del cual asomaban los ojos como dos tizones ardientes. Algunas guedejas de un cabello blanco flotaban a la suave brisa de] atardecer.

-Salve tú, extranjero, y bienvenido seas a mi reino del Conocímiento Ignoto -saludó la mujer, alzando una mano al estilo romano.

-Salve tú, mujer... -no pudo menos de responder Balsamo-. ¿Quién eres? -agregó, pensando que no podía ser otra cosa que una loca.

-Soy la Eterna... A mis pies han doblado su testa los guerreros y los emperadores más famosos de todos los tiempos. ¿Has oído hablar de mí? Me llaman la Phytia...

-¡La Phytia!... -exclamó sordamente el siciliano, cada vez más asombrado.

-Por supuesto que me conoces... o no estarías aquí... Bien, extranjero, deposita a mis pies tu ofrenda en metálico y yo te daré la respuesta del oráculo de Delfos.

Podía haberlo supuesto, pensó Giuseppe. No se trataba sino de alguien que sabía hacer buen negocio con la celebridad del lugar y el nombre de la pitonisa. A pesar de lo cual, reprimiendo una sonrisa, echó mano a su bolsillo y extrajo algunas monedas de plata qua puso sobre una piedra, a los pies de la enigmática mujer. Esta se inclinó, retiró las monedas, las contó y con un gesto de desdén se las guardó en su seno.

-Ahora, extranjero, extiende tu mano y dime qué quieres saber -ordenó.

Balsamo hizo lo que se le pedía, sin dejar de sonreír, divertido a la idea de lo que habría dicho la mujer de saber quién era.

-Mujer, si eres la Phytia, no debes ignorar a qué he venido -respondió-. Habla, pues...

La mujer de blanco había tomado la mano y luego de lanzar al extranjero una mirada de enfado, bajó la vista y se puso a estudiar la palma.

Un grito agudo, histérico, rasgó de pronto la serenidad majestuosa que rodeaba al Parnaso. La presunta Phytia soltó aquella mano cual si se tratara de un hierro candente y luego de contemplar al extranjero con franca expresión de espanto, se dio vuelta y echó a correr pendiente abajo, a tropezones, con riesgo evidente de perder pie y rodar peligrosamente.

-¿Qué ha ocurrido, señor? -preguntó Lucas, llegando al lado de Balsamo.

-Eso quisiéralo yo saber -respondió su amo, de mal talante aunque sin ocultar su asombro-. Para mí que ha visto al propio diablo en persona...

Y con gesto intrigado contempló su mano. Finalmente, molesto por no hallar en ella nada

notable, emitió un resoplido de disgusto y emprendió la marcha de regreso.

Aquel incidente pronto sería olvidado entre los mil y un trajines que significaba ir de un lado a otro sin más propósito que el de contemplar mundo. Giuseppe Balsamo sentía un afán inextinguible de viajar, de conocer ciudades extrañas, en las cuales se abarrotaban multitudes de costumbres y hábitos desconocidos. En esto como en otras actitudes que componían su modo de ser actual, seguía también un impulso incontenible. A decir verdad, era éste un modo de auto-disciplinarse para conocer y obedecer los mandatos de esa otra naturaleza que había en él, para llenar así, a conciencia, la misión para la cual había sido predestinado. El viajar, constantemente, por decirlo así, era un modo de capacitación, una necesaria práctica de sus conocimientos esotéricos, los cuales iba desarrollando de un modo gradual y progresivo, adquiriendo en ello la destreza y la experiencia necesarias para evitar en el futuro errores que podían ser fatales.

Luego de permanecer en Atenas unos meses, alojado en el mejor hotel y con un nombre supuesto, descubrió que en la antiquísima capital del mundo helénico existía una elevada capa social que no compartía la tendencia del pueblo a mantenerse aferrado a la tradición sino que, siguiendo la influencia prevaleciente en la Europa de esa época, procuraba mantenerse a tono, en usos y costumbres, en la moda y aun en la vida desprejuiciadas que prevalecían en las cortes más liberales. Los cortesanos del reino de Turquía (Grecia, por este tiempo, se encontraba bajo el dominio de Turquía) que cumplían altas funciones en el territorio ocupado por sus tropas, sintiéndose en cierto modo independizados del tutelaje directo del sultanato de Estambul, jugaban con las ideas y costumbres occidentales. Aunque mejor sería decir que sabían conjugar, de un modo inteligente, las costumbres orientales con las occidentales, de todo lo cual resultaban unas costumbres doblemente licenciosas y libertinas.

Fácil le resultó al joven Adepto, en consecuencia, extraer buen provecho de aquella coyuntura. A decir verdad, en la Atenas dominada por la influencia otomana pudo desarrollar con toda libertad y sin más impedimentos que la natural reserva, sus actividades profesionales.

Su *modus operandi* -y el método lo aplicaría en el futuro en todas las ciudades que visitara- consistía en ocupar primero un hotel de lujo, y junto con el prestigio de un nombre supuestamente encumbrado repartir dádivas que asombraban a las personas sencillas. Ello daba lugar a que la atención general se concentrara en personaje tan de campanillas, de modo que, cuando dejaba el hotel para establecerse en una lujosa villa, o en alguna mansión capital e incluso se daría el caso de ocupar algún palacio, su nombre era ya famoso en toda la ciudad. Las personalidades más representativas tenían entonces a particular estima invitarlo a sus reuniones sociales.

De un modo tan simple conseguía nuestro joven hacerse de relaciones, ante las cuales mencionaba, casualmente, las actividades a que se dedicaba y relacionadas con las altas finanzas. De un modo igualmente casual hablaba luego de sus "inocentes" entretenimientos de leer el porvenir, realizar alguna cura, o hacer experiencias de tipo magista.

-¡Oh, *signori* di Cavazzi! (O de Silvagni, o de Cascioli) -exclamaría la opulenta y sofisticada dama-. ¿Es verdad que podéis leer el porvenir en las líneas de la mano?

-No presumo de ello, estimada señora, pero sí puedo leer el pasado y -lo que es más peligroso- el presente... -respondería él-. Si estáis dispuesta a correr el riesgo...

Una salida humorística siempre ayudaba a romper la tensión nerviosa y aun la aprensión que provoca la presencia de un taumaturgo, cuyas pruebas de capacidad se pondrán en duda, sin embargo, con una falsa risita de suficiencia.

Pero las experimentaciones de Balsamo no dejaban lugar a esas dudas. No se hacía mucho de

rogar para leer las líneas de una mano o tirar las cartas -éstos eran en realidad pasatiempos innocuos- durante una de esas reuniones sociales; pero eso sí, rogaba que la sesión fuese privada, en atención a las "revelaciones" que podía tener. Y, como es de suponer, dado los profundos conocimientos esotéricos que poseía, aquello resultaba un juego de chiquillos que, sin embargo, causaba el asombro' por la certeza de sus afirmaciones. Giuseppe Balsamo poseía, por cierto, el verdadero don profético. Unos minutos de aislamiento y alta concentración mental -mientras estudiaba una mano o pretendía *leer* las cartas- le bastaban para entrar en el *aura* de la persona consultante y conocer las incidencias más notables de su pasado y su presente y, en consecuencia, decir el porvenir con un elevado porcentaje de seguridad.

A este respecto debemos señalar un hecho singular y muy sugestivo.

Por diversos medios -astrología, videncia, etcétera- había intentado conocer su propio arcano. El resultado había sido sencillamente desilusionante. En cuanto trataba de estudiar lo que el destino le tenía reservado para el futuro, una espesa nube parecía cubrir su intelecto, impidiéndole llegar siquiera a la superficie de tal cognición. Así ocurrió, valga el ejemplo, en el caso de la Phytia, en Delfos. Intrigado por la extraña actitud de la pitonisa, se había encerrado a estudiar por medio de la quiromancia las razones de aquella conducta, pero con el desfallecimiento que es de imaginar comprobó que no podía *ver* ni *leer* nada en su mano. Y lo mismo le sucedió en la experimentación de otros métodos, como el astrológico. Finalmente, hubo de convencerse que un verdadero muro invisible lo separaba de su futuro y que a él no podría llegar jamás. Esta extraña y esotérica obnubilación, indudablemente, tenía el mismo origen que el encausamiento de su destino hacia una desconocida misión. Una y otra se explicaban así. Le estaba vedado trascender su futuro.

Precedido por la fama con que supiera rodear su nombre en la corte turca de Atenas y con recomendaciones de sus miembros más prominentes, Giuseppe Balsamo viajó entonces a Estambul. Aquí, en términos generales, se repitieron las experiencias de Grecia. Alternó su vida con paseos y gratas excursiones por los lugares más famosos y pintorescos, ora admirando aquellos de significación histórica como los otros de deleite panorámico. Estambul, a decir verdad, le sirvió de cabeza de puente para incursionar en otras famosas ciudades del Medio Oriente y aun de Asia. En todas partes donde se presentaba y en una medida cada vez mayor, iba precedido por sus realizaciones ocultistas. Y aunque las tierras de Oriente son o se conceptúan como la cuna del conocimiento oculto, su justa celebridad lo señalaba como a uno de los magistas más competentes de Occidente y de Oriente.

En 1771, es decir, algo más de dos años después de haber partido de Egipto, Giuseppe Balsamo juzgó que su trabajo de capacitación había terminado y, por tanto, bien podía presentarse ya en los más conspicuos centros europeos. Por supuesto, sería necesario ir progresivamente, visitando primero las ciudades menos importantes y dejando en cada una bien sentada fama, para dar luego el gran salto.

Procediendo de acuerdo con este plan, nuestro magista cruzó los mares Egeo y Jónico y llegó a Messina, en Sicilia. Una razón, sentimental lo llevó a esta famosa ciudad: ver de nuevo a la patria de su nacimiento y solazarse con sus incomparables costas y sus bellas montañas. Su deseo había sido, en el primer momento, visitar aquellos lugares que más hermosos recuerdos le traían, pero por alguna razón indefinible, fue incapaz de cumplirlo. Nada más fácil habría sido para él llegar a Palermo y visitar a sus padres -ignoraba si vivían o habían muerto- y demás parientes, o asomarse a las montañas de Taormina, donde llegara a conocer la verdadera felicidad, pero un temor desconocido le impidió realizar esa incursión al pasado, probablemente el miedo subconsciente a malograr -atado por los afectos o las responsabilidades de familia- la alta misión que habla venido a cumplir en el ciclo de su terrenal existencia. Debido a todo esto, permaneció poco tiempo en Messina y su próximo



Librodot

destino fue Nápoles.

¡Nápoles, la ciudad que canta!, la llamó un poeta.

Giuseppe Balsamo confirmó, con no poco deleite, que la ciudad del Vesubio era apasionada, que cantaba y danzaba sin cesar, indiferente a las coléricas exteriorizaciones del padre volcán. Mientras recorría sus calles, avenidas y plazas, buscando la ambientación, vio cantantes y danzantes de ambos sexos, vestidos de colores llamativos, portando guitarras y mandolinas. Presentaba la ciudad el sello múltiple de una variedad traída por los conquistadores que al conquistarla sucumbieron sin embargo al encanto de la ciudad, convirtiéndose en esclavos de ella. Normandos, príncipes de Anjou, teutones, españoles y franceses aportaron de ese modo sus propias y más exquisitas tendencias, formando en conjunto lo que ahora era Nápoles, la ciudad que canta con gracia su fascinante historia.

Nápoles, en suma, resultaba la ciudad ideal para empezar la gran actuación. El ambiente cortesano y aristocrático estaba integrado por familias de abolengo cuyos miembros más respetables se aferraban a los esplendores del pasado y los más jóvenes a las nuevas corrientes sociales que, sin ningún respeto por aquellos, adoptaban actitudes francamente reñidas con la más pura tradición. Balsamo descubrió que aquí, casi en el corazón de la civilización occidental, la influencia oriental era advertible. No solamente existía predilección por las telas -sedas, brocatos, satenes, etcétera-, tapices, alfombras, objetos de adorno, productos de la tierra y especias, de oriente sino que muchas de sus costumbres, llamadas paganas o bárbaras, se introducían en las regias mansiones y palacios, provocando en ellos verdaderas revoluciones. De un modo sutil pero intenso se iba imponiendo una mayor claridad y ligereza en el vestir y a la pesada vestimenta de épocas anteriores inmediatas sucedía otra de colorido, belleza y diafanidad, sencillamente subyugantes.

De la misma intensidad parecía ser el nuevo pensamiento impuesto en la orientación del arte, de la economía, de la ciencia y la cultura. Nuevas ideas reemplazaban a las antiguas y una nueva y fresca brisa aventaba las telarañas que durante siglos envolvieran y oscurecieran el entendimiento del hombre, impermeabilizándolo contra corrientes renovadoras. Ahora ya no se estimaba como herejía no sólo recibir esas frescas sugestiones sobre una manera más agradable de vivir, sino que la voluntaria y alegre eliminación de los tabúes permitía encontrar belleza, placer y aun conveniencias de todo tipo en la admisión de usos, costumbres y ritos estimados otrora como pecaminosos y nada recomendables. Para abreviar, aquí en Nápoles -y seguramente en Roma o en cualquier gran capital de Europa- estaba de moda buscar nuevos gustos y orientaciones en las influencias que llegaban de Oriente. La sola mención de que un hombre precedido de gran prestigio venía de esas fabulosas tierras bastaba para que en torno a él se arremolinara un elegante y sofisticado mundo, compuesto de damas y caballeros de la más rancia y rica estirpe, con el propósito de obtener nuevas formas de llegar al placer, a la riqueza y el poder.

Giuseppe Balsamo se encontraba en la alcoba de su alojamiento, en la más suntuosa y famosa posada de Nápoles, situada sobre su no menos renombrada costanera Caracciolo, contemplando el hermoso juego de luces y sombras que se agitaban en las quietas aguas de la bahía Mercellina, cuando se oyó un discreto llamado a la puerta. Lucas, el enigmático criado egipcio cuyo verdadero nombre, como sabemos, era Karturio, venía a informarle que una velada, perfumada y elegante dama quería verlo. En los tres años que Karturio se hallaba al servicio de Balsamo, el aspecto de aquél muy poco había cambiado. Seguía siendo el eficiente servidor de la mano hábil y el entendimiento alerta que, conociendo al dedillo sus tareas, no requería que se le exhortase en ninguna forma para el cumplimiento de ellas.

-¿Una dama? -repitió Balsamo, no poco intrigado-. ¿Ha dicho su nombre?

Le intrigaba porque sólo hacía dos días que había llegado y aún no había realizado ningún

intento por vincularse con el medio, aunque traía excelentes cartas de recomendación y de crédito de los mejores bancos de Estambul. En la posada se había registrado con él nombre de bey Atanor Rafka. La adopción de este nombre obedecía a un plan: llevar en Oriente títulos y nombres occidentales, y en Occidente títulos y nombres orientales. Nadie excepto el posadero conocía su nombre y su procedencia, ¿cómo, pues...? Pero resuelto a tener la respuesta por sí mismo, dio orden que introdujeran a la dama a su presencia.

La salita de recibo de que disponían sus habitaciones, daba, como la alcoba, frente a la hermosa bahía y desde su amplia ventana se podía contemplar el inigualable paisaje crepuscular y aspirar al mismo tiempo el tibio y perfumado aire mezcla de mar y de tierra florecida que llegaba hasta allí.

El ruido que oyó a sus espaldas le hizo volverse, pero lo hizo con la calma y dignidad de un verdadero Bey. Frunció el ceño. Tenía frente a sí a una dama de mediana estatura, pesadamente vestida de negro y con la cabeza cubierta por un velo del mismo color. Pero el despampanante despliegue de joyas en el cuello, las muñecas, los dedos y el pecho hacía ver que el color del luto había sido usado como un disfraz. A juzgar por la corpulencia y el uso desmedido de cierto perfume, se podía estimar que se trataba de una dama que se hallaba dentro del límite de los cuarenta. Sus movimientos pesados, aunque nerviosos, confirmaban esta impresión.

La recién llegada examinó al extranjero con mal disimulada detención y sin aceptar la invitación de asiento que él le hiciera. Transcurridos unos instantes de incómoda pausa, Balsamo se inclinó y sonriendo diplomáticamente intentó quebrar la tensión prevaleciente. Señaló que se sentía muy complacido de recibir la visita de una dama de calidad, pero su complacencia sería mayor si ella se dignaba decirle su nombre y el motivo de su visita.

-Mi nombre no hace al caso, señor -respondió la señora con tono de voz que denunciaba su edad, sus nervios y en parte la gravedad del asunto que la traía-. Respecto a lo otro... Bien, supongo que será mejor ir en derechas y echar por la calle de en medio. Os diré, por tanto, que sé quién sois, de dónde venís, cuáles son vuestras ocupaciones y títulos... Os diré más: tengo tal poder acumulado aquí en estas manos que, al menor ademán, os mandaría, por el resto de vuestra existencia, a pudriros en las mazmorras del viejo Castillo del Ovo... Escuchad, pues, con atención, la petición que voy a formularos ...

-Escuchoos, señora, bien que vuestro introito no es para tranquilizar a nadie, por más limpia que tenga la conciencia.

-Que la tengáis limpia o sucia es cuestión de escasa monta... por el momento -prosiguió la dama, con acento que denotaba su costumbre de mandar y ser obedecida-. Escuchad ahora... Necesito de una bebida, brebaje, tósigo o como lo llaméis vos, capaz de privar al mundo de la presencia de un ser esencia de belleza, juventud y señorío físico... El producto, indudablemente salido de vuestras retortas de mago, habrá de ser incoloro y sin sabor u olor alguno... De la cuestión del precio no habréis de tomar razón, pues por elevado que sea, os pagaré con religiosidad y largueza.

Giuseppe Balsamo, que acostumbrara a no sorprenderse ante las más insólitas demandas de sus consultantes, se quedó de una pieza y privado del habla miró con asombro y no poca aprensión a la opulenta y desconocida dama.

***Capítulo VI***

***AMOR A LA NAPOLITANA***

Largos instantes de tenso y aun ominoso silencio transcurrieron, durante los cuales la dama y el siciliano se midieron como dos colosos a punto de dirimir supremacías en la arena. Giuseppe Balsamo comprendió que el menor traspié sería causa de su perdición y, por el contrario, manteniéndose sereno y con la mente lúcida podría superar fácilmente el difícil momento, en el que se estaba jugando acaso el brillante porvenir que le esperaba.

Pero esos instantes bastaron. Para que Balsamo, en un velocísimo juego mental, consiguiera develar la incógnita y descubrir no sólo quién era aquella misteriosa dama, sino los motivos de su presencia allí, ¡y todo eso sin hacer la menor pregunta y sin valerse de sus naturales dotes de vidente!

Y cuando Giuseppe Balsamo se echó a reír, de buena gana, con cierto desplante, y aun desdén manifiesto, la dama se volvió a él y a través del velo le lanzó una furibunda mirada, su expresión a no dudar debía ser de gran indignación y no poco asombro.

-¡Oh, perdonad, señora marquesa!... -continuó Balsamo, sin dejar de reír-. Pero, ciertamente, la situación me causa gracia...

-¡Caballero!...

El asombro se había convertido en confusión y aun sobresalto, por lo cual Balsamo infirió que había dado en el blanco. La opulenta dama debió apoyarse en el espaldar de un próximo sillón para mantener su dignidad. Las miradas, sin embargo, seguían lanzando chispas a través del velo.

-Os ruego que perdonéis este ex abrupto, señora marquesa de Vanucci -repitió Balsamo, inclinándose cortésmente-. Pero no pude evitar el poner en juego una de mis cualidades de mago, como lo llamáis con tanta gentileza... ¿Cómo no se os ocurrió que pondría en acción mis sobrenaturales poderes para descubrir vuestra misteriosa identidad y los fines que perseguís?

-¡Oh¡... ¡Oh!... -boqueó la dama, mirando con franco espanto al hombre que parecía estarse burlando de ella y de sus amenazas.

Sin embargo, repetimos, la cuestión se había resuelto sin necesidad de apelar a ningún truco. Mediante simple aunque rápido análisis basado en la historia presente del reino de Nápoles, o de las dos Sicilias, como se lo llamaba también, había podido llegar a una sorprendente y certera conclusión.

Antes de decidir su traslado a la ciudad junto al Vesubio, Balsamo había estudiado las condiciones imperantes allí, tanto en lo político como en lo económico. De esa manera se enteró que en el reino imperaba un período de desenfreno y aun libertinaje cortesano que obligaba a recordar las galantes épocas del imperio romano. El rey de Nápoles, don Fernando IV, un hombre joven aún, se caracterizaba por su falta de carácter y de iniciativa, por su inclinación a la molicie y a la vida placentera. Su real consorte, la reina Carolina de Austria, era quien, en verdad, tenía las riendas del reino en sus manos, pero siendo a su vez una mujer ambiciosa, sensual, sin escrúpulos, extremadamente pasional, apenas se ocupaba de la cuestión política o de las responsabilidades del reino, dejando tales problemas en las manos ya no tan finas del Primer Ministro, el marqués de Vanucci, que ejerciera el mismo alto cargo durante el reinado de Carlos VII, el padre de don Fernando, que ahora reinaba en España con el nombre de Carlos III.

Sólo una persona en todo el reino podía tener conocimiento y cierto control sobre los nombres y los títulos de quienes entraban o salían de Nápoles, gracias a los servicios de una eficiente policía, y esa persona era el marqués Vanucci. ¿Era de sorprender que su esposa participara de ese conocimiento? De ninguna manera, mucho más cuando se afirmaba que la señora marquesa centralizaba en los ricos y brillantes salones de su palacio la actividad cortesana. En otras palabras, esos salones constituían el epicentro de todas las intrigas sociales, políticas, diplomáticas y de alcoba que se desenvolvían en el Reino de las dos Sicilias.

Visto ahora el otro aspecto de la cuestión, o sea, el interés en "privar al mundo de la presencia de un ser esencia de belleza, juventud y señorío físico..." que tenía la marquesa, no podía tratarse de otro que del favorito de la reina Carolina, Acton, el aventurero irlandés, un marino que prestara servicios en la marina de Francia, en Toscania, y que se distinguiera en una expedición contra los piratas de Barbaria. Acton, en la actualidad, no sólo era el amante oficial de Carolina, sino el jefe de la flota napolitana y se rumoreaba que pronto sería ascendido a la condición de ministro de Guerra y de Asuntos Extranjeros... Lo cual sólo quería significar una cosa: que la permanencia del primer ministro Vanucci en el cargo era sólo cuestión de días, quizá de horas.

-¡Oh!... ¡Oh!... -gimió la marquesa, buscando dónde dejarse caer-. ¡Oh!... -concluyó, desinflándose-. Tenéis razón... Debí suponerlo__ ¡Tenéis pacto con el diablo!

-No, señora marquesa, en el sentido que lo imagináis, mas puedo valerme a veces de su ayuda.

-¡Pero ni con ayuda del diablo conseguiréis escapar del castillo del Ovo, os lo puedo asegurar! -exclamó de pronto la marquesa, volviendo a ponerse de pie con fiereza-. ¡Ahora sois poseedor de un secreto de Estado y no podéis quedar libre!

-Reflexionad, os lo ruego, señora marquesa... ¿creéis, en verdad, que hayan muros capaces de encerrar un cuerpo volátil?

-¿Vos, un cuerpo volátil?... ¡Oh, lleváis demasiado lejos vuestra magia, señor!... No puede existir un cuerpo volátil, a menos... a menos que seáis un... ¡un fantasma!

-¿Y quién no os lo dice que lo sea?... -Balsamo sonrió, divertido ante la idea que se le acababa de ocurrir-. Decidme, ¿cuántas personas habernos en esta habitación?

-¿Cuántas?... -inquirió la dama, luego de mirar en torno de ella-. ¡Vaya pregunta!... Dos.

-¿Veis cómo os equivocáis?... En ese asiento que acabáis de dejar se halla sentado mi amigo y servidor, Apolloni, y vos no lo veis. ¿Por qué?... ¡Porque posee un cuerpo volátil, gaseoso, traslúcido!... ¿Verdad, Apolloni?

-Verdad tan absoluta como el Evangelio -respondió la voz desde el sillón.

La marquesa se apartó de aquel mueble expresando genuino asombro con mezcla de temor. Sin dejar de sonreír, Balsamo se inclinó un tanto, en la actitud de quien conversa con alguien que se halla sentado.

-Dime, ahora, bellaco, ¿conoces a la dama aquí presente?

-Por supuesto... Es la excelentísima señora, la marquesa...

-Alto, no digas nombres, pues las paredes suelen tener oídos. ¿Puedes decir a qué ha venido?... Sí, lo sabes, puesto que has estado escuchando. Mas dime, puesto que hasta las cosas más ocultas trascienden para ti, ¿conoces el nombre de la persona que debe abandonar el mundo?... Dilo despacio.



Librodot

-¡No, no, no! -prorrumpió la marquesa, histéricamente-. Hacedlo callar!... ¡Y decidle que se vaya!... El sólo pensar que hay aquí alguien a quien no puedo ver me enferma... ¡Hacedlo salir, os digo!

Balsamo dio la orden en cuestión al hipotético Apolloni, producto de su excelente ventriloquia, mientras con gestos y miradas procuraba tranquilizar a la marquesa. Finalmente, luego de cerrar la puerta, se volvió a su visitante y ya seguro de tenerla a su merced le habló en términos que denotaban haber descubierto la identidad de Acton, el amante de la reina Carolina. A su juicio, sin embargo, aclaró, el drástico expediente de la eliminación por veneno no daría resultado alguno. Aun suponiendo que el golpe surtiera efecto, S. M. no dejaría de adivinar de dónde había provenido el mismo y en consecuencia se tomaría cumplida venganza de sus autores.

-¡Pero ese infame debe ser eliminado! -prorrumpió la marquesa, con su acostumbrada vehemencia-. ¡Lo exigen el prestigio y la tranquilidad del reino!

Sabiduría era extraer beneficio de una situación desesperada, respondió el magista. Nada se conseguiría con eliminar a un hombre que estaba llamado a ocupar un gran papel en el futuro del reino de las dos Sicilias. Incluso si se lograra eso, otro favorito ocuparía su lugar; no, lo aconsejable y prudente era convertir al irlandés en eficiente aliado y sacar todo el beneficio posible de su cooperación. El irlandés pronto sería ministro, luego primer ministro... Eso resultaba innegable; no se podía ir contra la abrumadora corriente del destino...

-¡Habláis de un imposible! -retrucó la marquesa-. ¡Ese infame no se rinde a la lisonja, ni al dinero!...

-Tal vez... pero olvidáis mencionar algo: la belleza. El aventurero es pasional, sensual, corrupto, perverso... La mujer que reúna las condiciones de belleza, pasión, sensualidad y perversión, será su dueña... Como lo es, en cierto modo, Carolina, que es sensual y perversa en extremo, pero que carece de los dones de una perfecta belleza. Eso la convierte en una mujer vulnerable...

-¿Dónde encontrar una mujer de esas condiciones? -gimió la marquesa, desalentada-. Y si la hubiera, ¿no sería someterse a los caprichos y las exigencias de un cómplice?

-Señora, quitaos esos pesados velos y ropajes y os mostraré a la mujer ideal -respondió Balsamo, inclinándose.

El estupor más grande impidió que la marquesa Vanuccl respondiera, y cuando por fin encontró su voz e iba a replicar con dureza, el joven mago le impidió hacerlo, diciéndole que no se asombrara si expresaba aquello tan suelto de cuerpo. Pero él como ya lo había podido probar Su Señoría, poseía en verdad dones sencillamente maravillosos y así como podía hacer volátil e invisible un cuerpo, podía también rejuvenecerlo o hacerlo envejecer a voluntad...

-¡Rejuvenecerlo!... -La marquesa apenas podía dar crédito a sus oídos-. ¡Poseéis el elixir de la juventud!

-En efecto, marquesa -respondió Balsamo, inclinándose-, lo poseo y, en verdad os digo, no lo considero el mayor tesoro de que puedo disponer... -Y sin hacer caso de las cada vez más agudas exclamaciones de la marquesa, agregó-: poseo el conocimiento de las ciencias del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del poder y la esclavitud, del triunfo y la derrota, de la gloria y el fracaso... ¡Pedidme lo que sea y os lo daré!

-i¡Oh!... ¡Oh!... -era lo único que atinaba a decir la marquesa.

Tarea no fácil había sido doblegar aquella omnímoda voluntad. Pero allí estaba la autócrata, rendida, vencida, sollozante, pronta a caer de rodillas delante de él. El falso bey Atanor Rafka

se estiró, complacido. Nada hay más satisfactorio que humillar a la prepotencia.

-¿Aún pensáis que podéis encerrarme en una prisión? -preguntó en pausado y bajo tono. La marquesa movió la cabeza doblada sobre el pecho. Su sumisión era completa-. Entonces os ayudaré -siguió diciendo Balsamo-. No sé porqué lo hago... Soy inmensamente rico, tengo mayor poder acumulado en una mano que el que puedan ostentar juntos los monarcas más poderosos de la tierra... i qué podéis darme u ofrecerse que no posea ya?

-Obrad ese milagro y... seré vuestra esclava -murmuró la marquesa, en un hilo de voz.

-Puedo convertir en mis esclavas a las reinas y emperatrices más hermosas de la tierra.

-Pedidme lo que sea.,. Mi cuerpo, mi sangre, mi alma... La vida y la vida de los que más amo en el mundo... Eso y más os daré, ¡pero haced ese milagro! -Al decir esto, impetuosamente, la marquesa se quitó el tocado y el velo y dejó ver una hermosa cabeza rubia, un rostro ovalado y bien conservado, aunque pálido, unos ojos azules, grandes, expresivos, cargados de lágrimas.

La marquesa no debía tener más de treinta y cinco años e indudablemente había sido muy hermosa -continuaba siéndolo-, a pesar de su actual exuberancia física, consecuencia sin duda de una vida de comodidades y placeres. Pero lo sorprendente no era eso, sino el modo resuelto con que ella pedía la realización de lo que debía considerar un verdadero milagro. Cabía suponer que no sólo obraba impulsada por razones políticas.

-Habéis dicho que seríais mi esclava, demostradlo... Os di una orden; cumplidla.

No hubo duda ni vacilación. Puesta de pie, la marquesa arrojó lejos de sí el tocado con el velo, luego, con ademanes resueltos aunque nerviosos, procedió a desprenderse la blusa, la pollera, prendas que fueron a caer una encima de otra. Al llegar a este punto, sin embargo, se detuvo y miró al mago. Este seguía impasible. En consecuencia, volaron también el justillo, las enaguas, el corpiño y las bragas... ¡y una magnífica estatua de carne surgió como un prodigio de aquel mar de sombras tenues!

Giuseppe Balsamo no se movió. A su vez parecía una estatua de mármol, silenciosa, contemplativa. Sin embargo, la tenue sonrisa que jugueteaba en su rostro parecía denotar la naturaleza de sus pensamientos. Un gesto, un simple ademán, y aquella soberbia mujer... Pero no era *eso* lo que el magista buscaba.

-Os habéis desnudado mostrando cuáles son vuestras condiciones físicas, bien... Ahora desnudad vuestra mente y decidme la verdad de vuestros propósitos, marquesa. ¡Ah!, pero no olvidéis que puedo leer vuestra mente como un libro abierto...

La marquesa Vanucci empezó a hablar, mientras procedía a vestirse de nuevo. Reconoció que una gran diferencia de edad hacía que su matrimonio con el antiguo primer ministro sólo fuese simbólico. Era joven aún y había sido muy atractiva, pero el alto cargo que ejercía su esposo había hecho imposible el acercamiento de un galán. Nápoles, por cierto, no era un lugar apropiado para conservar la virtud mucho tiempo, pero la vigilancia a la que estaba sometida y el riesgo de prisión y aun de muerte que podía correr cualquier pretendiente los alejaba. Así transcurrieron los años más hermosos de su vida, sin que pudiera satisfacer esa ansiedad de amor que la consumía... hasta que en el sombrío horizonte de su vida asomó el sol. Ese prodigio tenía un nombre, una fama... Ella hizo lo imposible para que el aventurero extranjero tuviese un destino y un porvenir halagüeños, pero cuando lo hubo logrado, el ingrato se prendó de otra mujer, de alguien que tenía una corona en la cabeza. No era posible dudar de que la más cruda ambición había dictado su conducta, pero también debía reconocer que Mr. Acton no había estimado como apetecibles los encantos de una matrona que, por otra parte, era celosamente custodiada. Por eso ella lo había condenado y por eso, desde hacía

algún tiempo, esperaba que llegase la oportunidad de hacerle pagar bien caro aquel desaire...

-¡Y ahora vos venís a ofrecerme el maravilloso presente de la lozanía y la juventud! -exclamó la marquesa, que en tanto hablara había terminado de vestirse, acercándose suplicante al joven mago-. ¡El cielo os bendiga por ello, aunque la vuestra sólo sea una mentira piadosa!... ¡Pero si lo lográis!...

-Lo lograréis si seguís mis instrucciones al pie de la letra, marquesa... Escuchad...

La marquesa escuchó pasmada. Las recomendaciones eran simples, sencillas de cumplir. Partir en tres partes iguales aquellos blancos polvos, disolverlos en una copita de vino generoso que habría de beber a la mañana, durante tres días, permaneciendo en cama todo el tiempo y sin probar bocado o bebida alguna en ese lapso...

-¿Y eso es todo? -preguntó la marquesa, contemplando fascinada aquellos polvos.

-El resto correrá por vuestra cuenta... Si sois astuta como la serpiente y mansa como la paloma, sabréis hallar la felicidad y una vez descubiertos vuestros encantos, el hombre a quien deseáis la muerte por amarlo tanto no se separará de vuestro lado...

-¡El precio! -gimió ella, crispando sus manos sobre el pequeño frasquito-. ¡Decidme ahora vuestro precio!

-Id en paz, pues no me debéis nada...

Aquello, por lo insólito, resultaba aplastante y en su expresión la marquesa demostró su incredulidad, su asombro. De pronto estiró los brazos y tomando a Giuseppe entre ellos estampó un ardiente beso en sus labios.

-De todos modos os lo pagaré... -murmuró-. Si todo esto no es un sueño, os pagaré con el más alto precio que puede pagar una mujer__ ¡pero si me engañáis!...

-Id en paz... ¡y no olvidéis hacerme conocer los resultados!

Instantes después en el oscurecido aposento no quedaba sino una delicada fragancia como testimonio de la extraña escena que tuviera lugar allí. Sentado en el sillón, Giuseppe Balsamo sonreía complacidamente. Por cierto, las circunstancias de su introducción en el corrompido mundo cortesano de Europa no podían ser más promisorias. Ahora ya no cabía duda de que podría realizar su misión...

Sólo que él no tenía aún la menor idea acerca de tal misión.

* * *

Transcurrieron algunos días. Durante ellos, Giuseppe Balsamo continuó con el mismo género de vida que llevara hasta entonces. Vestido con lujo y riqueza verdaderamente orientales y seguido de su sombra, fue visitando los lugares más notables de Nápoles, sus monumentos, sus museos, sus paseos, especialmente los de la parte alta de la ciudad, desde donde se tenía una magnífica e indescriptible vista del golfo y los alrededores de Nápoles. Su exótica vestimenta -a decir verdad no lo era tanto, pues llevaba un traje occidental, si bien la nota saliente lo constituían los riquísimos bordados en oro y piedras preciosas y aquel turbante con una gran esmeralda engarzada en una araña de oro en la parte delantera- se hizo familiar en los sitios más dispendiosos. Finalmente, sus principescas dádivas y una aureola de misterio con el que deliberadamente rodeó su presencia, hicieron el resto.

Pero nuestro amigo no se precipitaba. Había sido tirada la red. Ahora sólo era cuestión de esperar. Estaba cierto de que en la redada recogería peces de toda clase, desde los más gordos y grandes hasta otros insignificantes. Por supuesto, haría presa de los primeros solamente. Eran los que le proporcionaban mayores beneficios. Su corrupción los hacía proclives a buscar en las ciencias ocultas el remedio a sus excesos.

Unos diez días después de la entrevista con la marquesa de Vanucci, recibió una perfumada esquela, la cual venía sin firma y con una sola frase en ella. "Soy inmensamente feliz". Balsamo lanzó un suspiro de alivio. Aquello quería decir que todo había salido bien... No era que él dudase del milagroso efecto de la piedra filosofal -la había usado una sola vez, en Estambul, con un efecto maravilloso-, sino del resultado del encuentro de la marquesa y el favorito. Pero ya no cabía duda de que todo marchaba bien.

Confirmando esta primera impresión, pocos días después el presunto mago oriental recibió otra esquela. La misma era una invitación para un baile de máscaras que tendría lugar en el palacio de los marqueses Vanucci, situado en las inmediaciones del palacio real y en la parte más notable de la ciudad.

Como aún disponía de tiempo, Balsamo decidió alquilar una residencia digna de su rango y riqueza. Encontró una de acuerdo a sus deseos en la colina de Vómero y allí se instaló sin pérdida de tiempo. Ya no le resultaba difícil vaticinar que sobrevendrían días muy agitados y activos en la realización de experiencias ocultistas.

La nueva condición demandó la contratación de los servicios de personal especializado. Durante sus excursiones por los figones y tabernas del puerto y de la parte baja de la ciudad -cosa que hacía de incógnito- descubrió a un individuo joven, de aspecto intelectual, sentado junto a una mesa vacía y doblado sobre unas cuartillas de papel, sobre las que escribía afanosamente. Tanto, en efecto, que no parecía molestarle o turbarle la temulenta algarabía que lo rodeaba. Acercándose a él descubrió que escribía ¡versos! El pobre sujeto no solamente mostraba un aspecto exterior lamentable, sino que su escualidez denunciaba que su alimentación estaba muy por debajo del mínimo permitible para no morirse de hambre. Resultó llamarse Paolo Racine y como un verdadero náufrago se agarró de la mano que el extranjero le ofrecía. Con el tiempo habría de probar Giuseppe Balsamo que la gratitud, cuando enraiza en un alma elevada, es una verdadera virtud.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al esmirriado joven cuando Balsamo le dijo:

-Desde hoy entrarás a mi servicio como secretario y yo proveeré a todas tus necesidades... Podrás dedicarte a tu pasión de hacer versos en todo momento en que te veas libre de obligaciones, mas te advierto que éstas serán muchas... Te llamaré Apolloni.

Aquel mismo día encontró a otro sujeto, un joven rústico, de robusto aspecto, al cual molían a palos tres individuos de mala catadura. Lo notable en él era que no profería una sola queja y que se limitaba, cuando se le presentaba la coyuntura, a devolver alguno de los golpes. Y cuando lo hacía, uno de sus atacantes medía el suelo con su figura, invariablemente. Finalmente, los atacantes pusieron pies en polvorosa al ver acercarse a Balsamo y a Lucas con ánimo resuelto.

Este joven rústico dijo llamarse Bartoli y no saber porqué lo habían atacado aquellos pelandrunes, si bien suponía que por haberse negado a participar en una fechoría. Se ganaba la vida cargando y descargando en el puerto. Era natural de Calabria y como Paolo, tampoco tenía familia.

-Tú serás mi lacayo -le dijo el extranjera-; en estos tiempos es difícil hallar un hombre honrado, fuerte y valiente.

Una principesca villa no hubiera estado completa en su servicio de no contar con un buen cocinero, un cochero y un palafrenero. Encontrar al primero no resultó cosa fácil, pero de tanto frecuentar mesones y posadas donde diariamente se daba cita la *élite* gastronómica de Nápoles, atraída por la fama de sus especialidades, encontró a un hombre maduro, retacón y un tanto obeso, en acalorada discusión con un colega. Se trataba de saber cuál era la mejor manera de preparar una receta culinaria de origen francés dejada en herencia por el famoso *gourmet,* el príncipe de Anjou. La promesa de un sueldo magnífico y la disminución del trabajo a menos de la mitad, decidieron al *chef,* que resultó llamarse Luigi. Finalmente, un hombre de unos cuarenta años, de aspecto robusto y sufrido y de hábil mano para la conducción de carruajes, se hizo cargo de la función de cochero. Jacobo, que así se llamaba, habría de resultar con el tiempo un hombre insustituible en su función. Finalmente, Pascuale, un amigo de Bartoli, el flamante lacayo, completó la lista de criados con la designación de palafrenero.

Al frente de este eficiente plantel, como es de suponer, se hallaba el competente y enigmático criado egipcio, Karturio, al cual su amo le impusiera el nombre convencional de Lucas. El antiguo iniciado seguía siendo el factótum ideal y realizaba tareas de absoluta confianza, tales como las que habría dispensado un ayuda de cámara, aunque hubiera sido mejor decir de él que era un eficiente mayordomo. Otros empleos de menor importancia, como lavandera, jardinero, ayudantes de cocina y peones de establo, se cubrieron también con gentes del lugar.

De este modo la Villa del Príncipe, como empezó a conocérsela, estuvo en pocos días en condiciones de ofrecer recepciones de gran magnitud. Pero Giuseppe Balsamo no se precipitó. Primero debía montar una *mise en scene* adecuada a sus propósitos. El gran salón de recepciones estuvo rodeado de unas salas íntimas, de una biblioteca-estudio, del gran comedor, todo esto en la planta baja. En el piso superior, sobre el ala derecha, reservó sus habitaciones particulares. Cerrando éstas y con un solo conducto para entrada y salida por la alcoba, instaló su laboratorio, el cual contaba con todo lo necesario para las tareas de alquimia. Un aposento contiguo a éste fue destinado a despacho íntimo, donde el joven magista se entregaba a repasar o incrementar sus estudios esotéricos. Por último, luego de atravesar una entrada secreta, cubierta por un magnífico tapiz de oriente, se llegaba al corazón de la villa, o sea, el *santo sanctorum* magista, el recóndito templete donde Balsamo cumplía extraños ritos.

-Y bien -dijo el satisfecho y joven mago, dando su aprobación a la pesada tarea de organización y amueblamiento cumplida por el eficiente e incansable Lucas, única persona autorizada a llegar a este sector privado-, henos aquí ya listos y preparados para la gran recepción del licencioso y crédulo mundo occidental... ¡Henos aquí prontos a realizar la grande y desconocida misión para la cual hemos venido al mundo! -Hizo una pausa, mientras miraba a Lucas de reojo-. A propósito de ella, Lucas, ¿tienes alguna idea de lo que es?

-El sol brilla en el desierto aun cuando sople el simún y una pesada mortaja de arenas cubra el firmamento -respondió enigmáticamente el egipcio.

-¡Ah!, quieres decir que no importa lo que haya de suceder, la verdad estará por encima de las pasiones humanas, ¿eh?... Me pregunto si, después de todo, no eres un hijo de la Esfinge.

-Sabio es el hombre que reconoce ser hijo de la piedra luego de reconocer en ella a la madre del universo y de todo lo creado.

Diciendo esto, Lucas se inclinó y abandonó el *santo sanctorum* dejando a su amo más intrigado que antes.

* * *

Los amplios y suntuosos salones del palacio Vanuccl hervían de un heterogéneo y bullicioso gentío. Los murmullos, las conversaciones en voz baja, los altibajos de la risa, esa vía de natural desahogo emocional, todo ello mezclado con los sones armoniosos de una orquesta de cien profesores, componían el fondo sinfónico adecuado que daba fisonomía peculiar a la fiesta de máscaras. Damas y caballeros usando los más elegantes aunque extraños atuendos, cubiertos de joyas, de galas y perfumes, iban de un lado a otro repartiendo sus gracias físicas a la ávida contemplación de los hipersensuales o los dones de su gracia e ingenio a los hipersensibles.

Confundido con esa bien dispuesta multitud iba Giuseppe Balsamo. Llevaba su vestimenta habitual, es decir, turbante, casaca ricamente adornada, espléndido jubón y pantalón ajustado que remataba con una delicada cinta de color en las rodillas, calzas de seda y zapatos con hebillas de oro engarzado en piedras. Pero su atuendo diario podía confundirse con un disfraz debido al turbante y al antifaz de seda que cubríale la mitad del rostro.

Hasta entonces -era el filo de la media noche-, el siciliano había ido de un lado a otro sin poder reconocer a nadie en ese mundo frívolo y sofisticado. No obstante, confiaba en que de un modo u otro, pronto tendría ocasión de ver a la marquesa Vanucci y entonces el panorama se aclararía.

Cual no sería, pues, su sorpresa, cuando de pronto un desconocido caballero, disfrazado de gondolero, se plantó delante de él y lo saludó, diciéndole: con voz estentórea y de acento jocoso:

-¡Honor a ti, oh, hijo de las costas sulfurosas del Bosforo!... ¡Salve, maestro de las tretas y los sortilegios, emir de los taumaturgos!

-Honor a ti, hijo de Neptuno -respondió Balsamo, reprimiendo una sonrisa e inclinándose-. ¿Eres el zahori de los canales o tu ciencia de la adivinación es terrena y casual?... Hete aquí que sabes quién soy en tanto que yo, presunto vidente, ignoro de qué fosa marina provienes...

El personaje en cuestión se echó a reír y denotando estar bastante bebido y alegre, declaró que una dama, "cuyo nombre no quiero siquiera insinuar" le había advertido de su presencia.

-Cuando supe lo que habías hecho con ella, creedme, os admiré hasta el infinito -dijo el gondolero, ahora en bajo tono-. ¡Por cierto, el hombre capaz de dominar y sugestionar a una mujer en pocos minutos y en una sola entrevista, hasta el punto de lograr que ella renuncie a las más mínimas exigencias del pudor, sólo puede ganarse la admiración y la emocionada gratitud de hombres que han hecho un arte de la seducción!... Decidme, ¿qué técnica empleáis? Pero no importa si no queréis hablar... ¡Giácomo Casanova no os abandonará por el resto de la noche a menos de saberlo!

Giácomo Casanova, el genial galanteador, el hombre de quien se decía que conocía íntimamente la corte femenina del reino de Nápoles, hasta el punto de merecer el apodo de "ginecólogo real"... Hombre joven, de espíritu ligero y bromista, poseedor de un raro ingenio, resultó un oportuno y experto cicerone en la introducción de aquel sofisticado, galante e intrigante mundo. Gracias a él pudo conocer Balsamo a la mayoría de las personalidades allí reunidas, damas y caballeros que se encubrían el rostro para ocultar emociones y pasiones de todos conocidas, hasta que, al llegar las doce, con un inmenso suspiro de alivio, los antifaces dejaron de encubrir las apariencias.

-¡Oh, señora marquesa! ,

Ciertamente, Balsamo tenía razones para estar verdaderamente sorprendido. Aunque conocía de sobra los maravillosos efectos de la piedra filosofal, en esta ocasión los resultados



Librodot

superaban todos los cálculos. ¡La marquesa Vanucci había rejuvenecido por lo menos quince años y se mostraba como una esbelta y delicada joven de veinte abriles en cuyos ojos, sin embargo, había un fuego pasional apenas velado que instaba a caer de rodillas frente a ella!

-¿Veis ahora por qué os admiro tanto? -le dijo Casanova a su nuevo amigo, junto al oído.

Balsamo no tuvo tiempo de contestar. La marquesa, luego de envolverlo con una lánguida y sugestiva mirada, de darle a besar su delicada y perfumada mano, sonriente salió al encuentro de un nuevo personaje. Este era alto, rubio, de cuerpo atlético, de rostro afeitado de hermosas aunque endurecidas facciones. Acton -no era necesario ninguna aclaración de Casanova-, el favorito de la reina Carolina, denotaba en el brillo y el fulgor de su mirada la pasión que lo consumía por su nueva amante y apenas reparó en la presencia del extranjero. El nuevo ministro de Guerra y Asuntos Extranjeros y la esposa del primer ministro desaparecieron luego envueltos en la farándula obsecuente de cortesanos de ambos sexos... Se había consumado la conjunción ideal de pasiones mundanas.

Balsamo siguió esperando; no sabía qué. Su instinto o acaso sea mejor decir su impulso, le instaba a quedarse y esperar. ¿Llegaría un momento en que la marquesa se encontraría sola y se mostraría agradecida con él y cumpliría con su promesa de *pagar* la sagrada deuda contraída?... ¿Era más probable esperar consecuencias imprevistas del favor dispensado a la marquesa? Pronto habría de saberlo.

-...existe una gran similitud en el amor y en la política -decía en aquel momento el gondolero, que había vuelto a cubrirse el rostro con el antifaz-. Para lograr ventajas es preciso hacer concesiones. Tanto un hombre como una mujer hábiles en política pueden ser muy generosos en el amor. Por supuesto, cuando los hombres especulan políticamente hablan del amor y a la inversa, las mujeres interesadas amorosamente hablan de política. Pero ni a unos ni a otras se les puede exigir fidelidad. La fidelidad en política y en amor es una cosa contra natura. Por eso en España y en Italia, donde se pretende ser fieles por miedo al infierno y por los sentimientos religiosos que encarnaron con nosotros, abundan los pervertidos y los réprobos. Hace poco conocí íntimamente a una mujer que era infiel a su marido desde hacía diez años y que en cada temporada conocía un nuevo amante. Su religiosidad le obligó a confesar sus culpas y por ese medio se enteró el marido de lo que le sucedía. Pero él no ignoraba que su mujer le era habitualmente infiel; la había perdonado mientras la cuestión se mantenía en estricta reserva. La confesión, sin embargo, la hacía pública y lo dejaba en ridículo. Optó, pues, por divorciarse sin otorgar el beneficio de ninguna pensión... ¿Veis a dónde quiero llegar? *Mme. la marquise* y su rendido y galante amigo forman hoy una dignísima pareja... Eso lo sabe todo el mundo y en él incluyo al marqués. Pero mientras la cosa no sea pública, conservará la dignidad de su nombre, de su título y de su cargo... No, no hablo por despecho, creedme. Fui uno de los que cometió el craso error de no reparar en ella cuando era una mujer honesta; tratar de repararlo ahora sería convertirse en su esclavo y eso... ¡jamás lo hará un Don Juan!

-*Signore* Casanova, ¿dónde vamos? -preguntó Balsamo, deteniéndose sorprendido.

Mientras Casanova hablaba habían venido caminando y de ese modo dejaron el salón principal, tomaron por un espacioso corredor, emergieron a un patio, siguieron por otro pasaje y en tanto el ruido y la agitación se quedaban atrás confundidos con la noche, salieron a un más extenso patio donde se veían estacionados numerosos carruajes de gran porte y lujo, los que parecían estar esperando a sus dueños. A la sazón, el fortuito amigo de Balsamo se había detenido junto a uno de esos carruajes, cuyos blasones, sin embargo, era imposible distinguir en medio de la penumbra reinante.

-¡Excusadme, oh, príncipe de Otomania!... Olvidé decíroslo. Alguien desea veros... Sí, ya lo sé, estáis en una fiesta y os debéis a vuestra anfitriona, pero la orden que tengo de llevaros no

admite réplica, ¿comprendéis? Hacedme la merced de subir y ambos evitaremos la contingencia de ir a dar con nuestros huesos en las negras celdas del castillo del Ovo...

Sí, Balsamo comprendió. Alguien de más poder y autoridad que la marquesa de Vanucci -lo cual significaba mucho- lo "invitaba" a acudir a su presencia. Cabía suponer quien era... Sí, magnífico, pensó nuestro amigo. Las cosas no podían salir mejor.

-Es curioso -comentó en tono risueño-. Es la segunda vez que me mencionan ese famoso castillo...

-Cuidad, por vuestra salud, que no haya una tercera -replicó Casanova, riendo, en tanto se acomodaban en el carruaje.

* * *

Desde aquella suntuosa cámara pudo percibir Giuseppe Balsamo el característico ruido que hace el cristal al partirse en mil pedazos, al que siguió una retahila de palabras de difícil reproducción.

-¡Ah, el indino!... ¡El muy canalla e infame!... ¡Oh!... ¡Le haré... le haré cortar... en pedazos!... ¡Haré que lo empalen, como a buen súcubo que es!... ¡Id, id y traedlo!... ¡Arrancadlo si es preciso del lujurioso abrazo de esa... hetaira!... ¿Habéis oído?... ¿Qué esperáis entonces? ¡Id!... ¡Corred!... i

Y un nuevo espejo, o jarrón, o florero que se hacía astillas contra el muro.

Un muy mal momento para hacer una visita, pensó Balsamo, nada tranquilo. De buena gana hubiera retrocedido y huido, pero era ya demasiado tarde. Se encontraba en la antecámara de Su Majestad, la reina Carolina. Hasta allí había sido conducido por el sinuoso Casanovas sin que él prestara mucha atención al hecho de que, a medida que se introducían en los corredores y salones del palacio real, las puertas se cerraban detrás de ellos y silenciosos centinelas iban a custodiarlas. Así habían llegado hasta dicha antecámara, donde esperaba la condesa de Rivoira, la azafata real. La condesa mostraba huellas de llanto en los ojos. S.M. estaba de pésimo humor, informó. Ocurría siempre así cuando no tenía a su favorito junto a ella. Luego la condesa y Casanova pasaron a la alcoba real, donde tuvo lugar aquella histérica escena.

Iba a poner en práctica la idea de escabullirse, a pesar de los riesgos que el hecho suponía, cuando reapareció la condesa y lo invitó a pasar a la cámara de la reina. No había modo de excusarse, por lo cual Balsamo pasó a una alcoba verdaderamente real por su lujo y ostentación. El aposento estaba cubierto de cortinados de brocato y había en los muros tapices del más rico colorido. El lecho era sencillamente despampanante y de su dosel colgaban cortinados de gasa de seda. Ni en Esmirna había visto él alfombra más hermosa y gruesa. En las paredes, alternando con los tapices, era posible distinguir varios cuadros de escenas griegas en las que Pan era el amo y señor de bellísimas ninfas que no tenían a menos exhibir sus sonrosadas y redondas gracias para merecer ser elegidas por el dios de la Fecundación.

Pues, bien, la reina Carolina estaba allí, cubierta por un transparente peinador y sin parar mientes en que su agitado ejercicio dejaba muchos de sus encantos a la vista, iba de un lado a otro, como una furiosa y enjaulada leona. El símil resultaba perfecto. La reina Carolina, cuando se enfadaba, se convertía en una verdadera fiera. Su dorada cabellera refulgía lo mismo que sus ojos claros; su encendido rostro adquiría la fiereza de una reina de la selva. De rato en rato lanzaba un zarpazo y un objeto iba a estrellarse ruidosamente contra el muro. O emitía rugidos encolerizados que hacían erizar los pelos.

-Majestad...

No obstante su poder y dominio de sí, el siciliano se mantuvo de pie, inmóvil, la cabeza gacha, esperando con humildad que S.M. diera término a su iracundo paseo y se dignara reparar en su presencia. Pero lamentó haberlo esperado, porque. cuando ello ocurrió, creyó que había llegado al final de su breve carrera como taumaturgo y que pasaría el resto de sus días encerrado en el tristemente famoso castillo del Ovo. Porque la esposa de Fernando VI descargó toda su cólera contra él. Empezó por llamarlo brujo y concluyó diciendo que era un vulgar proxeneta, puesto que había contribuido con sus magias y menjunjes a que una andada ramera le arrebatara a ella, la reina de Nápoles por la gracia de Dios, a su más preciado bien.

-¡Y ahora os digo, turco de pacotilla, que haréis bien en deshacer el entuerto que habéis causado! -prorrumpió finalmente, blandiendo el puño tembloroso en las narices de Giuseppe-. ¡Os doy veinticuatro horas para realizar el milagro!... ¿Entendéis?... ¡Veinticuatro horas!... ¡O iréis a parar a...!

Se interrumpió para cubrirse un seno que travieso escapara de su celda de gasa aprovechando la agitación reinante. Balsamo consideró de buen augurio este hecho, puesto que había impedido que se pronunciara por tercera vez el fatídico nombre de Ovo. Como cabía esperar, hizo oír sus voces de protesta e inocencia, pero por último accedió al requerimiento de S.M.

-No paséis cuidados ni preocupaciones, Majestad -dijo-. Vuestro favorito vendrá a echarse a vuestros pies, más mansito que un perro faldero...

-¡Eso es lo que siempre fue y lo que quiero que siga siendo! -bramó Carolina, un poco más tranquilizada, sin embargo-. ¡Ya lo sabéis!... ¡Veinticuatro horas!... ¡Y no intentéis fugar porque os pesará!

Un lapso demasiado corto, sin duda, para realizar un cometido tan grande, pensaba Giuseppe Balsamo momentos después, mientras en un carruaje de alquiler se hacía conducir de regreso al palacio de los marqueses Vanucci. Sin embargo... Sí, podía existir una posibilidad. Todo dependía del modo como manejara el asunto. Sí...

* * *

El baile de máscaras, a las dos de la madrugada, parecía haber llegado a su apogeo. Había más animación y bullicio que antes, y también más desenfado en la conducta de damas y caballeros. La intensa iluminación del principio había cedido un tanto, quizá para dar lugar a la realización de intrigas amorosas en un adecuado marco de secretud. En ciertos lugares alejados, en las escaleras, en los corredores, en los balcones, parejas de amantes de rostro encubierto y corazones abiertos se prodigaban frases y caricias de pasión tan intensa que Cupido había huido con las mejillas arreboladas de vergüenza, dejando en su lugar al vigoroso y siempre insatisfecho Eros.

Sin embargo, no todos buscaban en la satisfacción amorosa, en las danzas, o en las continuas libaciones, el aplacamiento de sus inquietas personalidades. Muchas personas, de las que entraran por el descendente camino del hastío y la saturación -entre las que había muchas jóvenes- se habían agrupado en el extremo más brillante del gran salón. El epicentro o trono de ese lugar lo ocupaban una mujer y un hombre. Ella radiante, feliz, hermosísima como la misma Venus, brillaba como un astro de la noche. Varios personajes masculinos, jóvenes y

maduros, la rodeaban codiciosamente, reflejando en sus ardientes miradas el sentido de su asedio. Esa mujer, es ocioso el decirlo, era la marquesa Matilde Vanucci.

Hemos mencionado a un hombre, el que compartía con ella el trono de la popularidad. Aclaremos, no obstante, que no nos referimos al famoso aventurero irlandés, Acton, el gran favorito no sólo de Carolina sino de cuanta aristócrata con mucho ascendiente y muy escasa continencia medraban en la corte napolitana. Ni tampoco al marqués Vanucci, el anciano y experimentado primer ministro. Este, aquejado por males físicos sin cuento y por sus siempre abrumadoras tareas de Estado, casi nunca participaba de las fiestas o recepciones que ofrecía su ilustre y apasionada consorte. Digamos, entonces que el hombre que centralizaba la atención y compartía con la marquesa los papeles estelares llevaba un turbante, y estará todo dicho.

En efecto, luego de su retorno al palacio y llevando a cabo el plan previamente elaborado, Giuseppe Balsamo había esperado su oportunidad de acercarse de nuevo a la marquesa, siempre asediada por damas y caballeros prontos a sacar provecho de su privilegiada posición de ser la dama de los dos hombres más poderosos del reino. Allí, como cabe suponer, estaba también el inefable Casanova, repartiendo ingenio a paladas. Al acercarse el falso bey, fue recibido con alegres exclamaciones de la marquesa. El magista hábilmente hizo recaer la conversación sobre el tema de su especialidad y momentos después no había ningún cortesano presente, hombre o mujer, que no deseara ser auscultado por el famoso vidente. Giuseppe Balsamo, pues, había empezado su actuación de la noche examinando las manos que se le tendían con no poca avidez y ansiedad, dejando a todos pasmados con sus certeras conclusiones.

Aclaremos aquí -y ello no va en desmedro de la actuación de ningún taumaturgo o vidente, o quiromántico- que Balsamo tenía una técnica adecuada, muy conocida y aprovechada, por otra parte. La misma consistía en averiguar, apenas llegado a una ciudad de importancia, en hacer averiguaciones privadas sobre la personalidad y la vida de los personajes más conspicuos del lugar. No era que él dudase de su capacidad de magista o que sus conocimientos esotéricos fuesen limitados. Nada de eso. Adoptaba dicho expediente por una sencilla razón, cual es la de aliviar una tarea que, de otro modo, demandaría no sólo mucho tiempo de concentración mental y un innecesario desgaste físico y anímico. Sesiones públicas como la presente, en que eran muchos los que, a cambio de nada, pedían demasiado, desgastaban los poderes adivinatorios y anulaban la personalidad del magista. Por ello era que Balsamo -como muchos otros videntes conscientes- había adoptado tal recurso.

-...esperad, señora. Dejadme ver... En vuestra mano, claramente, veo un blasón nobiliario... ¿Vizcondesa, baronesa?... ¡Baronesa!... Sois casada, tenéis dos hijos, se supone que sois feliz, pero...

-¡Oh!... ¡Oh!... -se oyen las exclamaciones de asombro y deleite.

-¿Puedo proseguir, señora baronesa o preferís que lo haga en privado? -pregunta el vidente del turbante.

-Proseguid... Después de todo, lo que vais a decir es ya conocido de todos mis amigos y aun de los que no lo son -responde la baronesa, estirándose con dignidad.

-Bien, entonces huelgan los comentarios... La infidelidad es una virtud en ciertos hombres... ¡Ah!, pero aquí veo algo más... ¡Oh!... ¡Oh!... -De pronto el vidente se interrumpe. Está pálido, inquieto, preocupado.

Estos súbitos cambios suelen presentarse a menudo. Tal como ocurre a ciertos videntes, en determinado momento de su tarea ellos sufren un repentino enceguecimiento y luego un deslumbramiento. Se sienten arrebatados en el aire por una fuerza superior que los traslada a



Librodot

un escenario rodeado por lo general de blancas nubes, donde alcanzan a "ver" una escena tal o cual, de proyección mágica, en relación al futuro. Destaquemos, además, que Giuseppe Balsamo tenía con frecuencia estos arrebatos, gracias a los cuales, sin embargo, podía realizar maravillosas predicciones.

Es, precisamente, lo que sucede en esta ocasión. Ha visto de pronto a un hombre batiéndose a espada con otro. Ambos están en mangas de camisa, pero en la pechera de la camisa de uno de ellos hay bordado un escudo de barón. En cierto momento de la lucha, el barón es herido en pleno pecho por su adversario y la punta de la espada asoma, tinta en sangre, al otro lado.

-¡Dios mío!... -exclama la baronesa, alarmada-. ¿Qué os sucede?... ¿Qué habéis visto?... ¡Hablad!...

Balsamo consigue emerger de aquel mundo astral y haciendo fuerza por concentrarse en la realidad, murmura:

-Cuidad a vuestro esposo, baronesa, y no lo dejéis librado a los caprichos de su naturaleza pasional... ¿Tenéis alguna posesión lejos de la ciudad?... Llevadlo allá, entonces, y rodeadlo del cariño de sus hijos y de los transportes de vuestro amor... os advierto que corre un grave peligro aquí...

Todos los que escuchan esto quedan no poco admirados; pero los más sonríen comprensivamente. Sí, parecen pensar, es un hábil embaucador. Es natural que corra peligro en una ciudad un don Juan como el barón de N...

-¡Por favor, bey Rafka, decidme el porvenir a mí! -exclama una bellísima joven, mostrando verdadera ansiedad y adelantándose con no poca dificultad.

-¡A mí!... ¡A mí!... -exclaman damas y caballeros.

Giuseppe Balsamo debe hacer un extraordinario esfuerzo de memoria para recordar aquellos rostros, los nombres y los títulos nobiliarios. Pero fuerza le es satisfacer a los más ansiosos. Su mirada se halla posada, casualmente, en una destacada figura masculina. La de Acton, el amado favorito de la reina Carolina. El ministro de Guerra y Asuntos Extranjeros lo contempla a su vez. Una desdeñosa sonrisa juguetea en su rostro apuesto y de duras líneas, coronado por una mata de cabellos rubios cortos y revueltos.

-¡Ah!... ¡Oh!... ¡Admirable!... ¡Portentoso!... ¡Increíble!

Exclamaciones e interjecciones de este tipo van colmando los espacios vacíos de la noche. Balsamo se siente agotado. En varias ocasiones ha sufrido el deslumbramiento ideal de la visión. Ello le ha permitido citar hechos, circunstancias, acontecimientos, lugares, provocando una creciente admiración. Sin embargo, en el ambiente hay reticencia. ¿Citar hechos o cosas del pasado? Nada más fácil para un embaucador profesional. En lo que respecta al porvenir... ¡nadie puede afirmar que lo anunciado tendrá lugar indefectiblemente!

-¡Por favor, bey Rafka!... ¡Os lo suplico!

Es la misma y bella joven de antes, la cual por fin ha conseguido llegar junto a él. Al advertir su seriedad, los más bulliciosos se llaman a recato y todos se disponen a escuchar. Balsamo posa su mirada en aquellos ojos azules, tiernos, en los que hay un cúmulo de lágrimas. No sabe quién es. Las trémulas, pálidas y delicadas manos se posan en las suyas, con insistencia. Se produce una tensa pausa, que la curiosidad despertada por la presencia de la joven y bella desconocida no consigue quebrar.

Giuseppe Balsamo, el vidente, ha sido puesto a prueba, a una verdadera prueba de fuego. Todos lo comprenden así. Se acentúa la sonrisa del ministro Acton. El es quizá el único que conoce a la joven en cuestión, la cual acaba de llegar allende el mar. Pero el hipersensible



Librodot

magista percibe el oculto desafío y lo acepta. Concentra su mente y entrecerrando los ojos posa su mirada, no en las manos que, ávidas, se tienden a él como si fuera una roca de salvación, sino en la frente apenas cubierta por unos rizos rubios. Hace un esfuerzo y consigue poner en juego su sentido astral de la vista. Esta franquea fácilmente la frágil cobertura craneana y llega al mismo meollo cerebral, allá donde juegan las ideas y donde éstas, para desarrollar en acción de futuro buscan en los centros de la memoria y del pasado. .. ¡Y entonces puede leerlo todo como si fuera un verdadero libro abierto, no sólo en lo que respecta al pasado sino en la relación que el mismo tiene con el futuro!

Cuando habla, su voz resuena con inusitada gravedad. Se diría que su voz proviene de una fosa sepulcral. Esta simple circunstancia basta para que se haga un profundo y expectante silencio.

-Habéis llegado recién y vuestra persona así como vuestro pasado son desconocidos aquí... Nacisteis en una isla y vuestro pasado fue muy duro y lleno de necesidades y de humillación... Procurando huir de ellos habéis venido aquí... Ahora ante vos se alza una verdadera montaña de inquietudes y amargos interrogantes... ¿Qué será de vos?... Vuestros magros ahorros se os terminan. No conocéis a nadie aquí... El porvenir se os muestra oscuro, más humillante que nunca... ¡Pero no!... No debéis desalentaros. Ha finalizado el período triste de vuestra existencia y ahora adviene otro, lleno de promesas, de brillantes realizaciones... ¡Oh!... Veo las iniciales de vuestro nombre, E. H., artísticamente grabadas, entrelazadas con una C... Esta inicial pertenece a una mujer... ¡Oh, veo una corona junto a esa letra! Luego las iniciales se confunden y se hacen una sola... Esperad, aparecen más iniciales... Vienen en un cúmulo de nubes que el viento hace flotar sobre el mar... Abajo distingo una pode-' rosa nave que boga con todas las velas desplegadas... En el puente está un hombre con un uniforme de almirante, ricamente enjaezado. Las iniciales son L. N.... La visión desaparece y ahora os veo vestida de blanco... Vuestro vestido es vaporoso y flota... Sí, os eleváis entre las nubes... Sois famosa, vuestras iniciales se ven orladas de oro...

Balsamo calló. Terminaba de interrumpirlo un ahogado gemido y luego varias exclamaciones de asombro y consternación. Sin haber retornado completamente a la lucidez, se sintió empujado sin miramientos, en tanto recrudecían las exclamaciones. Abrió por fin los ojos y comprendió lo ocurrido.

La joven extranjera a la cual estaba diciendo su porvenir se había desmayado, debido probablemente a la impresión sufrida,[1] Varias personas se habían acercado a ella y la auxiliaban, entre ellas el ministro Acton. Este, que parecía no poco intrigado, miraba a Balsamo con insistencia. Había desaparecido su sonrisa irónica.

No se había esfumado el eco de aquel pequeño tumulto, cuando de pronto, en medio de la agitación descrita, se oyeron de nuevo varias exclamaciones y el correr de no pocas personas que venían a este lado del salón. Las voces, al principio, resultaban ininteligibles, pero luego se estableció que se buscaba a la baronesa de N...

¡Su esposo, el barón, terminaba de morir en un duelo que tuviera lugar pocos momentos ha en el mismo parque del palacio Vanucci!

De súbito, el lugar pareció llenarse de sombras y en medio de ellas la figura del vidente adquirió, a los ojos de los presentes, un aspecto irreal, fantasmal. Los que estaban cerca de él se apartaban con evidente temor.

No todos, sin embargo. Una mano pesada se posó de pronto en el hombro del magista. Un aliento cálido, fuerte, precedió a las palabras, dichas con los dientes apretados, roncamente.

-Decidme, *signore,* qué porvenir me espera... Debo admitir que sois un hombre extraordinario. Primero Matilde, luego la baronesa y finalmente Emma, cuyo nombre y origen soy el único en

conocer en Nápoles -Acton, el aventurero irlandés, el de la fría sonrisa y la mano dura, se mostraba ahora tan ansioso como cualquiera de las damas allí presentes-. Venid... Lo que habráis de decirme no debe salir de nosotros dos.

Y así fue como el favorito Acton volvió a los brazos de su regia amante. Su decisión fue muy acertada, pues ni siquiera la cabeza más hermosa puede estar segura sobre los hombros de un hombre sometido a las exigencias de una mujer caprichosa y cruel.

Al menos, así lo sugirió Giuseppe Balsamo.

---

***1 Esta admirable predicción realizada por Balsamo con Lady Emma Hamilton, habría de cumplirse fatalmente. Como se sabe, la bella joven inglesa fue introducida en la desprejuiciada corte de Nápoles por el ministro Acton y con el tiempo -así lo afirman los historiadores Broche, Gorani y Coletta. entre otros- se habría de convertir en la favorita de la lesbiana y lasciva reina Carolina. Esas relaciones se harían públicas y escandalosas, a pesar de lo cual Lady Hamilton seguiría siendo considerada como una víctima de las circunstancias y no como una pervertida. Así lo habría de comprender el famoso almirante inglés, Nelson, quien se enamoró perdidamente de ella y logró redimirla con su amor sublime.***

## *Capítulo VII*

## *LILITH*

La vida en Nápoles continuaba con la misma intensidad voluptuosa que parecía ser esencia de esta época y le valió tan triste fama de ciudad corrupta y envilecida, pues, según el consenso unánime de varios historiadores de este período, ni durante la época más depravada del Imperio Romano se vio una corrupción de las costumbres semejante a la que reinó en la corte de Nápoles bajo los auspicios de la reina Carolina. Muchos otros que no eran historiadores y ni siquiera escritores, como el mismo almirante Nelson, afirman que no había en tal ciudad una mujer virtuosa y que todos los hombres eran dignos de la horca o por lo menos de ser condenados a galeras. Las perversas costumbres, como es de suponer, pronto trascendieron las altas esferas para cundir entre las clases burguesa y el pueblo. Finalmente, era difícil encontrar un hombre que no fuese falso, mentiroso, engañador, ladrón, estafador, o criminal, o pederasta, ni mujer honrada que pudiese servir de digno paradigma social. La mitad más uno de la población vivía a costilla de la otra, y el parasitismo se hallaba de tal modo extendido que se mejoraban día a día los métodos de explotación de la credulidad, la buena fe, la confianza, el honor y todas esas antiguallas llamadas virtudes. Los hombres, en fin, se afanaban por obtener pingües ganancias que luego derrochaban generosamente en dádivas

para sus amantes. Las mujeres a su vez gastaban sumas fabulosas en ropas, pieles y joyas, y en mantener agentes secretos para vigilar a sus amantes y comprobar su fidelidad, aunque ellas bien poco hacían para mantener intacta su honra. La prostitución había alcanzado límites asombrosos y cada día aparecían caras nuevas de bellas jóvenes oriundas de países extranjeros que eran mejor apreciadas por ser "más bellas que las napolitanas y menos ardientes que éstas", lo que aseguraba de alguna manera la continuidad de la industria de los sombreros.

Es natural que en un medio semejante hasta las conciencias más acrisoladas se viesen arrastradas por el cieno de la corrupción y el vicio. Giuseppe Balsamo no pudo ser una excepción. Era joven, de temperamento pasional y ardiente. Y en sus manos tenía un poder superior al del mismo rey. Es natural que muchos ambiciosos -la mayoría eran mujeres- quisieran tenerlo de su lado. El ejemplo partió de la misma reina Carolina.

-No di crédito a la historia del rejuvenecimiento de la marquesa Vanucci, pero cuando comprobé que mi amado me era infiel con ella, hube de reconocer que se había producido un milagro -había comentado Carolina, en una rueda de amigos íntimos-. Pero un milagro mayor se produjo aquella noche, cuando mi amado volvió a mis brazos, más apasionado y ardiente que nunca... Un hombre capaz de realizar tales milagros no es uno común. En consecuencia, debe estar al servicio de una reina nada común. Lo haré mi esclavo, no importa el precio que deba pagar por ello.

La reina Carolina pagó, es cierto, un elevado precio por tal privilegio, aunque muchos -como los historiadores que hemos mencionado recién- no le adjudicasen al mismo un valor exagerado. La cuestión es que nuestro amigo debió incorporarse al selecto grupo de cortesanos que revoloteaba permanentemente en torno a la pareja real compuesta por el indolente y vicioso Fernando IV y la no menos corrompida Carolina. Desde tan privilegiada posición pudo ser testigo y a veces actor de las comedias y dramas del más crudo materialismo, de las pasiones más burdas, del sensualismo más exacerbado. Así vio cómo se extendía por todo el reino esa incontenible ola de homosexualismo como no se conociera otra ni en tiempos de Nerón.

Desde Fernando para abajo, sin excluir a los príncipes de los tres poderes, realizaban bacanales y orgías donde se sacrificaban públicamente efebos traídos desde los cuatro confines del reino y aun de más allá. A veces se realizaban fiestas mixtas de tal tipo, a las que acudían las mujeres como simples espectadoras. Tal ocurrió, por ejemplo, en cierta "fiesta campestre" ofrecida por un eminente cortesano, de nombre Francanilla, en honor de varios extranjeros. Dicha fiesta concluyó con los *accouplements erotiques* de varios donceles, "lo cual divirtió mucho a las damas asistentes", según lo habría de referir Casanova en sus *Memorias.* Las "fiestas" que ofrecía el otro sexo no eran menos famosas. La reina Carolina -en quien se había agudizado su tendencia lesbiana-, era archisabido, mantenía un serrallo de delicadas y exquisitas beldades, honor que le cupo compartir, entre otras, a la célebre Lady Hamilton. Carolina encontraba un singular excitante en realizar dichas fiestas de los sentidos en lugares famosos donde, a estar a las crónicas de época, se realizaban las mentadas orgías romanas.

Convertido por fuerza y a su pesar en juguete de estas crudas pasiones, Giuseppe Balsamo vio transcurrir de este modo, insensiblemente, el tiempo. De vez en cuando, es cierto, le era dable realizar sus prácticas magistas, en particular debido a la insistencia de algunos nobles, aristócratas de ambos sexos, que acudían a él en aguda necesidad de oro, de belleza, de poder. Sin embargo, debía limitar sus actuaciones, pues eran absorbentes y esclavizadoras las obligaciones contraídas con Carolina, la cual apenas permitía que se apartara de su lado, quizá acuciada por el temor de que alguien consiguiera predisponerlo contra ella.

Mas, como es de suponer, llegó un momento en que nuestro amigo se encontró saturado de aquellas sensuales y enervantes emanaciones que conseguían adormilar la personalidad hasta



Librodot

el punto de anularla. No poco angustiado se preguntó si debía permanecer todavía en medio de este corrupto reino y si ello significaba cumplir la misión que se le encomendara en el templo sagrado y para la cual, según el amado Althotas, había venido al mundo. Se preguntó si debía romper por la fuerza los dulces lazos que lo ligaban a un mundo de placenteras experiencias, o si habría de recibir, por medio de una revelación astral, la sugestión de un cambio. En varias oportunidades se había formulado tal interrogante, intentando hallar una respuesta por medio de alguno de los recursos premonitorios en los cuales era un maestro. Pero como ya ocurriera en otras ocasiones, un grueso e impenetrable muro en blanco le impidió llegar a ese conocimiento y de ese modo comprendió que no era llegado aún el momento. El mismo se presentaría, estaba convencido, de un modo fortuito, impensado, inesperado.

Y así ocurrió, en verdad.

Hacía un poco más de tres años que se encontraba en Nápoles. Con excepción de algunos viajes cortos y excursiones realizadas con la corte y formando parte del séquito real, no había podido abandonar la Sodoma moderna. Intentarlo, por otra parte, hubiera sido sencillamente suicida. Carolina, una mujer verdaderamente pasional y por lo tanto necesariamente cruel, no vacilaba en ordenar la tortura o el ajusticiamiento de cualquier sospechoso de deslealtad. Con él, sin duda, no habría tenido miramientos. Incluso era posible que estuviese esperando una oportunidad. Nada hay que perturbe más el resplandor del sol que la proximidad de la montaña.

-*Meister* Rafka -llegó sorpresivamente la voz autoritaria, de tono varonil y sin embargo sugestiva y cautivante-,-, ¿queréis hacerme la merced de venir?

Ello sucedió en el palacio, en el gran salón de los espejos, donde generalmente la reina Carolina recibía a diario el halagador homenaje de sus fieles cortesanos. Giuseppe Balsamo se inclinó y obedeció al punto la orden de S. M. Pero cuando creyó que la orden, alguna de tantas con que se lo importunaba frecuentemente, sería impartida al punto, la exuberante y ya no tan joven ni tan bella soberana dejó su solio y graciosamente sostenida su mano por un joven y apuesto caballero de reciente promoción, hizo abandono del salón, seguida únicamente por el fingido bey Atanor Rafka. De esta guisa pasaron a una contigua sala, donde a veces S. M. celebraba reuniones íntimas con sus consejeros de Estado o con los favoritos de turno. Al llegar a mitad del aposento, la reina se volvió y con un mudo gesto le dio orden de que se acercara, en tanto un noble ayuda de cámara cerraba discretamente la puerta detrás del taumaturgo.

-Majestad, ¡cuan noble y generosa sois en vuestra magnanimidad al concederme estos instantes de gloria terrena, en los que puedo contemplar, sin disgustosas interferencias, vuestra real belleza! -declamó Balsamo, inclinándose profundamente.

-Dejaos de agitar la campanilla hueca de las lisonjas, Atanor, y escuchad -replicó la reina, haciendo un gesto de impaciencia, aunque íntimamente halagada.

Y dando el ejemplo fue en derechura a la cuestión y pidió a su vidente que la ayudara en el trance en que se hallaba. Era joven aún y sin embargo no sólo veía decaer sus fuerzas y energías físicas, sino ajarse su misma belleza, sin que valieran afeites y pomadas para restablecer la lozanía de su cuerpo, ahora que... precisaba más que nunca de toda su frescura y vigor.

-Antes de responder, Atanor, fijaos bien lo que vais a decir -exhortó por último la soberana con amenazante gravedad-. No me deis falsas esperanzas, pero no me neguéis tampoco la posibilidad de ser dichosa... Lo habéis hecho una vez. Supongo que recordáis a la marquesa Vanucci. Podéis lograrlo una vez más. Os pagaré el mismo precio que ella... con más

largueza, ¿entendéis?

¡El impulso!... "Gobernaréis vuestros actos por los impulsos", le habían dicho sus maestros, los Grandes Adeptos, Althotas y Gaffareí. Y he aquí que un fuerte y casi incontenible impulso le instaba a responder negativamente. ¡No, Majestad del Vicio y la Corrupción! ... No os lo daré. Es verdad que poseo la piedra filosofal y os podría convertir en una niña de diez años, si quisiera... ¡Pero no lo haré! ¡No contéis conmigo!"

Fue necesario que Balsamo se mordiera los labios, con fuerza, para no proferir aquellas palabras. Pero el instinto de supervivencia es a veces tan poderoso que se manifiesta aunque no tengamos plena conciencia de él. Así sucedió en esta ocasión. Balsamo se inclinó y con ello aseguró su aceptación y conformidad.

-Dadme tres días, Majestad -rogó-. Tres días y sus noches son necesarios para obtener el maravilloso Elixir de Juvencia...

-Os los doy, disponed de ellos a plenitud. Daré orden para que no os importunen mientras tanto... ¿Me... me aseguráis la efectividad de vuestro elixir?... Pero no me digáis nada, pues moriría de desilusión si algo saliera mal!... Ahora id... Ah, esperad... -La reina buscó en los pliegues de su amplia pollera de raso verde y extrajo un no muy abultado bolsillo de gamuza-. Tomad__ Para los gastos que demande la obtención de ese filtro... ¡Tomadlo, os lo ordeno!... Y ahora, partid presto...

Momentos después Giuseppe Balsamo iba en su carruaje, presa de no poca ansiedad, camino de su Villa. Jacopo, el cochero, azuzaba a los caballos sin miramiento alguno. El magista abrió el bolsillo y certificó su contenido. Una docena de pequeños brillantes destelló en la noche temprana. Sí, muy grande debía ser la necesidad de S. M. puesto que la instaba a deshacerse de uno de sus más valiosos tesoros. Guardó las piedras preciosas con apresuramiento, como si las mismas le quemaran las manos. No había querido recibirlas, pero negarse abiertamente a ello hubiera sido inducirla a entrar en sospechas. Sí, debía obedecer su primer impulso... Pero para realizar el plan que se le ocurriera de pronto, necesitaba aquellos tres días vitales.

Una sombra, por lo silenciosa, descendió la breve escalinata de mármol y se acercó a abrir la portezuela del carruaje y bajar el estribo. Era el eficiente y enigmático criado egipcio. Breves minutos más tarde, amo y criado celebraban una entrevista privada en el estudio. Lucas escuchó atentamente las instrucciones. Después de comprobar que no vigilaban la residencia, el carruaje estaría de nuevo listo a partir por el camino excusado de la propiedad. El señor no llevaría sino lo puesto y algunas pertenencias valiosas y de las que no podría prescindir. Lucas se encargaría de que el resto de las cosas más valiosas y transportables se cargaran en un carromato, el cual habría de partir antes del amanecer, escoltado por los criados de mayor confianza, al frente de los cuales iría él, Lucas. Tomarían caminos excusados y variando constantemente de rumbo, para evitar una posible persecución, irían hacia el norte, hacia Roma. No importaba el tiempo que se tomaran en el viaje, al llegar a la ciudad de las siete colinas Lucas buscaría a su amo en alguno de los más suntuosos hoteles.

-Ahora ve y llama a Paoli -le dijo-. El se hará cargo de la tarea más difícil.

Paoli, o Apolloni, el secretario, tenía en la actualidad un aspecto serio y casi respetable. Vestía de negro de la cabeza a los pies y sobre su nariz romana colgaban los anteojos sin los cuales era más ciego que un topo. Por último, la empolvada peluca que se empeñaba en llevar para cubrir unos cabellos lacios y decadentes, le otorgaba un sello distintivo propio de un magistrado y no de un amanuense o poetastro. Algo era claramente advertible en él y daba sentido a su gravedad: Paoli había tomado muy en serio su papel de secretario.

Respondiendo a una pregunta de su amo, declaró con la mayor firmeza, signo de su



Librodot

sinceridad, que en su ánimo abrigaba la mayor gratitud por el hecho de haber sido arrancado del lodo y la miseria de la calle y elevado a la dignidad de un ser humano con posibilidades. A una segunda pregunta declaró con igual firmeza que no le importaba el salario y que, en caso necesario, estaba dispuesto a seguir prestando sus servicios sólo por reconocimiento y a mérito de que se le proporcionara pan y techo y no se le escatimara oportunidad de dar salida a su inspiración poética. Y no hubo vacilación tampoco cuando Balsamo le preguntó si, en aras de esa gratitud que mencionaba, estaba pronto a sacrificarse por él.

-No lo dudéis, señor -replicó-. Señalad tan sólo dónde habrán de cortarme la mano o la cabeza y allí iré al punto.

Satisfecho por aquellas respuestas, Balsamo le dio sus instrucciones. Apolloni se habría de quedar en la Villa, en la sola compañía de los criados transitorios. Su misión sería la de dar la impresión de que todo marchaba en la mansión como de costumbre. Si alguien preguntaba por el bey Atanor Rafka, él debería responder que se hallaba trabajando en su estudio y que había dado orden de que no se lo molestara por ningún motivo, por grave que fuese.

-Luego, al llegar la noche del tercer día despedirás a toda la servidumbre que haya quedado y llevando todos tus petates y usando el mejor caballo de los que hayan quedado, partirás hacia el norte con el mayor sigilo y siguiendo siempre por caminos y senderos poco transitados. Cuando hayas llegado a Roma averiguarás cuál es el mejor hotel y allí preguntarás por mí...

-Una misión importante, sí, señor, pero nada peligrosa -señaló el secretario, sonriente.

-Por el contrario, Apolloni, por el contrario... Habrás de extremar las precauciones, pues si alguien que yo sé se entera o sospecha que no estoy en la Villa, te hará detener y torturar para que digas dónde supones que me encuentro yo.

Apolloni, valerosamente, sostuvo su sonrisa hasta el final de la entrevista y luego partió, deseando a su amo un feliz viaje. Balsamo no perdió más tiempo en hacer personalmente sus maletas. Sólo llevaba un par de trajes, mudas de ropa interior y lo imprescindible en un viaje. Luego prestó particular atención a los objetos e instrumentos magistas, no dejando nada que pudiese extraviarse. En cuanto a dinero o joyas, llevaba lo necesario. El resto se hallaba depositado con anterioridad en manos de banqueros de prestigio internacional. Finalmente, alrededor de una hora después de haber llegado, partió en el carruaje conducido por Jacopo, no sin que Bartoli, el lacayo, estableciera que no había moros en la costa.

El carruaje tomó el camino de la costa y al llegar al puerto se detuvo. Balsamo abandonó el carruaje y en tanto éste y su conductor regresaban a la Villa, él tomó una pequeña embarcación a remo y se hizo conducir hasta un determinado punto de la bahía Mercellina.

Aquí bajó de nuevo y sin soltar sus maletas encaminó sus pasos hacia un establo público. Aquí lo estaba esperando Bartoli con dos cabalgaduras. Sin demorar un instante más -era el filo de la media noche- emprendieron a buen trote el camino hacia Capodimonte, uno de los caminos de salida de la ciudad.

Llegados a esta puerta de salida hacia el norte, contra lo que era de temer, los viajeros no tuvieron ningún tropiezo. La guardia de la puerta de Capodimonte parecía hallarse entregada al descanso y nadie les salió al paso ni para preguntar la hora. Balsamo se resistía a creer que todo hubiese salido tan fácilmente. Pero diciéndose que S.M. confiaba en él y por tanto no había tomado ninguna medida precautoria, espoleó a su cabalgadura con mayor decisión y así emprendieron un recio y sostenido trote...

Para detenerse, un tanto violentamente, a cosa de unas doscientas yardas de la puerta, donde apareció un jinete que emergiera sorpresivamente de un grupo de matorrales.

Balsamo ahogó una exclamación de asombro y de súbita alarma.

-¡Vos aquí! -exclamó, mirando en derredor y temiendo ver aparecer a otros jinetes.

-No me digáis que os sorprende, a vos, el más eficiente de los escudriñadores del futuro que conozco -replicó el jinete, riendo en tono apagado y no poco satisfecho.

-Pues sorprendido estoy y en grado sumo, debo confesarlo -declaró Balsamo, más tranquilo al comprobar que, por el momento, no había esbirros visibles-. ¿Qué hacéis aquí, tan lejos del palacio, *signore* Casanova?

-¿Queréis saber la verdad?... Bien, S.M. me encomendó la honrosa misión de no perderos de vista un instante y me advirtió que, de no cumplir con eficacia mi cometido, ocuparía una húmeda y fría celda en el castillo del Ovo, convenientemente empalado.... -Casanova se echó a reír de nuevo-. El caso es que me asusté y me dije que si decidíais huir nadie podría deteneros, pues los brujos generalmente viajan en el palo de una escoba... Entonces, cansado como estoy de la existencia que se lleva en Nápoles, decidí alejarme y correr mundo. ¡Imaginaos mi sorpresa al oír de pronto ruido de caballos en pos de mí y cuando creo que son los esbirros que vienen a detenerme os veo a vos espoleando afanosamente, como un vulgar viajante ansioso por llegar a su próximo destino!...

Nuevas y alegres carcajadas rubricaron las palabras del singular personaje y contagiado por aquella buena disposición de ánimo, el magista se echó también a reír.

Las risas se siguieron oyendo, llevadas por el eco, en tanto los jinetes reemprendían la marcha y se perdían en la penumbra de una noche lunar.

* * *

-¿Sabéis, Giácomo, que sólo ahora encuentro sentido y explicación a mi prolongada aunque inútil permanencia en Nápoles? -decía aquel elegante y no poco apuesto caballero, dirigiéndose a otro no menos elegantemente vestido que no dejaba de mirar con insistencia a cuanta mujer pasaba cerca del lugar donde se hallaban sentados, a la vera de una famosa taberna de moda instalada en la vía Véneto, en Roma-. Mi destino estaba cifrado en vos y no en Carolina, o en la marquesa, ni en Emma Hamilton, como creí al principio... Gracias a vos me he introducido en este sofisticado mundo romano y he sido presentado a sus más conspicuas personalidades. Vuestras referencias y recomendaciones han servido, por otra parte, para tener una vasta y rica y aristocrática clientela, la cual deja en mis manos, a cambio de mis pequeños servicios esotéricos, nuevas y relucientes monedas de oro. No dudo ya ahora de que seréis vos, también, quien me vincule a mi destino futuro...

-Que me place... Pero os advierto que mi intervención no es tan desinteresada como creéis -respondió Giácomo Casanova-. La presencia de ricas y hermosas damas en vuestro templo de Delfos me hace poseedor de secretillos que, luego, debidamente usados, me abren las puertas enmohecidas de ciertas honras... Conque, *signore* Alessandro di Cagliostro, estamos a mano... ¡Oh! -se interrumpe el inveterado Don Juan, volviéndose-. ¡Mirad!... ¡Solazaos en contemplar esa mórbida figura!... ¿No creéis que reúne la perfección física de la belleza del rostro con la exuberancia de las formas?

Giuseppe Balsamo sonrió levemente y sin molestarse en seguir el curso de la mirada admirativa de su amigo se entregó a sus reflexiones. Sí, Casanova tenía mucho que ver con su destino e, indudablemente, con esa desconocida misión que trajera al mundo. De otro modo no se explicaba aquella decisiva intervención que él tenía en sus asuntos. Juntos habían huido



Librodot

de la corrupta Nápoles, escapando a la cólera de la reina Carolina; juntos realizaron un viaje memorable por lo placentero y emocionante a la vez, puesto que viajaban acuciados por el temor de ser sorprendidos y detenidos. Felizmente no tuvieron tropiezos ni inconvenientes y así llegaron a la Ciudad Eterna. Instalados luego en un hotel de nombradla, juntos hicieron planes para el futuro. A sugestión de su amigo había cambiado Balsamo su nombre y condición anteriores. Ahora era sencillamente el *signore* Alessandro di Cagliostro, famoso vidente, educado en las ciencias ocultas de las escuelas de Alejandría, de Tebas, de Grecia, de Turquía y de la India... según la entusiasta propaganda de Giácomo.

Después de una breve temporada en el hotel en cuestión y tan pronto como llegaran Lucas, Apolloni y el resto de los servidores, los cuales tampoco hablan sufrido demoras en el viaje hasta Roma, el joven magista se instaló en una casita de dos plantas en la vía Gonfalone, casi en frente mismo del Lungotevere de Sangallo, el q*uai* romano sobre el Tíber. Sin tener la magnificencia de la villa napolitana, la casa o petit-hotel contaba con el número de habitaciones necesarias para un despliegue de riqueza y posición a tono con el papel que pensaba desempeñar. Roma no habría de ser una ciudad distinta a Nápoles en la obtención de beneficios y de prestigio con miras a un futuro todavía más esplendoroso. La pequeña mansión contaba con el mismo y eficiente servicio contratado en Nápoles y además de Lucas, el mayordomo, estaba el leal Apolloni, Bartoli, lacayo, Jacopo, cochero, Luigi, cocinero y Pascuale, palafrenero.

Giácomo Casanova hombre liberal e independiente, había buscado también su comodidad, alquilando un piso en la vecina vía Bravaria, desde cuyos balcones bañados por el esplendoroso sol romano se tenía una amplia visión del Tíber, del Castillo Saint Angelo y del Vaticano, en cuyo centro se alzaba la gran cúpula de San Pedro. Pero como bien dijera Giácomo poco ha, él realizaba su "negocio" recomendando a su amigo en los círculos de la aristocracia local. Gracias a ello le era dado participar de suculentas comidas, en compañía de elegantes y bellas damas que venían a confesar con el vidente sus miserias físicas o morales. Balsamo no prestaba atención a tales pequeñeces y en su mesa había siempre un lugar disponible para su amigo. De vez en cuando, siguiendo las sugestiones del Don Juan, ofrecía alguna recepción a la que acudían eminentes personajes de la nobleza y la corte local. El nombre de Alessandro di Cagliostro empezó a ser muy conocido en Roma, gracias a su fama de vidente.

Pero cerca de un año después de llevar aquella existencia, el siciliano empezó a impacientarse, diciéndose que aquella situación estable y de una monotonía enfermiza no podía significar de ningún modo que él estuviese realizando aquella sagrada misión de que se le hablara tantas veces. Fue entonces cuando se le ocurrió que Casanova, indudablemente, tenía alguna figuración en su destino, o de otro modo no hubiera podido tenerlo siempre encima.

-Carísimo amigo, ¿me permitís que os presente a la *signorina* Lorenza Feliciani?

Tan ensimismado se hallaba Giuseppe que ni siquiera había reparado que su amigo dejaba su asiento de contemplación de la vida y salía en persecución de ésta, personificada por aquella misma y bellísima joven que pasara algunos momentos antes junto a ellos.

El siciliano, sorprendido y no poco confundido se puso de pie con precipitación... ¡para volver a caer de nuevo, anonadado!

No era para menos. Aquella joven no era otra que... ¡su recordada y amada Zobeida, su esposa, la hija del gitano Syrisko!... Pero no, ¡aquello era imposible! El mismo, con sus propias manos, había amortajado su cadáver y él había asistido a su sepultura. ¿Cómo, entonces?...

Volvió a ponerse de pie. Estaba pálido y con ojos de inenarrable asombro contempló a la joven, la cual, a su vez lo miró con sorpresa no exenta de aprensión. Entonces cayó él en la cuenta... Aquella joven se parecía extraordinariamente a Zobeida, pero no era la mujer a quien erigiera un altar en su corazón. Para empezar, era mucho más joven que ella, pues a la sazón debía contar con la misma edad que tenía Zobeida cuando la conoció él, doce años antes. Además era de complexión más clara, casi rubia. Pero no siendo estas diferencias, la similitud de los rasgos faciales era sencillamente asombrosa. No obstante, pronto advirtió cierta diferencia más: la mirada o expresión de los ojos no era la misma. En Zobeida había bondad, terneza, generosidad de espíritu. La mirada de Lorenza era penetrante, osada, desafiante, posesiva.

-*Signorina,* es un honor -balbuceó él, inclinándose, apenas encontró su voz.

-Caballero... -Ella le extendió su enguantada y perfumada mano, invitándolo a tomarla.

El gran Alessandro di Cagliostro, sonrojado y confundido como un jovenzuelo, tomó aquella manita y sobre ella depositó un tímido beso. Lorenza sonrió, triunfante... Se había realizado el milagro milenario, el que recoge y acrecienta la herencia pretérita.

Lorenza Feliciani entró así en la vida de Giuseppe Balsamo. Ella constituía, al igual que Giácomo Casanova, un destacado hito en el largo y penoso sendero de la maduración de una vida. Nadie -y menos el magista- lo intuyó en aquel instante, pero las ocultas fuerzas del destino habían empezado a tejer en su telar y una vez cumplida la l*iaison* ya no habría poder capaz de destruir su obra.

-¿No es prodigioso? -decía en aquel momento Casanova, en tanto la joven aceptaba el asiento que él le brindaba y se sentaba con notable desparpajo, mientras echaba una orgullosa mirada a su alrededor, como desafiando a las emperifolladas damas que todas las tardes se daban cita en el paseo de moda de Roma, a que censuraran abiertamente su conducta-. La conocí en casa de la vizcondesa de Ricci, en una reunión social... La reconocí al instante. Fue la reina de la fiesta... Nunca lo olvidaré...

Las palabras se perdían en el tráfago del agitado y bullicioso Corso. No ocurría lo mismo con las miradas. Lorenza apenas prestaba atención a Casanova. Toda su atención se hallaba concentrada sobre Giuseppe. Su instinto de mujer parecía decirle que en él había firmeza, seguridad, poder, riqueza, en tanto que la garrulería de Casanova era seguro indicio de su carencia de recursos materiales y morales.

Balsamo, por su parte, sentíase en extremo confundido. Había perdido su aplomo y apenas encontraba palabras para sostener una conversación de circunstancias. Además, era evidente, le disgustaba el papel que estaba representando. Casanova hablaba y actuaba como perfecto dueño de la situación. Después de todo, había sido él quien descubriera a la joven, y él que la trajera a la mesa. Esa era su prioridad, su parte del "negocio". Por otra parte, tenía prestancia, elegancia, y en una confrontación de los valores exteriores, el Don Juan siempre llevaba las de ganar.

El magista se excusó como pudo y finalmente dejó solos a los jóvenes, sin reparar en la lastimada mirada de Lorenza. Se sintió más tranquilo y dueño de sí lejos de su presencia. Echó a caminar. La creciente animación del Corso y aquel esfumarse de la tarde en un brillante y violáceo crepúsculo terminaron por reanimarlo. Ciertamente, era una insensatez lo que se le había ocurrido, pensó. Sin embargo, el simple hecho de estar pensando en ella, consciente o inconscientemente, era ya un motivo más de preocupación.

Su paseo se prolongó hasta bien avanzada la noche. No sentía ni hambre ni sed. Seguía pensando en ella y en el significado de este casual encuentro. Casanova, Lorenza, hitos en el camino... Sí, aquel incidente no podía ser casual. El hecho tendría una gran significación en su



Librodot

vida, sería decisivo, sin duda, respecto al cumplimiento de esa misión para la cual estaba aquí.

-¡Bah!... -masculló coléricamente, disgustado consigo mismo-. ¿De qué me sirve preocuparme de este modo?... Si está determinado o escrito lo que deberá ser, lo será de todos modos. Dejaré, pues, que los acontecimientos sigan su curso natural. Nada puedo hacer para impedirlos y sería locura rebelarse.

En mejor disposición de ánimo llegó al fin a su petit-hotel, un poco antes de la medianoche. Como de costumbre, lo estaba esperando el fiel Lucas. Le preguntó si había cenado y al enterarse que no, le sirvió un plato de pollo frío, una exquisita ensalada, todo regado con un excelente clarete. Pero comió y bebió abstraído, la mirada perdida en el vacío.

-¿Ocurre algo, señor?

-Nada, mi fiel Lucas, nada...

Transcurrieron largos y penosos momentos de silencio. De pronto Giuseppe alzó la mirada y posándola en su ayuda de cámara, le preguntó:

-Dime, Karturio, ¿existe algún modo de escapar cuando Lilith, la Luna Negra, la Selene fatal, viene a nuestro encuentro?

Karturio no respondió al instante. Contempló a su amo con evidente consternación y lanzando un suspiro que era más un gemido, declaró:

-No, señor... Lilith, la reina de la noche y de la destrucción, es la enviada de Osiris, arbitro de los Infiernos. Ningún mortal puede escapar a su destino

-Sí, eso es... -dijo Balsamo, reflexivamente-. Es lo que temía también... iAy, pobres de nosotros, ha llegado el momento de la expiación!

Aquella noche el gran taumaturgo no pudo conciliar el sueño. Constantemente tuvo ante sí la imagen idealizada de Lilith, la mujer fatal, que se mostraba ante él con las más hermosas galas que puede cubrirse una mujer, esto es, con las vaporosas y doradas nubes de la Ilusión.

* * *

Durante muchos días permaneció Alessandro di Cagliostro encerrado en el *santo sanctorum* de su palacete, ocupado en realizar las más complicadas ceremonias del rito mágico. Evocaciones, estudios astrológicos, conjuraciones mágicas; durante noches y días enteros permaneció sentado en la pose de la flor de loto, concentrado en sus pensamientos, buscando en su Yo Superior la respuesta a los Interrogantes que lo confundían y martirizaban. Porque al huir del mundo llevaba dos propósitos: primero, escapar a toda posibilidad de un reencuentro con Lorenza; segundo, interrogar a los arcanos sobre su futuro y sobre el contenido de su "misión".

Pero, como ya ocurriera en otras ocasiones, inútil de toda inutilidad fue escudriñar en los recónditos misterios de la Esfinge. Por más esfuerzos que realizaba, no conseguía trasponer aquel espeso muro de blancas tinieblas que lo circundaba. Y cuando desesperado recordó la medalla arrancada en la sagrada tumba de la Diosa (Je Roca y trató de descubrir los misterios que encerraba, vio con desfallecimiento que su mente era incapaz de descifrar aquellos jeroglíficos, a pesar de las torturantes horas que pasó en tal intento.

Finalmente, abatido, abandonó su aislamiento, resuelto ahora a cumplir su destino, cualquiera fuese él. Se había resignado a esta suerte al recordar las palabras que le dijera la evocada

Zobeida, de que al término de la difícil misión que le esperaba en el mundo, ambos volverían a encontrarse bajo la protección del Templo Sagrado y ya jamás se habrían de separar.

Al emerger de su retiro, Lucas le dio cuenta de las novedades que se habían producido en aquellos días. El señor Casanova había venido varias veces, acompañando a elegantes y hermosas damas. Era cada día creciente el interés por consultar a Cagliostro, particularmente en el sofisticado y aristocrático mundo femenino de Roma. Ah, también había estado una joven a visitarlo. Su nombre, Lorenza Feliciani. Se había mostrado muy consternada al saber que no podía verlo y luego de examinar a conciencia la mansión, dando muestras de singular complacencia, se había retirado, dejando una invitación para el señor...

-¡Pronto, dámela!

La invitación era de la vizcondesa de Ricci. Lorenza se valía de ella para promover un nuevo acercamiento. Sí, los hechos se desataban, las circunstancias se precipitaban de un modo natural y sin embargo irreversible, como las aguas de un rápido. Cagliostro decidió realizar un último esfuerzo para escapar a este anillo de acero que lo cercaba. Por medio de agentes especiales indagó sobre el origen y el pasado de Lorenza. Cualquier mancha o deshonor sería una buena excusa para rechazar la primera "idea" por absurda. Pero los informes, contra lo que él esperaba, resultaron óptimos: Lorenza Feliciani era hija de una modesta aunque honorable familia; su padre era notario y los miembros destacados de ese apellido figuraban entre magistrados y competentes comerciantes. Por lo cual, si bien carecía de títulos nobiliarios, podía enorgullecerse de su apellido. El notario Feliciani tenía una casa en Roma, donde se albergaba con sus numerosos hijos, y una pequeña propiedad en Ostia. Lorenza, la hija mayor, sin embargo, como era público, ambicionaba ocupar una situación de mayor privilegio y debido a ese afán había sido educada en colegios aristócratas. Actualmente el interés de Lorenza parecía ser el de emparentar, por medio de una sonada boda, con algún rico miembro de la nobleza. De ahí su interés por frecuentar esos círculos. Su íntima amiga, la vizcondesa de Ricci, que fuera su compañera de colegio, le servía de puente de enlace.

Cagliostro digirió pausadamente aquellas informaciones y algo más tranquilizado acudió, dos días después, a la recepción que ofrecía la joven vizcondesa. Si Lorenza buscaba un enlace con la crema de la nobleza, él no corría ningún peligro, pensaba. Sin embargo, ya no estuvo tan seguro de ello al comprobar la sensación que produjo en el salón de recepciones del palacio Ricci el anuncio de su nombre. Un delicioso enjambre de bellas damiselas salió a su encuentro y luego de rodearlo insistió de viva voz en tener alguna muestra de su original talento de predicción. Mientras complaciente y divertido procuraba satisfacer aquellas demandas, nuestro amigo buscó con la mirada a Lorenza. Un nuevo y más perceptible estremecimiento, una sensación de placer y alegría con mezcla de un absurdo temor, se apoderaron de él a la vista de la espléndida belleza de la joven. Pero mayor hubiera sido su desazón de enterarse del tenor de la conversación que Lorenza mantenía con la joven vizcondesa.

-¿Ese es Cagliostro? -decía la vizcondesa, cubriéndose el rostro a medias con su abanico-. Es joven y tiene figura... ¡pero está lejos de ser el Adonis que suponía!

-No te fijes tanto en su apostura como en lo que vale, Emilia -respondió la bella Lorenza-. El concentra en sí todo el poder de Apolo y de Alejandro, la riqueza de Creso, el porvenir de Darío__

Dicen de él que sería rey si quisiera. Posee el secreto de la piedra filosofal y puede fabricar oro o convertir el carbón en diamantes. Puede, además, leer el futuro...

-¿Quién te ha contado esas maravillas?

-El buen Giácomo... ¡aunque bien pronto se arrepintió de haberlo hecho! -concluyó Lorenza,

echándose a reír con cinismo-. Trató luego de advertirme contra su amigo, diciéndome que no era el tipo de hombres que se casan... ¡Eso lo veremos!, me dije para mis adentros.

-Si es verdad lo que dices, yo tampoco lo creo...

-¡No me provoques, Emilia!... ¡Bien sabes que obtengo todo lo que me propongo!

El destino estaba tejiendo, silenciosamente, en su telar. Expresando en su brillante mirada el inmenso caudal de su resolución, Lorenza se apartó de la vizcondesa y salió al encuentro del recién llegado. La sonrisa con que iluminó su bonito semblante hizo que Giuseppe, al interpretar su sentido, se sintiera estremecido hasta la médula.

A partir de aquel instante, le fue ya imposible substraerse al influjo fatal de la Luna Negra.

* * *

La boda de Alessandro di Cagliostro y de Lorenza Feliciani tuvo lugar escasos seis meses después. No fue un acontecimiento de campanillas, como hubiera deseado Lorenza, que todos sus actos envolvía en una aparatosa nube. Para evitar comentarios enojosos y malas interpretaciones que podían perjudicar su prestigio como magista, el siciliano impuso la condición de que la ceremonia se realizara casi en privado, en un ambiente de austeridad. Una pequeña fiesta íntima, con la exclusiva presencia de los miembros de la familia, subrayó aquel prosaico suceso que, con el devenir del tiempo, se habría de convertir en el más significativo en la vida de Cagliostro. Luego de la fiesta, los recién casados emprendieron un breve viaje de luna de miel, que comprendió una excursión por el mar Tirreno a bordo de una embarcación alquilada en Ostia a ese exclusivo objeto.

La brevedad del viaje en cuestión quedó determinada por la que habría de resultar siendo una fundamental diferencia de caracteres. Como ocurre casi en la generalidad de los matrimonios, sólo después de firmadas las actas aceptando la indisolubilidad de los lazos matrimoniales es cuando salen a relucir las verdaderas condiciones de las que se hallan revestidas ciertas personalidades. Así resultó que, exceptuando sus virtudes físicas, Lorenza carecía de toda forma de perfección moral. Transcurridos que fueron los primeros días de natural desborde pasional, se mostró tal cual era: casquivana, frívola, insensible, autoritaria, codiciosa. Sistemática y aun coléricamente rechazó los entretenimientos que le ofrecía su flamante esposo para matizar las horas de inactividad. La música la enervaba y no hallaba ningún atractivo en la contemplación de un paisaje marino o terrestre de los muchos que iban encontrando a su paso, como no la conmovían la lectura de un poema o de un selecto trozo literario. Sólo un afán, una idea, parecía acuciarla: volver a Roma y convertirse en la reina de un mundo tan inconstante y superficial como ella misma.

-Sí, amigo mío, he cometido un error -le dijo él al fiel Lucas a su regreso-, pero lo he cometido conscientemente, lo que agrava mi falta... ¡Ah, espero que de todo esto no surjan algún día males irreparables!

Lorenza quedó muy mortificada el día en que, por labios de su marido, se enteró de que él no podía convertir el plomo en oro, ni mucho menos el carbón en diamantes. ¡Ni siquiera podía decirle, a ella el porvenir! Esto, por otra parte, resultaba también una amarga desilusión para Balsamo. El mismo muro de impenetrable niebla que lo envolvía a él parecía cubrir a la que el destino le reservara como esposa. El día en que él, tomándolo como un inocente juego, intentara leer en las delicadas manos de Lorenza, una mancha blanca las cubrió, imposibilitando toda visión. Y posteriores intentos realizados por otros medios dieron el mismo resultado.

-¡Me has engañado!... ¡Eres un farsante!__ ¡Un vil embaucador! -gimoteó ella.

Durante varios días, durante los cuales fue imposible convencerla de su error, permaneció encerrada en su alcoba, sin dignarse recibir al que era su esposo, llenando el petit-hotel con su llanto histérico. Saura, su doncella, sufrió más de una vez la muestra de que su cólera era ciega y torpe como su conducta. Pero finalmente reapareció y enterada de que Cagliostro se hallaba en su estudio y a pesar de que había dado orden de que no lo molestaran, apartó con rudeza a Apolloni y a Lucas, y se plantó finalmente frente a él.

-Quiero que sepas que he adoptado una resolución -le dijo-« Por mis propios medios lograré la posición con la cual he soñado siempre y que, ilusa de mí, creía que la encontraría a tu lado... ¡No te atrevas a detenerme y ni siquiera a interferir o... o te arrepentirás!

Y sin esperar respuesta, salió furiosa, dando un portazo.

Lucas estaba pálido, no lejos de la puerta, cuando su amo asomó allí. Entre los dos hombres se cambió una mirada de consternación. Pero la expresión del egipcio decía a las claras que nada se podía hacer contra la fatalidad.

Fatalidad que golpeó de pronto, con violencia, algún tiempo después. Y de un modo virulento, y artero, preciso es decirlo.

Cagliostro se hallaba solo, cenando solo, como ya se hiciera una costumbre en él en los últimos meses. Lorenza entraba y salía de la casa, sin que bastara a detenerla ninguna reflexión. A veces su ausencia se prolongaba hasta altas horas de la noche. No hubiera sido difícil averiguar dónde estaba, pero Alessandro se negó a descender este último escalón, por temor a no resistirlo. Los resultados no se hicieron esperar. Vestidos suntuosos, pieles, joyas, empezaron a acumularse en la alcoba de Lorenza. Sus pretensiones iban todavía más allá. Empezó a quejarse de la estrechez en que vivía. Reclamó una vivienda más decorosa, a tono con su nueva condición. Quería tener, además, servidumbre propia, un carruaje particular.

Giuseppe Balsamo rogó, suplicó, amenazó, todo en vano. La temperamental Lorenza se negó a entrar en el redil matrimonial y a seguir una existencia honorable... .

-...a menos que accedas a mis deseos -le dijo ella en cierta ocasión-. Me darás todo lo que te pido y harás cuanto te diga... Para empezar, comprarás un título... Conde di Cagliostro no estaría mal.

Cagliostro había huido de su presencia, avergonzado, horrorizado... para lamentarlo poco después. Se hallaba, como hemos dicho, cenando solo, cuando se oyó la precipitada llegada de un carruaje, luego pasos ligeros, puertas que se abrían y cerraban con estrépito y al fin Lorenza hizo su agitada aparición. Tenía las mejillas teñidas de subido arrebol; en los ojos había huellas de recientes lágrimas.

-¡Alessandro! -exclamó impetuosamente, entrando del mismo modo-. ¡Si no quieres ir a dar con tus huesos en el castillo de Saint Angelo, huye!... ¿Lo has oído?... ¡Huye!... ¡Ahora mismo!... ¡Y no me preguntes cómo ni por qué!

Alessandro se puso de pie. Se había puesto pálido, pero no había precipitación en su actitud. Su mirada era interrogante, penetrante, profunda. Por primera vez desde su boda con él, Lorenza sintió miedo y retrocedió. Pero venciendo su repentino temor, procuró sonreír, demostrando de ese modo un valor que estaba lejos de sentir.

-Por supuesto, yo iré contigo... Creo que tenemos tiempo de realizar una ordenada y perfecta retirada llevando todo lo que tenemos de valor. Ordena a tus hombres que busquen carros para el equipaje...

-¿Y a dónde se supone que debemos ir? -preguntó Alessandro, al fin-. ¿Y por qué hemos de

huir?

-A Rusia, a la China, lo mismo da... El porqué, te lo contaré algún día, si estoy de humor para ello... -Volvió a ser la mujer banal y caprichosa-. Vamos, ¿qué esperas?... ¿Que vengan los corchetes y nos detengan? -Y luego de decirlo salió dando un nuevo portazo.

El fiel y enigmático egipcio estaba allí, tan inmóvil como la Esfinge del desierto, aunque su semblante expresaba, sin lugar a dudas la sorda indignación que lo dominaba. Cagliostro se volvió a él con gesto apelante.

-Ya lo has oído, amigo mío -le dijo-. Debemos partir, al instante... Lo extraño es que nada en mí se rebela contra esta tiranía; no experimento ningún impulso. Todo esto es muy extraño, pero creo que tiene una explicación: se está cumpliendo, etapa por etapa, lo que está escrito. Iremos, pues, a Rusia, o a la China... donde encontraremos nuestro destino.

Karturio se inclinó y salió.

## *Capítulo VIII*

## *EL MÉDICO DE MILAGROS*

-*Ah, Venezia, é vera una cittá!* -exclama el gondolero con sincero entusiasmo, aunque no hace sino repetir una frase sacramental- En los tiempos del imperio romano, Venecia no existía aún. El lugar donde ahora se levanta la ciudad era un conglomerado de islas de arena y de fango. Su historia comienza en el siglo V, con una serie de palafitos y aldeas... ¡Vedla ahora!... ¡Grande!... ¡Magnífica! -El hombre que está de pie sobre la alfombrilla tendida en la popa de la góndola se ladea el sombrero de paja, empieza a balancearse hacia adelante y hacia atrás sobre el extremo del largo remo, mientras la frágil embarcación se desplaza lentamente frente al muelle "degli Schiavoni"-. Aquél es el "ponte del Vin"... La hermosísima construcción contigua es el palacio Dándolo... Aquél es el puente "della Paglia" y el que se ve detrás, el de los Suspiros; llamado de tal modo porque, decíase, al pasar por él los condenados sólo pensaban en la frase que se lee en lo alto de la arcada que conduce a I03 dominios del viejo y muy avaro Caronte, que es el mundo de los muertos... El puente de los Suspiros, pese a la belleza que muestra por fuera, con el tabernáculo y la hermosísima Virgen, era en realidad el cordón umbilical entre la vida y la muerte...

-¿Cómo se llama aquel grande y hermoso palacio?

-¡Ah, el palacio ducal!... ¡Ahí lo tenéis!... ¡La más alta expresión de la gloria y del esplendor, de la magnificencia y del poder de la Sereníssima República de los Dux!... ¡Recinto sagrado del arte que exaltó de manera maravillosa la existencia milenaria de la gran República que, en cierto momento, llegó a ser la primera del mundo por su avasallante poderío!... Fue residencia de los dogos, sede del Senado, del terrible Consejo de los Dux, recinto de la Inquisición, lugar de las torturas más espantosas, tabernáculo donde se guardaba el "libro de oro" de los patricios y el "libro de plata" de los comuneros... ¡Miradlo, ahí lo tenéis!... Antes de ser palacio ducal fue gran fortaleza inexpugnable para el bárbaro, pero no para el fuego...

Y la voz del gondolero se pierde en reminiscencias y en citas históricas, mientras la elegante pareja contempla el proverbial paisaje de la ciudad de los canales. Es obvio, sin embargo, que los dos personajes, él, caballero de unos treinta y dos años, que en su vestir y en la riqueza de sus adornos y joyas muestra su elevada condición, hermosísima ella, vestida con una despampanante elegancia que es también indicio de su aristocrática posición, se hallan sumidos en sus propios pensamientos y apenas reparan en las entusiasmadas y rimbombantes

frases del gondolero veneciano.

Aquella misma mañana, en efecto, el ahora conde Alessandro di Cagliostro y su bellísima esposa, la condesa Serafina, habían celebrado un consejo de guerra. Luego de la huida de Roma, Giuseppe Balsamo y su mujer, Lorenza Feliciani, apenas habían tenido tiempo de conversar detenidamente, cambiando ideas sobre el futuro. La llegada a Venecia con toda la servidumbre y los valiosos efectos que transportaban, sin que hubieran sufrido tropiezos o inconvenientes de ninguna naturaleza, los tranquilizó en gran manera. Aunque el brazo secular de Roma era largo, nada tenían que temer por el momento. Era tiempo, pues, de echar una mirada retrospectiva y otra hacia el futuro. Y eso es lo que hizo Balsamo, encarando con madura resolución el problema de las futuras relaciones maritales.

-He reflexionado mucho sobre el particular en estos quince días -le dijo a Lorenza, apenas despertaron en la suntuosa alcoba de hotel donde hallaran refugio, en el antiguo palacio Cavalli, sobre el Canal Grande- y he llegado a la conclusión de que no puedo oponerme ni detener el curso de acontecimientos que son superiores a mi deseo o voluntad...

No era una simple casualidad que ella mostrase tanto apego a las superficialidades de la vida, agregó. Su pasión por el lujo, la riqueza, su ambición de poder, indudablemente, tenían su razón de ser. Por todo ello había decidido él secundarla en su juego, en, lugar de dejarla abandonada a su suerte. ¿Quería oro, piedras preciosas?... Los tendría a manos llenas. ¿Buscaba posición, título, nobleza, fama, gloria? No habría obstáculos para obtenerlos... Tendría todo eso y mucho más. Sería poseedora de cosas y bienes que hasta la más poderosa reina de la tierra le envidiaría...

Al oír aquellas promesas, que no eran vanas a juzgar por el tono de gravedad con que eran formuladas, Lorenza había dejado el lecho y sin reparar en su desnudez a cuartas había corrido a abrazar y besar a su consorte, presa de gran alegría, declarando que ése era el hombre a quien había elegido para esposo y no el personaje alicaído y poco resuelto que se manifestara después de la boda.

-¡Seremos dueños del mundo, Alessandro! -le dijo, dándole el nombre que prefería-. ¡Tú y yo llegaremos bien lejos y en verdad, si lo deseas, haremos que los reyes y emperadores nos envidien!... ¡Oh, sí, sí!... ¡Estoy segura de que lo lograremos!

Pero sería con una condición, había declarado a este punto el magista. A partir de hoy trabajarían de consuno acuerdo; ella tendría que acostumbrarse a obedecer; nada quedaría librado al azar. Pero, sobre todo, constituirían una sólida y fiel pareja matrimonial. Nada de subterfugios ni de infidelidades...

-Tengo tal poder acumulado en estas dos manos que temblarías si tuvieras la menor idea de cómo puedo castigarte si no cumples con lealtad tu parte -siguió diciendo él-. Por el bien de tu cuerpo y de tu alma, entonces, debes cumplir a conciencia el papel que en esta misión te ha reservado el destino...

-¿Qué misión es ésa? -preguntó Lorenza, con súbito interés.

-Lo sabrás en su momento... Por ahora satisfácete pensando en que eres un eslabón imprescindible en la cadena de logros y hazañas que nos llevarán a nuestra meta y éste es un honor que más de una mujer, de las más encumbradas del mundo, envidiaría.

Así quedó acordado y, en consecuencia, cediendo al desbordante entusiasmo de Lorenza, que ya quería ver realizado ese magnífico proyecto, Balsamo hizo algunas concesiones. Llevarían en el futuro el título de condes di Cagliostro y darían jerarquía a su condición de taumaturgo y vidente. Sería necesario trabajar en las más altas esferas y si fuera preciso, ella, con su belleza y seducción, ayudaría a abrir las puertas más rebeldes.

-¡Yo me llamaré Serafina! -había exclamado ella-. ¡Condesa Serafina di Cagliostro!... ¿Eh?... ¿No suena distinguido y aristocrático?

Alessandro debió reconocer que así era. Quedó convenida, pues, tal innovación. Para empezar, actuarían en el magnífico y noble escenario veneciano. Aquí existían rancias y nobles familias entre quienes podrían sembrar los bienes de un conocimiento superior...

-...con neto provecho para nosotros, ¿eh?... ¡Me gusta la idea! -había exclamado entusiasmada la flamante "condesa".

-Pero no olvides jamás una cosa: entre nosotros jamás habrá una mentira ni una falsedad -recordó él. Luego, súbitamente grave, agregó-: A propósito de ello, querida, aún no me has explicado las razones de nuestra huida de Roma... Pero quiero la verdad, absoluta, concluyente. No olvides que poseo modos de averiguarla por mí mismo.

Serafina -es el nombre con que la designaremos en el futuro-, se sonrojó con violencia, esquivó la mirada y gustosa habría huido de aquel aposento de serle posible, pero en la imposibilidad de conseguirlo, empezó su relato no sin antes gemir y retorcerse los dedos dando muestras de arrepentimiento y de pesar.

Había conocido al cardenal Frascari en la casa de su amiga, la vizcondesa de Ricci. El cardenal, un hombre joven aún y de naturaleza apasionada, según se decía de él, habíale demostrado desde el principio un desmedido interés. Ella había procurado escapar a su asedio porque consideraba, de acuerdo a su educación religiosa, que un príncipe de la Iglesia debía estar libre de las tentaciones mundanas. Pero la vizcondesa le había señalado que aquella prerrogativa, en los tiempos actuales de corrupción e inmoralidad, no era privativa de los cortesanos. Afin con tal criterio, la vizcondesa había propiciado algunos encuentros furtivos entre ellos, sin que Serafina, consciente de su responsabilidad de mujer casada, diera lugar ni oportunidad al más ligero equívoco. Finalmente, transcurrido un tiempo de inútil asedio, el cardenal, contando siempre con la complicidad de la vizcondesa, había logrado que ella, Serafina, concurriera a un palacio, donde se suponía tendría lugar una recepción íntima ofrecida por la marquesa de Vanni, pero donde no había nadie excepto el cardenal Frascari... Para escapar a sus torpes intenciones había sido necesario proceder con la mayor energía, a resultas de lo cual el cardenal sufrió una caída violenta, fracturándose un brazo. Temerosa de su venganza y del poder discrecional que ejercía en Roma este príncipe de la Iglesia, ella optó por rogar a su esposo que huyera. Esa era la historia.

Las lágrimas con que hizo el relato, su extrema ansiedad, las muestras de genuino sentimiento, indujeron a Cagliostro a creer en ella. Más aliviada por esta confesión, Serafina prometió que jamás volvería a encontrarla en una situación semejante, pues nunca daría lugar a ello. En fin, fueron tantas y tales sus protestas de lealtad y fidelidad que Cagliostro no sólo se mostró crédulo sino complacido. ¡Esa era la esposa ideal para un hombre que venía al mundo con una singular y sagrada misión que cumplir!

Luego de aquella reconciliación, en efecto, Serafina se mostró con él atenta y cariñosa. Resolvieron salir juntos y conocer la gran ciudad de Venecia, meta de todo viajero impenitente como ellos, que todavía no habían hallado un lugar ideal para establecerse.

Pero estaba escrito que tampoco sería Venecia el fin del largo camino óctuplo. Transcurridos un par de semanas desde su arribo y cuando se hallaban buscando una residencia ideal para establecerse -todo el personal de servicio se alojaba en una posada cercana a la residencia por ellos ocupada, con excepción de Apolloni, Lucas y Saura, la doncella de Serafina, que compartían con ellos aquella vida de príncipes-, cierto día que Cagliostro acudía a ver un pequeño palacio que Apolloni había descubierto, tuvo la agradable sorpresa de encontrarse cara a cara con su antiguo amigo, Giácomo Casanova

Resultó, sin embargo, que el encuentro no era del todo casual. Según el inveterado Don Juan, había venido desde Roma expresamente en busca de él. Para advertirle que el cardenal Frascari estaba revolviendo cielos y tierra para dar con la mujer que no sólo lo hiriera gravemente sino que le privara de un valioso tesoro de familia: una cruz de oro cuajada de brillantes, esmeraldas y rubíes, que venía en herencia directa del papa Pío I.

-El cardenal estaría dispuesto a perdonar daños y ofensas si se le devolviera esta joya -concluyó Casanova-. Pero aun devolviéndola convendría no quedarse tan cerca de Roma... La influencia secular tiene el brazo muy largo y la venganza es una fuerte pasión latina.

Cagliostro prometió a su amigo entregarle dicha joya si realmente estaba en poder de Serafina, de lo que no podía ofrecer ninguna seguridad. No obstante, cuando quedaron solos, volviéndose a Lucas, con expresión compungida le dijo:

-¡Ay, amigo mío!... ¡La Luna Negra empieza a ejercer su nefasta influencia!

El asunto de la joya promovió un nuevo incidente con Serafina y probablemente se hubiera salido ella con su propósito de no devolverla -con una ingenuidad verdaderamente conmovedora declaró que se había encariñado con ella- a no obrar Alessandro con gran energía. Finalmente hallada la cruz, el propio Lucas se encargó de llevarla al amigo del cardenal Frascari. A requerimiento de Cagliostro, Casanova no tuvo reparos en entregar un recibo por ella.

-Pero dile a tu amo que el suelo de Venecia no es seguro -le recordó.

-¿Dónde iremos que podamos encontrarnos en cierta seguridad contra el poder secular? -lloriqueó Serafina-. ¡Ay, jamás encontraremos paz, sin la cual es imposible toda prosperidad!

Había dos caminos, repuso Cagliostro: uno, Oriente -que él ya conocía y no ofrecía muchas perspectivas-, o Rusia. ¡Rusia, donde una mujer genial estaba realizando profundas transformaciones y donde las personas de genio tienen abiertas las puertas de la fortuna y de la fama!

-¡Será Rusia, entonces! -exclamó Serafina, reanimándose y sonriendo a pesar de sus lágrimas.

Cagliostro se volvió y cambió una significativa mirada con Lucas. El enigmático egipcio no dio muestras de ninguna preocupación. ¿Veía en esta defección de su amo un indicio de la voluntad de un poder sobrenatural, frente a la cual nada podía la visión de un hombre superior? De cualquier modo que fuere, ahí estaba el Gran Taumaturgo, sometido a los caprichos de una mujer frivola y sin escrúpulos.

¡La Esfinge tenía también cabeza y senos de mujer!

Algún tiempo después, una principesca caravana compuesta por cuatro vehículos se internaba en las desoladas y blancas estepas rusas luego de haber cruzado las verdes y fértiles tierras de Hungría. A su paso fueron quedando rezagadas, sumidas en el sopor del largo y pesado sueño hibernal, las poblaciones perdidas entre valles y montañas de complicada perspectiva, entre ríos y bosques habitados por las dos clases de lobos que suelen infestar las estepas, los cuadrúpedos armados de agudos colmillos y los bípedos, de filosos cuchillos. En los pueblos y ciudades, las gentes, humildes lugareños y campesinos, al paso raudo de los carruajes admiraban no sólo su suntuosidad y riqueza, sino la calidad de los viajeros, que debían ser de principalísima prosapia, a juzgar por el blasón estampado en las portezuelas del carruaje más grande y lujoso, arrastrado por un tronco de seis caballos negros: un escudo diademado dentro del cual, sobre campo azur, se veía una serpiente dorada en el acto de morderse la cola y formando un círculo. Dentro de ese círculo, rodeado de gules, un triángulo buriel en cuyos vértices se destacaban las letras V.F.P., esto es, el tamtram ocultista: Vida = Fuerza = Poder.

Y cuando al cabo de un tiempo la caravana hacía su entrada en la gran capital rusa por la puerta Oktiábrskaia, sería el mismo blasón y el suntuoso tren que los seguía el que habría de llamar la atención de los moscovitas. Al final de un largo invierno, Moscú emergía lentamente de bajo de su albo manto de hielo, pero la ciudad conservaba esa característica única que la distingue entre las ciudades más importantes de Europa, por la conformación singular y exótica de sus torres, domos y cúpulas, por la simetría de sus calles abarrotadas de gentes y vehículos de extraño aspecto para la mentalidad occidental. La ruda apariencia de los hombres, perteneciesen éstos a las clases elevadas o a la de los mujiks, contrastaba en gran modo con la gentileza y la belleza de sus mujeres.

-¡Un mundo hermoso, maravilloso! -decía Serafina, batiendo palmas, regocijada como una chiquilla.

Su regocijo se trasuntaría mejor en una un tanto extensa misiva que la "condesa" de Cagliostro envió, pocos días después, a su amiga la vizcondesa de Ricci:

"Ciertamente, te parecerá una novela la que voy a escribirte, ¡pero cuánto deseo que estés aquí y conozcas Moscú! Moscú es una ciudad pujante donde las horas transcurren a un ritmo enloquecedor, pues nunca se cansa una de admirar las rarezas y las cosas extrañas en las costumbres de este pueblo, todo lo cual se trasunta en sus casas, palacios, plazas, calles, monumentos y, sobre todo, en su gran Kremlin... Hay señorío, altivez y riqueza, ¡riqueza! en todo este mundo. Los nobles rusos, los boyardos, visten a su estilo cafkaas y gorros de pieles con bordados de oro y adornos de seda y de raso que son verdaderas obras de artesanía. Pero su vestimenta, con ser tan rica y elegante, languidece ante la exhibición de joyas, de oro y de piedras preciosas en una abundancia aplastante y verdaderamente oriental. Los pomos y las empuñaduras de sus armas están cuajadas de perlas y brillantes y otras valiosísimas gemas. Sus cinturones y correas van bordados con hilos de oro puro, y los adornos de metal, como las hebillas y ojalillos, son también de oro... ¿Y qué decirte cómo visten y se engalanan las mujeres? La riqueza, la elegancia y la bizarría de los varones, que con sus enrizadas y perfumadas barbas enloquecen a las mujeres que proceden de Roma, de Berlín, París o Londres, o Viena, quedan muy superadas por la riqueza y la elegancia de la vestimenta femenina. Sin exagerar podría decirte que una dama de la nobleza exhibe en una recepción más joyas que una estirada reina de cualquier corte europea... Suma a todo ello el candor y aun ingenuidad de estas buenas gentes, su ilimitada confianza en el género humano, y tendrás una idea del campo de acción que se encuentra aquí!"

Los condes de Cagliostro, luego de permanecer por algún tiempo en la Posada Imperial, el alojamiento realmente principesco de Moscú, adquirieron un palacio sobre el malecón Kremliovskaia, con frente al río Moscova y situado a poca distancia del Kremlin, lugar que Cagliostro estimaba como gran teatro de sus futuras actuaciones.

La presencia de los condes de Cagliostro en Moscú se hizo notar en primer término por la importancia de su séquito, pero, por supuesto, Cagliostro no había estimado que ello sería suficiente para darse a conocer. Catalina II, como buena occidental que era, apartándose del nacionalismo negativo de su antecesora, la emperatriz Isabel, desde que asumiera el mando del Imperio en una dramática jornada se había rodeado de destacados personajes de la nobleza, la diplomacia y las ciencias y las artes de Europa. Podía afirmarse, en consecuencia, que su Corte se hallaba integrada por un cincuenta por ciento de aristócratas, diplomáticos, filósofos, escritores, poetas, pintores, músicos y artistas provenientes de los centros más destacados de Italia, Francia, Alemania y Austria.

En consecuencia, a menos que un occidental viniera y se destacara de alguna manera realmente insólita, su presencia pasaría desapercibida. Y a menos de confesar una lamentable orfandad de amistades e influencias, jamás conseguiría trasponer los rígidos y atemorizantes portones del Kremlin, que mayor desprestigio no cabía para quien se titulara noble. Los

Cagliostro se hallaban munidos, pues, de excelentes cartas de recomendación y de crédito para las más altas personalidades del Imperio, incluyendo a la misma Catalina II. Príncipes, duques, condes, marqueses, barones, generales, almirantes, integraban esa gran lista y los palacios y las mansiones de mayor relevancia abrieron sus puertas para tener el privilegio de recibirlos. En todos los tiempos, en todas las latitudes, la demostración de riqueza es el signo más evidente de grandeza y poder. Por tanto, si los Cagliostro podían exhibir tan inmenso caudal de fortuna, indudablemente pertenecían a la más rancia nobleza de una de las naciones más aristocráticas de la tierra.

Este silogismo sofista habría de tener -siempre lo tuvo- un resultado halagüeño para los extranjeros. Al principio llovían de tal manera las invitaciones que se veían en apuros para complacer a unos sin herir a otros. Las dificultades del idioma pudieron ser vencidas con el empleo de lenguas tradicionales como el francés y el alemán -que Cagliostro y Serafina conocían a fondo-, pues no había un aristócrata ruso que no conociera tales idiomas y que no hubiera estado, por lo menos una vez, en París, Berlín o Viena. El grado de inteligencia y predilección por los estudios facilitó luego el dominio de la lengua rusa y los Cagliostro se sintieron doblemente a gusto cuando, por medio del lenguaje llegaron a conocer y profundizar las bellezas naturales y artísticas del país, a mezclarse de un modo más directo con sus gentes y no solamente con las castas privilegiadas.

El personal de servicio seguía siendo el mismo y Cagliostro prefería correr con los gastos que demandaban los viajes y alojamientos a tener que contratar gentes desconocidas. Este singular tratamiento tenía la virtud, por otra parte, de provocar la gratitud y la lealtad de sus servidores, que sin la ayuda espléndida de tal amo hubieran vuelto sin duda a su anodina y aun miserable existencia anterior. Esta complementación, como veremos luego, entre amos y criados, iba a producir excelentes dividendos en el futuro.

De un modo natural y aun diríamos espontáneo se produjo, pues, la conexión de los supuestos nobles itálicos con el sofisticado y orgulloso mundo de la aristocracia y la plutocracia rusas. Si alguna influencia o recomendación faltaban para ganar decididamente la simpatía de los cortesanos rusos, la habrían de hallar a satisfacción en la belleza y la atrayente personalidad de Serafina. La condesa había comprendido la importancia que tendría para el porvenir el saber ganarse ahora la sincera amistad de los grandes señores rusos. Y los altivos nobles y boyardos no se mostraban, de ningún modo indiferentes a una encantadora sonrisa esbozada en el momento más indicado para sugerir e insinuar relaciones más íntimas y agradables.

Pero Serafina, de motu propio, realizó una tarea igualmente importante y decisiva: en los salones donde eran recibidos, de una manera harto discreta y por ello mismo más sugestiva, hizo circular adecuada información sobre las actividades secretas del conde. Esto, por otra parte, venía a confirmar algunas referencias sobre tal tipo de actividades y contenidas en las cartas de recomendación que presentara Cagliostro.

Puede comprenderse entonces el interés con que se recibía cada aparición del conde Alessandro di Cagliostro en los ricos y pesados salones rusos. Las recepciones en éstos, según la tradicional costumbre rusa, eran una excusa para beber y comer sin límites, y para tejer intrigas políticas, diplomáticas y de alcoba, también sin límites. De aquí que Cagliostro y su mujer se vieran un tanto en dificultades al principio, pues una vez empezada una de esas bacanales rusas resultaba imposible lograr la seriedad y concentración necesarios para apreciar los beneficios que podían brindar las ciencias ocultas. Luego se presentaba también la dificultad de asimilación de grandes cantidades de tradicionales y pesados platos rusos, así como de sus bebidas, capaces de tumbar a un toro con una sola copa. Mas como el conde di Cagliostro seguía un determinado plan, pronto encontró una solución al problema. Cada una de sus presentaciones se realizaba algunos momentos antes del tradicional banquete, cuando la sobriedad de los presentes garantizaba el éxito buscado. Terminada la actuación, Cagliostro

se retiraba discretamente, no dando lugar así a una promiscuidad contraproducente para su trabajo.

Continuando con el procedimiento ya establecido en otras partes, estas actuaciones, digamos, en público, eran completamente libres y sin cargo. No llevaban otro propósito que el de interesar a las personas para realizar con él consultas privadas. Esta técnica no fracasaba nunca. A los días siguientes a la recepción -a veces en un lapso de horas- aparecían los interesados, formulando sus problemas y buscando una solución a los mismos. Cagliostro era quien aconsejaba el procedimiento a seguir, según la naturaleza de la cuestión planteada. La mayor parte de las veces -ello le daba lugar para otras consultas-, sin embargo, procuraba solucionar el asunto mediante la bola de cristal mágica. O apelando a la quiromancia, o la astrología. En muy raras ocasiones apelaba a las evocaciones de los muertos, pues para tener éxito se requería tiempo de aislamiento total y de preparación. Tampoco se mostraba muy pródigo en valerse de la piedra filosofal. A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, veía con alarma que la cantidad disminuía visiblemente. Por el momento era imposible pensar en restituir las cantidades que se iban gastando; para lograrlo tendría que valerse por sí mismo de la gracia de un conocimiento superior, la cual no obstante, no se le había otorgado aún. Frecuentes consultas a la medalla de la Esfinge no habían dado resultado alguno; los sagrados jeroglíficos seguían siéndolo para él, a pesar de sus condiciones y conocimientos de Adepto. Todo ello le obligaba a mostrarse cauto en cuanto a su uso.

El palacio que adquiriera en el malecón Kremliovskaia, como es de suponer, sirvió también a los efectos de extender las relaciones y amistades en el alto mundo moscovita. El edificio contaba con todas las dependencias necesarias a sus múltiples propósitos y en cierto grado superaba en esplendor y riqueza a las que tuviera en Nápoles y en Roma. Como de costumbre, el sector al cual más atención dispensaba era aquél de sus estudios y prácticas esotéricas, sin descuidar el laboratorio de alquimista y menos el *sancto santorum* de los rituales mágicos. Era en este escenario donde se realizaban a diario las consultas más notables y aun extravagantes, sobre los temas más asombrosos. Los miembros de la nobleza rusa, a pesar de ese barniz de civilización con que se mostraban en las grandes recepciones diplomáticas o cortesanas, mostraban en lo íntimo sentimientos, pasiones y ansias en los que podían rivalizar con los más ignorantes y brutos mujics. Tanto los boyardos y caballeros, como las damas de aspecto hermoso y delicado, llegaban al vidente con las peticiones más extrañas relacionadas con el amor, la ambición de riqueza o de poder.

En cierta ocasión, por ejemplo, se vio obligado a atender al omnipotente Gregorio Orlov, el favorito de Catalina. Un par de noches antes lo había visto embriagarse hasta la brutalidad en una de tantas reuniones y se sorprendió no poco cuando, perdiendo una mentada ecuanimidad, el apuesto aunque burdo conde se echó a llorar en brazos de un amigo. No fue poca la sorpresa de Cagliostro cuando se presentó el favorito en su palacio demandando ser atendido. Orlov, un hombre alto, robusto, de actitud y ademanes resueltos, se mostraba en esta ocasión alicaído, con evidentes muestras de haber estado bebiendo hasta el agotamiento; su mirada era huidiza, culpable, atemorizada.

-¡Salvadme! -exclamó histéricamente apenas Cagliostro salió a su encuentro en la sala de recibo-. ¡Salvadme o dadme la muerte, pero en este tormento no puedo vivir! -Y se retorcía las manos y ofrecía un penoso espectáculo, pues nada hay más triste que la prepotencia vencida por las angustias del ser interior.

Cagliostro le prometió hacer lo posible por aliviarle de su mal, pero antes tendría que explicarle qué le ocurría. La respuesta no sólo fue sorprendente, sino apabullante. Aquel hombre, que se encontraba en la flor de la edad y a un gesto del cual las mujeres más encumbradas y bellas del imperio se rendían voluntariosamente, se hallaba enamorado... Perdida, terriblemente subyugado, ¡por una jovencita de escasos trece años y que además era

su prima carnal! Explicó que había hecho de su parte lo imposible para escapar a ese embrujo y a cada nuevo intento había visto con horror que su pasión crecía y crecía monstruosamente.

-¡Dadme, pues, algún elixir de esos capaces de rendirla a mis deseos, o un tósigo que al tomarlo yo me fulmine como el rayo!... ¡Todo, todo, menos este horrible, este espantoso tormento! -gimió.

Ciertamente, ésta fue una de las ocasiones en que Cagliostro se vio realmente en apuros. Acceder a las demandas del conde era atentar contra principios de moral; no hacerlo significaba indisponerse con uno de los hombres más poderosos del imperio, con alguien que con sólo mover un dedo podía aplastarlo como a un insecto. Salió del paso expresando que no era necesario ninguna de las cosas que pedía; todo se resolvería favorablemente si él tenía una oportunidad de ver y hablar a la joven en cuestión. Seguramente el señor conde no tendría dificultades en traerla y presentársela.

Orlov se rascó la barba, perplejo.

-En verdad -le dijo-, me habéis puesto en un verdadero aprieto. Mi pequeña prima Zymovjiev huye de mi presencia como a la vista del demonio... ¿Cómo conseguiré convencerla para que me acompañe?

-Entonces dadme una oportunidad de conocerla... Haced que alguna de vuestras amistades la invite al mismo tiempo que a mí. Y el resto correrá por cuenta mía.

-Lo haré -prometió el conde, más reanimado-. ¡Vaya si lo haré!... ¡Pronto tendréis noticias mías!

La historia dice que Gregorio Orlov no tuvo tiempo de cumplir su promesa, pues su imperial amante lo envió al sur con una importante misión militar. Dice también que el conde se ingenió de algún modo para que la pequeña Zymovjiev integrara su séquito personal y que de ese modo encontró la oportunidad que fuera a buscar al palacio de Cagliostro. Y dice también que Catalina II, al enterarse de ese acto de brutal infidelidad, lloró mucho y se consoló llamando a su lecho al otro Gregorio en su vida, Potemkin. Posteriormente Orlov se habría de casar con su prima, por orden de Catalina, llevando a partir de entonces una existencia menos turbulenta

* * *

Un año después de su llegada a Moscú, la pareja di Cagliostro se hallaba totalmente identificada con el ambiente, la sociedad y el pueblo ruso. Superada la valla del idioma, tal identificación se aceleró hasta el punto de que, en cuanto a vestimenta y costumbres, se podía decir que los extranjeros habían asimilado las del país en lugar de imponer las suyas.

La celebridad de Cagliostro, debido a esa misma circunstancia, llegó al climax. El conde italiano y su bella consorte no sólo eran conocidísimos en la Corte, sino que junto con ella iban de Moscú a San Petersburgo y a todo lugar donde se instalase la Emperatriz, ya fuese en plena función de gobernante o simplemente como soberana que buscaba solaz físico en lugares de reposo o de vacaciones. Esta costumbre de pasar el verano en San Petersburgo y en sus famosas mansiones aledañas a Kronstagt, sobre el golfo de Finlandia, y el invierno en Moscú, obligaba a masivos desplazamientos de la Corte y de cuantos medraban a su costa, tales como mercaderes, artesanos, artistas, músicos, juglares, etcétera. Los miembros más prominentes de la nobleza, por tal razón, tenían dos residencias, una en la ciudad fundada por Pedro el Grande y la otra en la que se levantaba orgullosa y pujante junto al famoso río



Librodot

Moscova. Cagliostro debió seguir dicha costumbre y adquirió también una propiedad en San Petersburgo.

Su continua presencia en la Corte y sobre todo su actuación privada y pública como gran taumaturgo habían convertido a Alessandro di Cagliostro en un personaje casi tan popular como la misma Catalina o cualquiera de sus amantes, los Orlof o Potemkin. Transcurrido aquel primer año se podía decir que toda la aristocracia rusa y una gran parte de la influyente clase de comerciantes, había consultado al famoso vidente sobre alguna cuestión personal y demasiado íntima para ser confiada a ningún mortal.

Los problemas de las privilegiadas castas rusas no diferían mucho, es cierto, de los problemas que afligían a otras personas en distintos lugares del globo, pero en Rusia la cuestión asumía un carácter distinto. La arraigada fe religiosa de los rusos iba a la par con su credulidad y aceptación de los hechos más inverosímiles. Y no era esto solamente; tanta era su fe, en efecto, que pagaban a peso de oro las consultas y además, cuando obtenían el resultado satisfactorio perseguido, se mostraban sumamente generosos haciendo presentes en joyas y piedras preciosas.

De más está decir que Serafina di Cagliostro creía estar viviendo en la gloria. Mimada por los más valientes y apuestos boyardos, admirada por los nobles rusos sin distinción de edad o rango, figura predilecta en los salones, frecuentemente obsequiada con fiestas en las que ella era la reina, y, sobre todo, halagada en extremo por los valiosísimos presentes en oro, joyas y pieles que recibía a diario, decía con frecuencia que Rusia era el país más maravilloso del mundo y los rusos los seres más encantadores de la creación.

Cagliostro coincidía con esta apreciación en muchos aspectos. Sin embargo, obligado a contemplar la otra cara de la moneda, es decir, a mirar profundo en el alma de ese pueblo, descubrió que allí se agitaban las más torpes pasiones. Era agudo el sensualismo de ambición, de intriga, de poder, que había debajo de la piel de aquellos nobles cortesanos y de sus muy bellísimas y gentiles hermanas, esposas e hijas. Aunque a veces descubría también, en un admirable y aun conmovedor contraste, sentimientos elevados que iban a la par de aquellos.

Es de imaginar que el escenario y los personajes coincidían también con los casos -comedias, dramas y aun tragedias- expuestos. De este modo Cagliostro se vio muchas veces frente a problemas no siempre de fácil solución.

Así ocurrió aquella vez en Moscú. Hacía poco que la Corte de Catalina II se trasladara al Kremlin, disponiéndose a pasar del modo más grato el próximo y prolongado invierno. Encadenados a esta rueda de incesante movimiento, los Cagliostro llevaban una vida agitadísima, cada uno en su esfera de actividad: Cagliostro en su estudio y *sancto santorum,* y Serafina brillando como una lámpara incandescente en aquella alegre y poco sofisticada sociedad.

Cierta noche de principios de diciembre, Cagliostro hallábase en su estudio, esperando una reservada visita. Serafina había acudido al palacio de la princesa Daschkov, donde se ofrecía una gran fiesta. Por este tiempo y lograda la resonancia necesaria, Cagliostro ya no hacía demostraciones públicas de sus milagrosos conocimientos esotéricos. Su celebridad era tal que cada aparición en público provocaba verdaderas aunque molestas aglomeraciones.

Cagliostro encontrábase, repetimos, en su estudio, cuando oyó el ruido de un carruaje que corría por el *quai* moscovita, casi desierto a la sazón porque soplaba una fuerte ventisca anticipando una próxima tormenta de nieve. El característico rin-tin-tin de la campanilla con que el vehículo anunciaba su presencia era indicio de la calidad de su dueño.

Momentos después, en efecto, aparecía Lucas y anunciaba a su amo la presencia del duque de Wockchov. Cagliostro se quedó perplejo. Según las referencias que tenía sobre su visitante,

no era ése su nombre. Sin embargo, creyendo haber sido mal informado, dio la orden de que lo hicieran pasar. No tardó en hallarse en presencia de un caballero alto, un tanto obeso, de rostro afeitado y cabello canoso. Había dignidad en su expresión y en su porte, pero su mirada traslucía un pesar profundo.

Al verlo y reconocerlo, Cagliostro echó un pie atrás.

-¡Vos, señor! -exclamó sordamente.

-¡Cómo!... ¿Me conocéis? -preguntó el recién llegado, con sorpresa.

Cagliostro no respondió, pero con su inclinación lo admitió. Sí, lo conocía. Lo había visto en una recepción palaciega y se le informó que su nombre era Alexei Razumofsky y que había sido en un tiempo el amante -incluso existía la fuerte presunción de que fuese el esposo morganático- de Isabel Petrovna, la Emperatriz de todas las Rusias, predecesora de Catalina II. ¿Qué razones tenía el antiguo favorito del Imperio para cambiarse de nombre y, sobre todo, para venir a ver al taumaturgo? Ciertamente no era Razumofsky la visita que Cagliostro esperaba.

-Señor, ¿qué puedo hacer por vos? -preguntó el vidente.

-Podéis devolverme la alegría de vivir -respondió con gravedad el viejo Razumofsky-. Nada sino un afecto me retiene en este mundo y ese lazo se está por romper...

Hay una mujer, una joven, en su casa. La aqueja un mal desconocido, terrible, que hace peligrar su vida. Los mejores médicos rusos y aun del extranjero nada han podido hacer por ella. Desconocen el mal y su origen. Esa joven y promisoria existencia se agota, pues, como una débil bujía.

-Tuve un sueño, una revelación -siguió diciendo el antiguo favorito-. Os veía a vos de pie junto a un carruaje, sosteniendo de la mano a la joven de quien os hablo... Claramente visible me resultó el escudo de armas, que vi en otra ocasión y que me ayudó a identificaros. De ese modo tuve la convicción de que vos y ningún otro puede curar a mi... a la joven en cuestión.

-Vuestra fe, señor, me honra. Confío en que no os sintáis defraudado. Estoy pronto a seguiros.

Por un buen espacio de tiempo oyó Cagliostro, sumido en graves pensamientos, el tintinear de la campanilla del carruaje mientras cruzaba las silenciosas y anchas calles moscovitas batidas por la ventisca. Por su parte, Razumofsky no decía palabra alguna, quizá para no revelar sus emociones. Por fin el carruaje se detuvo frente a una casa de aspecto modesto, de dos plantas. Al descender del carruaje, el magista echó una mirada a su alrededor y reconoció el lugar. Aquélla era la plaza Maiakovsky, un lugar fácilmente reconocible por el espacio central despejado y desprovisto de adornos y por los edificios circundantes, entre ellos una iglesia con su característica torre en forma de cebolla.

No habían hecho sino bajar del carruaje, cuando la puerta principal de la casa se abrió y salió una mujer lanzando agudas exclamaciones de pesar, en medio de un conmovedor llanto.

¡Kathuska, la joven a quien venían a ver, había muerto!

El antiguo favorito lanzó un gemido y herido certeramente en el corazón estuvo a punto de desplomarse. Cagliostro se hizo cargo de la situación y luego de sacudir y reanimar a Razumofsky ordenó a la mujer, que indudablemente era un ama, a que lo condujera a la cámara mortuoria.

Momentos después entraba silenciosamente en una alcoba amueblada y adornada según el clásico estilo ruso, con muebles oscuros y pesados, de gruesos cortinados y alfombra, donde,

sin embargo, con graciosos adornos, habíase intentado quitarle ese sello de pesadez y opresión. En el lecho adoselado, entre sábanas y cobertores blancos, apenas se advertía la presencia de una figura pequeña, que parecía de cera, de negra y reluciente cabellera. Aún tenía los ojos y la boca abiertos, las manos plegadas sobre el pecho.

-¡Isabel, hija mía! -estalló en lágrimas el viejo Razumofsky, cayendo de rodillas al pie del lecho-. ¡Mi pequeña Kathuska!... ¡Muerta!

El impulso, neto, incontenible, irrefrenable, obligó a Cagliostro a Inclinarse sobre la bella y pálida imagen. El suyo fue un acto espontáneo. En él obraban las fuerzas vitales de la naturaleza, porque todo está vivo en ella y por tal razón todo se mueve y cambia insistentemente. "El cuerpo es una vestidura del alma '-dice el texto nigromántico-. Cuando esa vestidura está completamente usada o grave e irreparablemente destrozada, la abandona completamente y no vuelve a ella. Pero cuando por un accidente cualquiera esa vestidura se le escapa sin estar usada o destruida, puede en ciertos casos volver a ella, sea por su propio esfuerzo, sea con el auxilio de otra voluntad más fuerte y más activa que la suya... El soplo caliente es Vida, como Poder es la suma de Fuerza, que también es Vida."

Las manos de Cagliostro, temblorosas, se posaron en las carnes tiernas y aún tibias de la bella figura de cera e inclinándose más posó sus labios en aquellos otros entreabiertos y que parecían implorar la suprema caricia de la vida para escapar a la horrible y fría opresión de la muerte.

El soplo caliente insufló vitalidad, energía, dinamismo, en el cuerpo yaciente y prematuramente agotado. El beso de la vida empezó a correr de nuevo por aquellas tenues corrientes sanguíneas y linfáticas que se estremecieron de gozo cuando el fluido, la luz activa existente en el misterio del Cosmos llegó a ellas y las reactivó dándoles conciencia de nueva fuerza y energía.

-¡Kathuska, despierta!

La orden, vibrante; la voz, autoritaria, obraron el milagro de la resurrección... Kathuska se estremeció, lanzó un débil gemido y luego abrió los ojos.

"Cuando el Salvador resucitó a la hija de Jairo, alejó de allí a cuantos lloraban y hacían ruido, diciéndoles: «Esta joven no está muerta; duerme». Luego tomó de la mano a la niña, la levantó bruscamente y le gritó: «¡Joven, levántate!». La joven, cuya alma indecisa vagaba todavía cerca de su cuerpo, sorprendida por el acento de la voz, abrió los ojos y se levantó..."

Frente a tal prodigio, el antiguo y poderoso favorito, Alexei Razumofsky, cayó de rodillas ante el Adepto, sin osar alzar la vista a él. La bella paciente, arrancada de este modo al gélido abrazo de la parca, volvió a gemir dolorosamente. Cagliostro tornó a inclinarse a ella y tomándola de ambas manos le ordenó que no se dejara vencer por el sueño sin despertar. Y cuando hubo logrado su objeto, empezó a realizar pases magnéticos por todo el cuerpo, trasmitiendo así su propia energía para que Kathuska se recobrara con ella. En pocos minutos quedó operado el prodigio, del cual podrían dar fe aquellas dos personas que arrodilladas y sollozantes observaban al gran terapeuta sin atreverse a mirarlo a los ojos, por temor a quedar fulminados por la energía que irradiaba de ellos.

Pero Cagliostro no dio por terminada su labor sino hasta bien avanzada la noche. Hasta entonces permaneció sentado en el lecho, junto a la paciente, manteniendo ambas manos sobre el costado izquierdo del cuerpo.

-Vuestra hija sufre de un trastorno glandular -le explicó al maravillado padre-. El bazo, un órgano destinado a crear glóbulos rojos, no cumple su misión de un modo adecuado. Eso ha dado lugar a una desorbitada aparición de glóbulos blancos, lo cual, a su vez, provocó esta



Librodot

enfermedad que se conoce como cáncer de la sangre... Es necesario reactivar la normal función del bazo mediante aplicaciones magnéticas, durante una hora por día. Eso la curará por completo...

La gratitud, la emoción, la alegría, impiden que el conde Alexei Razumofsky pueda expresar de viva voz su agradecimiento. Finalmente, venciendo su emoción se acerca al lecho y abraza al terapeuta y, según la costumbre rusa, lo besa en ambas mejillas. Kathuska contempla la escena sonriendo débilmente. Se vuelve a Cagiostro y le dispensa la gracia de su ahora cálida sonrisa.

-Por lo que veo, caballero -dice en tono todavía débil-, sois mi nuevo médico... Me alegro de ello, pues me siento mucho mejor que en los últimos meses...

Cagliostro, que la ha vuelto a tomar de las manos, le devuelve la sonrisa y asiente, infundiéndole nuevos alientos. Luego se inclina para besar esas delicadas y aún pálidas manitas. Se detiene en su propósito. Volcadas hacia él están las palmas, llenas de significativos símbolos. Un nuevo impulso lo inclina a estudiar esas líneas. También resulta ser un acto espontáneo.

De pronto lanza una aguda exclamación y se pone de pie con cierta violencia. Cagliostro, el genial taumaturgo, mira a la joven. El espanto se ha estereotipado en su semblante. Se vuelve y mira al padre y esboza un gesto y mueve los labios como para decir algo. Sin embargo no alcanza a proferir palabra alguna y entonces, como si súbitamente hubiera enloquecido, se precipita fuera del aposento.

Momentos después el viejo Razumofsky le daba alcance en el vestíbulo. Le retuvo del brazo, exclamando con acento compungido:

-¡Conde, os lo ruego!... ¿Qué sucede?.... ¿Por qué huís de este modo?... ¿Qué habéis visto que os aterra tanto? ¡Por piedad, no me dejéis sumido en las tinieblas de la desesperación después de haberme hecho ver la luz!... -Había emoción y aun llanto en el acento del antiguo favorito.

-Entonces, dejad que selle mis labios... Creedme, es mucho mejor para vos, para ella y para mí. Además, es posible que esté equivocado... Sí, es posible.

El conde Razumofsky contempló con horror al vidente y sin darse cuenta de ello lo soltó y dejó ir. Cagliostro se precipitó fuera de la casa y dejó que la helada ventisca le castigara el rostro, reanimándolo.

Le resultó del todo punto necesario esa reanimación para escapar a la idea de que había cometido un error fatal al volver a la vida a la desdichada Isabel Razumofsky... ¡Cien, mil veces le valiera haber quedado muerta frente al siniestro sino que la esperaba!

## *Capítulo IX*

## *LA NOCHE DEL AQUELARRE*

-¡Pobre e infortunada Isabel!... ¡Desdichada criatura!... iPor qué no la dejé dulcemente dormida como estaba?... ¿Por qué horrible arcano debí volverla a la vida sólo para someterla a las torturas de una espantosa muerte?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

De esta suerte se quejaba Alessandro di Cagliostro, varias horas después de los acontecimientos narrados en el precedente capítulo, mientras encerrado en su estudio aguardaba el regreso de Serafina. Pero no encontraba respuesta a este penoso interrogante, como no conseguía tranquilizar su conturbado espíritu. Todavía tenía frente a sí a la dulce y

bella Kathuska, en quien nada hacía vislumbrar su terrible destino. Por primera vez en su vida lamentó Cagliostro este poder que le permitía conocer con anticipación el destino de algunas personas. No obstante el absurdo de ello, confiaba en haberse equivocado. Lo deseaba de todo corazón .

-Ciertamente, la culpa de los padres debe haber sido muy grande para que la buena y gentil Isabel merezca semejante suerte[1] -se dijo no obstante, íntimamente convencido de que se cumpliría el fatal designio de los cielos.

Como se ve, Cagliostro asignaba más importancia al significado de su vaticinio que al fenómeno mismo. Así tenía que ser, en efecto, puesto que, siendo un Adepto, estaba seguro de lograr esos y otros resultados aún más sorprendentes de su alta taumaturgia. El doble caso de terapia milagrosa y aguda predicción del futuro, sin embargo, no iba a pasar desapercibido. La noticia de la resurrección corrió como un reguero de pólvora por Moscú y por todo el suelo de Rusia, llegando a trasponer incluso sus fronteras.

En consecuencia, el nombre de Alessandro di Cagliostro imponía admiración y aun un respetuoso temor entre los rusos. Corrió la voz de que se estaba ante un santo o, más probablemente, un hombre o mortal común que tenía un pacto con el demonio. Quizá la conducta un tanto liberal de Serafina daba lugar a esta última creencia.

Se celebraba el cumpleaños de Catalina II y a este propósito la gran emperatriz ofreció una fiesta destinada a sobrepasar en mucho a las que se ofrecieran antes, incluso en tiempos de Pedro el Grande. La corte, la nobleza en pleno acudió a la gran recepción que tuvo lugar en el Kremlin. Como es de suponer, también estaban presentes los señores embajadores de las potencias europeas y los miembros más representativos de las letras, las artes y las ciencias -esto último porque Catalina favorecía su expansión-, así como príncipes de la Iglesia y representantes del Ejército y la Marina, y en consecuencia también habían sido especialmente invitados los condes de Cagliostro. Por supuesto, ésta no es la primera vez que los Cagliostro se encuentran con la Emperatriz en casi dos años de permanencia en Rusia. Pero en las anteriores ocasiones dicho encuentro se realizó de una manera protocolar, con el besamanos de rigor y el regalo de una sonrisa soberana.

Ahora, en medio del esplendor y el brillo de la fiesta, Cagliostro tiene la impresión de que lo vigilan muchos pares de ojos, de que se siguen sus movimientos y se registran los incidentes de su comportamiento. Esta sensación no desaparece hasta que un clamor general y un repentino e inusitado movimiento de cortesanos anuncia la aparición de Su Majestad Imperial. En efecto, instantes después, Cagliostro alcanza a tener una visión de Catalina II, aunque a cierta distancia, pues el gentío le impide acercarse más. La Emperatriz aparece vestida con sus mejores galas, mostrando lozanía y robustez. A los cuarenta y seis años, Catalina conserva mucho de su antigua belleza, que se encargan de restaurar especialistas franceses con remedios, fórmulas y recetas de Oriente. Su majestuoso vestido, y sus adornos en joyas, denuncian también la influencia francesa en la moda rusa. Aun siendo alemana -y prusiana- de origen, Catalina siente particular predilección por todo lo que proviene del país de sus grandes amigos, Voltaire y Diderot. Recuérdese que desde sus primeras actuaciones como Emperatriz de todas las Rusias, Catalina impuso decretos, úkases y leyes inspiradas en la filosofía social de Montesquieu. La predileccción por la influencia, estilo o moda franceses, se manifiesta en todas las

[1] ***Isabel Razumofsky, en efecto, apenas el autor de sus días desapareció del escenario de la***

***vida, intentó hacer prevalecer el derecho de ser la hija de Isabel Petrovna y heredar legítimamente el trono que retenía la usurpadora Catalina. Capturada y acusada de atentar contra la seguridad del Estado ("el Estado soy yo", diría Catalina), fue sepultada en vida en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde murió loca y en medio de los más horribles tormentos físicos.***

actividades y esferas, desde las políticas y diplomáticas a las artes y de aquí a la moda.

Catalina II, como sucede en toda ocasión en que se muestra en público, viene del brazo del Chambelán (léase favorito) de turno. Desde que el temido y a la vez odiado Orlov cayera de su pedestal, muchos han sido los amantes que ocuparon su lugar en el lecho imperial. Uno de ellos, el cíclope Potemkin, es quien cumple ahora la honrosa misión de proveer el selecto serrallo de la Emperatriz. Hombre temperamental y visionario, ha comprendido que no puede mantenerse indefinidamente en el papel de amante ideal. Catalina es una mujer caprichosa y se muestra siempre ansiosa de amar y ser amada en un grado superlativo. El decaimiento es un indicio de desamor y apenas aquél se insinúa ya está buscando nuevos incentivos. Por todo ello el genial Potemkin, renunciando a ciertos prejuicios, ha resuelto mantenerse en la cumbre del poder conservando el título *ad honorem* de gran favorito, en tanto retiene el privilegio de elegir a los fuertes, apuestos y ambiciosos jóvenes oficiales que ocuparán su lugar. Claro es que Potemkin se reserva también el derecho de cobrar por esta distinción la no despreciable suma de doscientos mil rublos... con lo cual quedan todos contentos y satisfechos.

El nuevo favorito, que luce un brillante uniforme con sus charreteras de comandante y ufano y estirado va del brazo de su regia amante, sin embargo, no condice en su aspecto físico con los oficiales y ayudantes de campo que le precedieron. Aquéllos, por lo general, eran altos, robustos, de complexión clara. Sasha Lanskoy, por el contrario, es de estatura mediana, no muy fuerte de aspecto y complexión más bien oscura. En lo ovalado de su rostro y en lo delicado de sus rasgos se observa en él una tendencia feminoide. ¿Ha sido ésta la cualidad más apreciada por Catalina, que le ha hecho preferir a su "amado" Sasha a otros de más prestancia física? ¡Misterios del alma de una emperatriz!

Catalina y su bello y lánguido ayudante de campo pasan por entre una doble fila de entusiastas y bulliciosos cortesanos que se afanan por ser vistos y oídos por la autócrata en el momento de dispensarle el ruidoso homenaje de su devoción y admiración.

Luego de recibir tal homenaje, Catalina hace la señal para la iniciación de la fiesta y a los acordes de una numerosa orquesta francesa que ejecuta un minué francés, da el ejemplo procediendo a bailar graciosamente, acompañada siempre por su favorito, con el cual cambia de vez en cuando expresivas miradas.

Cagliostro recorre el inmenso salón de un lado a otro. Está solo. Serafina ha sido secuestrada por un juvenil y ruidoso grupo de damas y caballeros y ha formado su corte personal. Cagliostro debe responder con frecuencia a los graves saludos de muchos cortesanos, de ambos sexos, los cuales han tenido la prueba de sus extraordinarias dotes de magista y vidente y que, quizá por ello mismo, lo contemplan con cierta, aprensión. Son rostros que se esfuman en la nebulosa irrealidad de circunstancias y hechos ya olvidados. -¡Señor conde!

El titulado de tal se dio vuelta y le sorprendió encontrarse frente a una joven de singular belleza y vestida con cortesana elegancia, la cual, no obstante, le resultaba enteramente desconocida. En los ojos de la dama, fríos, escrutadores, experimentados, pudo leer con

notoria claridad que no desconocía ninguno de los siete pecados capitales, aunque su almibarada sonrisa trataba de decir que también conocía las siete virtudes.

-No me conocéis, es verdad, pero espero que mi nombre os diga quién soy... Soy la condesa Prossapov.

¡Vaya si lo sabía!... La favorita de Catalina, según era *vox populi,* la dama de mayor confianza, su confidente y amiga íntima, la "probadora" del serrallo de *les maitresses* de Catalina...

-A vuestros pies, condesa.

La confidente tomó del brazo a su colega y sin abandonar su sonrisa y respondiendo con ella a cuantos se inclinaban a su paso, lo llevó a un lugar apartado y oscuro del inmenso salón. Una vez allí, sin ambages ni falsos pudores, la famosa lesbiana le hizo saber lo que deseaba de él: que le proporcionara un filtro amoroso.

-Espero comprendáis... No se trata de un remedio para hacerse amar, sino de un... afrodisíaco. Debe ser un verdadero elixir, agradable de beber y de resultados positivos, capaces de devolver las menguadas fuerzas a un hombre...

-Comprendo.

-¡Y por favor, conde, no me miréis con esa cara, pues no es para mí!... -se echó a reír la condesa con cinismo. Y poniéndose seria, agregó-: Procedo por orden y cuenta de alguien a quien no puedo nombrar...

Nuevamente el impulso, irrefrenable, de echarlo todo a perder, de arrojar por la borda lo penosamente logrado.

-Pues, lo siento, condesa... Decid a esa persona que lamento infinitamente no poderle servir. Yo no fabrico remedios, elixires, ni filtros de esa clase...

-¿No?... ¡Extraño!... Nos habían informado de lo contrario. Dicen que en vuestro palacio tenéis un verdadero laboratorio de alquimia y que...

-Tengo un laboratorio, en efecto, pero para otros menesteres, ¿Cómo os diré?, un tanto más elevados...

-Un filtro de amor cumple también una elevada finalidad -replicó la condesa, volviendo a reír-. Pero, en fin, si no os especializáis en ellos, se lo diré a... esa persona.

Y Cagliostro quedó solo, con la impresión de que terminaba de romper lanzas con una próspera, promisoria y envidiable posición. A partir de este momento, pensó, su trabajo, su misma libertad y aun la vida se hallaban en grave riesgo.

-¡Necio de mí!... -masculló para sí-. ¿Quién me obligó a dar respuesta tan descabellada?... Proporcionar filtros de amor a S. M., indudablemente, me hubiera franqueado las puertas más privadas del palacio imperial y con el tiempo, ¿quién sabe?, hubiera llegado a ser un hombre poderoso... ¡Necio de mí!

Y juzgando que ya nada tenía que hacer allí, abandonó el palacio procurando que no se advirtiera su alejamiento y sin molestarse en buscar a Serafina. Llegado a su mansión, se encerró en su estudio y allí permaneció hasta que le rindió el sueño.

-¡Alessandro!... ¡Alessandro!...

La voz de Serafina le llegó como a través de una espesa niebla y Cagliostro tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para retornar a la realidad. Junto a él, en efecto, sacudiéndolo por un



Librodot

hombro, estaba Serafina.

-¡Oh, Alessandro, esposo mío! -dijo ella, con expresión arrobada-. ¿No es maravilloso?... ¡La Empeartriz!... ¡Sí, ella misma, en persona!... ¿Te das cuenta?... Se acercó a mí y sin hacer caso de las personas que me rodeaban, me dijo que era una lástima que no estuvieras en el palacio, pues deseaba invitarte... ¡a Tsarkoie-Selo!

¡A Tsarkoie-Selo!

La bruma de sueño que envolvía a Cagliostro se desvaneció al conjuro de este nombre. Tsarkoie-Selo era la residencia veraniega privada de Catalina II, donde ella solía reunirse exclusivamente con las personas de su mayor intimidad. Se decía que allí tenían lugar bacanales y orgías del más subido tono, confirmar lo cual, sin embargo, no era fácil, pues los cortesanos de ambos sexos que recibían el privilegio de ser invitados jamás comentaban sobre lo que habían visto o vivido allí.

Serafina concluyó su información agregando que Su Majestad, muy graciosa y generosamente, le había confirmado aquella invitación, para el sábado siguiente, es decir, una semana después.

-Id y decidle a vuestro esposo que tendré particular agrado en recibirlo -había agregado Catalina.

Bueno, pensó Cagliostro, la Emperatriz le brindaba así una oportunidad para desdecirse, y con ello la posibilidad de, convertirse también en un favorito. El porvenir no podía mostrarse más brillante...

Y sin embargo, el magista tuvo la impresión del desastre. Detrás de ese aparente brillo asomaban negras nubes de tormenta. La Emperatriz tenía un propósito definido al invitarlo, ¿cuál? Tenía que saberlo.

-Serafina -le dijo a su joven y bella esposa, que con el erguido y escotado busto subiendo y bajando acompasadamente se hallaba a su lado-, lo siento, pero debes someterte a la visión, hipnótica__ Es preciso que sepamos porqué se nos Invita a Tsarkoie-Selo justamente después que yo me negué a secundar cierto juego de la soberana...

-¡Te negaste! -boqueó Serafina, esbozando un estúpido gesto de incredulidad-. ¡Oh!... ¡No lo puedo creer!... ¡Era nuestra oportunidad!

Mas, comprendiendo que las lamentaciones se hallaban fuera de lugar, la condesa optó por callar y sin decir palabra se dejó caer en el sillón más próximo; lanzando un suspiro y cerrando los ojos esperó luego a que Alessandro procediera a hipnotizarla.

Preciso es aclarar a este punto que Serafina, luego de esos años de ideal unión matrimonial, conocía muchos o casi todos los secretos de la actuación profesional de Cagliostro. Solía secundarlo en la realización de muchos de ellos, hasta el punto de convertirse, como en este caso, en una eficaz ayudanta. Sin embargo, Cagliostro se reservaba para sí algunos procedimientos magistas y sólo develaba ciertos secretillos intrascendentes. Como se ve, no confiaba demasiado en la discreción y lealtad de su esposa.

Realizados los pases magnéticos y las sugestiones de viva voz, Serafina no tardó en quedar dormida y en trance, como ya sucediera en muchas ocasiones. Cuando llegó a la tercera fase del hipnotismo, o sea el estado ideal de sonambulismo, Alessandro procedió a interrogarla. Le preguntó si había estado en la fiesta, si se había divertido, con quienes había compartido la velada y, finalmente, cómo había tenido lugar el encuentro con la zarina. Serafina habló con seguridad y rapidez, indicio de su sinceridad. Después que señaló los detalles del notable incidente, Cagliostro le dijo:

-Ahora, escucha bien y pon atención... Catalina, siempre del brazo de su favorito Lanskoy se acerca a ti, te habla... Puedes verla...

-¡Sí, sí, la veo!... -vino la voz ronca, lejana-. ¡Está radiante, magnífica!... Su pesado atuendo, sus joyas cargadas de oro y de piedras preciosas, no parecen molestarla. Es alta, robusta, su rostro resplandece de felicidad...

-Eso es... Acércate más, a ella, mírala a los ojos... ¿Lo haces? ¿Qué adviertes en esos ojos?... ¿Cólera, envidia, frustración, deseo de venganza, o sincero afán de amistad?... Habla... ¿Qué ves?

-Espera... Los ojos me rehuyen... Hay una sonrisa en ellos... De picardía...

-¿Puedes ver qué siente o qué piensa cuando pronuncia la frase "Tsarkoie-Selo"?... ¿Cuál es su gesto?

-Sonríe... pero su sonrisa es retraída, cautelosa... Sí, en toda su actitud hay algo de reserva... Cuando dice Tsarkoie-Selo su mente representa el lugar...

-¡Sigue!... ¡Sigue!... ¿Qué más? -apremió el hipnotizador.

-Veo la imagen de un gentío de hombres y mujeres... ¡Oh, están casi totalmente desnudos!... Se agitan, danzan, saltan, gritan...

-Sigue... -Cagliostro siente el impacto del momento y su rostro brilla con la traspiración. La actuación de Serafina es magnifica-. ¿Qué más ves?... ¿Alcanzas a oír lo que dicen esas gentes?

-¡Sabbat!... ¡Sabbat!... ¡Sabbat!...

-¡Oh!

Cagliostro se dejó caer en su asiento, desfalleciente, agitado como si hubiera corrido un gran trecho. "¡Sabbat!"... Este nombre lo decía todo. Podía leer las intenciones de la zarina como en un libro abierto. Sí, era un recurso para tenerlo a su merced, para obligarlo a realizar aquello que tanto deseaba, para vencer sus tontos escrúpulos. Le brindaba una segunda y magnífica oportunidad, en una bandeja de oro. ¿Habría de ser tan necio para rechazarla de nuevo?... Un gemido que lanzó Serafina le recordó que aún se hallaba bajo el efecto del hipnotismo. Procedió, pues, a despertarla.

-¿Y, has averiguado lo que deseabas? -le preguntó ella, sin ocultar su ansiedad. Ante el mudo asentimiento de él, agregó-: ¿Qué haremos ahora?

-Negarse a ir sería un abierto desaire que bien puede costamos un encierro de por vida en la fortaleza de Schlüsselburg, de donde no salen ni los muertos -repuso Cagliostro, pausadamente-. Huir... Tan necio como peligroso... En consecuencia, no tenemos otro recurso que ir y aceptar con una sonrisa las órdenes que ella nos dé *y* complacerla así en la creciente demanda de satisfacciones sensóreas...

-¡Que me place!... -exclamó Serafina, sin ocultar su alegría, dejando su asiento y corriendo a abrazarlo-. ¡Sabía que no te negarías!... Ya lo verás, no tendremos motivos para lamentar lo que haces!

Cagliostro miró a su mujer con expresión que bien a las claras decía lo que pensaba al respecto.

* * *



Librodot

Carta de la condesa Serafina di Cagliostro a su par, la condesa de Ricci:

"Si tienes miedo te pido tomes esta carta y la rompas en mil partes y luego la arrojes al fuego. Porque voy a levantar -aunque un poco nada más- la punta del velo del misterio, dejándote entrever lo que es la magia negra. Voy a describirte cómo tuve el valor de llegar hasta el santuario del dios negro del *Sabbat,* cómo vi al formidable macho cabrío de Mendés. Del mismo modo, si no sientes pavura pero eres nerviosa, te suplico te abstengas de leerme, pues aunque

no pretendo describir *toda* mi experiencia, lo que anoto puede ser causa de una fuerte impresión y aun de un trastorno nervioso.

"Alessandro me había advertido ya sobre lo que encontraríamos en Tsarkoie-Selo; me describió también, en términos generales, lo que era una fiesta del Sabbat, la noche del Aquelarre, la gran jornada de los hechiceros y adoradores del diablo.

"-¿Existe el diablo?... ¿Qué cosa es el diablo? -le pregunté.

"-A la primera pregunta, la ciencia se calla -me respondió evasivo, como se muestra siempre toda vez que intento profundizar alguno de sus secretos-; la filosofía niega, al azar, y sólo la religión responde afirmativamente. A la segunda, la religión dice que el demonio es el ángel caído, lo cual acepta la filosofía oculta en base a esta definición propia: «El diablo, en magia negra, es el gran agente mágico empleado para el mal por una voluntad perversa». La antigua serpiente bíblica, por tanto, no es otra cosa que el agente universal; es el fuego eterno de la vida terrestre; es el alma de la tierra y el foco viviente del infierno, esto es, del fuego que arde en sus entrañas.

"-¿Y qué es lo que habremos de ver allí? -insistí.

"-Ya te expliqué una vez que la luz astral es el receptáculo de las formas. Evocadas por la razón de los adeptos, esas formas se producen en armonía; evocadas por la magia negra y la locura que es su esencia, aparecen desordenadas y monstruosas. Tal es el origen de las pesadillas de San Antonio y de las ceremonias fantasmales del Aquelarre.

"Comprendí a medias lo que Alessandro quería decirme. El agente mágico y universal, puede ser denominado el Ángel del Bien cuando lo evocan los magos blancos, los adeptos y todos aquellos que practican la magia en sus múltiples expresiones con el único y loable fin de realizar el bien. Ese mismo agente, invocado por los magos negros, puede causar graves daños, la locura, la muerte, y debido a su desordenada y monstruosa actividad, se lo llama el Ángel del Mal. El *sabbat* es, según esta explicación, la fiesta o ceremonia diabólica...

"Puedes imaginar, querida Emilia, que esta explicación, si bien me atemorizó un poco, acució en gran modo mi interés. Desde varios días antes de la fecha señalada estuve agitadísima preparándome para representar ante S.M. un airoso papel, aunque no tenía la menor idea de cual sería éste. Si Alessandro lo sabía o no, no me lo dijo, pero supongo que sí.

"Llegó al fin el esperado día, al promediar la tarde del cual en nuestro carruaje emprendimos el viaje hasta Orianembaum y de allí, ya de noche, llegamos a la residencia imperial de Tsarkoie-Selo. Supimos que se aguardaba nuestra presencia, pues en cuanto nuestro carruaje fue reconocido por su escudo de armas, acudió un alto funcionario palaciego, el cual, sin pérdida de tiempo, nos condujo a las habitaciones que nos habían sido reservadas. Tsarkoie-Selo es un verdadero palacio con reminiscencias de castillo, que exteriormente está rodeado por un gran parque al cual cierra un espeso bosque de hayas, abetos y encinas.

"Las primeras horas de nuestra permanencia en Tsarkoie-Selo nada hicieron suponer sobre la



Librodot

fiesta que tendría lugar al llegar la media noche. Aquélla parecía una recepción palaciega de tantas, aunque advertí que los invitados habían sido cuidadosamente seleccionados. Iban por parejas, todas gente joven, la mayoría unidos por matrimonio. La zarina -que no soltó en ningún momento el brazo de su Ayudante General, nombre con el que se distingue al favorito de turno, Sasha Lanskoy- concedió el honor de saludar personalmente a todos los invitados, a muchos de los cuales trataba con cierta familiaridad. Después de la cena, que fue abundante y refinada, regada con generosidad por los vinos más exquisitos procedentes de los más reputados viñedos franceses, circuló una orden reservada y todos regresamos a nuestras habitaciones, donde, se nos dijo, nos esperaban las ropas adecuadas que habríamos de utilizar en la fiesta.

"Decir ropas, después de todo, resulta un elegante eufemismo porque no se trataba de otra cosa que de una túnica y un manto de finísima y transparente gasa de seda. Aunque estaba de ánimo bastante alegre debido a las frecuentes libaciones durante la cena, no dejé de sorprenderme y salí en busca de Alessandro, para preguntarle qué pensaba de esto. Recibí la segunda sorpresa de la noche, pues por el inefable y ya apenas soportable Lucas me enteré que dos enviados de Su Majestad se lo habían llevado, dejando dicho que no me preocupara por su ausencia y que hiciera como se me pedía en las instrucciones adjuntas. Tomé aquellas anotaciones y vi que se trataba de un número de órdenes diversas relacionadas con la ceremonia que tendría lugar a media noche en el parque, a donde debería acudir vestida con la túnica y el manto como únicas prendas. No dejó de preocuparme que Alessandro hubiera sido separado de este modo de mi lado, pero resuelta como estaba a seguir hasta el final esta aventura, me desnudé y vestí con ayuda de Darma, mi doncella, y acudí al lugar de la cita.

"Aquélla era noche de luna -el sabbat se elige para una noche de plenilunio- y el parque resplandecía de una luz fantasmal, pero la cálida influencia estival otorgaba la necesaria sensación de calor para no echarse a temblar bajo tan frágil vestimenta. Por lo demás, por el parque, que ya estaba colmado de invitados, circulaban camareros ofreciendo bebidas generosas y estimulantes. La penumbra reinante hacía imposible reconocer a ninguno de los presentes, mucho más que todos, como yo, se habían cubierto las cabezas con los mantos. Al principio advertí una especie de desconcierto general -que no duro mucho, sin embargo, pues no todos los presentes eran novicios como yo-, pues las mujeres habían sido separadas de sus novios, esposos o amantes con los cuales llegaran a Tsarkoie-Selo. Pero el espíritu de camaradería prevaleciente -todo el mundo se trataba de tú y con la mayor familiaridad- hizo que aquella ausencia fuese pronto olvidada ante una nueva y grata presencia. Yo me encontré de pronto junto a un hombre alto, de cuerpo atlético, joven, a juzgar por el acento de su voz, y fuerte, a estimar por la presión de su brazo. Este galante caballero se ofreció a ayudarme a buscar a un esposo al cual no quería yo, en verdad, hallar. Vagamos del brazo por un lado y otro del parque, vaciando de vez en cuando aquel maravilloso elixir con que se nos regalaba y que circulaba profusamente.

"Debía ser la media noche cuando se oyó un clamor. Todos miramos hacia el palacio y vimos que se había iluminado la salida principal y en ella asomaba un numeroso grupo de personas, todas vestidas tan ligeramente como el resto, con una excepción: un hombre cubierto por grueso y pesado manto rojo y un alto sombrero en punta del mismo color. En ese hombre, a pesar de la distancia y del disfraz, reconocí a... ¡Alessandro!

"Entonces comprendí. S.M. nos había invitado para tener una oportunidad de vencer la resistencia de Cagliostro obligándolo a ser el jefe de ceremonia de una fiesta diabólica... Y como él mismo me lo explicó luego, conducido a presencia de la zarina, ella le había dado a elegir en ese mismo instante entre una de las dos fortalezas, Tsarkoie-Selo o Schulessburg.

"Tan ligeros de ropas como el resto de nosotros, repito, iban la zarina -debo reconocer, sin embargo, que Catalina parecía más esbelta y atrayente sin esos pesados vestidos de soberana



Librodot

que debe cargar a veces-, el favorito imperial, la condesa Prossapov y otros cortesanos y nobles que contaban con el honor de una amistad íntima de la emperatriz.

"El Sumo Sacerdote se adelantó, seguido de seis sacerdotes menores y seis sacerdotisas, los cuales transportaban unas parihuelas y en ellas una figura u objeto cubierto por un enorme manto negro. Llegados a cierto trecho en la parte central del parque, el sacerdote alzó los brazos y las parihuelas fueron depositadas en tierra. Una de las sacerdotisas dejó al pie un braserillo, cuyo ardiente resplandor permitió admirar su gracia y esbelta figura que se destacaba libremente contra aquél. La exclamación de deleite general se vio pronto ahogada. A una nueva señal, desde algún lugar imprecisable llegó el ruido de una música vibrante, estremecedora, cuyas voces cantantes venían a ser las trompetas y los timbales. El sacerdote arrojó unos polvos al braserillo y surgió una llama rojiza, enorme, que pareció extenderse por obra de un prodigio, rodeando gradualmente al sacerdote y a la figura encubierta de las parihuelas.

"Sintiéndome presa de un gradual enardecimiento que iba a la par con cierto entorpecimiento u ofuscación mental -consecuencia indudable de la bebida con que se nos había regalado- contemplé aquel espectáculo con creciente interés y ansiedad. La música vibrante había aumentado su loco ritmo, el cual era acompañado y coreado por decenas de gargantas, en tanto las parejas, tomadas de las manos, iniciaban un inocente balanceo. Las figuras se recortaban nítidamente, como si de pronto las túnicas y mantos se hubieran convertido en jirones de nubes que el viento desflecaba, contra el fondo iluminado por esas llamas anaranjadas y fosforescentes que se alzaban ahora hasta la altura de un hombre. Las exclamaciones iban en aumento, se hacían impacientes, exigentes... Yo no comprendía nada, pero me balanceaba y gritaba como los demás.

"-¿Has sido iniciada en este culto? -me preguntó de pronto mi pareja. Sacudí la cabeza con vigor-. ¡Oh, es delicioso! -agregó-. ¡Terriblemente delicioso!

"-¡Bebed!... ¡Voto a bríos! -gritó alguien-. ¡Bebed sin tantos remilgos, que mejor pajarete no lo habréis de hallar ni en las bodegas de Luis XVI!... ¡Bebed del elixir del amor y de la muerte!

"-¡Por las barbas de Mendés! -replicó otro-. ¿Qué menjunje contiene vuestro elixir que lava ardiente corre en la sangre y los ojos sólo ven encantos?

"-¡Es el sabbat!... ¡El sabbat que desafía y pone a prueba nuestra juventud!... ¡Bebed, mirad, obrad y callad!

"Había aumentado el monótono y salaz salmodio entonado por docenas de voces de hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes apuestos y robustos y mozas púberes. Los cuerpos se agitaban más y más contra el telón rojo de fondo.

"-¡Yo te saludo y conjuro, bella Luna, esposa de Mendés, el Macho Cabrío! -llegó el eco de una voz lejana y sin embargo tonante-. Por el aire que respiro, por el fuego que está dentro de mí. por la tierra que será mi tumba y por la luz donde *se* bañará mi espíritu, yo te conjuro, dragón de todas las teogonias, Arimán de los persas, Tifón de los egipcios, Pitón de los griegos, Baphomet de los Templarios, dios obsceno de Mendés, Macho Cabrío del sabbat!

"Varios brazos se agitaron y el paño que cubría la figura de las parihuelas voló por los aires, dejando ver... ¡a la figura más espantosa que imaginarse pueda!

"Imagina, nada más que imagina, querida Emilia, a una bestia, a un monstruo, mejor dicho, de pie sobre un altar, con una gigantesca cabeza de carnero, de cuernos retorcidos, cubierta por una mitra en punta, los hombros y los brazos cubiertos por una gruesa, y repulsiva pelambre. Pero esta horrorosa impresión desaparecía a la vista de dos erguidos y hermosos y tersos



Librodot

senos de mujer, a lo cual seguía el torso, la cintura y las piernas igualmente descubiertas y bien formadas, y en la parte media, las partes sexuales de un hombre. Luego, al descender, las piernas mostraban de nuevo la pelambre gruesa e hirsuta, las pantorrillas y finalmente las patas de un macho cabrío... Una quimera, una esfinge deforme, una síntesis de monstruosidades, en fin, a la cual todos nosotros, los que en aquella noche de aquelarre le rendíamos pleitesía, tendríamos que adorar de un modo atroz...

"-¡Helo aquí!... ¡Helo aquí!... -gritaban hombres y mujeres, agitando sus desnudeces-. ¡Es él!... ¡El Macho Cabrío!... ¡El príncipe de la Pasión!

"-¡Es él!... ¡Es él!... -hicieron eco la noche, el bosque, la luna, la mar distante.

"-¡Ya vino con su vientre de escamas!

"-¡Ah... ah... ah!

"-¡Con su caduceo erguido!

"-¡Ah... ah... ah!

"-¡Con sus manos y sus senos de mujer!

"-¡Ah... ah... ah!

"Momentos después, aquello se había convertido en una sucursal del infierno, donde hombres y mujeres, mezclados en confusos corros, semejábamos súcubos e íncubos sedientos de lujuria.

"-¡Los recipiendarios!... -llamó la voz del sacerdote.

"Mi pareja, que me abrazaba hasta el punto de que podía sentir el cálido torrente de su sangre, me dijo:

"-Llaman a los iniciados... Tú estás entre ellos... Pero, ¡recuerda!, haz lo que te digan, por feo, ridículo y aun horroroso que te parezca. Ese es el precio que debes pagar si quieres gozar del privilegio de esta noche única... ¡Ve!

"Y me empujó hacia el círculo de fuego, detrás del cual el Macho Cabrío esperaba pacientemente, seguro del sometimiento de sus fieles. Caminé como una autómata; la cabeza me daba vueltas, pero la pasión que se había despertado en mí era de tal naturaleza que vencía todo desfallecimiento físico. Alguien me salió al paso e intentó detenerme, pero yo lo rechacé con fuerza. Alguien, una mujer, gritaba histéricamente junto a la monstruosa figura, negándose a prosternarse detrás de ella. Cuando su negativa se hizo evidente, uno de los ayudantes le arrojó un manto sobre la cabeza y otros dos la alzaron en vilo y se la llevaron... ¿A dónde? Imposible saberlo...

"Una de las sacerdotisas se acercó a mí y me tomó de la mano La mía temblaba, pero no de miedo, sino de pasión.

"-Habrás de rendirle pleitesía y adoración -me susurró-, inclinarás la cabeza sobre sus pies, tres veces... Luego, caminando de rodillas y clamando tu devoción y lealtad, te situarás en la parte posterior y le besarás el trasero... ¡si lo haces conocerás la gloria del deleite máximo! ¡De lo contrario, Mendés te condenará a la maldición de la frigidez eterna!... En ti está el saber elegir... ¡Ve!

"Y me empujó hacia el monstruo. Caí de rodillas y apoyé tres veces mi frente ardorosa sobre aquellas horribles patas peludas, mientras de mis labios escapaban aquellos gritos en los que, voluntariamente y según mis propios términos, protestaba fidelidad eterna a su culto y le pedía me enseñara a gozar el supremo deleite... Caminé de rodillas, sin dejar de clamar,

agitando los brazos como una poseída. De pronto me vi en la parte trasera... Fue un instante, nada más de vacilación. Entonces cerré los ojos y...

"Me alegré y me alegro de haberlo hecho. El pretendido Macho Cabrío era en realidad una joven y hermosísima mujer disfrazada de tal, por lo cual el homenaje del ósculo no resultó desagradable sino sumamente placentero. Luego, ebria de aquel afrodisíaco y de ansias de placer, sentí que alguien me alzaba entre sus hercúleos brazos y me transportaba hacia... la gloria. En el lugar donde caímos estrechamente abrazados, otras parejas, rasgadas sus túnicas y sus velos, sobre cuyos cuerpos la luna se enroscaba como una serpiente lujuriosa, se entregaban a los transportes amorosos que toda su naturaleza exigía imperiosamente. Tsarskoie-Selo se había poblado de ruidos incoherentes, multitudinarios, mezcla de exclamaciones, de gritos, de carcajadas y aun de blasfemias...

"Jamás sabré quien me hizo conocer aquella noche un goce físico jamás experimentado, pero sea quien fuere le guardaré eterno recuerdo en mi memoria. Ahora que pertenezco a ese culto, espero participar de nuevo algún día de la fiesta del sabbat.

"Cuando interrogué a Alessandro sobre la experiencia que habíamos tenido, me dijo que su origen podía remontarse a los primeros tiempos del cristianismo, cuando quedó proscrito el ejercicio público de los antiguos cultos, lo que obligaba a los partidarios de otras religiones a reunirse en secreto para la celebración de sus misterios Estas reuniones eran presididas por iniciados, quienes establecieron entre los diversos matices de esos cultos perseguidos, una ortodoxia que la verdad mágica les ayudaba a establecer. En cuanto a las orgías que, en muchas asambleas de este género, seguían al banquete, preciso es admitir que hayan sido practicadas en esos ágapes secretos, aunque se sabe que muchas sectas gnósticas las practicaban desde muy antiguo. Pero la alta magia no se hace responsable de los excesos en que incurren los descarriados. Isis es casta en su viudez: Diana Pentea es virgen; los grandes adeptos son castos y aun severos en su castidad y muchos son verdaderos ascetas. Apolonio de Tyana no se abandonó jamás a las seducciones del placer; Juliano, el emperador era de una severa castidad; Plotín de Alejandría era un asceta; Paracelso era tan extraño a las locuras del amor que se creyó pertenecía a un sexo dudoso; Raimundo Lulio no se inició en los secretos de la Ciencia Oculta hasta que un amor desdichado lo hizo casto para siempre... En suma, el sabbat orgiático jamás debe ser considerado un producto de la Alta Magia."

* * *

Pasaron los días, las semanas, los meses... La vida cortesana en Rusia continuó en su habitual fisonomía, centrada sobre la personalidad y la obra de Catalina II. Todos medraban a su sombra y realizaban pingües ganancias. Pero la abundancia de bienes materiales alcanzaba por reflejo a las clases inferiores y de este modo una prosperidad jamás conocida se extendió por el dilatado Imperio.

Alessandro di Cagliostro, ahora que contaba con el favor imperial, era consultado con mayor asiduidad que nunca y ello le permitía acumular oro y piedras preciosas en cantidades fabulosas. Serafina seguía siendo la reina indiscutida en todas las reuniones y recepciones, gracias a que el nombre de Cagliostro obraba como un "sésamo ábrete" en todas las esferas. Las obras realizadas por el magista, sus famosas predicciones y su infalible proyección en futuro, le valieron no sólo el reconocimiento sino la admiración. Admiración que, como es de suponer, se extendió prontamente por toda Europa. Muchos personajes de gran figuración en las cortes de los reinos vecinos no vacilaban en correr los riesgos y las incomodidades de un largo viaje con el único fin de consultarlo.

Cierta tarde hallábase Cagliostro, como tenía de costumbre, encerrado en su estudio, cuando apareció Lucas dando muestras de inquietud. Dos oficiales de la guardia imperial venían a buscarlo por orden de Catalina II. El magista se incorporó, alarmado. Dos oficiales... Eso sólo podía significar una cosa: algo grave había ocurrido, algo que no admitía ni demoras ni disculpas. Momentos después los oficiales reiteraban la orden con frialdad y lo invitaban a seguirlos al punto. Lucas le alcanzó la chaqueta condal, el birrete y el bastón con empuñadura de oro e incrustaciones de piedras preciosas del que nunca se separaba.

El corto trayecto hasta el Kremlin se realizó en silencio, turbado tan sólo por el correr de los caballos y el sacudir del carruaje En la Plaza Roja -así llamada porque allí se ajustició a cerca de tres mil *strelzi,* los guardias sublevados de Pedro el Grande- se advertía poquísimo movimiento, debido sin duda al tiempo lluvioso y frío. Nadie pareció reparar en aquel carruaje que traspuso los portones del Kremlin sin que la guardia lo detuviera.

El carruaje se detuvo frente a uno de los palacios, residencia habitual de la zarina. Cuando descendió del coche, Cagliostro advirtió no sólo escaso movimiento de gente en los alrededores y aun en el interior del gran hall, sino un silencio extraño, opresivo.

El joven conde de Worontzov salió al encuentro de los recién llegados y considerando a Cagliostro con una fría sonrisa, le dijo:

-Su Majestad os espera... Tened la bondad de seguirme.

Indudablemente, algo había ocurrido, pero por el momento resultaba necio preguntarse qué y qué relación tenía el hecho con él. Procurando no dar mayor trascendencia a la cuestión, optó pues por seguir al aristócrata, el cual lo condujo hacia las dependencias privadas del palacio, cruzando corredores y patios bien iluminados, de pisos brillantes, en los cuales, sin embargo, paseaban solitarios los guardias. Esta misma ausencia de cortesanos que en otras ocasiones deambulaban ruidosamente por esos lugares, le hizo comprender que' lo ocurrido debía ser de singular importancia. Empezó a temer que las cosas se complicaban para él. Tal vez se había descubierto algún complot contra Catalina y alguien lo había señalado a él como cómplice... Tal vez la Zarina estaba resuelta a obtener de todos modos una cooperación más activa y directa de su parte... Tal vez se veía en dificultades de gobierno y quería resolver la cuestión con ayuda de las ciencias ocultas... Tal vez... tal vez... Fastidiado, Cagliostro hizo un gesto, el cual fue advertido por el conde. Respondiendo a su interrogante mirada y adelantándose, le preguntó:

-Conde Worontzov, ¿tenéis alguna idea de lo que sucede?

-Lo sabréis por labios de Su Majestad -respondió el aristócrata ruso, inclinándose-. Por otra parte, ya hemos llegado.

Se hallaban frente a una enorme y tallada puerta de roble, la cual se franqueó silenciosamente. Un corpulento guardia, armado hasta los dientes, asomó el bronco semblante. Al reconocer al conde, los dejó pasar. Ahora se encontraban en una amplia y suntuosa antecámara, en la cual era dado admirar su gruesa y colorida alfombra, los tapices y cortinados, los muebles bajos y casi todos destinados al reposo de los cuerpos. Una nota destacada la constituía la abundancia de almohadones y cojines, la profusión de espejos en los muros y la presencia plástica de personajes mitológicos, de sátiros y ninfas, en poses desnudas de sugestivo encanto. Aquél debía ser uno de los mentados santuarios eróticos de la Mesalina rusa, como algunos llamaban a Catalina II.

La antecámara, al contrario de lo que ocurría en el resto del palacio, hallábase bastante concurrida por cortesanos de ambos sexos que, a no dudar, componían el séquito íntimo de la Zarina. Todos mostraban un semblante compungido y se podía ver que algunas de las damas llevaban tan lejos su pesar como para soltar el llanto.

Ante la presencia de Cagliostro se produjo un inusitado movimiento entre aquellas personas y muchos se apresuraron a darle paso en tanto cruzaba la estancia y siguiendo al conde se encaminaba hacia otra puerta, la cual se hallaba cerrada.

Un discreto llamado a la misma y el magista se encontró en la entrada de una suntuosa alcoba, a pesar de que la penumbra reinante no permitía apreciar en toda su magnitud la riqueza y la belleza allí imperantes. Un perfume peculiar, se hubiera dicho que personal, intenso, enervante, prevalecía tanto en la alcoba como en la antecámara.

Tres personas estaban allí, de pie. Cagliostro pudo reconocerlas sin dificultad: la condesa de Protassov, la señora Bruce, confidentas de la Zarina, y el doctor Rogerson, su médico de cabecera. Un movimiento le hizo ver en seguida que la emperatriz se hallaba hundida en una poltrona, la cual abandonó con cierta dificultad cuando entró Cagliostro. Este pudo advertir entonces que Catalina cubría su ahora voluminosa figura con un ligero y transparente peinador, a través de cuyo desaliño eran advertibles adiposas intimidades que la soberana no se molestaba en ocultar. Sus cabellos, sueltos, despeinados, hablaban también elocuentemente de ese imperial desaliño. Pero lo que más impresionaba en Catalina era su rostro, sin afeites, terriblemente ajado y, lo que era peor todavía, anegado en lágrimas.

Patéticamente erguida delante de él, Catalina II señaló con el brazo extendido el lecho que se veía a corta distancia. Yaciente en él había una persona, un hombre. Con alguna dificultad reconoció "Cagliostro al afortunado ayudante general, Sasha Lanskoy, el favorito.

-Ahí lo tenéis -dijo la Emperatriz Impúdica, reprimiendo a duras penas el estallido de un sollozo-. ¡Resucitadlo!... ¿Lo oís?... ¡Os lo ordeno!... ¡Resucitadlo!

## *Capítulo X*

## *LA PARÁBOLA DE LA CIEGA*

¡Resucitadlo!...

La palabra resonó como un pistoletazo en medio del tenso silencio que se hiciera en la alcoba de los suspiros.

Cagliostro miró con gesto estúpido a la Zarina, como si de pronto tuviera conciencia de su desvarío. Pero una mayor detención le obligó a admitir que no desvariaba ni había perdido el juicio. La mirada brillante, enrojecida, trasuntaba la razón y la energía anímica con que la Emperatriz autócrata de todas las Rusias respaldaba sus actos. Su gesto, su ademán, eran realmente imperiales y no admitían réplica. Sin embargo, el magista se atrevió a decir:

-Sin duda, Majestad, mis pecadores oídos no han percibido cabalmente vuestras palabras... ¿Habéis dicho...?

-¡Resucitadlo! -ordenó Catalina, aún más imperiosamente que antes-. ¡Os lo ordeno!... ¡Y no me digáis que no podéis hacerlo!... ¡Isabel Razumofsky alienta las más locas ilusiones gracias a vuestra ayuda e intervención para hacerla retornar del otro mundo!...

-Perdonad, Vuestra Majestad, pero yo...

-¡Pues devolved la vida a quien amo más que a la luz de mis ojos o, ¡por las agallas de Iván el Terrible!, ¡haré que os encierren de por vida!... ¡Vamos, poned manos a la obra!...

El gesto, el tono, la voz, la orden, todo, en fin, era autoritario, despótico y de tal dominio que, a su pesar, Cagliostro debió obedecer y se acercó al lecho.

Una sola mirada le bastó para certificar que, en efecto, el joven, apuesto y afortunado favorito, Sasha Lanskoy, había pasado a peor vida. No obstante esta convicción, se acercó más y tocó el cadáver. Estaba yerto, frío.

-¿Cuánto hace que falleció? -preguntó.

-Murió en la madrugada de hoy... a las cuatro.

-Son las cinco de la tarde -dijo Cagliostro, moviendo la cabeza con pesar-; es decir, hace más de doce horas del deceso... El cuerpo astral se ha retirado, definitivamente...

-¿Queréis decir que... no podéis... resucitarlo? -boqueó Catalina, pálida como un espectro.

Cagliostro se dirigió a ella, con expresión apelante.

-Os ruego comprendáis, Majestad -rogó-. Sin negar o aceptar que posea cualidades supranormales, en este caso es imposible ponerlas en juego porque la muerte data de muchas horas y la materia, desprovista de la energía vital, ha empezado el proceso de descomposición...

-¡Callad, maldito! -gritó la Zarina, histéricamente, agitando las manos amenazadoramente, como si fuera a arañarlo-. ¡Nunca quise creer que fuerais capaz de resucitar ni a un mujik borracho!... ¡Sois un charlatán!... ¡Un vil embaucador!... ¡Salid!... ¡Huid de mi presencia y antes de que...! -La gran Emperatriz cedió al fin al inmenso caudal de dolor y frustración y dejándose caer en su poltrona, estalló en amargo llanto-. ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Mi pobre e infortunado Sasha!... ¡Muerto!... ¡Muerto en plena juventud y cuando yo esperaba tanto de él y de su lealtad!... Oh, Sashenska querido!...

A un mudo y casi imperceptible gesto del doctor Rogerson, Cagliostro se apresuró a hacer una discreta retirada. Luego, a medida que iba poniendo distancia entre él y la alcoba de la vida alegre convertida en cámara de la muerte triste, apresuró el paso, temiendo a cada instante que alguno de aquellos centinelas de torvo semblante le cruzara la alabarda, impidiéndole salir.

Pero no ocurrió nada de eso y pudo al fin ganar la desierta Plaza Roja, la cual cruzó a paso precipitado. Cuando llegó frente a la entrada de su mansión, una figura familiar le salió al paso. Era Lucas. Cagliostro lo miró de mal talante. Se le acababa de ocurrir la extraña idea de que el enigmático egipcio sabía lo ocurrido.

-¡Pronto! -ordenó en tono sibilante-. Dispon todo para una inmediata partida... ¡Hemos de dejar Moscú, Rusia, esta misma noche!... ¡Muévete, bellaco!... ¿Qué esperas?

-Ya está todo dispuesto, señor -replicó Lucas, imperturbable-. En cuanto oscurezca llegarán los carruajes... Darma ha ido en busca de la señora...

Cagliostro miró de nuevo al egipcio y al hacerlo no pudo evitar un estremecimiento. ¿Quién era, después de todo, este hombre, que podía anticipar los acontecimientos incluso con mayor certeza que él mismo?

* * *

Cuarenta y ocho horas después de la escena relatada, una caravana compuesta por cuatro carruajes devoraba a gran velocidad las últimas *verstas* de la gran estepa rusa, en su afán de alcanzar el refugio de la frontera. En cuarenta y ocho horas habían cubierto un trayecto para el cual, normalmente, hacían falta de cuatro a seis días. Con pródiga mano, el señor conde Alessandro di Cagliostro había venido supliendo las dificultades propias de un viaje semejante, superando los inconvenientes, la falta de caballos, el cansancio de sus hombres.

¡No detenerse en ninguna parte, ni para lo más elemental!, rezaba la orden del señor conde, y esta regla se había venido cumpliendo religiosamente.

No podía menos de ser así, puesto que la permanencia en territorio situado bajo el dominio y el poder de Catalina II, la emperatriz autócrata de todas las Rusias, significaba tener, permanentemente, un hacha de verdugo sobre el cuello. Catalina podía salir en cualquier momento del mar de pesadumbre y de dolorosa inconsciencia en que cayera al morir su amado Sashenska y entonces preguntaría por él y al enterarse que había huido... Bueno, cabía suponer lo que la Zarina, ahita de frustración y de odio, podía hacer. En consecuencia, cada vuelta en la rueda del tiempo y cada vuelta de tiempo en la rueda de la distancia hacían más dudosa la manifestación de la diosa Némesis. Y yendo a revienta caballos por aquellas inconmensurables estepas, sin detenerse a reparar fuerzas ni a descansar un solo minuto, consistía el único medio de frustrar por completo esa posibilidad. Además, con buen criterio, Cagliostro evitó el ir por el camino real e internándose por otros excusados, marchó en línea casi derecha hacia el sudoeste, buscando afanosamente la frontera ruso-húngara.

-¡Estamos cruzando las aguas heladas del Dniéster! -gritó Jacopo, el cochero, quien alternaba su puesto y responsabilidad con Bartoli, el lacayo, y Pascuale, el palafrenero.

Cagliostro, medio adormilado en su hundido y tibio asiento del carruaje condal, no dejó de apreciar la significación de aquella alegre advertencia. ¡Se acercaban a la anhelada meta entre la libertad y el miedo! A su lado, aún dormida como estaba, Serafina lanzó un gemido de frustración y amargura.

-¡Adiós, para siempre, hermosa y pródiga tierra! -murmuró, pensando en los halagos que había tenido en Rusia, donde en verdad se había sentido como una verdadera reina.

-No te aflijas por ello -creyó prudente decirle Cagliostro-. A donde vamos, estoy seguro, seremos tenidos en mayor estima aún y por tanto las satisfacciones de todo orden que habremos de recibir serán superiores a las que logramos en la patria de Pedro el Grande.

Promesa que, sin embargo, no logró aplacar del todo la nostalgia de la condesa Serafina. Quizá porque su frustración no sólo era de un sentido materialista. Siendo una bellísima mujer, había sabido provocar ardientes pasiones y pese a burlarse de las mismas, era de presumir que no había escapado indemne de ellas.

Algún tiempo después, la caravana entraba en la población de Stanislav, donde se procedió a una rápida remuda de cabalgaduras. En el mesón de la posta tomaron un refrigerio caliente, estiraron un poco las piernas y bostezando sin reparo alguno volvieron a encaramarse en los rápidos vehículos, esta vez con la resolución de alcanzar y cruzar la frontera.

Las últimas horas de su permanencia en territorio ruso fueron, si se puede decir, las más dramáticas, porque parecía imposible que escaparan indemnes de la trampa de muerte que significaba la estadía en suelo ruso. A cada instante tenían impresión los viajeros de que aparecía en lontananza un escuadrón de guardias imperiales lanzado a todo galope sobre la caravana y resueltos a llevarse, como premio a su hazaña, la cabeza de los fugitivos.

Mas nada de eso ocurrió y finalmente, sin detenerse siquiera en Uchgorod, la población fronteriza rusa, la caravana condal cruzó la frontera húngara y se internó a gran velocidad en las tierras de la gran emperatriz María Teresa, la digna rival de Catalina II.

A partir de aquel momento, el viaje fue decayendo en dramaticidad e intensidad. En las poblaciones subsiguientes que fueron encontrando en su trayecto a Budapest, pudieron al fin descansar por algunas horas y reparar en una mejor medida las energías y los nervios desgastados en tantas horas de tensión. En Budapest se detuvieron durante dos días enteros, admirando sus bellezas panorámicas, su singular composición geográfica, los estuarios de su



Librodot

gran río. Pero Serafina no se dejó engañar por la perspectiva del Danubio ni del suelo húngaro. Ella quería llegar con toda premura a Viena, la capital del gran imperio austro-húngaro, donde, estaba informada, existía un esplendor cortesano incluso superior al ruso en algunos aspectos. Confiaba, pues, en convertirse pronto en la soberana indiscutida de ese reino de frivolidad y, según lo suponía, de corrupción.

Al fin pudo ver realizados sus sueños cuando, alrededor de quince días después de haber partido de Moscú, entraban por fin en Viena, la capital del imperio de María Teresa. El estirado y circunspecto secretario, Paoli, alias Apolloni, se había adelantado unos tres días con la misión de hallar un alojamiento digno no sólo de una pareja condal, sino de un hombre de la fama del gran Alessandro di Cagliostro. Sin reparar ni en gastos ni en condiciones, Paoli alquiló una regia mansión en el barrio más distinguido y aristocrático de Viena, luego de lo cual se ocupó de que una breve noticia sobre la inminente llegada del señor conde di Cagliostro apareciera en los periódicos de la época. Tuvo la satisfacción personal de comprobar, sin embargo, que acaso no hubiera sido necesario dar tal información pública, porque el nombre de Cagliostro era tan conocido en Viena como lo fuera en Roma o en Moscú, con el agregado de que sus realizaciones magistas hablan adquirido una resonancia extraordinaria y existía verdadera curiosidad y aun interés por conocer a tan famoso vidente.

Una desconcertante realidad vino, sin embargo, a empañar un tanto el entusiasmo de Serafina. El mundo cortesano del imperio austro-húngaro tenía muy poca reminiscencia con la corte rusa. María Teresa de Austria había sabido imponer a su alrededor una vida cortesana que era la antítesis de la que rodeaba a Catalina II. Entre las dos celebridades femeninas, por cierto, existía una diferencia fundamental no sólo en su moral sino en su conducta. María Teresa, siendo tan capaz como Catalina en la conducción de un gran imperio, tenía a su favor una neta superioridad: la destreza para rodearse de gente adicta a la cual no impulsaba otro afán que servir al Imperio, en tanto que la zarina rusa, con el mismo propósito, debía hacer concesiones vergonzosas reñidas con el honor. A Catalina II la rodeaban hombres como los Berentzov, los Worontzov y los Zuvob, es decir, clanes que luego del inicuo encumbramiento de uno de sus miembros, se entregaban con el mayor descaro al desfalco del tesoro imperial y aun a la desmembración de sus posesiones físicas. Sólo los Orlof y Potemkin causaron al Estado ruso una pérdida calculada en mil millones de rublos. El hecho de que una nación no se viniese abajo después de semejante malversación se explica por el simple hecho de sus fabulosos recursos en hombres y en productos.

Acaso, sin embargo, no haya sido una superioridad de talento o de genio estadista la que destacara a María Teresa, sino la simple y doméstica emulación de la mujer ama de casa, que viendo el deshonor y el derroche en la casa de la vecina, procura imponer en la suya la austeridad, la moral y la decencia. Es anecdótico y absolutamente histórico que la emperatriz austríaca, toda vez que debía referirse a su desaprensiva colega, lo hacía en los términos más injuriosos y despectivos de su pulcro lenguaje. A lo cual Catalina la Grande respondía con otro menos académico y sí más contundente.

La consecuencia de esta diferencia en la forma y manera de gobernar era causa, por tanto, de un amaneramiento y estiramiento en la conducta cortesana de los austríacos, y una desmedida rigidez y aun hipócrita proceder en su vida privada. De todo esto resultó que la bella condesa se encontró con que en Viena eran muy escasas las recepciones sociales y muy raras las fiestas imperiales. Si bien en las expresiones de auténtico arte se destacaban las escuelas austríaca, francesa e italiana, los *opus* que se hacían conocer al público resultaban de una aplastante pesadez. La misma moda en el vestir dejaba trasuntar la tendencia conservadora del ropaje grueso y ampuloso, mientras que las escuelas nuevas de Francia y de Rusia hacían prevalecer el estilo ligero y desaprensivo que marcaría época. Resulta interesante destacar a este punto que una de las personas que más hizo para que se impusiera este estilo fue, precisamente, María Antonieta, hija de la emperatriz austríaca, quien parecía resentir



Librodot

grandemente contra la vida mojigata que se viera obligada a llevar en la corte de su madre.

La señora condesa de Cagliostro mató su mortal aburrimiento, durante los dos primeros meses, visitando los lugares más hermosos y pintorescos de Viena, lo que en cierto modo la reconcilió con la gran ciudad. Su elegante figura paseó por los suntuosos jardines del famoso palacio de Schónbrunn, del no menos famoso Belvedere y del celebrado paseo de Prater; recorrió en toda su extensión el Rings-trasse y visitó el famoso teatro de la Opera y otros lugares públicos que en tiempos de María Teresa concitaban la admiración y el placer de los visitantes de la ciudad... Pero al cabo de dos meses consideró que ya no había nada más que ver en toda Austria.

-¡Viena resulta tan aburrida y pesada como el estilo "teresiano" que prevalece en todas las fases de la vida austríaca! -se quejaba Serafina con frecuencia.

En otras circunstancias, Alessandro di Cagliostro hubiera quizá tomado la ocasión por los cabellos para liar de nuevo los petates y dejar Viena para los engreídos austríacos, pero la misma indiferencia con que se lo trataba en los pocos círculos que frecuentara le hicieron forjar la idea de darles una lección. Se alegró de haber cerrado oídos a las prematuras quejas de su consorte, pues poco tiempo después se le presentó la gran oportunidad que estaba esperando.

-Señor, el doctor Francis Antoine Mesmer desea le concedáis una entrevista... -anunció el secretario Apolloni.

La sorpresa paralizó y enmudeció a Cagliostro. ¡Mesmer, el famoso magnetizador, viniendo a solicitarle a él, a Cagliostro, una consulta! Aquello era sencillamente único, extraordinario. Por la sencilla razón de que Mesmer pertenecía al privilegiado e inaccesible círculo científico de Viena y porque sus obras, si bien eran discutidas, merecían la consideración y aun el respeto del mundo médico austríaco.

Momentos después, en efecto, Cagliostro enfrentaba a un hombre de unos cuarenta años, de rostro lleno y afeitado, cuyo porte, entre austero y circunspecto, denunciaba su profesión. Cagliostro consideró a su visitante con interés, pues no desconocía su labor como magnetizador. Había leído su obra, *De Planetarum influxu,* en el que Mesmer hablaba del fluido intercorriente entre los astros y las personas. Siendo ésta una teoría ocultista, satisfacía a Cagliostro que alguien con predicamento científico defendiera la misma tesis y no satisfecho con ello dedicara su vida a la curación de todos los males por medio del magnetismo. En este terreno, Mesmer había realizado curas verdaderamente milagrosas y era fama que su casa se hallaba

convertida en un sanatorio al cual acudían respetables enfermos pertenecientes a la Corte y a la estirada nobleza austríaca.

Entre los dos hombres se inició una conversación que pretendiendo ser de circunstancias, insensiblemente derivó hacia la profesional. Cagliostro expresó la satisfacción de saludar en su visitante a uno de los hombres más sabios de la época y cuya obra científica, indudablemente, haría historia en el campo de la medicina.

-¡Ay, amigo mío! -respondió Mesmer, lanzando un suspiro-. Desgraciadamente, no es oro todo lo que reluce... Me place que digáis eso y que tengáis tan elevado concepto de mí, pero mis colegas de Viena piensan de distinto modo...

Sí, los respetables médicos de Viena y de Austria entera, si bien en lo íntimo admiraban la labor del "renegado" Mesmer, en lo público se burlaban de él y de sus teorías, así como ridiculizaban su obra. No bastaba que Mesmer, el gran incomprendido, les demostrase con hechos la bondad de su sistema de conclusiones surgidas de la observación de ciertos

fenómenos científicos. Para ellos, aquello era coquetear descaradamente con la magia y la brujería. Ningún médico que se respetase a sí mismo podía renunciar a sus enseñanzas y practicar otras extrañas en el tratamiento de enfermedades...

-Pero, conde di Cagliostro, yo no he venido a daros cuenta de mis lamentaciones -dijo el doctor Mesmer, lanzando un suspiro-, sino a buscar vuestra ayuda...

-¡Mi ayuda! -no pudo menos de exclamar Cagliostro-. i Vos, maestro!... Hijo predilecto de la Ciencia, que habéis realizado curas verdaderamente milagrosas con vuestro sistema, venirme a pedir ayuda a mí, a quien se injuria abiertamente diciéndole que es un brujo, un magista y hasta un nigromante!... ¡Oh, no!

-Pues, dígase lo que se diga, yo siento viva admiración por vos y por vuestra obra -repuso Mesmer, con toda gravedad-. Es más, os envidio y tengo la absoluta convicción de que poseéis conocimientos esotéricos infinitamente superiores a los míos... ¡Oh, no me digáis en contrario, pues hasta mí han llegado noticias de vuestras obras y creedme, nada me hará cambiar de opinión!... -Se inclinó y apoyando una mano en el brazo del dueño de casa, agregó en bajo y tenso tono-. ¿Queréis que os diga algo más?... ¡Estoy firmemente convencido de que vos sois la única persona en el mundo que puede sacarme de este atolladero en que me encuentro y hacerme conocer la felicidad!

Cagliostro se quedó pasmado y abrumado por aquella sincera expresión de fe y convencido de que, en realidad, Mesmer *necesitaba* de él, lo instó a decirle cuáles eran sus problemas.

El caso era que, entre las protegidas de la emperatriz María Teresa figuraba una joven, Teresa Paradies, hija de un secretario de la Corte. A la sazón contaba dieciocho años; era una niña prodigio.

pues tocaba el piano como un ángel, aunque era ciega desde la infancia. Examinada y tratada por los oculistas más famosos de Austria y de Europa entera, éstos habían renunciado al propósito de curarla.

-Como ocurrió en otras ocasiones, el fracaso de la medicina alopática hizo surgir la idea de que alguien que había renunciado a los rígidos y ortodoxos procedimientos médicos, como el doctor Mesmer, podía intentar y, eventualmente, lograr la curación -siguió diciendo Mesmer-. Pues, bien... Me trajeron a la joven en cuestión y en nombre de la emperatriz me obligaron, valga el término, a tratarla según mi método...

-Proseguid, os lo ruego -instó Cagliostro, viendo que el médico se interrumpía.

-Poco hay que agregar... Aunque convencido de que, en este caso al menos, no había cura posible por medio del magnetismo, la sometí a mi tratamiento y aun hice lo imposible por mejorarlo, pero sin el menor resultado... ¡Aunque hace más de un año que la estoy tratando, sigue tan delicada como el primer día! -Mesmer, afligido, se pasó la mano por la frente-. ¡Ah, pobre pequeña mía!... ¡Mi Teresa, nada, nada puedo hacer por ella!

Cagliostro miró con asombro a su visitante. ¡Aquélla no era la simple expresión de pesar de un médico que no puede curar a su paciente!... Mesmer, estaba seguro de ello, denotaba en sus palabras los verdaderos sentimientos que abrigaba respecto a su paciente. Hizo algunas discretas preguntas sobre el particular y obtuvo esta sorprendente confesión:

-Sí, amo a Teresa, perdidamente... Pero mi amor por ella no es un amor sin esperanza, pues soy ampliamente correspondido... ¡y ésa es una de las causas de mi aflicción, pues no puedo corresponder a su amor con una obra de bien!

Luego de sopesar la situación y estimar los pro y los contra de la misma, Cagliostro accedió a examinar a la enferma, para cerciorarse sobre si existían o no posibilidades de curación.

Luego de dicho examen daría él una respuesta concluyente.

-¡Oh, amigo mío, sé que la curaréis! -exclamó Mesmer, en tono jubiloso-. ¡Gracias!... ¡Gracias por vuestra generosa comprensión!

El resultado de esta conversación fue que Mesmer, efectivamente, trajo con él a la joven Teresa Paradies, al día siguiente. Cagliostro se encontró frente a una joven de singular belleza, de sencillo vestir que destacaba su mansedumbre y su bondad. En la joven protegida de la emperatriz María Teresa parecía hallarse cifrado el temperamento prevaleciente en la corte, de recato y austeridad, sin negar por ello los atributos de belleza. El doctor Mesmer la rodeaba de atenciones, a las cuales la joven ciega respondía con una humilde sonrisa de gratitud.

A instancias de Cagliostro, Teresa se sentó al piano y ejecutó con maestría suma y una delicadeza tal que sus manos apenas parecían rozar las teclas, aunque sin dejar de arrancar por ello notas graves y profundas, dos piezas de Gluck, de neto contenido romántico, verdadero regalo para los oídos. Y mientras Teresa demostraba qua sabía tocar "como un ángel", Cagliostro la sometió a un minucioso examen, aunque sin molestar en lo mínimo a la joven.

Le tocó el turno al doctor Mesmer de asombrarse cuando el magista se acercó a él y en tono pausado y breve le preguntó si era posible someter a la paciente al tratamiento necesario sin más demoras. No sólo creía que podía devolver la vista a la joven, sino que estaba seguro del éxito; pero, por supuesto, debía contar con la absoluta conformidad de ella y aun con su voluntaria cooperación. Reprimiendo su júbilo, Mesmer afirmó que la enferma había sido entregada a su cuidado y responsabilidad y podía determinar allí mismo si convenía o no un drástico tratamiento.

-Manos a la obra, entonces -repuso Cagliostro-. Cuando Teresa termine de tocar, por favor, introducidla en mi estudio... Yo tendré todo preparado.

Momentos después, en efecto, el doctor Mesmer llevaba de la mano a la joven, a quien decía algunas palabras que provocaban en ella una extraordinaria aunque natural expectación. La posibilidad de una curación radical parecía sumirla en una especie de trance del que ya no salió a partir de aquel momento. Apolloni guió a los dos personajes hasta el estudio del maestro, donde éste, efectivamente, había dispuesto todo lo necesario para el tratamiento.

Cagliostro hizo sentar a la joven en un sillón reclinable, e instándole a deponer todo temor y toda ansiedad, pasó a la sugestión hipnótica. Teresa resultó un sujeto dócil y fácilmente impresionable, por lo que la primera fase se cumplió sin dificultades. Momentos después, en efecto, la joven dormía profundamente, en estado sonambúlico. Mesmer estaba maravillado.

-Hasta el presente consideré que el magnetismo era una fuerza suficiente para lograr un estado ideal -declaró-, mas debo reconocer la superioridad de vuestro método sobre el mío... ¡Jamás habría yo logrado alcanzar este grado de sometimiento en mis pacientes!

Pero resultó que Mesmer se estaba anticipando en aplaudir la actuación profesional de Cagliostro. Aún no había visto nada. Y, al parecer, tampoco tenía la menor idea del trabajo que iba a realizar, porque con curiosidad y no poco interés vio cómo Cagliostro colocaba sobre el pecho y los hombros de la paciente un manto de blanco y fino lino. Sobre una mesa rodante había otro paño igual y en él una pequeña cuchilla de hoja brillante, cuya punta destellaba como cristal de Bohemia.

-Esto que veis aquí -díjole Cagliostro en voz baja, mostrándole aquella punta-, es un trozo de diamante, tan aguzado y filoso como la punta de una navaja... Es un instrumento ideal para cierto tipo de cortes y extirpaciones, como las que se realizan en los ojos o en el cerebro...

El asombro enmudeció a Mesmer. Y el mismo sentimiento le impidió protestar, oponerse. ¡Una operación a los ojos!... Pero, después de todo, ¿no era un milagro lo que él pedía? Pues,



Librodot

bien, ciertos milagros reclaman renunciamientos dolorosos.

-... puesto que no sentís dolor alguno, ni la menor molestia y a decir verdad ni siquiera tenéis conciencia de estar viva -decía en aquel momento Cagliostro a la paciente-, me haréis la merced de abrir los párpados... Los mantendréis abiertos y sin pestañear en ningún momento, hasta que yo os lo diga... Bien, vamos a empezar... -El magista tomó la cuchilla y acercó la impresionante punta a uno de los ojos, que parecía velado y cubierto como el de un pescado muerto.

-¡Por Dios!... ¿Qué vais a hacer? -demandó Mesmer, con ronco acento, deteniendo su brazo.

Cagliostro se volvió a él y lo consideró con fría mirada, en la que se podía leer su respuesta: "Caballero, si lo preferís, aún estamos a tiempo de dejar las cosas como están". Avergonzado de esta muestra de debilidad, Mesmer retrocedió y ya no volvió a formular pregunta alguna, aunque varias veces lanzó roncas e involuntarias exclamaciones, mientras el conde realizaba su trabajo.

Sosteniendo la cabeza de la enferma con una mano y la cuchilla en la otra, Cagliostro introdujo la punta debajo del párpado del ojo izquierdo. Llegado a un extremo, inclinó la hoja de modo que pudo utilizar el diamante como un raspador. ¡Y una gruesa membrana se desprendió de la córnea a medida que el diamante realizaba el delicado corte, hasta que llegó al otro extremo del ojo, donde se produjo el desprendimiento del tejido!

Finalmente, el pequeño trozo de membrana fue retirado con ayuda de un objeto parecido a una pinza, sin que asomara el menor vestigio de sangre.

Impasible y sin dar muestra de emoción alguna, Cagliostro procedió a realizar la misma operación en el otro ojo, mientras que el doctor Mesmer, pálido y presa de extrema ansiedad, tuvo que apoyarse en el espaldar. La misma seguridad en la mano, el mismo y delicado procedimiento y la dura y afilada punta de diamante se deslizó sobre la córnea, quitando la membrana adherida a ella. Por último los dos trozos de un tejido entre grisáseo y parduzco quedaron expuestos en un platillo de vidrio. Mesmer se inclinó sobre ellos, fascinado.

-¡Con que este tejido vicioso y antinatural impedía la visión, y yo, necio de mí, pretendí curarlo con ayuda del magnetismo! -murmuró, desconcertado.

Cagllostro sonrió. Luego de lavar y limpiar los ojos con una cristalina solución, procedió a secarlos con ayuda de un pedazo de tela de batista y finalmente, con dedos tan suaves como la presión de un pétalo, cerró los párpados y los cubrió con una tela de lino doblada en cuatro.

-Dejaremos descansar a la enferma por un par de horas -le dijo al anonadado Mesmer-. En ese tiempo se solidificarán los tejidos y las pequeñas arterias desprendidas...

-Queréis decir que... -balbuceó Mesmer, interrumpiéndose por temor a decir una barbaridad.

-Sí, quiero decir eso... Que cuando retorne a la lucidez, vuestra protegida verá como una persona normal...

-¡No lo puedo creer! -estalló al fin el médico vienes, golpeándose la cabeza con las dos manos y dando agitados pasos por la estancia-. ¡Lo he visto con mis propios ojos y aún no lo puedo creer!... ¡Verá!... ¡Decís que verá como una persona normal!... ¿Estáis seguro de lo que decís?... ¡Oh, por piedad, conde, no me deis falsas esperanzas!

-Yo no os digo que creáis o no, doctor Mesmer. Simplemente os digo, esperad y confiad... Dos horas es lo más que os pido.

A juzgar por la actitud de Mesmer, aquellas dos horas resultaron dos años, pues no podía contenerse y por momentos hablaba sin ton ni son, y por momentos se entregaba a un silencio

pleno de ansiedad y de preocupación. Finalmente, al término de aquéllas y cuando Cagliostro se dispuso a despertar a la paciente, su emoción y su nerviosidad llegaron al climax. No parecía un hombre maduro, un científico experimentado en la ciencia de la curación, sino un adolescente a quien se le va a revelar un hecho trascendente.

-Yo... yo permaneceré en la cámara contigua -le rogó por último al magista-, mientras vos la despertáis y le hacéis retornar a la realidad del mundo. Yo vendré... en el momento oportuno... No quisiera que ella... en fin... vos me comprendéis...

El conde asintió en silencio y esperó que, en efecto, se trasladara a la habitación contigua, donde trabajaba Apolloni sacando en limpio algunos manuscritos y breves anotaciones de su amo.

Cagliostro realizó los pases de rigor sobre la cabeza y los hombros de Teresa y luego de viva voz le ordenó que despertara al terminar él de contar hasta tres. No debía sentir ninguna molestia o dolor en los ojos; tampoco debía sufrir las consecuencias de un deslumbramiento. Debía acostumbrarse a ver las cosas como si fueran familiares a ella, como en realidad lo eran. La imagen formada de las cosas debía coincidir con la visión exterior. Quitó entonces la venda y contó hasta tres, dando una fuerte palmada al final.

Un suspiro, un estremecimiento y Teresa se incorporó bruscamente, aunque aferrada con fuerza a los brazos del sillón. Con la cabeza erguida, pero sin abrir los ojos todavía, se detuvo a escuchar, quizá entregada a inquietantes pensamientos, a juzgar por el temblor de sus labios, de las aletas de su nariz. Cagliostro creyó oportuno ir en su ayuda.

-No abriguéis temor alguno -le dijo en el tono más amable de voz-. Ahora podéis abrir los ojos y ver... Ver, sí, no os asombre. Habréis de ver las cosas y los objetos, y las personas, todo, en fin, lo que os rodea... Sí, sí, no temáis... Abrid los ojos y mirad...

Un nuevo estremecimiento, un brusco movimiento para erguirse más todavía y... Teresa abrió los ojos, un tanto desorbitadamente. Lanzó un pequeño grito y volvió a cerrarlos con presteza, tanto que el realizado fue un solo movimiento de abrir y cerrar los párpados. Un nuevo gemido escapó a través de sus prietos labios y ahí se quedó, temblorosa, como si temiera ser objeto de una falsa ilusión.

Su vacilación, sin embargo, en esta ocasión resultó más breve. Siguiendo la sugestión de las amables palabras de Cagliostro, abrió los ojos y esta vez resistió al deseo de bajar los párpados. Deslumbrada miró a su alrededor, como fascinada ante la contemplación de cosas y objetos de los cuales sólo tenía una vaga idea. Luego se miró las manos, las ropas que llevaba y con no poca admiración consideró al hombre que estaba cerca de ella.

-¿Francis...? -empezó a preguntar, pero ella misma negó tal posibilidad y sonriendo sacudió la cabeza.

Ahora se incorporó y con cierta vacilación, como si aún no pudiera ver, tentó dar algunos pasos. Poco a poco perdió su miedo, sin embargo, y caminó con mayor soltura, con la dignidad de una soberana. Cada vez más ágilmente, hasta que, dando pequeños gritos de alborozo, se dio a correr, girando en torno a Cagliostro, el sillón y la mesa. Su júbilo desbordaba por todos sus poros; su elación, siendo espontánea y juvenil, era sencillamente conmovedora.

De pronto se detuvo. El doctor Mesmer, pálido, nada dueño de sí, asomó en la entrada de la habitación contigua. Con expresión arrobada y de infinita ternura contempló a la joven, la cual, ai darse cuenta de aquella presencia y del sentido de tal contemplación, se detuvo casi en seco. Luego, con curiosidad y repentino interés, se acercó a Mesmer. Con ojos que la posesión de la realidad encandilara, contempló a su vez al hombre que apenas se separaba de ella y que



Librodot

en un instante de inefable arrebato cayera de rodillas a sus pies y le confesara entre lágrimas su inmenso amor por ella. Y al que ella, con ese caudal de afecto que desbordaba de su ser como un manantial inagotable que deseaba volcar sobre una sedienta pradera, aceptara en la certeza de que su intensa emoción provenía de un sentimiento recíproco. Pero la expresión de aquellos ojos recién abiertos a la verdadera ilusión de la vida trasuntaban algo más: honda desilusión.

Porque el hombre al que contemplara con los ojos del alma e idealizara como un príncipe fabuloso, otorgándole apostura, gallardía, riqueza y elegancia en el atuendo, venía a resultar un pobre remedo de esa idealizada y juvenil imagen. El doctor Mesmer era un hombre entrado en años, más bien bajo de estatura, obeso, tan zafio en el vestir que su aspecto, por lo ridículo, movía a risa.

El desencanto que asomó en los ojos recién abiertos a la vida fue de tal naturaleza que se diluyó en súbitas lágrimas. Los labios se entreabrieron para dejar escapar los gemidos que ahora la estrangulaban y Teresa Paradles se lanzó hacia la salida, sorda a los naturales sentimientos de gratitud, dejando anonadados a los dos hombres. Cuando el doctor Mesmer reaccionó y corrió en pos de ella, Teresa estaba a punto de abandonar el edificio y de lanzarse sola al maremagnum del mundo.

* * *

-La belleza no va necesariamente con los más nobles sentimientos -decía algún tiempo después el conde di Cagliostro a su bellísima esposa-. Mientras Teresa Paradles fue ciega, conoció aquellas virtudes del alma que ennoblecen al ser que las posee. Mas apenas asomó en el falso y sofisticado mundo donde nos debatimos se dejó arrastrar por el fulgor engañoso, por la dorada aureola en la cual se hunden voluntariamente los espíritus débiles en su afán de alcanzar las glorias mundanas y efímeras de la riqueza, la gloria y el poder... ¡y ahí tenemos el triste resultado!

-¡Pobre doctor Mesmer! -murmuró Serafina, lanzando un suspiro, mientras elegía un exquisito trozo de faisán-. ¡Acusado de violación, expulsado deshonrosamente del cuerpo médico y obligado a emigrar como un vulgar delincuente!... ¡Oh, este mundo vienés es horrible en su hipocresía y falsedad! ¡Ya no lo soporto más!...

-Creo que ha llegado la hora de satisfacerte, querida mía... Viena se ha hecho insoportable y aún diría que peligroso para nuestra seguridad y bienestar. Si las autoridades se enteran que he sido yo quien ha practicado una operación médica sin poseer la habilitación necesaria, caerán sobre nosotros como gavilanes...

-¡Oh, sería espantoso!... ¿Y dónde iremos?

-A Estrasburgo... Se me ha informado que, en la actualidad, Estrasburgo es una ciudad ideal para quienes, como nosotros, contamos para vivir con el esplendor y la riqueza con que se rodean los demás. No hay una ciudad en Europa, fuera de París, donde se halle centrada mayor actividad cortesana, diplomática y política... ¿Y sabes por qué?

-No tengo la menor idea.

Porque Estrasburgo, situada en la frontera entre Francia y Alemania, constituye el epicentro de esas actividades y las que se desarrollan en París como en Berlín, Viena, Roma o Moscú...

-¿Y nos estableceremos definitivamente en Estrasburgo?



Librodot

-No... Sólo será un hito más en nuestra ruta hacia la capital del mundo...

-¡París!... ¿Verdad?

-París, en efecto. -Sorpresivamente, el señor conde se dio una plebeya palmada en la pierna-. ¡Oh!... ¡Empiezo a vislumbrar cuál es la misión que he traído al mundo!... ¡Sí, París, capital del desenfreno y la corrupción, de la...!

-¡Señor!... ¡Señor!

Cagliostro consideró con el ceño fruncido a quien se atreviera a entrar en el comedor con tal prisa y falta de respeto; pero comprendiendo que Lucas no hubiera cometido tal falta de delicadeza sin una buena razón, le preguntó:

-¿Qué sucede, Lucas?

-¡Los gendarmes, señor!... ¡Están aquí!... ¡Vienen a prender al señor conde! -El egipcio daba claras muestras de haber perdido su habitual impasibilidad.

-¡A prenderme!... ¡Por Anubis!

-Así me lo ha dado a entender el oficial que viene con tal misión... Dice que trae una orden especial de Su Majestad...

Serafina se había puesto pálida y dejando su asiento hizo un amago para huir. Pero Cagliostro estiró un brazo hacia ella y detuvo su impulso.

-No, querida, ésa no sería una manera correcta de hacerlo... -Se volvió a Lucas y agregó-: Di al señor oficial que estamos cenando y que lo invito a pasar...

Instantes después se hacía presente el citado oficial, que resultó ser un joven apuesto, de figura atlética, que llevaba con singular bizarría su flamante uniforme compuesto de casaca roja, pantalones blancos de montar y botas de caña alta. Tenía el sable desenvainado, pero al advertir la presencia de una dama y lo pacífico del escenario, optó por guardarlo, luego de lo cual, uniendo los talones con un ruido característico, saludó y se presentó, diciendo:

-Teniente de guardias imperiales, barón von Ulrich, a las órdenes del señor conde.

Cagliostro respondió con una leve inclinación de cabeza, luego de lo cual presentó a Serafina, mencionando su nombre y condición.

-Lamento que hayáis llegado cuando ya habíamos empezado a cenar, señor barón -dijo luego-. Pero si gustáis puedo ordenar que os pongan un cubierto.

-Ruego al señor conde me dispense del honor de sentarme a su mesa, pues ya he cenado -respondió el oficial, estiradamente.

-¿Pero al menos tendréis la gentileza de permitirnos concluir la nuestra?... Os prometo que no demoraremos. Os ruego toméis asiento... Serafina, ¿quieres invitar a nuestro amigo con una copa de ese exquisito borgoña?

El barón creyó de su deber rehusar la invitación, pero subyugado por aquella belleza y la cautivante sonrisa con que lo envolvió Serafina, concluyó haciendo un gesto ambiguo, que correctamente interpretado por la condesa le valió ser servido en una preciosa copa de cristal de Bohemia. Como el barón había venido a quedar al otro lado de la mesa, fue el propio conde quien la recibió de manos de su esposa y la hizo llegar a poder del ruborizado oficial.

Cagliostro procedió luego a un hábil interrogatorio. ¿Qué pretendida injuria había causado él a su graciosísima Majestad Imperial que se enviaba a una patrulla a detenerlo? Trató de impresionar al barón mencionando sus riquezas y agregando que su título nobiliario y su

inmensa fortuna lo habían hecho inmune a toda sospecha y él no se inmiscuía en política ni ejercía ninguna misión reservada.

-¿Podéis, al menos, decirme, quién ha impartido la orden de mi detención? -inquirió-. Puesto que se trata de un evidente error, nada me agradaría más que sacar de él a la persona indicada__

-Ha sido Su Majestad imperial en persona -repuso el joven oficial, estirándose de nuevo, aunque su estiramiento duró poco luego de contemplar la insinuante sonrisa de Serafina-. Según creo -agregó, con el ostensible propósito de granjearse la simpatía y la gratitud de aquella bellísima mujer-, la emperatriz recibió, tiempo ha, una secreta misiva de Catalina II, en la que, luego de trataros con los peores adjetivos, pedía os hiciera detener y devolver a Rusia en condición de prisioneros de Estado...

-¡Oh, ya comprendo!... -Cagliostro brindó con su copa y el joven oficial hizo lo propio con Serafina, luego de lo cual, por tercera vez desde que tomara asiento, vació su copa-. ¿La orden reza también para mi esposa?... ¿O para el personal a mi servicio?

-No, señor conde. El despacho os nombra a vos, exclusivamente.

Cagliostro sonrió con diplomacia y fingiendo ignorar las ardientes miradas que el joven barón enviaba a Serafina, se dispuso a dejar la mesa. En aquel momento hizo de nuevo su aparición Lucas, el cual cambió con su amo una significativa mirada.

-Mi buen Lucas -dijo su excelencia sin dar muestras en ningún momento de fastidio o preocupación-, alcánzame, el bicornio y mi bastón, que voy a dar un paseo con el señor barón...

Lucas se inclinó y ya iba a retirarse, cuando se oyó un gemido y luego la pesada caída de un cuerpo. Al volverse con presteza Cagliostro, alcanzó a ver que el barón von Ulrich, luego de lanzar una entornada mirada a la joven y bella condesa, había intentado ponerse de pie e ir en pos del conde, pero las extremidades inferiores se negaron a sostenerlo y eso fue causa de que se deslizara al alfombrado piso, donde quedó grotescamente tendido, con los ojos abiertos y respirando en estertores, como un buey recién degollado.

Serafina se incorporó también, llevándose una mano a la boca. Su mirada de espanto y reproche decía bien a las claras sus terribles sospechas. Cagliostro, que se inclinó sobre el oficial y lo auscultó brevemente, se estiró con una amplia sonrisa, diciendo:

-No te alarmes, querida mía... Tu galante oficial no está muerto sino dormido como un tronco. -Sin dejar de sonreír se volvió al impertérrito egipcio y agregó-: Supongo que lo mismo ocurre también con los guardias, ¿verdad, mi buen Lucas?

-Así es, señor... Interpretando los deseos no expresados del señor, ofreciles un par de picheles de vino generoso que los soldados no se atrevieron a rechazar al saber que el oficial estaba sentado a la mesa con los amos... Y allí duermen, como cadáveres de árboles, si se me permite la expresión.

-¡Magnífico, amigo mío!... Eres el mejor y más completo de los mayordomos de una casa condal. Supongo que también habrás tomado providencias sobre lo demás.

-Sí, señor... Los cuatro carruajes están siendo montados y a punto de ser cargados.

-¡Qué!... ¿Nos vamos? -boqueó Serafina.

-¿Qué otro remedio, querida mía? -repuso el conde encogiéndose de hombros-. ¿O prefieres tal vez regresar a Rusia e ir a una de esas horribles mazmorras rusas?... Pero no te aflijas, que iremos bien escoltados por una espléndida guardia imperial. ¿Quieres tener ahora la gentileza



Librodot

de prepararte para el largo viaje?

Serafina lanzó un suspiro y luego de echar al dormido oficial una lánguida y esperanzada mirada, se precipitó fuera de la estancia, dando evidencias con ello de que nada le halagaba más que la idea de viajar con tan apuesta escolta.

Cuando la atrayente y perfumada presencia hizo mutis, Cagliostro se volvió de nuevo a Lucas y lanzando a su vez un suspiro, contemplando reflexivamente al oficial austríaco, dijo:

-¡Ah, las mujeres!... Son tan impresionables que se dejan cegar por falsos temores y por escapar a ellos caen sin darse cuenta en el verdadero peligro.

El egipcio consideró a su señor sin dar muestras de ninguna emoción, como si su rostro cobrizo y surcado de arrugas estuviese esculpido, como el de la Esfinge, en la dura roca del desierto.

## *Capítulo XI*

## *UN AMIGO PELIGROSO*

El carruaje condal con el extraño escudo de armas corría a galope tendido dejando una estela de polvo que se extendía por la accidentada y pintoresca campiña austríaca, pretendiendo emular a las nubes y alcanzar las cumbres montañosas sobre las que el sol se ponía, arrancándoles acerados destellos. Sombras verdes y azuladas de valles y hondonadas, el cielo encendido hacia el poniente, completaban el austero paisaje. Lejos, hacia el norte, se columbraban difusos y blancos picos que semejaban filosas puntas de espada en el intento de abrir el vientre del firmamento.

La regularidad de la sostenida marcha del carruaje hacía suponer que el viaje era tranquilo, de rutina, entretenido por lo cambiante de la visión panorámica, a pesar del camino en cornisa con caídas abismales que por veces cortaba las montañas, dejando en ellas una rojiza cicatriz. Sin embargo, dando un mentís a esa placentera idea, en el interior del carruaje se oyó un lastimero quejido.

-Alessandro, *¡abbia la bontá!...* ¡No resisto más!... ¡Esta loca carrera lleva ya más de veinticuatro horas de duración!

El hecho de que la condesa Serafina di Cagliostro apelase a la lengua materna era un seguro indicio de su incomodidad, fastidio y preocupación. Cagliostro, hundido en su asiento, mantenía los ojos obstinadamente cerrados, dando la impresión de estar dormido. A pesar de lo cual sonrió en la sombra, alegre y divertido, al parecer, por el hecho de que la condesa expresara de tal modo su disgusto franco por la situación. En efecto, venían corriendo en este tren desde hacía cerca de veinte horas, sin detenerse ni una sola vez ni para cambiar caballos, corriendo el peligro de que la excesiva fatiga reventara alguno de los cuadrúpedos y que esto ocasionara incluso una verdadera catástrofe, considerando lo sinuoso y accidentado de los caminos.

Serafina no había dejado de quejarse y cada vez que lo hacía se asomaba por la ventanilla, desde donde miraba hacia adelante sin ocultar su ansiedad. El hecho era que, a cosa de unas cien yardas, cabalgaba un pequeño grupo de jinetes, los cuales lucían sus ahora empolvados uniformes con casco y penacho de plumas. La situación se le antojaba desconcertante para Serafina, porque los jinetes mantenían obstinadamente aquella distancia y en ningún momento su bizarro oficial se había detenido ni había vuelto siquiera la cabeza para ver si los seguían los carruajes de la caravana condal. El joven oficial se concretaba a dar voces cada vez que



Librodot

entraban en una población cualquiera, pidiendo vía expeditiva a las voces de:

-¡Paso a la guardia imperial de escolta!... ¡Orden de Su Majestad!

Logrando con ello que los asombrados y no poco temerosos funcionarios provinciales y gendarmes no hicieran nada para detenerlos e indagar el motivo de su prisa.

-¡Alessandro, *mi faccia il piacerel...*

-¡Está bien, mujer, está bien! -Y asomándose a la ventanilla el conde llamó al cochero.

Jacopo tiró de las riendas y consiguió que los seis briosos aunque sudados y rendidos animales refrenaran su impulso. Una nueva y breve orden de Cagliostro y el auriga hizo escuchar el vibrante eco de un clarín, oído el cual no sólo se detuvo la escolta de jinetes que iba adelante, sino que el oficial volvió grupas y al trote vino al encuentro del carruaje.

Serafina se rehizo prontamente y con no poca nerviosidad procuró reparar su ajado aspecto. El oficial llegó entonces junto al coche y, ¡oh, decepción!, en lugar de asomarse por el lado de ella, lo hizo por el otro. ..

-A las órdenes del señor conde...

¡Aquella voz!... Serafina alzó la cabeza y un verdadero grito de frustración y desencanto escapó a través de sus labios enrojecidos de bermellón y que en este momento semejaban pétalos rojos de una rosa dispuestos sobre una pálida máscara de yeso.

-¡Apolloni! -prorrumpió con desmayo.

El aludido, secretario de S. E. y ufano de cumplir el airoso papel de un oficial de húsares, se inclinó gentilmente.

-¿Cómo es posible? -balbuceó Serafina, sin comprender, mirando ora a su marido, ora al desgarbado y joven secretario.

-¡Ah!... ¿No lo sabías? -La sonrisa de Cagliostro era divertida, irónica-. Perdóname si olvidé explicártelo debido al apremio de la partida... Pero el caso es que el teniente von Ulrich se quedó allá, en los sótanos de nuestra mansión vienesa, dormido cual cadáver de árbol, según el feliz decir de Lucas. Gracias a la dosis administrada, él y sus hombres permanecerán dormidos por veinticuatro horas- De ahí nuestro apuro por llegar a la frontera germana antes de ese lapso... ¿Comprendes ahora, querida mía? Nuestro buen amigo Apolloni, Bartoli y los otros servidores nuestros, realizan admirablemente, como ves, su papel de guardias imperiales...

-¡Te odio!... ¡Te odio!... ¡Te odio! -gimoteó Serafina, en el colmo de la desilusión.

El conde de Cagliostro siguió sonriendo en la sombra, pero, a pesar suyo, su sonrisa se le heló en el rostro.

Es que no sólo en las palabras sino en el tono y en el acento que Serafina supo imprimirles pudo percibir él, latente, terrible, aquel sentimiento negativo.

* * *

Algún tiempo después, sin embargo, en la condesa Serafina se producía un notable y alentador cambio. La condesa se hallaba de plácemes. De un modo grato y admirable, por lo rápido y fortuito, su lamentable condición anterior se había trocado por otra placentera.

Volvía a ser la figura destacada, la reina, la estrella más refulgente, en los salones palaciegos del viejo Estrasburgo. Todo contribuía a destacarla: su belleza sin par, su despampanante elegancia, la aplastante riqueza de sus joyas, su título, la fama de su nombre y, sobre todo, la curiosidad que despertaba en hombres y mujeres, en jóvenes y viejos, las informaciones y referencias sobre las hazañas cumplidas por el misterioso conde di Cagliostro como magista, vidente, terapeuta, astrólogo, magnetizador, psicólogo y alquimista. La creciente fama de Cagliostro obligaba a que en los salones más encumbrados y rutilantes se agitaran bulliciosos, ansiosos y aristocráticos gentíos ante el solo anuncio de la presencia de la famosa pareja condal.

Como ya sucediera en Nápoles, Roma, Venecia, Moscú y últimamente en Viena, los Cagliostro habían venido a demostrar en Estrasburgo que el prestigio y la riqueza no vienen solos y quien los posee debe exhibirlos como un mariscal exhibe sus galardones. En una palabra, *Omne ignotum pro magnifico. (* Todo lo que no se conoce se supone magnífico)

Pero sería incurrir en una desconsideración a la belleza de Serafina admitir que sólo atraía a los hombres (y no pocas mujeres) por sus riquezas y su lujo. Era hermosa, sí, pero más importante que eso, sabía dar expresión, cierto sentido erótico a su hermosura. No había hombre que pudiera resistir el hechizo de su insinuante sonrisa o la subyugación de su significativa mirada. Los hombres, jóvenes, maduros y aun ancianos iban en pos de ella como las abejas en pos de una opulenta y dulce flor.

Las circunstancias anotadas bastaban, en suma, para que el nombre y la figura de la condesa di Cagliostro provocaran gran revuelo en los aristocráticos salones de Estrasburgo, colmados por un mundo rico, elegante, sofisticado y desaprensivo y, sobre todo, por un sugestivo conglomerado de complicadas e intrigantes personalidades internacionales. En nuestros tiempos se hubiera calificado a Estrasburgo como una ciudad *in* con ribetes sensacionalistas, por su decidida figuración como centro de intrigas de toda laya, predominando las políticas y las de alcoba. El hecho de que las relaciones internacionales en Europa estuviesen en el punto más álgido de ebullición, convertía a Estrasburgo en la ciudad de los observadores u operadores de la alta inteligencia. Ello se debía a que, siendo Estrasburgo una ciudad fronteriza entre Francia y las naciones europeas orientales -Alemania, Austria, Hungría, Rusia, Turquía y los Balcanes-, allí se centraban las actividades de muchos agentes de capa y espada, cuya misión era no perder de vista a los personajes influyentes que cruzaban dicha frontera. Tan pronto como llegaba algún personaje de título o figuración, los centros de inteligencia de Estrasburgo buscaban por diversos conductos el modo de averiguar los propósitos que traían o llevaban. No pocas veces conciliaban su acción y tendían alrededor de esos personajes un cerco de acero revestido de flores y cintas policromas y fastuosas, con las que disimulaban su tensión y dureza. Reuniones sociales, recepciones, incluso fiestas, aprisionaban por unos días a embajadores y ministros, a mariscales y almirantes, a funcionarios de elevada o menor jerarquía, y a miembros de la nobleza que, por una u otra causa, debían entrar o salir de Francia por aquella puerta.

Como siempre ha ocurrido en ciudades fronterizas de relevancia Internacional y en épocas prebélicas, en Estrasburgo, públicamente se llevaba una vida alegre, despreocupada, pródiga en acontecimientos sociales, donde lo más selecto de las élites aristocráticas de Europa se afanaban por destacarse en lo que a riqueza y suntuosidad se refiere. Pero la situación entre bambalinas era tensa y aun violenta. Bajo los guantes de terciopelo blanco asomaban los guanteletes de acero, el puñal debajo de los jubones de seda, y las capas encubrían los pálidos rostros de la intriga.

Estrasburgo, aun siendo una ciudad francesa, podía estimarse en aquella época -1778-, inmediata anterior a la Revolución Francesa y a las guerras que como consecuencia de ella se desatarían en toda Europa, como una ciudad abierta. Las autoridades máximas y menores, es



Librodot

cierto, eran francesas y sobre el territorio prevalecían las leyes francesas, pero todo esto era nominal. Cualquier persona con suficientes títulos de posición y dinero, podía no sólo influir sino determinar la acción gubernativa o la judicial por los senderos más propicios a la representación que se ejercía. Esta situación venía de antigua data. De nada sirvió que el joven e inexperto rey Luis XVI, animado sólo de buenos deseos, quisiera imponer un régimen de dignidad y moral en su muy amada ciudad de Estrasburgo, cambiando masivamente a los pervertidos y cohechadores funcionarios del antiguo régimen. Los nuevos resultaron poseer sentimientos ambiciosos que precisamente, por ser nuevos, eran insaciables. Y de nada sirvió, asimismo, que designara a su primo, el duque-cardenal Luis de Roñan, arzobispo de Estrasburgo, con la católica y elevada misión de propagar y propiciar la moral y la dignidad en la conducta humana. El príncipe de la iglesia resultó ser tan vulnerable a las placenteras influencias mundanas como cualquier príncipe pagano.

Pero si en el sentido moral fracasó, el de Roñan demostró poseer cualidades superiores para la intriga. De tal modo que Luis XVI se mostró muy complacido con él. Gracias al cardenal y a su inteligente labor, el Estado francés se enteraba con mucha anticipación de los entretelones, planes y proyectos que en lo político y diplomático sustentaban los gobiernos y las cancillerías europeas.

Ello se debía en parte a que en el suntuoso e imponente palacio del cardenal de Rohan tenían lugar frecuentemente grandes recepciones o bailes. Ser invitados a ellos constituía un verdadero honor. Rohan obtenía sus valiosas informaciones gracias al verdadero ejército de observadores de diversa traza, figura y ocupación que revoloteaba en torno a las personalidades concurrentes. Pero exceptuando este hecho que a nadie llamaba a engaño, ningún personaje se estimaba de figuración si no había pasado previamente por el tamiz del duque.

Es de suponer, en consecuencia, el revuelo que en el aristocráticO y selecto mundo de Estrasburgo causó la invitación que hizo circular el cardenal de Rohan, en la que invitaba a un baile que ofrecía en su casa "en honor del conde di Cagliostro y su distinguida esposa, la condesa Serafina".

Es perentorio, sin embargo, explicar el origen de esta invitación que, no es necesario decirlo, provocó el orgullo y la mayor satisfacción y alegría de la envanecida condesa di Cagliostro.

* * *

Los Cagliostro se hallaban establecidos en una principesca mansión situada en el Quai Kleber, el barrio más aristocrático de Estrasburgo. Y, como ya lo hicieran en otras oportunidades, se rodearon de un boato excepcional, índice de la fabulosa riqueza que se decía poseía el conde di Cagliostro, El número de criados, carruajes y caballos daba una pauta de esa fortuna verdaderamente oriental. Para aumentar la admiración y el interés que esta *mise en scene* provocaba, los criados al servicio de S.E. hacían circular las más extrañas y fantásticas historias, con lo cual se corroboraban las que provenían de otras fuentes. Se decía entre otras cosas que Cagliostro era en realidad un príncipe de Oriente, no sólo más rico que Creso sino poseedor de facultades extraordinarias. Podía resucitar muertos, curar o matar a voluntad, fabricar oro y piedras preciosas, comunicarse con los espíritus y, en fin, realizar las más increíbles hazañas, siendo en tal punto superior a los sabios y fakires indios y a los adeptos y coptos egipcios.

Debido a ello no dejó de ser advertida la presencia en la ciudad de los condes de Cagliostro. El título nobiliario fue en verdad un pretexto para que los miembros de la aristocracia local hicieran llover invitaciones a la pareja. En tales reuniones, cediendo a las vivas instancias de



Librodot

los anfitriones, Cagliostro se dignó ofrecer expresiones de su arte como magista, logrando la admiración y el aplauso de selectas concurrencias. Luego, calculadamente fue rechazando las cada vez más abrumadoras invitaciones, con lo cual obligó a esos personajes a venir a consultarlo. En alguna que otra ocasión, sin embargo, y accediendo a las vivas instancias de su esposa, acudía a algún palacio ducal o condal.

En una de estas oportunidades -habían transcurrido escasos cuatro meses de su llegada a Estrasburgo-, en una recepción ofrecida por la duquesa d'Argenson, viuda del que fuera ministro y favorito de Luis XV, en determinado momento se le acercó un aristócrata de aire estirado y frío, y en forma ostensible le hizo conocer el deseo que tenía Su Eminencia, el cardenal de Roñan, arzobispo de Estrasburgo, de que Cagliostro acudiera a la residencia arzobispal para una consulta. Muy suelto de cuerpo, Cagliostro respondió al punto, diciendo, también en voz alta:

-Si Su Eminencia está enfermo, que venga a verme como me vienen a ver los demás, y lo curaré. Si no lo está, ni él tiene necesidad de mí ni yo de él.

El disgusto que tan insolente respuesta provocó en el aristocrático gentío que lo rodeaba, quedó aplastado por el asombro. Sólo un gran mago, un ser milagroso, un enviado de Dios, podía tomarse tal licencia sin temer la cólera de un potentado terrenal. Y, al parecer, esta misma pareció ser la conclusión del cardenal de Rohan, pues transcurridos dos días de aquel incidente, un carruaje se detenia al anochecer frente a la mansión de los Cagliostro y momentos después un confundido y no poco alarmado Apolloni anunciaba a Su Eminencia el Cardenal.

Después de una prudente pausa, Cagliostro acudió al lujoso salón de recepciones de su mansión, amueblada y decorada con tal riqueza y derroche de medios que aplastaba con su suntuosidad. Luis de Rohan, verdaderamente maravillado, contemplaba los tapices y los cuadros de famosos artistas, así como las ricas - colgaduras de raso y terciopelo, en una espléndida combinación de rojo y azul que pendían de los muros, cuando el dueño de casa se acercó a saludarlo, con la deferencia que merecía su alta investidura. Pero el cardenal le hizo advertir que su visita no era protocolar sino personal y que por lo tanto podían prescindir de los ceremoniales de estilo. Con la misma dignidad saludó a la condesa Serafina, que acudiera también al enterarse de que su casa había sido honrada con tal visita, y con la galantería de un gentilhombre le besó la mano, reteniéndola más tiempo del aconsejado por el protocolo eclesiástico. Entonces, por fin encontró lugar para atender al conde, mientras Serafina, con el fin de dejarlos solos y en privado, se dispuso a amenizar su charla con algunas breves ejecuciones en clavicordio.

Según pudo observar Cagliostro, de Rohan hablaba y se comportaba como un verdadero hombre de mundo. Su parla resultaba amable, jovial y desprovista de ese fastidioso estiramiento que se observa a menudo en personajes encumbrados por el azar y que tratan de probar que son superiores a sus cargos y honores, cuando la realidad es que ellos les quedan demasiado holgados. La vestimenta, siendo rica, era sencilla, austera. Vestía como un noble cualquiera, pues sólo en ocasiones especialísimas usaba su impresionante atuendo de príncipe de la Iglesia, y su capelo rojo de cardenal. Era alto, de complexión clara, de unos cincuenta años de edad, un tanto grueso de cintura debido a su proverbial afición a la buena mesa. Siendo un noble de raza, tenía una filosofía *sui géneris* sobre la prevalencia de castas y en su conducta privada, al alternar con gentes de clases inferiores y tratarlas de igual a igual, particularmente cuando se trataba de mozas de físico exuberante, y condescendientes, demostraba sus inclinaciones populares, en lo que de algún modo rivalizaba con otro de sus famosos primos, Luis Felipe, duque de Orleáns. Los gestos y ademanes desenvueltos, la sonrisa entre cínica y burlona, su mirada penetrante, toda la persona de Su Eminencia, en fin, demostraban al hombre experimentado y dueño de todas las situaciones.



Librodot

Cagliostro sonrió veladamente luego de realizar este breve y certero estudio del príncipe que no vacilaba en sufrir una aparente humillación con tal de conseguir determinado objetivo. ¿Cuál? No resultaba difícil adivinarlo. El cardenal de Rohan era un hombre tan apasionado como ambicioso y se lo podía identificar y situar en ambos extremos. Una frase dicha al azar por Serafina, algún tiempo antes, podía resultar la clave de la cuestión:

-Su Excelencia, el cardenal de Rohan, se mostró muy galante conmigo al besarme la mano en público...

Sí, eso era, probablemente, a juzgar por las miradas oblicuas que de tanto en tanto arrojaba a la condesa, que seguía sentada junto al piano. Pero Rohan era hombre acostumbrado a sacar doble y aun triple provecho en todas las situaciones. La solución estaba en determinar sus otros objetivos.

En aquel momento, el cardenal decía:

-...y entonces pensé: Eminencia, vuestros achaques físicos son una vergüenza y una verdadera calamidad. Pensad en vuestro tío abuelo, Luis XV, que a los setenta y cinco años rindió amorosamente a la bella Mme. Dubarry, cuarenta y cinco años menor que él... ¿Y qué decir de sus aventuras galantes en el famoso Parque de las Siervas? Ciertamente, Luis, no parecéis provenir de una raza tan viril y potente -Su Eminencia se echó a reír en tono apagado mientras se llevaba la mano a la nariz, en el instintivo movimiento de un inveterado consumidor de rapé, dejando admirar de paso el riquísimo encaje de Holanda de los puños. Luego de breve pausa, prosiguió-: En consecuencia, me dije que era necesario apelar a la generosidad y el genio de ese gran conocedor y curador de las flaquezas humanas que se dice es el conde de Cagliostro. Si es capaz de convertir el plomo en oro y el carbón en diamantes, me dije, ¿cómo no ha de ser posible que pueda restaurar la alicaída fortaleza de un hombre apasionado?

Aquello resultó suficiente para indagar toda la verdad. El tono ligero del cardenal y su modo casi humorístico de encarar su agudo problema, denunciaba el *leit motiv* de su presencia en la casa de Cagliostro. Pero eso no era todo. Además de recuperar el vigor físico, Su Eminencia requería de indeterminadas cantidades en oro y diamantes. Presumiblemente era su precio para otorgar el visto bueno al permiso de radicación en Estrasburgo.

Pero el precio exigía algo más. Lo denotaba la repugnante expresión de sátiro que mostraba de Rohan toda vez que dirigía la mirada a la condesa Serafina. La mirada cínica y audaz no ocultaba su velado y salaz sentido. A Su Eminencia parecía importarle un ardite que el marido estuviese presente y que interpretase o no su equívoca conducta. Suponía, sin duda, que su poder humano era ilimitado y con sólo mover un dedo podía enviar a prisión al mago más reputado y sin que valieran a liberarlo sus condiciones de tal.

-Excelencia, puedo satisfacer vuestras demandas -señaló Cagliostro, inclinándose adustamente-. Pero creo de mi deber advertiros que todo tiene un precio y que es preciso pagar para obtener lo que se desea ardientemente.

-Os ruego, conde, seáis más explícito.

-Bien... Me pedís que restaure vuestra salud física. Puedo lograrlo fácilmente, pero será al precio de vuestra propia salud. Quiero decir, los beneficios que obtengáis ahora serán a costa de vuestra salud de mañana...

-¡Oh, comprendo!... Queréis decir que envejeceré prematuramente, ¿no es así? Pues, bien, ¿a quién se le importa? De todos modos, cuando llegue a la senectud tendré oportunidad de ocuparme de las cosas del espíritu... Dejad que me ocupe hoy, mientras pueda, de las cosas del cuerpo. -Y Rohan volvió a reír en tono apagado, con el mayor desplante, mientras por el rabillo del ojo observaba a Serafina, cuya bien formada espalda se destacaba en la butaca.



Librodot

-En tal caso, procuraré complacer a Su Eminencia.

-Que me place... ¿Son vuestras únicas observaciones?

De ninguna manera, se apresuró a decir Cagliostro. Convertir el plomo en oro era una tarea realizable para un eficiente alquimista, pero la operación era tan complicada y riesgosa que demandaba una inversión en oro equivalente a un sesenta y setenta por ciento. Valía decir, dando un ejemplo, para obtener cien gramos de oro era necesario invertir setenta, gramos del precioso metal, corriendo el riesgo de que debido a una mala operación se perdiera todo.

-Fijad la cantidad que necesitáis, Excelencia, y yo os diré la cantidad en oro de buena ley que debéis aportar -señaló finalmente el magista.

-¡Vaya! -exclamó Rohan, no poco desilusionado-. ¿Me pedís oro, a mí?... Según tengo entendido, mis arcas se hallan exhaustas y es debido a tan extrema causa la mención de este asunto -repuso el cardenal, hombre experimentado que no deseaba correr ningún riesgo. Y agitando una mano displicentemente, agregó-: Supongo que el negocio de los diamantes ofrecerá todavía mayores inconvenientes.

-¡Ay, por desgracia, señor, convertir el carbón en diamante exige una erogación aún mayor, sin que el mejor alquimista pueda garantizar el éxito de la operación!

-Hum... Me lo suponía, lo cual no impide mi amarga desilusión.

-Sin embargo, Excelencia, acaso pueda seros útil... ¿Tenéis algún diamante, uno pequeño? Si me lo confiáis, es posible que yo os lo pueda devolver aumentado casi en un doble su tamaño. La operación demandaría un par de días.

-¿Garantizáis el resultado?

-En cierto modo, sí, pero tomando siempre en cuenta los imponderables... ¿Sabéis que no obstante su aparente fortaleza, el diamante es una de las cosas más frágiles que existen?... Un golpe de viento puede destruirlo y convertirlo en polvo.

Se hubiera dicho que de Rohan esperaba aquellas desilusionantes respuestas, a juzgar por el modo como se hundió en su asiento y por la expresión equívoca de su rostro. Por unos instantes mantuvo silencio, durante los cuales, sin embargo, no dejó de contemplar a la condesa.

-¡Oh, desventurado de mí! -exclamó finalmente, con acento compungido-. ¡Mis arcas están vacías de todo cuanto brilla y hace más regalada la vida!... Pero no pierdo la esperanza de verlas colmadas algún día. Entonces volveremos sobre el tema, conde. Mientras tanto... -su mirada se posó obstinadamente en la bella condesa, que componía un sugestivo cuadro mientras movía sus delicadas manos sobre el teclado-, me haréis el honor de acudir con vuestra esposa a una recepción que pienso ofrecer pronto...

* * *

Así queda explicado el sentido de aquella invitación.

Como es de suponer, todo el destacado mundo de Estrasburgo se apresuró a aceptarla, unos por complacer al cardenal, otros por el interés de conocer a los Cagliostro y muchos por verlo actuar y tener una oportunidad de consultarlo.

Llegada que fue la noche del día señalado para la recepción, mientras con ayuda de Lucas se



Librodot

vestía para acudir a ella, rompiendo su habitual laconismo, y como si hablara consigo mismo, el conde comentó:

-¡Ay, amigo mío, creo que vienen horas difíciles!... Aunque he tratado de auscultar el futuro en relación a esta invitación, no he tenido ninguna respuesta, como ocurre siempre que acudo en el terreno personal. Sin embargo, el instinto me dice que algún peligro desconocido nos amenaza... Siento que el cardenal de Rohan es uno de los hombres más temibles con que he tropezado hasta el presente. .. Lucas, habrás de estar atento esta noche a todas las circunstancias, incluso preparado para una eventual y precipitada partida...

Esta admonición dio claras muestras de ir a cumplirse, cuando, horas después, en plena fiesta y en un escenario de singular relevancia, que condecía en todo con la grandeza y riqueza realmente aristócratas del selecto ambiente, el cardenal de Rohan subió a un estrado que parecía especialmente preparado al efecto, y demandó la atención general. En aquel momento, el inmenso salón de recepciones del palacio de Rohan se convirtió en un grandioso teatro, colmado de una rica, elegante y perfumada concurrencia, ansiosa no sólo de diversión sino de disfrutar un inolvidable espectáculo.

Rohan hizo callar la orquesta y aplacados los murmullos del aristocrático gentío, rogó al conde di Cagliostro que se acercara al improvisado escenario. Así lo hizo el magista, en medio de los aplausos generales. Cuando el cardenal lo tuvo a su diestra, hizo la presentación de su homenajeado de hoy, destacando su personalidad y sus virtudes. Concluyó su discurso de presentación con estas palabras:

-Se afirman muchas cosas en torno a una personalidad como la del conde di Cagliostro, acerca de sus obras y realizaciones en el campo de su especialidad, en este caso la magia... Nosotros sabemos o creemos saber que sus admirables hazañas se cumplieron cabalmente. Y no puede menos de ser así, o en su defecto se podría suponer que la superchería y el charlatanismo prevalecen en ciertas esferas e invaden nuestros salones... -Rohan paseó su altiva mirada sobre la silenciosa y expectante multitud. Luego, sin poder reprimir un acento de anticipado triunfo, agregó-: En defensa del honor del conde di Cagliostro y para destruir cabalmente todos los infundios que se tejen alrededor de él y de su obra, vamos a brindarle la oportunidad de demostrar en público sus extraordinarios conocimientos y sus excepcionales cualidades...

A pesar de su fría sonrisa, se hubiera afirmado que Cagliostro empalidecía. Su mirada, en la que era advertible un vestigio de temor, se posó en el cardenal. La suya era la mirada del espadachín sorpresivamente herido que espera la próxima y mortal estocada de su adversario y que no acierta a predecir por dónde habrá de venir.

Entonces, cuando los murmullos cesaron, el cardenal se estiró y dio dos palmadas. Al punto se vieron correr dos gruesos cortinados de brocato rojo que había a sus espaldas y dos nuevos personajes aparecieron en escena. Una mujer de cierta edad, pálida y delgada, que iba sentada en un sillón de ruedas, y un mozalbete de rústico aspecto que la empujaba.

-Damas y caballeros -dijo de Rohan, actuando como un consumado maestro de ceremonias, acercándose a la mujer del sillón-, permitidme que os introduzca a la señora Perigord, vecina de mi parroquia de Lignac. Hace diez años sufrió un accidente y quedó paralítica. Los muchos médicos que la atendieron no han podido curarla y Mme. Perigord ha venido aquí esta noche confiada en mi afirmación de que nuestro invitado, el conde di Cagliostro, el gran terapeuta, la curará radicalmente -subidos murmullos de la concurrencia-. ¡Y yo estoy seguro de que lo hará, pues ha realizado curas aún más milagrosas! -Conmoción general.

Los pocos y breves aplausos que cerraron las palabras del cardenal no alcanzaron a romper el tenso y dramático silencio que se hiciera en torno a los personajes de esta singular escena.



Librodot

* * *

En los breves momentos de transición entre las últimas palabras del cardenal y el paso decisivo que dio Cagliostro, éste pudo al fin desentrañar los propósitos y objetivos de su genial antagonista. Todo el esquema de su actuación surgió a la luz, así como el deleznable y oculto fin que perseguía. Partiendo de la premisa de que Su Eminencia deseaba ardientemente conquistar a Serafina, resultaba comprensible que decidiese eliminar previamente al único oponente legal. Y debía hacerlo de un modo que no solamente justificase su actitud, sino que la misma se recibiera con general beneplácito. ¿Y qué otro mejor modo que ponerlo en evidencia, en ridículo, demostrando que Cagliostro, al final de cuentas era un farsante, un embaucador?

A este propósito, pues, obedecía la sorpresiva aparición de la mujer paralítica. Cagliostro, de este modo, no podía rehusar el desafío público. O curaba a la enferma, radicalmente, o de aquel inmenso salón, efímero escenario de un aún más efímero triunfo, saldría encadenado con rumbo a una ignota mazmorra...

Aunque una inmensa mayoría de los presentes ignoraba el verdadero sentido de este drama, todos comprendieron que el cardenal se proponía destruir al Rey de los Magos. Muchos lamentaron su prematuro fin, porque a nadie se le escapaba que, a no mediar un verdadero milagro, Cagliostro habría de morir para el mundo aquella misma noche, que por ironía del destino había estado a punto de ser la de su definitiva consagración.

Quienes de este modo pensaban, sin embargo, no conocían a Cagliostro ni sus antecedentes. El terapeuta no sólo obraba respaldado por sus inobjetables conocimientos magistas, sino que sus actos se hallaban firmemente respaldados por una voluntad inquebrantable, por una energía indomable que crecía cuando más difíciles eran las circunstancias. Su estirada actitud, el modo desafiante con que contempló a su sinuoso antagonista, la firme aceptación de aquel insólito desafío, claros indicios fueron de su extraordinaria capacidad y su incambiable resolución volitiva. De este modo estaba acostumbrado a vencer los trances más difíciles, que todo iniciado o adepto debe poseer como una cualidad esencial antes de embarcarse en estudios o experiencias magistas que son, desde su misma iniciación, una larga y penosa secuela de afanes y luchas y temerarias actitudes ante lo imprevisible o lo irremediable.

Con el aire y la dignidad de un Sumo Sacerdote que va a realizar un gran culto divino, Cagliostro apartó los ojos de Rohan y se encaminó hacia la enferma. Esta lo miró con el temor expresado en sus desorbitados ojos... ¿Qué iba a pasar? ¿Qué iban a hacerle ahora? Pero la tensión nerviosa decreció al instante cuando el terapeuta apoyó suavemente su mano en la cabeza de la paciente. Logrado ese primer efecto, con dedos ágiles y de enérgica presión, tentó los músculos y los huesos cervicales, torsales y coxales, a través de la ropa. Una y otra vez corrió desde el cuello al final de la columna vertebral. Secundaba su accionar apoyando el pomo metálico, de imán, de su bastón -del cual nunca se separaba y al que había quitado, disimuladamente, la empuñadura de oro y piedras preciosas- en los nudos óseos. La paralítica se estremeció visiblemente ante cada aplicación y de vez en cuando emitía gemidos ahogados. Con ojos cada vez más deslumhrados contempló al operador.

Es que Cagliostro le hablaba al oído y en tono apagado que nadie sino ella podía oírle.

-...no tenéis absolutamente nada. Los huesos están sanos, en su lugar. En consecuencia, se trata tan sólo de una impresión dolorosa que persiste en vuestra imaginación... Yo poseo un extraordinario poder. Puedo afectar vuestra mente y vuestra voluntad... No os resistáis... Podría ser fatal para vos... ¿Sentís el estremecimiento que corre a lo largo y a través de vuestra columna vertebral? Ese es el más seguro indicio de que estáis sana... Ahora,

escuchadme bien... Cuando yo os dé la orden, os levantaréis y caminaréis. Y lo haréis sin temor de ninguna clase... ¿Lo oís?... Ahora, estad atenta... Dejaremos, unos instantes más que mi bastón mágico, que está hecho con la madera de la Cruz de Cristo, despierte en vuestro cuerpo dormidas reacciones...

Un breve e intenso manipuleo más y de pronto, apartándose bruscamente del lado de la enferma, Cagliostro dio la orden, en una fuerte exclamación que estremeció a toda la concurrencia.

-¡Levantaos!... ¿Habéis oído?... ¡Levantaos!... ¡Vamos!... ¡Hacedlo!... ¡No os resistáis!... ¡No dejéis que el demonio os tenga atada a esa silla!... ¡Levantaos!

La última voz fue en realidad un grito imperativo y la paralítica, que en ningún momento quitara los despavoridos ojos del rostro pálido y severo del magista, obedeció al fin y saltó como un muñeco al que impulsara un resorte.

Y ante la estupefacta y no poco temerosa multitud, la paralítica se puso de pie y sin ayuda de nadie dejó el sillón y aun caminó algunos pasos. Entonces se detuvo, mirando interrogativamente al autor de este milagro. Cagliostro se apresuró a tomarla de un brazo.

-No debéis desfallecer en ningún instante -le dijo con acento imperativo, tenso-. Estáis curada... Completamente curada... Caminad, pues, sin temor alguno... ¡Caminad!... ¡Caminad!...

La enferma obedeció maquinalmente y echó a caminar de nuevo, al principio con natural aprensión, la cual, sin embargo, cesó gradualmente. Al fin se dirigió hacia la salida, seguida por el asombrado rústico, que no dejaba de empujar el sillón y no sabía qué hacer con él.

Una cerrada salva de aplausos y exclamaciones de todo tipo rubricó la increíble escena. Uno de los más asombrados parecía ser el mismo cardenal. Su expresión, no obstante, no era de júbilo sino de pesar. Había fracasado en su empeño de poner en ridículo al taumaturgo y se había esfumado con ella la disculpa y la posibilidad de hacerlo encerrar por embaucador. ¡Y, lo que era más lamentable, parecía definitivamente perdida la oportunidad de tener a su merced a una afligida aunque fácilmente consolable condesa!

- ¡Mis parabienes, conde di Cagliostro! -prorrumpió al fin, en tono demasiado grandilocuente para ser sincero-. Hemos sido testigos de una hazaña sin par... Si no conociera a Mme. Perigord, acaso hubiera puesto en duda vuestra obra, ¡pero ni siquiera ese pequeño consuelo me habéis dejado! -agregó, provocando la risa general.

Cagliostro no se dignó responder. En aquel momento, Serafina se acercó a él y se tomó de su brazo con feliz y orgullosa expresión. En este preciso instante Rohan se dio cuenta de que había perdido a su presa y tal sentimiento de frustración llenó de odio su corazón.

* * *

Pero ya hemos dicho que el cardenal de Rohan, como buen borbón, era un lebrel de extraordinaria tenacidad. Mientras la fiesta continuaba y en tanto iba de un lado a otro, de un grupo a otro, repartiendo sonrisas y dando pruebas de su ingenio, no dejó de cavilar y finalmente resolvió el mejor modo de lograr lo que con tanto empeño se proponía, ¡y nada menos que contando con la aprobación de Cagliostro!

Ya en las postrimerías de la fiesta, el cardenal encontró la manera de estar a solas junto a su principal invitado. Hizo un aparte con él y lo llevó a uno de los balcones abiertos, donde no

podían menos de estar a cubierto de cualquier indiscreción. Jugando con la copa de champaña de purísimo cristal de Bohemia que sostenía entre los dedos, dijo casualmente:

-A propósito, conde, ¿sabéis que tuve hoy un día afortunado? Imaginad, descubrí entre mis pertenencias este pequeño diamante... ¿creéis?...

Cagliostro tomó la piedra, menor en tamaño a un reducido guisante y lo examinó brevemente.

-Sí, es genuino -declaró-. Por lo tanto, es posible que os lo devuelva en tamaño duplicado.

-¡Magnífico!... Por supuesto, ahora tengo plena fe en vos... No es para menos, ¿no creéis? ¡Después de tan magistral muestra de vuestra magia!

-Señor, agradezco vuestra generosidad, pero...

-Esperad, esperad... Yo iba a pediros algo más. ¿Qué era?... ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo!... Pero el asunto es tan delicado y tan personal que no sé si debo... -Rohan sonrió tontamente, como si en realidad se hallara en un apuro.

Cagliostro expresó su deseo de servir sin ambages a Su Eminencia, por lo cual le rogó hablara con franqueza. A lo cual el cardenal dijo que corrían vientos de Fronda. En todo el suelo de Francia prevalecía un clima de agitación, de hostilidad hacia la monarquía y la nobleza, el régimen imperante. Turbas de hombres de inteligencia -Voltaire, Montesquieu, Diderot, Rousseau, entre otros- habían sembrado las semillas de la discordia y el descontento entre las multitudes. La agitación era cada vez más creciente debido, sobre todo, a la silenciosa y culpable actuación de algunos hombres de la clase media que infiltraban sus perniciosas ideas entre las clases humildes.

-Es una verdadera lástima que Francia, la monarquía y la nobleza se vean obligadas a distraer sus mejores recursos y energías en combatir la propalación de tales ideas -siguió diciendo Su Eminencia-, pero así es en la realidad... Sin embargo, no se logra un resultado satisfactorio. De un modo u otro, los envenenadores de la mente del pueblo prosiguen en su tarea disociadora, a tal punto que obliga a todos los miembros de la nobleza a prestar su desinteresado concurso en esta sagrada tarea de depuración. Vos, conde, siendo un aristócrata, sabréis comprender.

-Comprendo, Excelencia, perfectamente -respondió Cagliostro, imperturbable-. ¿Qué papel me habéis asignado en esta lucha entre la barbarie del pensamiento?

-Bueno, ejem, yo... No pensé realmente en vos, conde... Sois un hombre demasiado ocupado y vuestras tareas no son precisamente del tipo que pudiera servir a esta santa causa... En cambio, sí, la condesa Serafina... ¡Ah, siendo bella, de una inteligencia notable, de natural perspicacia y aguda penetración!...

Y el cardenal continuó haciendo elogios de Serafina y terminó por definirla como a una aristócrata de firmes convicciones de casta, cuyos privilegios estaba pronta a defender. Y el hecho de que hoy por hoy Estrasburgo se hallase convertida en la ciudad epicentro de todas las actividades políticas, diplomáticas y sociales, exigía que la condesa prestase su concurso. Ello, por supuesto, si contaba con la comprensión, la voluntad y la condescendencia del conde di Cagliostro, sin cuyo concurso toda cooperación sería imposible. Y cuando el conde quiso saber cuál era la tarea que se suponía habría de realizar su esposa, el cardenal declaró que en Estrasburgo, con alarmante frecuencia, era advertible la presencia de intrigantes personajes cuyas actividades resultaban altamente sospechosas. Si una gentil y bella personita se acercaba a ellos y con sus dones naturales de simpatía y gracia lograba ganarse la amistad y la confianza de esos hombres, podría también obtener algunas informaciones que serían valiosas en la lucha contra los enemigos de la monarquía y la aristocracia...

-Podéis creerme, conde, una ayuda de tal naturaleza servirá para desenmascarar a intrigantes sujetos que entran y salen de Francia y realizan significativas reuniones políticas en Estocolmo, Berlín, Viena, Munich y otras capitales donde proliferan hombres con ideas y principios revolucionarios.

-Y creéis que mi esposa es una mujer ideal para tal función...

-¿Quién mejor que ella?... Y perdonad si os lo digo sin empachos, pero ella tiene un atractivo tal que los hombres van en pos engolosinados y hambrientos de una mirada o una sonrisa.

Cagliostro expresó sus dudas y declaró que, si bien él no se oponía a la idea, sería prudente hablar en primer término con Serafina...

-¡Hablé con ella y cuento con su aprobación! -se apresuró a decir el prelado, sin ocultar su satisfacción-. Su único reparo consistió en obtener antes vuestra aceptación, pero ya que contamos con ella, nada hay que se oponga a mi proyecto.

Y sin dar tiempo a replicar y dando por aceptada y aprobada su gestión, entró en detalles de lo que pensaba hacer.

-¿Conocéis a un cierto y prestigioso médico Marat? -preguntó.

¡Marat!... Cagliostro sintió el impacto de este nombre. No sabía porqué, pero desde aquel mismo instante decidió no oponerse a los planes del cardenal. Algo que se podía definir como una voz interior le decía que ese hombre, Marat, tendría una influencia vital en el curso de acontecimientos por venir.

Jean Paul Marat se encontraba en Estrasburgo de paso a París. Había estado trabajando como médico en la corte real de Holanda. Su fama como médico era creciente y había escrito varias obras de tipo filosófico, entre ellas *Ensayo sobre el Hombre.* Era miembro honorario de varias universidades y centros de altos estudios de Inglaterra y Alemania. Se decía de él que habiendo visto de cerca, como médico de la corte, la vida licenciosa y orgiástica de la nobleza, y hastiado y horripilado de las lacras que debía curar, se había convertido en el enemigo acérrimo de la aristocracia. Marat iba a París a hacerse cargo del puesto de médico de la corte.

-¿Os imagináis a un áspid metido en el hermoso seno de mi prima María Antonieta? -inquirió el cardenal, sonriendo cínicamente-. Pues yo sí... Si bien no existen pruebas de cuanto se afirma acerca de Marat y su obra disociadora, los hombres que lo vigilan me han dado cuenta de sus sospechosas actitudes. Ha visitado varias imprentas y es posible que él no sea ajeno a la profusa circulación de panfletos contra los pretendidos abusos de la monarquía y la aristocracia... Es más, aquí en Estrasburgo se ha entrevistado con otros conocidos enemigos del régimen monárquico, entre ellos Cazzote, otro médico, discípulo de Rousseau...

-¡Por todo ello os digo que acaso la suerte y el futuro de Francia, de la monarquía y de la nobleza se hallan en manos de la hermosa Serafina! -concluyó diciendo el cardenal-. ¿Comprendéis lo que ello significa?... Si ella logra su cometido, como espero, el propio Luis XVI vendrá a colmarnos de honores y riquezas por haberle salvado el trono.

Y el cardenal gozaba anticipadamente con ese imaginario triunfo y parecía ser sincero en sus sentimientos al respecto. Lo evidente era que sus sospechas tenían algún fundamento, o no se hubiera mostrado tan seguro de sí.

Impelido por esa desconocida e imponderable fuerza que regulaba sus actos, Cagliostro dijo:

-Su Eminencia puede contar con la cooperación de la condesa Serafina y también con la mía, si hubiere menester... No debemos olvidar que la seguridad del trono significa la continuación y la prevalencia de los privilegios de nuestra casta.

-¡Me place oíros decir tal cosa! -exclamó jubilosamente el cardenal, apoyando una mano en el brazo del conde, en señal de consideración y amistad-. Y puesto que hemos realizado un pacto de caballeros, venid, que hemos de celebrarlo dignamente.

Cagliostro asintió con una leve inclinación de cabeza y en ese mismo instante, en una infinitesimal fracción de tiempo que hay entre el abrir y el cerrar de ojos, tuvo una extraña y vivida visión... Vio al cardenal yendo apoyado en el brazo de un hombre ensangrentado de la cabeza a los pies, en dirección a un extraño aparato que caía con la fuerza de una catapulta, segando cabezas humanas a granel...

* * *

Aquel extraordinario fenómeno de metanimia o visión en futuro, tuvo efectos posteriores acentuados en la memoria de Cagliostro. Intrigado por lo que había visto, trató de profundizar en la cuestión y voluntariamente encerrado y aislado en su *sancto santorum* magista, cayó en trance voluntario, aunque sin éxito. Su cuerpo astral no consiguió trascender su corporeidad y ello le impidió llegar al origen cósmico de la visión.

A pesar de su frustración, no sólo tuvo conciencia de lo que había visto sino que los fugaces detalles del escenario y los personajes quedaron indeleblemente fijados en su mente. Entonces ya no le quedó ninguna duda de que la premonición tenía una vinculación estrecha con su futuro y la sagrada misión que había venido a cumplir.

Otras circunstancias, empero, distrajeron su atención. Empezó a preocuparle la actuación de Serafina. Su transformación resultó radical y eso en pocos días; de la noche a la mañana se convirtió en una, mujer frivola y sofisticada, como si en ella hubiera estado latente una segunda naturaleza que salió a la luz apenas se presentó una oportunidad. Puesto que ahora gozaba de libertad e impunidad en sus actos, entraba y salía *a piacere* de la mansión condal. Todos los días asistía a una reunión, una recepción o una fiesta. Y que el cambio de vida le agradaba en grado sumo se echó de ver en el cambio de carácter, que se hizo ligero, vacuo y volátil como una colorida pompa de jabón. Resultaba imposible determinar qué hacía o en qué menesteres pasaba el tiempo que duraban sus ausencias; pero su lánguido y aun fatigado aspecto posterior era seguro indicio de que sus ocupaciones o entretenimientos la agotaban físicamente. Mas el negarse a renunciar a esa vida voluntariamente fue un claro indicio de lo placentera que le resultaba. Lo extraño de esto fue que, a pesar de la significación del hecho en sí, Cagliostro no sufrió ningún disgusto o contratiempo. De un modo natural se había convencido de que Serafina no significaba nada en su vida, que sólo era un hito, una piedra miliar, en su camino. No constituía ningún lazo de afecto ni de sangre. Para él la dudosa conducta de la condesa no tenía más trascendencia que la existencia irregular de alguna dama de la corte.

Las informaciones que Serafina obtuvo debieron ser de un valor inapreciable, porque el cardenal abandonó sorpresivamente la capital de las intrigas y se dirigió a París. Y fue indudable que lo hizo en singulares condiciones anímicas. No era para menos. Consigo llevaba una docena de diamantes tan grandes como garbanzos y una regular suma en lingotes de oro. Este era el resultado de sus relaciones "comerciales" con Cagliostro. Al primer y pequeño diamante habían seguido otros; a una pequeña cantidad en oro, otras mayores. En cada ocasión el magista había procedido con extraordinario celo y gran efectividad. Roñan estaba asombrado y ante el beneficioso resultado, sus reservas hacia el mago desaparecieron por completo. Agréguese a ello el éxito obtenido en la misión encomendada a Serafina y se tendrá una idea de la satisfacción que embargaba a Su Eminencia cuando emprendió el

viaje.

Pocas horas después de haberse enterado de tal viaje por Serafina -que parecía hallarse muy al tanto de los pasos que daba el cardenal-, Cagliostro recibió una sorpresiva visita. Apolloni le anunció la presencia nada menos que de Cazzote, el amigo y confidente de Marat.

Los temores del conde desaparecieron en parte cuando su visitante no expresó ningún reparo o queja acerca de la conducta de la condesa Serafina. Eran otras las razones que empujaban a este nuevo personaje al círculo de relaciones de estrecha significación en el futuro del magista.

Cazzote era un hombre joven aún, de mediana contextura, de aspecto común, que vestía y se comportaba sin ninguna afectación. El visitante expuso con franqueza, desde el primer momento, las verdaderas razones de su visita: amaba y le apasionaban las ciencias ocultas. Desde muy joven había sentido una fuerte inclinación por ellas, hasta el punto de iniciar algunos estudios sobre el particular. Al venir a ver a Cagliostro lo hacía con el propósito de conocer a un verdadero Adepto y de suplicarle que le hiciera la merced de permitirle compartir algunas de sus enseñanzas.

La sinceridad de la impetración y el genuino afán que demostraba Cazzote por la ampliación de sus conocimientos esotéricos, le ganaron la simpatía y el apoyo del magista. Y Cagliostro, que jamás quisiera tener un discípulo, lo recibió como tal, complacido.

Y también no poco intrigado. Porque establecida la relación de amistad y cuando el maestro quiso profundizar en los arcanos de aquella existencia, ¡se encontró también frente a una impenetrable muralla de niebla! Eso sólo podía significar una cosa: Cazzote, como Serafina, como Roñan, era otra piedra miliar en su vida.

A la primera visita siguieron muchas otras, durante las cuales se entró en la hermenéutica de las ciencias esotéricas y al mismo tiempo, de un modo gradual y natural, se llegó a la amistad y a la mutua y espontánea confidencia respecto a propósitos y fines personales. Fue entonces cuando Cagliostro tuvo la primera y más clara insinuación sobre la verdadera y única misión que había traído al mundo. En efecto, una noche, Cazzote le habló con sincera emoción acerca de los padecimientos del pueblo francés, conmoviéndolo hasta sus más íntimas fibras. Confirmando lo que ya él sabía, Cazzote le habló de la increíble y horrible miseria en que se debatía el pueblo, obligado a soportar hambre, frío, desnudez y vivir en la esclavitud, en tanto algunos privilegiados de la fortuna gozaban de los regalos de la riqueza y divertían sus ocios entregándose a orgías de los sentidos sin reparar en los derroches en que incurrían, mientras niños y ancianos famélicos se arrastraban miserablemente alrededor de los palacios iluminados con insultante esplendor.

-¡Llegada es la hora del pronunciamiento histórico! -concluyó diciendo el amigo del pueblo-. Digamos, con Rousseau: "¡Oh, hombre! __ Cualquiera sea el país donde naciste, sea cual fueren tus creencias y tus opiniones, escucha: he aquí tu historia, tal como está escrita, no en los libros engañosos de tus semejantes, sino en las sagradas palabras de la naturaleza, que jamás miente... ¿Para qué existe la belleza si no existe el amor entre los semejantes? ¿Para qué servirá la inteligencia con que todos los hombres han sido dotados si deben vivir en vil sometimiento, donde los más fuertes y poderosos oprimen a los pobres y débiles? Unos yacen gimientes, sometidos a rudo y servil trabajo, otros a crueles actos de abuso y violencia, otros privados de los frutos de su trabajo penosamente logrado... ¡Ah, pero de la extrema desigualdad de las condiciones de vida entre pueblo y despotismo ha de surgir, indefectiblemente, el germen de la discordia y el odio entre los hombres y del seno de tal desorden, cuando el despotismo levante por grados su horrible cabeza, devorando cuanto de noble, de sano y bueno existe aún en el mundo, un poder mucho más grande surgirá y entonces la horrible cabeza del monstruo será arrancada de cuajo y entonces, ¡ay!, la fuerza



Librodot

destruirá a la fuerza y correrán ríos de sangre!"

Cazzote calló. Estaba pálido y agitado, transfigurado. Contempló a Cagliostro como si lo viera por primera vez y entonces el magista tuvo aquella débilísima y fugaz impresión de su futuro destino. Esta convicción y no las siguientes palabras del tribuno del pueblo le hizo comprender el oculto y veraz sentido de su misma presencia en Estrasburgo.

-Unios a nosotros y a nuestra causa, señor... Yo lo sé. Vos sois también un hijo del pueblo y poseéis extraños y terribles poderes... Vuestras enseñanzas os enseñan también a ser justo, comprensivo y generoso con los que padecen hambre y sed de justicia... ¡Sed de los nuestros, señor, y ayudadnos a salvar al mundo dándole libertad, igualdad y fraternidad!

Una pausa larga, tremolante de emoción, de contenidos deseos e impulsos de caer el uno en los brazos del otro, como viejos amigos que se encuentran luego de larga data. Y entonces llegó la voz, grave, profunda, que ni el mismo Cagliostro sabía que llegaba del fondo de los siglos.

-Sí, seré de los vuestros... Ya lo soy, con agrado.

De este modo, se puede decir, entró la Magia en el proceso más grande de la historia, el que, al decir de un poeta ( Carlyle) debía, efectivamente, torcer el curso de la humanidad:

"¡Oh, mortales, qué gran evento es este cuando nos llegan las ondas de la Libertad, cuando las almas encallecidas de los hombres que sufren hambre y sed de justicia empiezan a satisfacerlos y rompen las cadenas y surgen de su ceguera y marchan hacia la Luz, proclamándose libres!" "Lo que está escrito, escrito está, dice el aforismo hermético.

Al día siguiente de aquella significativa jornada, el cardenal de Roñan apareció sorpresivamente en la mansión de los Cagllostro. Venía directamente desde París.

-¡Albricias, conde! -exclamó al entrar, con ánimo que hacía dudar de las fatigas del viaje-. ¡Preparaos para partir a París!...

¡A París!__ ¿Es que no lo entendéis? ELLA nos espera... ¡Le hablé tanto y tan bien de vos, que S.M. arde en deseos de conoceros y teneros a su servicio!...

Sí, lo que está escrito...

## *Capítulo XII*

## *EL REY DE PARÍS*

Era extraño. E impresionante.

Desde cualquier ángulo, ventana o balcón donde asomara, siempre lo veía. De día y de noche, con sol o en la lluvia y la niebla.

El obelisco de Luxor.

Maravilloso monumento creado por los hombres-hormigas de la época faraónica, que estuviera emplazado durante tres mil años delante del Templo de Amón, en Egipto. Y que un desprendido rey del país de las pirámides obsequiara a un desaprensivo monarca francés, para anonadar a la civilización occidental con el misterio de los jeroglíficos orientales. Que los buenos parisienses de todos los tiempos contemplan con admiración que disculpa su ignorancia sobre esos sublimes misterios.

Alessandro di Cagliostro tenía su palacio sobre la Plaza del Reino, que luego habría de llamarse Plaza de la Revolución o del Patíbulo y, finalmente, como un símbolo de paz



Librodot

después de tanta barbarie, Plaza de la Concordia.

Tomando el obelisco como vértice de aquellos ángulos, Cagliostro podía solazarse en la contemplación del vasto octógono que forma dicha plaza con ayuda de las ocho estatuas que representan a las ocho principales ciudades de Francia. Desde allí se extienden la Rué Rívoli, junto al verde y siempre lozano jardín de las Tullerías, luego los Campos Elíseos y la Magdalena. La "más hermosa de las plazas del mundo" tiene una perspectiva subyugante a cualquier hora del día, pero es con el misterio sombreado de la noche, en la eterna lucha de la luz y las sombras, donde alcanza su máximo esplendor.

Porque el trazado, como los rayos de una rueda, venía a convergir sobre aquel erguido y orgulloso testimonio de la supremacía del hombre.

Al llegar a París, un tiempo antes, Cagliostro había buscado personalmente una mansión ideal para sus actividades sociales y profesionales. Y aquel obelisco lo había atraído como un poderoso imán, aunque él estaba lejos de interpretar el sentido de aquella trágica atracción. Obnubilada su mente a todo otro entendimiento que no fuera la feliz coincidencia de un mismo origen, es decir, Egipto, decidió que ése y no otro lugar habría de ser el de su morada. A lo cual se sumara la extraña casualidad de que precisamente en dicho lugar se hallaba en venta un antiguo y hermoso palacio ducal.

Ahora, asomado a un balcón o a una ventana, en todo instante veía aquel mudo testimonio del pasado, que parecía haber sido colocado en el centro de la plaza con el único propósito de recordarle a cada instante no sólo su origen y sus enseñanzas, sino la misión que trajera a la capital del mundo.

El antiguo palacio Boissy, situado entre la calle de este mismo nombre y la avenida Gabriel, residencia actual de Cagliostro, constaba de tres pisos, en todos los cuales era dado admirar el estilo y el arte arquitectónico franceses prevalecientes a mitad del siglo XVIII La gran residencia conservaba aún muchos de los adornos, cuadros, tapices cortinados e incluso muebles de la época de su primer esplendor. Al adquirir la propiedad, Cagliostro había impuesto la condición de que el palacio conservara en lo posible su antigua y principesca fisonomía. Y su decisión contó con la alegre aprobación de Serafina, que de ese modo tenía la impresión de que se reforzaba la fragilidad de su espurio título de condesa. En consecuencia, dejando los dos pisos inferiores a la atención de sus necesidades sociales, Cagliostro reservó para sus estudios y prácticas magistas todo el tercer piso, al cual sólo tenían acceso Lucas, Apolloni y las personas que venían a consultarlo.

Durante los primeros tiempos de la permanencia en París, los Cagliostro reeditaron un *modus vivendi* ya establecido en otras cortes. Alrededor de la gestión y la actividad personal de Serafina se centró la actuación social y profesional de su consorte. Por decirlo así, Serafina era, consciente o inconscientemente, la principal promotora de las actividades ocultistas de su marido y su más eficiente propagandista, aunque la fama que precediera al arribo del indiscutido príncipe de la magia superaba todos los cálculos.

Un incidente que Cagliostro no olvidaría jamás, pues constituía una experiencia de ésas que hacen carne en la memoria, lo estableció su entrevista con la reina de Francia, María Antonieta, señalado acontecimiento que tuvo lugar en las primeras semanas de su presencia en la Ciudad Luz y cuando aún no había adquirido el palacio Boissy.

Puede suponerse que el gestor de esa entrevista fue el cardenal de Roñan. Y a juzgar por la forma reservada de su actuación, Cagliostro comprendió que la esperada audiencia real sería concedida en la reserva más completa.

Cual no sería, pues, su sorpresa cuando, al acudir al palacio Trlanon, en Versalles, en una noche a fines del verano de aquel año, 1781, e introducido por el cardenal Roñan, Cagliostro



Librodot

se encontró en medio de una enorme, alegre y bien dispuesta corte, integrada casi en su totalidad por bellísimas damas y apuestos caballeros que por su porte y lenguaje decían ser extranjeros, austríacos, para mayor aclaración. Los rumores y ecos de conversaciones aisladas hicieron comprender al magista que María Antonieta seguía empeñada en integrar su séquito personal con jóvenes aristócratas de ambos sexos provenientes de la corte de Viena. En consecuencia, la influencia austríaca era advertible en las conversaciones, en algunas costumbres y en la moda, que se diferenciaba no poco con la imperante en París y en Francia. A la sazón, María Antonieta estaba empeñada en hacer prevalecer en la Corte Real la moda de los enormes sombreros con grandes y costosísimas plumas, en abierto contraste con los vestidos sueltos y livianos de lino procedente de los Países Bajos. Esta moda en los vestidos venía a reemplazar a la tradicional francesa de los ampulosos y aun pesados trajes de seda y raso de Lyon, cuya industria no sólo era famosa en toda Europa sino la única proveedora. Era *vox populi* que la reina y su hermano Leopoldo eran propietarios de la industria textil de los Países Bajos y de ahí el empeño de la austríaca por imponer sus telas, en detrimento de la excelente industria lionesa, que de ese modo veía decaer su reinado de esplendor comercial de siglos. Este venía a ser uno de los tantos motivos que tenían los franceses para odiar a la austríaca, mote con el que la calificara algún desavenido aristócrata francés.

Cuando sin anuncios previos ni antesalas, el cardenal condujo a su amigo a presencia de la reina, debieron atravesar a través de un compacto gentío de nobles de ambos sexos, entre los cuales, como hemos dicho, prevalecían los vieneses. Nadie pareció reparar en la presencia de estos nuevos personajes. En ese preciso momento, el cardenal le dijo a su acompañante:

-¿Queréis un consejo digno de su peso en oro?... Sed generoso con ella y habréis ganado su corazón y su gratitud.

La bella austríaca, sin poseer las cualidades mayestáticas de su madre, María Teresa, ni mucho menos la prestancia imperial de Catalina la Grande, se destacaba por su porte y su rubia belleza. Dando el ejemplo, María Antonieta vestía con sencillez y desprovista de ese pesado y ampuloso atuendo que caracterizara la moda del régimen de la Pompadour y la Dubarry. Eso destacaba su silueta y juventud, aunque le quitaba señorío. Observador penetrante y conocedor de la naturaleza humana, Cagliostro pudo advertir que en la sencillez y la poca suntuosidad del atuendo en general, así como en la ausencia de grandes e impresionantes joyas, se trasuntaba no solamente el pauperismo en que quedaran las arcas reales a la muerte del pródigo y fornicador Luis XV, sino también la tacañería que, según algunos, era proverbial en Luis XVI. Se decía también que, debido a ello, María Antonieta procuraba por todos los medios -el auge que pretendía dar a la propia industria textil de los Países Bajos era uno de ellos; otro lo constituía su desmedido afán por el juego- procurar fondos para sus gastos personales. Alrededor de la crónica pobreza de la reina se tejían las más denigrantes historias, de las que el mismo Cardenal se hacía eco, puesto que su "desinteresado consejo" entrañaba un oculto sentido.

-Levantaos, caballero, hacedme la merced.

La voz dulce, bien acentuada, aunque con cierto acento extranjero, resultaba cautivante y obligaba a ser amable y cortés con aquella mujer rubia de reposado y sereno mirar, lo que hacía poner en duda las droláticas historias que circulaban sobre ella.

Dirigiéndose a sus favoritos, íntimos y amigos que integraban su personal séquito, María Antonieta presentó al recién llegado, del cual tenía, dijo, referencias del más alto valor.

-Confío en que el conde di Cagliostro, que ha tenido la oportunidad de brillar como una estrella de primera magnitud en ciertas cortes europeas, no encuentre la nuestra demasiado pobre... Esperamos, pues, que permanezca a nuestro lado, otorgándonos la gracia y el favor de sus excepcionales conocimientos.



Librodot

El nombre de Cagliostro bastó para barrer con la petulante indiferencia de los cortesanos. Y la manifiesta intención de la reina de mantenerlo en su privado núcleo de amigos y confidentes, fue razón para que todos quisieran buscar apoyo en esta nueva e influyente personalidad.

Sin embargo, demostrando la reina ser digna hija de esa genial mujer llamada María Teresa de Austria, hizo ver en seguida que no confiaba tanto en las referencias, por buenas que ellas fueran, sino en su propia experiencia. Enterada con anticipación de aquella visita, se había preparado para ella, sin confiar sus planes a ninguna persona. El mejor modo de cerciorarse si el mago que le imponía el cardenal de Rohan no era un charlatán como tantos otros, era someterlo a una dura prueba, la cual, para que rindiera el resultado deseado, no debía compartirse con nadie.

-Bien sabéis, amigos míos, que el conde di Cagliostro posee cualidades que se dicen sobrenaturales -agregó casualmente María Antonieta, paseando una mirada casi indiferente por entre la concurrencia-. ¿Alguno de vosotros quiere consultar con él?

Al principio se oyó un murmullo general y algunas risitas nerviosas hicieron ver que se consideraba lo arriesgado de la invitación, por la trascendencia que podía tener la ventilación en público de ciertos asuntos privados. Pero entonces se oyó una voz de mujer, de firme acento.

-Si Su Majestad lo permite, yo quisiera consultar con el conde.

Concedido el permiso, una elegante y bella dama se adelantó por entre una doble fila de cortesanos, dejando a su paso una estela de perfume. Cuando llegó junto a Cagliostro y luego de examinarlo de pies a cabeza, sin empacho de ninguna especie, sonriendo con gravedad le extendió una mano enguantada y le dijo:

-Apelo a vos, oh, digno hijo de la Pythia, para que me digáis quién soy, de dónde vengo y de qué me ocupo.

Al instante se creó en el salón una tensión mezcla de curiosidad, interés y nerviosidad, como lo demostró el súbito silencio que se impuso en todo el ámbito del local. Los cortesanos cambiaron miradas de asombro entre sí. ¿Quién era aquella dama, a la que ninguno conocía? ¿Y qué significaba esto de extender una mano enguantada, cuando la tradición quiromántica exigía mostrar la palma desnuda?

El mismo interrogante pareció formular el ceño fruncido de Cagliostro cuando posó los ojos en la osada y desafiante dama. Luego el vidente volcó la cabeza hacia el Cardenal, como responsabilizándolo de aquella broma de tan subido tono. Mas, como advirtiera genuino asombro en Su Eminencia, su expresión interrogadora cambió y se volcó en Su Majestad. Y por el gesto entre sonriente y picaresco de María Antonieta se dio cuenta de que era ella la autora de la broma.

Bajo aquella sonrisa, sin embargo, escondía su pálido rostro el desafío.

-Si sois vidente en verdad -dijo en aquel momento la dama con altanero tono-, podéis leer el porvenir a través de la frágil cobertura de una piel, así como sin duda podéis trasmutar los objetos a través de los muros o desdoblar vuestra persona a través de la distancia y del tiempo... Habréis de decirme, pues, quién soy, de dónde provengo y qué hago en el mundo.

"En la pregunta se halla encerrada la respuesta", dice un antiguo aforismo hermético.

Y Cagliostro, a falta de otros elementos, se vio obligado a partir de aquella premisa. Sin soltar la mano que se le tendiera en franca actitud de beligerancia, cerró los ojos y se concentró poniendo en ello toda su fuerza de voluntad, toda su energía, buscando la correlación y la ayuda de la energía cósmica. Y con el alivio que es de imaginar comprobó que esas

misteriosas fuerzas astrales venían en su auxilio y le permitían gozar del milagro de la revelación.

Una vez más y en forma harto elocuente para dudar de ello, se producía el fenómeno de la psicometría. Gracias a ella, a través del guante de finísima cabritilla antes que por contacto de la mano, pudo tener una perfecta visión de aquella interrogante e inquietante personalidad.

El fenómeno, sin embargo, tardó varios minutos en producirse. En su esfuerzo por concentrarse y lograr aquella vital revelación,

Cagliostro cerró los ojos, contuvo el aliento y dejó que todo su ser sé llenara con el influjo astral. El tremendo esfuerzo lo hizo temblar de un modo enfermizo; se puso pálido y empezó a trasudar visiblemente.

La selecta y enorme concurrencia tuvo noción cabal de la tensión que prevalecía en el elegante escenario. Pasaban los minutos y la reina, luego de lanzar una mirada de reproche a Roñan, dio claras muestras de impaciencia.

Y fue precisamente en este momento cuando Cagliostro, sin abrir los ojos, aun cuando adoptó la actitud de alguien que lee a través de un libro abierto, empezó a recitar con voz apagada, ronca, denotando con ello hallarse en pleno fenómeno del trance.

-Queréis saber quién sois, de dónde venís y qué hacéis en el mundo... Pues, bien, yo os lo diré... Escuchad la voz de lo que trasciende todo... Veo altos muros en cuyos bordes asoman las copas de árboles... Un parque..., un patio y luego viene un edificio cuadrangular de tres pisos, con corredores columnados... Esperad... Veo también varias personas que pasean lentamente por los corredores ... Llevan una larga y blanca vestidura y un negro manto les cubre la cabeza y el rostro.. Estamos en un convento de monjas. -Y dominando el creciente murmullo de asombro, Cagliostro prosiguió, más dueño y seguro de sí, pues había sentido que aquella mano enguantada temblaba entre las suyas-. Sí, aquél es un claustro y en él os halláis vos, señora... Se acercan a vos... Esperad... Os dan un nombre... Sí, sois la hermana María Ana... Os distinguen, os respetan... ¡Oh!... -Cagliostro se interrumpió, para volver a lanzar otra exclamación con acento más intenso-: ¡Oh!...

El magista abrió los ojos y con expresión de sorpresa miró a la dama, quien se mostraba visiblemente conmovida y sin poder contener el temblor nervioso que la poseía. Sin embargo, soltándose con cierta brusquedad, espetó desafiante:

-Bien, habéis acertado en decir quién soy y de dónde vengo, mas no habéis dicho qué hago en el mundo...

-¿Es necesario que lo haga después de lo dicho? -preguntó el vidente en tono afable-. Todos en París y en Francia conocen a la famosa vidente Ana... Ana Lenormand. ¿No es ése vuestro nombre? Hace muy poco habéis dejado el convento y ahora dedicáis vuestra vida a mitigar los padecimientos de la humanidad. Ese que lleváis es, indudablemente, un disfraz.

Una salva de aplausos celebró la actuación del magista. María Antonieta se dejó caer en un próximo sillón, anonadada ante aquel evidente prodigio... ¡Nadie sino ella y la Lenormand conocían aquellos detalles y referencias! ¿Cómo sino a través de una magia verdadera y prodigiosa se debía aceptar este milagro? Cagliostro era sin duda un ser superior, un hombre que tenía pactos con Dios, o con el Diablo, pero cuyo conocimiento y poder eran incuestionablemente superiores a los del mejor y más grande de los hombres.

-Bien, habéis ganado -dijo la Lenormand, lanzando un suspiro y aflojando la tensión nerviosa que la mantuviera envarada-. Debo reconocer que sois un Maestro, un verdadero Adepto...

Parecía estar todo dicho y aunque Su Majestad todavía no daba señales de haberse repuesto

del asombro, los cortesanos empezaron a dispersarse, comentando animadamente entre ellos aquel incidente. Asaltado por un súbito pensamiento, Cagliostro estiró su diestra en repentino impulso y le dijo a la Lenormand:

-Amor con amor se paga, Ana... Vos también poseéis cualidades excepcionales de adivinación y podéis conocer el porvenir... iPor qué no me hacéis la gracia de leer mi mano?

La ex novicia sonrió con gravedad y tomó aquella mano pálida y... No había hecho sino posar los ojos en ella cuando se estremeció visiblemente, abrió la boca y agitó los labios sin color, como si fuera a decir algo o le faltara el aire, y finalmente, lanzando un ahogado gemido, cayó desmayada en el piso.

* * *

Cagliostro recordaba con claridad aquel memorable incidente y mientras contemplaba la caída del anochecer sobre el verde, refulgente y rumoroso París, pensó en la significación del mismo. ;Qué había visto la Lenormand que de tal modo la afectara, tan luego a ella, una experimentada vidente, acostumbrada a tener revelaciones sorprendentes y aun sobrenaturales?

Imposible saberlo. Luego de reponerse del desmayo, Ana había huido -tal era el verdadero término- del palacio, yendo a esconderse en su ignoto refugio de París. Había sido necesario que Cagliostro rogara mucho a la reina para obtener su dirección; pero cuando acudió a visitarla, una criada salió a su encuentro y le rogó en nombre de su ama que no la importunara con visitas, llamados o misivas, pues no tenía nada que decirle.

Más amoscado que ofendido había quedado el taumaturgo luego de esta singular experiencia. La misma vino a confirmarle, sin embargo, una convicción que ya se había formado respecto a la misión que trajera al mundo. Dicha misión, le habían dicho sus maestros Althotas y Gaffarel, y lo confirmó la Esfinge, era de una naturaleza elevada e indudablemente estaba reservada para un ser superior... ¿Había interpretado Ana, correctamente, su visión? Era posible. De ahí su obstinado silencio.

-Está escrito que yo no conoceré mi destino hasta tanto no haya agotado el último tramo del fatigoso sendero -se dijo, lanzando un suspiro y contemplando su mano izquierda, la palma de la cual, como siempre, le pareció ver cubierta de una pálida membrana-. Será, pues, necesario armarse de paciencia y esperar...

-Señor...

Lucas, el enigmático aunque fiel criado egipcio tenía la costumbre de entrar, salir y deslizarse por las habitaciones como una sombra y a ello estaba acostumbrado su amo. En esta ocasión, sin embargo, lo imprevisto de su aparición le provocó un estremecimiento. Se volvió, airado, pero la actitud de mansedumbre del egipcio lo desarmó y le obligó a callar su enfado.

-Señor... Está ahí... La persona que esperabais.

Cagliostro se estiró. Sí, la persona que esperaba... pero cuyo nombre y posición desconocía por completo. Sin embargo, debía tratarse de alguien que no solamente estaba acostumbrado a mandar y ser obedecido sino que, además, debía ocupar un alto cargo, a juzgar por la nota:

"Os serviréis permanecer en vuestra casa entre las siete y las ocho del veintidós de agosto, hora en que os hará una visita alguien que desea guardar el incógnito. Se confía en vuestra discreción..."

-Pues hazla pasar.

Cagliostro, de pie en mitad de su estudio, clavó con insistencia la mirada en la puerta de roble tallado. Se oyeron algunas voces, luego pasos que la alfombra apagaba y el magista vio entrar a dos personas, dos caballeros, en lugar de uno. ¡Lo sorprendente era que ambos personajes venían con los rostros cubiertos por sendos antifaces!

El vidente frunció el ceño. Aquello se pasaba de castaño oscuro. ¿Pretendían burlarse de él? ¿Tal vez hacerlo caer en una celada política? Pensó en Rohan, en Marat, en Cazzote, en Serafina... Pero renunció a armar el rompecabezas y concentró su atención en los dos personajes, tratando de identificarlos por su aspecto exterior. Uno de ellos era más bien alto, joven aún, con evidentes muestras de obesidad prematura. Vestía con sencillez, sin adornos ni joyas, pero la calidad de las telas denunciaba su elevado valor. El otro, que iba a la zaga del primero y dando inequívocas muestras de consideración, era de regular estatura, maduro, también de sencilla vestimenta, aunque no podía disimular cierta afectación en su porte.

Dos aristócratas, sin duda, uno de los cuales debía tener un título o un cargo superior, tal vez un ministro o...

El primero de aquellos personajes hizo un leve movimiento con una mano y el otro, interpretando la orden, se adelantó y dejó un pequeño envoltorio sobre una mesita.

-Caballeros... -empezó a decir el vidente, no poco confuso.

Pero el segundo de aquellos caballeros hizo un ademán, obligándolo a guardar silencio, mientras deshacía el envoltorio. Y entonces Cagliostro se quedó contemplando con expresión estúpida aquellos objetos, cuatro guantes de distinta medida y color. Uno de ellos, resultaba obvio, pertenecía a una mujer.

Y entonces el segundo de los visitantes se estiró frente a Cagliostro, mientras su compañero se dejaba caer pesadamente en el primer sillón, y en un tono autoritario y que no admitía réplicas, dijo:

-*Signore* Giuseppe Balsamo... Como podéis ver, sabemos perfectamente los números que calzáis, vuestro origen y procedencia. Obran en nuestro poder testimonios escritos y fehacientes de vuestras actividades en Nápoles, Roma, Venecia, Moscú y Viena... Una orden nuestra y... ¡daríais con vuestros huesos, de por vida, en una helada celda de la fortaleza de Pedro y Pablo, en Moscú!...

No la revelación sino el asombro paralizó y enmudeció al magista. ¿Quiénes eran al fin estos misteriosos e intrigantes personajes? Pero necio era hacerse preguntas que, por el momento al menos, no tenían respuesta.

-En consecuencia, no se os escapará que somos dueños de la situación, lo cual nos obliga a ser un tanto exigentes con vos -siguió diciendo aquel caballero, mientras el otro, muellemente hundido en el sillón, guardaba expresivo silencio-. Os diré con franqueza lo que deseamos de vos... Necesitamos de vuestros servicios. Oportunamente se os hará conocer el lugar donde temporalmente dejaréis vuestras informaciones sobre observaciones cumplidas en salones, centros, lugares públicos, teatros, palacios y, en fin, en todo lugar donde os encontréis, tanto por solaz cuanto por razones profesionales... Vuestra diligencia será tenida en cuenta para la disminución de la pena por vuestras ofensas...

¡El rey!...

A duras penas consiguió Cagliostro dominarse y no proferir la súbita exclamación que acudió a sus labios, como el trueno sigue al relámpago, cuando la idea cruzó velozmente por su magín... Sí, aquel joven y obeso personaje, por sus características generales, no podía ser otro que Luis XVI. En consecuencia, quien hablaba debía ser el ministro del Interior, Vergennes, o acaso se trataba de míster Lenoir, Jefe de Policía de París, de quien se decía que contaba con

toda la confianza de Su Majestad.

El taumaturgo se inclinó, no tanto en señal de humilde acatamiento, sino para ocultar el brillo de sus ojos.

-Caballeros, ignoro quiénes sois, pero la justicia y generosidad de vuestras palabras me demuestra que trato con personas de valimento -declaró en tono sumiso-. En consecuencia, acato de buen grado cuanto podáis decirme u os dignéis ordenarme...

-¡Que nos place!... -exclamó el funcionario, cambiando una mirada de inteligencia con el que estaba sentado-. Empecemos, pues, sin más dilaciones... ¡Ejem!... ¿Veis esos objetos que os hemos traído? Como podéis ver, son guantes. Uno de ellos pertenece a una dama... Los otros tres a distintos caballeros... ¡Ejem!... -resultaba que lo delicado de la cuestión ponía no poco nervioso al cortesano-. Nos han dicho... que podéis leer como en un libro abierto con sólo tener un guante en vuestras manos... Nos diréis, pues..., ¡ejem!... nos diréis qué relación de amistad, de parentesco o de... amor, existe entre los dueños de esos guantes con la dama en cuestión... Pero, os advertimos seriamente, no pronunciéis nombres, si a tanto llega vuestro prodigio, lo cual dudo. De lo contrario peligrará vuestro cuello... Conque, ¡adelante!

Ahora sí que Cagliostro estuvo cierto de su presunción. Aquella era una intriga palaciega que venía a tener un delicado desenlace en la casa de un famoso taumaturgo. Esto era propio, según su entender, de un monarca tan disoluto como pusilánime.

Por lo tanto, aquel perfumado guante de mujer sólo podía pertenecer a una persona... ¡María Antonieta!

Siguiendo el mismo razonamiento, los tres guantes de hombre tenían que pertenecer a tres distintos caballeros, presuntos favoritos o amantes de la reina... ¿Quiénes podían ser ellos?

Al incursionar en la corte francesa y siguiendo una vieja y provechosa práctica, el magista había hecho indagar sobre la persona y la conducta oficial y privada de los miembros más conspicuos del reino. Del mismo modo, siguiendo un adecuado sistema de control, tenía registrado en la mente, como en un eficiente archivo, con clasificación de nombres, títulos y grados, la nomenclatura completa de ellos. A tal punto que en cualquier momento podía precisar detalles o intimidades de tal o cual personaje. Este constituía un sistema de información y conocimiento que aliviaba enormemente su trabajo, a la par que le proporcionaba motivos de halago personal.

En la corte se decía, en estos días, que María Antonieta tenía uno o dos amantes entre algunos favoritos, tres de los cuales apenas se separaban de ella: el conde de Artois, hermano de Luis XVI -cuñado, por tanto, de la reina-; un apuesto caballero anglosajón, Edward, y el tercero en discordia era míster de Coigny, un Apolo francés.

¡Y ahora Luis XVI venía para saber cuál de aquellos tres personajes era, efectivamente, el amante de su esposa!

La situación, por cierto, era muy delicada y Cagliostro se daba cuenta de que, apenas cometiera el menor desliz, iría a parar a la Bastilla o quizá a otro sitio peor.

Se acercó a los guantes y los examinó brevemente. Cerró los ojos, como buscando inspiración. Sólo era cuestión de identificar cuál de ellos pertenecía al hermano del rey, cuestión nada fácil por cierto. Abrió de nuevo los ojos y tomó al azar uno de los guantes. Tenia la viva impresión de la estrecha vigilancia de que era objeto por parte de los dos visitantes. Como si obrara bajo inspiración divina, había elegido el guante de mujer. Lo retuvo entre sus manos, lo llevó con expresión teatral junto a su pecho, alzó el rostro hacia el cielo y asi permaneció por algunos instantes, como un iluminado en trance de inspiración.

Luego, ceremoniosamente depositó el guante sobre la mesita y tomó otro... Este era fino y delicado, de hermosa factura, pero no digno de un príncipe y menos de uno tan fastuoso como el joven conde de Artois. En consecuencia, debía pertenecer a uno de los otros dos caballeros, aunque no hacía falta precisar a cuál de ellos.

Cumplida la misma ceremonia anterior y luego de depositar et segundo guante, el magista tomó el tercero y... ¡por el estremecimiento que corrió por todo su cuerpo supo que aquel guante sí que era digno de un príncipe! Todo lo indicaba así: su material, lo delicado y fino de su confección, sus hermosos y artísticos bordados.

Cumplido su propósito de descubrir cuál era el guante del cuñado de María Antonieta, Cagliostro fingió concentrarse, mientras procuraba regañar el control de sí y meditaba sobre las palabras que iba a decir. Finalmente, advirtiendo que subía peligrosamente la tensión circundante, tomando el guante de la reina, declaró:

-No es habitual para mí determinar o realizar ciertas operaciones de magia o videncia sin contar con el adecuado escenario y rito magista con que siempre rodeo mis experiencias. En esta ocasión, sin embargo, y porque la considero de singular importancia para mí y mi futuro, no vacilé en quebrantar mis normas y a riesgo de un fracaso, así lo hice...

-¡Al grano, caballero! -exclamó impaciente el personaje que estuviera sentado, incorporándose-. ¿Qué habéis visto?... ¿Qué habéis averiguado?

-Todo lo que deseáis saber, señor -respondió el conde, en tono sumiso-. Este es el guante de la dama...

-Eso ya lo sabemos. Proseguid.

-Este otro pertenece a un caballero... El mismo reverencia a la dama, tanto que estaría dispuesto a dar la vida por ella si la viera en peligro, pero es leal y respetuoso en su devoción...

- ¡Proseguid!

-Este otro... Bueno, he observado que une a su dueño con la dama algo más que una relación de amistad...

-¿De parentesco?... ¿Tal vez de amor?

-¿De amor?... ¡Oh, no, señor!... Yo diría que se trata de un parentesco, aunque no de sangre, precisamente. Una relación política, tal vez.

-¿Estáis seguro?

-Completamente, señor. Este caballero ama, sí, a esa dama, pero su amor es devocional, admirativo, leal, desinteresado, nada pecaminoso. Más o menos lo mismo puedo afirmar del tercero. En suma, señor, se trata de tres jóvenes que saben apreciar las bondades y cualidades de un alma juvenil, que posee invalorables condiciones de valor moral, desinterés y son capaces de realizar actos o hazañas memorables...

-Habladnos de la dama... ¿Es ligera?... ¿Casquivana?... ¿Existe la posibilidad de que esté enamorada de alguno de los tres?

-Yo no diría nada de eso, señor. La relación de amistad señala con claridad un afecto recíproco, una camaradería juvenil, un afán de estar juntos para pensar, proyectar y realizar algunos planes propios de gentes jóvenes. Y creo que eso es todo, señor.

Luis XVI no ocultó su íntima satisfacción y lanzando un suspiro que pareció desinflarlo, se llevó una mano al jubón y extrajo un bolsillo no muy abultado que arrojó sobre la mesita.

-Habéis sido condescendiente, caballero. Gracias.

Y con estiramiento verdaderamente soberano se encaminó hacia la salida, cuya puerta se apresuró a abrir su acompañante. En tanto los pasos se alejaban, Cagliostro lanzó un suspiro y con gesto de alivio se limpió el rostro cubierto de transpiración.

No era para menos el esfuerzo realizado.

Incluyendo la suya, posiblemente había salvado cinco promisorias existencias.

* * *

París estaba convulsionado. Había agitación en todas sus esferas, tanto en el mundo cortesano como en el burgués, y el artesano. Incluso había animación en el pueblo.

La agitación, sin embargo, no era promovida por ningún anuncio o hecho de relevancia política, ni por un encuentro armado en la frontera, o la boda, o la muerte, de un alto personaje. No; simplemente, había una fiesta. Una gran recepción, un suntuoso baile.

Cuando en el París prerrevolucionario se tenía el anuncio de un acontecimiento de esta naturaleza, se movilizaban grandes contingentes de personas. Los miembros de la realeza, los nobles, cortesanos y funcionarios del Estado, acudían en masa a los negocios, a las tiendas y a los talleres, donde adquirían costosísimas telas, donde las cortaban a medida y donde las confeccionaban siguiendo el *derniercri* de la moda. Todo esto daba luego lugar a la movilización de grandes masas de trabajadores y obreros y finalmente el pueblo obtenía también migajas del banquete neroniano. Y todo esto hacía que París, el brillante, voluptuoso y sicalíptico París, hirviera de una agitación pocas veces igualada... hasta que los ecos de la fiesta languidecían y los que estuvieran en ella hundían su voluptuosa lasitud en perfumados lechos, soñando con los placenteros acontecimientos vividos y elucubrando otros para un próximo futuro.

El acontecimiento asumía proporciones epopéyicas cuando quien ofrecía la fiesta era tan rico y pródigo como Creso, tan poderoso como Alejandro y tan famoso como el Rey Sol. En tales casos, resultaba un deshonor no figurar en la selecta lista de invitados.

París se estremeció de júbilo hasta en sus más humildes esferas cuando se hizo el sensacional anuncio: en fecha tal y con motivo cual, en el palacio de los condes de Cagliostro tendría lugar un gran baile; al que habían sido invitadas las celebridades del mundo cortesano, político, diplomático y profesional de París, que era decir de Francia. Los preparativos de la fiesta alcanzaron proyecciones fantásticas, hasta el punto de que se dio a conocer una extensa lista de las increíbles cantidades de delicados platos, bebidas y frutos traídos de otros países. El acontecimiento, en suma, se rodeó de una fastuosidad tal que se estimó en serio la posibilidad de que Cagliostro fuera en realidad un Nabab oriental, más rico que Creso.

-En verdad, si ese Cagliostro es capaz de ofrecer una recepción semejante, arrojando por la ventana así como así un millón de francos, habrá que convencerse de que es el hombre más poderoso de la tierra, ¡porque puede fabricar oro a su antojo! -comentó el mismísimo duque de Orleáns, en una rueda de nobles-. Y en estos tiempos sólo un hombre que tiene pacto con el Diablo puede realizar tal milagro...

-De cualquier modo, señoría, vosotros los borbones habéis perdido el cetro -le replicaron-. Hoy por hoy, Cagliostro es el Rey de París.

Los ecos de esta denominación llegaron a todas las esferas sociales y la misma se repitió con

el estribillo de una canción popular:

Cagliostro es poderoso, rico, un potentado,
Dicen, porque tiene pacto con el diablo.
Yo no soy fanático ni de envidia hablo.
Si rico fuera, valga ser endemoniado.

El presunto olor a azufre, en consecuencia, no disminuyó el entusiasmo que despertara el acontecimiento, repetimos, en todo París, desde las más altas esferas a los más bajos estratos. Y cuando llegó al fin el día de la gran recepción, la Plaza del Reino y las amplias adyacencias de las Tullerías, los Campos Elíseos, la avenida Gabriel y la Rué Rívoli, se vieron colmadas por una multitud impresionante de elegantes coches, la mayoría de ellos luciendo blasones y escudos de armas de vieja y noble prosapia.

Pero en el interior del palacio la animación y el gentío, selecto y riquísimo, superaron todo lo previsto. Aquí, sencillamente, se hallaba presente la élite del sofisticado, elegante y dispendioso París. Se afirmaba, con la mayor convicción, que desde los viejos y añorados tiempos de Luis XV y la Pompadour, no se había visto esplendor y derroche tales.

Como es de suponer, los Cagliostro supieron extraer buen provecho de la situación. El magista se valió de la fiesta para deslumhrar a los buenos aristócratas con algunas pruebas de sus altos conocimientos de magia. En un sector del inmenso salón, visible desde todos los ángulos, había hecho montar todo un escenario teatral, con telón y todo. En cierto momento, la orquesta ejecutó una vibrante pieza, llamando la atención general, luego de lo cual se levantó el cortinado de terciopelo rojo y apareció un hombre joven aún, de aspecto muy atildado, de peluca empolvada, de anteojos y vestido de negro de la cabeza a los pies. Apolloni, pues era él, expresó a la distinguida concurrencia que el señor conde di Cagliostro, deseando cumplimentar y halagar a sus invitados, ofrecería dos pruebas de su inimitable poder. Aclaró que no era costumbre del señor conde hacer estas demostraciones en público, pues suficientes pruebas daba a diario de su sobrenatural capacidad; pero estimaba que la ocasión bien valía la pena.

Cuando hubo terminado de decir su pieza y ante el súbito interés de la concurrencia, que olvidó sus intrigas para presenciar y solazarse con el prometido espectáculo, se levantó el telón y apareció un extraño escenario. En primer término se vio una hornalla encendida, que un hombre robusto y musculoso, de piel negra como el ébano, mantenía viva. En la hornalla se hallaba depositado un recipiente de hierro de regular tamaño. A los costados y al fondo se alzaban verticalmente lo que parecían ser dos cofres o ataúdes, del tamaño de un hombre. El escenario perdía su adustez gracias al delicado gusto con que se lo adornara con plantas desconocidas, de enormes hojas y coloridas y exóticas flores.

Y entonces, en medio del esplendor musical que servía de fondo a la representación, apareció Cagliostro. Su aspecto provocó crecidos murmullos. Venía cubierto con una túnica de brocato blanco con bordados de oro, que luego de ceñirle el cuello y ajustarse al cuerpo, le llegaba a los pies. En la cabeza llevaba un turbante rojo, en cuya parte frontal brillaba una enorme esmeralda. Su presencia fue saludada con fuertes aplausos y es de suponer que en ello iba implícito el agradecimiento de la nobleza por esta suntuosa y hermosa fiesta.

Acallados el estruendo de los aplausos y de la orquesta, Apolloni hizo uso de nuevo de la



Librodot

palabra y con acento dramático anunció que en aquel recipiente sobre el fuego había plomo fundido. Rogó a dos personas de la concurrencia que se dignasen y molestasen en certificar lo dicho. Una dama y un caballero, luego de no poco hacerse rogar, accedieron a ello y subieron al escenario, acercándose a la hornalla y al negro de desnudo y musculoso torso, con visible aprensión.

En el recipiente, en efecto, había un metal fundido, de color grisáceo, de cuya superficie se desprendía un humo denso y nauseabundo. Ambos aristócratas retrocedieron alarmados ante esta visión en miniatura del infierno. Finalmente, entre Apolloni y el nubio, con las precauciones del caso, tomaron aquel recipiente con plomo fundido y lo depositaron sobre una mesa cercana con superficie de mármol. Los dos jóvenes nobles aprovecharon la coyuntura para dejar el escenario con cierto apresuramiento.

En medio del silencio expectante con que se observaban todos estos preparativos, Cagliostro se adelantó entonces y con movimientos pausados, calculados, se arremangó el brazo derecho, hasta más arriba del codo. Mostró el brazo desnudo a la vista general y luego con paso lento, como si a pesar de todo abrigara un resabio de temor, se acercó a la mesita. Los vapores del metal fundido, al llegarle claramente al rostro, le obligaron a echar un pie atrás, tosiendo con fuerza.

Pero aquél fue el único signo de desmayo. Cagliostro, con la resolución y el valor estereotipados en el rostro de duras líneas, se adelantó de nuevo, alzó el brazo y...

Un unánime y terrible grito de horror escapó de la multitud.

- ¡Oh, no!... ¡No!... ¡Basta!

Todos los presentes y testigos de aquel hecho se estremecían de espanto al ver cómo el magista, venciendo valerosamente los dolores que indudablemente debía sufrir, introducía el brazo desnudo en el líquido metálico con estudiada lentitud. La inmersión provocó un chisporroteo y el humo denso y nauseabundo aumentó en intensidad.

Gritos, exclamaciones, corridas, desmayos... En breves momentos en el salón reinó el desorden y el tumulto, pues hasta los más calmos perdieron la serenidad, en tanto de todas partes llegaban pedidos para que cesara el terrible espectáculo. Pero Cagliostro, con el rostro transfigurado y que parecía poseído de un valor sobrenatural, hundía y sacaba el brazo del recipiente, sin emitir un gemido ni dar muestras siquiera de dolor, ¡mientras el líquido viscoso y humeante se deslizaba por la piel sin causar en ella la menor escoriación!

Finalmente, a la vista de aquel portento, renació la calma y la, concurrencia, impresionada por la visión de tal prodigio, enmudeció presa de respetuoso temor. Un hombre que pudiera realizar tal proeza, indudablemente, tenía pacto con Dios o con el Diablo, y en cualquiera de esos casos, era un ser sobrenatural, temible.

Cagliostro, finalmente, se limpió el brazo, que apenas parecía más sonrosado que antes, hizo un gesto y nubio y recipiente desaparecieron a la vista del público. Una nueva señal y Apolloni, que parecía tan impresionado como cualquiera del público, se adelantó para anunciar la siguiente demostración de la extraordinaria y sobrenatural capacidad del divino Cagliostro.

-A continuación, damas y caballeros, habréis de presenciar un dramático acto... -dijo en tono pausado, con cierto temblor en la voz-. Si hay personas demasiado impresionables en la sala, se les ruega que se retiren para evitar incidentes lamentables... Porque es voluntad de mi amo y señor demostrar que así como posee poderes capaces de controlar la vida, posee poderes capaces de controlar la muerte... Finalmente, permitidme que os advierta que cualquier exclamación extemporánea, cualquier intervención o interrupción del acto a realizarse, puede



Librodot

provocar un accidente fatal...

Nadie se movió de donde estaba. Por el contrario, la idea de contemplar un acto dramático en relación con la muerte, pareció ejercer una extraña sugestión sobre los nobles, cansados y aun fastidiados de gozar los placeres que podía ofrecerles la vida. Su viciosa y hastiada naturaleza quería de violentos estímulos para hallar la necesaria compensación.

A nuevo requerimiento de Apolloni y luego de algunas consultas entre sí, subieron cuatro caballeros al escenario, a examinar detenidamente dos cofres. Los cuatro certificaron la solidez de la madera y la excelente construcción. Seguidamente examinaron el piso del escenario, certificando que también era macizo y de una sola pieza, sin posibilidad alguna de trampas o conductos subterráneos.

-Gracias, caballeros, por vuestra gentil colaboración -dijo Apolloni-; pero como vuestra tarea aún no ha terminado, os ruego que vosotros mismos atéis a mi amo, tan firmemente como se os ocurra.

Algunos minutos más y Cagliostro, en efecto, quedó tan bien atado que nadie puso en duda su incapacidad para soltarse por sus propios medios. Luego, siempre a instancias de Apolloni, los cuatro personajes encerraron a Cagliostro en el cofre del lado izquierdo, cuya tapa bajaron. Procedieron entonces a examinar el otro cofre, momento en que Apolloni recordó algo y pidiendo disculpas a los caballeros les pidió que trasladaran al mago al cofre de la derecha. Así lo hicieron aquéllos y abriendo de nuevo la tapa del cofre de la izquierda ayudaron a salir de él a Cagliostro y lo trasladaron al otro. Apolloni trajo entonces unas cadenas y luego de cerrar la tapa del cofre en el que acababan de meter al mago, lo envolvieron con una cadena, cuyos extremos unieron con un grueso candado.

En todos estos trámites se demoraron algunos minutos, al cabo de los cuales Apolloni llamó con dos palmadas y apareció de nuevo el esclavo negro portando cuatro grandes espadas. Dirigiéndose al público, el ayudante anunció que los caballeros presentes atravesarían con aquellas espadas el cofre en el cual habían encerrado al Maestro. Terminó rogando a los presentes que evitaran todo tipo de exteriorizaciones de asombro o temor, para no romper el sortilegio de la prueba.

Acto seguido y para dar el ejemplo a los dudosos caballeros, Apolloni tomó una de las espadas y atravesó el cofre de lado a lado, por el mismo centro. Y aunque los caballeros se mostraron reacios al principio, terminaron por aceptar la sugestión y cada uno atravesó el cofre, varias veces, con estocadas que iban de un lado a otro. Lo hicieron así hasta que el cansancio paralizó sus brazos.

El público se mantenía inmóvil y silencioso, presa de respetuoso temor, de asombro ante un acto de evidente violencia que no podía menos de tener algún resultado fatal, pues prácticamente no había quedado un lugar sano del cofre.

Todos quedaron pendientes de lo que ahora hacía Apolloni, quien abrió y quitó el candado, quitó la cadena que envolvía el cofre, corrió los cerrojos exteriores y finalmente abrió la tapa...

Un murmullo de asombro e incredulidad cubrió el inmenso salón. La distinguida concurrencia apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos. O, por mejor decir, a lo que no veían... ¡pues el cofre se hallaba vacío! Aún se alcanzaban a ver las espadas atravesando el cofre, pero el cuerpo del conde de Cagliostro no estaba allí.

Lo que siguió fue todavía más emocionante. Con movimientos que denotaban nerviosidad y cierto temor, Apolloni corrió hacia el otro cofre y para abrirlo realizó las mismas operaciones de quitar el candado, la cadena, los cerrojos. Finalmente, luego de una patética expresión



Librodot

destinada al consumo del gran público, abrió la tapa...

Un "¡Oh!" de inmenso alivio lanzó la concurrencia cuando vio al conde de Cagliostro en la misma posición que tuviera cuando se lo encerrara a la vista de todos en el cofre de la derecha. Apolloni lo ayudó a dejar su incómodo encierro y entonces procedió a desatarlo.

Cagliostro, sonriente pero manteniendo una dignidad propia de un rey, del Príncipe de la Magia, se adelantó y saludó inclinándose levemente.

Una estruendosa salva de aplausos estalló entonces con toda la fuerza que un gran entusiasmo puede provocar.

De este modo el noble pueblo de París elegía y aplaudía la elección de su nuevo rey.

* * *

Los ecos de la gran fiesta llegaban aún del salón principal. Oyéndolos se encontraba Cagliostro. Su actitud era de concentración y reflexión. Estaba todo realizado. Lo que otros hombres de gran predicamento y celebridad necesitaran de diez a veinte años para lograr, lo había conseguido él en una sola noche. ¡Y todo eso apelando sobre todo al ingenio! Porque en ocasiones no son los hechos, por portentosos o milagrosos que sean, los que provocan verdadera admiración. Hechos simples, adornados con atributos de sortilegio o de magia, concitan verdadero asombro. Por ejemplo, meter el brazo en mercurio frío impresionaba tanto como sumergirlo en verdadero plomo fundido. En cuanto a la segunda operación, una sugestión hipnótica colectiva y la apelación al desdoblamiento o desplazamiento del cuerpo astral, explicaban el fenómeno.

Lo que contaba, entonces, era el resultado y no el medio. El nombre y la personalidad de Cagliostro habían causado un impacto cuyos efectos se sentirían en París por mucho tiempo. Esto era vital para el cumplimiento de su misión.

¿Su misión?... ¿Pero acaso podía decir cuál era ella? Tal vez no, pero la intuía. Y la intuición de un Adepto puede calificarse como certidumbre. Todas las piezas se iban ajustando al gran esquema. Y por lo que había visto, oído y experimentado hasta ahora, podía inferir con cierta seguridad el futuro.

-Señor...

-¿Sí?... -Al darse vuelta, Cagliostro se encontró frente al impasible rostro de Karturio, o Lucas, el criado egipcio.

-Ahí están los caballeros que el señor esperaba... ¿Los hago pasar?

Sí, allí tenían que estar, convocados, como él, a un mismo destino, pensó Cagliostro, mientras el criado salía a cumplir la orden de hacer pasar a los visitantes. Hoy, esta noche, se resolvería quizá cuál era ese destino...

-¡Oh, señor conde!

Cazzote se adelantó con la diestra extendida, precediendo a un grupo de personas. Al punto, sonriendo cortésmente, el médico agregó:

-Estos son los caballeros de quienes os hablé... Permitidme que os los presente. Este es monsieur Robespierre... Mi ilustre colega, el doctor Marat... Y éste es Mr. Danton, jefe de los *cordeliers*...Mr. Vergniaud, el abogado Camilo Desmoulins, y Mr. Roland... y el joven

abogado Garlien, Mr. Saint-Just...

Nombres y más nombres, de tremenda, de terrible significación histórica, cuya sonoridad causó un visible efecto en la psiquis de Cagliostro, ya predispuesto a la recepción de aquel impacto. Teniendo conciencia cósmica, en aquel preciso momento Cagliostro pudo percibir, como a través de una niebla, que una extraña aureola envolvía a esos hombres, como singularizando el papel que habrían de representar en la historia. El mismo que tenía una estrecha vinculación con la misión que él, como Adepto, es decir, como elegido de los dioses, había venido a cumplir.

-Pasad, caballeros, pasad... En vosotros me honro en recibir a los Adelantados del Movimiento Emancipador de la Humanidad... Bienvenidos seáis a esta humilde morada, indigna de vuestra elevada alcurnia...

Y los hombres de la Historia hicieron su solemne entrada en la sala de la Inmortalidad.

## *Capítulo XIII*

## *LA CONJURACIÓN DE LOS VEINTE*

Una y otra vez se vería a París, el alegre, despreocupado y dispendioso París, alborotar en los alrededores de la gran plaza, de las Tullerías, de la Rué de Rivoli y de la Avenida Gabriel, porque aquélla no habría de ser la única fiesta ofrecida por el Príncipe de la Magia. Aunque ninguna alcanzaría el prestigio y el esplendor de la primera.

Sin embargo, sería injusto achacar a Cagliostro un sentimiento de frivolidad que jamás experimentó. Estas recepciones temporales las ofrecía para complacer a la condesa Serafina, ansiosa como siempre de relacionarse con lo más granado de la aristocracia y para devolver atenciones con que la abrumaban las representantes más conspicuas de ella. Pero al ceder tan gentilmente a las instancias de su siempre joven y bella esposa, el célebre magista tenía un propósito ulterior y superior: servir a la misión por la cual se encontraba actuando como un consumado actor en ese gran teatro que era la corte francesa de Luis XVI. Dicho en otras palabras, Cagliostro actuaba muy sutilmente en política. Puede afirmarse que de sus hábiles y ágiles dedos de prestidigitador pendían hilos invisibles, al extremo de los cuales se movían las más importantes personalidades del mundo político, diplomático y cortesano del momento.

Por eso, cuando su eficaz ayudante, Apolloni, o su fiel y siempre impertérrito y aun misterioso criado egipcio, Lucas, le anunciaban de la presencia de "aquellos caballeros", Cagliostro, salía al encuentro de ellos sonriente, dando muestras de cortesía y amistad, y los instaba a compartir su mesa y sus ideas, o dejaba que ellos le inculcasen las tuyas.

Las entrevistas se celebraban a puertas cerradas y sin presencia de extraños, ni siquiera de criados, mientras las esposas se divertían a su modo en salones contiguos. En suma, las recepciones eran un mero pretexto para reunir a los conjurados, sin que los agentes y los esbirros de la policía pudiesen afirmar, en rigor de verdad, que aquéllas eran reuniones políticas de alto nivel y una verdadera confabulación contra el poder constituido. Esto es, la monarquía, delito de lesa majestad que en el mejor de los casos se pagaba con un largo encierro en la Bastilla o bajo el hacha del verdugo. Los esbirros se hubieran quedado pasmados u horrorizados al oír frases como éstas:

-...en mi larga carrera he visto las peores enfermedades, pero os aseguro que nada semejante a las purulentas llagas que ensucian las blancas sábanas de seda de la nobleza... ¡Os digo que será necesario escarificar esos *noli me tángere* para salvar a Francia! -exclamaba con



Librodot

vehemencia "el amigo del pueblo", Marat, para agregar acto seguido-: Yo, que sirvo a la causa de la libertad con toda la energía de mi temperamento, os digo esto: debajo de las perfumadas polleras de la aristocracia asoman las hediondas fístulas del mal gálico... Pero eso no es todo. Entre las maquinaciones de un rey pérfido y de una abominable corte y de falsos patriotas, debemos defender a la libertad por todos los medios a nuestro alcance, apelando incluso, como en este caso, a los sortilegios de un mago...

Todos los presentes escuchaban silenciosos y pensativos las inflamadas palabras de Marat, y todas las miradas contemplaban su esmirriada figura, pálida, ascética. Era él, indudablemente, el hombre del acento apasionado pero de corazón generoso -como diría de él Fabre de Englantine-, de elevado espíritu, de invencible coraje, de inconmovible firmeza, hombre que aun en las peores tormentas mantenía la calma y la presencia de ánimo.

-La Libertad es la Patria de toda la humanidad -señaló Vergniaud, el futuro jefe de los girondinos.

-¡Mis cordeleros (Danton era jefe de los "cordeleros" o franciscanos, cuya sede estaba en ese famoso barrio de París.) estiman los beneficios de la libertad tanto como los beneficios del sol... ¡Sin ella agonizamos en medio del frío y la miseria! -exclamó Danton, con voz tonante.

-Libertad... hermoso vocablo, a fe mía, pero no hagamos de ella una cosa preciosa por fuera y vacía por dentro... Porque ese vacío puede ser el de un volcán, en el cual, como todos sabemos, existen turbulencias subterráneas y futuras grandes erupciones... No nos dejemos llevar por la pasión del encono, porque perdemos nuestra fuerza y nos engañamos y enceguecemos con cosas mezquinas, olvidando las trascendentes -Mirabeau midió a sus oyentes hinchando su voluminoso abdomen, como desafiándolos a ser más sensatos y prudentes-. Odiemos el despotismo y la usurpación de los bienes del pueblo, sí; pero respetando las instituciones establecidas... Que la nuestra sea solamente una fuerza de buena constitución con la cual no solamente habremos de salvar a Francia sino lograr una invisible influencia sobre todos los gobiernos de Europa por medio de la moderación y la gran prosperidad de la raza humana.

-No basta un genio elocuente para determinar con certeza lo que es bueno o malo para la felicidad del pueblo -señaló Condorcet-. Los medios para obtenerla no se encuentran en los pomposos vocabularios de los diccionarios o las *Enciclopedias,* sino en realidades tangibles... Un pueblo famélico que come pasto y raíces en los hermosos parques de duques y otros grandes señores, que duerme en las calles en pleno invierno, que carece de lo más elemental que le permita amar la vida, no se satisface, no, con retórica...

-A mi juicio, el pueblo francés es el gran engañado del cuento... Ha vivido creyendo en milagros. Ha esperado milagros y ha pensado que rogando a deidades desconocidas vería desaparecer sus miserias -declaró el severo y silencioso Valazé-. Pero esto es alimentarse con nubes y tan pronto como pasa el efecto de la ilusión, el hambre y el frío muerden con más fuerza... Y entonces el hombre descreído se torna peligroso.

Maximiliano María Isidoro Robespierre se puso de pie y todas las miradas se posaron en él. Siempre es escuchada la palabra fogosa y sin embargo modulaba del gran tribuno.

-Parece contrario a las leyes naturales mezclar las cosas del cuerpo con las del espíritu -dijo en tono pausado-, y ello, en el terreno de las realidades, puede resultar efectivamente peligroso... El ateísmo es aristocrático; es la religión natural de los ricos y ociosos. Por el contrario, la creencia en una deidad es una ciencia popular, universal, una necesidad, además. Si Dios no existe, los buenos prelados hicieron bien en inventarlo...

-Amor... Amor es la palabra clave -prorrumpió el joven abogado Garlien, pálido, ojeroso, de lánguida o romántica expresión, de quien se sabía que provenía, como muchos padres de la

Revolución, de la heroica Marsella-. Inculcad amor en los aristócratas y veréislos correr a mitigar la miseria del pueblo... Despertad el amor en el corazón del pueblo, y lo veréis renunciar a sus sueños de venganza. Reemplazad el odio con el amor y veréis realizarse el milagro de la redención del hombre...

Sí, éstas y otras osadas declaraciones, opiniones y afirmaciones se venían repitiendo una y otra vez, cada nueva ocasión con mayor firmeza y convicción, a medida que se afirmaba la amistad y la confianza entre los veinte conjurados. Una sola frase que trascendiera de aquel círculo íntimo, ciertamente, hubiera arrojado a sus componentes en las ergástulas del Estado. Pero la imposibilidad de filtraciones ajenas -a menos que uno de los conjurados fuese un evidente traidor a la causa del pueblo- aseguraba la impunidad de tan temerarias declaraciones. Por otra parte, como todos los sospechosos eran celosamente vigilados por la policía, el hecho de que ellos se reuniesen temporariamente en casa del conde de Cagllostro les aseguraba en cierto modo la libertad. Porque Cagliostro -de acuerdo a lo convenido en aquella memorable reunión con el rey y su jefe de Policía- enviaba de vez en cuando inocuos informes sobre los movimientos y las actividades archiconocidas de los sospechosos. Con lo cual se ganaba el reconocimiento por su actividad y al mismo tiempo distraía la atención de log funcionarios de represión del Estado hacia otros derroteros. En consecuencia, la libertad de acción de los conjurados los llevaba no sólo a reunirse para cambiar opiniones e ideas, sino para planificar de algún modo la acción conjunta y provocar por algún medio el derrumbe del odiado y culpable mecanismo de la monarquía.

Cosa que, inevitablemente, sucedió transcurrido que fue el tiempo para que dicha relación de amistad y comunión de ideales se reforzara convenientemente. Así, de un modo gradual y casi insensible, se llegó a los que habría de llamarse la "Conjuración de los Veinte".

En resumen, luego de un cambio general de opiniones, pareceres y principios -para lograr un acuerdo fueron necesarias varias invitaciones, con lapsos prolongados entre sí, para evitar sospechas-, se estableció cuál habría de ser el régimen de la acción futura a emprender.

-Dicho régimen admite o consiga cuatro esquemas -habla dicho Rouget de l'Isle, uno de los teóricos del grupo-, a saber, el político, el personal, el emocional y el ambicioso...

En otras palabras, éstos eran los puntos débiles que ofrecía la monarquía y por los cuales debía ser atacada sin más dilación. Convenido esto, se había encomendado a cuatro de los miembros la estructuración de un plan a ponerse en ejecución en cada uno de aquellos ítems. Las designaciones por votación habían recaído en las personas de Robespierre, para lo político, Ducós en lo personal, Garlien en lo emocional y Fouquier-Tinville en el ambicioso.

-Mas, recordad caballeros -advirtió Vergniaud, el jefe virtual de aquel grupo de notables-, cuál es el talón de Aquiles de la Monarquía... Atacad por ahí. Buscad los defectos y no las virtudes; mas si lográis convertir las últimas en los primeros, os ganaréis la gratitud de los revolucionarios... No olvidéis tampoco que personal y aisladamente nuestra fuerza es limitada e incapaz, por tanto, de triunfar contra un poder constituido, arraigado, poderoso y casi invencible. Es necesario y aun imprescindible, por ello, que nos valgamos de fuerza y poderes extraordinarios -no me atrevo a decir sobrenaturales- como los que puede ofrecernos nuestro generoso anfitrión. Contad, pues, para cada caso, con su ayuda y su participación personal. Sin ellos acaso sea imposible lograr nuestro sagrado cometido...

¡La sagrada misión!...

Ahí estaba, reducido a sus más simples términos, el grandioso objetivo por el cual Giuseppe Balsamo no solamente se encontraba en París sino que había venido al mundo... La fuerza de tal convicción le hizo trasudar de emoción y ansiedad.

-Nuestra próxima reunión tendrá lugar a fines de mayo, aquí mismo -concluyó diciendo

Vergniaud-. En esa ocasión consideraremos los planes que hayáis adoptado...

* * *

Para la indicada fecha, en consecuencia, alrededor del palacio de los Cagliostro volvió a producirse el acostumbrado revuelo de proveedores, de criados, de artesanos, de especialistas, de comerciantes, que interminablemente desfilaban con sus mercancías, sus productos o sus obras a cuestas.

La agitación principal sin embargo, se centraba sobre la condesa Serafina. Cabe señalar que para esta fecha -pronto haría tres años que los Cagliostro se encontraban en París- la condesa se hallaba convertida en una verdadera gran señora. Disponía a su servicio personal de tres doncellas y varias asistentes y criadas. Su actividad social era intensa y múltiple, tanto, en efecto, que no pasaba ni un solo día que no estuviese comprometida para una reunión o recepción en casa de algún noble, cortesano, o alto funcionario, entre los más encumbrados del momento. Era admirable no sólo el número sino la calidad de las amistades de las cuales se enorgullecía Serafina. Desde la reina para abajo, la condesa de Cagliostro llegó a codearse con duquesas, condesas, marquesas y otras aristócratas de menor jerarquía, y con muchas de ellas llegaba a tal punto su intimidad en el trato que se tuteaban como si hubieran nacido en la misma cuna. Cagliostro y los de su grupo no dejaban de apreciar y valorar los beneficios de esta múltiple actividad, pues nadie mejor que Serafina para traer informaciones de puras aguas y de último momento.

Pero Cagliostro, notable psicólogo advirtió algo más en la conducta de su esposa. Si bien el hecho en sí, como hemos explicado en otra parte, no le afectaba mayormente, no por ello dejó de apreciar que un desliz en la conducta de su esposa podía afectar de alguna manera su misión. En los últimos meses, Serafina había cambiado tanto, en efecto, que parecía estar enajenada por un sentimiento o una emoción que nunca había conocido. Enmudecía y se quedaba abismada en profundos pensamientos, o reía y se ponía sentimental sin el menor motivo aparente. Hubiera resultado sencillo para el magista indagar el motivo de estos singulares cambios emocionales, pero prefirió no ahondar demasiado en la cuestión, para evitar inconvenientes o trastornos insuperables.

Así las cosas, la recepción en el palacio de los Cagliostro, señalada para fines de mayo, alcanzó, valga la repetición, un. éxito singular. Durante las dos primeras horas de diez a doce de la noche, Cagliostro debió alternar, como lo hiciera tantas veces y con no poco fastidio, con damas y caballeros de irritante petulancia y hueco palabrerío, que buscaban su compañía sólo con fines egoístas. Las duquesas de... Las condesas de... las marquesas de... Y los nombres desfilaban mientras los rostros, unos hermosos y llenos de vida, otros pálidos y en los que asomaban su decrépita faz las enfermedades y otros, en fin, dificultosamente restaurados que dejaban una penosa impresión en la noche poblada de luces ilusorias.

Cagliostro no esperó a último momento para retirarse a su estudio privado, donde habitualmente tenían lugar aquellas reuniones y donde con antelación se hallaba dispuesto lo necesario para el grato pasar de los veinte conjurados. Para evitar interrupciones o la irrupción de criados y posibles soplones, en varias mesas se veían dispersos bocadillos y bebidas para todos los gustos. Las puertas eran a prueba de ruidos y las acortinadas ventanas estaban demasiado altas para hacer posible la observación desde el exterior.

-Señor...

La consabida advertencia de Apolloni o Lucas y luego la aparición casi simultánea de los veinte personajes cuyo nombre ha recogido la historia, dando a cada uno el lugar y el brillo que le corresponde: Marat, Robespierre, Dantón, Mirabeau, Vergniaud, Roland, Desmoulins,

Condorcet, Fouquier-Tinville, Ducos, Brissot, Garlien, Billaud-Valennes, Saint-Just, Valazé, abate Fauchet, Cazzote, Lasourse, Rouget de l'Isle, Fonfrede...

Cagliostro se estiró, sorprendido. ¡Una dama!... Uno de los presentes, Roland, que advirtió aquella actitud, tomó del brazo, amable y familiarmente a la dama en cuestión y se acercó diciendo:

-Ciudadano Cagliostro, permitidme que os presente a mi esposa... Mme. de Roland participa de nuestros ideales y es una de las mujeres más activas del movimiento.

El magista en papel de confabulador se inclinó con galantería a besar la mano que se le tendía, admirando la belleza de la joven señora y su aire de dignidad y de serena imposición que su sonrisa acentuaba.

-¡Oh, cuánto envidio a mi amigo Roland! -exclamó un joven alto, robusto, de complexión clara, personaje ya famoso en el movimiento no sólo por su estrecha amistad con Dantón, sino por sus dotes de luchador infatigable de la causa-. Un hombre cuya esposa comparte con él sus ideales políticos ya es afortunado; pero si es partícipe activa de sus inquietudes y afanes y luchas, es doblemente afortunado... ¡ Cuánto daría yo porque mi Constance estuviera aquí en este momento, compartiendo mis esperanzas!

-¡Caballeros! -llamó Mirabeau-. ¿Qué os parece si dejando de lado los introitos bucales vamos a lo nuestro?... Tengo la impresión de que el tiempo apremia y no lo digo sólo en sentido figurativo.

El consejo pareció prudente y todos ocuparon sus asientos, algunos reteniendo sus copas en la mano, otros masticando apresuradamente.

-En razón de la importancia de lo que tengo que decir -empezó por declarar Robespierre-, ruego me permitan posponerlo para luego. Cedo la palabra, en consecuencia, a nuestro amigo Ducos.

El nombrado alzó su copa, la vació y luego dijo:

-Aunque se me estima como a un individuo de carácter ligero, deseo aclarar que tomé muy en serio la misión que se me encomendó. De esa manera pude elaborar un plan de acción en el cual interviene, como principal figura, nuestro anfitrión, lo cual, dado sus antecedentes, nos permite asegurar un resultado positivo... si no le falla alguno de sus trucos...

Cuando los murmullos y las sonrisas se acallaron, Ducos, ya más serio, continuó:

-Debo advertir, asimismo, que el plan elaborado se relaciona con una de las pasiones o debilidades de la "dama de Baviera"; según es de todos sabido, a ella, en efecto, la apasiona el juego, debido probablemente a su crónica situación de falencia económica, o quizá porque heredó tal condición de su padre el emperador del imperio austro-húngaro, que según dicen, tenía hipotecado el imperio cuando pasó a peor vida gracias a uno de sus excesos. La cuestión es que nuestra dama es muy aficionada al juego del faro. Por las noches tienen lugar en sus habitaciones privadas del Trianon o en el palacio de Saint Cloud, fuertes partidas de ese juego, del que participan algunos de los aristócratas más ricos de su personal séquito, algunas veces, y en otras altos funcionarios del Estado.

Se le preguntó en qué consistía su plan.

-íEs uno muy sencillo en teoría y un poco difícil, por lo peligroso, para Mr. Cagliostro... De un modo que debe resolverlo él mismo, tendrá que participar de esos juegos y con sus juegos de manos provocar una profunda incisión en el maltrecho cuerpo de la realeza, causando un desangramiento que le resulte fatal... Creo que eso es todo; bien simple, como podéis ver.



Librodot

Se produjo unos momentos de tensa reflexión. Cada uno de los presentes apreció la bondad del plan y aunque debían admitir que era peligroso para el actor principal, también era completamente realizable, a menos que el propio Cagliostro no lo estimara así.

Pero cuando todas las miradas, interrogantes, se volvieron a él, el conde repuso que no tenía observación alguna que hacer y por tanto sin perder tiempo se ocuparía de tender las líneas necesarias para que no resultara difícil ir a ocupar una de las sillas vacías en torno a la mesa de juego de la reina.

No hubo ninguna objeción y, en consecuencia, se aprobó el plan; por unanimidad. Cagliostro estaba emocionado. Se había dado el primer gran paso hacia una difícil realización, en la cual, como si su destino fuera ése, a él le correspondía asumir el papel y la responsabilidad principal. ¡Su misión terrenal empezaba, pues, a cumplirse!

Correspondió la palabra a Robespierre y el tribuno del pueblo, adoptando una actitud que sería clásica en las grandes jornadas parlamentarias de la Asamblea Constituyente y la Asamblea Nacional, donde su figura adquiriría un sensacional relieve, empezó analizando la pésima moral imperante en las altas esferas, en particular en torno a las personas, príncipes de sangre, allegadas a la monarquía por efectivos vínculos de familia. Príncipes, duques, cardenales y otros, procuraban sobre todo extraer los mayores beneficios de su condición de aristócratas. Los negocios de Estado se convertían en negociados apenas el asunto entraba en carpeta en alguna cartera ministerial. No se realizaba una gestión pública si antes las personas autorizadas a poner la firma y el sello no recibían un emolumento extraordinario por su intervención.

-Uno de esos grandes gestores no es otro que el príncipe Luis Felipe, duque de Orleáns... -siguió diciendo Robespierre, con gravedad, índice de que sus informaciones eran irrefutables-. En el duque se da la curiosa y doble circunstancia de que es enormemente rico -se lo estima el hombre más rico de Francia- y que no ejerce ninguna función pública. Esto lo pone a cubierto de cualquier sospecha de cohecho. Sin embargo, aunque el duque puede disponer a su antojo de la fortuna de su esposa, la duquesa de Penthievre, prefiere derrochar dinero obtenido a manos llenas gracias a sus influencias, parentescos y relaciones.

Al parecer, la reina odiaba cordialmente al duque, no sólo porque poseía una inigualable fortuna y porque medraba con la monarquía, de un modo avieso, incrementando sus riquezas fabulosamente, sino porque la despreciaba casi en forma pública. Entre los dos altos miembros de la realeza, por tanto, existía una tensión que amenazaba estallar en cualquier momento.

-Y Luis Felipe responde a tanta cordialidad inclinándose al pueblo y despreciando a la monarquía -informó Robespierre-. Tanto se ha inclinado, en efecto, que sus esporádicas apariciones en público -cada vez menos esporádicas- son recibidas con aplausos. Luis Felipe corresponde a tal simpatía haciendo graciosas concesiones al pueblo de su propio peculio... No faltan quienes sostengan que el pueblo ama más a Luis Felipe en la misma medida que decrece su amor por el rey... ¿Adiviináis a dónde quiero llegar, caballeros?

No hacía falta, en verdad, para inferirlo. Había desmedida ambición en el duque de Orleáns. Sus títulos, su riqueza, lo señalaban como al seguro sucesor de Luis XVI... ¡si alguien encaraba la peligrosísima tarea de propiciar su nombre en tal carácter!

-¡Y somos nosotros los que debemos apelar a los manes sagrados de pueblo y propiciar ese nombre, no para enaltecerlo y encumbrarlo en el trono de Luis el Justo, sino para que él, como un mal actor, lo empuje y termine por hacerlo caer!... En otras palabras, opongamos al nombre del déspota necio el del necio déspota y habremos opuesto el eslabón a la yesca, provocando el gran incendio. Del fuego sagrado quedarán luego las cenizas de las que,

finalmente y por efecto de esa gran ley de causa y efecto que regula la vida de los hombres y de los pueblos, renacerá el Ave Fénix encarnando la sacratísima trilogía agnóstica: ¡libertad, igualdad y fraternidad!

Las palabras de Robespierre quedaron flotando en el aire como nubes de una tormenta de mal presagio. Aquel plan era terrible y entrañaba, ciertamente, evidente peligro para el teórico que lo había elucubrado y más, mucho más, para quien tomase a su cargo la misión de realizarlo. Pero también era el plan más indicado para hacer que el viejo edificio de la monarquía temblara hasta sus últimos cimientos, en una escisión brutal.

-Vuestro plan, Maximiliano, es genial en su simple aunque sutil concepción -dijo Marat-. Os valéis de la astucia y la intriga para entronizar el odio y el resentimiento en la monarquía y es sabido que nada destruye mejor al árbol que el gusano roedor incrustado en su meollo... Con todo, yo no estoy de acuerdo con vuestro proyecto. Dejemos que el pueblo y nadie más que el pueblo resuelva por sí, por medio de sus legítimos representantes, la forma de encarar, luchar y derribar al régimen del oprobio y la miseria...

-Ciudadano Marat, día llegará en que el pueblo deba enfrentar su lucha por la libertad -señaló el joven Desmoulins-; pero no es llegado aún el momento. Antes de emprender el asalto contra la fortaleza es necesario sitiarla y quebrantar sus defensas, si es preciso abriendo un conducto subterráneo... Y eso es lo que el ciudadano Robespierre propone y yo estoy de acuerdo con él.

Varias voces se unieron a la anterior y de esa manera quedó aprobada la idea, con un voto en contra. Luego Vergniaud preguntó a Robespierre cuál era su plan concretamente y de qué modo debía realizarse.

-El modo procedimental estará a cargo de nuestro amigo... Yo me limito a señalar la posibilidad de convencer a Luis Felipe de la necesidad de propiciar su nombre al pueblo, en forma más abierta y resuelta y, llegado el caso, proclamarse rey o emperador -repuso Robespierre-. Que esto se haga o no con ayuda de la sugestión mágica o por medio de exorcismos, es cuestión que no me compete.

Todas las miradas se posaron entonces en el destinatario de aquellas palabras. Cagliostro, compenetrado cada vez más de la responsabilidad que asumía, pero, sobre todo, imbuido de entendimiento, de esa radiante y aun enceguecedora luz que resplandecía en su ser, parecía transfigurado y su mismo rostro, en el que se reflejaba parte de esa claridad, evidenciaba su profunda convicción de la naturaleza sagrada de la causa del pueblo. No importaba que el suyo se considerase un delito de alta traición o crimen de lesa majestad, y que por ello mereciese la pena de muerte. Aquí, en esta múltiple y delicada tarea que le esperaba se hallaba radicado el gran enigma que sellara su destino. Esta era la prueba del fuego, de la cruz... Debía seguir adelante y cumplir, no importaba lo que viniera después, ya fuese en calidad de premio o de castigo por ese sacrificio.

-Sí, dejad el asunto en mis manos -respondió maquinalmente, con voz apagada-. Yo lo haré... Yo me ocuparé de los detalles...

-¡Oh, manes de la libertad! -exclamó Vergniaud, con íntimo júbilo, uniendo las manos-. ¡Al fin creo vislumbrar un destello de luz en el horizonte de Francia!... ¡Caballeros, amigos míos, sigamos infatigables en nuestra tarea, en libertad, igualdad y fraternidad, y la gloria coronará nuestras cabezas!

Las alentadoras palabras del tribuno constituyeron un alivio a la nerviosa tensión prevaleciente. Se hizo una pausa, durante la cual circularon copas de champaña o vino generoso y exquisitos bocadillos, en tanto se formaban pequeños corrillos donde se comentaba animadamente las ponencias adoptadas y su terrible significación en el futuro de la



Librodot

monarquía.

Pero el introito fue breve, pues todos deseaban conocer las conclusiones a las que debían haber llegado el joven abogado Garlien, y Fouquier-Tinville, en sus respectivas comisiones, que, como se recordará, se referían a los aspectos emocional y ambicioso del trono. Una cuestión doblemente delicada, teniendo en cuenta que ella se refería a María Antonieta, reina de Francia por la gracia de Dios. Tal convicción llevó a los presentes, con cierta precipitación, de regreso a sus asientos.

-Ciudadano Garlien, ¿habéis obtenido algún resultado en vuestras patrióticas gestiones?

-Así es, ciudadano Vergniaud -respondió el aludido, estirándose, tan pálido y demacrado como antes, aunque ahora, por el brillo de sus ojos, se podía inferir que había encontrado la felicidad en el amor.

El abogado Garlien entró en detalles para explicar que, en los últimos tiempos, se había producido un cambio en la lista de favoritos que rodeaban a la "dama de Baviera". L*e beau Dillón* y el caballero Coigny habían debido dejar su puesto de privilegio a otros cortesanos. El conde d'Artois, sin embargo, continuaba firmemente ligado a su real cuñada, debido probablemente a la relación de parentesco que los unía.

-Sin embargo -concluyó diciendo-, un astro ha empezado a brillar con inusitada fuerza en el estrecho y limitado círculo íntimo de esa dama. Se trata del conde de Fersen, un joven y apuesto noble que, ciertamente, constituye un vivo paradigma de belleza y virilidad. Si se debiera elegir rey de los hombres al más hermoso, fuerte y musculoso de ellos, la elección, naturalmente, debería recaer en él.

-Bien, habéis hallado al hombre ideal... Decidnos ahora cuál es vuestro plan y la recomendación necesaria para su realización...

-Perdonad mi intromisión, caballeros -interrumpió a este punto Cagliostro-, pero creo ser yo quien tiene las respuestas apropiadas a esta delicada cuestión. Conozco los ingredientes; dejad que yo los mezcle en mi retorta y extraiga de ella el producto que habrá de provocar una amarga efervescencia en el elixir de complacencia que ahora disfrutan los privilegiados de la suerte.

Tanto Garlien como el resto de los presentes agradecieron de viva voz aquellas significativas palabras del magista, seguros de que tanto en este aspecto como en los otros, su intervención habría de ser decisiva. Aprobado el plan por unanimidad, el jefe de los conjurados encaró a Fouquier-Tinville y le instó a decir sus conclusiones.

Fouquier-Tinville, cuyo nombre habría de tener gran significación en los futuros y macabros aspectos de la Revolución, era un hombre joven aún, alto, delgado, de rostro enjuto y cadavérico. Al contrario de Garlien, cuyo semblante resplandecía de dicha, el de Fouquier-Tinville trasuntaba precisamente todo lo contrario. Su expresión era de pesadumbre, de amargura. Como si un dolor continuo e inevitable flagelara sus escuálidas carnes. Fouquier-Tinville era tenido como un hombre cruel, sin escrúpulos, implacable como un perro de presa y tenaz como éste, que no perdonaba a su víctima una vez que había hecho la elección.

Debido a ello, los conjurados esperaban con verdadera curiosidad que el tribuno hiciera conocer su plan. Pero Fouquier-Tinville, después de mantenerse erguido e impasible como una verdadera momia, por largo rato, desilusionó a todos diciendo:

-Lo lamento, ciudadanos... Yo no tengo nada que decir... por el momento. Esto, sin embargo, no quiere decir que no tenga una idea, pero sólo es eso... Es necesaria madurarla, perfeccionarla, adecuarla, prepararla... ¡Pero eso sí, ciudadanos, si se llega a realizar mi proyecto, estad seguros, será la bomba que hará explotar el edificio cuyos cimientos vosotros



Librodot

intentáis conmover[1]

La fuerza y el vigor de aquella afirmación, así como el tono con que fue hecha, llevaron a la convicción de que el temible Fouquier-Tinville estaba preparando un golpe sorpresivo y decisivo. Dirigiéndose a él e interpretando el pensamiento general, Cagliostro preguntó:

-¿Me habéis asignado algún papel en vuestro plan?

-¡Por supuesto! -fue la pronta réplica-. No sólo seréis el preparador y coordinador del grandioso plan, sino su ejecutor, el hombre que hará explotar la bomba...

Cagliostro, por su inmovilidad y silencio, se hubiera dicho que era una estatua. Pero en rigor de verdad, era un verdadero volcán a punto de ebullición. Por sus venas corrían torrentes de fuego licuado que sin quemar sus entrañas colmaban su ser de los efectos letales de una gasificación tóxica, que no alcanzaban, sin embargo, a rendir ni su mente ni su vida.

¡Al fin!... He aquí que se había corrido de pronto el telón negro que la Esfinge colocara delante de sus ojos. Ello le permitía apreciar, con meridiana claridad, el supremo objetivo hacia el cual encaminaba sus pasos, inciertos al principio y ahora cada vez más firmes y seguros. A decir verdad, en cierto modo la revelación que acababa de tener ya la había anticipado gracias a su genio deductivo. Sin embargo, la simple concepción del mismo bastaba para conmover e impresionar en grado sumo incluso a un Adepto.

¡Se trataba, en suma, de provocar y lograr el derrumbe de uno de los poderes terrenales más sólidos, logrando con ello la liberación y la emancipación de grandes contingentes humanos, no sólo de Francia sino del mundo entero, y no solamente de esta época sino de todas las épocas futuras!

* * *

Una convicción semejante hubiera bastado para hacer desfallecer al hombre más templado y resuelto, por la inconmensurabilidad de la idea a realizar. Sin embargo, la certidumbre del papel a cumplir y la convicción de que se acercaba el final de su terrenal misión, lo que lo aproximaba también a la hora de su liberación, metamorfosearon al conde di Cagliostro. Poseído de un afán de realización jamás experimentado y convencido de que en sus manos estaban los hilos de una gigantesca obra y que, por lo tanto, de él dependía en mucho la suerte futura de los pueblos, se puso inmediatamente en acción, decidiendo ejecutar los planes según su orden de aprobación en la última reunión. Al finalizar la misma se había convenido también que la próxima asamblea tendría lugar en la casa de alguno de los otros miembros y en fecha a fijar oportunamente.

Sin embargo, apenas encaró la tarea se convenció de que la misma no iba a ser tan sencilla, pues eran innumerables las dificultades a vencer. En primer término, era intensa la actividad policial y de estrecha vigilancia de sospechosos que se ejercía en los últimos tiempos, en razón de la creciente efervescencia popular. Ello obligaba a ser cauto y buscar contactos y aliados de probada lealtad a la causa. Mas como esto resultaba harto difícil, fue necesario buscar y lograr la cooperación de ciertas personas claves por medio de dádivas y sobornos. A este respecto, Cagliostro se convenció una vez más que el dinero obra a veces en la conciencia de ciertos hombres con más efectividad que un ideal.

Pero en la realización del primer plan, mucho le ayudó la información que obtuviera Ducos. Casi todas las noches tenían lugar reuniones íntimas en las habitaciones privadas de la reina, ya fuese en su palacio Trianon de Versalles, o en el de Saint-Cloud, lugar éste donde María Antonieta se empeñaba en establecer su corte, para diferenciarla de la rutina palaciega de otros períodos. No dejaba de admirar que el celoso y desconfiado Luis XVI admitiera estos



Librodot

cambios; pero se reconocía que, desde el nacimiento del Delfín, auspicioso acontecimiento que tuviera lugar en 1783 (posteriormente a la reconfortable certeza que el rey obtuviera de Cagliostro, respecto a la lealtad y fidelidad de su esposa), la reconciliación entre los soberanos había fortalecido los lazos familiares.

En las cámaras privadas de la reina tenían lugar, pues, noche a noche, las consignadas reuniones íntimas donde, a pretexto de matar el tiempo, se libraban apasionadas partidas de un juego llamado "faro" en el que María Antonieta tenía singular dominio. Y lo que acaso empezara en verdad como un inocente pasatiempo, se había convertido poco a poco en una contienda de menudos aunque fuertes sentimientos. Su Majestad ganaba muchas veces y perdía otras, pero en cada ocasión dejaba traslucir su fuerte y apasionado carácter al demandar u ofrecer revanchas que generalmente doblaban y aun triplicaban las modestas sumas que se invertían "para dar animación al juego". De tal modo, las pobres damas de honor y los pajes debieron ceder su lugar a cortesanos con toda la barba y con las faltriqueras llenas, los cuales, a su vez fueron reemplazados por altos funcionario del Estado, especialmente relacionados con la banca y el tesoro. Por esta misma razón las apuestas seguían siendo cada vez más fuertes, hasta el punto que las sumas que se mencionaban arrancaban murmullos de admiración entre cortesanos y favoritos que tenían el privilegio de hallarse presentes.

Entre esos funcionarios, Joly de Fleury era el director del Tesoro y no sólo por tal circunstancia sino por ser también un hombre de empresa y un industrial con poderosos medios económicos y grandes relaciones con la banca privada (léase prestamistas), gozaba de la amistad y la protección de la reina. De Fleury se convirtió en el introductor de codiciosos banqueros que se arriesgaban a tener una oportunidad de acercarse a la reina, so pretexto de alguna partida en la que ella obtenía pequeñas utilidades. Pero los cuitados iban en pos de bocados más grandes, que por lo general requerían sólo la firma y el sello de S.M. para tener plena vigencia. Por este medio, aunque sin resultado, De Fleury había pretendido elevar el porcentaje de utilidades en su industria textil de Lyon, que se viniera abajo desde que María Antonieta y su hermano establecieran una ruinosa competencia no sólo para él sino para todo Lyon y aun la misma Francia, cuyo Tesoro dejaba de percibir, por concepto de impuestos a esa industria, centenares de millones de francos.

Verdaderamente atraída por la pasión de su juego favorito, María Antonieta había descuidado en mucho sus otras actividades inherentes a su alta investidura, causando con ello no poca preocupación y aun disgusto a Su Majestad el rey. Sin embargo, María Antonieta no había sufrido hasta el presente pérdidas notables y aun se podía afirmar que la diosa Fortuna le tenía entre sus protegidas. Gracias al juego, y las especulaciones en la industria, el comercio y la banca, podía equilibrar su elevado presupuesto de gastos personales.

-Ya lo sabéis, De Fleury, cuando me presentéis a un banquero aficionado al faro, aseguraos antes de que tiene bien provistas sus arcas -solía decir María Antonieta a su Tesorero Real-. No dejo de abrigar la esperanza de que un día dejaré en bancarrota a uno de ellos...

La ocasión se presentó magníficamente cuando un tal Mr. Pierre Breteuil, banquero de Lyon, se presentó ante De Fleury a reclamar el pago de una suma millonaria que debía el tesorero real. La cuestión de esta suma en deuda se explicaba fácilmente. De Fleury, como hemos dicho, poseía una industria textil, la cual se viniera abajo debido a la competencia desleal de la industria textil de los Países Bajos, controlada por los hijos de María Teresa. De Fleury había solicitado un elevado préstamo a un consorcio de banqueros de Lyon y de tal modo evitó la quiebra; pero ahora, al vencimiento de tales documentos, se presentaba el tal Breteuil a demandar su inmediata cancelación. De Fleury suplicó en vano una prórroga y ya no sabía qué hacer para evitar el desastre económico, cuando Breteuil sugirió la posibilidad de una prórroga sobre la base de la presentación ante la reina para una inocente partida de faro.

Nada esperaba tanto De Fleury como una oportunidad como ésta. Estos comprometedores



Librodot

documentos podían retornar a su bolsillo sin mengua para nadie. Además, la reina tendría también su oportunidad y en vista del beneficio obtenido, sin duda lo colmaría de cargos, honores y presentes... Sí, la oportunidad no podía ser más propicia.

Todo lo cual lo instó a aceptar sin demora. No hubiera tenido tanta prisa, sin embargo, de enterarse que Breteuil era en realidad el conde Alessandro di Cagliostro, el cual comprara con buen descuento aquellos pagarés del tesoro real.

Llegada la noche del memorable día señalado para la presentación, María Antonieta tenía todo preparado para la partida. El conde de Artois, íntimo de Su Majestad, que conocía todas las triquiñuelas del juego, completaría las cuatro manos que hacían falta para que el faro resultase verdaderamente interesante. Además, de Artois poseía una cuantiosa fortuna personal. Cuando la reina pudo echar al fin una mirada al famoso banquero de Lyon, no pudo menos de regocijarse íntimamente. Aquel hombre de rostro enjuto y barbado, de espaldas encorvadas y de aspecto enfermizo, sería fácil presa, sin duda, de quienes poseían una juventud pletórica de fuerza, inteligencia y ambición de ganar. No sin cierto disgusto permitió Su Majestad que el vejete de gruesos espejuelos le besara la mano en señal de respeto y admiración.

Los resultados, efectivamente, colmaron las esperanzas del taimado De Fleury y de la reina. En la partida de la primera noche -que es un decir, pues duró hasta que asomaron las primeras luces del día-, los resultados favorecían a los citados en un buen porcentaje, aunque la lucha había sido ardua y tenaz. Breteuil se defendía como podía, como gato acosado por tres podencos. Pero todo su empeño resultó vano, pues al practicar la liquidación final se estableció que había perdido un par de centenas de miles de francos.

-Os suplico, Majestad, me deis una oportunidad de resarcirme de tan importante pérdida -suplicó el vejete, con voz temblorosa de emoción y esperanza.

María Antonieta se dignó concederle tal favor, siempre y cuando viniera dispuesto a exponer partidas más importantes, porque de otro modo el juego se hacía monótono. Breteuil prometió que así lo haría y luego de su nerviosa y precipitada partida, los tres jugadores se echaron a reír, contentos con el producto de sus beneficios

La segunda noche, en efecto, y mostrando la preocupación e inquietud que tal riesgo importaba, Breteuil hizo su aparición diciendo que estaba dispuesto a perder hasta un millón.

La misma María Antonieta abrió la boca ante la magnitud de tal cifra, luego de lo cual cambió una mirada de inteligencia con sus dos aliados.

Debido a la cifra anunciada con anterioridad, las apuestas subieron de tono y el dinero cambió fácilmente de mano, yendo de los bolsillos de Breteuil a los de sus adversarios. A media noche, De Artois pidió que se doblaran las sumas, pues se sentía rendido y lo pobre de las apuestas le instaba a renunciar al juego e irse a dormir. Breteuil, que llevaba perdida una importante suma, debió aceptar y...

Como si el nuevo desafío hubiera sido tomado como tal por la diosa Fortuna, ésta se dio vuelta y empezó a favorecer al vejete en forma por demás irritante. No había asomado todavía el alba, cuando ya Breteuil no sólo tenía recobrados los doscientos mil francos de la noche anterior sino que ganaba quinientos mil, cantidad que se debieron distribuir equitativamente los tres perdedores. La partida se suspendió a hora más temprana, porque ninguno de ellos tenía un sueldo más encima y ninguno quiso arriesgarse firmando prematuros pagarés.

En consecuencia, quedó acordada una nueva partida para la jornada siguiente, para la cual cada uno prometió aportar sumas mayores a las expuestas hasta ahora. Pero estaba escrito que la veleidosa diosa del juego se había inclinado para recibir el ósculo del tembloroso vejete,

porque éste ganó esa noche un millón doscientos mil francos, provocando la verdadera desesperación de sus adversarios. Estos habían echado mano a todos sus ahorros y aun a pequeños préstamos personales para hacer frente con honor al serio compromiso.

Y como ni S. M., ni el De Artois, ni De Fleury estaban en condiciones de dar por perdida suma tan fabulosa, pidieron una tregua para la próxima partida, la cual quedó señalada para cuatro días después. En el ínterin, De Fleury se encargó de buscar banqueros que hicieran préstamos sobre valiosas joyas, la mayoría pertenecientes a María Antonieta y al patrimonio real, por parte de la herencia del conde de Artois. De Fleury, por su parte, reunió todas las joyas de su familia y aun arriesgó un dinero que pertenecía al tesoro que se confiara a sus manos. Estos riesgos lo corrían los nombrados, sin embargo, en la seguridad de que la fortuna volvería a serles fiel. El viejo banquero de Lyon ni siquiera conocía bien las reglas del juego. Todo había sido hasta ahora cuestión de suerte, nada más...

Pero en la siguiente jornada quedó probado que la suerte seguía siendo la aliada de Breteuil, pues el producto de todos aquellos empeños pasó gradualmente a sus bolsillos, sin dar el menor resquicio de esperanza. Aunque cada noche se empleaban mazos de cartas nuevas, Breteuil parecía ver a través de ellas o leerlas con los dedos. La cuestión es que no dejaba de ganar ni una mano.

Es de imaginar el fastidio y aun la desesperación de María Antonieta. En pocos días se había visto desprovista de sus pequeños ahorros, de sus joyas y ya nada tenía para comprometer en juego y recuperar lo perdido... Nada, excepto su nombre. La situación, por desesperada, obligaba a eso y más. Breteuil llevaba ya ganados más de cinco millones de francos. Era repugnante de ver su regocijo; reía con su voz de falsete y se restregaba las manos con frecuencia. No cabía duda de que ahora abandonaría París y de ese modo, jamás podrían recuperar ese dinero...

-Os esperamos mañana por la noche -dijo María Antonieta con sequedad-. Venid una hora más temprano... Os tendremos sumas jugosas y jamás vistas a vuestra disposición. ¡Pero traed también todo lo que os habéis llevado hasta ahora, porque nos las devolveréis, os lo advierto!

Aquélla, antes que una sugestión, era una orden real y Breteuil se inclinó, al parecer fastidiado de no poder renunciar ahora a las dichosas partidas.

Por lo cual, a la noche siguiente, a la hora señalada, se presentó, ya menos dueño de sí y al parecer dispuesto a renunciar a sus ganancias. Con gran asombro suyo, María Antonieta, apenas estuvieron sentados en torno a la mesa, le extendió un documento sellado y firmado por ella, por la suma de cien mil luises (Un luis: veinte francos.)

-Con esta suma cubriremos los riesgos de esta noche -dijo en tono escueto.

Breteuil no podía menos de aceptar la alternativa. Negarse, parecía decir su adolorida expresión, era correr riesgos superiores al del juego.

A media noche, el mencionado documento había pasado a poder del prestamista. Lo cual obligó a S. M. a firmar otro pagaré igual por la misma suma. Y otro, y otro. Las primeras luces del nuevo día asomaban en el firmamento cuando el último de dichos pagarés pasó de dueño. Como ocurre siempre en estos casos, el hecho de que se tratase de papeles y no de dinero contante y sonante le restaba al parecer un valor real. Quizá a ello se debió que Su Majestad arriesgara aquella noche suma tan exorbitante: ¡ocho millones de francos!

Pero si recobrar el dinero perdido y recobrar las joyas empeñadas era una necesidad, recobrar aquellos documentos sellados y firmados por la reina contra el Tesoro Real, simplemente, era un sagrado imperativo. Debido a ello Breteuil recibió orden de comparecer a la noche siguiente, trayéndolos.

A la siguiente noche, sin embargo, la situación se había complicado todavía más. ¡Breteuil se retiró llevándose seis nuevos documentos de la misma clase, cada uno por la suma de dos millones de francos!

La situación, de ridicula, se había tornado dramática. De Fleury ya no estaba al borde de la ruina. Estaba en la ruina. Suplicó a la reina que depusiera su afán de revancha. En este momento, María Antonieta se hallaba en la misma situación del jugador que, habiéndolo perdido todo, incluso la honra, está al borde del suicidio.

Pero Su Majestad, en medio de sus debilidades humanas, era una mujer valerosa. Antes de que se hiciera pública la falencia del Tesoro Real, decidió afrontar la responsabilidad y en una penosa cuanto dramática escena, confesó al contrito Luis XVI los resultados de la que creyera su aventura comercial más ventajosa. Obligado a salir en defensa de los fueros de la familia y conmovido por aquellas muestras de genuino arrepentimiento, el rey apeló a sus poco abiertos bolsillos para pagar, en los plazos acordados, aquellos veinte millones de francos.

La situación, sin embargo, no se solucionó con tan generosa y desprendida actitud de Luis XVI para evitar el escándalo. Porque éste se desató, de todos modos, y como un reguero de pólvora corrió por toda Francia y aun por Europa la información de que la *premiere putaine* del reino arriesgaba en el juego sumas varias veces millonarias, con las cuales se hubiera podido satisfacer en mucho el hambre y la desnudez de su pueblo...

De más está decir que cuando el pueblo francés se enteró de ello, un reconcentrado odio se cifró sobre la débil mujer que siéndolo no alcanzaba a cumplir el anhelado papel de soberana.

* * *

La historia nos refiere que, como consecuencia del descalabro económico experimentado por María Antonieta, se enfriaron notablemente las relaciones entre los reales esposos. Herido en su amor propio, el pusilánime Luis trató de indagar para qué necesitaba su consorte aquellas fabulosas sumas. E incapaz de saberlo, descargó toda su cólera en el infortunado tesorero real, el lloroso De Fleury, que vio sumada así su desgracia, pues su segundo en el cargo, D'Ormenson, lo reemplazó en aquellas funciones. Esto, por supuesto, no llamó a engaño a nadie ni menos aplacó la sorda ira del pueblo contra la reina.

En lo que se refiere al misterioso Breteuil, desapareció del cortesano escenario con el mismo sigilo con que hiciera su aparición, fugaz pero muy provechosa, especialmente para la causa de los veinte confabulados.

Y tan pronto como Alessandro di Cagliostro pudo asumir de nuevo su verdadera personalidad, se dispuso a dar el segundo y gran golpe. Para golpear sobre caliente, es decir, sobre las enfriadas relaciones matrimoniales de los reales consortes, era preciso demostrar que Su Bella Majestad, además de aficionada al juego, era también adicta a las intrigas de alcoba.

-Lamento dar estos pasos para demostrar cuan corrupta, envilecida y lujuriosa es la monarquía -pensó, sintiendo un resto de compasión por aquella débil y culpable mujer-; pero al fin de cuentas no hago sino poner en evidencia hechos archiconocidos y que están en labios de todos...

Por otra parte, no importaba cuáles fueran sus sentimientos personales, él estaba cumpliendo una misión, la realización de un proceso histórico. En este caso era absolutamente necesario prescindencia de nombres y de personas. Durante centurias y aun milenios habla prevalecido un sistema de cosas que, siguiendo el natural desarrollo de todo lo que nace y vive, llegaba a su ciclo final y debía desaparecer. Aquél no era pues un duelo personal entre el Mago y el Rey o la Reina. Ni siquiera era de un grupo social contra otro; era algo mucho más trascendente e

importante que eso. Un poder superior, a cuyas leyes están sujetas las cosas y los seres de la creación, del microcosmo en la misma medida que del macrocosmo, regulaba la conducta de los hombres. En consecuencia, Cagliostro cumplía su papel, en la misma forma que María Antonieta o Luis XVI cumplían el suyo. Todos eran agentes de una misma causa.

Serenado y fortalecido por estas reflexiones, Cagliostro decidió continuar con su tarea, que sin ser desagradable, era penosa. La primera conclusión a la que llegó fue que necesitaba una persona que lo ayudara, ya fuese por interés de servir a la causa o por interés económico. Pero como lo primero resultaba problemático encontrar en la Corte, decidió que debía echar mano al recurso más expeditivo. La dificultad estribaba en encontrar a una persona que estando muy allegada a la reina, fuese tan venal y corrupta como para realizar una tarea de naturaleza equívoca. Parecía más difícil aún hallar a alguien que pudiese señalar con precisión a esa persona; pero Cagliostro solucionó este punto acudiendo nada menos que a la bella condesa Serafina.

Serafina, como hemos dicho, se hallaba tan vinculada y compenetrada en aquella Corte, que se podía afirmar que era también una de sus más destacadas integrantes y que sólo su condición de extranjera impedía que se le asignara una determinada función, algo como una dama de honor, una azafata o algo por el estilo.

Preguntada sobre el particular, Serafina respondió, muy suelta de cuerpo y adoptando un gesto desdeñoso:

-Ante una pregunta tan terminante, la respuesta surge inmediatamente, porque no creo que haya en toda la Corte una mujer que siendo ambiciosa, sin moral y sin escrúpulos, sea tan intrigante que pueda cumplir sin remilgos las tareas más repugnantes...

-Escucha, Serafina, esa persona tiene que estar muy allegada a la dama de quien hablo, y no creo que ella se rodee de gente semejante.

-Creí haber oído bien y por eso te señalo a esa persona. En cierto modo, goza de la amistad y la confianza de S. M. en mayor grado aún que la señora Misery, la azafata real, o la señorita de Taverney, su doncella personal. Su influencia es tal, en efecto, que se ha concitado la envidia y el odio de toda la Corte, aunque, como puedes suponer, nadie se lo demuestra públicamente...

-¡El nombre!... ¿Quién es esa mujer?

-Jeanne de Valois... Dice ser descendiente -directa de Enrique IV y de su célebre amante, la señorita d'Estrées. Según murmuraciones cortesanas, María Antonieta la encontró en ciertas circunstancias muy particulares y en un lugar *non sancto,* y al enterarse de su pretendido origen, decidió tomarla bajo su protección. Completó su humanitaria labor casándola con el conde de la Motte, un sujeto tan sin escrúpulos como ella y a fe que forman la pareja más unida de todo el reino...

-¡Oh, la condesa de la Motte!... Vaya si la conozco. La he visto con frecuencia junto con la reina y siempre hablándole al oído...

Cagliostro decidió que esa dama era, precisamente, la persona que estaba necesitando y buscó una oportunidad para hablar con ella. Tal ocasión se presentó en una de tantas recepciones, a las que la condesa asistió como invitada, en la mansión de la duquesa de Guemenée Aunque Cagliostro no aceptaba ya invitaciones de esa clase, debió acudir a ésta con el exclusivo propósito de tener un aparte con la condesa de la Motte.

En cierto momento, Cagliostro encontró su oportunidad y fingió un tropiezo casual para hablar con ella. De la Motte se mostró complacida y aun orgullosa de que el genial taumaturgo se dirigiera a ella. La condesa no debía contar más de treinta años y era

singularmente hermosa. Podía pasar perfectamente por una dama de la corte, debido a su elegancia y su porte altanero; pero bastaba que se cambiara con ella algunas palabras para que su tono, su decisión y su mismo vocabulario denunciaran a la mujer de origen más que humilde.

-¡Oh, conde, tenéis que leer mi mano! -le dijo con apremio y sin más preámbulos-. Muchas veces he pensado acudir a vos con este propósito, pero me ha sido imposible... ¡Son tan recargadas las tareas que realizo junto a Su Majestad!

Cagliostro tomó la mano que se le tendía, hizo un gesto y luego pareció quedar preocupado. De la Motte lo miró, primero interesada y no poco ansiosa por escuchar algo sorprendente y magnífico; pero aquella expresión del conde la hizo empalidecer.

-¿Qué... qué ocurre? -demandó-. ¿Qué habéis visto?... ¡Hablad!

-¡Silencio! -ordenó él con voz baja-. No os lo puedo decir ahora, pues se trata de algo... muy personal y delicado. Venid mañana a las ocho a mi casa... No faltéis. ¡Se trata de algo verdaderamente comprometido para vos!

Y dejando a la condesa con la boca abierta, se alejó distribuyendo sonrisas y saludos.

De más está decir que la condesa de la Motte acudió sin falta a la hora indicada a la mansión de los Cagliostro, en la hora del crepúsculo y cuando una tenue sombra azulada se extendía sobre París, haciendo más sutiles las actividades mundanas. Apolloni, obedeciendo a instrucciones de su amo, sin embargo, no la hizo pasar en seguida. Era necesario que la impaciencia y la nerviosidad relajaran de algún modo su petulancia y altanería. Cuando, finalmente, estuvo en presencia del magista, su actitud era la de una mujer agotada por la preocupación.

-¡Por favor, conde! -suplicó apenas fue introducida-. Decidme qué ocurre... ¡No he dormido en toda la noche y hoy apenas he sido dueña de mis actos!

-Por favor, tomad asiento y procurad tranquilizaros -instó amablemente Cagliostro-. El daño aún no se ha producido y cuando eso sucede, siempre existe una posibilidad de conjurarlo...

-¡El daño, decís!... ¿Qué daño?... ¿Queréis decir que me espera o amenaza un peligro?... ¡Oh, por favor, no me tengáis más sobre ascuas!

Pero Cagliostro no se precipitó. Con toda parsimonia pidió a la condesa que se quitara los guantes y luego examinó la palma de sus manos, una por una, haciendo confrontaciones en ella. Demoró en ello el tiempo que hubiera demorado un médico haciendo un examen general de su paciente. Por último, movió la cabeza con pesar.

-Es lamentable... -dijo-. Mucho me temo que resulte imposible evitar las funestas consecuencias que os amenazan... Sí, veo aquí, claramente, una caída, la vuestra... Ocupáis una posición de privilegio, gozáis de la confianza de una persona de gran poder y valimento... Pues, bien, todo eso y los beneficios de toda índole que habéis obtenido, están a punto de esfumarse, así... -hizo restallar los dedos-, en un santiamén... Vuestro mismo afán de servir lealmente a quien os protege os arrojará de cabeza en el peligro...

-¡Ya lo sabía!... -sollozó la condesa-. ¡Ya lo sabía!... ¡Ocurrirá lo que venía temiendo!... ¡Sí, no puede ser otra cosa!

-¿De qué habláis, señora?

-¡Olvidadlo!... -De la Motte apoyó su mano, dramáticamente, en el brazo del magista-. Decidme... ¿hay algún modo de conjurar ese peligro?... ¡Pagaré cualquier precio por evitarlo!

-Tal vez lo haya, pero si vos no tenéis confianza en mí y me decís de dónde proviene el peligro que intuyo, no os podré ayudar mucho...

El egoísmo, la ambición, el desmedido afán de riqueza y poder, eran tan grandes en aquella mujer que no vaciló en decir todo lo que sabía y encubría con tal de evitar que el mal se descargara sobre su cabeza. En consecuencia, yendo de cabeza hacia la trampa que ingeniosamente le preparara Cagliostro, dijo que la reina la tenía bajo su protección y la distinguía con su mayor confianza debido a los servicios que ella le prestaba... ¡de elemento de enlace entre su señora y los caballeros que conseguían pasar el estrecho círculo de íntimos y favoritos y llegar al favor real! Para ser más veraz, citó nombres, lugares, fechas... que Cagliostro ya conocía, pues la murmuración al respecto había trascendido los muros palaciegos.

-Pero el peligro que os amenaza no viene de hechos del pasado -advirtió Cagliostro-, sino de sucesos por venir... Decidme, ¿quién atrae ahora el interés de... vuestra señora ?

La respuesta tardó algunos instantes en llegar. Finalmente, el conde escuchó el nombre que estaba esperando, los detalles que deseaba oír. El conde de Fersen aún no había logrado atravesar las herméticas puertas que el honor de la realeza estableciera en torno a la persona de S. M., pero ella, la condesa, ya tenía señalados la fecha y el lugar del acercamiento...

-Debéis precisar esos detalles, condesa -dijo inflexible el magista-. Sin ellos, de nada serviría que os aconsejara sobre lo que tenéis que hacer... Debéis conjurar el peligro, pero sin dejar de realizar vuestro trabajo, ¿comprendéis?

Sí, de la Motte comprendió y fue al fondo de la cuestión, precisando aquellos valiosos detalles y dando todas las informaciones complementarias que quiso el conde. Finalmente, éste le dijo lo que tenía que hacer: seguir punto por punto las instrucciones que le diera S. M., sin variarlas ni introducirles ningún cambio. No debía temer en modo alguno que la amenaza cayera sobre ella, porque él se ocuparía de conjurar ese peligro con exorcismos mágicos. No tenía ya nada que temer; había hecho bien en decir toda la verdad.

La condesa se retiró con mejor ánimo del que había venido, no sin antes prometerle gratitud eterna por el favor que le hacía.

-Espero poder pagaros algún día por todo esto -le dijo, y bajando los ojos ruborosamente, agregó-: hay favores que merecen las mayores recompensas... Yo estaré pronta a recompensaros, si lo deseáis,

Cagliostro declinó gentilmente aquel inmerecido honor y tan pronto como quedó solo escribió una nota, pidiendo una audiencia al jefe de Policía, míster Lenoir. Tres días después era recibido por éste.

-¿A qué debo el honor de vuestra visita? -preguntó el alto funcionario, que, indudablemente, era el mismo que lo visitara en compañía del rey.

El magista fue directamente a la cuestión. Y aunque míster Lenoir fingió sorpresa, le hizo saber que, si bien había obedecido puntualmente las instrucciones para depositar en cierto lugar sus informes sobre las actividades de algunos personajes, a los cuales invitaba con frecuencia a su casa, para tener oportunidad así de enterarse de los mayores detalles de cualquier posible conjuración, él, Cagliostro. sabía desde el primer día la identidad de Su Excelencia.

-Vengo ahora con una información obtenida fidedignamente *y* por mis propios medios de vigilancia -dijo por último-. Existe la posibilidad de que la corona de Su Majestad no se mantenga airosamente en la posición honorable que tuvo hasta ahora, pues existen evidentes indicios de que su esposa está dispuesta a entregar al fin su corazón a un hombre lo

suficientemente joven y apuesto como para hacerle olvidar sus inalienables deberes conyugales...

Aquello bastó para desarmar por completo la tirantez y pedantería del jefe de Policía. Con interés, afán y no pocos nervios, pues la información que pensaba llevar al rey podría valerle una recompensa mucho mayor de la que podía esperar, demandó los detalles de la cuestión. Cagliostro se los proporcionó con cuenta gotas y dejando constancia que, de tomarse medidas anticipadas para evitar que la corona del rey quedase en posición airada, se descubriría no sólo el plan, dando lugar a que el culpable huyera o pudiera ofrecer una disculpa honorable. En consecuencia, era preciso actuar de un modo que se lo pudiera sorprender in fraganti, para que el castigo fuese condigno a la culpa y sirviese de una advertencia y un ejemplo.

El resultado de toda esta intriga ingeniosamente elaborada fue que cierta noche, que María Antonieta decidiera pasar en el palacio de Saint-Cloud, en tanto Luis XVI se quedaba en Versalles, al filo de la media noche, había apostados algunos hombres en lugares oscuros y estratégicos del palacio, esperando la señal convenida. Y entre esos hombres, se hallaban el jefe de Policía y el propio Luis. Cuando apareció la luz en la ventana indicada, los dos personajes, seguidos de otros dos que iban pesadamente armados, se precipitaron por pasadizos y recámaras, hasta que llegaron a una cámara que, no siendo la alcoba de Su Majestad, servía a veces para su relajamiento físico.

Resultó, sin embargo, que fuese porque la señal apareciera prematuramente o porque en verdad nada de indigno había en aquella amistad, lo cierto es que, cuando el rey se precipitó espada en mano en la supuesta cámara de la infamia, encontró a María Antonieta y al conde de Fersen, es cierto, pero no en la actitud que sus locos celos le hicieran suponer, sino... ¡jugando inocentemente a las cartas!

Interrogada la reina al respecto, adoptó una actitud compungida y entre lágrimas confesó que su pasión por el juego del faro era tan grande que no había podido renunciar por completo a él, a pesar de la oposición de Su Majestad, y de ese modo había comprometido a su leal amigo y servidor para que compartiese con ella aquellas horas de mortal tedio.

Luis XVI estaba fuera de sí, pero en su falta de carácter y aun pusilanimidad, odiaba ser injusto. De este modo el conde de Fersen no sólo no perdió la cabeza sino que, en premio a su sacrificio, pasó a servir en la guardia real.

-Una cosa es evidente -declaró Mirabeau, enterado posteriormente de aquel suceso-: Luis se alegró de ese desenlace... puesto que el mismo le impedía asumir una actitud que, hubiera desacreditado por completo al trono. Sin embargo, Cagliostro se ha mostrado igualmente genial en la conducción de este asunto, porque es evidente que, a partir de entonces, se ha producido un completo desentendimiento entre los reales cónyuges... Este desentendimiento los llevará a cometer sucesivos errores, en beneficio de la causa del pueblo.

El duque de Orleáns no demostró emoción alguna cuando el astrólogo le leyó el horóscopo radical de su vida. Parecía saber de antemano que todas las predicciones de futura grandeza las conocía, no por mediación de hombres de carne y hueso que, por muchas dotes magistas que tuvieran, no dejaban de ser mortales comunes, sino porque las había recibido, directamente, por conducto de alguna deidad. ¿Que era el preferido del pueblo? Eso ya lo sabía. ¿Que su nombre brillaba como un astro de primera magnitud, con proyecciones propias? Eso también lo sabía. Y que existía una cierta posibilidad de que mañana subiese a un alto estrado, donde su cabeza se erigiría sobre las de decenas de miles de hombres y mujeres que corearían su nombre, también lo sabía...

En consecuencia, nada de lo que pudiera decirle el famoso mago, conde di Cagliostro, podía llamarlo a engaño.

-Si he venido a consultaros, a vivas instancias de mi querida amiga, la condesa de la Motte, no ha sido para que me digáis cosas de las cuales estoy bien enterado -dijo, el futuro "Felipe-Igualdad", estirándose con aire mayestático-, sino para que me señaléis los medios de alcanzar prontamente el destino para el cual me han signado los poderes divinos... ¿Qué debo hacer?... ¿Cómo obtener la corona, el cetro y el trono de mis antepasados?... ¿Cómo podré desempeñar mi enorme y sacrificada misión, para que todos los hijos de Francia alcancen la gloria y el esplendor para el cual son nacidos?

La entrevista entre Luis Felipe, duque de Orleáns, y del conde di Cagliostro se realizaba en circunstancias y momentos altamente reservados, debido en particular a la naturaleza del asunto a considerarse, y en segundo porque, no contando el de Orleáns con la confianza de Ss. Ms., era estrechamente vigilado por la policía. Es debido a ello que el de Orleáns había llegado a casa de Cagliostro a la media noche, disfrazado de humilde menestral. En ello había seguido las instrucciones que le hiciera llegar Cagliostro por intermedio de su común amiga, la condesa de la Motte, quien, luego de haber comprobado que los poderes de aquel hombre extraordinario hacían altamente recomendable su amistad, demostraba voluntad y entusiasmo por servirlo en cualquier papel. Ella, que entre otras cosas se enorgullecía de ser también una de las más íntimas amigas del mujeriego duque, se encargó de convenir los pormenores de tal entrevista. Y ahora los dos personajes estaban frente a frente.

-Señor -respondió Cagliostro en tono pausado y parsimonioso-, todos los oráculos señalan que se producirán en Francia, en los próximos años, enormes y trascendentales cambios... Hay evidentes indicios, asimismo, de que esos cambios tendrán raíces profundas, populares. Y vos, señor, como es sabido y notorio, habéis ya abrazado la causa del pueblo... Me preguntáis cómo podéis alcanzar los grandes destinos para los cuales sois nacido. Ya tenéis la respuesta.

Seguid al lado del pueblo, trabajad por su bienestar y felicidad, dad muestras de vuestro apego por él, renunciad un poco a vuestros bienes para darlos a quienes sufren hoy las consecuencias del egoísmo y la despreocupación de los poderosos y vuestro nombre no sólo será repetido con gratitud y devoción, sino que el pueblo, reunido en grandes asambleas, propiciará vuestro nombre para la más alta investidura...

El duque de Orleáns se quedó silencioso, por largos instantes, en tanto estudiaba a su interlocutor con detención, como si apreciara el grado de sinceridad de sus palabras. Sonrió por fin con petulancia y haciendo un ademán displicente, preguntó:

-¿Estáis seguro de que no hace falta nada más?... Entonces dadlo por concedido. A partir de ahora ya no ocultaré mi devoción por la causa popular y procuraré que mi nombre esté unido a todas las manifestaciones populares en demanda de comprensión y justicia. Es más, os prometo que, en la medida de mi capacidad, renunciaré en favor del pueblo algunos de mis bienes y de mis privilegios...

-Hacedlo, señor, y seréis ungido.

-Llegado ese día, venid a verme -repuso el de Orleáns, dejando su asiento y estirándose-. No olvido fácilmente los rostros, en particular de aquellos que me son leales...

La entrevista había terminado y el duque de Orleáns se retiró del palacio Cagliostro con el mismo sigilo que llegara, escondiéndose bajo un disfraz y al favor de la noche invernal que reinaba sobre París.

Y dicen las crónicas que Luis Felipe cumplió su palabra. A partir de aquella fecha asumió una actitud resueltamente más beligerante en contra de sus parientes y los de su propia casta. Su conducta causó sensación en el pueblo y no poco desconcierto en el trono. El pusilánime Luis XVI no se atrevía a tomar con él medidas drásticas, acaso comprendiendo que hacerlo hubiera significado, precisamente, erigirlo en mártir de la causa popular y convertirlo en su más

peligroso enemigo. Poco después, el duque de Orleáns hacía una graciosa concesión "a su amado pueblo de París" al regalarle el Palais Royal, con todos sus edificios e instalaciones, sus jardines y parques, "para que el pueblo tuviera un lugar donde realizar reuniones y deliberaciones".

-Os felicito, ciudadano Cagliostro -le dijo Vergniaud, en una oportunidad en que se encontraron juntos en una reunión social-, habéis realizado un trabajo admirable, ganando a nuestra causa a un hombre como el de Orleáns... Estoy seguro de que Capeto se pregunta mortificado qué bicho ha picado a su famoso pariente y que ello le quita el sueño en el mismo grado que la idea de las infidelidades de su mujer. ¡Y todo eso hará que se sienta menos seguro y fuerte en su podrido trono!... Gracias, Cagliostro, en nombre de nuestra causa. ¡Ah!, a propósito, Fouquier-Tinville nos ha hecho saber que ya tiene un plan... La próxima reunión tendrá lugar el 28 de febrero, en la casa de Mirabeau.

-Contad conmigo, allí estaré.

En la fecha indicada, sobre París cayó una tormenta de nieve que dejó sus calles, plazas, jardines y techos cubiertos de una blanca y brillante sábana. El espectáculo era, como paisaje, magnífico, pero se vio empañado por sucesos que ensombrecieron su brillo. Turbas famélicas, sin ropas, tiritando de frío, muertas de hambre, se lanzaron a las calles en demanda de pan y de abrigo. Esas turbas, en las que había mujeres y niños, llegaron a la plaza del Hotel de Ville, a los jardines de las Tullerías, a todos los lugares donde se movía la nobleza bien comida y abrigada, en carruajes, berlinas y landos a cubierto de la fría intemperie. Se produjeron algunos desmanes. Tropas de gendarmes surgieron de todas partes y atacaron al gentío sin contemplaciones, a golpes de sables y culatazos... Se habló de decenas de muertos, de centenares de heridos. El pueblo, en desorden, fue obligado a refugiarse en los barrios bajos. Esa misma noche, el 28 de febrero de 1786, hubo un gran baile en el Louvre, donde Luis XVI y la reina María Antonieta recibieron el homenaje de respeto y admiración de sus cortesanos y miembros de la alta nobleza.

De este modo respondía el monarca francés a la defección de uno de los suyos. Y la historia dice que su respuesta careció de ingenio, de profundidad, de nobleza.

En los alrededores de la casa del conde de Mirabeau, esa misma noche, se producía un inusitado movimiento de gentes que llegaban a pie, como sombras, y celosamente cubiertas por capas y grandes chambergos, desaparecían silenciosamente en la mansión.

Por último, los veintiún conjurados (a ellos se había agregado madame de Roland, la bella revolucionaria) quedaron reunidos en una sala no tan espaciosa ni lujosa como la de Cagliostro, pero donde se respiraba un más genuino olor revolucionario, encendido por los recientes sucesos. La efervescencia popular seguía en aumento. En Nancy, en Lyon, en Marsella, en París... El descontento llegaba a las esferas de la acomodaticia clase media o burguesa. Los artesanos, los profesionales, incluso miembros del clero, empezaban a gritar junto con las muchedumbres zaparrastrosas y hambrientas.

-¡Ciudadanos, estemos alertas! -fue la primera y entusiasta advocación del temperamental Dantón-. ¡Se acercan días gloriosos para Francia!... ¿No oís el redoblar de tambores y el toque de las trompetas?... ¡Atacan y hieren y matan al pueblo!... ¡La sangre corre!... ¡Sangre sagrada, de pueblo, ciudadanos!

Sin dejarse arrastrar por las vehementes y coléricas frases de Dantón, Vergniaud explicó que se había elegido aquella fecha de reunión coincidiendo con la fiesta que había en el palacio real.

-La circunstancia de que se hayan producido algunos desmanes ha centrado toda la acción policial en torno al palacio, de modo que podemos deliberar con tranquilidad...

Fue en aquel preciso momento cuando Cagliostro sufrió una repentina obnubilación, un principio de desmayo, que le hizo buscar un apoyo para no caer. Cazzote, que se hallaba a su lado, lo sostuvo, no poco impresionado al advertir la palidez de su rostro, el temblor convulsivo de su cuerpo, aquella mirada extraña en sus ojos desorbitados. Era como si Cagliostro, en aquel momento, estuviese contemplando un hecho portentoso u horroroso.

Y de pronto, de los labios súbitamente pálidos y temblorosos, empezaron a brotar palabras, frases inconexas, sin aparente sentido. No cabía duda, Cagliostro había caído en repentino trance y en términos apenas inteligibles daba cuenta de lo que veía en aquel asombroso fenómeno de la metagnimia o visión en futuro...

-¡No, no!... ¡Por piedad, apartad de mí ese horror!... ¡No!... ¡Oh, no!... ¡No!... ¡No quiero verlo!... ¡No quiero verlo!

Cazzote se inclinó a él y con acento apenas oíble, le dijo al oído, valiéndose del recurso del que, en circunstancias similares, echan mano los magnetizadores:

-No os resistáis, conde... Hablad... ¿Qué veis?... ¡Hablad!

## *Capítulo XIV*

## *LA GRAN INTRIGA*

En medio del casi tumulto que había en aquella sala, donde cada uno de los conjurados procuraba dejarse oír y exponer sus propias ideas en relación a los últimos acontecimientos, lo cual provocó no pocos cambios de palabras, el incidente que protagonizaban Cazzote y Cagliostro pasó desapercibido. El médico hizo sentar al magista y luego, como si conversara amigablemente con él, se inclinó a escuchar sus palabras. Cagliostro, en pleno trance, no sentía, veía ni oía nada que no fuera aquella espantosa visión...

Tenía la impresión de hallarse en uno de los privilegiados balcones de su palacio sobre la Plaza del Reino. Sólo que ahora no se llamaba así, sino *Plaza de las Ejecuciones...* Un ululante e impresionante gentío la colmaba de confín a confín, y aún más allá, porque turbas armadas de palos, picas, hachas, cuchillos y sables iban de un lado a otro vociferando, dando vivas y mueras...

Pero el Adepto debía concentrar su atención en aquella plaza. Una fuerza superior le obligaba a ello; y aunque cerraba los ojos y se tapaba los oídos, la visión se extendía, vividamente, delante de él. La visión tenía un extraño telón de fondo, de un color rojo subido, como si se hubieran colgado inmensas telas de las que chorreaba sangre. Detrás de esas telas ardía un rojo disco, enorme, brillante, enceguecedor, como un sol. La plaza se hallaba cubierta de gente, sobre la cual caía aquella lluvia de sangre. En el centro de la plaza junto al obelisco sagrado, se montaba un gran escenario, con un grande y extraño aparato. Hombres altos, musculosos, el desnudo torso brillante de lo que parecía ser pintura roja, se hallaban muy atareados arrastrando a hombres y mujeres con rostros pálidos y demudados por el horror, llevándolos junto a ese aparato y obligándolos a caer de rodillas... Cagliostro se movía como si debajo de él tuviera carbones encendidos; mostraba el rostro cubierto de transpiración y aún mantenía los ojos desorbitados... ¡Oh, aquellas cabezas!... Surgían del cesto ensangrentado como si fueran melones o sandías que ofreciera un mercader... "¡Oh, no!... ¡Apartad de mí ese horror!... ¡No quiero verlo!...". Pero la visión persistía y al mirar... Los nombres íbanse formando, trabajosamente, en aquellos labios que no podían permanecer prietos, a pesar del esfuerzo de su dueño... ¡Cuántos nombres y hombres!... ¡Cuántas celebridades y grandezas!... ¡Cuánta gloria y riqueza!... ¡Cuánto poder y soberbia!... Todo eso y más, mucho más,



Librodot

arrastrándose por el lodo sangriento con cuerpos sin cabezas, desnudos, tronchados... Rostros conocidos, de amigos, de conjurados y otros que no lo eran irguiéndose pálidos, blancos como mascarillas de muertos...

-¡Callad, conde!... ¡Callad!... ¡Os lo ruego! -suplicó Cazzote, tan pálido como Cagliostro y tan al borde del desmayo como él-. ¡Lo que decís no tiene sentido!... ¡Oh, no!... ¡Sois juguete de una macabra ilusión y eso es todo!... ¡Despertad!... Os lo ruego, ¡despertad!

Y al decirlo sacudió a Cagliostro con tal fuerza que, en efecto, consiguió hacerle volver en sí. El magista respiraba dificultosamente, como si hubiera corrido un gran trecho; se pasó la mano por la frente cubierta de traspiración. Estaba notablemente pálido. Miró a un lado y a otro. Pareció sorprendido de hallarse en medio de aquella pacífica aunque bulliciosa reunión. Luego, al reconocer a quienes estaban allí, al ver aquellos rostros graves, sonrientes o indiferentes, experimentó una sacudida tremenda... ¡Eran los mismos rostros que viera flotar en medio de la niebla de sangre, como máscaras pendientes de hilos invisibles en un teatro de pantomimas griegas! Sí, allí estaban, *todos...* Cada máscara había mostrado en la visión el visaje o gesto del género del suplicio sufrido. Y aunque esos rostros se mostraban indiferentes ahora, en vida, el fenómeno metagnímico había impreso en ellos el inconfundible sello de la muerte...

Reprimiendo un nuevo estremecimiento, el magista se volvió a Cazzote. Este se hallaba mortalmente pálido y aún temblaba. Iniciado en los conocimientos de la magia, *sabía* que aquella visión no era producto de una mente enfermiza ni nada por el estilo. Aquello era el preanuncio de un hecho real, a producirse en determinada época...

-¿Lo habéis escuchado todo? -preguntó Cagliostro, en un hilo de voz. Cazzote asintió en silencio-. ¿He pronunciado nombres?... ¿He ofrecido detalles?

Nuevo asentimiento de Cazzote, que parecía no poder hallar su voz.

Luego aquél era un hecho incontrovertible. Cagliostro había sido esta vez el sujeto y no el experimentador. Y como si los poderes superiores lo hubieran dispuesto de este modo, había un testigo, uno solo, de tal prodigio. Tal testigo, daba la casualidad de pertenecer también al selecto grupo de iniciados. Podía, por tanto, no solamente

reconocer la fehacencia del tal portento, sino interpretarlo en su verdadero sentido. Era un prodigio que, sin embargo, debía guardarse dentro de los siete cofres de la discreción magista, del secreto profesional de la medicina esotérica. Un tácito entendimiento de los dos hombres dio significación a este imperativo superior.

-¡Ciudadanos! -llegó la voz impaciente de uno de los conjurados-. ¿Nos hallamos reunidos para deliberar o para tratar un asunto de vital importancia?... ¡El tiempo es precioso, ciudadanos!... ¡Llegado es el momento de obrar y no de deliberar!...

Luego de algunos momentos se hizo al fin el silencio requerido. Entonces se oyó la voz de Vergniaud.

-Os escuchamos, ciudadano Fouquier-Tinville... ¿Habéis llegado a alguna conclusión?

El ciudadano Fouquier-Tinville, de quien hemos hecho una pálida semblanza en páginas anteriores, se reconcentró como un reptil quelonio antes de asomar la fea cabeza y exponer su pieza. La había preparado, dijo, con interés, con pasión, porque, como lo dijera en otra ocasión, aquélla debería ser la bomba que haría derrumbar al odiado y vetusto edificio de la monarquía. Del resultado de su plan provendría el descrédito final de la realeza. Pero todo el efecto de la gran causa estaba en manos de un solo hombre y él no era otro que Alessandro di Cagliostro.



Librodot

A este punto, Vergniaud hizo uso de nuevo de la palabra para comentar en breves aunque elogiosos términos la labor cumplida hasta ahora por el amigo de la causa, gracias a quien, expuso, se debía el genial descalabro económico del tesoro real, la desavenencia conyugal y la abierta y decidida participación de un noble con categoría de gran príncipe en la causa del pueblo. Pedía, pues, para Cagliostro, el reconocimiento de sus brillantes servicios y terminó diciendo que confiaba en que el asunto que a continuación expondría Fouquier-Tinville se resolvería también del mismo modo.

Fouquier-Tinville dijo a continuación que su plan estaba ya elaborado en términos generales.

-Sensiblemente, no puedo entrar en detalles por dos razones -declaró-: la primera razón, por su misma naturaleza, es un asunto sobre el cual se debe mantener un riguroso secreto[1]... Lejos estoy de suponer que entre nosotros haya un traidor, pero comprended, amigos míos, que la menor indiscreción echaría a perder todo el plan. Es conveniente, entonces, que se guarde sobre él la mayor reserva. La segunda razón es que yo debo hablar con el ciudadano Cagliostro, imponerle de lo que he pensado y resuelto sobre la cuestión, y luego entre ambos buscaremos el modo de llevarlo a la práctica. El método a emplear, como veis, depende en mucho de tai conversación... Es por ello que os ruego me perdonéis si no satisfago la natural curiosidad de todos vosotros por saber cuál es o en qué consiste mi plan...

-¡Esta es una insensatez! -se oyó una voz y cuando todos se volvieron se encontraron con un colérico Marat-. ¿Cuál ha sido, entonces el objeto de esta reunión?... Fouquier-Tinville no ha hecho otra cosa que repetir la negación de la vez anterior. Ciudadanos, nosotros no estamos jugando a la revolución. Estamos en ella y eso requiere la mayor seriedad...

El dueño de casa, Mirabeau, habló entonces para declarar que la reunión tenía lugar a petición de él y en su casa, no para tratar el plan de Fouquier-Tinville (él conocía cuál habría de ser su información), sino para otro asunto de vital importancia.

-Ciudadanos, de fuentes muy allegadas a la realeza estoy informado de un hecho muy trascendente y que colmará vuestra satisfacción y vuestro patriótico entusiasmo... -Y luego de una pausa que empleó en estudiar el efecto que habían tenido sus palabras, con acento de triunfo, agregó-: ¡Su muy graciosa Majestad, atendiendo a los reclamos y las peticiones que le llegan a toneladas desde todos los sectores del país, ha resuelto convocar a una Asamblea de Notables!... ¡Juzgad la importancia de esto! En primer término, se tratarán en dicha Asamblea todos los problemas que afligen a Francia; en segundo lugar, y lo que acaso sea más importante, ¡nosotros, yo y vosotros, formaremos parte de dicha Asamblea!... Alguien que es favorito de S. M. ha visto la lista...

Al silencio de sorpresa de los primeros momentos sucedió un repentino estallido de entusiasmo. No era para menos. Aquélla podía calificarse como una verdadera victoria de la causa popular. Desde hacía muchos años, prácticamente desde que Luis XVI asumiera el mando, se le había solicitado que convocara a una Asamblea Nacional de Notables, con el fin de aunar pareceres y procurar la salvación de la bancarrota que todos -menos la monarquía- veían venir. Pero el rey, obstinadamente, se había negado a ello. Decía que una asamblea de tal magnitud acarrearía gastos incalculables, sin beneficios visibles y positivos. A su parecer, era más práctico colocar en posiciones claves -como la de Ministro de Finanzas- a hombres de probada capacidad. Pero a excepción de uno o dos -Turgot y Necker- que probaron tener capacidad y patriotismo y, sobre todo, honradez, los otros creyeron que habían sido nombrados no para lograr el resurgimiento económico de Francia sino el suyo propio.

En consecuencia, los argumentos de oposición del rey se habían agotado y ahora llamaría a la Asamblea.

-¡Soberbio! -exclamó Desmoulins, alzando un puño-. "¡Dadme un punto de apoyo y moveré



Librodot

la Revolución!"... ¡Ciudadanos, nuestra oportunidad es llegada!... ¡En cuanto nos otorguen permiso para

decir "esta boca es nuestra" habrán terminado los días de la monarquía!... ¡Viva Francia!

-¡Libertad, igualdad y fraternidad! -le respondieron veinte voces enardecidas.

Una mano delgada pero de dura presión se apoyó en el brazo de Cagliostro. Era Fouquier-Tinville.

-Venid conmigo, ciudadano -le dijo-. Nosotros tenemos algo máe premioso que hacer que embriagarnos con bellas palabras... Venid.

Cagliostro cruzó una última mirada con Cazzote, cambiando con él el signo esotérico, símbolo del silencio y la secretud: los dedos meñique y anular doblados sobre la palma de la mano y apoyados sobre el pulgar, en tanto se estiraban el índice y el medio. Cazzote asintió y ya más tranquilo, el magista siguió al otro, cuyo rostro reconoció como el de uno de los que alzarían como mascarillas de blanco yeso contra el telón rojo de fondo.

* * *

Apoyada la frente ardiente contra el frío cristal de su balcón, Alessandro di Cagliostro meditaba. Acerca de la miserabilidad del alma humana. ¿Es que no existían almas nobles sobre la faz de la tierra? Todo era mezquindad, egoísmo, codicia, a su alrededor. Doquiera volcaba la mirada se encontraba con personas que no dejaban de hablar de principios morales y de la práctica de las virtudes, pero en el fondo del ser, como en el fondo de un hermoso florero, apestaban las aguas pútridas de las pasiones desatadas.

¿A qué obedecía este pesimista estado de ánimo? En primer término a la desazón que le causaba la creciente inquietud del pueblo francés. En aquel mismo momento, en el atardecer de un día primaveral, el cielo de París se veía cubierto de un rojizo resplandor antinatural. Antinatural porque asomaba en el sector opuesto al poniente. Populachos indigentes y famélicos, cada vez más enardecidos, agitados y provocados por demagogos, se habían desatado provocando desmanes sin cuento, incendiando las casas o los comercios de algunos especuladores. En todas partes se respiraba un clima de agitación y violencia, que ni el mismo anuncio oficial de la próxima constitución de la Asamblea de Notables conseguía ya atemperar.

Aunque éste era, precisamente, el clima ideal para desatar el odio y el afán de revancha, Cagliostro experimentaba un genuino sentimiento de pesar por el futuro de dolor y de sangre que esperaba a este noble pueblo. Su visión con proyecciones de tiempo y espacio había sido tan espantosa que ya nada, por hermoso o satisfactorio que fuese para el cuerpo, la mente o el espíritu, conseguía apartarlo d» ella, de su recuerdo constante, «margo, descorazonante.

-Seguramente el fin debe hallarse próximo -pensaba-, pues de otro modo no hubiera tenido esa visión... ¿Cómo explicar, si no, que por tanto tiempo jamás pudiese profundizar en los arcanos del porvenir y de repente el fenómeno se produce, sin anuncio previo, dándome la solución y la respuesta inútilmente buscadas?

En cierto momento, cuando escuchara de labios de Fouquier-Tinville los detalles de su proyecto, sintiéndose abrumado por aquella tremenda responsabilidad, había intentado huir, escapar, esconderse lejos, en el último rincón de la tierra, para no presenciar ni ser testigo de aquel horror.

Pero un pensamiento lo contuvo. En la visión no se encontraba él presente como un personaje más entre tantos. La proyección había sido más bien del tipo simbólico, es decir, vista en proyección de altura. Aquello sólo podía significar una cosa. *Citando ocurriera todo aquello,*

*él ya no estaría en París o no pertenecería al mundo de los vivos...* Por tanto, su misión del presente no tenía una relación directa con aquellos sucesos, aunque en síntesis constituiría un factor desencadenante. Este reconfortante pensamiento y la certeza absoluta de que no podría huir jamás a su destino ni evitar el fatal cumplimiento de aquella misión, le instaron a quedarse y se quedó... A escuchar.

Fouquier-Tinville le había expuesto las bases de su proyecto *y* aunque no fueron otra cosa que generalidades, la sola mención de ellas le sugirió a él un plan de desarrollo y realización. De un modo natural vio cómo se podía poner en práctica aquello que el mismo Fouquier-Tinville tenía en el magín, pero sin que pudiera darle sentido y forma. Y cuando Cagliostro expuso su idea, luego de haberle escuchado pacientemente, Fouquier-Tinville no salía de su asombro.

-¡Tal parece que vos sabíais con mucha anticipación lo que iba a proponeros! -había exclamado.

Cagliostro no negó ni aceptó aquella sugestión, pero en breves palabras expuso su idea. Fouquier-Tinville la aprobó sin reservas. ¡Si era precisamente lo que había estado deseando, soñando!...

-Ya no me queda ninguna duda de que todo saldrá bien -declaró el tribuno del pueblo-. Daremos el golpe antes de la convocatoria a la Asamblea... ¡y entonces tendremos en un puño a los realistas!

Lo que Fouquier-Tinville proponía era lo siguiente: debía buscarse el lado más débil de la monarquía. La respuesta parecía lógica: María Antonieta. De la anterior premisa se pasaba a la segunda: había que buscar el lado más débil de esa irresoluta y cambiante personalidad. La respuesta surgía también sola: la ambición o su codicia. La cuestión era: ¿qué ansiaba, ambicionaba o codiciaba más la reina? No parecía siquiera necesario formular una respuesta. María Antonieta había quedado tan empobrecida, confundida y pesarosa después de su aventura del juego, que gustosa aceptaría cualquier cosa que la resarciese de alguna manera de aquellas pérdidas.

-La idea general me la sugirió un cínico comentario o rumor que oí por alguna parte -había declarado Fouquier-Tinville-. Según él, "la dama de Baviera" recibe en su cámara a personas que son capaces de hacerle un presente tan magnífico como para hacerle olvidar sus deberes conyugales... Que esto sea cierto o no, no interesa a nuestro propósito, pero no negaréis que la implicancia de ello sería un motivo más que suficiente como para desatar un mayúsculo escándalo alrededor del trono... ¿Comprendéis a dónde quiero llegar?

Cagliostro, como hemos dicho, hizo algo más que comprender. Al momento sugirió la lógica respuesta a la cuestión primordial que informaba aquel interrogante. Había que buscar un *leit-motiv;* él ya lo tenía. Luego era necesario encontrar a un hombre lo suficientemente versátil, inconstante, ambicioso, lujurioso e inescrupuloso como para realizar su parte en aquella intriga; también conocía a ese hombre. En consecuencia, sólo quedaba una cosa pendiente: poner todo el plan en marcha.

-¡Eso es!... ¡Eso es!... -había exclamado el tribuno, jubilosamente-. ¡Si tenéis todos los elementos en las manos, poned el plan en marcha sin más demora!

La cuestión, sin embargo, no era tan simple, había respondido Cagliostro. No era una sencilla cuestión de crear una intriga barata, la cual, por mucho escándalo que tuviera, podría pasar desapercibida y aun olvidarse pronto. No, aquí era necesario elaborar algo más complicado, más delicado y sutil en su trama, de manera que la intriga, por sus ingredientes, resultase un plato delicioso para el pueblo muerto de hambre.

-También esto lo tengo ya resuelto en la mente -le dijo el magista al sorprendido y aun

confuso tribuno-; pero dejad que reflexione acerca de ello, buscando esos sabrosos ingredientes. Es posible que haya que esperar un poco, pues una intriga de esta clase se debe preparar y cocinar a horno lento, para un mejor resultado...

-Tomaos todo el tiempo que queráis -le respondió Fouquier Tinville-. Sólo habréis de tomar en cuenta que el asunto debe explotar *antes* de la Asamblea, pero sin olvidar la convocatoria previa.

Poco después los dos hombres se habían separado y Cagliostro, luego de detenida reflexión y planificación, resolvió que necesitaba la cooperación de una persona: la condesa de la Motte, por seguir siendo la dama de confianza de la reina, y su *introductora* oficial, según las malas lenguas, y por estar relacionada con el gran mundo que rodeaba a la esposa de Luis XVI.

Un secreto cambio de notas inteligibles sólo para ellos, cursado gracias a los eficientes servicios de Apolloni, y todo el asunto parecía resuelto. La condesa de la Motte visitaría a su favorecedor y amigo a las doce de la noche de una fecha tal o cual. En esa fecha sin falta se realizó la entrevista, pero...

De ella nacía la segunda razón que promovía el descorazonamiento y la amargura de Cagliostro. Asomado al balcón de su palacio, reflexionaba una y otra vez acerca de ello y no acertaba a reconocer ni admitir tanta ingratitud, tamaña deslealtad y esa falta de decoro de que daba pruebas ella, su esposa, Serafina, condesa di Cagliostro.

Porque apenas entrara Jeanne Valois en su despacho privado aquella noche, mientras se quitaba el manto y el velo con que viniera cubierta, espetó sin remilgos y con ese lenguaje al que algunas veces ee entregaba con morboso deleite:

-Habéis hecho bien en llamarme, Alessandro... A decir verdad estaba pronta a venir, a riesgo de que me tomarais por una buscona. Os debo muchos favores para dejar pasar una oportunidad como ésta de seros útil de un modo distinto...

-¿De serme útil en otro sentido? -preguntó él-. No comprendo.

-¡Oh, vosotros los hombres nunca comprendéis nada!... Y además, como siempre, sois los últimos en enteraros de lo que sucede...

-Si tenéis algo que decirme, os lo ruego, sed explícita.

La respuesta dejó anonadado a Cagliostro. La puñalada, aunque artera, resultó certera. Eli magista, a pesar de su imperturbabilidad, empalideció y aun tuvo que apoyarse en un mueble para mantenerse erguido. ¡Serafina tenía un amante!... ¡Por supuesto, no era el primero y se hablaba de muchos otros más, pero el que se le conocía tenía el tipo ideal del amante... Joven, apuesto, soñador, romántico...

-¡Oh, si lo conocierais, Alessandro!... ¡Todas las damas de la corte suspiran por él!... No hay reunión donde él acuda en que no se produzcan algunos tumultos, pues todas quieren ganarse su atención e interés... ¿Queréis saber algo que a fuerza de ser cómico es trágico? La condesa de F... inventó esa derivación de las fiestas nocturnas que se ha dado en llamar "asalto" y que consiste, en entrar prácticamente al asalto de una persona, hombre o mujer, que haya llamado la atención o provocado la admiración y aun la pasión por su belleza o por el despliegue de su hermosura física. Estos asaltos tienen lugar al término de la fiesta, cuando los ánimos están caldeados luego de tantas libaciones y de tantos escarceos eróticos. Entonces el hombre o la mujer elegidos caen bajo el asalto de esas masas lúbricas que los hacen objeto de besos, osadas caricias, que les destrozan las ropas y las dejan tan lisas y lirondas como cuando vinieron al mundo... A veces las cosas van mucho más lejos. Ello depende del grado de excitación que haya en el ambiente...

-Y decís que Serafina ama a ese hombre... -balbuceó Cagliostro, más pálido que un espectro.

-Os dije que es su amante... y esto a veces no tiene nada que ver con el amor -fue la cínica respuesta.

-El nombre... El nombre de ese infame...

-¡Oh, Alessandro, no os pongáis en el papel ridículo del marido pronto a lavar con sangre la ofensa recibida! -La condesa de la Motte hizo un gracioso mohín-. Los maridos modernos se sitúan en la disyuntiva y saben sacar provecho de ella...

-El nombre... Os pedí el nombre...

-¡Está bien, está bien, os lo diré!... Por mucho que ya lo conocéis y, según creo, es uno de los vuestros... ¿No formáis un grupo social muy divertido?... ¡No me miréis con esa cara, hombre! ... Bien, el nombre es Garlien, el joven abogado Gervais Garlien...

i Garlien!... Sí, era uno de los conjurados, aquél que hablara del amor en términos de tierno romanticismo. Joven, apuesto, soñador... Sí, el tipo de hombre que podía interesar a Serafina sentimentalmente... Según recordaba Cagliostro, él mismo había sido quien se lo presentara una noche, en una de las reuniones que tuvieran en su propia casa... Sí, ahora que se detenía a pensar en ello, Gervais y Serafina componían una hermosa y enternecedora pareja. Y era natural que la mutua simpatía y esa inmensa sed de amor que trasuntaba el alma y el corazón de Garlien, se tradujera en una aventura extramatrimonial... ¡Garlien!... ¡Oh!... ¡Garlien!... ¡Cuyo pálido rostro viera asomar también en su espantosa visión, sobresaliendo como una mascarilla de la muerte por sobre la multitud de cuerpos decapitados y sangrantes!... ¡Oh, por las Queres, por Hades y Perséfone, genios de la muerte y de la venganza!... Ahora lo recordaba, nítidamente... ¡Entre aquellos rostros, derramando lágrimas de sangre, había visto el de Serafina!... ¡Sí, sí!... ¡El de Serafina!... ¡No lejos del de Garlien!... ¡Oh, manes de las sombras y los misterios!... ¿Cómo no había reparado en ello antes?... ¿Por qué no se le había hecho evidente aquella horrorosa visión cuando quizá todavía era tiempo de evitar el mal predestinado?... "Serafina es la amante de ese hombre, ya nada puedes hacer por ella, excepto orar..."

-¿Qué os sucede, Alessandro?... ¡Estáis pálido como un muerto!... ¡Oh, no me digáis que la noticia os afectó tanto!... Después de todo, aun siendo magista sois un hombre de mundo, ¿o no? Tomadlo con calma, hombre... Haced un esfuerzo y venced esa enfermiza sensación...

Sí, el Titán hizo un esfuerzo y consiguió erguirse, venciendo su momentáneo desfallecimiento. Cosa extraña, ya no le afectaba, de ningún modo, el hecho de saber que su esposa amaba a otro hombre; esto le resultaba completamente indiferente. Lo importante era saber que aquellas relaciones le resultarían fatales a ella, a menos que alguien lo impidiera... ¿Y quién otro si no él? Esa era su responsabilidad, su deber...

Alessandro di Cagliostro recordó estos amargos momentos y apoyando de nuevo la frente en el cristal de su ventana trató de aplacar el volcán que ardía dentro de su cabeza. Debía apagar, morigerar, el fuego, la emoción y el sentimiento que podían abrigar su ser físico, humano. No otra cosa sino el afán de salvar a su esposa, a la mujer que compartiera con él horas inciertas y de lucha, le habían instado, luego que la condesa de la Motte se retirara, a llamar a Serafina. Pero Darma, su doncella, le hizo saber que la señora aún no había regresado. Y la misma respuesta había dado a la mañana siguiente. Y por la tarde.

Y ahora, contemplando el inusitado espectáculo del horizonte antinaturalmente encendido de París, Cagliostro reflexionaba sobre el paso que debía dar. Serafina había huido con su amante. Eso y no otra cosa significaba su ausencia. Su huida había sido premeditada, pues se había llevado todas las joyas y las piedras preciosas y el oro a los cuales tenía acceso. Por

supuesto, el valor material de todas estas cosas no importaba a la cuestión en lo más mínimo. El asunto era salvar a Serafina... de ella misma y de su espantoso porvenir. ¿Cómo lograrlo? Ahí estaba su gran problema...

Es decir, el segundo gran problema...

Porque el primero, en razón de su trascendencia humana y social, era el otro, el que planificara con Fouquier-Tinville y que le instara a llamar a la condesa de la Motte.

-Bueno, así está mejor -le había dicho ella, luego de que Cagliostro, lanzando un suspiro, hiciera un esfuerzo para recordar el objeto por el cual estaban reunidos.

Pero ir al asunto teniendo el ánimo conturbado por un pensamiento amargo y doloroso no resultó nada sencillo. Era necesario mucha cautela, enorme discreción y gran diplomacia para soslayar la delicada cuestión sin que la condesa imaginase siquiera el ultérrimo propósito de aquella gran intriga, pues lo contrario podía significar sin ningún género de dudas, la prisión y la muerte en el tormento. A pesar de todo, haciendo un terrible esfuerzo mental y concentrando todos sus poderes psíquicos, pudo vencer su momentáneo desfallecimiento y referirse al asunto. Que explicó así:

Alguien, un amigo suyo, muy poderoso y de gran valimento, estaba ansioso de ganar el favor de la "dama de Baviera" y de ser recomendado para una alta función de Estado, algo así como un Ministerio. Por supuesto, estaba dispuesto a pagar cualquier precio por ese favor.

-¿Convendríais vos, condesa, en ser la mensajera de Cupido y llevar a esa persona el magnífico presente que se le ofrece? -concluyó diciendo Cagliostro.

-¡Vaya, conde, quién lo diría! -había exclamado de la Motte, echándose a reír-. ¡Vos convertido en un *entremetteur!...* -Y tornándose repentinamente seria, había agregado-: ¿Decís un magnífico presente? ¿Sabéis en qué consiste?

-No... Sois vos quien debe señalarlo.

-¡Ah, como quien dice, soy yo quien debe poner precio a la cuestión!... ¿Eh?

-Así es. Vos conocéis los gustos de vuestra señora.

-Y ese amigo vuestro estaría dispuesto a pagar cualquier precio... Dejadme pensar... -Una pausa larga, cargada de ansiedad, de especulación. Luego un cauteloso-: ...Hay cosas que no se pueden pagar con todo el oro del mundo... Y menos uno como el que ese caballerete, que Dios confunda, pretende... Decidme, ¿es muy rico?... ¿Tanto como puede serlo un rey?

-Y más rico también. ¿Por qué lo preguntáis?

-Porque hay un objeto, un hermoso collar de diamantes, que mi señora ansia, sueña poseer. Tanto que está dispuesta a pedirle a su augusto esposo que se lo regale... Podéis imaginar lo que significa este sacrificio, teniendo en cuenta lo vacías que están las arcas reales, y teniendo en cuenta, sobre todo, el espíritu ahorrativo de su consorte.

-¿Habéis visto ese collar?... ¿Quién lo vende?... ¿Cuál es su precio?

-No me atosiguéis a preguntas, Alessandro, si queréis respuestas convenientes... -replicó la condesa, cuyos ojos brillaban inusitadamente, pasándose los dedos por la frente-. Sí, lo he visto. Lo vinieron a ofrecer los joyeros Boehmer y Bossange, de París. Su precio... ¡un millón de francos!

El precio parecía excesivo, incluso para una reina... Pero Cagliostro no pestañeó siquiera. Aclaró que su amigo no escatimaría ningún precio. Por lo demás, debía suponerse que un favor de la naturaleza del que se pedía demandaría un desembolso extraordinario como



Librodot

retribución.

-En lo atinente al valor del objeto no habrá inconvenientes -agregó-; pero, naturalmente, mi amigo querrá tener alguna seguridad respecto a la recepción y a la respectiva otorgación del favor... Vos, condesa, ¿podéis anticiparme qué seguridades serían ésas?

La condesa se hallaba visiblemente confusa y su confusión se manifestaba en forma de sonrojos y palideces alternativos. Daba la impresión de encontrarse en el mismo trance que una persona que tropieza, inesperadamente, con una valiosísima joya sin dueño y que vacila en apoderarse de ella y huir o tomarla y preguntar por el propietario.

-¿Seguridades?... -preguntó-. ¿Qué seguridades queréis?... Os imaginaréis que... esa persona, no ha de ir a vuestro amigo y decirle: recibí vuestro regalo, gracias... Podéis venir esta noche, a tal hora...

-Por supuesto que no... Pero si mi amigo no entrega la joya personalmente ha de exigir...

-¿Un recibo, queréis decir? -demandó la condesa, estirando el cuello con extrema ansiedad.

-Sí, podría ser... Un recibo con la firma y el sello de... esa dama -Cagliostro sonrió con gravedad-. Y la promesa formal de que... en fin, mi amigo tendrá el favor y el ministerio que solicita...

El rostro lleno de polvos, afeites y coloretes de Jeanne de Valois parecía una máscara, pues la traspiración había empezado a confundir unos y otros, formando una pegajosa masa.

-Si eso es todo... ¡lo tendréis!... ¡Diantre!... ¡Si es preciso le arrancaré el recibo por la fuerza!... Pero no os alarméis, que no será necesario usar la violencia -agregó, tratando de sonreír pero haciendo una mueca en realidad-. La... ¡mi señora siente verdadera ansiedad por poseer ese collar, y no vacilará en hacer cualquier sacrificio por poseerlo!... ¡Decid así a vuestro amigo!... ¡Dadle esa absoluta seguridad!

El magista prometió que así lo haría y por su parte debió dar la certeza de que no habría ningún inconveniente en obtener el collar. La condesa podía, pues, ir sondeando y preparando el terreno para la recepción de la simiente. Convinieron ambos en que en próximos días más volverían a reunirse, en ocasión a señalar, para cambiar impresiones sobre el particular. Luego se habían separado, más amigos que antes y compenetrados totalmente de la necesidad de servirse el uno al otro en mutuo beneficio.

Cuando Cagliostro quedó solo, sonrió mefistofélicamente. La idea, estaba seguro, había prendido en la condesa. Lo probaba su ansiedad, sus incontrolables nervios -ella que era la parsimonia en persona-, su afán de saber si no habría inconvenientes respecto a la obtención de la joya.

Luego de eso, ya tranquilo al respecto, de nuevo había volcado su atención al asunto de Serafina y había sido entonces cuando llamó a Darma, pidiéndole anticipara a la señora condesa su visita, recibiendo la inesperada respuesta de que no había regresado. Y al día siguiente, al atardecer, mientras París se convulsionaba peligrosamente, continuaba su desconcertante ausencia.

El famoso vidente se apartó al fin de la ventana y luego de pasarse una mano por la frente, reflexionó que no resolvería nada permaneciendo en la inactividad y esperando un retorno que, a todas luces, no se produciría.

-Para realizar la segunda parte de mi plan y obtener un positivo resultado, necesito estar despreocupado de problemas domésticos -se dijo-. En consecuencia, dejaré en otras manos la responsabilidad de buscar y encontrar a Serafina...

Y agitando la campanilla esperó que acudiera Lucas, a quien dio orden de que engancharan su carruaje. Momentos después subía a él. Al cochero Jacopo, erguido en el pescante con el orgullo del cochero de un grande del reino, le ordenó: -A la jefatura de policía, Jacopo.

* * *

Mr. Lenoir, que a todas luces no se hallaba de buen humor aquella noche, miró con disgusto a su visitante. ¡Venirle a él con estas cosas menudas e intrascendentes cuando la misma seguridad del Estado y del reino se estaba jugando en este momento en las calles de París!

El despacho del jefe de Policía parecía un resumidero de todo lo que estaba ocurriendo en la gran ciudad en aquel momento; hombres de uniforme y sin él, entraban y salían, unos para decirle algunas palabras al oído, otros para dejar papeles escritos sobre el escritorio abarrotado de ellos. Cagliostro había debido interrumpir varias veces su exposición y aunque en otras tantas oportunidades reanudó el hilo de la conversación, no pudo evitar finalmente que el jefe de Policía lo contemplara con expresión de franca estulticia, como diciendo, "¿Y qué me importa a mí toda esa historia?". Por lo cual decidió adoptar una actitud más directa y enérgica.

-Todo esto viene a cuento, señor, de que abrigo serios temores por la seguridad y aun la vida de mi esposa... Las personas que la secuestraron saben perfectamente porqué lo hacen. Creen que por medio de ella sabrán si el secreto de Estado que obra en mi poder ha sido o no revelado...

-¿El secreto de Estado?... ¿Habéis dicho el secreto de Estado? -exclamó Mr. Lenoir, poniéndose de pie.

-Bueno... -Cagliostro trató de sonreír y lo hizo con fingida mansedumbre-. Yo no aseguraría hasta tanto tener... mayores informaciones... que se trate precisamente de tal cosa... Pero el secuestro de mi esposa quizá confirma mis sospechas...

-Esperad, Cagliostro, y no me confundáis más de lo que estoy o... o perderé la paciencia -interrumpió Mr. Lenoir-. Habéis dicho que vuestra esposa desapareció y que...

Con el repentino interés que el asunto despertara en el jefe de Policía, fue fácil lograr de él dos cosas, que eran las que precisamente se había propuesto conseguir el magista, a saber: primero, que fuese la policía la que siguiese las huellas de la desaparecida condesa y descubriese su actual paradero; segundo, que la misma policía siguiera los pasos y vigilara los movimientos de la condesa de la Motte y de su digno consorte, el conde de la Motte. Explicó que ambos extremos podían estar muy vinculados entre sí y con el asunto que venía estudiando desde hacía algún tiempo y sobre el cual, desgraciadamente, no podía aportar todavía mayor información.

-Por todo ello, señor, os ruego dos cosas -concluyó Cagliostro, sin abandonar su actitud de mansedumbre-. En el caso de mi esposa no será necesario detener a nadie; hacedme saber tan sólo dónde se encuentra y yo me haré cargo del resto, para impedir que la perdiz alce el vuelo antes de lo prudente. En lo que se refiere a la condesa de la Motte y su esposo, debéis hacerme saber los pasos que dan, con quiénes se ven o realizan entrevistas secretas.

Mr. Lenoir accedió a ello, a regañadientes, y luego de obtener la seguridad de que Cagliostro le daría cuenta, al final, de los detalles de aquel enredo.

-Os hago responsable de todo ello -le dijo Mr. Lenoir sin ocultar la implícita amenaza de su tono-. Vos me responderéis de lo que suceda... Y ahora id, que puntualmente os haré llegar los



Librodot

informes pertinentes.

El magista emprendió, pues, una sigilosa retirada, seguro de que los lazos que había tendido darían el resultado apetecido.

Pero todavía quedaba algo importante que hacer: encontrar al hombre ideal para el papel más importante de la gran intriga. Pero como también ya tenía todo planeado al respecto, apenas subió al carruaje le ordenó al silencioso Jacopo.

-Ahora llévame al palacio de Rohan, y de prisa, bergante.

Cruzar las calles de París, sin embargo, no resultó cosa sencilla. Aún había agitación en ellas y grupos silenciosos y hostiles de hombres, mujeres y niños desarrapados, apiñados en zaguanes, bajo aleros y balcones, y en fin en todo lugar imaginable que pudiera ofrecer un refugio contra la inclemencia del tiempo, atisbaban desde ellos con ojos que brillaban como tizones ardientes en medio de la oscuridad. Algunos de los más osados salían al paso del carruaje e insultaban a su pasajero. En la rué Pestignolles, un hombre barbudo, que no daba muestras de estar en sus cabales, ya fuese por insania o por haber bebido demasiado, llegó incluso al intento de detener el coche.

-¡Dejadnos paso, bribones! -gritó Jacopo, haciendo restallar el látigo en el aire-. ¡El doctor Cagliostro acude a salvar a un moribundo!... ¡Apartaos o él os echará una maldición!

El efecto resultó instantáneo y sorprendente. El nombre de Cagliostro bastaba para impresionar a cualquiera; lo inusitado parecía que el mismo hubiera alcanzado los estratos más bajos del pueblo de París. Los desarrapados se apartaron, en efecto, dando muestras de respetuoso temor. Cagliostro, desde el interior del carruaje, sintió profunda lástima por aquellos infelices que, habiendo renunciado a su condición de esclavos de la aristocracia, se convertían en esclavos de las pasiones más bajas del hombre.

-¡Doctor Cagliostro!... ¡Ayudadnos!... ¡Tenemos hambre y frío! -le gritaron desde todos los rincones.

Voces y figuras fantasmales que se esfumaron con la noche, dejando en el ánimo del magista un sentimiento de amargura y tristeza, del cual, sin embargo, escapó, prometiéndose no cejar en sus propósitos hasta que sobre París, sobre Francia y aun sobre toda Europa, se extendiera un nuevo orden de cosas que contemplara, sobre todo, la justicia.

Llegados al palacio de Rohan e introducido de inmediato a presencia del Cardenal, éste salió al encuentro de su antiguo amigo sonriendo con gravedad.

-Recibí ayer vuestro billete anunciándome vuestra visita -dijo de Rohan, luego de que ambos estuvieron confortablemente sentados-. A decir verdad, me sorprendí no poco... ¡Vos, viniendo a visitarme!... Algo muy importante debe ocurrir, sin duda, o no daríais este paso...

-Habéis dado en el clavo, monseñor, si bien debo aclararos que mi visita no tiene nada que ver con mi profesión -respondió Cagliostro, cortésmente-. Deseo prestaros un servicio... Sí, no lo dudéis. De ese modo pagaré las atenciones y los favores con que me habéis distinguido...

El caso era, explicó a renglón seguido el magista, que una persona de su íntima confianza y a la cual prestaba servicios profesionales, le había revelado que se estaba por introducir un importante cambio en la organización del gobierno...

-Queréis decir, sin duda, un cambio ministerial -repuso de Rohan, sonriendo con astucia-. Eso no es un secreto para nadie... El ministro Necker dejó su puesto a Colonne y supongo que a éste sucederá otro. Los nombres y las personas apenas tienen significación en este momento; lo que interesa es conservar y mantener a todo precio las prerrogativas de nuestra clase...

-Tenéis razón, señor, en eso de que no es un secreto para nadie... Pero sí lo es la designación a realizarse y, sobre todo, el método de la designación.

-Tened la bondad de explicaros mejor, conde.

Cagliostro siguió diciendo que aquella persona, bajo la sugestión hipnótica, había revelado que la "dama de Baviera" mostraba un interés particular, rayano en la codicia, de poseer un collar de brillantes que le ofrecieran ciertos joyeros de París, cuyo precio fluctuaba alrededor del millón de francos. La vista, el esplendor, la riqueza de la joya, había enceguecido de tal modo a esa dama que no había vacilado en rogar y aun suplicar a su augusto esposo que la hiciera feliz obsequiándosela. Pero no en vano las arcas reales estaban exhaustas y no en vano era proverbial la tacañería del esposo, quien se había negado a ello de un modo amable pero efectivo.

-Ahora bien -prosiguió Cagliostro, escrutando el rostro del cardenal, para captar sus reacciones más íntimas-, sucedió que del incidente llegó a enterarse cierto caballero influyente de la Corte, un hombre de propósitos y ambiciones que creyó llegada su gran oportunidad ... Este hombre, conocedor también de ciertos rumores que corren en torno a la personalidad y la existencia que lleva nuestra dama, habló a mi paciente en forma muy reservada y le preguntó si su ama estaría dispuesta a responder un favor con otro... En una palabra, él le regalaría el collar de brillantes y ella tendría que convertirlo en su favorito y en un Ministro...

No había terminado de hablar Cagliostro cuando el cardenal se puso de pie, presa de notable excitación, y sin dejar de escuchar a su visitante, dio algunos pasos nerviosos.

-¿Y qué respondió vuestra paciente? -preguntó, encarándolo con fiereza-. ¿Aceptó en nombre de su señora?

-No, ni siquiera se atrevió a consultarla... *aunque sabía que la respuesta sería afirmativa...*

-¡Oh!... ¿Creéis que...? -El cardenal volvió a su nervioso paseo-. Pero, ¿quién se llama a engaño?... Las historias que circulan por ahí, yo lo sé de buena fuente, no todas son inventadas por la malicia o el odio que la austríaca ha despertado con su conducta ligera y poco digna de su alta condición...

Encaró de nuevo a su interlocutor y lo miró con fijeza. Luego de una pausa tensa y aun amenazante, preguntó:

-Al pedirme esta entrevista, conde, habéis tenido un propósito. Decidme con entera franqueza cuál es, o ¡por Júpiter! que os denuncio al rey y os hago encerrar en la Bastilla...

-¿Qué otro sino el de serviros, monseñor? -respondió Cagliostro, con la más inocente de las sonrisas-. Apenas mi paciente me hizo conocer su historia, pensé en... pensé en vos. Y me dije, ¿quién otro mejor que mi gran amigo el cardenal para realizar una vieja aspiración de su vida? Tiene nombre, títulos y suficientes méritos para ocupar un alto cargo y ser, al mismo tiempo, el favorito del reino... Si él quisiera...

-¿Estáis sugiriendo que...? ¡Oh, no es posible que habléis en serio! -exclamó el cardenal, con fingido asombro, cuando era evidente que aquellas palabras habían hecho profundo impacto en él-. En verdad que títulos y méritos me sobran, pero ¿creéis que mi ingrato primo reparó alguna vez en ellos?... Ni lo haría tampoco ahora...

-...a menos que una persona de gran influencia en él interviniese en vuestro favor, señor -concluyó Cagliostro-. Y sin duda que lo haría... en gratitud por la posesión de un bien tan estimado por ella... Os lo aseguro, ese collar es para dicha señora lo que las manzanas de oro de las Hespérides eran para Megara.

El cardenal resistió a la idea por algunos momentos más y finalmente, fingiendo que se dejaba

arrastrar por las convincentes palabras del magista, declaró:

-Sin admitir que vuestra idea sea aceptable o no, decidme, ¿habéis siquiera pensado cómo puedo obtener yo ese famoso collar?... Yo no poseo suma tan fabulosa como la que habéis mencionado, ni siquiera la centésima parte de ella. ¿Cómo podría, pues, adquirirlo?... -Rohan consideró al taumaturgo con particular detenimiento, mirándolo de soslayo-. A menos que hayáis pensado en algo especial... Después de todo, vos podéis fabricar diamantes...

-En este caso no existe tal posibilidad, señor... Nuestra dama se ha enamorado de ese collar y aunque le ofreciéramos otro con mejores y mayores méritos, no lo aceptaría. Tiene que ser ese collar y no otro, sin subterfugios de ninguna clase...

-Entonces no comprendo, amigo mío... Ya os lo dije, no tengo tanto dinero...

-Tal vez no sea preciso tenerlo todo junto, Eminencia... Vos poseéis rentas que duplican esa suma. Seguramente podéis dar una parte del valor... Pagaréis el resto en tres o cuatro partidas más. Cualquier joyero o banquero de París os daría ese crédito en el acto... De todos modos, ¿qué perdéis con probar? Si os aceptan, bien, de lo contrario, le desearemos al otro caballero la mejor de las fortunas en su magnífico y productivo cargo -Cagliostro dejó su asiento haciendo un gesto ambiguo-. Ya sabéis, todas las cosas tienen un precio... Para extraer una onza de oro es preciso arriesgar una tercera parte de ese metal. Arriesgad un millón y ganaréis veinte en poco tiempo, y además, tendréis acaso un premio superior en su valor al...

Bruscamente, el cardenal abandonó su actitud pasiva y condescendiente y convirtiéndose en el lobo que era, encaró al magista.

-Está bien -dijo entre dientes-; lo intentaré... Ahora decidme vuestro precio...

-¿Mi precio?... -Cagliostro rió tontamente-. ¡Oh, señor cardenal, cuan poco me conocéis!... A pesar de todas las pruebas de lealtad y desinterés que os he dado. Obro por amistad y consideración a vos, nada más, creedme...

Aquello parecía inaudito, y sin embargo, había que admitirlo. Rohan contempló al magista como al habitante de un mundo fantástico. Acostumbrado a tratar con gente poseída de la más cruda ambición, se le hacía imposible pensar que hubiese una persona tan desinteresada y tan generosa. Sin embargo, sus sospechas continuaban.

-¡Ah!, creo comprender... -dijo-. El precio lo pedirá aquella dama, vuestra paciente...

-Si ella os pone algún precio o condición, monseñor, será cosa de ella y de vos... Yo no hice ni hago otra cosa que ofreceros, libremente, una excelente oportunidad. Tomadla o dejadla... Mas si la tomáis, venid a verme y os daré el resto de la información.

Así se convino, finalmente, y Cagliostro dejó al cardenal de Roñan presa de un íntimo júbilo mezcla de confusión y de esperanza. La actitud del magista, en cambio, era de satisfacción. ¡Había tirado el anzuelo y un enorme y gordo pez se lo había tragado!

* * *

A pesar de su natural imperturbabilidad, los días que siguieron fueron de gran preocupación y nerviosidad para Cagliostro. Encerrado en su estudio, esperó con verdadera impaciencia la llegada de noticias. Como puede suponerse, el asunto del collar provocaba su mayor interés, puesto que del mismo pendía una serie de acontecimientos de trascendencia nacional. Sin embargo, en lo personal también se hallaba pendiente de la suerte de Serafina. ¿Qué había

sido de ella? ¿Era genuino el sentimiento que la dominaba y que le hiciera renunciar a la posesión de bienes y a la posición de encumbramiento en que él la colocara? Ahora ya no cabía duda posible Lorenza Feliciani nunca lo había amado. Llevada por la ambición de dinero, fama y poder, se había casado con él, con esa certidumbre femenina que obliga a las mujeres, incluso las más ingenuas, a elegir el hombre ideal. Pero ahora había surgido un genuino sentimiento, el verdadero amor, y en aras del mismo sacrificaba todo lo que había codiciado tener...

-Señor...

El impasible Karturio estaba allí, contemplándolo con esos ojos negros, penetrantes, plenos de astucia o de conocimiento, en los cuales se advertía esa infinitesimal chispa divina que aflora en los ojos de los iniciados y los adeptos, cualquiera sea su origen o su raza, puesto que todos ellos hablan un solo lenguaje: el esotérico.

-Señor, afuera espera un hombre que dice ser enviado de Mr. Lenoir...

-¡Hazlo pasar al punto!... ¿Qué esperas?

Instantes después era introducido a su presencia un hombre de regular estatura, de mediana complexión, de rostro vulgar, vestido de negro, cuya edad debía fluctuar en los cincuenta.

El inspector Santerre, que tal era su nombre, traía en efecto un par de líneas de presentación apresuradamente escritas por el mismo Mr. Lenoir. Cagliostro miró al inspector, presa de súbita inquietud. Tuvo la impresión de que aquel hombre, por alguna razón, venía siendo portador, no de una noticia buena sino como mensajero de violencia, destrucción y muerte.

-Bien, señor Santerre, os escucho.

-¿Cuál información os interesa más, señor? ¿La personal o la política?... Soy hombre de confianza del jefe de Policía y antes de recibir la orden de investigar sobre ambos aspectos, me informó, aunque de un modo incompleto, sobre la naturaleza de los mismos...

-¡Estos policías!... Siempre metiendo la nariz en todo, aun en lo intrascendente, buscando olores que a veces, no siempre, son agradables. Lo extraño era que este Santerre, por su irónica sonrisa, daba la impresión de saber más, mucho más, de lo que se podía suponer.

-Si os parece bien, hablemos de lo primero.

Le parecía bien y Santerre explicó que no fue difícil seguir los pasos de la señora condesa -acentuó este título-, pues detrás de ella iba dejando groseras huellas. Actualmente se encontraba en la mejor posada de Lieja. Con la mayor discreción posible señaló que se hallaba sola, aunque por las órdenes y reservas que había hecho, se podía suponer que esperaba a cierta persona.

-Quizá os sorprenda saber que me espera a mí -le dijo Cagliostro, sonriendo amablemente-. Hoy recibí una carta de ella... De todos modos, os agradezco vuestra diligente e inteligente labor... -Santerre se inclinó, quizá para ocultar mejor su gesto-. Respecto a lo otro, ¿qué tenéis que decirme?

Varias cosas que bien podían ser significativas o acaso no tenían la menor trascendencia. La condesa de la Motte había actuado en la Corte de un modo poco habitual en ella, con extrema nerviosidad; había tenido pocas salidas, la mayoría a casas y negocios de telas y vestidos...

-...aunque en la noche del martes, a las nueve, salió subrepticiamente y se dirigió a un barrio apartado, donde vive un sujeto conocido de la policía -siguió informando Santerre, leyendo un librito de notas que llevaba consigo-. La entrevista duró cerca de media hora. Luego Mme. de la Motte regresó al palacio y continuó con sus tareas comunes de dama de honor, si bien esta



Librodot

noche parecía hallarse más nerviosa que de costumbre.

-¿Podéis darme el nombre de esa persona y decirme cuáles son las razones por las que la policía lo conoce?

-Su nombre es Villete y en dos ocasiones fue acusado de falsificador, aunque en ambas no se le pudo probar nada, por lo cual recobró la libertad al cabo de poco tiempo.

-¿La naturaleza de la falsificación? '

-Letras de cambio.

-¿Hay más?

-Bueno, no sé si lo que voy a decirle tiene relación o no, con nuestro caso... El conde de la Motte partió hacia Calais, donde se le vio tomar un barco con destino a Inglaterra.

Cagliostro sonrió con benignidad.

-Pues, la verdad, creo que no hay ninguna vinculación. En cuanto a los pasos de la dama en cuestión, ¿queréis saber la verdad?, me decepcionan... Creí que haría otra cosa, en fin, algo más espectacular, pero esas inocuas visitas a tiendas y comercios, nada me dicen... Bueno, Mr. Santerre, lo siento, no es culpa vuestra. De todos modos, os agradezco lo mucho que habéis trabajado... -Mr. Santerre se levantó y no poco amoscado se encaminó hacia la salida-. ¡Ah!, y por favor, decid a vuestro Jefe que mucho le agradezco y que volveré a comunicarme con él si mis sospechas se confirman o si tengo alguna nueva información... Buenas tardes, Mr. Santerre.

El magista no ocultó una sonrisa de satisfacción apenas la puerta se hubo cerrado. ¡Las noticias que había recibido no podían ser mejores! En ambos aspectos. Una conversación con Serafina, que probablemente esperaba que se uniera a ella su amante, lo resolvería todo. En cuanto a la, condesa de la Motte... ¡sencillamente había dado el paso más preciso que denunciaba su modo de pensar! Y por si todo esto fuera poco, el viaje del conde a Inglaterra no podía ser más explícito.

-Sí, todo sale a medida de mis planes -murmuró, satisfecho. Y poniéndose grave, agregó-: Espero haber convencido a Santerre con mi actuación y mis palabras. Pero estos policías son a veces como verdaderos podencos... Donde hincan los colmillos, jamás lo sueltan.

Agitó el cordón de la campanilla y cuando de nuevo se hizo presente el silencioso Lucas, ordenó:

-¡Que enganchen inmediatamente una cuadriga al coche de camino más ligero que tengamos!... Tú prepara lo necesario para un viaje breve de ida y vuelta... ¡Vamos, muévete!...

* * *

Lieja, que en flamenco se denomina *Luik* y *Lütich* en alemán, es una importantísima ciudad, capital del antiguo principado episcopal del mismo nombre, y tiene una vista singularmente pintoresca. Situada a orillas del río Mosa, se extiende desde la cuenca de éste a la cima de una gran colina, orlada de verdes bosquecillos. Las calles son retorcidas, empedradas, pero mantienen esa fisonomía peculiar que la convierten en una ciudad empecinada en revivir a los siglos y a las guerras devastadoras, sin desdeñar los empujes de la civilización y el progreso.

Pero el conde Alessandro di Cagliostro no tuvo ni tiempo ni oportunidad de contemplar sus bellezas y atractivos. Su carruaje llegó a la ciudad al cerrar la noche y sin detener el impulso que trayera desde París, entró al fin en el centro de la ciudad, en el corazón de la misma, conocido como la Plaza del Teatro. Sobre esta plaza daba, precisamente, la mejor posada del lugar, la antigua *Posada de los Suecos.*

Cagliostro descendió apresuradamente del vehículo y se dirigió al mostrador detrás del cual atendía un hombre bien vestido aunque estirado y frío.

-Soy el caballero que espera la condesa -dijo sin más preámbulos-. ¿Tenéis la bondad de decirme cuáles son sus habitaciones?

El hombre aquél no pareció sorprenderse en absoluto y momentos después conducía al conde al primer piso, deteniéndose a llamar a una puerta. Acudió una doncella y...

Serafina no pudo ahogar un grito de sorpresa y de evidente temor cuando Cagliostro se plantó detrás de ella, cuando sentada frente al espejo procuraba conservar y resaltar la belleza de su rostro. Vestía, como de costumbre, deslumbrantemente y estaba cargada de joyas. No podía caber ninguna duda... De un momento a otro esperaba al hombre que acaso le hiciera conocer la verdadera felicidad, pero el que sería la causa de su ruina, a juzgar por la visión que tuviera el magista.

-Me alegro de que estés vestida y pronta a partir, Serafina -dijo el conde, sin dar muestras de cólera o impaciencia-. Ordena que preparen tus valijas... Regresamos a París, en este preciso instante.

El color volvió lentamente a las pálidas y embadurnadas mejillas de Serafina. Visto que el conde no adoptaba con ella ninguna actitud de violencia, de conformidad a la tradición siciliana, se creyó libre de temores y respondió en tono airado que no estaba pronta a regresar.

-Lo siento, Giuseppe -dijo, empleando por primera vez en muchos años aquel nombre que parecía ya olvidado para siempre-. No te amo... Nunca te amé y, lo que acaso es peor para ti, amo a otro hombre. Espero que comprendas...

Pero si el dominio de sí mismo mostraba a Cagliostro como un individuo sereno y desprovisto de los afanes de la venganza, sus palabras, en cambio, fueron cáusticas, lacerantes, dolorosas, verídicas, a tal punto que Serafina, a los pocos instantes estaba llorando amargamente.

-Bien sabes que yo no necesito tocar ni un solo de tus cabellos para causar tu ruina física, el deterioro de tu belleza o incluso tu prematura desaparición del escenario de la vida -le dijo en firme y tenso tono-. Pero no apelaré a ninguno de esos recursos porque...porque de persistir en tu egoísta y vergonzosa conducta, serás tú misma quien se cause ese daño y aun otro peor...

No fue necesario decir más. El temor, un miedo insano, se reflejó en el fondo de aquellos ojos claros. El temor y el odio... Un odio tan grande como el otro sentimiento que albergaba en su alma. Finalmente, doblando la cabeza sobre el pecho, dio rienda suelta a sus lágrimas y en medio de ellas ordenó a su doncella que recogiera las valijas.

Cuando el carruaje retomó aquella misma noche el camino de París y al lado de Cagliostro se sentó una quejosa y gimiente Serafina, el sacerdote de la Esfinge tuvo la impresión de que una verdadera aunque invisible muralla de odio le separaba de ella. Sucediese lo que sucediese, ella ya no sería jamás la bella y complaciente Lorenza que él conociera en su juventud.

Y entonces, por primera vez, entró en la duda de si había obrado cuerdamente al ir a buscarla a Lieja. Tal vez de esta actitud dependía el futuro de ambos.

-Pero obré así empujado por un fuerte e irresistible impulso -se dijo reflexivamente-. Lo cual significa que, suceda lo que suceda, será porque está escrito que así sea...

Y más serenado luego de esta reflexión, se hundió en su asiento y obstinadamente cerró los ojos, dejando que el espíritu del odio, invisible como el de la muerte, sobrevolara a su alrededor sin causarle daño... por el momento.

Apolloni salió a su encuentro apenas la pareja condal descendió del carruaje, en el patio principal del palacio. Serafina, sin responder al respetuoso saludo del secretario, se recogió las polleras y entró corriendo en la mansión.

-Señor... -dijo el estirado aunque leal amanuense-, Su Eminencia el cardenal de Rohan ha enviado un mensaje para vos... Vendrá esta noche, a la hora de las Moiras.

Sí, la hora de las brujas era la más indicada para este nuevo conciliábulo con la intriga. A pesar de la fatiga del viaje, Cagliostro decidió esperarlo, lo cual hizo luego de darse un reconfortante baño y tomar un refrigerio. Dormitaba en su sillón favorito cuando Apolloni apareció de nuevo para hacerle saber que el cardenal había venido. Momentos después, los dos personajes estaban frente a frente y se observaban con detenimiento, como dos adversarios a punto de cruzar las espadas.

-He obtenido lo que deseabais -dijo Su Eminencia, sin prolegómenos-. Visité a los señores Boehmer y Bossange, luego de reunir dificultosamente doscientos mil francos, y les ofrecí comprar el collar. Accedieron siempre que firme cuatro documentos más de la misma cifra a descontar cada treinta días...

-¿Habéis firmado?

-Todavía no cerré la operación... Antes de hacerlo quise hablar con vos. Quiero que me deis las seguridades de que todo cuanto me habéis dicho la otra noche está en vigencia.

-Os las doy sin reservas. Nada ha cambiado.

-¿Persistís en vuestras negativas de percibir un beneficio en este negocio?

-Señor, sólo tengo una palabra... Sin embargo, quizá debí ser más franco con vos -agregó en tono dubitativo-. Aunque es posible que entonces no se me hubiese ocurrido todavía la idea... La cuestión es que quizá, efectivamente, piense especular de algún modo con la situación... ¿Acaso no vais a ser ministro?... Incluso los magistas y videntes debemos apelar algunas veces a la benevolencia de los magistrados. Es posible, pues, que os pida audiencia algún día, para pediros algún pequeño favor...

-¡Seréis recibido en cuanto me anuncien vuestro nombre y no habrá servicio, por grande o pequeño que sea, que yo no satisfaga! -exclamó el cardenal, con genuino sentimiento de gratitud, convencido al fin de que aquel hombre había dicho la verdad. Y bajando el tono y tornándose grave, agregó-: Ahora decidme el nombre de esa dama... de vuestra paciente. Comprenderéis que, antes de cerrar la operación con los joyeros debo hablar con ella y obtener también las seguridades de su cooperación...

-No tengo el menor inconveniente, monseñor... sólo que habréis de esperar veinticuatro horas, porque, como ella no sabe nada del tenor de nuestras conversaciones, será necesario advertirla.

-Vuestro razonamiento es justo. Esperaré las veinticuatro horas. Pero mi conversación con ella será privada e íntima... en un terreno neutral elegido por mí.

-Os complaceré también en ello, Excelencia,

Los dos personajes se saludaron diplomáticamente y tan pronto como quedó solo, Cagliostro tomó el cordón de la campanilla y acudió Apolloni.

-Escribe la nota que voy a dictarte -le dijo. Pero casi en el mismo momento cambió de idea, diciendo-: Sin embargo, será mejor no escribir notas... Convendrá, por tanto, que vayas a entrevistar a la condesa de la Motte, a quien conoces. Y no me importa los medios que emplees para lograr tu propósito, la verás personalmente y le dirás que venga a verme lo antes posible, que tengo importantes noticias para ella...

Apolloni se inclinó y salió dispuesto a cumplir la orden de su señor. Cagliostro se restregó las manos, satisfecho. Todo marchaba bien. Pronto podría volver a la pacífica tarea de sus obras magistas, descuidadas en los últimos tiempos. Luego, tal vez fuese posible aún una reconciliación con Serafina y... i

Y como si el solo pensamiento de ese nombre fuese un conjuro, de pronto sintió ruido a sus espaldas y al volverse con precipitación no pudo menos de lanzar una exclamación de sorpresa y alarma.

Un hombre pálido, tanto que parecía un espectro, había aparecido en la habitación, surgido al parecer de la nada... aunque la puerta entornada que Apolloni dejara abierta al salir ofrecía una natural explicación al prodigio.

Pero lo que no ofrecía explicación era aquella espada, desnuda, en la mano del visitante de la noche.

Ese hombre no era otro que Gervais Garlien, el tribuno del pueblo, el joven, apasionado y romántico hombre de la Revolución. Sus afiebrados ojos hablaban de su resolución de matar...

-He venido a matarte y no habrá poder humano, magista o divino que lo impida -dijo Garlien, adelantándose lentamente-. Conque confía tu alma a Dios o al diablo, lo mismo me da...

Aquella actitud, las palabras, el tono con que fueron dichas, resultaban demasiado dramáticas, patéticas y ridiculas para tomarlas en serio. Sin embargo, la mirada era escalofriante en su elocuencia, de manera que no se podía dudar de sus intenciones. Garlien era hombre de resoluciones extremas y así como había entrado en la Revolución con todo el fuego y la pasión de un iluminado, en la misma medida se había entregado al fuego y la pasión de un amor.

Gervais Garlien, en consecuencia, venía decidido a matar. O a morir. Para ciertas personas ambos extremos configuran un solo aspecto de la naturaleza y lo mismo les da una u otra cosa, pues su filosofía les ha enseñado que cuanto nace debe morir, indefectiblemente.

## *Capítulo XV*

## *PROMETEO ENCADENADO*

En aquel instante decisivo de su existencia, Alessandro di Cagliostro tuvo un segundo de indecisión fatal. Fue una fracción infinitesimal de tiempo, durante la cual olvidó quién era y, lo que es peor, olvidó su poder magista, aquellos dones sobrenaturales que poseía y que lo hacían invulnerable a todo mal o daño *que no fuese determinado por un poder superior.*

Sí, una fracción infinitesimal... el que dura el trance entre la vida y la muerte, y Cagliostro hubiera dejado de pertenecer a este mundo, porque aún continuaba paralizado por la sorpresa.

Y entonces, en el preciso momento en que Garlien enderezaba el brazo y se iba a tirar a fondo, se oyó un grito.

-¡Gervais!...

Era un grito de mujer, agudo, histérico... Luego, fugazmente, una sombra blanca, perfumada, que se acercó a Garlien, interponiéndose entre la punta de la espada y la víctima elegida por el odio.

Esa dama de blanco peinador y cabellera suelta y perfumada, no era otra que Serafina.

-¿Qué vas a hacer, insensato? -demandó ella, angustiada-. ¿Ignoras que es un mago, alguien a quien no puedes herir ni matar?... ¡Antes de que hubieses dado un paso, de quererlo él, habrías caído como fulminado a sus pies!...

-¡No lo creo! -gritó el tribuno, intentando apartarla-. ¡Es un mortal cualquiera!... ¡Puedo herirlo o matarlo!... ¡Apártate! -Y con voz quebrada por la emoción, suplicó-: ¡Apártate, te lo ruego!... ¡El infame debe morir!... ¡Se interpone entre nosotros y la felicidad!

-¡No, no, Gervais!... ¡Por Dios, vuelve en ti!... ¿Es que no comprendes?... *¡No es así como hemos de destruirlo!...* ¡Si lo mataras, aun muerto podría vengarse de nosotros!... ¡No, Gervais, no lo harás!

Aquellos breves instantes bastaron para que Cagliostro volviera a la realidad y se hiciera cargo de la situación. Alguna desazón, pero no mucha, le causaba pensar que ella había venido no a salvarlo a él sino a su amante.

Y esta convicción le ayudó a ser lo que era: un adepto de la más alta magia, capaz de poner en juego su poder sobrenatural aun en las circunstancias más delicadas.

-¡Lo haré, vaya si lo haré! -masculló Garlien, enceguecido de frustración.

Y apartando con un brusco movimiento a su amante, sin un segundo más de vacilación se lanzó a fondo, con la temible punta del estoque hacia adelante, buscando el pecho de Cagliostro.

Y entonces ocurrió aquello que arrancó un grito de furor del atacante y otro de asombro y de temor de Serafina.

¡La aguzada hoja de acero, dirigida con fuerza hacia el corazón del magista, se hizo a un lado, cual si la apartara una mano de acero invisible, y pasó a varias pulgadas del cuerpo de Cagliostro, sin herirlo ni rozarlo siquiera!

Garlien, más pálido que antes y con una expresión de rencorosa estupefacción el rostro, retrocedió dos o tres pasos, miró su estoque, al magista, a Serafina, sin comprender qué estaba ocurriendo. Serafina ya no le hablaba ni lo miraba a él. Las manos crispadas sobre la boca, en un mudo pero elocuente gesto de terror, miraba a su marido, que parecía una estatua, pues no había hecho el menor movimiento ni dicho la menor palabra.

El apasionado hombre de la revolución, ciego de furia, se lanzó de nuevo al ataque ¡y una vez más la punta del arma mortal se apartó de su curso y silbando como una culebra venenosa que no ha hecho presa de su víctima, pasó junto a Cagliostro, sin causarle daño! Y aunque el loco intento se repitió dos o tres veces más, no tuvo otro remedio que renunciar a sus intentos homicidas.

El frustrado asesino arrojó su arma al piso, lleno de cólera, y acto seguido, cubriéndose el rostro, empezó a sollozar. Serafina, aún con el espanto reflejado en su bonito aunque pálido semblante, echó una última mirada a Cagliostro y salió precipitadamente, emitiendo inarticulados e histéricos gemidos.

-¡Salid y no os atreváis a poner los pies en mi casa! -ordenó entonces el magista, en tono metálico-. ¡Ya veis que no sois hombre para competir conmigo!... ¡Salid!

* * *

La avenida de los Campos Elíseos, a media noche, tenía un aspecto sombrío, atemorizante. En toda su grande y ancha extensión no se veía alma viviente alguna y sólo cuerpos retorcidos asomaban entre las sombras, proyectándose como seres torturados, alzando a los oscurecidos cielos las rugosas ramas de sus brazos deformes. A esta hora, el más hermoso paseo de París sólo se veía concurrido por prostitutas que tenían sus negocios en cualquier lugar del bosque, por rateros y mendigos, por seres desahuciados de la sociedad que no tenían donde pasar la noche. De vez en cuando se oía el ruido de algún carruaje que demorado por el diosecillo del amor en algún íntimo recodo del bosque, volvía precipitadamente a la luz y a la vida.

Aquella noche, sin embargo, resultó inusual la dirección seguida por aquellos dos elegantes carruajes que, uno en pos del otro, iban sin mucha prisa, al mismo paso. Pero cuando ambos vehículos llegaron al centro de la gran avenida, el segundo de los carruajes se adelantó, hasta situarse a la misma altura del anterior. Se realizó un cambio de señales entre los dos cocheros y el primero se detuvo, siendo imitado en su ejemplo por el otro. De éste descendió un caballero de alta estatura, cubierto por un sombrero de ancha ala y envuelto en una capa que lo hacía completamente irreconocible, y sin pérdida de tiempo se encaramó en el otro. Se oyeron voces, una de ellas de mujer, la otra de hombre, gentil, amable...

Una cita de amor, sin duda... Sin embargo, las circunstancias no parecían ser las que a menudo rodean esta clase de encuentros con la clandestinidad. El segundo de los carruajes había vuelto a replegarse, dejando que el otro se adelantara unas cincuenta varas. Luego se produjo un breve destello de luz en el primero de los vehículos y, lo que resultó enteramente inusitado y aun chocante, fue aquel repentino estallido de risas...

-¡Jeanne!

-¡Oh!... ¡Sois vos, Luis!... ¡Oh, debí imaginarlo!

Y los dos personajes volvieron a reír, divertidos ante la idea de este insólito y poco romántico encuentro en la noche.

Sin embargo, saliendo al punto de la embarazosa situación, el cardenal de Roñan besó galantemente la mano de la condesa de la Motte, volviendo a aspirar, al cabo de algunos años, el mismo *y* ardiente perfume que, por una noche, constituyera la fragancia voluptuosa que signó el decurso de unas horas placenteras.

-Debo algunos servicios al amigo Cagliostro, pero éste es uno que acreditaré en su cuenta con el mayor agrado -dijo el cardenal-. ¡Bien lejos estuve esta noche de suponer que volyería a teneros tan cerca de mí y, sobre todo, de que volvería a aspirar el perfume que tan gratos recuerdos me trae!

-¡Cuidado, Luis, no olvidéis que ahora soy una mujer casada! -respondió la condesa, riendo por lo bajito, divertida y no poco preocupada, sin embargo.

El cardenal de Roñan, como amigo, era hombre de temer siempre. Y como enemigo... bueno, más valía tenerlo a mil leguas de distancia. Si Rohan era el personaje mencionado por Cagliostro, muchas menos eran las posibilidades de realizar "el negocio" que ella se había propuesto. Sencillamente, Rohan era un hueso duro de morder. Cuando el cardenal se proponía obtener algo, siempre lo conseguía, no importaba los medios. Mantenía ojos y oídos bien abiertos; se hallaba constantemente en guardia contra toda clase de peligros. ¿Cómo sorprenderlo, pues?

-El hombre que vais a ver esta noche -le había dicho Cagliostro, algunas horas antes- es uno



Librodot

de los más duchos de París y del mundo... Pero no abriguéis temor o duda ante él, porque, como todo aquél que se considera superior e invulnerable, tiene su talón de Aquiles: su codicia.

La condesa de la Motte se reconfortó al recordar las palabras del magista y decidió que acicateando lo que constituía su debilidad fácilmente convertiría a este lobo en un pequeño e inofensivo falderillo. Divertida con la idea, volvió a reír.

-Veo que la situación os causa verdadera gracia -dijo de Rohan, haciendo vanos esfuerzos por ver en medio de las sombras imperantes en el interior del carruaje.

-No puede menos de causármela -repuso la condesa-. Imaginad, de haber sabido que erais vos el caballero en cuestión... nos hubiéramos ahorrado todos estos enjuagues.

-Entonces es verdad...

-¿El qué?... -preguntó ella, a la defensiva.

-Que vos... y yo... Es decir, podemos llegar a un entendimiento, digamos... comercial.

-¿Respecto a qué?

-Bueno, yo deseo una cosa, ardientemente. Estoy dispuesto a pagar por ella. Ya se habló del precio y no me digáis que no lo conocéis... Me refiero al collar...

De la Motte volvió a reír por lo bajito, satisfecha, en tanto de Rohan se limpiaba el rostro cubierto de súbita traspiración. ¡Ah!... ¿Y si había sido engañado?... ¿Y si había caído en una celada? Pero la condesa lo sacó de sus dudas y temores.

-El collar... -repitió ella, en tono apenas audible-. Es verdad. Es el precio convenido... ¿Lo tenéis?... ¿Puedo verlo?

-Lo tendré y lo veréis a vuestro placer en cuanto yo obtenga seguridades de que se cumplirá lo pactado... -respondió de Rohan, más animado y resuelto-. ¿Habéis hablado con... ella?

-Sí...

-¿Está de acuerdo?

-Totalmente de acuerdo.

¡Ah, el mundo que se iluminaba de pronto con sus más preciosas y coloridas galas!... Esto era como penetrar en un silencioso y sombrío templo y ver de pronto encenderse el altar mayor con luces de resplandor repentino y de brillo enceguecedor!... Había aceptado, *¡ella!* ¿No era portentoso?... La rubia e inalcanzable estrella se inclinaba hacia el pobre y mísero mortal y permitía que él besara la orla de su esplendente vestidura... El *totalmente de acuerdo* tenía una significación tan enorme que el collar y su casi fabuloso precio perdían su valor y se convertían en pobres migajas de riqueza. En cambio, *ella...* y su regio presente en una bandeja. ¡Ministro!... No existía nombre más sonoro en el léxico cortesano. Ni más productivo ...

-¡Oh, preciosa condesa, no os arrepentiréis, os lo aseguro! -prometió, presa de juvenil entusiasmo-. Lograd el prodigio que nos hemos propuesto y tan pronto como yo... como yo haya llegado a la cumbre de mi aspiración...

-Mi principal aspiración es servir a mi señora -repuso Jeanne, replegándose en la sombra, para ocultar el brillo de sus ojos de gata-. Vos le ofrecéis una oportunidad de ser feliz y compartiré esa felicidad. Será mi mejor premio, os lo aseguro...

Siguieron hablando, cambiando gentilezas y buenos deseos. Luego, como si ambos quisieran



Librodot

asegurarse de que todo marchaba bien y sin problemas o inconvenientes, demandaron seguridades, mutuamente.

-¿Cuándo tendréis el collar?

-Tan pronto como concertéis el día y la hora de la entrevista... Podéis fijarla ya, puesto que *ella* está de acuerdo.

-¿Mañana por la noche?... Podéis venir a Saint-Cloud, donde estaremos mañana. Os anunciaréis a mi doncella. Yo vendré a vuestro encuentro, vos me entregaréis el collar, yo se lo llevaré a la... a mi señora en el acto y os traeré un recibo... ¿No fue así lo convenido?

-Fue lo convenido, en efecto... ¿Creéis que mañana será la noche venturosa para mí?

Hubo una cierta vacilación en la condesa al contestar.

-¿Por qué no? -dijo al fin-. Mi señora no es de las personas que dejan cuestiones de honor pendientes. Cuanto más pronto sale de ellas se siente más tranquila... Confiad y tendréis lo vuestro.

-Me place oír eso...

Se había dicho todo y ahora sólo correspondía obrar. El Cardenal besó de nuevo la enguantada y perfumada mano que le extendía su antigua amiga, la cual apretó entre las suyas significativamente y se dispuso a dejar el carruaje.

* * *

En el palacio real de Saint-Cloud parecía haber esta noche un mayor brillo y animación que de costumbre. Los cortesanos del séquito de la reina habían acudido en pleno y se divertían a su modo en el gran salón, procurando no sólo matizar el tiempo sino distraer a Su Majestad. María Antonieta se mostraba bastante deprimida en los últimos tiempos, aunque no se sabía si era a consecuencia de las malas noticias que llegaban constantemente desde todos los puntos de la nación, o porque el rumbo de sus negocios y empresas personales no llegaba a tener la proyección calculada. De cualquier modo, hacía falta mucho despliegue de riqueza, elegancia y alegría para mantenerla sonriente y reanimada.

Y aquélla venía a ser una de las pocas noches en que realmente se conseguía tal propósito. Con una diligencia y celo encomiables, la condesa de la Motte había organizado para aquella primera noche en Saint-Cloud una serie de juegos y entretenimientos cortesanos, con la eficaz colaboración de algunas artistas de teatro, declamadores, juglares y otros personajes del trashumante mundo de la ficción. María Antonieta escuchó música, recitaciones épicas y églogas amorosas, y aplaudió las comedias de tipo galante que en breves actos se representaron, así como los números de atracción por su fuerza dramática. La condesa de la Motte, sentada a los pies de su señora, le explicaba la naturaleza de aquellos juegos.

El divertimiento cortesano se hallaba en su apogeo, a eso de la media noche, cuando una joven se acercó a la condesa de la Motte y le hizo cierta señal. La condesa se incorporó y le dijo algunas palabras a Su Majestad, en forma reservada. La reina dejó su solio y pasó a una contigua cámara, seguida de la condesa. No dejó de provocar atención que Su Majestad abandonara el salón en momentos en que actuaba una excelente pareja de actores. Todos estos movimientos fueron observados por alguien que, vestido como uno de tantos cortesanos, se mantenía alejado y pasaba casi desapercibido junto a unos cortinados. Dicho cortesano, al parecer satisfecho por lo que había visto, abandonó su puesto de observación y se dirigió al



Librodot

interior del palacio.

Cruzando corredores, pasillos y recámaras, nuestro personaje que no era otro que el cardenal de Rohan, llegó de nuevo a las habitaciones de la condesa de la Motte. Esta se hallaba en la salita de recibo y se paseaba nerviosa e impaciente.

-¿Dónde habéis estado? -exclamó ella sin ocultar su enfado-. ¡Hacerse anunciar y desaparecer no fue muy galante de vuestra parte!

-Perdonad, Jeanne -repuso el cardenal, inclinándose-. Quise asegurarme de que os trasmitían el mensaje...

"¡Ah, villano! -pensó la condesa-. Querías asegurarte de que yo hablaba con la reina y la hacía dejar el salón... Bueno, ya lo has visto."

-¿Lo habéis traído? -preguntó luego, a quemarropa.

-Sí...

-Enseñádmelo.

El cardenal metió la mano entre sus ropas y extrajo, con esa lentitud deliberada del que quiere impresionar, un estuche de tafilete rojo con relieves dorados. Jeanne de Valois enmudeció a la vista del objeto y temblorosamente extendió una mano, sin atreverse a tocarlo, sin embargo, cual si se tratara de una sagrada reliquia.

Pero decidiéndose de pronto, apoderóse la condesa de la caja con vivo ademán, la abrió con cierta dificultad y finalmente lanzó una exclamación mezcla de honda admiración y de intenso júbilo.

-¡Oh, qué hermoso!... ¡Qué hermoso es!

-¿No es verdad? -preguntó el cardenal, orgulloso de la joya.

La condesa no acertó a responder, absorta por completo en la admiración de la joya, que se apresurara a sacar del estuche. Era un collar de brillantes tan grandes, tan puros, tan luminosos y tan hábilmente engarzados, que parecían pequeños soles que brillaban entre los dedos con llamaradas fosfóricas. Igual a un rosario de relámpagos luminosos estáticos.

-¡Qué maravilla! -musitó la condesa-. ¡Es realmente digno de una reina!

-¿No es cierto?... Pues, bien, dadme la oportunidad de ofrecérselo personalmente.

La condesa lo contempló con el desconcierto y el horror pintados en el semblante.

-¿Estáis loco?... -demandó con voz ronca-. ¿Queréis echarlo a perder todo?... Por supuesto -agregó bajando el tono y aun tratando de sonreír-, podríais ofrecérselo públicamente, como un homenaje de respeto, pero en tal caso deberíais renunciar a vuestras pretensiones... -Volvió a sonreír, segura del golpe de efecto-Si eso es lo que deseáis, pediré por vos una audiencia pública, en este mismo instante...

-¡No, no! -se apresuró a decir el cardenal, alarmado ante tal posibilidad de perder todo lo que había soñado y deseado tanto-. No... Proseguid como habíamos convenido. Llevádselo y traedme el recibo... ¡junto con la certeza de mi inmensa dicha! -agregó intencionalmente, guiñando un ojo.

-Sensata resolución -repuso de la Motte, volviendo a sonreír con toda gentileza-. Esperad unos instantes... Nada más que los necesarios para que ella os extienda el recibo de su propia mano.

Y la condesa de la Motte se apresuró a salir, dejando detrás una densa estela de perfume. El

cardenal la vio desaparecer al otro lado de la puerta y lanzó un suspiro. Para distraer sus pensamientos se puso a contemplar el escenario que lo rodeaba. Aquélla era una salita sencilla, sin muchos muebles ni excesivo lujo. La pobreza que rodeaba a María Antonieta parecía extenderse a las damas de su séquito. Luego, llevado por la curiosidad, asomó las narices a la habitación contigua, pues la condesa había dejado entreabierta la puerta. Aquella era una alcoba, igualmente modesta. Sólo el enorme y adoselado lecho parecía querer hablar de su sin duda trascendente *y* verecunda historia; pero gracias al cielo los lechos no tienen voz, pues de lo contrario el mundo andaría más confundido y convulsionado. ..

De pronto, el Cardenal se estiró y retrocedió apresuradamente ¡Había alguien en el lecho de la condesa!... Y a juzgar por lo poco que alcanzó a ver, el mismo era un hombre.

Luego de unos momentos de natural desconcierto, de Rohan cayó en la cuenta de que, en verdad, no había razones para hacer tantos remilgos al respecto. ¿Acaso Jeanne de Valois no era casada?

Reconfortada su conciencia religiosa por este simple hecho del sagrado derecho de posesión, el Cardenal se dispuso a esperar. Pero por fortuna, no tuvo que esperar mucho. Pronto se oyeron pasitos menudos, nerviosos, luego la ola de perfume conocido y... de nuevo la voz y la bella presencia de la condesa, que venía sonriendo ampliamente. A la ansiosa mirada del Cardenal, respondió con un gesto expresivo.

-Todo arreglado -dijo-. Sois el hombre más afortunado de la tierra... Podéis imaginar. ¡La... señora sollozó de alegría al contemplarlo y tenerlo entre sus manos!...

-En verdad, colmáis mi felicidad -repuso el Cardenal, llevándose la mano al corazón y alzando los ojos entornados al cielo.

La condesa metió la mano en su prominente y descotado seno y extrajo una hoja de papel. Venía escrito con una letra menudita e inclinada y al pie se podía ver una firma y un sello.

-Tomad vuestro recibo -dijo ella, sin dejar de sonreír-; espero estéis conforme... Todo se ha realizado conforme con vuestros deseos.

-Verdad es... -dijo de Rohan, posando sus experimentados ojos en el papel, en lo que allí había escrito, y en la firma y el sello. Muchas veces había visto la firma y el sello de la reina, por lo tanto no le cupo ninguna duda de que eran originales. No estaba seguro respecto a la letra, pero no cabía suponer otra cosa que el texto y la firma habían sido impresos por la misma mano. Procedió a doblarlo y a guardarlo en el mismo bolsillo ocupado antes por el estuche.

Y entonces los dos personajes se miraron, a los ojos. La expresión de la condesa era de esa tranquilidad de conciencia que da e] deber cumplido; la del Cardenal, ansiosa, interrogante, apasionada.

-¿Puedo aspirar a la gloria de verla... esta noche? -preguntó, en un hilo de voz.

La respuesta, por lo sorpresiva, resultó anonadante.

-Sí, la veréis esta noche... Mi señora está ansiosa por recobrar ese recibo y además, ya os lo dije, ella acostumbra a pagar sus deudas de honor lo más pronto posible... Quedaos, pues, aquí, y esperad

que se cumpla vuestra ventura... Apenas se haya terminado el espectáculo y se haya retirado la corte, yo misma vendré a buscaros. Mientras tanto, os enviaré un tentempié... En algún estante encontraréis libros...

Emocionado de dicha y placer, el Cardenal besó la mano de la condesa y ésta abandonó la

estancia un tanto apresuradamente, luego de reiterarle con una sonrisa complaciente que todo marchaba bien. Esta vez de la Motte no olvidó cerrar la puerta de la alcoba contigua; pero olvidado de ella y del personaje que allí esperaba pacientemente la realización de su propia dicha terrenal, se estregó a dulces y gratos pensamientos.

Y tanto se ensimismó en ellos que no oyó ningún ruido y menos pudo ver que un hombre -indudablemente el conde de la Motte-, abandonaba el lecho adoselado y vestido como estaba, luego de recibir un pequeño envoltorio de manos de su silenciosa esposa, salía como una sombra, perdiéndose en el laberinto de corredores y oscuros patios del viejo palacio de Saint-Cloud.

Alrededor de una hora después, cuando todavía se hallaba entregado a sus agradables pensamientos, los que impidieran que se durmiera, el Cardenal retornó a la realidad al oír de pronto, rompiendo el tranquilo devenir de la noche, ruido de caballos, coches y clarines... Se estiró, sorprendido y no poco alarmado, y entonces cayó en la cuenta.

¡El rey!

La convicción de que era el monarca, quien venía a compartir con su esposa sus magras alegrías y sus muchas preocupaciones, le cayó al Cardenal como un baldazo de agua helada. Transido de amarga frustración esperó... hasta que apareció la no poco agitada, nerviosa y asustada condesa de la Motte, quien le vino a confirmar sus tristes presunciones. ¡Su Majestad, Luis XVI, había venido a pasar junto con su esposa este fin de semana!

-¡No os podéis imaginar cuánto lo siente mi señora! -le aseguró la compungida Jeanne-. ¡Y cuan preocupada está pensando en vuestra justa cólera!,.. Pero me pidió que os rogase que vuestra espera será debidamente compensada y que no abriguéis dudas respecto al futuro. "Id y decidle que la presencia de Su Majestad nos será de todos modos útil", me dijo. "Hoy mismo empezaré mi tarea de convencerlo de la necesidad y conveniencia de nombrar un nuevo colaborador." Conque, ya podéis ver que ella ha tomado muy en serio su compromiso con vos...

-¿Vos creéis? -inquirió el Cardenal con voz desfallecida.

-Abrigad la seguridad de ello... Y ahora os ruego me perdonéis Sus Majestades han decidido cenar juntos y yo debo estar presente...

-¿Para cuándo suponéis que...?

-No os lo puedo decir con certeza, pero supongo que será la semana que viene... Pero estad tranquilo, yo misma iré a llevaros la feliz nueva... Por las dudas, no abandonéis París bajo ningún pretexto, pues la oportunidad puede presentarse en cualquier momento... Pero si demora un poquito, no os alarméis por ello. Todo irá bien, os doy de nuevo mi seguridad al respecto...

Y con aquella seguridad, que resquemaba su piel como un emplasto picante, el pobre Cardenal debió dar esperas y esperanzas a sus cada vez más fogosas ansias, en tanto los días empezaron a pasar con mortificante lentitud.

* * *

Por aquellos días la agitación popular era cada vez mayor. Cada jornada que transcurría la gran ciudad se iba transformando y de alegre y bullanguera se hizo adusta, ceñuda, colérica, amenazante. Multitudes vociferantes se reunían en los barrios apartados y marchaban en

columnas hacia el centro de la capital, convergiendo sobre el Palais Royal, que en un magnífico gesto obsequiara el duque de Orleáns para centro de recreación y de reunión del pueblo parisién. Esas marchas populares no siempre eran pacíficas. Los negocios, los mercados, las tiendas eran asaltadas y saqueadas, y resultaba cosa de todos los días ver a muchedumbres de pilluelos y aun de personas mayores que huían llevándose un pan o algún otro producto bajo el brazo. En una calle céntrica y concurrida, en pleno día, una pobre mujer vendedora de pan fue asaltada, molida a palos y arrebatada del fruto de su esfuerzo. Los vendedores callejeros desaparecieron poco a poco, unos porque París carecía de los artículos de primera necesidad que antes se vendían sin restricciones, otros porque temían asaltos en masa. Por consiguiente, cada día aumentaba el número de personas hambrientas. La desesperación cundía y no solamente los quejosos eran los del pueblo, sino la misma clase media y aun la nobleza. El creciente malestar había ganado estado público y la caótica situación obligaba al Estado a tomar medidas cada vez más drásticas, sin resultado alguno. Las fuerzas policiales resultaban ya impotentes para contener el desborde del pueblo, que como un río correntoso y cada vez más cargado, se volcaba sobre el centro de París. Las tropas de la guardia real habían debido reforzarse con tropas militares para resguardar los palacios y los edificios del Estado. Cuando Sus Majestades debían trasladarse de un punto a otro, los escoltaban regimientos enteros, por temor a los desbordes. La situación era tan tensa que se suponía, con fundada razón, que sólo la convocatoria a la magna Asamblea de Notables había impedido el estallido del furor popular.

Y el clima de tensión, de continua y cada vez más alarmante carestía de productos de primera necesidad, restringió en cierto modo las recepciones y fiestas y banquetes que solían darse a menudo en los palacios ducales y condales. Por lo demás, los espíritus más precavidos entre la aristocracia eran partidarios de buscar climas menos hostiles y familias enteras habían viajado al exterior. Las reuniones, se singularizaban por su brevedad y sobriedad. Ni aun a peso de oro era posible adquirir mercaderías que antes abundaban.

En el otoño de 1786, los condes de Cagliostro ofrecieron una recepción, pero ésta estuvo muy lejos de ser como la primera que ofrecieran, cinco años ha. En primer término porque hubiera constituido un insulto hacer un inútil derroche de elementos que hacían falta aun en los hogares más acomodados; en segundo, porque estando Cagliostro solidarizado con los hombres de la Revolución, no podía situarse en una posición de abierto antagonismo social.

Como puede inferirse fácilmente, el objeto esencial de aquella reunión no era otro que el de informar a los veinte conjurados la marcha de la conspiración o intriga palaciega. Cagliostro, que intuía el final de su sacrosanta misión terrenal, no veía el momento de ser absuelto de ella para "retornar a la paz del espíritu y a la beatitud de su retiro en el desierto".

No poca sorpresa y aun disgusto experimentó el magista al enterarse que de los veinte conjurados sólo habían acudido once de ellos Los miembros más destacados -Mirabeau, Robespierre, Danton, Vergniaud, Desmoulins, Garlien- no eran de la partida. Pero al enterarse que cada uno de ellos estaba realizando en este momento una activa gestión revolucionaria en distintos puntos del país, morigeró en algo su actitud.

Finalmente, cuando los que acudieran estuvieran todos reunidos, Cagliostro les habló en estos términos:

-Han transcurrido tres meses desde que el plan de Fouquier Tinville tuvo feliz ejecución... Y digo feliz ejecución, porque los resultados están a la vista. Hace dos días vino a verme el de Rohan. Estaba sencillamente desesperado. No solamente no había tenido ninguna respuesta de la "dama de Baviera" sino que ya se le habían vencido dos de los documentos que firmara para los joyeros Boehmei y Bossanger, los cuales amenazaban con enjuiciarlo públicamente... En segundo término, ya no tenía a quién acudir, porque la condesa de la Motte, que ofició de intermediaria en este delicado asunto, ha desaparecido y se supone que se halla establecida en



Librodot

el extranjero. De Rohan me suplicó que le aconsejara qué debía hacer, si acudir a la reina, directamente, o apelar a la justicia del rey. En cierto momento, llevado por el ardor de sus propias palabras, intentó responsabilizarme por lo sucedido, pero yo le repuse al punto mi advertencia anterior, expresada antes de que el asunto siguiera adelante: que la cuestión debía resolverse exclusiva y personalmente entre él y la condesa de la Motte; que yo no tenía nada que ver en ella y por tanto no participaba en beneficios menos debía participar de los perjuicios.

El Cardenal se convenció de la justicia de mi argumentación y optó por dejarme tranquilo al respecto... Mi consejo final fue que apelase al rey, pero luego de esperar una semana más, término que se vence en un par de días. Durante dicho lapso él agotaría todos los expedientes para dar con la condesa y por mi parte lo ayudaría en tal gestión. De más está deciros que no hice absolutamente nada para dar con de la Motte...

-¡Magnífico! -estalló a este punto Fouquier-Tinville, sin poderse contener más-. Ciudadanos... ¿os dais cuenta de lo que significa todo esto?... ¡Está a punto de estallar el barril de pólvora!... Cuando de Roñan acuda y apele al rey, fácil es predecir lo que ocurrirá: ¡el escándalo más grande y más sucio de toda la historia de la monarquía!... ¿Os imagináis las consecuencias que ello tendrá en este preciso instante en que toda la nación arde de indignación ante el caótico estado de cosas?... ¡Carezco de la visión de Cagliostro, pero os puedo asegurar que será el fin de la monarquía!... ¡Brindemos, pues, por el triunfo de nuestra causa!... *Vive la Républiquel*

Los aplausos estallaron espontáneamente, en medio de vivas exclamaciones. Cagliostro y Fouquier-Tinville recibieron calurosas felicitaciones por su eficiente labor y hasta se improvisaron algunos discursos en tal sentido. Alguien recitó un poema épico y prometió que la posteridad escribiría sus nombres en oro sobre mármol. En fin, fueron tantos los ditirambos, que el tiempo transcurrió insensiblemente, aunque matizado por bebidas y entremeses deliciosos.

Cumplido que fuera su propósito, y obligado por una tarea de evocación que debía realizar, Cagliostro se retiró discretamente, encerrándose en su *sancto santorum* magista. Dejó, pues, a sus amigos, que siguieran divirtiéndose a sus anchas, en el salón principal, donde se hallaban reunidas las esposas de muchos de los conjurados y otros invitados.

Fue entonces cuando habría de tener lugar aquel sorprendente caso que el poeta y crítico literario, Juan Francisco La Harpe, relata en una de sus obras:

"...Parece que fue ayer y no obstante fue a fines de 1786. Estábamos reunidos en casa de uno de nuestros amigos más pródigos. con amigos que eran fértiles de ingenio, puesto que actuaban en política.

La conversación recayó en temas graves y uno de ellos fue el hondo trastorno que Voltaire había efectuado en la mentalidad humana, y convinimos en que por ello merecía mayormente su reputación.

Todos opinamos que la revolución era inevitable; era necesario que la superstición y el fanatismo cediesen el paso a la filosofía, y nos pusimos a calcular en qué época más o menos ocurriría aquel suceso y quiénes de nosotros teníamos más probabilidades de presenciarlo.

Los más viejos lamentaban no estar ya en condiciones de alcanzarlo y los más jóvenes se regocijaban de poderlo ver y felicitaban a la Academia por haber preparado una magna obra como la *Enciclopedia* y haber sido el foco, centro y motor de la libertad de pensamiento y del triunfo de la democracia contra el despotismo.

Tan sólo uno de los presentes no tomó parte en nuestras ruidosas manifestaciones de gozo y

era evidente que con su actitud quería enfriar nuestro caluroso entusiasmo. Hablo de Cazzote, un hombre bondadoso pero original, de quien se decía que poseía condiciones magistas y era discípulo de Cagliostro. Amoscados por su actitud, le preguntamos si él, como vidente, podía decirnos si seríamos testigos de los futuros y trascendentes acontecimientos políticos.

-Caballeros -respondió al fin-, quedad vosotros satisfechos, porque veréis la magna y sublime revolución que tanto deseáis.

A lo cual replicamos con sorna:

-No se requiere ser adivino para pronosticar la revolución.

-Verdad es -repuso Cazzote-; pero no dejarán de apreciar que se necesita ser algo más que adivino para predecir esto que vais a escuchar. ¿Sabéis cuáles serán las consecuencias de la futura revolución? Más os vale ignorarlo, porque temblaríais como débiles corderos en medio del más crudo invierno... ¡Es tan terrible el destino que espera a muchos de vosotros!

A lo cual Condorcet repuso con su insolente media sonrisa:

-Siendo filósofo no me desagrada encontrarme con un profeta. Bien, hablad, os escuchamos.

-Vosotros lo habéis querido... -Cazzote hizo una pausa, como si aún dudara en revelar lo que sabía o intuía-. Vos, señor de Condorcet, exhalaréis el último aliento en el suelo de un calabozo... Moriréis envenenado por vuestra propia mano para libraros del cadalso... Vos, Velaze, no rehusaréis morir al lado de quienes se conjuraron para abatir la monarquía y rechazaréis el veneno y vuestra cabeza caerá... Vos, señor de Chamfort, os abriréis las venas con veintidós cortes de navaja y sin embargo no moriréis sino hasta algunos meses después...

Valaze, pálido, no supo qué contestar. Condorcet y Chamfort Se miraron y rompieron a risa. Quizá amoscado por aquella irrespetuosidad actitud, Cazzote prosiguió:

-Señor Vicy d'Azir, vos no os abriréis las venas, pero durante un paroxismo de gota, haréis que os sangren hasta seis veces por día para acelarar vuestro fin y morir aquella misma noche... Vosotros, señores de Nicolai, de Bailly, de Malesherbes, moriréis, todos...

-¡Eso ya lo sabemos! -prorrumpieron los nombrados, soltando la risa.

Risa que se heló en sus labios cuando Cazzote continuó:

--.. .en el cadalso.

A este punto, exclamó Roucher;

- ¡Dios sea loado!.. ¿Y qué será de mí?

-También tendréis la misma muerte -respondió Cazzote.

-Bien está que os explayéis diciéndonos todas estas cosas tan horrorosas -intervino Chamfort, que se había puesto serio-; ¿pero cuándo habrá de sobrevenir?

-No transcurrirán mucho más de siete años.

En este momento se me ocurrió preguntarle a Cazzote:

-No deja de sorprenderme todo lo que vaticináis, pero no me habéis incluido en la lista.

-Para vos, señor de La Harpe, constituirá un verdadero milagro salvaros del cadalso... Ello os hará convertir al catolicismo.

Algunas risas nerviosas se oyeron y Chamfort, haciéndose intérprete del pensamiento general, declaró:

-Podemos estar tranquilos, porque si hemos de morir cuando La Harpe se convierta, somos inmortales.

Acalladas las risas y los murmullos, la duquesa de Grammont intervino entonces diciendo:

-Las mujeres nos damos por satisfechas de que no se nos tengan en cuenta en las revoluciones... No deja de ser satisfactorio que asi suceda, particularmente en este caso.

-Vuestro sexo no os protegerá esta vez -replicó Cazzote-, y haréis bien en no mezclaros en nada, porque se os tratará lo mismo que a los hombres...

- ¡Por Dios, señor Cazzote, estáis profetizando el fin del mundo!

-Nada sé del fin del mundo; pero lo que os digo, señora duquesa, es que iréis con otras aristócratas en la carreta de los condenados, con las manos atadas a la espalda.

-Espero que, en tal coyuntura se me permita ir en un carruaje enlutado.

-No señora, iréis en una carreta vulgar, como irán también otras damas de más alta alcurnia.

-¿De más alta alcurnia?... ¡Oh!... ¿Acaso princesas reales?

-Sí, señora; y todavía más excelsos personajes.

Una expresiva y tensa pausa se impuso en el ambiente; los presentes se habían puesto graves y meditabundos. Para broma, parecían pensar, aquello era demasiado; si era una cosa veraz, resultaba demasiado seria.

La duquesa de Grammont, con intento de disipar las preocupaciones, fingió no haber oído la última réplica de Cazzote, y dijo en tono de indiferencia:

-¿Habéis visto?... ¡Ni siquiera me deja el consuelo de un confesor!

-No, señora -vino la pronta respuesta-. Ni vos ni nadie tendrá a su lado un confesor en la hora del suplicio. El último a quien se concederá este favor será...

Asustado de su propia osadía, Cazzote se interrumpió. La duquesa se aprovechó para tomar la cuestión a broma:

-¡Vaya!... ¿Quién será el feliz mortal que goce de tal prerrogativa?

-Será la única prerrogativa que retendrá entonces -Cazzote bajó la voz hasta el punto de que pocos lo oyeron- el rey de Francia.

Aquello no sólo era inaudito, sino atroz, un delito de lesa majestad. Los presentes se pusieron de pie y por separado y en pequeños grupos dejaron la mansión, alejándose de Cazzote como de la misma peste..."

Así escribió La Harpe algunos años después, dando cuenta de un acontecimiento prodigioso en los anales de la predicción del futuro. Lo que el poeta-filósofo no dijo, puesto que lo ignoraba, es que, esa misma noche, un compungido Cazzote iba al encuentro de su maestro, Cagliostro, y le dijo:

-Perdonadme, señor... Cometí un feo delito de vanidad y soberbia y, lo que es peor, enceguecido por mi estúpido envanecimiento, repetí palabras que oí aquella vez de vuestros labios...

-No lo lamentéis, amigo mío -respondió Cagliostro, apoyando una mano en su hombro y mirándolo fraternalmente-. Sin saberlo, estabais realizando una tarea, cumpliendo una misión... Alguien debe registrar en los anales de la historia que los sucesos de la Revolución fueron previstos por lo menos con siete años de anticipación...

* * *

-¡En el nombre divino y humano de Schaddai y por el signo del Pentáculo Sagrado que tengo en la mano derecha, en nombre de Anael, y por el poder de Jotchavah!... *Per serpenten oeneum sub cadunt serpentes ignei, sis mihis.*

El magista, llevando un traje blanco laminado de plata, con un triple collar de perlas, de cristales y de selenitas, procedió a soplar siete veces sobre el pentáculo sagrado que tenía en la mano, en tanto repetía:

-*Per firmamentum et spiritum vices, sis rnihi...*

El atuendo de Cagliostro, sus voces, el escenario, no podían ser más impresionantes. En aquel momento, el *sancto santorum* tenía el piso cubierto de seda amarilla -la ornamentación se cambia según el día de la ceremonia-, con caracteres de plata, formando un monograma con letras del jeroglífico egipcio, extraído de algún texto encontrado en las Pirámides. El ambiente estaba saturado del perfume de sándalo blanco, alcanfor, ámbar, áloes y la simiente del cohombro pulverizada. En los muros y en los cortinados colgaban guirnaldas de artemisa, selenotropos y ranúnculos amarillos.

Arrodillado, teniendo el Pentáculo Sagrado en la mano, la cabeza doblada sobre el pecho, el taumaturgo cerró los ojos y procuró lograr el estado ideal de concentración y meditación. Le era absolutamente imprescindible lograr una respuesta de la Esfinge. Ya no tenía sentido este vagar entre las negras sombras de la ignorancia, puesto que toda la verdad yacía crudamente expuesta por los hechos. En consecuencia, aunque en otras ocasiones esta misma ceremonia magista no diera ningún resultado, esta noche había decidido interrogar al Oráculo respecto *a su propio porvenir.*

-*In nomine et per spritum aquarum viventium sis mihi in sig-num lucís et sacra-mentum voluntatis...*

Luego el silencio, la inmovilidad y la caída gradual en el vacío negro y profundo del propio ser, buscando aquella infinitesimal lucecita que anuncia el reino de los cielos y la presencia de lo Absoluto... Pero por mucho que se concentraba en aquella inmovilidad, no conseguía dominar su pensamiento. Algo superior a él mismo, a su voluntad, le impedía entrar definitivamente en la profundidad del yo y lograr ese estado ideal de la visión interior. Ese algo tenía un nombre, una figura... Constantemente estaba frente a él, tal cual la viera en su última visión, una cabeza de Medusa, sangrante, nadando en la niebla rojiza juntamente con otras cabezas... Serafina.

-Retírate, Lilith, te lo ruego -suplicó en un gemido inaudible.

El deslumbramiento vino repentinamente. Fue como si delante de él encendieran, imprevistamente, un sol. Su resplandor ígneo lo enceguеció por completo y durante un lapso que le pareció de siglos de duración, tuvo la impresión no sólo de que había quedado ciego sino que había perdido la facultad del pensamiento y de la coordinación de ideas. Aquel resplandor era tan potente, tan inmenso, que lo cubría todo, la tierra, el mar, el cielo.

Pero así como repentinamente se manifestó a su conciencia, así aquel inmenso disco iridiscente se fue achicando y llegó al fin a convertirse en un pequeño y luminoso punto, desde el cual, cual rayos de una rueda, emergían breves destellos de luz.

Y cada destello era una respuesta a un interrogante. A cada una de las cuestiones que en infinidad de veces el magista formulara a los arcanos vanamente. De tal modo que ahora, sin

formularlas, venía a obtener las respuestas... En una palabra, como en un libro abierto pudo leer su próximo e inmediato porvenir. Y este descubrimiento, este doloroso conocimiento le produjo tal desazón, tal amargura que aun estando en plena abstracción del ser físico, lanzó un gemido de dolor, de conmiseración por sí mismo.

-¡Oh, Señor!... ¡Señor!...

Y entonces, claramente, volvió a oír a la Esfinge:

-Haste hecho digno de la revelación porque has logrado una quietud absoluta, no sólo física sino espiritual... Te has independizado del dominio de las pasiones y has asegurado la revelación por medio de la perseverancia de los actos espontáneos de una voluntad inflexible. Porque la voluntad no se asegura por sí misma, sino por actos, en absoluta libertad de pensamiento... El equilibrio en las ideas es la sabiduría, y en las fuerzas, el verdadero poder. Este equilibrio es riguroso y al haberlo logrado has logrado el conocimiento secreto... Ten resignación, valor y fe... ¡ y el Pentáculo Sagrado será tuyo!

Las últimas palabras aún no se habían perdido en la resonante inmensidad cuando sintió que caía a tierra, bruscamente. Abrió los ojos y reconoció el familiar escenario que lo rodeaba.

Había pasado el hechizo mágico y ahora volvía al mundo, tornaba a ser un mortal común. Pero un mortal común con un conocimiento sobrenatural que lo hacía más poderoso que el más poderoso de los monarcas de la tierra.

Procedió a quitarse las vestiduras ceremoniales, a recoger los instrumentos magistas de que se rodeara, apagó la lámpara mágica y los incensarios y pebeteros y finalmente emergió de su *sancto santorum* convertido en el conde Alessandro di Cagliostro.

Afuera estaba esperando Karturio, el egipcio, el Lucas de las serviles y rutinarias tareas. Entre amo y criado había al presente tal entendimiento que no hacía falta que Cagliostro agitara el cordón de la campanilla ni le trasmitiera sus órdenes. Lucas sabía cuándo lo necesitaba su amo o lo que debía hacer.

-Amigo mío -empezó diciendo Cagliostro, con grave acento, aunque sin mostrar preocupación o amargura en su pálido semblante-, al fin me ha sido revelada la verdad... Conozco mi sino y el de las personas que me rodean. Y aunque conozco también los padecimientos y aun las torturas físicas a las cuales seré sometido, no me aflijo por ello, pues así ganaré la eterna felicidad. Cosa que habré de lograr si consigo que el Pentáculo Sagrado sea mío...

-Lo será, señor, si sabes ver, oír y confiar.

-A veces me pregunto, Karturio, quién eres... puesto que en muchos casos has demostrado poseer un conocimiento incluso superior al mío... Pero esto que antes me preocupaba, ahora me reconforta. Sé que tengo en ti un hermano y que tú velarás por mí, cualesquiera sean las circunstancias por las que pasaré... Ahora, escucha ...

-No es necesario que lo expliquéis, señor... Yo sé lo que debo hacer y lo que haré, hoy, mañana y siempre. Estad tranquilo y confiad en mí. Nada de lo que no deba perderse se perderá...

Cagliostro asintió. Iba a decir algo más, pero en aquel momento apareció Apolloni, para anunciar una importante visita.

-El inspector Santerre, señor.

Momentos después Cagliostro se encontraba frente al hombre de confianza del jefe de Policía de París. Lo inusitado de la hora ya daba lugar a sospecha de que tal visita no podía presagiar nada bueno; pero la grave y aun preocupada expresión de Santerre no dejaba lugar a ninguna

duda sobre el particular.

-Honráis mi casa con vuestra inesperada visita, inspector -dijo Cagliostro, observándolo con detención-. Espero me traigáis buenas noticias...

-Me temo que no lo son, señor -repuso Santerre. Y luego de echar una rápida mirada a su alrededor y de asegurarse que estaban solos, en tono de confabulador agregó-: he venido a advertiros... ¡debéis huir, ahora mismo!

-¿Huir?... ¡Oh!... ¿Y qué ha ocurrido de tan grave que me exija tal cosa y por qué, vos, señor de Santerre, venís a decirme que huya cuando vuestra misión es detener a la gente?

-¿Lo que sucede?... Creo que eso lo sabéis mejor que yo, ciudadano... ¿cómo habré de llamaros?... ¿Balsamo o Cagliostro?... Pero dejemos de lado esta cuestión, que hay otras más importantes y aun graves... Como os decía, debéis huir, pues en mi bolsillo traigo una orden de detención para vos, extendida por el propio míster Lenoir... Pero no os aflijáis, que no sois el primero en ser detenido esta luctuosa jornada... Otras personas de mayor alcurnia ya están aposentadas en la Bastilla... Vos sabéis a quiénes me refiero: Roñan, de la Motte...

¡Había explotado el barril de pólvora!, pensó Cagliostro. No cabía otra explicación. Por lo demás, era lo previsto, aunque la prisión del Cardenal no entraba estrictamente dentro de sus planes. Sin embargo, cabía felicitarse por ello. ¡El escándalo sería mayúsculo! ...

-A decir verdad, inspector -repuso con perfecta calma-, me dejáis tan en ayunas como antes... Pues ignoro una palabra de todo lo que decís, y lo que es más, no sé de qué me habláis...

-No he venido a discutir con vos, ciudadano... Cagliostro. Sin embargo, creo que debiera bastaros la orden que traigo conmigo... Pero ya que alegáis ignorancia, tendré el agrado de refrescaros la memoria...

Y, en efecto, con particular complacencia, el inspector Santerre empezó a' citar detalles de todos los pasos que había dado Cagliostro en los últimos tiempos, desde su memorable conversación con la condesa de la Motte hasta la última reunión de los conjurados. Asombrosa o milagrosamente, Santerre entró incluso en la relación de hechos que Cagliostro suponía de su exclusivo conocimiento. De todo ello resultaba que Santerre era un policía nada común y, lo que acaso era más grave, poseía secretos, la revelación de uno solo de los cuales habría bastado para enviar a Cagliostro a la Bastilla por el resto de sus días.

-Como veis -continuó diciendo el futuro famoso revolucionario Santerre, uno de los "héroes" de las tristemente famosas jornadas de setiembre de 1792-, estoy enterado de todo lo que habéis planeado y ejecutado en unión y complicidad con otras personas... Pero, os repito, no debéis alarmaros, porque de cuanto yo sé la Policía sabe muy poco. Todo cuanto ha trascendido se debe a la actitud adoptada por el cardenal de Roñan...

Su Eminencia -siguiendo el consejo del propio Cagliostro-, trascurrida una semana más de inútil espera, había solicitado audiencia a Su Majestad y una vez en presencia de Luis XVI le había expuesto el caso -bien que dándole un aspecto político intrascendente-, expresando que había deseado dar a la reina un vivo testimonio de su respeto al enviarle un valioso presente... En fin, apremiado por el rey, había admitido que esperaba el favor de María Antonieta para lograr un alto cargo, pero que, desdichadamente, Su Majestad había olvidado su promesa y ahora él, de Roñan, se hallaba abrumado no sólo de preocupación, sino por las deudas. El rey le había exigido que probara sus afirmaciones y de Rohan exhibió el recibo de marras, firmado, sellado y aun escrito por la propia mano de María Antonieta.

No poco colérico al oír todo esto -que confirmaba en parte sus muchas sospechas sobre la dudosa conducta de su real consorte-, Luis XVI había corrido a las habitaciones de la reina, a la cual, como de costumbre, había encontrado rodeada alegremente de sus jóvenes y



Librodot

despreocupados amigos. Al reprocharle su actitud -tal era el enojo del rey que lo hizo en público-, Luis XVI exhibió el recibo. Con el rostro sonrojado de emoción y vergüenza, María Antonieta examinó el documento y luego de unos momentos de vacilación, estallando en súbitas lágrimas, había declarado que ella no había escrito, firmado ni sellado aquel papel... La firma parecía la suya, pero era indudablemente tan falsificada como el resto.

En fin, tantas lágrimas derramó Su Majestad y tantas muestras dio de inocencia, que, conmovido, Luis XVI retornó al lado del Cardenal y fuera de sí ordenó que se lo llevaran preso y lo encerraran en la Bastilla hasta tanto se aclarara debidamente aquel feo enredo. Luego hizo llamar al jefe de Policía y le dio órdenes para que detuviera a las personas que el Cardenal mencionara en su declaración.

-Vos, ciudadano Cagliostro, no estabais entre ellas, pues el Cardenal se olvidó mencionaros -siguió Santerre-, mas no ocurrió lo mismo con la condesa de la Motte...

Jeanne de Valois había ido a encerrarse en un convento de carmelitas, en Calais, sin duda a esperar que pasara la tormenta y confiada en que allí no se la molestaría, al paso que así estaba cerca de su marido, que en la actualidad se hallaba de visita en Londres. Pero las cosas salieron al revés de lo que suponía, porque al trascender el hecho y tomar intervención personal el rey, las cosas salieron a luz y se dictaron órdenes que ella suponía que la discreción de María Antonieta evitaría. La condesa de la Motte fue detenida en el mismo convento y pocas horas después le sucedía lo mismo a su marido, que regresaba de Londres con las faltriqueras bien llenas, ¡después de haber vendido el famoso collar de brillantes! Una vez en presencia del jefe de Policía y abrumada por las pruebas en su contra, la condesa había confesado que el falsificador era un tal Villette... ¡pero responsabilizando de todo lo ocurrido al conde Alessandro di Cagliostro, quien, aseguró, era el único y verdadero instigador!

-Tal es, pues, el origen de la orden de arresto que os traigo -dijo Santerre, tocándose el bolsillo.

-Confieso que me habéis abrumado con vuestros conocimientos y vuestras informaciones -declaró Cagliostro, luego de unos momentos de reflexiva pausa-. Pero, vos, *ciudadano* Santerre, no habéis venido a detenerme, o en su defecto, no me habríais aconsejado que huyera...

-Os explicaré la dualidad de mi conducta y acaso ello os aclare también el porqué de mis informaciones de primerísimas aguas... A no haber sido por mis escasos méritos, yo, probablemente, habría sido uno de los veinte conjurados. En una palabra, soy un revolucionario que ve con sumo agrado el resultado de vuestra genial estratagema... En estos momentos se precipita el mayor escándalo que se haya conocido en la historia de Francia. "¡Herejía!" -exclaman los miembros de la grey católica-. ¡Se encierra a uno de los nuestros en una prisión vulgar acusado de un delito sin nombre!... ¡Abajo el rey!"... Mientras que los miembros de la aristocracia gritan: "¡Se han suprimido los fueros de la nobleza y por una falta grave de la reina se encierra a uno de los nuestros!... ¡Abajo el rey!"... Y los del pueblo, alborozados, gritan a su vez: "¡Este sucio escándalo prueba que la monarquía, la nobleza y el clero se hallan podridos hasta la raíz!... *Vive la Republique!"...* Esos son los gritos cuyos ecos llegan hasta aquí provenientes de todos los rincones de París y aun de Francia y que pronto se convertirán en un clamor universal y sacrosanto. -La voz de Santerre se había quebrado de patriótica emoción-. Y este suceso, que adelanta en años y aun lustros y décadas el magno acontecimiento de la Revolución, os lo debemos a vos, ciudadano Cagliostro... Es por ello que he venido a tenderos la mano de amigo...

Y uniendo la acción a la palabra, efectivamente, le extendió la diestra, que el magista estrechó no poco complacido.



Librodot

-Gracias... gracias en nombre de Francia, de la humanidad -dijo Santerre. Y luego, en tono de apremio, agregó-: y ahora, ¡pardiez!, huid... ¡Huid sin pérdida de tiempo!

Cagliostro sacudió la cabeza. Su gesto era demasiado elocuente. Santerre no salía de su asombro.

-No, amigo mío -dijo el terapeuta genial-, huir en este momento sería absurdo, insensato. La solución, "para ellos", sería precisamente ésta: que alguien cargue con la responsabilidad. ¿Y quién mejor que el temido y odiado mago? Necesitan a alguien a quien colgar el sambenito de sus feas culpas, de sus errores, de su lascivia, de sus pecados de ambición y codicia... -Cagliostro volvió a mover la cabeza-. No, ciudadano Santerre... Huir sería ofrecerles la oportunidad que les hace falta para apagar el incendio provocado por el escándalo, porque muy comprometido quedaría yo al huir y al no tener oportunidad de defenderme y demostrar que, si debo asumir una responsabilidad, ella consiste en haber levantado la tapa de un pozo infecto y lleno hasta los bordes de las miasmas en las cuales se debatió la aristocracia durante siglos y aun milenios...

-Tenéis razón, ciudadano... Y gracias por esta lección que me dais. Yo solamente pensé en evitaros momentos de amargura y acaso de incomodidad y aun peligro físico.

-Sopesé en su momento los peligros que corría y los acepté voluntariamente; estoy preparado -repuso el magista-. Ahora, antes de partir con vos, ¿me permitís que me despida de mi esposa?

Santerre no se opuso a ello y momentos después Darma introducía al amo en la alcoba de su señora. La condesa Serafina ya se había acostado, pero al enterarse que su consorte debía partir, quizá por muchos días, dejó su lecho y envuelta en un peinador esperó al conde.

Un notable cambio era perceptible en Serafina. Sin estar peinada ni cubierta de afeites y pinturas, su belleza seguía siendo admirable y aun ofrecía un aspecto desconocido en ella: su serenidad. En el brillo de sus ojos se adivinaba que ahora la sostenía y daba significado a su existencia algo que antes no poseía, esa fuerza anímica o emocional que las pasiones fuertes insuflan en los seres débiles y los convierten en héroes o en villanos.

Cuando Alessandro apareció ante su vista, Serafina mantenía una insultante sonrisa. "¡Cómo! -parecía decir-. ¿Os llevan preso, a vos, al rey de los magos?... Poca cosa demostráis ser, en verdad, puesto que os llevan como a un vulgar ladrón".

Pero Cagliostro, que pareció leer su pensamiento, le dijo con acento letal en la voz:

-Me es fuerza ausentarme por unos días y lo hago por mi voluntad, para aclarar un enredo... No creáis, pues, que éste es el fin del mundo para mí y no imaginéis, tampoco, que podéis hacer de vuestra persona lo que más os agrade. Podéis escapar, si lo queréis, pero no olvidéis que en un par de días estaré de regreso y entonces... acaso no me muestre con vos tan magnánimo como he sido hasta ahora.

Y sin esperar respuesta, Cagliostro salió, recibió de manos de Lucas su capa y su tricornio y se dispuso a seguir al inspector Santerre, no sin antes cambiar con el criado una mirada de comprensión.

Una hora después y cuando aún no se habían cerrado las pesadas puertas de hierro de la Bastilla detrás de Cagliostro, Darma, la doncella de Serafina hacía pasar a un hombre en la alcoba de aquélla. Cuando ese personaje se quitó la capa y el sombrero aludo, al mortecino resplandor de una perfumada lámpara se reflejó el rostro pálido y de tensas líneas de Gervais Garlien, el tribuno del pueblo, el romántico de la causa revolucionaria.

-¡No resisto más!... -gimió Serafina, prendida del cuello de Garlien, bebiendo a raudales el

aliento de vida que le proporcionaban aquellos besos fogosos-. ¡No resisto más!... ¡Enloqueceré si me obligas a seguir soportando esta condena!... ¿Entiendes, vida mía?... ¡Tenemos que destruirlo!... -Y como un trágico eco y con voz ronca y sollozante, repitió-: ¡Tenemos que destruirlo!

* * *

Mr. Lenoir, el jefe de Policía, repantigado en su ancho y cómodo sillón con tapizado de brocato, siguió golpeando el borde de su escritorio con la pluma que pocos momentos antes quitara del tintero.

-Creedme, *signore* Balsamo, no comprendo la razón de vuestras quejas... ¡Os hemos tratado con las mismas consideraciones que al cardenal de Rohan y la condesa de la Motte, y decís que no han tenido consideración con vos!...

-Y lo reitero, señor -repuso Cagliostro, sin inmutarse ante el adjetivo calificativo que se le endilgara-. Por cómodas que sean las prisiones, para un inocente serán siempre insoportables...

-Habláis de inocencia y vuestros cómplices...

-Perdonad que os contradiga, señor, pero la única persona que ha dicho, por razones obvias, que yo instigué este robo, ha sido la condesa de la Motte. Yo no conozco siquiera al conde ni menos a ese Villete que Dios confunda, y ellos no pueden sostener lo contrario sin perjurar...

-Habéis venido repitiendo lo mismo desde hace cuarenta y ocho horas y alguien que no os conociera podría suponer que decís la verdad... -señaló Mr. Lenoir en tono amable, golpeando el escritorio con la pluma de ganso, acompasadamente-. Sin embargo, vos y yo sabemos que sois culpable, ¿verdad?... Pero eso no es todo. Tenemos métodos y medios para haceros firmar una confesión.

-Lejos estoy de ponerlo en duda, señor, pero sería el error más grave que podrían cometer... ¿Habéis olvidado que soy un taumaturgo con poderes sobrehumanos? Creedme, si estoy ante vuestra presencia es porque deseo dejar bien en limpio el prestigio de mi nombre. De lo contrario podría huir...

-¿Cómo?... -preguntó el jefe de policía en tono burlón-, ¡Estáis en un edificio del Estado, lleno y bien custodiado por policías bien armados y aun por tropas regulares!

- ¡Podría volar por los aires, si quisiera, señor...!

-¡Volar por los aires!... ¡Pardiez!... ¡Sólo por verlo, os desafiaría a que lo hagáis!

-¿No creéis en mis poderes?... ¡Cuan ingrato sois!... ¿Habéis olvidado que conserváis vuestro cargo y aun la cabeza gracias a que, en una oportunidad, evité que Su Majestad se enterara de un hecho vergonzoso para su honra, cuidar de la cual era vuestra responsabilidad?...

-¡Oh!... ¿Queréis... decir que... que nos habíais mentido?

-Es posible que sí... es posible que no... Pero me hubiera bastado mencionar ciertas circunstancias para provocar la cólera de S.M. y entonces... -Cagliostro hizo restallar los dedos significativamente-. Pero siendo ésta una pobre muestra de mi capacidad, os daré otra más concluyente... ¿Me permitís llamar a un amigo?

-¿A un amigo? -repitió Mr. Lenoir, asombrado-. ¿Aquí?... ¿Ahora?...

-No os asombréis todavía, señor... Sólo requiero de unos momentos de concentración... -Cagliostro se puso los dedos a la frente y con gesto teatral fingió que se concentraba. Segundos después, saludó jovialmente-: ¡Apolloni, amigo mío!... ¡Cuánto tiempo sin vernos!... ¡Oh, perdona!... ¿Conoces a Mr. Lenoir?

-"¿Quién no conoce a Mr. Lenoir, el famoso jefe de policía de París?... *Allá* hemos oído también hablar de él..."

Mr. Lenoir no salía de su estupefacción. Miraba a Cagliostro y al lugar presumiblemente ocupado por la persona invisible que "conversaba" con él, sin imaginar que el taumaturgo sólo estaba empleando uno de sus recursos, la ventriloquia.

-Monsieur Lenoir, permitidme que os presente a mi amigo Apolloni. .. Es uno de mis colaboradores más eficaces y con su ayuda puedo realizar cualquier hazaña, por difícil que...

-¿Queréis decir que... en verdad... existe esa persona? -boqueó el jefe, incrédulamente.

-Bueno... existir en el concepto de vida que vos tenéis, *ya no es de este mundo,* pero sí existe como cuerpo astral. Es decir, es un cuerpo cósmico invisible para el ojo humano, excepto para los adeptos e iniciados... Como se trata de cuerpos invisibles, pueden filtrarse a través de los muros, o volar por los aires...

Mr. Lenoir dejó de jugar con la pluma y aun se estiró alarmado y no poco temeroso. Perteneciendo a una clase social donde aún y en grado superlativo prevalecían las supersticiones acerca de los fantasmas y los espectros, era natural que creyera en aquella historia o que al menos tuviera una presunción de que era cierta. Cagliostro, por supuesto, explotaba hábilmente esa circunstancia.

-Apolloni... -Cagliostro se volvió hacia el presunto amigo-, acabas de decir algo que me extraña... *¿Allá* han oído hablar de él?

-"Eso mismo... Es más, le están preparando un lugar".

-¡Oh!... ¿Quiere decir que... pronto, eh...?

-"Así se dice... si no toma medidas y precauciones para evitar su muerte".

-¡Vaya, vaya... ¿Y de qué naturaleza será?

-"No morirá en su lecho, puedo asegurarte... Alguien, muy poderoso, entrará en sospechas de él y enviará un sicario..."

- ¡Comprendo!... ¿Y qué...?

-¡Basta!... -gritó Mr. Lenoir, dejando su asiento con violencia y dirigiéndose a Cagliostro, aunque haciendo un temeroso rodeo con referencia al lugar "ocupado" por Apolloni-. ¿Creéis que soy un imbécil?... ¡Basta de pantomimas!... ¡Sois un mago y eso lo explica todo, de modo que dejad esos juegos!...

Cagliostro se encogió de hombros y "miró" a Apolloni.

-Ya lo has oído, amigo... Una vez más la incredulidad se impone a la cordura...

-"Ya lo veo... ¡En fin! -se oyó un suspiro-. ¿Quieres que me vaya, verdad?"

-Eso es lo que el señor ordena... Pero, espera, Apolloni, puesto que estás aquí, ¿puedes decirme, en secreto, qué le ocurrirá a nuestro jefe y quién será el sicario ése y de dónde vendrá el golpe?

-"Como no... Acércate."

Cagliostro "se acercó" y fingió oír algo que le decían al oído y aunque Mr. Lenoir aguzó los suyos, sólo pudo percibir un murmullo.

-¡Oh!... ¡Oh!... ¡Qué terrible!... ¡Tan luego él!... ¿Quién iba a sospechar?... ¡Inaudito!... ¡No, no!... No diré una palabra al respecto, puedes estar tranquilo... Sí, Apolloni, hasta siempre... ¡y gracias!

Resultaba tan comiquísima la cara que había puesto Mr. Lenoir que Cagliostro debió hacer verdaderos esfuerzos para no soltar la risa. Sin embargo, la situación no era nada jocosa, a juzgar por las fulminantes miradas que le lanzaba el funcionario.

-¡Esto os costará caro! -prorrumpió al fin Mr. Lenoir, con el rostro congestionado, blandiendo un puño cerrado-. ¡Encima que negáis, os burláis de mí!... ¡Os haré encerrar de por vida en la Bastilla!... ¡Haré que os torturen!... ¡Que os...!

-¿Y destruiréis a la única persona en el mundo que os puede salvar la vida?... ¡Qué ingrato está el mundo!... En fin, señor, haced lo que os plazca conmigo...

Pero Mr. Lenoir no se arriesgó a agitar la campanilla. Su expresión de duda, de confusión, de lucha consigo mismo, era grande. ¿Y si después de todo resultaba cierto?, pensaba. Luego de lanzar dos o tres bufidos, volvió a su asiento y tornó a jugar con la pluma, aunque estaba tan nervioso que la rompió.

-Está bien -dijo al fin de una larga y tensa pausa-, aceptaré vuestra palabra contra la de la condesa... Después de todo, ni el conde de la Motte ni el condenado Villete han dicho una palabra acerca de vos... Esto es lo que haré comprender a S.M. y le recordaré también el servicio que nos habéis prestado... Espero convencerlo y lograr de él el perdón para vos...

El jefe de policía aún siguió perorando un buen rato y finalmente, luego de ordenar que retuvieran "al señor conde" en una de las dependencias de la casa, salió en dirección al palacio, de donde volvió dos horas después con la orden de libertad y de destierro firmada por Luis XVI y con el sello real. Cagliostro volvió, pues, al despacho del jefe, dispuesto a oír su condena. Declaró que su lealtad y sumisión eran tales que no vacilaba en acatar la orden real.

-'¡Os cuidaréis bien de no volver a poner los pies en Francia! -prorrumpió Mr. Lenoir, en tono amenazante-. Si lo hacéis, temo que no podré convencer a S.M. que no os haga ajusticiar por brujo...

-Gracias, señor, sois muy generoso... No regresaré a Francia, si eso es lo que deseáis, pero no dejaré de haceros saber dónde estoy, para el caso de que os dignéis hacerme una visita -y Cagliostro hizo una genuflexión y se dispuso a salir. Entonces pareció recordar algo-. ¡Ah!, señor... En gratitud y para que veáis que no os guardo rencor, os daré un consejo... Renunciad... Tan pronto como este asunto haya pasado, renunciad y regresad a vuestra provincia... Procurad vivir en paz con todos... Se acercan días terribles, creedme... -Y salió precipitadamente, luego de hacer una nueva inclinación de cabeza.

La historia dice que el asunto del famoso collar de brillantes se dilucidó en un proceso público, a resultas del cual los condes de la Motte y su cómplice, el falsificador Villete, fueron condenados a prisión y resarcimiento de daños y perjuicios. Dice también que con mucha anticipación al fallo, el cardenal de Rohan y Cagliostro fueron puestos en libertad, declarados libres de culpa y cargo. Pero muchos siguen preguntando si Su Eminencia y el famoso mago eran realmente inocentes...

Genova, 1789...

Han transcurrido quince meses desde los acontecimientos últimamente narrados. La



Librodot

sicalíptica escena transcurría en una habitación reservada de una posada cualquiera, en una calle cualquiera, donde el amor clandestino encontraba adecuada y placentera compensación a los afanes y los temores.

-¡Tenemos que destruirlo, Gervais!... ¡No soporto más esta separación!

Las dos figuras subyacentes en el lecho, desnudas, se agitaban como sierpes en celo en su afán de ahogar con besos y caricias aquella asfixiante sensación que las acometía toda vez que trataban el tema: "¡Tenemos que destruirlo!... ¡Tenemos que destruirlo!"

-Sí, tenemos que destruirlo... -prosiguió Serafina, apartando su boca de aquella otra succionante que pretendía, al parecer, arrancarle el alma en el beso-. Pero sin correr riesgos tontos e inútiles... Si tú o yo no lo intentáramos, seríamos aplastados como insectos que se oponen al paso de un gigante, de dos gigantes... Porque él y ese maldito Lucas, el criado egipcio, son hermanos, a mi parecer, pues jamás he visto entre dos hombres una conjunción más completa en la acción, en el pensar y aun el sentir... Estoy segura, ellos me leen el pensamiento cuando estoy cerca y por eso vivo encerrada, esperando, anhelando, soñando, estos fugaces encuentros...

-Yo también sueño con poseerte sin trabas ni muros que nos separen o sensaciones que crispen nuestros cuerpos con la angustia y el temor... Ansío compartir tus días y tus noches, bebiendo a cada instante el efluvio de tu amado ser... Mas dime cómo hemos de lograr esta unión ideal y te juro que arriesgaré el infierno...

-Piensa, Gervais, piensa... Tenemos que hacerlo sin correr riesgos personales... ¿Comprendes?... De un modo indirecto, sin tocar uno solo de sus cabellos... De una manera que él no sepa que somos nosotros los que causamos su ruina... Esto es lo que hemos de lograr, mi amado... Piensa, Gervais, piensa... ¡Oh!... ¡Gervais!... ¡Mi adorado!...

Y las voces se perdieron de nuevo entre rumor de besos y suspiros, porque cuando las separaciones son largas los encuentros son apasionados en su brevedad.

En aquel preciso momento, en otro lugar no muy distante del anterior, pero a plena luz del día y en la acera de una avenida llena de árboles, de gentes, de carruajes, de animación y de vida, junto a una mesa, dos caballeros elegantemente vestidos, hablaban en tonos casi apagados.

-Decidme, ¿no os vi en Londres?

-Sí, por cierto, y no puedo negarlo, conde di Cagliostro... Os vengo siguiendo desde París, estuve cerca de vos en Calais, luego en Dover, finalmente en Londres y ahora en Genova... Mi nombre es Théneveau de Morande y soy redactor del *Courrier d'Europe.*

-¿Explica eso vuestro pertinaz seguimiento?

-Sí, señor conde... Quiero una historia de vuestra vida. ¡Debe ser apasionadísima! -El atildado y estirado joven se echó hacia atrás

y aspiró a plenitud el tibio aire de la mañana-. ¡He oído hablar tanto de vos y de vuestras hazañas que os convertí en un ser mitológico! ... Sin embargo, creo que vuestra vida íntima debe ser todavía más apasionante. ¿Imagináis lo que sería para mi carrera y mi futuro poder ofrecer a nuestros lectores -que suman miles, os lo aseguro- las incidencias de una existencia asaz aventurera y acaso turbulenta y de todos modos emocionante?... ¡La gloria!....

-Conque es por eso que me seguís, a todas partes, de Scila a Caribdis... -Cagliostro hizo un gesto ambiguo-. Decidme, *monsieur* de Morande, ¿conocéis a Mr. Lenoir?

-¿El jefe de policía de París?... ¡Cómo no conocerle!... Es amigo de nuestro periódico. Es fuerza que lo sea... Sin su cooperación, nuestra publicación tendría poco que decir.



Librodot

-Comprendo... ¿Qué noticias tenéis de París?

¡Desastrosas!, fue la rápida respuesta. A más de un año desde el sonado escándalo del collar, París se hallaba convertida en un barril de pólvora. La Asamblea de Notables, con la que Luis XVI pretendiera amordazar a la nación, se había convertido en la institución revolucionaria más legal y poderosa de todos los tiempos. De ella empezaban a crecer los frutos de ideas en extremo avanzadas impuestas por los enciclopedistas y sus continuadores. Entre los representantes del pueblo existía un tácito acuerdo para terminar para siempre con las prerrogativas de la clerecía, la aristocracia, la plutocracia y la monarquía.

-¡Se aproximan días tormentosos y muy difíciles para la realeza!... Los miembros más destacados de ella han empezado a abandonar el barco y ello es significativo, ¿no lo creéis? Los días de Luis XVI parecen estar contados... Pero lo más tremendo de todo esto acaso lo constituya el surgimiento polifacético de la revolución. Han surgido varios grupos políticos que quieren, a toda costa, adueñarse de la situación... Están los realistas, los moderados, los republicanos, que a su vez se dividen en dos grupos, jacobinos y girondinos ...

-¡Estaba escrito, estaba escrito! -murmuró Cagliostro. Y moviendo apenas los labios, agregó-. Luego un mar de sangre cubrirá todo el fértil suelo de Francia...

-¿Qué decís?... Bueno, volvamos a lo nuestro, señor conde. ¿Puedo contar con vuestra colaboración?

-Sí, ¿por qué no?... Pero no ahora; tal vez más adelante. Porque nosotros nos volveremos a ver, ¿verdad?

-Si no hay otro remedio... ¡En fin! -El atildado joven lanzó un suspiro no muy convincente-. ¡Todo sea por amor a la historia! ... -Y a continuación, clavando sus ojos azules en el rostro del vidente, inquirió-: ¿cuál será vuestra próxima etapa?...

-No lo he resuelto aún... Milán, luego quizá Florencia y...

-¿Y qué me decís de Roma?... ¿No pensáis ir a Roma?

-No lo sé... Es decir, sí, lo sé... Allí tengo una cita...

-¿Con quién?... ¿Con el Papa?

-Sí... en cierto modo, sí... Roma, la penúltima etapa, la más decisiva... Siempre hay un momento decisivo en la vida de todo hombre. Algunos se precipitan a él inoportunamente, otros lo van posponiendo, como en mi caso, temerosos de los resultados... Pero como la hoja que arrastra la corriente, siempre se va a dar al golfo de los desencantos.

-¡Entonces nos veremos en Roma, conde!... Os doy mi palabra de que estaré allí, esperándoos... *Au revoir, monsieur!*

En la noche de aquel día, durante la cena, que transcurría como todas las comidas en que participaban los condes, en el mayor silencio, la condesa Serafina -cuyos ojos brillaban inusitadamente esta noche- rompió la callada tensión prevaleciente y dijo, en tono impersonal y casual:

-Estoy harta de vagar de un lado para otro, como una gitana... Sin relaciones, sin amistades, sin vida social, la existencia se hace insoportable... He decidido regresar a Roma... Confío en que no os opondréis...

Cagliostro no respondió... Hoy, este día, la palabra clave resultaba Roma. El ya lo sabía. ¿A qué anticipar los hechos?... Roma vendría después. Ahora todavía era posible gozar de este agradable bienestar, de este mórbido no hacer nada, excepto... esperar.

Pero como bien dijera Cagliostro, era inútil resistirse a la corriente fatal. El río de su vida se precipitaba incontenible como un rápido entre las montañas, arrastrando la frágil hoja de su existencia... Milán, Florencia, Pisa... Pequeños remansos y luego de nuevo la caída impetuosa... hasta llegar al golfo del desencanto: Roma.

Al llegar a Roma, Serafina envió un corto y urgente despacho a París, a la Asamblea Nacional, donde en aquellos momentos se jugaba el destino de Francia, al diputado del pueblo, Gervais Garlien...

"¡Dio resultado!... Ven. Te amo. S."

Y el tribuno partió con destino a Roma, abandonando sin remordimiento alguno los graves asuntos de Estado que se estaban considerando en aquel momento en la magna asamblea.

Un cabello de mujer tiene a veces más resistencia y fuerza magnética que una cadena de acero imantado...

En el preciso día en que la diligencia procedente del camino del norte entraba en Roma, en el Grand-Hotel, situado en la plaza de las Termas, donde se hallaban alojados los condes di Cagliostro, se presentaban cuatro hombres de negro, severamente vestidos y armados.

Quince minutos antes que le anunciaran la presencia de sus visitantes del destino, Cagliostro, vestido como para salir, hizo llamar a Lucas. Había inusitada gravedad en el semblante adusto del egipcia Eso era la mejor prueba de que *también él lo sabía...*

-Ha llegado el momento, mi buen Karturio... Supongo que sabes lo que tienes que hacer. No digas nada a nuestros amigos, por ahora. Transcurrido un tiempo, compénsales con generosidad y pídeles, en mi nombre que regresen al lugar de donde provienen y se establezcan allí... En cuanto a ti... Volveremos a vernos, ¿no es cierto? Entonces, todo comentario está de más... Ve ahora y di a la condesa que deseo hablarle.

Karturio se inclinó y salió.

Momentos después, fingiendo enorme sorpresa, Serafina salía al encuentro de Cagliostro.

-¡Cómo!... ¿Partís?...

-Excusaos de fingir ignorancia acerca de lo que sabéis mejor que yo, Serafina... Están por llegar los esbirros del Santo Oficio, que vienen a cumplir una orden gestionada por vos...

-¡Oh!...

-Sí, lo sé todo... Pero no os alarméis. No pienso tomarme ninguna venganza con vos. *Porque vos nunca fuiste dueña de vuestros actos.* En consecuencia, lo que hicisteis lo habéis realizado obligada por una fuerza superior... Habéis sido, en otras palabras, un instrumento del destino. Y yo también...

-¡Oh, no!... ¡No!... ¡No es así, con aire de triunfador, como quiero verte, Giuseppe Balsamo!... ¡No, mil veces no! -estalló de pronto Lorenza Feliciana, dejando explotar todo el odio acumulado en tantos años de tutelaje-. ¡Quiero verte de rodillas a mis pies, implorándome merced, perdón!... -Se golpeó el pecho con furia-. ¡Porque yo, sólo yo, puedo salvarte!... ¡Sólo yo puedo retirar la acusación de magia, nigromancia y herejía que instauré ante el Santo Oficio!... ¿Entiendes?... ¡Sólo yo puedo salvarte de la prisión, de la tortura y de la hoguera final de la Inquisición!... ¡Arrodíllate, mago!... ¡Vamos, pídeme perdón por todas las ofensas y las vilezas que cometiste conmigo!... ¿Qué esperas?... ¡Vamos!... ¡Suplica!... ¡Llora!... ¡O por Dios que escupiré sobre tus cenizas!

Serafina se puso intensamente pálida. La serena sonrisa de Cagliostro le resultaba más

dolorosa y ultrajante que una bofetada. Empezó a trasudar de angustia.. ¿Se había equivocado?

-No os vanagloriéis de algo que no habéis hecho, señora... Ya os dije, sólo habéis sido un instrumento del destino y al destino nunca se le pide perdón porque es inmutable en su inexorabilidad... Ahora, antes de partir y separarnos para siempre, sólo quiero deciros una cosa: todo cuanto hice hasta ahora para reteneros a mi lado fue porque os deseaba evitar un mal fin... Por terrible que sea el mío, será una bendición comparado con vuestro final. No lloréis, pues, por mí; llorad por vos y por... -Interrumpiéndose bruscamente, ¿se inclinó y salió.

-Señor, un oficial pregunta por vos... -dijo Apolloni, saliendo a su encuentro.

-Gracias, Apolloni... ¡Ah!, escucha... Me ausentaré por algunos días. Lucas tiene mis instrucciones sobre lo que debéis hacer. Escuchad cuanto él os diga. Repite esto a los otros.

-Así lo haré, señor.

Cagliostro puso una mano en el hombro de su antiguo secretario y fiel colaborador, le sonrió fraternalmente y por fin se encaminó al vestíbulo. Allí, en efecto, esperaban cuatro hombres de negro.

-¿Sois quien se hace llamar el conde Alessandro di Cagliostro?... En ese caso, daos por arrestado, pues somos oficiales de la Santa Inquisición.

Cuando el apasionado e inflamado tribuno del pueblo, Gervais Garlien, corrió al encuentro de su amada, la encontró sumida en un mar de amargo llanto y por más esfuerzos que hizo y consuelos que intentó prodigarle, no pudo impedir que siguiera llorando como si le hubieran anunciado la inmediata hora de su ejecución...

## *Capítulo XVI*

## *LA ESFINGE DEVELADA*

El castillo o fortaleza de *Sant'Angelo,* joya de la arquitectura romana, cuando Roma era la Imperial, es tanto o más famoso que otros castillos-fortalezas, el de Windsor y la Torre de Londres, en Inglaterra, la Bastilla, en París. Y como la mayoría de ellos, fue construida para morada y defensa de la paz. La fortaleza de Sant' Angelo, fue mandada levantar por el emperador Adriano para perpetuar su memoria y como mausoleo para sí y para sus descendientes, sobre otro mausoleo, también circular e impotente, construido por Augusto con el mismo propósito y en cuyo amplio perímetro no cabía ya un solo ataúd más. Severo habría de cerrar la serie de construcciones mortuorias circulares levantadas sobre la antigua Mole Adriana. Alguien con visión más amplia, el emperador Aurelio transformó el inmenso mausoleo circular en fortaleza y finalmente Teodorico la convirtió en cárcel. Los desdichados que morían en sus profundas e insalubres mazmorras, antaño tumbas de patricios, eran expuestos en la terraza superior, donde acudían por centenares pequeñas aves de negro plumaje que se alimentaban con los cadáveres. De ese modo los mirlos y la terraza superior del castillo llegaron a formar un siniestro símbolo que el seráfico nombre de Sant'Angelo no alcanzó a borrar.

Alessandro, conde di Cagllostro, había sido encerrado en una de esas mazmorras. Apenas cruzara el gran pórtico, una soldadesca impávida y burlona había procedido a llenarlo de denuestos, a quitarle y destrozarle las ropas, mientras le gritaban y le escupían al rostro, diciéndole:



Librodot

-¿Eres tú el famoso mago Cagliostro?... ¡Adivina qué día van a quemarte!

Y Cagliostro temblaba... No de temor ni de frío, sino angustiado a la idea de que, aquellos infames hallarían su preciado talismán en su rústica camisola y lo privarían de él. Pero la camisola fue desgarrada y mirada con desprecio.

-¡Oh, mira qué camisa lleva!... ¡Mejores las he visto usar a los boteros del Tíber!... ¡Ja, ja, ja!...

-¡No hay duda de que su linaje es muy elevado!...

Y Cagliostro se quedó con la prenda de tan pobre y rústica tela que la misma soldadesca la despreciaba, ignorante de la inapreciable joya que guardaba. Luego le arrojaron unas miserables prendas, para que hicieran juego con la camisola y vestido de ese modo fue encerrado en una de las celdas más sombrías de la mole.

El permanecer encerrado, ignorante de su destino inmediato, sin luz, sin más alimentos que un trozo de pan negro y un jarro de agua del próximo Tíber, no hubiera constituido un tormento excesivo para un Adepto que podía evadir la soledad. Pero las torturas empezaron con los interrogatorios.

Al principio solamente se trató de preguntas. Cuál era su verdadero nombre, su profesión, de dónde venía, etcétera. Le preguntaron sobre sus actividades anteriores. Una o dos veces en que por involuntario olvido equivocara lugares o fechas, se apresuraron a rectificarlo, por lo cual supuso que Lorenza Feliciani había dado detalles completos sobre sus movimientos en otras grandes capitales. No ignoraban nada, pero los investigadores del Santo Oficio eran incansables *Y* siempre querían tener la misma respuesta cuantas veces preguntaran sobre un tópico. El tiempo nada significaba en Sant' Angelo.

Cuanto todo aquello quedó debidamente registrado por escrito, en tantas hojas que ya formaban un grueso infolio, los interrogadores dejaron su lugar a otros, de aspecto más grave y severo. Pero la transición no fue tan simple. El hecho debía rodearse de un adecuado escenario y así se hizo.

Hasta aquel día -¿o acaso era de noche?-, los investigadores, cuatro en total, escoltados por otros cuatro alabarderos cubiertos de armaduras, llegaban hasta la mísera celda y la iluminaban con sus lámparas sordas. La rutina se había hecho al fin tan estimulante que el magista esperaba con verdadera ansiedad la aparición de aquel mortecino resplandor. Luego respondía a los interrogatorios con mejor ánimo cada vez, dándose el lujo de decir una broma de vez en cuando.

Hasta que en la señalada ocasión del cambio, con no poca sorpresa vio llegar a sus guardianes, seis en total, armados de espadas desnudas y de picas. Con ellos venían otros dos a los cuales no había visto hasta ahora, dos frailes dominicos de cabeza tonsurada cuyos angulosos rostros se perdían entre los pliegues de su casulla.

Dos de los guardias procedieron a encadenarlo de pies y manos y luego, sin hablar, lo empujaron hacia la salida. Cagliostro había aprendido que el silencio era un tesoro de salud, pues abrir la boca en momentos inoportunos era provocar la colérica reacción y el consiguiente golpe de alguno de los guardias.

Cagliostro conocía de memoria la complicada estructura del piso inferior y subterráneo del castillo. Su celda, la más alejada y totalmente separada de las otras, se conectaba con una escalera de piedra conocida por la Cordonata de Pablo III. Escoltado por los guardias y los dominicos, arrastrando penosamente los pies encadenados, subió por aquella escalera, cuya existencia apenas le fuera posible vislumbrar en oportunidad de su llegada, muchos meses atrás. Ahora le parecía estar remontando el difícil camino de la luz, porque allá arriba, al

extremo de la escalera de piedra, asomaba cierta claridad. Pronto descubrió, sin embargo, que aquél constituía sólo un tramo de la escalera larga, oscura y resbalosa de humedad y del musgo que se extendía sobre las negras piedras, un descanso del largo trayecto. Porque debió seguir remontando por escalones similares a los anteriores, desgastados por los siglos y por el paso de los miles de condenados encerrados de por vida en esas tumbas.

Una nueva claridad anunció finalmente la llegada a una especie de patio romboidal, en cuya parte central se alzaba un túmulo funerario, el de Adriano. Al otro extremo del patio proseguía la escalera de piedra, en un nuevo y largo trayecto hacia el camino de la luz, la esperanza y el perdón.

Pero el túmulo funerario no era lo único que se veía allí. En los contornos de aquel claro asomaban, en primer término, una enorme y encendida fragua, luego varios artefactos de extraña y complicada estructura, indudablemente instrumentos de tortura. En otro extremo, una mesa alargada, rústica, y varios bancos alrededor. Un banco, más rústico y miserable que los anteriores, se hallaba ubicado frente a la mesa. En torno a la mesa y dando frente al banco de los acusados, se veía cuatro frailes, la cabeza cubierta por sus puntiagudas casullas y los rostros cubiertos por barbas entrecanas que desaparecían bajo la sombra. Los dos frailes que escoltaran al acusado fueron a sentarse en los extremos opuestos de la mesa, oficiando de escribientes o secretarios.

Tal fue el escenario y tales los personajes que dieron iniciación al segundo acto de la tragedia. Que empezó también con un interrogatorio. Pero no ya sobre el pasado o las actividades del acusado Cagliostro, sino sobre sus relaciones con el Malo.

-Hijo mío, están registrados en este expediente, con detalles y fechas, todos los presuntos milagros y las obras mágicas que has realizado, en indudable complicidad con el demonio... -dijo el fraile que ocupaba, al parecer, la presidencia del tribunal y cuyo anguloso y pálido rostro lo mostraba como a un hombre de edad extrema-. Confiésalo así y evitarás que tu cuerpo sufra los excesos de tu mente__

-Jamás he tenido pacto con el demonio. No tengo nada que confesar...

-¿Niegas, entonces, tus obras?

-No las niego. Por otra parte, han quedado vividos testimonios de ellas.

-Deseamos ser benévolos contigo, hijo mío... Niegas tener pacto con el diablo y te jactas de tus obras... ¿Quieres explicar el contrasentido?

-Tal vez quiere decirnos que, después de todo, no tuvo pacto con el demonio y que solamente se trataba de trucos de magia y nigromancia...

Sutilísima estratagema en la cual no cayó, sin embargo, Cagliostro, advertido por el tono amable, casi amistoso del interrogatorio. Reconocer que se habían realizado trucos de magia equivalía, de todos modos, a reconocer que sé era discípulo del diablo. En ambos casos, la sentencia era de muerte en la hoguera.

-Jamás he sido nigromántico y si alguna vez he realizado algunos inocentes juegos de manos, lo ha sido para divertir en los salones a los cuales era invitado.

Los integrantes del tribunal cambiaron una mirada entre sí. Luego otro que hasta entonces no abriera la boca inició otro ataque de flanco.

-Tu expediente dice, hijo mío, que en diversas oportunidades has evocado el espíritu de los muertos... ¿Es posible realizar esta hazaña?

-¿No creéis que sería más conveniente hacer esa pregunta a los muertos?... Los vivos que se

jactan de realizar actos milagrosos son generalmente embaucadores.

-Tú no lo eres, ¿verdad?

-Nunca me he jactado de nada.

Y el interrogatorio continuó de este modo, por largas y agotadoras horas, sin que los miembros del tribunal dieran señales de cansancio. Pero cuando Cagliostro apenas pudo ya permanecer sentado en el duro banco, los frailes cambiaron una señal y abandonaron sus asientos, dejando empero dos legajos sobre la mesa. En fila de a uno se alejaron escaleras arriba, hasta desaparecer a la vista. Cagliostro miró a los guardias, esperando que a su vez lo condujeran de nuevo a su celda, pero cuando vio su inmovilidad comprendió que no era tal su intención. Luego reaparecieron los frailes... los cuales, sin embargo, no eran los mismos.

El interrogatorio, siempre en tono amable, empezó de nuevo, sobre los mismos puntos, con una insistencia desesperante, a pesar de las reiteradas negativas. Un nuevo y más difícil juego dialéctico que apenas pudo soportar Cagliostro, debido a su agotamiento. Pero cuando el juego anterior se repitió por dos veces más, en que nuevos y frescos acusadores reiniciaron las mismas preguntas, hicieron las mismas acusaciones y citaron los mismos ejemplos, Cagliostro llegó a temer que perdería el juicio, pues ya apenas sabía lo que contestaba.

Sin embargo, resistió no tanto física como mentalmente, pues cuando su cuerpo se rindió a la fatiga y se desplomó inerte, su mente aún continuó realizando jugadas magistrales en este ajedrez de muerte en el que estaba comprometido.

Cuando lo trasladaron a su celda en unas angarillas, Cagliostro no sabía que lo habían estado interrogando por espacio de más de ochenta horas. Durante ese lapso, para mantenerlo despierto, sus verdugos habían debido emplear varios recursos, como el agua y el fuego.

Pero todo ello nada comparable a lo que vendría después.

Sin embargo, al recobrar el conocimiento y encontrarse en medio de la familiar oscuridad que rodeaba su celda, Cagliostro se echó a temblar al recordar las incidencias de aquel largo interrogatorio. ¡No estaba seguro de poder resistir si el mismo se repetía en todas sus instancias!... El estaba preparado y tenía aprendizaje para dominar la materia, el cuerpo físico, a voluntad. Podía sufrir excesos de toda clase, pero... ¡la sutileza de una tortura mental era algo que no había tomado en cuenta y de ella, precisamente, se valían los inquisidores para dominar su voluntad y lograr una confesión plena.

Sí, Cagliostro conocía su destino final.

Pero éste nada tenía que ver con el género de tortura y de muerte que pensaban aplicarle sus verdugos. Porque si destruían su organismo por medio de las amputaciones o del fuego, *ese destino se frustraría.* Era por eso que debía luchar con todas sus fuerzas, energías y voluntad, para evitar un final tan calamitoso.

Cagliostro, poseedor aún del pentáculo sagrado, sabía también que tenía en él el instrumento de la salvación; pero para desentrañar su recóndito misterio debía encontrarse solo, aislado, sin límite de tiempo para la concentración, la meditación y el estudio.

Porque en el pentáculo se hallaba cifrado el alfa y el omega de la existencia, y dominando su secreto, el Adepto conseguiría *vencer a la muerte* y convertirse en el Gran Adepto, en el digno sucesor de Althotas, de Gaffarel, o de algún otro Gran Maestro cuyo trono de Sabiduría Ultérrima se hallaba en algún templo perdido en la inmensidad del desierto...

Sus temores, sin embargo, se vieron pronto aventados, porque apenas volvió en sí y recibió un jarro de agua y una hogaza de pan, fue trasladado de nuevo a la sala del juicio. Allí estaban de nuevo los cinco frailes inquisidores y los guardias y sobre la mesa se podían ver los legajos de

los obrados en la causa. Pero Cagliostro observó la presencia de otros cuatro individuos, los cuales llevaban un extraño aditamento: pantalón negro ajustado, el robusto y musculoso torso desnudo y la cabeza cubierta por un capuchón negro con aberturas para la boca y los ojos solamente y terminado en punta.

Comprendió en seguida. Aquellos hombres eran los verdugos.

Consiguientemente, podía suponer que, pasado el segundo acto, el de los interrogatorios, la tragedia entraba en el tercero y decisivo: el de las torturas.

Las siguientes palabras del presidente del tribunal no dejaron dudas al respecto.

-Hijo mío, henos aquí de nuevo, comprometidos en el afán de dar luz a una cuestión que tiende al beneficio de tu alma pecadora, impía e incontrita... Porque has de saber, hijo mío, que no es el cuerpo, mísera mortaja, lo que los hombres hemos de propender a salvar, sino el alma... Las almas han de elevarse a Dios desnudas y limpias y a ese sagrado fin dedicamos nosotros, los del Santo Oficio, nuestros afanes trabajos y aun sacrificios... Hemos resuelto, pues, liberarte a pesar de tus esfuerzos para evitarlo. Como nuestras instancias no han dado resultado, hemos de valernos ahora de otros medios más dolorosos quizá, pero indudablemente más exhaustivos... ¡Lleváoslo! -Y el fraile hizo un brusco ademán.

-¡Un instante, Su Reverencia!... -intervino otro de los frailes, adoptando una actitud patética-. Hemos de cumplir con el procedimiento ... Aunque, como en este caso, se trate de individuos remisos, la justicia demanda que la ley sea aplicada a todos por igual... Hemos de preguntar, pues, por última vez: Giuseppe Balsamo, llamado conde Alessandro di Cagliostro, o cual fuere tu verdadero nombre, ¿confiesas ser un mago, un nigromante, un herético y por tanto un discípulo del diablo?

-Hombres de mucha fe y que decís buscar la verdad y nada más que la verdad, bien sabéis que el Malo sólo anida en el corazón del perverso... Yo realicé obras de bien y si por esto, a vuestro juicio, soy merecedor del castigo, obrad como vuestra conciencia os dicte...

Los frailes cambiaron miradas entre sí, mientras el ambiente parecía electrizarse. Un nuevo y colérico ademán del inquisidor y Cagliostro, que no hizo ningún movimiento para huir o para defenderse, fue alzado en vilo y llevado hacia uno de aquellos instrumentos de tortura, una enorme rueda... '

Cagliostro apenas pudo evitar de emitir un ahogado grito de triunfo, que sus verdugos acaso tomaron por uno de temor. ¡Al fin!... Las torturas físicas podría vencerlas. Eran las otras, las mentales, las que él temía...

Y decidió acumular todo su poder magista, su capacidad de taumaturgo y de terapeuta, para vencer el momentáneo desfallecimiento de la carne.

De ello dependía *su salvación.*

Y entonces comenzó la tortura. En forma gradual, poco a poco supo lo que era sufrir la flagelación de las carnes, la distorsión de los miembros, la dolorosísima punción de los ligamentos musculosos y nerviosos, la quebradura de los huesos, los innumerables tormentos del agua, del fuego, de los hierros y braserillos ardientes, de las uñas atravesadas, del empalamiento...

Gradualmente y en días de interminable y mortal agonía, Cagliostro llegó a experimentar en carne propia que el fanatismo es una pasión tan fuerte y negativa como el odio injusto, puesto que se signa sobre seres falsamente acusados. El incumplimiento de normas y principios sustentados en ideas abstractas elucubradas por intelectos afectados, no puede ser motivo de la cruel aplicación de medidas represivas inventadas por los mismos, en momentos de delirio

religioso.

Pero la tortura de su cuerpo, repetimos, no constituyó en ningún momento un serio peligro para la existencia física del magista. Con ayuda de su ciencia, Cagliostro consiguió vencer la debilidad orgánica y cauterizar sus tejidos, músculos y nervios contra el dolor. Los torturadores no salían de su asombro... ¿Quién era, en suma, aquel hombre que podía resistir, sin quejarse, sin quedar tullido o impedido, o agonizante y aun muerto, todos aquellos tormentos?

Y aunque se decían hombres sólo temerosos de Dios, un miedo supersticioso se apoderó de ellos y al cabo de un tiempo increíblemente largo, puesto que para someter al condenado a nuevas mortificaciones era previo y necesario que se restableciera, aunque precariamente, de las consecuencias de los anteriores tratamientos, los inquisidores acudieron a las autoridades superiores del Santo Oficio y expusieron aquel caso de extraordinaria resistencia y vitalidad.

-Sólo un ser sobrenatural o un hombre justo pueden soportar semejante castigo sin rendir la vida no una sino cien veces -dijeron-. Y puesto que en ningún instante confesó su herejía y su pacto con el Demonio, démosle muerte o liberémosle...

Y los altos inquisidores ante quienes se elevó el problema deliberaron largamente entre sí, sin llegar a ningún acuerdo. Ciertamente, éste era un caso único en todos los anales de la Santa Inquisición. Bien es cierto que pudieron tomar una actitud drástica y terminar con aquél en menos tiempo que el que se necesita para decir "¡Jesús!", como los cofrades de tan santa institución hicieron en otros momentos y en otros lugares, cientos y aun miles de veces; pero los contenía el supersticioso temor de atentar contra un ser que podía ser un enviado...

Cuando se agotaron todas las instancias, los altos funcionarioa del Santo Oficio debieron apelar al fallo y la resolución de la Suprema Autoridad, o sea, el mismísimo Papa. De ese modo fue como Pío VI, que tanto oyera hablar de aquel hombre en los medios eclesiásticos, diplomáticos y cortesanos, se vino a enterar que la vida del mismo pendía de un hilo cuyo extremo se hallaba anudado a sus propias y pontificales manos.

Informado de los detalles del agudo problema que debía resolver, Pío VI dejó pasar las semanas y los meses en el estudio del mismo. Este nuevo y prolongado lapso sirvió para que Cagliostro, a quien se dejó en su celda sin mortificación, se restableciera de sus heridas *y* de las desastrosas consecuencias de las torturas. Cuando el Santo Padre adoptó una solución salomónica e hizo llevar a su presencia al condenado, Cagliostro, por uno de esos milagros de recuperación física integral que distingue a los altos miembros de la hermandad esotérica, se presentó a Su Santidad con todos los atributos de su salud y de su título. Con lo cual aumentó el desconcierto de los buenos inquisidores, pues no salían de su asombro al comprobar que un hombre mantenido a pan y agua durante tan largo tiempo y que además fuera inhumanamente maltratado, pudiera mostrarse en la plenitud de sus medios físicos.

La audiencia papal tuvo lugar en la Sala Regia, contigua a la Capilla Paolina, en un ámbito casi reducido y sin testigos, con excepción del cabeza de los inquisidores, dos o tres ayudantes suyos, y los guardias suizos.

-Cuánto nos complace, hijo mío, que el buen trato dispensado en vuestra persona dé una prueba de la magnanimidad de los procedimientos del Santo Oficio -empezó diciendo el Santo Padre, luego de clavar la mirada en el acusado y estudiarlo por algunos momentos.

-Mucho más me complazco yo, Su Santidad.

Los dos personajes se midieron, reconociéndose mutuamente como adversarios de valía. Sin embargo, como las circunstancias lo exigían, Cagliostro debió asumir un papel de humildad, respeto y acatamiento debidos a la altísima investidura papal.



Librodot

-Nos complacemos, igualmente, de teneros ante nuestra presencia, después que habéis tenido el privilegio de estar ante emperadores y reyes, siendo estimado por ellos en vuestros personales méritos ...

-Gracias, sacratísimo padre, por vuestras generosas palabras.

-...empero no podemos olvidar los cargos públicos que se os han hecho y que han dado lugar a vuestro enjuiciamiento ante el Santo Oficio...

-Cargos sin fundamento, como lo han comprobado mis ilustres cuanto sabios jueces...

-Sin embargo, no habéis probado vuestra inocencia... A nuestros oídos, continuamente, llegan quejas de vos y de vuestras obras. No podemos desoírlas...

-Son las voces del resentimiento o del afán vindicativo, Su Santidad.

-Nuestra misión terrenal es hacer justicia y por tanto hemos resuelto que, mientras se estudian exhaustivamente los cargos que se hacen contra vos, seáis trasladado a la fortaleza pontificia de San León, en Pesaro... Abrigamos la esperanza de que se pueda probar vuestra inocencia...

Y el Santo Padre hizo un leve movimiento con la mano, que se podía interpretar tanto como la terminación de la audiencia como un mudo pero elocuente despido. Cagliostro abrió los labios, intentando reclamar o acaso suplicar, pero convencido de que ya no sería oído, optó por cerrarlos y seguir a sus guardias.

* * *

La pardusca estructura del castillo-fortaleza de San León se confundía con el espolón de granito que le servía de pedestal, elevadísimo y cortado a pico. Nadie que lo contemplara por primera vez dejaba de impresionarse profunda y tristemente ante la visión de esa aguja de piedra coronada por un hacinamiento de torres, murallas y bastiones, que parecía esperar con despreciativo desafío el asalto de algún ejército enemigo que avanzara por el amarillento y árido valle de la Marecchia, pleno, sin embargo, de adusta belleza.

Tal fue el panorama que Cagliostro vio a través de la dorada bruma que aquella tarde de verano rodeaba a la fortaleza que se le destinara como residencia futura, mientras en un eufemismo pontifical se le decía que "se estudiaría su caso", lo que equivalía a decirle que el término de su encierro sería a perpetuidad...

Desprovisto de las galas cortesanas que se le permitiera llevar para la audiencia, Cagliostro había vuelto a ser el miserable prisionero a quien, cargado de cadenas, se trasladaba de una mala prisión a otra peor. Enormes portones se abrieron a su paso y el sonoro y sombrío eco con que se volvieron a cerrar pareció el redoblar de campanas en el oficio de difuntos. Los pasos, lerdos, con ruido a cadenas, acompañaron los gritos y denuestos de los otros prisioneros, asomados a los tragaluces de sus celdas, los cuales, azuzados por los carceleros, pedían a gritos que se llevaran al prisionero y lo metieran en otra prisión o lo ejecutaran de una vez...

De nuevo el temor hacía presa del alma de los hombres rudos. La certidumbre de que estaban vejando, maltratando y ofendiendo a un hombre que bien podía ser cierto que tenía pacto con el Diablo, los tenía a todos esos hombres sobre ascuas. Y el temor, y la superstición hicieron el resto. Las cosas más sorprendentes y aun terribles circulaban sobre el prisionero. Podía resucitar muertos, matar con el soplo, esfumarse como el humo, volar por los aires, comunicarse con los espíritus, podía, en fin, envenenar, hechizar y embrujar, causar daños

físicos irreparables o enloquecer a la gente... ¿Cómo mantener en prisión a un hombre semejante?

-Esta es la pregunta que habréis de responderme, teniente Gandini -le dijo el alcalde de la fortaleza, delegado pontificio, Rivoira, al comandante de la guardia-. No debemos correr riesgo alguno, no solamente respecto a la seguridad del prisionero, sino a la salud nuestra, gravemente amenazada, y a la de nuestros guardias, por supuesto.

El teniente Gandini, un hombre de unos cincuenta años, rudo como él solo, severo hasta la crueldad y de sentimientos impermeabilizados al dolor o el sufrimiento ajenos, había respondido que lo fundamental era el aislamiento y la seguridad. Y ambos hombres habían cavilado por largas horas, buscando una respuesta. La solución más aparente la encontró, como puede imaginarse, la retorcida imaginación del alcalde.

-Puesto que en toda la fortaleza no existe una celda lo suficientemente aislada y segura, necesario es construir una... Abriremos, pues, un espacio adecuado en la roca viva que sirve de base al castillo... Será circular y profunda, sin puertas ni ventanas...

-¡Sin puertas ni ventanas! -balbuceó atónito el teniente Gandini, que en su obtusa y vinática mente no concebía que pudiera existir un lugar semejante.

El alcalde explicó mejor su idea y como resultado de la misma se procedió a construir la celda especial. Cavada en la roca, la misma tenía una altura tres veces mayor a la de un hombre alto; siendo las paredes de roca y completamente lisas, resultaba humanamente imposible escalar por ellas. En la parte superior o sea el techo, se colocó una gruesa reja, doblemente asegurada por fuera con cerrojos y cadenas. Como esta parte venía a quedar a cubierto de uno de los muros del castillo, no había temor que la celda se inundara por las lluvias. Y aunque el prisionero tendría luz durante el día, jamás vería el sol ni el cielo. Para el descenso del prisionero se utilizaría una escala de cuerdas, la cual sería retirada luego y no usada jamás. El agua y los alimentos le serían bajados en una cesta, por medio de una cuerda. De este modo se evitaría que el brujo hablara con sus carceleros y tuviera una oportunidad de embrujarlos o magnetizarlos.

Aquélla, en verdad, era una tumba en vida.

A pesar de lo cual, no hubo ser más feliz sobre la faz de la tierra cuando Cagliostro, salido de la transición, la fatiga y la emoción del cambio, se encontró encerrado en aquella extraña celda.

-¡Al fin!... ¡Al fin!... ¡Soy libre!... -gritó alzando los brazos hacia el cielo.

Puede parecer asombrosa tal afirmación para quien no esté, como el lector, familiarizado con la idea que el Adepto mantenía en él escondida en un rincón de su mente. Aquel sorprendente "¡soy libre!" no significaba otra cosa que tener una oportunidad, largamente esperada, penosamente anhelada, de poder sumirse, en entera libertad, sin apremio de tiempo alguno, en el estudio del pentáculo sagrado. Sin obligaciones sociales, sin compromisos profesionales, sin complicaciones de ninguna naturaleza, sin esposa que lo apremiara con sus egoístas exigencias, sin secretarios ni criados que pudieran turbar su retiro, ¡era libre, libre, al fin, para adoptar la postura de la flor de loto y entregarse a la concentración y la meditación, *únicos caminos* para descifrar el misterio del pentáculo sagrado y llegar al conocimiento ultérrimo!

Había cumplido su misión terrenal, para la cual fuera elegido con anterioridad de milenios por las fuerzas que regulan el pulso de los mundos del universo. Estaba, pues, en libertad de buscar la libertad... Porque sólo es verdaderamente libre el hombre que puede vencer sus flaquezas, sus egoísmos, sus pasiones. Sin esos lastres, podía entregarse *ahora* al estudio del pentagrama de oro que quitara del sarcófago existente debajo de la Esfinge, allá en Egipto.



Librodot

-¡Señor-, este hombre es un verdadero demonio o un dios!... -informó el teniente Gandini a su superior, algunos días después de la llegada de Cagliostro a la fortaleza y su posterior encierro-. Sin inmutarse, sin quejarse, sin mirar siquiera a su alrededor, ha buscado el lugar más alejado de su celda y allí se ha sentado, en el suelo, adoptando una extraña postura, donde permanece en la mayor inmovilidad horas enteras...

-Mientras permanezca así, no tendremos nada que temer... Vigiladlo constantemente.

-No dejaremos de hacerlo, señor... ¡No vaya a ser que un día se volatilice ante nuestra vista!

No en vano se dice que la rutina es la peor enemiga del hombre. La curiosidad llevó al teniente Gandini y a sus hombres a montar todo un organismo y sistema de vigilancia; la curiosidad y el temor, porque estimaban que aquel hombre, teniendo pacto con Dios o con el Diablo, podía jugarles en cualquier momento una mala pasada.

Y no lo perdieron de vista durante días, semanas, meses enteros, sin que el prisionero pareciera advertirlo y sin que cambiara en absoluto su quieta y pacífica pose.

-¡Qué Dios ni qué Diablo! -barbotó un día el alcalde, que acudiera en persona a espiar al prisionero, sin creer que pudiera permanecer tanto tiempo en aquella actitud-. ¡Ese hombre está loco!... ¡Ha perdido el juicio debido a su encierro!... Eso es todo.

Loco... La sacramental palabra produjo no poco efecto en la crédula y supersticiosa soldadesca. Muchos se echaron a reír. ¡Vaya, después de todos los trabajos y las penurias pasadas por culpa de ese hombre, ahora resultaba que estaba loco!

Se rieron y terminaron por olvidarse de él. Olvidaron que era un mago y olvidaron también sus temores respecto a él. En los días, en las semanas, los meses y aun los años que siguieron, el nombre, la persona y la figura del famoso taumaturgo fueron olvidándose, hasta el punto de que el enterrado en vida dejó de figurar, por omisión, en los registros carcelarios. Algunas veces, cuando llegaban autoridades o se producían cambios y alguien preguntaba por el famoso Cagliostro, muy pocos eran los que podían decir dónde estaba encerrado.

Pero aunque Giuseppe Balsamo pudo pasar por muerto, y aunque transcurría el tiempo, inexorablemente, el magista estaba bien vivo y tenía plena conciencia de cuanto ocurría a su alrededor, no sólo en la fortaleza, sino más allá, en Pesaro... Y aún más allá, en Roma, y todavía más lejos, en París... Todo el escenario del mundo desfilaba ante él como en una inmensa pantalla de plata y podía ver sus ciudades y a sus inquietos, egoístas y ambiciosos habitantes.

En una palabra, ¡había aprendido a descifrar parte del jeroglífico contenido en el pentáculo de oro de la Esfinge y poseía el maravilloso poder del desdoblamiento astral!

Pero aún estaba lejos de haber logrado la total develación de los secretos de la Esfinge y a ello se entregaba, apasionadamente, todos los días del largo rosario de su encierro.

Y lo hacía por la sencilla razón de que, cuanto más pronto develara a la Esfinge, más pronto lograría la ansiada y verdadera libertad... ¡la que nos libera de la pesada condena de la muerte!

* * *

Imagine el lector el pobre, el triste escenario. Un montón de paja podrida en un rincón y sentado sobre él, con las piernas cruzadas al estilo oriental, las manos apoyadas en los muslos,

el único morador. Ni una mesa, ni una silla, nada, en fin, que pudiese llevar a la reminiscencia de que existía un mundo civilizado que estaba bien lejos de la época cavernaria. Luego muros grises, oscuros, granito reluciente de humedad y... nada más.

Indigno encierro de una fiera sanguinaria. Donde sin duda hubiera enloquecido o muerto el hombre de más voluntad y mayor temple al poco tiempo de su encierro...

Y sin embargo, ahí estaba él, Cagliostro, el impertérrito, el poderoso, el ser sobrenatural, el hombre-dios.

¡Porque Cagliostro poseía el poder de la mente y con ayuda de ella en ningún momento se consideraba encerrado en aquella lúgubre cueva!

Pero el maravilloso dominio de sí mismo y del pensamiento no lo utilizaba solamente para evadirse de aquella deprimente y mortal realidad. Como hemos dicho, desde el primer momento se entregó con pasión, con desesperación, al estudio del pentáculo sagrado que conservaba consigo casi por milagro.

Al principio, un tanto olvidado de las más difíciles prácticas magistas, debido a la agitación del mundo en medio del cual se viera obligado a vivir, le costó bastante descifrar el más simple de aquellos jeroglíficos. Recordó que en tiempos más brillantes, en medio del esplendor de la riqueza y el poder, había intentado profundizar en sus arcanos, sin lograrlo jamás, a pesar de los empeñosos esfuerzos realizados algunas veces.

¿Qué sucedería si un estudiante común de física se encontrara un día frente a una serie de anotaciones sobre física nuclear? Más o menos eso era lo que le sucediera a él. No llegó jamás a tener el tiempo necesario, el debido aislamiento y el silencio y la soledad requeridos para una alta concentración mental.

Cuando Cagliostro pudo al fin tener el pentáculo de oro en su mano, cuando pudo verlo y examinarlo a su sabor, tuvo la impresión de que lo veía por primera vez. ¡Tan vivos y significativos en su recóndito misterio le resultaban aquellos jeroglíficos que la posteridad le trasmitía!

El Tetragramatón, la sagrada estrella de cinco puntas, estaba encerrada en el círculo de oro de una medalla. Tanto dentro del círculo como de la estrella, en todos los espacios y pequeños lugares posibles, en el anverso y el reverso, se veían decenas y aun centenas de extraños signos. Los jeroglíficos sagrados.

-"Ahí está la clave universal de las artes mágicas, la clave de todos los antiguos dogmas religiosos, la clave de la Cabala y de la Biblia, la clavícula de Salomón, y de Krishna, el Sabio"... -había dicho la Esfinge.

Pues, bien, esa pequeña clave, que se mantuviera perdida durante milenios en el fondo de una pirámide, con la que podía abrir todas las tumbas del antiguo mundo, hacer hablar a los muertos, volver a ver en todo su esplendor los monumentos del pasado y contemplar los hechos del presente y admirar las maravillas del futuro, . comprender los enigmas de todas las esfinges y penetrar en todos los santuarios, estaba allí... ¡en la palma de su mano!

Pero, a menos que se decidiera a descifrar su contenido de una vez por todas, sólo sería un trozo de metal en la mano de un ignorante. Eso y no otra cosa es la materia en la mano del pretendido sabio.

Cagliostro se entregó, pues, con unción, con devoción, al estudio de aquel enigma. La tarea era difícil en extremo, porque carecía de textos, de papel, de tinta, de libros y tratados de consulta. Sin embargo, todo eso y más se hallaba contenido en el mismo pentáculo y sabiéndolo, Cagliostro buscó la punta del hilo...

Allí estaba grabado un alfabeto jeroglífico y numeral, manifestando por caracteres, signos, siglas y números simples y combinados, una serie de ideas universales y absolutas, sumando y restando las cuales se podía llegar al número clave y por éste al resumido espíritu de una determinada letra. Luego era necesario hallar una escala de diez números invertidos y multiplicarlos por cuatro símbolos conocídos y con el resultado encontrar las doce figuras o constelaciones estelares, identificando a cada uno de sus elementos con ayuda de cuatro genios desconocidos hermanados con otros cuatro conocidos, formando con ellos el cuaternario simbólico, figurado en Menfis, Delfos y Tebas, por las cuatro formas de la Esfinge...

Semanas, meses, hicieron falta para que Cagliostro, al fin, pudiera levantar una punta de un hilo del velo de la Esfinge. Pero aquello bastó. El genial Adepto tenía fe, constancia, amor, resolución, tiempo, aislamiento, soledad... Es decir, se hallaba en el ambiente, y el medio y las circunstancias ideales para realizar su cometido.

Y lo logró.

Y cuando ese portento tuvo lugar, los impenetrables muros de granito de aquella cueva se hicieron traslúcidos como una niebla que la aparición del sol desvanece.

Entonces, abandonando su mortal envoltura, pudo atravesar aquellos muros y salir. Y cuando su cuerpo astral llegó al valle de Marecchia, no sólo se extasió con el árido paisaje, cual si fuera el más hermoso del mundo, sino que saltó y corrió como un cervatillo en una pradera.

Gradualmente, sin embargo, se aquietó su espíritu. De la alegría pasó a la serena contemplación. Recorrió todas las inmediaciones, incluso llegó a la ciudad, pero Pesaro dormía y no ofrecía aspectos dignos de contemplación. Por último, temeroso de haberse alejado demasiado, volvió a su reducto.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, supo al fin apreciar el alivio de un sueño largo y profundo.

Luego, al despertar, al fin pudo decir, como el poeta de Weimar:

"¡Ah, cómo a esta vista todos mis sentidos se estremecen! Siento la joven y santa voluptuosidad de la vida rebullir en mis nervios y hervir en mis venas. ¿Era un Dios el que trazó este signo que aplaca el vértigo de mi alma, llena de alegría mi pobre corazón y, en un vuelo misterioso, devela alrededor de mí las fuerzas de la Naturaleza? ¿Soy un dios? Todo se aclara ante mi vista; veo en esos sencillos trazos la Naturaleza activa revelarse a mi espíritu. Ahora, por primera vez, reconozco la verdad de esta palabra del sabio. ¡El mundo de los espíritus no está cerrado! ¡Tu sentido es obtuso, tu corazón está muerto! ¡En pie! Baña, ¡oh, adepto de la ciencia, tu pecho, todavía envuelto en un velo terrestre, en los esplendores de un naciente día!..."

En los días, las semanas y los meses subsiguientes, Cagliostro repitió su asombroso experimento y de un modo gradual e insensible fue extendiendo el radio de su acción. Llegó así el día en que, con gran sorpresa suya[1] se encontró en una región jamás vista por *él.* Luego *voló* sobre otras zonas, sobre montañas y bosques, cruzó el mar y a voluntad volvió a visitar ciudades y lugares que ya conocía.

Hasta que, al cabo de un tiempo de reprimir en vano la idea, surgió incontenible el deseo, el afán, de volver a París...

Cediendo a ese ya incontrolable impulso, cierto día cayó en trance y voluntariamente se proyectó sobre la alegre y bulliciosa capital de Francia.

Pero pronto lamentó el haberlo hecho, porque lo que vio sumió su espíritu en profunda

amargura...

---

*[1] Para un mejor entendimiento acerca de este fenómeno del desdoblamiento y para que no se estimen nuestras afirmaciones como meros productos de una mente afiebrada, trascribimos a continuación algunos pasajes de un ensayo escrito sobre el particular por un famoso médico y escritor occidental, Paul C. Jagot. Dice este maestro:*

*"Desdoblarse, o dicho en otros términos, ser visto u oído a considerable distancia del propio cuerpo; ver y oír lo que ocurre a lo lejos, constituye la más extrema de las manifestaciones telepsíquicas... La historia nos ofrece el testimonio de numerosos ejemplos de desdoblamiento... Para convencerse de ello, basta leer los procesos verbales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres, o las obras de Gurney, Myers, Podmore, Maxwell, Boirac y otros... Únicamente una predisposición especial o un estudio intensísimo permite lograr el desdoblamiento integral; pero si la intención sostenida de ejercer influencia en el pensamiento ajeno basta, con mucho, para que su actividad mental se irradie de manera eficaz, una concentración análoga de espíritu determina casi siempre, parcialmente, la proyección bilocatoria... Si la ciencia moderna empieza apenas a rozar -¡y con cuánta circunspección!- el estudio del fenómeno en cuestión, se han transmitido, a través de las edades, textos que afirman el perfecto conocimiento, el manejo fácil, de las leyes del desdoblamiento... El ocultismo o las ciencias ocultas, vestigios del saber de los antiguos, nos muestra al hombre constituido, no solamente de un alma y de un cuerpo, sino también de un tercer elemento intermedio entre la primera y el segundo... Este elemento es el doble, o el Ka de los sacerdotes egipcios, el Kamarupa de los hindúes, el Nephesch de los cabalistas, el mediador plástico de los hermetistas, más conocido en nuestros días bajo el nombre de cuerpo astral... Exactamente formado sobre el modelo de la apariencia material, el cuerpo astral, hecho con una substancia más sutil aún que el estado etéreo de los físicos, interpenetra el organismo tangible, del cual es, por otra parte, el edificador, el conservador y el animador... A favor de esas letargías semejantes a la muerte que saben provocar sobre sí mismos los prácticos de la magia, el alma (la conciencia psicológica), se exterioriza movida por el cuerpo astral y dejando allí el cuerpo físico, al cual la mantiene ligada un lazo fluídico extensible, halla abolido el espacio... Es de este modo como una persona desdoblada puede ver y describir lugares o personas jamás conocidos, u otros donde ya ha estado o donde tiene seres queridos o amigos íntimos, y aun puede llegar a percibir acontecimientos que aún no se han producido. .. Cuando, sentados, con los músculos relajados, en plena meditación y concentración, pensamos, muy profunda y exclusivamente en un tercero, inconscientemente proyectamos nuestro doble hacia él... A veces, mientras nos hallamos sumidos en nuestros pensamientos, tenemos la impresión de retornar de muy lejos en el momento que una brusca llamada nos restituye a la realidad..." P. C. Jagot: El Desdoblamiento.*

* * *

Proyectado en el espacio, a vuelo de águila, pudo ver que lagos de sangre cubrían las calles de la gran ciudad y que una densa y roja humareda partía de cien, de mil partes a la vez, en tanto un inmenso clamor humano, mezcla de salvaje alegría y de dolor y pesadumbre, se elevaba hacia los cielos, como poniéndolo por testigo de la locura suicida en que los seres humanos caen en épocas aciagas de su historia... Un olor a cosas quemadas, a cuerpos chamuscados, a materias pútridas, hacía irrespirable la atmósfera. Pero allí donde se veía un cuerpo yaciente en medio de un charco de sangre, recién inmolado y aún tibio, una pareja se acoplaba



Librodot

salvajemente ante la vista azorada de algunos niños o ante la encallecida indiferencia de hombres y mujeres ahitos de vino y de sexo...

Más allá, desbordándose, nuevos y frescos torrentes humanos y las mismas escenas de lujuria, de horror y de muerte repitiéndose con insistencia de locura.

¡Ah, pero éste no es sino el preámbulo de una tragedia cuyo desarrollo hiela la sangre en las venas!... Hacia el centro de la ciudad y convergiendo sobre la ahora llamada Plaza de las Ejecuciones, se observa la llegada de muchedumbres interminables de *sans culottes* armados de picas, de hoces, de hachas y cuchillos, entonando marchas y estribillos. Son verdaderos ríos humanos que se vacían en la gran extensión de la plaza y la colman de extremo a extremo. Y cuando ya no hay un solo lugar donde poner un alfiler, las turbas se encaraman en los árboles, en las columnas, asoman osadamente en los aleros y los techos, se trepan a las cornisas y se prenden de los chapiteles, sin dejar de vociferar, sin dejar de cantar, o de beber, o de ayuntarse.

Y entonces... ¡Oh, horror de los horrores! El macabro e interminable desfile de cabezas humanas recién tronchadas y chorreando sangre, en las cuales los desorbitados ojos todavía hacen visajes de furor, de odio o de dolor... Rostros, máscaras y mascarillas... Muchos conocidos, otros por conocer. Nombres, muchos de los cuales llenaron las páginas de la historia, nombres otros que no cabrían ni en cien gruesos textos. El macabro desfile no termina nunca... "¡Señor, Vos!... ¡Vos también, Excelencia!... ¡Oh, Duquesa, creed que lo siento!... ¿Sois vos, la más hermosa de las princesas?... ¡Vos, Señora!... ¡Oh,!... ¡Amigos míos! ¡Estáis todos!... ¿No es una lástima?... ¡Tantos talentos perdidos!... ¡Cuánta sabiduría desperdiciada!... ¡Señor de Vergniaud!... ¡Amigo Ducos!... ¡Oh, madama de Roland!... ¡Cuánto lo lamento!... Creedme, yo... ¡Vos también, Desmoulins!... ¿Es ella vuestra esposa? Después de todo, ¿no queríais estar juntos?... ¿Y esta pareja?... ¡Oh!... ¡Lorenza y Gervais! Lo siento, Lorenza. Quise impedirlo... Espero que no me guardéis rencor...." Los rostros pálidos, macabros, siguen desfilando, más nombres, algunos célebres, se agregan a la lista... Robespierre, Danton, Fouquier-Tinville, el sanguinario e implacable Santerre... ¡Es Cronos devorando a sus hijos!...

El cuerpo deletéreo, sollozante, volvió a su seno viviente y Cagliostro recordó que aquella escena ya la había visto en otro tiempo, y la había descrito al caer en el trance metagnímico. Ahora ya no le cabía duda de que todas aquellas horribles escenas de violencias, crímenes y ejecuciones se estaban cumpliendo con una matemática precisión... ¡Era el ciclo histórico que se cerraba con un broche sangriento! ... Y uno nuevo se abría bajo un fulgor de fuego, pero más allá, hacia el confín de la tierra y el cielo, asomaba un horizonte azul, de paz...

-Lo que estaba escrito se cumplió -murmuró-. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

* * *

Cumplida con admirable resultado la primera fase de aquel estudio, Cagliostro prosiguió incansablemente su empeñosa tarea de revelación de la ultérrima ciencia esotérica contenida y comprendida en aquellos jeroglíficos. De este modo, gradualmente, superó todos sus conocimientos previos y finalmente alcanzó un grado de sabiduría máxima sin parangón en las escuelas esotéricas más famosas de Egipto, India o Asiria.

Pero eso no era bastante. Debía ir más allá y trascender el conocimiento reservado a los dioses, para lograr la facultad sobrehumana de cruzar a voluntad el linde entre la vida y la

muerte... máxima sabiduría alcanzada en toda la historia de la humanidad por un escasísimo número de Elegidos.

Mas como tal era el precio para lograr *su libertad,* fuerza le resultó insistir en estos estudios hasta el agotamiento físico e intelectual. El tiempo no contaba, pero pasaron semanas, meses y años antes de que pudiera ver satisfechos sus anhelos... El día que tuvo la certeza de que había trascendido el conocimiento máximo del hombre, derramó lágrimas que reconfortaron su corazón y despejaron su mente de la negra niebla de la desesperación.

Una y otra vez realizó la prueba de caer en trance letárgico o cataléptico, hasta quedar absolutamente convencido de que era poseedor del magno secreto de vivir y morir a voluntad. Dichas experimentaciones se extendieron por horas y en una ocasión llegó a estar muerto por dos días. Aquello, sin embargo, no bastaba. Debía lograr completo dominio sobre la materia, de tal modo que no sólo pudiera resistir el tiempo sino las consecuencias de un tratamiento riguroso, sin olvidar la sepultación bajo tierra.

Finalmente quedó satisfecho de tales experimentaciones y decidió que había llegado el día de su liberación.

Se hallaba reflexionando cómo haría para llamar la atención de los guardias sobre su fallecimiento y precipitar su inhumación, cuando sintió o tuvo la impresión, mejor dicho, de que su cueva se iluminaba. Sin abrir los párpados alzó los ojos de su cuerpo astral y... no se sorprendió mucho de hallar junto a él a Karturio, el fiel criado de su mundana existencia. Y si alguna duda le quedara de que también el egipcio era un Gran Adepto, ella se despejó en este momento. Sonriendo con gravedad, Karturio le dijo:

-Hermano mío, llegado es el momento... Por eso he venido ahora y no antes. ¿Estás pronto a regresar al templo de la vida eterna?

-Sí... Nada esperé con más ansiedad.

-Entonces, realiza tu parte... Y no temas, que yo estaré velando junto a ti.

Y la visión desapareció.

Al abrir los ojos, Cagliostro ya sabía lo que debía hacer. En primer término, lograr por todos los medios que los guardias no tuvieran la menor duda de su muerte. Esto era fundamental. Si existía tal duda, era posible que sometieran a su cuerpo a exámenes o autopsias que hicieran del todo imposible su retorno a la vida. La cuestión, por tanto, era delicada y riesgosa.

Ya hemos dicho que su magro alimento y el agua le bajaban por medio de una cuerda y un pequeño cesto, todos los días a la misma hora, esto es, cuando se disponía de mayor luz natural, al mediodía. El mismo prisionero se encargaba de vaciar y llenar el cesto. No conocía a sus guardias. Jamás había visto a su carcelero en los cinco años que duraba su encierro en esta fortaleza de San León.

Aquella mañana de una fecha mundana que Cagliostro ignoraba pero que ha quedado registrada en los anales como el 26 de agosto de 1795, poco antes de la aproximación del carcelero, el gran magista tomó su resolución y se arrojó de cabeza contra el muro de roca...

Cayó aturdido, adolorido y sangrante, pero no privado del sentido. Era el resultado ideal que pensara lograr precisamente, pues de tal modo ejerció pleno dominio sobre la materia y pudo caer en completa letargía, dejando su cuerpo sin respiración y completamente insensible a todas las reacciones exteriores.

Y estaba tendido largo a largo sobre el piso húmedo y maloliente de la celda cuando llegó el carcelero y, como de costumbre, bajó el cesto. Cuando el mismo tocó fondo, puso la cuerda en tensión. Esperó por unos instantes el tironcillo que daría la señal para izarlo de nuevo.

Pero como no llegaba, se asomó a la reja y gritó:

-¡En!... ¡Abajo!... ¿Qué pasa ahí?... ¿Estás dormido o...?

Fue entonces cuando creyó ver el cuerpo yaciente del prisionero. Se encogió de hombros e izó de todos modos el cesto. Hombre entrado en años, rudo y rústico, deshumanizado debido a su empleo, el carcelero se preocupaba muy poco por la salud o la vida de sus prisioneros. Por lo demás, según lo recordaba, esto mismo había ocurrido en dos o tres oportunidades anteriores. Pero luego el supuesto enfermo o el presunto muerto había vuelto a dar señales de vida, retirando por mano propia el mendrugo, la bazofia y el agua que constituían su alimentación diaria. Al ver asomar el cesto intacto, se encogió de hombros y se alejó.

Al día siguiente, a la misma hora, se repitió la escena. Se asomó de nuevo a la reja. El cuerpo yacía en la misma pose anterior, en forma antinatural... El carcelero se rascó la espesa y entrecana barba, perplejo.

-Me parece que ha sucedido, al fin, lo que por tanto tiempo ha venido deseando el teniente Gandini -pensó. Pero para estar más seguro de ello, se inclinó y llamó con voz más fuerte que nunca-. ¡En!... ¡Abajo!... ¿Qué ocurre?... ¿Estás enfermo?

No tuvo la menor respuesta ni advirtió el menor indicio de vida. Esperó unos momentos más, repitió sus llamados, todo en vano. Finalmente, convencido de que algo malo ocurría, decidió ir a dar parte.

-¡No seas imbécil! -prorrumpió el teniente Gandini al enterarse, colérico porque venían a turbar su plácido, abundante y bien regado almuerzo-. ¿Cómo puede estar muerto si nunca lo aquejó dolencia alguna? -Pero como el carcelero insistiera sobre la extraña inmovilidad del prisionero, declaró que iría a verlo más tarde...

Aquel más tarde significó una larga siesta después del abundante y copioso almuerzo. La excusa era que "a la tardecita" el sol castigaba menos. Por fin, a eso de las seis de la tarde -en verano, los días en Italia todavía son radiantes a esa hora- el jefe de la guardia, el carcelero y varios guardias armados hasta los dientes, se dirigieron a la celda ocupada por Cagliostro desde su ingreso a la prisión pontificia. Desde el enrejado tragaluz llamó el teniente Gandini y como no obtuviera respuesta y no se veía nada desde arriba, hizo bajar una lámpara sorda.

-¿No os lo dije, señor? -protestó el carcelero-. ¡No ha cambiado de posición desde ayer!

-Puede ser una treta -masculló el oficial, acariciándose la barbilla.

Momentos después había tomado su resolución. Hizo que cuatro de los seis guardias mantuvieran estrecha vigilancia con sus arcabuces montados y prontos a hacer fuego. Otros dos tirarían la escala y bajarían por turnos por ella, protegiéndose mutuamente para el caso de un ataque por sorpresa.

Tomadas todas estas precauciones, se procedió como había ordenado el oficial y mientras éste y el carcelero se quedaban arriba, el primero, pistola en mano, para cualquier eventualidad, los nombrados para el descenso tiraron la escalera de cuerda y procedieron a bajar por ella con extraordinaria cautela.

A pesar de la deliberada demora, sin embargo, pronto estuvieron en el fondo de la celda y cuando vieron que el prisionero no se movía, ni se quejaba ni exhalaba el menor suspiro siquiera, se acercaron a él con infinitas precauciones, uno armado de su alabarda, el otro alumbrando.

Fue entonces cuando el último de los nombrados lanzó una exclamación de sorpresa. ¡La cabeza y el rostro del prisionero se hallaban cubiertos de sangre seca y negra!



Librodot

-¡No hay duda de que está muerto, teniente! -gritó desde abajo-. ¡Se abrió la cabeza contra la roca!...

-¿Estás seguro?... -vino la cautelosa respuesta-. ¡Cerciórate de ello!

El de la linterna le hizo una señal al de la alabarda y éste aplicó la punta de su arma en el cuerpo del presunto difunto... sin que éste se moviera, se quejara y ¡sin que asomara siquiera un rastro de sangre!

Enterado de ello, el oficial se volvió al carcelero. Le ordenó que fuera a buscar fuego a la cocina.

-Trae tizones ardientes, grandes -dijo.

La espera resultó dramática y tensa. Los dos guardias que estaban abajo no las tenían todas consigo. Sí, no cabía duda, el hechicero estaba muerto... ¿pero quién se podía fiar de un brujo? Tal vez su vengativo espíritu estaba atisbando desde algún rincón, pronto a tomarse venganza en hombres que ningún mal le habían causado... Y miraban los rincones prontos a huir si era necesario.

Por fin llegaron los tizones y los mismos fueron apresuradamente bajados. El que estaba a cargo de la linterna vaciló un instante... Se oyó un chirrido y un olor repugnante ascendió desde el fondo de la cueva, estremeciendo a los hombres.

-Está muerto, teniente... -llamó el del tizón-. ¡Más muerto que San Mamerto!

-Está bien... ¡súbanlo! -ordenó Gandini, y en tono colérico, dirigiéndose a uno de los guardias, agregó-: ¡Y tú, gandul, vete a ensillar mi caballo!... Tendré que ir al pueblo a dar parte y a buscar al médico...

Su mal humor, sin embargo, se disipó al pensar que, una vez en Pesaro, a nadie le importaría que visitara unos momentos la bien provista taberna del lugar y se refrescara con un clarete con rodajas de limón preparado por la bella Giuliana...

Subido que fue el cuerpo, el buen oficial de guardia se puso pálido y aun casi perdió el conocimiento al ver los estragos que la prolongada prisión había causado en aquel cuerpo, al que viera descender en la cueva por sus propios medios y con toda la vitalidad y la energía de un cuerpo todavía joven. ¡Ahora sólo era un cuerpo convertido en piel y huesos, cubierto de malolientes andrajos, de barba y cabellos entrecanos, hirsutos y revueltos como los de un *jak* del Tibet!

Pero la impresión desapareció un tanto cuando de Visu estableció que no había error posible: ¡aquel maldito brujo estaba muerto, bien muerto! Tanto, en efecto, que se atrevió a herirlo en una pierna con la punta de su espada. Luego, más tranquilizado, montó a la cabalgadura que le trajera el guardia y se dirigió al trote a la población.

-¿Decís que hace dos días que ha muerto?... ¿Que habéis realizado todas las pruebas que la ley exige para estos casos?... ¿Que indudablemente la causa de la muerte se debe atribuir a suicidio, puesto que se abrió la cabeza contra la roca? -barbotó el médico legal, que se pusiera de evidente mal humor ante la sola idea de tener que trasladarse, en un día tan caluroso como aquél, hasta la maldita fortaleza, cuya sola y lejana visión le crispaba los nervios-. ¿Para qué deseáis entonces que esté presente y certifique todo eso?... Os extiendo el acta de defunción y el permiso de inhumación y... vos habréis cumplido con vuestro deber y yo con el mío. -Y cambiando rápidamente de tema, por temor a una oposición, agregó-: Día insoportable, ¿eh?... ¿Deseáis regalaros con una fresca y exquisita sidra?

Tres horas después y cuando la claridad del día declinaba ostensiblemente, un grupo de personas, hombres armados en su mayoría, escoltaban el traslado del "cadáver" del que en

vida se hiciera llamar conde Alessandro di Cagliostro, el que se codeara con emperatrices, reyes, príncipes y duques, al que se aclamara como a un profeta y se adorara como a un hombre milagroso... Seis miserables galeotes, de aspecto casi tan mísero como el muerto, trasportaban las rústicas angarillas.

El escenario no podía ser más adecuado a la última escena del gran acto final. El cielo mostraba un impresionante color acerado con matices rojos y violetas. Rocas y peñascos coronados de destellos dorados saludaban hieráticos el paso de la fúnebre , comitiva, mientras los desdichados galeotes, de paso entorpecido debido a la forzosa inmovilidad de sus celdas, bajaban de la montaña al llamado Valle de Marecchia. A cada traspié de aquellos infelices, la cabeza del "muerto", cubierta de hirsuta y enmarañada pelambre, se bamboleaba como un juguete macabro. Detrás marchaban los guardias, haciendo resonar metálicamente sus arneses y sus armas para disipar sus temores...

La partida había llegado al linde entre el piso del valle y el ascenso a la rocosa montaña. Gandini dio la voz de alto. Con no poco alivio, los galeotes depositaron su frágil carga en el suelo pedregoso.

-Ahí... -ordenó el teniente Gandini, señalando cierto trecho al pie de un rocoso promontorio-. Abrid la fosa ahí... ¡Pero cuidad de que sea bien profunda, o alguno de vosotros le hará compañía al muerto!

Como si ésta constituyera la amenaza más terrible que se pudiera formular a viviente alguno, los seis galeotes olvidaron su fatiga y empezaron a cavar con admirable energía.

La fosa, con varios pies de profundidad, quedó terminada al llegar la media noche. Aunque los guardias habían traído varias lámparas, a decir verdad su uso no fue necesario. La noche era radiante, estrellada. Como si la Naturaleza, a la cual el magista rendía culto, quisiera rendirle a su vez un homenaje, había decretado que los cielos se encendieran con la lámpara de millones de voltios de la diosa Selene... El resto -plegarias, hisopeos, purificaciones- carecía de significación frente a tan magna apoteosis.

Metido el cuerpo en la fosa con cierta precipitación, pues los temores aún no habían sido aventados, cayeron sobre él rápidas paladas de tierra que pronto cubrieron su miserabilidad expuesta, ya que ni siquiera la más pobre de las mortajas lo envolvía. Y así, hasta que las últimas paladas de tierra vinieron a formar un pequeño promontorio del largo de un cuerpo.

-Nada de cruces ni de símbolos... excepto una piedra de ésas, para marcar el lugar -ordenó el teniente Gandini, bostezando.

Así se hizo.

Terminada la macabra tarea, la partida se puso en marcha de nuevo, esta vez con apresurado paso. Todos parecían contentos de alejarse de allí, cuanto más pronto mejor.

Y todavía no se habían perdido por completo de vista, cuando una figura de blanco, esbelta, apareció sobre el promontorio al pie del cual se abriera la fosa.

Inmóvil, montando guardia con la inmutabilidad de un ángel de mármol, permaneció aquel hombre, hasta que los primeros rayos del sol iluminaron el pacífico y calcinado valle. Entonces aquella figura, que en ningún instante abandonara su actitud piadosa, se retiró de allí y fue a buscar refugio en una entrada de la montaña, desde donde siguió vigilando el lugar.

En aquel preciso momento, el teniente Gandini entraba al despacho del Alcalde y le presentaba el documento sellado y firmado que le extendieran en la oficina de defunciones del pueblo.

"Giuseppe Balsamo, llamado conde di Cagliostro, de mente pérfida y corazón malvado -había

escrito el clérigo anónimo que inscribiera la partida de defunción-no habiendo dado el menor signo de arrepentimiento, murió sin contrición el 26 de agosto de 1795, razón por la cual se dispuso su inhumación fuera del camposanto y de la advocación de la Santa Madre Iglesia..."

-Me traéis una tranquilizadora noticia -fue el breve comentario del alcalde de la Fortaleza-. Ahora mismo enviaré un despacho al Santo Oficio, en Roma, para que tomen conocimiento del hecho y borren de sus libros el nombre infamante.

Al promediar la mañana de aquel mismo día, el teniente, caballero en lozano y radiante corcel, bajaba al valle a solazarse en la contemplación de la tumba recién llenada. Sin bajarse de su cabalgadura examinó el lugar y estableció que la tierra no había sido removida ni había vestigio alguno de que el hechicero se hubiera valido de una estratagema digna de su ingenio para huir de la prisión.

Sin embargo, desconfiado y obcecado como era, durante tres días hizo aquel reconocimiento, hasta que, convencido al fin, renunció al mismo y no volvió más.

En la noche del tercer día, la figura de blanco que mantuviera celosa guardia del lugar, descendió al valle y provisto de una pala empezó su solitaria tarea de quitar tierra que, por estar recién removida, no ofreció mayor resistencia. Al cabo de una hora apareció el cuerpo de Cagliostro. Estaba en la misma postura en que cayera. Tomándolo entre sus delgados pero fuertes brazos, el antiguo criado egipcio, Karturio, lo sacó de la tumba y con cuidado fraternal lo depositó a un lado, quitando del preciado cuerpo todo vestigio de tierra. Luego lo dejó expuesto a la noche y al claror lunar, mientras una suave y fresca brisa agitaba la cabellera, dándole una extraordinaria sensación de vida.

El retorno a la vida debía producirse de un modo natural y espontáneo, al tercer día, como había sido establecido por las leyes magistas, porque el ternario es el número simbólico de la resurrección. Algunos taumaturgos y fakires llegan a estar enterrados tres semanas, o tres meses...

Y mientras Karturio esperaba que su antiguo señor volviera a la vida, dejó caer tierra en la fosa, para dejarla como estuviera antes y procurando borrar toda huella de violación...

-No te esfuerces en ello, hermano mío, que no volverán por aquí y cuando lo hagan, jamás podrán reconocer , el lugar...

Karturio se dio vuelta, sin prisa ni sorpresa, pero sí con una franca sonrisa de íntimo regocijo. Giuseppe Balsamo estaba sentado en el suelo y lo contemplaba presa de singular contentamiento.

Los dos hombres, sin expresar en vanas palabras el gozo que los inundaba, emprendieron la subida hacia la cueva en la montaña. Karturio tenía guardados allí algunos alimentos, leche de cabra, pan blanco y fruta, además de algunas prendas de vestir.

Al rayar el alba, dos viajeros, llevando blancas túnicas y sandalias, con todas las trazas de ser orientales, se embarcaban en un barco de vela anclado fuera de las aguas de Pesaro. Y apenas subieron, la embarcación desplegó sus velas y viento en popa se alejó mar adentro.

Algunos días después, ya en pleno mar Mediterráneo, todavía era visible desde el barco la costa de Italia. Asomado en la borda, Giuseppe Balsamo permaneció varias horas, contemplando el nebuloso panorama. Pero no se trataba solamente de un acto de contemplación. El Gran Adepto se despedía de aquellas tierras que le vieran nacer y donde transcurriera una gran parte de su agitada existencia.

La serena contemplación le permitía retrotraer una visión de sus experiencias y hazañas en un mundo donde los valores éticos y morales se estimaban en muy poco. El, el llamado

Cagliostro, había realizado su parte para que tal estado de cosas terminara. Estaba satisfecho por ello, en la misma medida que lo está quien ha cumplido debidamente una elevada misión.

Una sombra blanca, ágil, la de su fiel amigo, Karturio, el egipcio, se situó junto a él.

-Enorgullécete, hermano, realizada ha sido tu tarea... Muchos de los grandes hombres, de aquellos que han tenido gran figuración y por ello sus nombres se insertan en los libros con letras de oro, no podrían afirmar lo mismo sin incurrir en deliberada falsedad, porque no son los éxitos parciales sino la suma de los valores lo que hace a la gran obra...

El anochecer se adueñó paulatinamente del mar y del barco, y el viajero y su acompañante debieron buscar reparo a la humedad y a la noche.

Muchos días después, tantos que los hechos narrados en las precedentes páginas empezaban a esfumarse borrados por la nebulosa de nuevos aconteceres, una caravana cruzaba el desierto egipcio y luego de los inconvenientes, esfuerzos y aun sacrificios de esa clase de viajes, llegaba a un extenso y verde oasis, en cuya parte central, junto a una laguna de aguas verde-azuladas, se alzaba un enorme templo con techo abovedado, sobre el cual, como un desafío al desierto, se erguía un minarete. Alrededor del templo se diseminaban varias casas y otras construcciones menores. Hombres de blancas túnicas y cabezas rapadas, en su mayoría jóvenes, iban de un lado a otro o se ocupaban de tareas manuales. El silencio y la serenidad prevalecientes hacían advertir una atmósfera de infinita paz y de generosa quietud. Los moradores del oasis sagrado mostraban una imborrable expresión de felicidad... Felicidad que sólo es posible hallar en esta vida cuando se ha entrado en el Reino de los Cielos, o sea, la límpida conciencia interior.

Entonces se abrieron las dos grandes puertas del templo y un sacerdote de alba túnica y de luengos y blancos cabellos y barba, cubiertos sus hombros con una estola dorada con bordados de oro, y en la cabeza una mitra roja terminada en punta, al que seguían varios otros vestidos más o menos de la misma manera, aunque sin llevar mitra, se adelantó hacia el viajero dando muestras de gran consideración y respeto. Luego de inclinarse ante él en profunda reverencia, el Sumo Sacerdote posó sus manos trémulas y trasparentes sobré los hombros del recién llegado e inclinándose lo besó en ambas mejillas.

-¡Gracia a Ti, Atanor, Gran Kopto del Templo de Shai!... ¡Salve a Ti, Atanor, que has trascendido el linde entre la Vida y la Muerte!... ¡Bienvenido seas!

-¡Bienvendio seas, Atanor, Gran Kopto! -exclamaron a coro los sacerdotes y acólitos, cayendo de rodillas.

Manos ágiles y bien dispuestas extendieron al paso del Gran Adepto una gruesa y riquísima alfombra sembrada de pétalos de flores blancas y perfumadas.

Giuseppe Balsamo, llamado que fuera conde di Cagliostro, coronada su testa por una mitra de oro y cubiertos sus hombros con una estola roja con guarniciones de piedras preciosas, hizo el signo esotérico con la mano derecha y la extendió paternalmente sobre sus adeptos. Luego, con majestuoso paso y seguido del Sumo Sacerdote y del fiel Karturio y del resto de sus acólitos, desapareció en el interior del gran templo, cuyas enormes puertas se cerraron lentamente. En ese momento, un gran clamor, mezcla de música de órganos y de coro, que parecía surgir del seno mismo del oasis, se elevó hacia los cielos entretejidos de blanco y de añil...

* * *



Librodot

-¡Cava aquí!... No, aquí... ¡Sí, ahí donde señalo, hombre!

Ciento setenta y un años después, los hombres bien intencionados que pretenden superar anatemas supersticiosos, cámaras fotográficas al brazo, buscan, indagan, investigan, hacen excavaciones, ya en el suelo rocoso del valle de Marecchia, ya en la conciencia encallecida de otros hombres... Todo en vano.

Allá al fondo, sobre una montaña de rocas parduscas y grises, como burlándose de los hombres y de sus ilusorios empeños, se alzan las colosales ruinas de lo que fuera, en su hora -¡ay, ya perdida en la noche del tiempo!-, famosa fortaleza pontificia, Torreones que se muestran como muñones cicatrizados, murallas carcomidas por las lluvias y los vientos, almenas destrozadas por las tormentas, caminos de ronda vencidos por el peso de los siglos, contemplan con desdén el presuntuoso y necio afán de los hombres comunes, de los que, con lapiceras y estilográficas, con picos y palas, intentan cumplir con una tarea superior a ellos mismos. La que está reservada a hombres de pensamiento libre y mente abierta, a los que se atreven a buscar las respuestas a los grandes interrogantes en medio de los cuales todavía se debate la humanidad y que algunos han creído fácil resolver con mitos y fábulas.

-Cava aquí... No, aquí, hombre...

Y los ignorantes aunque empeñosos hombres van de un lugar a otro, mirando, preguntando, señalando... para terminar ocultando su decepción y su ignorancia con una petulante sonrisa.

-Cava aquí, hombre.

Examinan croquis, planos, leyendas, se enmarañan en presunciones e hipótesis, en conceptos tan falsos como sus enseñanzas. Con la actividad procuran justificar su fracaso. De vez en cuando alzan la mirada hacia la derruida fortaleza, la que se desmorona más y más y de la cual, fatalmente, habrá un día en que no queden vestigios, y la contemplan con rencor, con rabia, responsabilizándola de su propia frustración.

Porque la tumba está vacía.

Y *el* no haber sido encontrada desconcierta a los hombres comunes, a los que no pueden hallarla porque en su ignorancia no saben -y lo que es peor, se niegan a aceptarlo- que existen en el *mismo* hombre facultades y poderes extraordinarios y nada difíciles de desarrollar. Sólo hace falta quitarse el pesado y negro manto de las supersticiones, los dogmas y los conformismos para lograr el estado ideal necesario a su desarrollo.

-Cava aquí, hombre... No, mejor aquí.

Y la tumba sigue vacía... porque vacío está lo que *no se* encuentra.

Mientras tanto, allá lejos, en el corazón del desierto fértil, Atanor, un hombre de luengos y blancos cabellos y barba, con edad de siglos, sentado en el alfombrado piso a la usanza oriental, las manos plegadas beatíficamente, con los ojos cerrados contempla los vanos esfuerzos de los necios hombres y sonríe en la penumbra azulada de su verde templo.

-¡Oh, hombres vanos y necios!... ¿Cuándo aprenderéis que lo que buscáis con tanto afán no está afuera sino dentro de vosotros mismos?...

La excelsa figura de blanco se desvanece en la acentuada penumbra del gran templo de Shai.

***FIN***